



Los días alcionios

MANUEL NÚÑEZ



UNIVERSIDAD APEC

LOS DÍAS ALCIONIOS

MANUEL NÚÑEZ

LOS DÍAS ALCIONIOS

*A la memoria de
Pedro Henríquez Ureña*

Santo Domingo, R. D.
Septiembre de 2011

Núñez, Manuel

Los días alcionios / Manuel Núñez. – Santo Domingo: Universidad APEC,
2011, 749 p.

ISBN: 978-9945-423-24-2

1. Literatura dominicana-Historia y crítica 2. Cultura dominicana 3. Historia dominicana 4. Ensayos dominicanos 5. Autores dominicanos 6. Literatura y política 7. Lingüística 8. Pedagogía I. Título

RD864.44
N964d
CE/UNAPEC



UNIVERSIDAD APEC

Título: *Los días alcionios*

© Manuel Núñez

Primera edición, septiembre de 2011

Cuidado de edición: Manuel Núñez

Diseño y diagramación: Juan Francisco Domínguez Novas

Diseño de portada: Departamento de Comunicación y Mercadeo Institucional

Motivo de portada: El bosque

ISBN: 978-9945-423-24-2

Impresión: Editora Búho, S. R. L.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

JUNTA DE DIRECTORES DE LA UNIVERSIDAD APEC

Ing. Francisco Hernández
Presidente

Ing. Antonio César Alma Iglesias
Vicepresidente

Ing. Loraine Cruz
Tesorera

Dra. Cristina Aguiar
Secretaria

Lic. Álvaro Sousa Sevilla
Miembro

Lic. Peter Croes
Miembro

Lic. Radhamés Mejía
Miembro

Lic. Isabel Morillo
Miembro

Dr. Rolando Guzmán
Miembro

Lic. Alejandro Fernández W.
Miembro

Dr. Luis Heredia Bonetti
Pasado Presidente

Lic. Juan Fco. Puella Herrera
Presidente de APEC

Ing. Héctor Fernández Fortuna
Director Ejecutivo de APEC

Dr. Franklyn Holguín Haché
Delegado Permanente del Consejo APEC
de Pasados Presidentes

Lic. Justo Pedro Castellanos Khouri
Rector

COMITÉ EDITORIAL

Andrés L. Mateo
Diógenes Céspedes
Carlos Sangiovanni
Manuel Núñez
Teresa Hidalgo
Giovanna Riggio
Reynaldo Paulino Chevalier

ASESOR
Mariano Lebrón Saviñón

Los días alciónicos

A Leonor Feltz

¡Cuán largo ha corrido el tiempo, amiga y compañera, desde que, alejándome de nuestra tierra, abandoné la familiar reunión y las lecturas de vuestra casa!...

Os digo que ésa fue para mí época decisiva. Mis temas son ya otros; entonces no se hablaba (apenas si surgían) de pragmatismo, ni de Bergson, ni de Bernard Shaw, ni de la crítica de Maclair, ni de la nueva literatura española. Pero vuestra influencia ha seguido presidiendo mis horas de estudio.

Aquí tenéis su fruto. ¡Ah! Mi vida también es otra. La adolescencia entusiasta, exclusiva en el culto de lo intelectual, taciturna a veces por motivos internos, nunca exteriores, desapareció para dejar paso a la juventud trabajosa, afanada por vencer presiones ambientales, los círculos de hierro que limitan a la aspiración ansiosa de espacio sin término. Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los días alciónicos.

Y esta labor de mis horas de estudio, de mis días alciónicos, va hoy a recordaros todo un año de actividad intelectual que vos dirigistéis y cuya influencia perdura; va hacia vos, a la patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y de sus anhelos no comprendidos.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
México, *Revista Moderna*, 1.908
Cf. «Horas de Estudio», París, 1910

Alciónicos, alciónicos m. Dícese de los siete días que precedían y los siete que seguían al solsticio de invierno, durante los cuales estaba tranquilo el mar y podían hacer su nido los alciones.

U. días alciónicos, alciónicos, Sin. Días tranquilos, serenos.

2. **Alciónicos** a. Martín Pescador; b. Estrella de mar; c. Ave mitológica, esposa de Coeus

Índice

| | |
|--|----|
| Presentación | 11 |
| Nota necesaria sobre <i>Los días alcionios</i> | 19 |

HORAS DE ESTUDIO

| | |
|--|-----|
| Claves del pensamiento de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) | 27 |
| Hitos de la representación en el teatro en Santo Domingo | 51 |
| Un paréntesis en la vida de Pedro Henríquez Ureña (1931-1933) | 57 |
| Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897). Pensamiento y Poesía | 63 |
| Manuel de Jesús Galván (1834-1910) | 73 |
| La prosa periodística de Manuel de Jesús Galván | 87 |
| El pensamiento dominicano en el siglo XIX | 143 |
| El ensayo dominicano en el siglo XX | 175 |
| La prosa dominicana en el siglo XX (1900-1950) | 187 |
| Evolución del lenguaje político dominicano | 217 |
| El discurso de izquierda en la República Dominicana | 225 |
| Interpretación de la República Dominicana | 293 |
| La lengua, compañera de la nación dominicana (Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua) | 303 |
| Los intelectuales y el poder | 373 |

RETRATOS Y PERFILES

| | |
|---|-----|
| Juan Bosch (1909-2001). Fragmento de una biografía | 387 |
| Joaquín Balaguer (1906-2002). Notas a sus <i>Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo</i> | 425 |

| | |
|---|-----|
| El legado político de Joaquín Balaguer (1906-2002)..... | 459 |
| Manuel A. Peña Batlle (1902-1954), historia e ideología: | |
| un combate encarnizado | 483 |
| Jean Price Mars (1876-1969) | 497 |
| Luis Julián Pérez (1909-1999)..... | 511 |
| Henri Meschonnic (1932-2009) | 517 |
| Un día en la vida de Freddy Gatón Arce (1920-1994) | 535 |
| Antonio Fernández Spencer (1922-1995) | 541 |
| Ramón A. Font Bernard (1920-2006) | 553 |
| Federico Henríquez Grateaux (1937) | 559 |
| Diógenes Céspedes (1941). Memorias contra el olvido. | 569 |
| Manuel Matos Moquete (1944) | 577 |
| José Enrique García (1948)..... | 593 |
| Perfiles de Rafael Leónidas Trujillo (1891-1961) | 607 |
| Trujillo: Aproximación al hombre y su tiempo, | |
| de Fernando Infante | 607 |
| <i>Trujillo de cerca</i> , de Mario Read Vittini | 613 |
| <i>Malfiní</i> , examen del magnicidio de Trujillo, de | |
| José Miguel Soto Jiménez | 623 |
| Una biografía de Juan Pablo Duarte (1813-1876)..... | 629 |

IDEAS PEDAGÓGICAS

| | |
|---|-----|
| Las ideas pedagógicas de José Ortega y Gasset..... | 639 |
| <i>Manifiestos literarios de la República Dominicana</i> , | |
| de Andrés L. Mateo | 653 |
| <i>Quince estudios de la novelística dominicana</i> , | |
| de Giovanni Di Pietro | 663 |
| La elaboración de manuales para la enseñanza | |
| de la lengua española | |
| (el caso de los manuales de Editorial Santillana) | 673 |
| El español en las publicaciones..... | 691 |
| La enseñanza de la lengua oral..... | 705 |
| <i>Diccionario del Estudiante</i> , de Editorial Santillana | 723 |
| <i>La Nueva Gramática de la Lengua Española</i> | 731 |
| Índice onomástico..... | 737 |

Presentación

En este espacio para la reproducción y generación del conocimiento que es la universidad, la actividad editorial es fundamental; tanto que la calidad de una institución universitaria se mide también por la calidad de su quehacer editorial.

Tomados por esa idea, y decididos a concretarla, habíamos invitado a Manuel Núñez, distinguidísimo intelectual dominicano, director que es de nuestro departamento de Ciencias Sociales, a que nos presentara algún nuevo texto suyo, convencidos como estábamos de que su intensa actividad intelectual y su prolífera pluma habrían de guardar algún buen material que regalarnos.

No nos equivocábamos. Hace unas semanas cumplió la promesa que hiciera desde nuestra primera invitación y nos entregó *Los días alcionios*, un volumen contentivo de casi cuarenta trabajos transitando sus caminos respectivos en más de setecientas páginas, con el que nos ha sorprendido gratamente al superar nuestras expectativas de algo más modesto. Se trata del primer libro suyo que engrosa el fondo editorial de nuestra universidad.

Como corresponde a todas las publicaciones salidas del horno institucional, estas palabras de presentación son ajenas a la enjundia que caracteriza a textos de otra naturaleza y sin embargo no obvian algunos aspectos relevantes del nuevo fruto que ahora ponemos en manos del amable lector.

Desde ya conviene saber que la obra, según lo declara su autor en la misma primera línea, *conserva una huella personalísima, constituye la deposición de un testigo y está llena de figuras y de temas obsesivos.*

Dividida en tres partes -*Horas de Estudio, Retratos y Perfiles, e Ideas Pedagógicas*-, advertimos que algunos de los textos que la integran, empujados por su calidad y trascendencia, abandonan el grupo y se abalanzan sobre el lector, secuestrando buenamente su interés.

Es lo que ocurre en *Horas de estudio*, con: *Claves del pensamiento de Pedro Henríquez Ureña (1884- 1946)*; *Salomé Ureña de Henríquez, Pensamiento y Poesía*; *El pensamiento dominicano en el siglo XIX*; *Evolución del lenguaje político dominicano*; *El discurso de izquierda en la República Dominicana*; *Interpretación de la República Dominicana*; y su discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua que ha titulado *La lengua, compañera de la nación dominicana*.

En *Retratos y Perfiles* ocurre lo mismo con sus trabajos: *Juan Bosch (1909- 2001). Fragmento de una biografía* y con *Joaquín Balaguer (1906- 2002). Notas a sus Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*, así como con *Una biografía de Juan Pablo Duarte (1813- 1876)*; si bien ellos no son los únicos personajes que, llevados de la mano por su autor, pasean sus biografías en esas páginas, pues otros, y no sólo dominicanos, lo hacen igualmente.

Y es lo que pasa también en *Ideas pedagógicas*, con los textos: *Las ideas pedagógicas de José Ortega y Gasset, Manifiestos literarios de la República Dominicana, de Andrés L. Mateo*; y *La elaboración de manuales para la enseñanza de la lengua española*.

Para los que sin mayor esfuerzo quieran conocer algunas de las claves que explican el pensamiento de Manuel Núñez, dos de estos trabajos son suficientes -*Interpretación de la República Dominicana* y *La lengua, compañera de la nación dominicana*, ambos incluidos en *Horas de Estudio*-, si bien una breve confesión suya ayuda todavía más:

Mi vida -dice en la primera página del libro- *no podría explicarse sin el peso muerto que fueron los 22 años de gobierno de Joaquín Balaguer (1906- 2002), el presidente de mi niñez, de mi adolescencia y de mi adultez;*

ni sin la estampa de Juan Bosch (1909- 2001), maestro y líder político de mis contemporáneos, el escritor más admirado y con quien mantuve un diálogo que duró varios lustros. De su credo nacieron mis ideas. Muchas porciones de mi pensamiento sólo pueden explicarse a la luz de su obra. Las oposiciones, las batallas y las remontranzas en torno a estos dos hombres son los entresijos en los que se fraguó mi generación.

En *Interpretación de la República Dominicana*, el punto de partida está al inicio, en la primera línea:

No todas las indagaciones que se han hecho sobre nuestro pasado consideran nuestra nación dotada de una personalidad propia. Son muchas las pistas falsas que han servido para eclipsar la comprensión de ese pasado, y el peso que esa condición especialísima nos impone a los hombres y mujeres del presente.

Desde ya, en efecto, en las páginas que siguen se pueden encontrar algunas de las razones que desde hace años nutren sus luchas intelectuales y políticas:

Somos un presente que es al mismo tiempo un pasado que se actualiza -dice hermosa y poéticamente-. Cada vez que rendimos lealtad a ese pasado la nación se proyecta hacia el porvenir. Cada vez que invocamos los resultados históricos que marcaron la independencia del influjo de Haití, el 27 de febrero de 1844, estamos expresando nuestra vocación al gobierno propio, y la necesidad de que la comunidad de lengua, de cultura y de destino que constituyó nuestra primera frontera, permanezca vigente, y siga inspirando la conformación del Estado. En ningún caso otro territorio del Continente se corre el riesgo de volver a las viejas andadas. Entre nosotros los dominicanos, la existencia del Estado nación, en su configuración actual, no puede desconectarse de la actitud nacionalista. Las dos naciones que comparten La Española, viven encerradas en un mismo espacio geográfico, cercadas por una frontera intrainsular; la mudanza del pueblo haitiano a nuestro territorio, podría echar por tierra el fundamento mismo de esa independencia. Es decir, que pondría en entredicho los resultados históricos.

Poco más adelante subraya:

Pero las condiciones que mantenían el equilibrio de esa sociedad se desplomaron: la inmigración haitiana rompió las lindes y se torna ya en un enclave diferenciado; la emigración dominicana hacia los Estados Unidos ha roto el nudo gordiano del aislamiento. Nos enfrentamos a cambios de población, que son también cambios de cultura, y podrían ser germen de una desnacionalización.

Y agrega, entonces, a modo de grave advertencia: *No había ocurrido nada parecido antes.*

Son, como se aprecia, los riesgos que deriva del análisis -por demás, frontal y responsable- de la vecindad haitiana y de nuestras relaciones con ella. Tal es el tema que lo obsesiona buenamente, el que colma siempre sus sentimientos y pensamientos.

Por su parte, *La lengua, compañera de la nación dominicana*, su discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua, es un ensayo enjundioso, un texto fundamental, en el que *se recogen los desafíos pasados y futuros de la lengua española entre los dominicanos* y se puede apreciar y disfrutar su profundo conocimiento de la historia -no sólo de la nuestra- y, más aun, su original e interesante análisis de la misma.

En éste, las preocupaciones que lo enfebrecen son expuestas con más holgura y profundidad. Aquí, la lengua española se confunde con la nacionalidad, con la dominicanidad. Los éxitos de ésta son los de aquélla. Los riesgos de aquélla son los de ésta. Según el autor, en las batallas culturales y políticas nacionales, la lengua española ha sido, es y *siempre será compañera de la nación dominicana.*

Dicho en enero de 2003, al mismo se adelantan unas apostillas y entre ellas resaltan las que siguen:

Es claro que el gentilicio dominicano era una forma de reconocerse -dice con diestro dominio del tema-. Un mecanismo de identidad utilizado por los nacidos en la isla, sin importar su origen, unidos por la historia, por los vínculos consanguíneos y por la lengua [...].

Cuando se impone, mediante una ordenanza del Presidente Boyer, el francés como lengua del pueblo dominicano, 1824, los dominicanos eran ya una nación sin Estado. En contraste, la República de Haití había alcanzado la condición de Estado, pero no era aún una nación. El gentilicio haitiano comienza a utilizarse a partir de su invención en 1804, luego de la proclamación de su independencia. Pero, ¿qué eran los haitianos? Más de la mitad de su población había nacido en África; no todos dominaban la lengua del país; no había comunidad de intereses ni de recuerdos ni de cultura. Para los dominicanos, en cambio, la lengua española constituyó la resistencia ante la posibilidad de ser engullidos demográficamente por el grupo más numeroso y que intentó por todos los medios colonizar el territorio dominicano.

El autor insiste en la diferenciación necesaria de dos realidades claramente distintas, signadas por la singular condición de tener que cohabitar en una sola isla. Frente a esa *circunstancia* urge, más aun, a *plantearnos unas políticas de información y salvaguarda y de nacionalización de la enseñanza y de la historiografía* que superen la imprevisión de los dominicanos para dotarnos de un *marco legal* necesario y la ausencia de una *diplomacia* ejercida por unos gobernantes *sin criterio nacional*.

Discurre en este sentido y toca un tema que, imbuido en todo lo anterior, es también caro a su pensamiento, el de la hispanidad:

Interpretaciones infundadas de nuestro pasado —nos dice— han llevado a una porción minúscula pero influyente de intelectuales, a concebir la hispanidad como una señal de extranjería. Se trata, según se infiere de esta conseja, de una mascarilla que oculta nuestro verdadero rostro. Los que fomentan esta superstición, espoleados por un fanatismo sin par, han echado al ruedo la idea de que vamos a resucitar como un pueblo entroncado con las distintas culturas del Caribe. Hay un espectador sociológico que visualiza, equivocadamente, el Caribe como un amasijo de culturas, hermanadas por el sentimiento de color, por el clima, la vegetación y por el contacto entre los grupos. Es un enfoque fantasioso que le produce la sensación de unidad y de igualdad de los dominicanos con el resto del Caribe no hispánico. Esa sensación, que sólo habita en el caletre de intelectuales noveleros, no ha florecido nunca entre los dominicanos. Porque los dominicanos se sienten más próximos de la América hispánica que del archipiélago de islas baratarías que nos circundan.

Desde ese punto, avanza unas líneas para denunciar a quienes han *fomentado el desdén por el aprendizaje de la lengua*, han *echado por tierra la conciencia lingüística de los hablantes*; han *destruido la autoestima por la cultura y por la tradición en la que se ha fraguado nuestra percepción del mundo*; y concluir en que:

Todas esas ideologías han zozobrado en abstracciones, cuyas miras han sido sepultar la lealtad por todo lo que nos ha sido transmitido por la tradición hispánica: lengua, religión, creencias y modos de vida.

Cumplido este periplo, así de breve y esencial, el lector interesado le conocerá mejor y entenderá por qué *Los días alcionios* llega remolcando esta evidente y desbordada carga de amor por lo nacional y de radical defensa de lo dominicano. Escritor destacado y reconocido, autor de dos libros importantes -*El ocaso de la nación dominicana* y *Pena Batlle en la Era de Trujillo*-, ambos acreedores del Premio Nacional de Ensayo, Manuel Núñez resalta en el mundo dominicano por la reciedumbre de su formación académica e intelectual y resalta, por supuesto, en eso que he denominado *argamasa noble* que con intelectuales y académicos hemos ido amasando, paciente e inteligentemente, y usando en la construcción cotidiana de una UNAPEC cada vez mejor.

Pensador relevante; ejemplar auténtico, que no el resultado exitoso de poses ni maquillajes; junto a todo lo anterior, hay que colocar esa arraigada disposición suya, casi diríase que ese gusto, para la polémica, para el combate de las ideas, para no rehuir pleitos y, por el contrario, afrontarlos con características vehemencia y fiereza, sin importar las amistades ni los sentimientos que puedan atravesarse en el medio.

Si usted va a debatir con él, conviene que sea consciente de que con Núñez las contradicciones no suelen ser superficiales ni graciosas ni gratuitas y se desarrollan y resuelven en el marco de la lucha, y no cualquiera sino una cuerpo a cuerpo -mente a mente, tal vez sea más apropiado decir en estos ambientes académicos e intelectuales-, enjaulados y sin límite de tiempo, como era en aquellas legendarias veladas en el parque *Eugenio María de Hostos* frente al mar *Caribe* de su natal Santo Domingo. Como es ahora, por cierto, en que la patria reclama de todos una entrega renovada y mayor. Debe, pues, prepararse; armarse bien para resistir sus poderosos golpes

intelectuales y atacarle con argumentos sesudos y datos firmes, con informaciones relevantes y análisis inteligentes y originales; superar su voracidad lectora, su infrecuente vastedad cultural, su prolífera capacidad intelectual, su potencia expresiva; y todo eso, como se aprecia, constituye una imposibilidad al alcance de la mayoría y es también una buena razón para retirarse a tiempo de la contienda y acaso preservar el patrimonio obviamente menor del que usted es acreedor.

Responsable, valiente, a él se le ve el pensamiento, todo el pensamiento -libre y escudriñador-, en el blanco del ojo -de la pluma, quiero decir-, esa con la que plasma sus ideas claramente, sin dobleces, sin complacencias, conforme su convicción.

Se podrá estar en desacuerdo con él -que eso es la diversidad, misma cuyo respeto muchos proclaman y pocos aceptan y que aquí en UNAPEC tiene asignado un valor superior, una existencia real, por demás rica y fértil-, pero habrá que reconocerle, al menos, aun en el caso de caer preso de la más baja mezquindad y del más obtuso sectarismo, su calidad de pensador y escritor digno, de trabajador esforzado, de hombre que se ha empujado sobre sus propias fuerzas y ha alcanzado una estatura mayor, de cultor amoroso y defensor intransigente de la dominicanidad, a cuyos temas esenciales ha dedicado su talento y sus esfuerzos, no importa cuán contradictorios estos puedan ser.

En fin que, posibles divergencias aparte, *Los días alcionios* viene bien a la República Dominicana. Viene bien ahora.

Llega, por supuesto, en la hora siempre buena de engrosar el fondo editorial de nuestra universidad y de enriquecer la circulación nacional de ideas, ese circuito fundamental en el que creemos y cuyo desarrollo promovemos constantemente.

Llega tranquila, segura, a ocupar el lugar destacado a que nos tiene acostumbrados la calidad intelectual de su autor y a encandecer entonces el orgullo y la satisfacción de UNAPEC por su publicación.

JUSTO PEDRO CASTELLANOS KHOURI

Santo Domingo,
septiembre de 2011.

Nota necesaria sobre *Los días alcionios*

He aquí un libro que conserva una huella personalísima. Se trata de figuras y de temas obsesivos que me han acompañado siempre, y de los cuales sólo he podido desprenderme en mis horas de estudio. Nosotros no elegimos la vida que nos toca vivir ni tampoco los papeles que nos son dados desempeñar. Nos encontramos, como diría Ortega y Gasset, con la vida ya hecha. Y la vida es actuar con las cosas. Comienza este deslinde por desmenuzar a los personajes, que son las circunstancias, vale decir, las limitaciones y facilidades con las que tropiezo. Mi vida no podría explicarse sin el peso muerto que fueron los 22 años de Gobierno de Joaquín Balaguer (1906-2002), el presidente de mi niñez, de mi adolescencia y de mi adultez; ni sin la estampa de Juan Bosch (1909-2001), maestro y líder político de mis contemporáneos, el escritor más admirado y con quien mantuve un diálogo que duró varios lustros. De su credo nacieron mis ideas. Muchas porciones de mi pensamiento sólo pueden explicarse a la luz de su obra. Las oposiciones, las batallas y las remontranzas en torno a estos dos hombres son los entresijos en los que se fraguó mi generación. El título de esta obra trata de honrar la memoria del inolvidable Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), quien se refirió a los “días alciónicos” (así escribía D. Pedro en lugar de “alcionio”, forma generalizada hoy), como aquellas horas que les fueron hurtadas a las obligaciones materiales, y que le permitieron explayarse en reflexiones y hallazgos.

He recibido como un legado traído por las discusiones y las memorias de algunos contemporáneos, las imágenes de Rafael L. Trujillo (1889-1961), un verdadero fenómeno bibliográfico, y del cual doy cuenta en

algunas recensiones; de Manuel A. Peña Batlle (1902-1954) quien me reveló las circunstancias geopolíticas de mi país; del historiador haitiano Jean Price Mars (1876-1969), pionero de la negritud, que ha penetrado hondamente en el pensamiento de los intelectuales. Y, desde luego, de toda la tradición intelectual de nuestro siglo XIX. No he podido, en vista de ello, librarme de la necesidad de esclarecerme esas realidades. Porque el pasado pervive en el presente. Se proyecta en el porvenir. Los fantasmas se manifiestan como personajes. Vivimos rodeados de ídolos. Son estas las estructuras psíquicas elementales de mi sociedad. A esa cripta penetré con la ayuda de mis lazarillos, hombres de generaciones precedentes en los cuales sobrevive ese pasado. De algunos de estos contertulios he esbozado retratos y perfiles que han contribuido a mi comprensión del mundo. Las imágenes del poeta Franklin Mieses Burgos (1907-1976) a quien conocí en la adolescencia y por quien he sentido una admiración que no ha desfallecido. La estampa del poeta Freddy Gatón Arce (1920-1994), del ensayista y poeta Antonio Fernández Spencer (1922-1995), del poeta Héctor Incháustegui Cabral (1912-1979), de Manuel del Cabral (1907-1999), de Manuel Rueda (1921-1999), todos ilustres, representan quizá lo mejor de nuestras letras. Todos desaparecidos. Hoy, al evocarlos quisiera “rescatar sus corazones de la carcoma y el olvido” como diría don Freddy.

Llega el tiempo en que asistimos a la muerte de los demás como espectadores. Nos quedamos con sus recuerdos, con la huella o la influencia que dejaron mondas en la sociedad. Otros, asistirán como nosotros, a la muerte de alguien que tendrá nuestro nombre y nuestro rostro, a nuestro propio fin. Estos muertos ilustres, capitaneados por la figura extraordinaria de Pedro Henríquez Ureña, han dejado un inmenso legado socrático. Nos toca a todos los que les conocimos reconstruir como arqueólogos el retablo maravilloso de su legado, sin el cual la historia de nuestros intelectuales quedaría terriblemente amputada. Debo consignar, además, los retratos y perfiles de Diógenes Céspedes (1941), Manuel Matos Moquete (1944), José Enrique García (1948), Luis Julián Pérez (1909-1999), Henri Meschonnic (1932-2009), Federico Henríquez Grateraux (1937) y las recensiones de Andrés L. Mateo (1946), Cayo Claudio Espinal (1955), personajes relevantes de

nuestra cultura, a los que he tratado personalmente, y de los que doy cuenta, en estos días alcionios. De algún modo, cuando alcanzamos la cincuentena, y nos hallamos nel mezzo del cammin di nostra vita, nos sentimos tentados a deponer ante el juez postrero, que leerá nuestro testimonio, y dirá si nuestras ideas sobrevivirán a nuestra muerte. O si moriremos completa y definitivamente.

Al hablar de los días alciónicos, Julián Marías nos echa lumbres certeras:

El alción (o alcedón) es como se sabe un ave mítica, más o menos identificada con el Martín pescador. Está relacionado con la historia de Alcyone, hija de Eolo y esposa de Ceyx, que fueron convertidos en aves marinas; la historia es contada por Ovidio, Metamorfosis. Zeus, o acaso Eolo, ordenó que los vientos cesaran en los siete días anteriores y otros tantos posteriores al solsticio de invierno, época de su nidificación, para que los huevos no fuesen arrastrados por el mar. De ahí el nombre de “días alciónicos” (alkyonides hemérai) dado a esos días de invierno definidos por la calma y la serenidad, los días del alción (alkyon). Aristóteles se refiere a ello en la Historia de los animales, y cita unos versos de Simónides sobre este tema. Veo, pues, en el alción el mito de la calma, de una calma y serenidad que se hace, que se consigue en medio de las tempestades del invierno.

Hay en nuestros días alcionios muchos libros truncos, expresados en ensayos que marcaron un derrotero que no pudo ser continuado. Temas obsoletos que vuelven y luego se disuelven. El método para desentrañar estas realidades se relaciona con la perspectiva que trata de comprender al otro, con esta pasión que Spinoza llamó el amor intellectualis. Conferencias, ensayos, disertaciones académicas y notillas de congresos y acaso alguna recensión escrita en los últimos lustros, quedan aquí recogidas. Muchas fueron dadas a conocer parcialmente. Otras, quedaron esperando otros desarrollos. Y otras, aun cuando fueron leídas, permanecieron eclipsadas por obligaciones posteriores, y por libros y temas que ocuparon todo nuestro tiempo. No todo el material pudo ser recogido en una obra, y desde ya puedo anunciar que los textos que hube de desgajar del conjunto de los días alcionios, aparecerán en dos obras sucesivas. Una, consagrada a los

ensayos sobre la pintura, y otra, que contendrá las prosas filológicas que he tenido que sacar del conjunto, y que aparecerán el año próximo, con el título de una columna que inicié en la prensa hace ya más de veinte años, Tintazos de calamar.

El proyecto de mi generación era el socialismo. De alguna manera, todos los intelectuales de mi mocedad y de mi adultez pensaban que la historia era guiada por un telos, por una finalidad que preexistía a nuestra propia incorporación a la sociedad. En esa concepción el hombre era visto como un medio, para que se cumplieran unos fines superiores. Muchos de mis contemporáneos viajaron a los países que eran la aurora de ese porvenir redentor y radiante; habían penetrado en la tierra prometida. El socialismo era ya una religión laica; nos prometía una vida imaginaria, acompañada de un doctrinarismo, que se disfrazaba con el rostro definitivo de las certidumbres científicas. Nos hallábamos poseídos por los textos sagrados, por las frases canónicas y las explicaciones simplistas e intransigentes, que echaban por tierra las razones de los otros. No teníamos una actitud dialógica, habíamos hecho en nuestro interior un auto de fe de todo el mundo anterior al marxismo, y teníamos como ambición convertirnos en monjes o en monaguillos de los andrajos intelectuales producidos por esos ideólogos. Toda la literatura, y aún más: la interpretación de la sociedad se hallaba conectada con ese ideal. Al despertarnos de esos ideales abstractos, muchos quedaron atrapados en el limbo, pasaron a convertirse en cruzados de una ideología anti sistema; no saben, exactamente, dónde están ni hacia dónde van; se hallan poseídos de un lenguaje que simboliza todo lo que detestan: derecha, neoliberalismo, exclusión... Ellos, que habían luchado con tanto denuedo para destruir la democracia, que llamaron burguesa, ahora se presentan como profesores de democracia. El derrumbe de esas utopías sangrientas, a comienzos de la década de 1990, no los ha conducido al examen de conciencia ni a la autocrítica. Todo lo contrario. Sus intelectuales creen que el militar en la izquierda, o en lo que queda de ella, los convierte en moralmente superiores. Sus ideas no son sometidas a ninguna comprobación o verificación con lo que, realmente, ha ocurrido. Se mantienen ciegos, sordos, como fortalezas inexpugnables, incapaces de ver los hallazgos de una realidad que humilla a los imaginativos y a los teorizantes. ¿Cómo despertar del influjo de lo que

Raymond Aron llamó con tanto acierto el opio de los intelectuales, un sueño dogmático, que nos volvía zombi? Esa arrogancia comenzó a resquebrajarse con la lectura de La sociedad abierta y sus enemigos, de Karl Popper y con las aportaciones de la llamada escuela de Fráncfort, la llamada "teoría crítica", en la cual se decía que el sujeto revolucionario, los redentores, los obreros endiosados, fallaron. Que no eran tales. Y, en segundo lugar, que las leyes que debían orientar nuestra propia vida, unas leyes exteriores a nuestra propia existencia y de la que no podíamos zafarnos, tampoco eran tales. Porque ponían el destino antes que el acontecimiento. Pero los teóricos van por un derrotero, y la sociedad va por otro. En todas las sociedades hubo desde luego un germen de rebeldía, de enfrentamiento y de lucha, fundado en la movilidad social y en la búsqueda del mejoramiento de nuestras propias condiciones de existencia, que son globalmente muy superiores a las previstas por Marx, que había preludiado una polarización extrema de las llamadas clases sociales.

La utopía, la interpretación de los deseos secretos de las masas empobrecidas, ha estado como la rosa de Oscar Wilde, como la carta robada de Edgar Allan Poe, siempre delante de nuestros ojos. La verdad siempre estuvo ahí, y la hemos desdeñado copiosamente. Y la utopía era convertirse en persona de clase media. Es decir, en tener cierto confort vital: tener trabajo, educación y sistema de seguridad social. Esa es la utopía universal, que con sus más y sus menos, era columbrada en los sueños revolucionarios. Ningún razonamiento, salvo las lucubraciones fantasiosas, puede llevarnos a algo superior. Y es claro, que, durante esos años turbulentos del decenio de 1970, vimos a muchas familias dominicanas acceder a la vivienda, mejorar sus condiciones de vida y de consumo, y lograr, dentro de los límites del subdesarrollo, el porvenir que les prometían los ideólogos. Por otra parte, allí donde se han aplicado los modelos que tenían los socialistas en sus cabezas, el resultado es una sociedad de pensamiento dirigido (sin libertad de asociación ni de expresión del pensamiento), un mundo regido por el racionamiento generalizado (excepción hecha de los dirigentes). Ese mundo sin libertades políticas, de auto subsistencia y de adoctrinamiento no seduce a mucha gente, ni siquiera en los países más empobrecidos y con más desigualdades, en los que se espera soluciones rápidas y mesiánicas. Que son el público al que hay que predicar.

Porque suelen creer a pie juntillas lo que necesitan y desean creer. Es decir, en un pensamiento mágico que explique y resuelva las tremendas contradicciones en las que viven.

En estos días alcionios he penetrado en un mundo totalmente infernal de vidas que parecían consumidas por un sino trágico. En muchas tardes, con Pedro Vergés visité el tugurio donde vivía miserablemente el poeta Luis Alfredo Torres, que arrastraba entonces una pierna gangrenada, inflamada de humores nauseabundos, y que en sus días postreros vivía de la caridad. Escuché los delirios del novelista y exigente escritor Ramón Lacay Polanco transformado en un beodo, sin horizontes, penetrando en esos desiertos creados por su imaginación febril y mudadiza. Poco tiempo después moriría olvidado en una pensión de mala muerte. Asistí a la agonía del folclorista Fradique Lizardo y luego no sé qué rumbos tomaron sus archivos y sus apuntes y sus libros. He echado de menos los retratos que me devuelvan, cuando menos las imágenes, las ideas, las obsesiones y la vida de un mundo que se derrumba. He aquí la deposición de un testigo.

MANUEL NÚÑEZ

HORAS DE ESTUDIO

Claves del pensamiento de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946)

LA DEFENSA DE LA HISPANIDAD

Nadie, en la América hispana, ha comprendido mejor que Pedro Henríquez Ureña el papel que ha desempeñado la hispanidad en la urdimbre de las patrias americanas. No se manifiesta solamente como herencia histórica: fuimos porciones de capitanías generales o de virreinos que estaban administrados por una misma metrópoli; muchos de los próceres de independencia venían de otras tierras; la inestabilidad produjo a menudo migraciones entre un territorio y otro. Todos los territorios, sin embargo, se sentían unidos por la lengua, por la historia, por el comercio y por la cultura y por el mestizaje.

Lo hispánico no nos remite, pues, a una raza. No entraña el desconocimiento de otras herencias. No es glorificación del pasado colonial, sino que es el resultado de un proceso de más de tres siglos de hispanización de las tierras americanas. Las culturas nativas y las importadas —la española y la africana— formaron un sincretismo para darnos una nueva realidad, el nacimiento de una hispanidad americana.

Los modelos de interpretación de las realidades, puestos de moda durante el decenio de 1960, ponían de relieve la hispanofobia como ideología. Se echó a andar la idea de que para alcanzar nuestra verdadera cultura había que *deshispanizarla*. Es decir, que se propendía a desmembrar lo hispánico para resaltar el indigenismo, en el caso de los países sudamericanos, y la negritud, por lo que se refiere a las

patrias caribeñas. Para Pedro Henríquez Ureña la hispanidad nos une al resto de la América hispánica pero también nos diferencia. El lingüista identifica diferentes zonas dialectales en las que se divide la América hispana. La hispanidad no era, pues, signo de extranjería, sino el entronque en el que se forja nuestra alta cultura.¹

En un ensayo escrito en 1932, “Raza y cultura”, el autor explica que la noción de raza no se utiliza con el valor de fenotipo ni como marca biológica, sino para denominar el orden de los pueblos agrupados por una misma comunidad histórica y por una comunidad lingüística. Esta idea abarca los pueblos indígenas, culturas milenarias, los pueblos ibéricos, los descendientes de africanos y todos los descendientes de europeos que se afincaron en la América hispana. Lo que unifica a todas esas naciones es la comunidad de cultura, determinada principalmente por la comunidad de idioma. «Cada idioma lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos».² Se han elaborado las más estrambóticas conjeturas en torno a una supuesta tara de la civilización española para el bienestar y el progreso de los países nacidos del proceso de colonización hispánica. Sarmiento prefería poner de resalto la civilización sajona: las leyes de Hamilton, la herencia francesa. El esfuerzo de Henríquez Ureña se orienta a desmenuzar todos estos prejuicios. Pone de relieve la vinculación de la historia española, organizada desde 1492 como una sociedad teocéntrica, y cómo este destino influiría en los propios pueblos de América. España defendió la unidad religiosa de Europa; introdujo su lengua y su cultura más allá de sus fronteras. El haber guerreado durante siglos contra los musulmanes le exigió una fe sin vacilaciones y sin tolerancia ante la reforma protestante. La idea de la hispanidad se halla inficionada de una leyenda negra. En muchos casos, fraguada durante las campañas de Independencia;

¹ PHU hace una clasificación de la lengua española en la América hispana en cinco zonas dialectales: el español de México y América Central, el español del Caribe hispánico, la zona andina (Perú, Ecuador), el habla rioplatense y la zona chilena.

² “Raza y Cultura”, 1934, *Utopía de América*, Caracas, 1978, p. 13.

creada por el separatismo indigenista o el sionismo negro, fabricado por la negritud. He aquí, sucintamente, la defensa de la hispanidad como parte de una herencia irrenunciable:

1. España se volcó entera en el Nuevo Mundo, dándole cuanto tenía: ayuntamientos, religión, lengua, instituciones, legislación. No podía darnos formas libres de Gobierno ni organización económica porque no las tenía; pero fundó escuelas, universidades, para difundir el conocimiento de que se tenía noción en la época.
2. Su amplio sentido humano la llevó a convivir y a fundirse con las razas vencidas, formando una de las poblaciones más mezcladas del universo, y demostrando cómo puede resolverse el conflicto de las diferencias de la raza y el origen.
3. Uno de los argumentos más socorridos consiste en atribuirle superioridad a la colonización de otras naciones sobre España y Portugal. La superioridad se interpreta como el trasplantar la vida europea a América para el disfrute de los descendientes directos de los europeos, negándose a los nativos.
4. La colonización española y portuguesa ha sido la más humana; es la única que de modo sincero y leal gana para la civilización europea a los pueblos exóticos. España es el más antiguo hogar de la cultura. De ello atestiguan las pinturas rupestres de Altamira, los tartesios y las encrucijadas de varias culturas:

*España, que tanto ha padecido por su antigua intolerancia en el orden del pensamiento, hija de la necesidad defensiva, tuvo en cambio espontánea amplitud humana. Nunca se incubó en España ninguna doctrina de superioridad de razas ni de clima, como las que en muestra científica corren, miméticamente disfrazadas de ciencia, como reptiles verdes entre hojas nuevas o insectos pardos entre hojas secas. La amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual para crear la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento, las repúblicas hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva.*³

³ Ídem, p. 17.

Hay en el esfuerzo de PHU dos grandes tesis. Primero el rechazo del euro centrismo, disfrazado de hispanofobia, cuya mira principal consistía en difundir teorías eugenistas que le atribuían a otras naciones colonizadoras la facultad para desarrollarse que a la par le hurtaban a la América hispánica. La revalorización de lo hispánico, trufado de un sentimiento de inferioridad que trae consigo una visión pesimista del destino de América. Campa por sus fueros una teoría racista del hombre americano, Henríquez Ureña echa por tierra esas pretensiones eugenistas:

Ninguna inferioridad del indígena ha sido estorbo a la difusión de la cultura de tipo occidental; sólo con grave ignorancia histórica se pretende desdeñar al indio, creador de grandes civilizaciones, en nombre de la teoría de la diferencia de capacidad entre las razas humanas, teoría que por su falta de fundamento científico podríamos dejar desvanecerse como pueril supervivencia de las vanidades de la tribu si no hubiera que combatirla como maligno pretexto de dominación.⁴

LA REVELACIÓN DE LA ESPECIFICIDAD DE LA AMÉRICA HISPANA

Según Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso había mostrado los tres grandes acontecimientos que influyen en la América hispana:

1. El Descubrimiento, el Renacimiento y la Revolución Francesa. Los tres son movimientos de pueblos latinos. El Descubrimiento corresponde a España; el Renacimiento, a Italia; y la Revolución, a Francia. La influencia en América hispánica viene luego de las guerras de Independencia 1808-1825 en lo que ha sido el fermento de las ideas. En la vida espiritual tenemos el sistema democrático, representativo; algunas naciones adoptaron la organización federal; pero ha renacido en América la idea de los cabildos, la propiedad comunal del

⁴ Ídem, p. 24.

ejido; pero la forma cultural permanente en cada una de las naciones ha sido el caudillismo. Los caciques o caudillos eran los jefes provinciales que intervenían directamente en la organización del poder.

Poco a poco, se echa de ver, en las páginas del dominicano la búsqueda de la singularidad americana. En esos primeros atisbos, el autor pone de resalto su dominicanidad:

Las primeras iglesias construidas en América son de estilo gótico en la estructura, por ejemplo, las iglesias de Santo Domingo, mi ciudad natal, pero las fachadas son generalmente de estilo renacimiento.⁵

Y sin embargo, debo comenzar hablando largamente de México porque aquel país, que conozco tanto como mi Santo Domingo, me servirá como caso ejemplar para mi tesis.⁶

Desde sus comienzos, la América hispana transforma la herencia española:

América ha recibido de España canciones y danzas, pero inmediatamente, en el siglo XVI, aparecieron entre nosotros nuevas danzas o nuevas canciones que fueron modificaciones de los tipos españoles y algunas veces, quizá, de tipos indígenas y hasta, en ciertos casos, vez, volvimos a enviarlas a España.⁷

Pero, a su vez, América influye en España. El autor observa en una notilla la presencia de danzas de claro origen americano en tierra española: el retambo, el zambapalo, la gayumba, la cachupina, el zarandillo, la chacona. No es, pues, un hecho reciente el influjo de América en España; la machicha, la rumba son muestra de ello. Lo mismo que el tango y la habanera. Lo propio había ocurrido con la multitud de voces procedentes del taíno de las Antillas que penetraron copiosamente en la lengua peninsular.

La perspectiva de Henríquez Ureña englobaba a todos los dominios de la expresión: la pintura, la escultura, el folclore, la música,

⁵ “Vida intelectual en Hispanoamérica”, *Utopía de América*, Caracas, 1978, p. 20.

⁶ Op. cit. p. 3

⁷ Op. cit. p. 21

la literatura, el pensamiento, el modo de vida, las costumbres. Se trata de un pensamiento sincrético. Puede solazarse con *las babilianas* del músico Heitor Villalobos. O con la música de Carlos Gómez y, a su vez, examinar prolijamente la cerámica de México, los tapices del Perú o el folclore venezolano.

Al estudiar la cultura de la América hispana, Henríquez Ureña produce grandes síntesis. Observa que el rasgo primordial del pensamiento heredado de España es ante todo la escolástica. Luego influyeron el racionalismo francés, el positivismo. Los temas son la investigación teórica y la especulación moral. Hay una filosofía apostólica, en Hostos, en José de la Luz y Caballero, de carácter ético. José Vasconcelos repara en la teoría del acto desinteresado; Antonio Caso nos presenta la vida como economía, caridad, desinterés; Alejandro Korn, la teoría de la libertad creadora y Vaz Ferreira, la lógica viva. No olvidemos que el ensayista se concibe como maestro y una buena porción de cuanto escribe tiene como meta la enseñanza. Cuando analiza los escritores, su vida y el papel que desempeñaron, establece una clasificación de los escritores:

1. Los escritores políticos o las repúblicas dirigidas por escritores.⁸
2. Los escritores no políticos, que aparecen a finales del siglo XIX.
3. Los que cultivan la literatura social.
4. Los que se dedican a la literatura pura.
5. Los que se dedican a la literatura de indagación interior.

⁸ “Muchos entre nuestros escritores fueron políticos. Algunos llegaron a presidentes de la república, como Mitre, Sarmiento y Avellaneda en Argentina; Manuel Gondra, en el Paraguay; Saavedra, en Bolivia; Juan José Flores, Baquerizo Moreno y Velasco Ibarra, en Ecuador; Gil Fortoul, en Venezuela; José Cecilio del Valle y Marco Aurelio Soto, en América Central; Espaillat, Meriño, Billini, Francisco Henríquez y Carvajal, en Santo Domingo; Alfredo Zayas en Cuba; y el grupo más numeroso, Julio Arboleda, Tomás Cipriano de Mosquera, Santiago Pérez, Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Marco Fidel Suárez, José Vicente Concha, Miguel Abadía Méndez y Pedro Nel Ospina, en Colombia, verdadera República de profesores y escritores”. Op. cit., p. 22.

Unos de los rasgos del pensamiento de Henríquez Ureña es la menudencia de recuerdos y notillas al desgaire que nos muestran con una visión casi microscópica, el papel que desempeña la cultura en la vida del hombre. Las pequeñas historias de los hombres americanos trasladados a Europa son una muestra: la condesa de Merlín, cubana de nacimiento, llevaba unos de los salones literarios más esplendurosos de París. Flora Tristán, peruana y precursora del feminismo, fue una figura de enorme relieve en Europa; Theodore Chasseriau, nacido en Samaná, llegó a ser un pintor de primera línea. Los poetas José María de Heredia, cubano, Jules Laforgue, Jules Supervielle, Isidor Ducasse, el Conde de Lautréamont, todos uruguayos, y el extraordinario músico venezolano Reynaldo Hahn, apreciado por Proust, como una de las grandes figuras de la *belle époque*, le muestran a Henríquez Ureña la existencia de grandes personalidades en la América hispana. Amén de estos rasgos, el autor subraya que de las ocho maravillas del barroco, cuatro se hallan en México: el Sagrario Metropolitano, el templo conventual de Tezopatlán, la iglesia parroquial de Tasco, Santa Rosa de Querétaro. El barroco americano no naufraga en la imitación; en el siglo XVIII reflujo sobre la propia España. Nueva vez se manifiesta el influjo mutuo.

Desde el punto de mira espiritual, discierne el escritor las figuras que producirán una independencia mental de la América hispana con relación a Europa y a España: Bello, Montalvo, Sarmiento, Hostos, Martí, Rodó, Darío.

Sarmiento es el primero en analizar el problema de América hispana basándose en su particular configuración cultural. En el *Facundo* se echan de ver las formas de vida y las circunstancias geográficas como limitaciones. Es el primero en descubrir en el propio pasado español y en el pasado colonial las explicaciones de la falta de cohesión entre la nación y el Estado. En contrapartida, Alejandro Korn se solivianta contra aquellos que le adjudicaron una inferioridad a la América española y, como consecuencia de ello, le supusieron virtudes milagrosas al inmigrante europeo.

Echa de menos el ensayista la ausencia de una síntesis en la cultura hispánica que nos dé una visión rápida y contundente de la prolija

producción intelectual de la América hispana. En varios momentos se advierte las condiciones sociológicas del intelectual americano. Su propia vida zarandeado por las urgencias y molestias, resulta ejemplar. Al pensador americano le ha faltado ocio; pero también le ha faltado el dato y el documento. Buena parte de las personas escriben sin información, basados en prejuicios, sin análisis y sin densidad de pensamiento. Otros han hecho obras de tanteo, sin orientación y sin estrategia. Henríquez Ureña quiere establecer unas tablas de valores, para dejar en la penumbra aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer.

Desde el primer momento, el ensayista se propone escribir sobre unos cuantos nombres: Bello, Sarmiento, Rodó, Darío, Martí, Montalvo.

Apenas comienza a desbrozar la especificidad de lo americano, se tropieza con grandes mitos paralizantes. El mito de la exuberancia americana, expresión del buen salvaje americano que deslumbró a Jean Jacques Rousseau y todos los que tras él imaginaron encontrar el paraíso encantado en selvas de América.

1. Henríquez rechaza la idea de la exuberancia de los hispanoamericanos. Porque para juzgar nuestra fisonomía espiritual conviene dejar aparte los autores que no saben revelarla en su esencia. Porque se lo impiden las imperfecciones de su cultura y por su escaso dominio de las formas expresivas.
2. En segundo lugar, si exuberancia quiere decir fecundidad, los hispanoamericanos, ejemplos sobran, no somos exuberantes. Además, la literatura no era en aquel punto y hora profesión como lo es en España, sino afición.
3. En tercer lugar, si se entiende la exuberancia como verbosidad, los investigadores pueden encontrarla a raudales en De Quincey, en Ruskin, en Castelar o en Zorrilla.

En cualquier literatura, el autor mediocre, de ideas pobres, de cultura escasa, tiende a verboso; en la española, tal vez más que en ninguna. En América volvemos a tropezar con la ignorancia; si abunda la palabrería es porque escasea la

cultura, la disciplina, y no por exuberancia nuestra. *Le climat* –parodiando a Alceste-, *ne fait rien á l'affaire*, en ocasiones nuestra verbosidad llama la atención, porque va acompañada de una preocupación estilística, buena en sí, que procura exaltar el poder de los vocablos, aunque le falte la densidad del pensamiento o la chispa de la imaginación capaz de trocar en oro el oropel.⁹

4. Tampoco puede llamarse exuberancia al supuesto énfasis, cuando se trata en realidad de imitaciones de los románticos. En realidad, no somos enfáticos. En muchas partes de América predomina la sobriedad y ave rara la exaltación.
5. No hay, pues, que atribuir al clima, lo que es, en realidad, una influencia de Víctor Hugo, de Byron o de Espronceda o de Quintana.

Aun cuando hoy nos parece una auténtica extravagancia hacia comienzos del siglo XX había surgido en Argentina el prejuicio sobre la existencia de dos Américas. El mito se fundaba en ciertas taras atribuidas al clima y a la naturaleza americana. Según esa conseja, había una América buena compuesta por países bien organizados; y una América tórrida, hecha de países tropicales, la llamada América mala. La idea central era que el clima traería los ingredientes de civilización a los países de climas templados y se los hurtaría a las zonas tropicales. La teoría climática le atribuía una supuesta superioridad a unas literaturas sobre otras. Henríquez Ureña nos muestra la falta de pertinencia de estos prejuicios. En primer lugar, la teoría no toma en cuenta la inexistencia de una literatura de la América templada, que sea toda serenidad y discreción. Las naciones serias son aquellas en las que prospera el sistema educativo y la vida transcurre sin sobresaltos; en las otras naciones en las que la cultura flaquea están a merced de la inestabilidad política. En segundo lugar, hay una literatura de México, de las Antillas, de

⁹ Op. cit. p. 49.

América Central, de Chile, de Perú, de Venezuela, de Colombia, sin que intervenga el criterio climático. Pero aun así no hay leyes fijas de las cuales pueda deducirse un modelo: Nicaragua es la patria de Rubén Darío, México de Gutiérrez Nájera, Venezuela de Andrés Bello. Lo que nos demuestra que las grandes personalidades pueden aparecer en cualquier país.

La lengua une y singulariza. Es a la par la lengua recibida de España y la que atesora nuestra historia común. Para muchos la idea de sentirse distintos choca con el empleo de un idioma heredado de la metrópoli. Mientras en las artes plásticas y la música, las culturas indígenas y africanas pueden expresarse con la ilusión de la resurrección, en la lengua esa ilusión resulta imposible. ¿Cuáles son los derroteros en la América hispana? Volver a las lenguas indígenas, de las que perviven en América, poco más de cien, sería en la práctica imposible. Crear idiomas criollos, tal como acaece en las Antillas holandesas y francesas, que nos separen del castellano, nos privaría de una enorme riqueza cultural. Salir de una lengua hipercentral, para encastillarnos en una lengua vernácula, cegaría las posibilidades de nuestra América.

Para Henríquez Ureña el idioma se halla bañado de nuestra propia historia e identidad. El idioma no nos vuelve españoles.

No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de un modo de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña del color de su cristal. Nuestra expresión necesitará del doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda. El idioma compartido nos obliga a buscar el acento inconfundible. Cada idioma tiene su color, resume la larga vida histórica. Pero cada idioma varía de ciudad a ciudad, de región a región, y a las variaciones dialectales, siquiera mínimas, acompañan multitud de matices espirituales diversos.¹⁰

Por las características y los matices del idioma, todo el mundo hace el distingo entre un español y un hispanoamericano. Por igual

¹⁰ Conferencia de 1926, incluida en la Obra crítica como parte de los “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” de 1928. *Utopía de América*, Caracas, 1978, p. 37.

se revela, en razón de las diversidades lingüísticas regionales, las diferencias y pertenencias nacionales de cada escritor.

La personalidad de cada una de nuestras naciones se ha fraguado en la lengua española.

A seguidas se nos presenta el problema del carácter que ha de tener nuestra literatura. Pertenece a la tradición occidental. Nuestra civilización empalma con la europea traída por los conquistadores y recreada por los tres siglos de colonización. Pero la herencia dejada por el hombre europeo fue modificada por hallarse, desde sus inicios, en un ámbito nuevo. Debemos discernir paladinamente la herencia y la imitación. Tenemos derecho a emplear los odres de la tradición española, a modificarla e incluso a superarla y, parejamente, tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. Pero ello no nos excusa, estamos obligados para no perecer, a descubrir las notas propias del carácter, la originalidad y la innovación que nos liberte de las reminiscencias de la imitación. Así lo ha explicado Henríquez Ureña:

Si la historia literaria pide selección, pide también sentido del carácter, de la originalidad: ha de ser la historia de las notas nuevas —acento personal o sabor del país, de la tierra nativa— en la obra viviente completa de los mejores. (...)

La falta de carácter, el sabor genuino no viene del exceso de cultura como fingen creer los perezosos, ni siquiera de la franca apropiación de tesoros extraños: hombres de originalidad máxima saquean con descaro la labor ajena y la transforman con breves toques de pincel. Pero el caso es grave cuando la transformación no se cumple, cuando la imitación se queda en imitación.

Nuestro pecado en América no es la imitación sistemática, sino imitación difusa, signo de la literatura de aficionados, de hombres que no padecen ansia de creación; las legiones de pequeños poetas adoptan y repiten indefinidamente en versos incoloros “el estilo de la época”, los lugares comunes del momento.¹¹

Hay una definición del arte como radicalmente histórico. Allí no hay transformación de las ideas recibidas; allí donde el autor

¹¹ Loc. cit., p. 52 y ss.

naufraga en los viejos moldes de la imitación y en donde se emplea los modelos de los antiguos maestros como prueba de calidad literaria, el arte perecerá, por exceso de imitación. Por renunciar a fabricarse su propia circunstancia histórica. Las literaturas se alimentan de influjos, de hurtos de tradiciones extranjeras, pero ha de haber el esfuerzo por fundar su propia personalidad y constituir la expresión de la libertad creadora.

Pero permanece vivo, tras los ensayos que emprende la América hispana, el lastre de la subliteratura.

Y la presencia de diversos tipos humanos:

- Los que se alimentan de la imitación, que permanecen ciegos al mundo que los rodea, olvidando que la literatura no es programación ni imitación sino la presencia de lo transhistórico y transsocial en cada momento. No se escribe para expresar las sombras de otras literaturas, sino que el pensamiento ha de operar vez en un territorio nuevo. El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la revolución romántica, junto con la negación y abandono de todo doctrinal retórico, del ejercicio de las reglas del arte como meta de la creación artística.
- Los europeizantes que toman la lengua prestada y el pensamiento y hasta las frases, para convertir lo que había en el método de aprendizaje, en la meta del arte mismo. Permanecieron indiferentes ante nuestra propia idiosincrasia. Desdénaron nuestra propia naturaleza. «Creen que nuestra función no será crear, comenzando desde las raíz de las cosas, sino continuar, proseguir, desarrollar, sin romper tradiciones ni enlaces».¹²

La fórmula ensayada por Henríquez Ureña encuentra el hilo de Ariadna en el ansia de perfección. No basta poner de resalto la presencia de influjos extranjeros ni solazarnos con la débil enunciación de nuestras intuiciones que podrían hacernos naufragar en naderías, ni —desde luego— convertir nuestros hallazgos en fórmulas me-

¹² *Utopía de América*, Caracas, 1978, p. 41.

cánicas. La obra nueva es invención y síntesis. Los enemigos que debemos combatir son la falta de disciplina, la ausencia de esfuerzo, la incultura y la pereza mental.

Importa subrayar el porvenir de las artes y las letras en la América hispana porque allí están sus querencias. Observa el autor dos movimientos: uno en el que se expresan los anhelos profundos, el ansia de utopía, el esfuerzo por encontrar una vida perfecta en el crisol de nuestra imaginación literaria. Y, otro en el que la expresión del placer estético y lúdico, con los naturales riesgos del hastío logra trasuntar en la creación artística.

El descubrimiento de lo propio es una tarea de la instrucción. La buena orientación en el gusto por las grandes obras literarias para distinguir el grano de la paja. La facundia ampulosa, los lugares comunes, las creencias inútiles, todo ese amasijo reduce el arte a fórmulas y a reglas previsibles, a juego retórico. Toda literatura genuina ha tener sabor de primicia. Quien no se ha educado en las grandes obras clásicas, no podrá distinguir el artificio de las cosas falsas.

He aquí las recomendaciones realizadas por Henríquez Ureña para emprender la enseñanza de la literatura:¹³

1. Las reglas del uso del idioma se aprenden leyendo buenos libros.
2. Donde termina la gramática comienza el arte. Entre lo griegos el aprendizaje del arte es un aprendizaje de taller. Los romanos fueron el primer pueblo académico de la historia. Reglamentaron el arte literario para facilitar la adquisición. Nació la literatura de las lenguas vulgares, sin conexión con la propedéutica latina.
3. El Renacimiento impuso un sistema de reglas a la cultura moderna. Pero una gran porción de la literatura se mantuvo en contra de las reglamentaciones académicas.
4. El vulgo supone que el arte se hace con reglas, que todo arte implica un conjunto de reglas. Por eso el vulgo reduce la actividad literaria a la retórica.

¹³ “Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común”, *Utopía de América*, Caracas, 1978.

- 5 Los griegos distinguían claramente la *poesis*, que es la invención estética, y la *Techne*, que es la reglamentación práctica. La regla implica repetición y la creación implica invención.
6. ¿Por qué fuera de toda enseñanza de colegio se erigen reglas, se constituyen procedimientos que se transmiten; fórmulas de arte que se repiten? Ante todo, por la inevitable tendencia humana a la imitación. No todos los escritores tienen capacidad de inventar, y muchos se acogen a imitación; repiten con ligeras variaciones las primicias de espíritus originales. Y en épocas primitivas hay otro motivo fundamental, cuyas consecuencias se prolongan hasta épocas de plenitud: las artes nacen de la religión o unidas a la religión. En sus orígenes muchas formas artísticas sus formas rituales. El rito implica repetición. La invención y la imitación obran libremente. Es inútil legislar sobre ellas.
7. Es indispensable adquirir el amor a la lectura. El sentido la responsabilidad. La disciplina mental. El hábito y amor a la lectura literaria forman la mejor llave que podemos entregar al niño para abrirle el mundo de la cultura universal.
8. El hábito de leer se adquiere con libros de literatura.
9. Hay que enseñar al niño a expresarse con sobriedad, lejos del lenguaje florido.
10. El maestro debe insistir en la crítica negativa, verdadera campaña de estilo, contra los múltiples efectos de los diarios y la prensa. Los maestros deben cuidarse de no ser ellos mismos modelos de falta de concisión, de precisión, de brumosisidad.
11. Debe el maestro enseñarles a los alumnos el manejo del idioma, el don de expresarse, la costumbre de la buena lectura.

Sin que pueda zafarse de ello, permanece viva en Henríquez Ureña la triple dimensión de su intensa labor intelectual: la del maestro, acuciado por la idea de transmitir los conocimientos sobre el tema de la América hispana, presentándola como poseedora del eje del mundo hispánico; la del erudito, que atesora con paciencia franciscana la documentación, los datos y reconstruye la historiografía de la cultura hispánica en dos grandes síntesis: la primera condensada

en *Las corrientes literarias en la América hispánica*, y la segunda, en su obra póstuma, *Historia de la cultura en la América hispana*. Más que de una teoría deslumbrante o de una apología del mundo hispanoamericano, el gran ensayista trata de sentar las bases del conocimiento en toda menudencia de las artes, las literaturas, el pensamiento y la ciencia americana y, reflexiona, por lo demás, sobre las actitudes y los comportamientos de los autores que han interpretado la América hispana.

LA INDEPENDENCIA INTELECTUAL

Henríquez Ureña retoma como divisa el programa intelectual que aparece claramente esbozado en las páginas memorables de *Nuestra América*. Quería Martí ponerle punto final a cuanto había de colonia en la mentalidad de nuestros prohombres. Había que libertarnos de la imitación, de la veneración ingenua de lo exótico, de la ceguera ante nuestras propias realidades, sustituidas con lectura de tanteo y falansterio y crear y definir los tesoros de las sufridas patrias americanas. Los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928). Sus grandes síntesis de la historiografía de la civilización hispanoamericana, el rigor con que zanjó los prejuicios que proclamaban la inferioridad de la América hispana y con que combatió las extravagancias del criollismo que le atribuía valores hiperbólicos a las producciones americanas y los excesos del cosmopolitismo que sustentaba una admiración delirante por lo extranjero. Todas esas concepciones fueron analizadas, sin estridencias, pero con ansias de conocer y valorar.

La independencia de la inteligencia americana ha de convertirnos en sujetos de nuestra propia historia. Desembarazarnos de la sumisión colonial que nos impide tomar las riendas del espíritu; abandonar las mancuernas del eurocentrismo, cuyo triunfo sólo se fundamenta en la fuerza, y reconocer que en todas nuestras patrias se manifiesta el poder espiritual de una magna patria, unida por la historia, por la geografía, por la lengua, por la cultura y por los

propósitos de redención y emancipación intelectual del hombre. En 1922, Henríquez Ureña lo expresó con estas palabras:

Ninguna nación tiene derecho a pretender civilizar a otra. ¿Estamos seguros de que hay grados de civilización? ¿O son tipos, clases de civilización? Hay quienes dicen que es una fortuna que no se haya pretendido civilizar al indio de los Estados Unidos: así ha conservado su civilización propia, por ejemplo, su arte que, según un notable crítico, es el mejor arte que se produce en el país, mejor que el de Whistler, Homer y todos los pintores famosos (el crítico es Pach). ¿Pero están civilizados todos los Estados de la Unión? Si se pretende civilizar a Haití, ¿por qué no civilizar el Estado de Georgia? ¿Y quién decide cuál es el país civilizado y cuál no? Sólo la fuerza lo decide hasta ahora...

*El ideal de la civilización no es la unificación completa de todos los hombres y todos países, sino la consideración de todas las diferencias.*¹⁴

El diletantismo y la improvisación destruyen las posibilidades de la emancipación.¹⁵ Encabeza la lista de maestros de la independencia espiritual José Enrique Rodó, que representa la síntesis del maestro y del pensador,¹⁶ que restaura la fe en nuestra propia cultura. Próspe-

¹⁴ “Puntos de conferencia”, publicado en *El Heraldo de la Raza*, México, I, No. 9, 15 de mayo de 1922.

¹⁵ “¡Nunca se lamentará bastante el daño que hizo en América nuestra pueril interpretación de las doctrinas románticas! ¡La literatura debía ser obra de improvisación genial, sin estorbos; pero de hecho ninguno de nuestros poetas gozaba de la feliz ignorancia y de los ojos vírgenes que son el supuesto patrimonio del hombre primitivo. Todas eran hombres de ciudad y, mal que bien, educados en libros y en escuelas; pero huyendo de la disciplina se entregaban a los azares de la mala cultura; no leían libros, pero devoraban periódicos; y así, cuando creían expresar ideas y sentimientos personalísimos, repetían fórmulas ajenas que se les habían quedado en la desordenada memoria”. *Utopía de América*, p. 350.

¹⁶ “Rodó es el maestro que educa con sus libros, el primero quizás, que en nosotros influye con la sola palabra escrita. No a todos será fácil, sin duda, conocer la extensión de esa influencia; pero quien observe la descubrirá a poco ahondar, esparcida por dondequiera: los partidarios de *Ariel*, los futuros secuaces de Proteo, son multitud que crece cada día. Hecho singular si se considera que los libros de Rodó son de difícil acceso en la mayor parte de América, explicable, en cambio, por la virtud sugestiva de ellos, que a todos sus admiradores nos convierte en propagandistas.” “La obra de José Enrique Rodó”, *Utopía de América*, p. 334.

ro proclama que los ideales norteamericanos no se avienen con las sociedades de la América hispana; Rodó inventa una filosofía para conducir nuestra propia vida.¹⁷

LA OTRA CARA DE LA EMANCIPACIÓN CONSTITUYE LA UTOPIÍA

Para Henríquez Ureña, la utopía supone la manifestación de la herencia de la Revolución Francesa. Los tres proyectos de dicha revolución: libertad, igualdad y fraternidad, son elevados como ideales, como programa histórico del ejercicio intelectual en América.

Si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia, ésta es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación; sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multipliquen los dolores humanos... los que la codicia y la soberbia infligen al pobre y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro, cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y la inteligencia.¹⁸

La utopía presupone la presencia del espíritu crítico. Mientras los pueblos orientales se abandonan a las leyes divinas, nuestra América, heredera de la civilización griega, busca; compara; experimenta.

¹⁷ Rodó llega a formular esta norma: “La esperanza como norte y luz; la voluntad como fuerza; y, por primer objetivo y aplicación de esta fuerza: nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores.” Esta filosofía se extiende a la personalidad de los pueblos. Véase *Utopía de América*, p. 344.

¹⁸ *Utopía de América*, La Plata (Argentina), Edición Estudiantina, 1922. Véase, además, *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978 p. 11.

*Es el pueblo que inventa la discusión, que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira el futuro, y crea las utopías.*¹⁹

Imagina una sociedad en la que se haya operado la redención económica, “una organización de la sociedad sobre bases nuevas que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que la condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fue la antigua”.²⁰

En la tradición revolucionaria, la igualdad ha estado presente siempre como ideal de justicia. Los escollos que encuentra demuestran la imperfección de la sociedad en la que se vive. La libertad, sin embargo, desembarazada de la solidaridad, se convierte en declamación. Si para implantar la igualdad se suprime la libertad, llegamos a las tiranías o a las dictaduras y al empobrecimiento de la vida futura. Si olvidamos la fraternidad, estaríamos cerrando las puertas de la justicia y de la libertad. De ahí que no hay que renunciar a reformar, comparar y vislumbrar una organización social que, sin renunciar ni a la libertad ni a la igualdad ni a la fraternidad, perfeccione el porvenir.

En numerosos pasajes, Pedro Henríquez Ureña defiende democracia “como base de la evolución del futuro”,²¹ se proclama partidario de la reforma de la sociedad para emancipar “el brazo de la inteligencia”; se declara a favor de la expansión de la instrucción,²² y expresa su protesta por la violación de la soberanía de los pueblos débiles. Ejemplar nos parece su protesta por las consecuencias de la aplicación de la doctrina de Monroe.

El mar Caribe es el punto principal de la aplicación de la doctrina de Monroe. La doctrina, tal como se concibe hoy, se aplica

¹⁹ *Ibíd.*, p. 7.

²⁰ *Ibíd.*, p. 11.

²¹ “Ariel”, en *Obra crítica*, México, FCE, 1959, p. 23.

²² “Hoy se pretende cerrar las puertas a los iletrados. La capacidad de lectura no es garantía sino indicio de cierto nivel posible de aptitud; y no es garantía de moralidad. Pero la condición de iletrado hace del hombre en nuestros días un desheredado, víctima segura de los abusos ajenos”. Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en Estados Unidos*, México, 1961. p. 58.

realmente hasta la línea ecuatorial: al sur apenas tiene aplicación.²³

Las playas del mar Caribe: parte de México, las seis repúblicas de la América Central, Colombia, Venezuela, las colonias inglesas, francesas, holandesa, norteamericanas (y hasta hace poco danesas), y los tres países insulares independientes: Cuba, Haití y Santo Domingo.

Esta observación geopolítica ya aparecía en Alfred Thayer Mahan (1840-1914) que concebía al Caribe como parte del mar interior de los Estados Unidos. De ahí la construcción y el control del canal de Panamá y la estrategia de convertir a las islas del Caribe en la verdadera frontera y como efecto de esa política de construcción de la base militar de Guantánamo, las intervenciones militares en República Dominicana (1916-1924) y en Haití (1915-1934). Una concepción de dominación nacida de la Doctrina de John Jay (1777) y posteriormente, de la aplicación de la Doctrina de Monroe (1823), rematada con la ocupación de la isla Navasa (Haití) y de Puerto Rico. En más de un pasaje, Henríquez Ureña se manifiesta, paladinamente, contra la aplicación de un intervencionismo que suprime la soberanía de las naciones.

Es generalmente conocida la especial situación de vigilancia y dominio norteamericanos a que están sometidas las aduanas de Santo Domingo desde el tratado o Convención de 1907. Roosevelt se enorgullecía de esta obra de gobierno. Los políticos republicanos la citaban como ejemplo del bienhechor influjo de los Estados Unidos en el mar Caribe, y le atribuían misteriosas virtudes pacificadoras. De 1912 para acá, sin embargo, hubo que atenuar el elogio de esas virtudes.²⁴

Refiriéndose concretamente a la ocupación norteamericana de (1916-1924), el ensayista se expresa del modo siguiente:

Los dominicanos han preferido permanecer sin ningún gobierno nacional antes que conceder que éste fuera un mero instrumento de Washington como

²³ “Relaciones de Estados Unidos y el Caribe”. Puntos de una conferencia dada en inglés ante el Club de Relaciones Internacionales de la Universidad de Minnesota. Publicado en *El heraldo de la Raza*, México, t. I, Núm. 9, 15 de mayo de 1922.

²⁴ Firmado bajo el seudónimo E. P. Garduño, “Hacienda y diplomacia” A. A. Roggiano, op. cit., p. 34.

el caso de Haití; es decir, antes que conceder ningún derecho constitucional a un poder extraño (...)

Nuestro principal deseo es que se devuelva la soberanía nacional a los dominicanos, única solución ajustada a derecho.

La lucha por la libertad de la inteligencia americana lleva a Henríquez Ureña a una particular concepción de la soberanía de los pueblos, de las libertades políticas y de las relaciones entre las naciones. La idea de una magna patria hispanoamericana empalma con el hallazgo de rasgos comunes, con el descubrimiento de la personalidad propia de estas patrias y con el rechazo del colonialismo.

Las colonias no tienen espíritu (...) Una colonia es (...) una cosa sin alma, sin alma propia: sus modelos los recibe de la metrópoli. Los que no hayan vivido en un pequeño país independiente no conocen el sentimiento que existe en ellos de estar elaborando su propia vida, creando su propio tipo y modo de ser, creando, constantemente. Cada nación tiene su alma propia y lo siente.

El colonialismo es un sistema. Primero despoja de su capacidad para convertirse en dueños de su historia al colonizado. Lo transforma en una cosa. Sólo lo exalta y lo acepta en la medida en que el colonizado adopta como natural su propia anulación. Luego transforma el éxito de la aplicación de la fuerza en superioridad intelectual ante el colonizado. Todo el esfuerzo que inspira a Henríquez Ureña parte de una revalorización de nuestra cultura y de la inteligencia americana. Se nos concibió, incluso entre los propios, con los tintes de la degradación, un mundo en el que se creía que sólo tenían valor las cosas venidas de Europa. Las imitaciones, las ideas fraguadas en Europa y el desprecio por lo propio se había transformado en un peligroso hábito de autoflagelación.

El autor anota que las crisis han obligado a encontrar en nosotros mismos las normas de nuestra regeneración.

Hasta ayer, Europa había sido la maestra; a ella le pedíamos la doctrina y la moda, el método y la máquina. Los Estados Unidos se iban convirtiendo en la maestra auxiliar. El origen extranjero, para las ideas o para los artefac-

tos, era entre nosotros prueba de calidad; la aprobación extranjera, cuando la obteníamos, -desganada y entre distingos- era la consagración. Y esta sumisión a Europa era, por partes iguales, útil y perjudicial. Útil cuando, por ejemplo, nos mantenía unidos a la tradición espiritual que parte de Grecia, de Roma, de Israel; cuando nos daba la conciencia de que heredábamos el esfuerzo de España. Pero perjudicial cuando nos hacía creer que, fuera de la tradición, de la herencia, nada significaríamos; que nuestro papel sería siempre aprender y continuar; que ni en la honda originalidad de nuestro pasado indígena ni en el carácter singular de nuestra vida presente encontraríamos con qué crear nuevo espíritu.

La sumisión que exhibíamos nos había anulado la capacidad de juzgar, nos mantenía encorsetados con ideologías librescas, deslumbrados y víctimas de la opresión mental generada por la pervivencia de la colonia en nosotros mismos.

En Europa no podemos buscar orientaciones. En los Estados Unidos, todavía menos.

Tenemos que edificar, tenemos que construir, y sólo podemos confiar en nosotros mismos.

EL RECHAZO DE LA BRUMOSIDAD TERMINOLÓGICA

El ideal de estilo constituye para Henríquez Ureña una norma de pensamiento. Mantiene su lealtad a la erudición, al buen uso del idioma; pero rechaza la brumosidad creada por el culto a las terminologías, a las fórmulas pseudocientíficas, a las monsergas fabricadas por la moda. Rodó ilustra para él de modo ejemplar este ideal: «Como pensador, posee, si no la originalidad que crea un sistema filosófico, sí la de eticista; en vez de dejarse arrastrar por la corriente que lleva a la ciencia fácil, a hacer libros con libros ajenos, vuelve a la clásica tradición que enseña a buscar en la propia experiencia, íntima y social, las verdades morales que deben darse al mundo como fruto acendrado de la personalidad, como aportación real al tesoro de la sabiduría humana».²⁵

²⁵ “La obra de Rodó”, en *Utopía de América*, Caracas, p. 337.

En otro pasaje, se refiere a la manía de sustituir la argumentación y el pensamiento por enumeraciones farragosas que enmascaran el discurso.

Hoy, cuando entre nosotros empieza a perderse la castiza costumbre de pensar personalmente las cuestiones morales y se prefiere tratarlas según las fórmulas librescas de una psicología barata y de una sociología endeble, el esfuerzo de Rodó, al renunciar a tan fácil y vulgar triunfo, adquiere una significación señaladísima: atrevido es desafiar así a la moda que se presenta con la máscara de ciencia. Pero, pese a los que, para concederle valor máximo al libro, necesitarían encontrar, al abrirlo, una aparatosa clasificación de elementos éticos y una autoritaria valuación de influencias ambientes; pese a los que creen imposible hallar ideas donde hay estilo, como si el gran estilo no exigiera, precisamente, ejercicio de pensar.²⁶

Este imperativo de claridad se manifiesta en el examen del pensamiento de los prosadores americanos. Al analizar los aciertos de la prosa de Sanín Cano, el autor subraya lo siguiente:

No se formó repitiendo ajenas lecciones ni se quedó engreído en la rustiquez; desde su juventud, descubrió en su tierra las imperfecciones de la enseñanza y se propuso reconstruir su cultura sobre fundamentos firmes (...) pero en sus excursiones de investigación procedió con severo espíritu crítico, apartando el estorbo de las cosas falsas, escogiendo sólo cosas auténticas. Peor que nuestra ignorancia debió parecerle nuestra novelera superficialidad, acogedora de modas triviales.²⁷

Al referirse a la prosa de Martí pone el acento en su forma de pensar:

Estilo sabio por la estructura, claro en el concepto, original en las imágenes, infinitamente variado en la expresión y con todo y sobre todo, personal y humano y siempre rico de pensamiento.²⁸

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ "Sanín Cano", *Utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 358.

²⁸ Martí Escritor, *Utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 290.

CONTRAPUNTEO DEL ERUDITO Y DEL PENSADOR

Hay una doble dimensión en la concepción del ensayo de Henríquez Ureña: la del erudito y la del pensador. El erudito aparece copiosamente en sus ensayos de historia literaria y de la cultura: “*Tablas cronológicas de las literaturas española*” (1913), “*Cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*” (1936), “*Apuntaciones sobre la novela en América*” (separata) 1927, “*Corrientes literarias en la América hispánica*” (1946), “*Historia de la cultura en América hispana*” (1947); y el pensador aparece menudamente en sus *Ensayos críticos* (1905), *Horas de estudio* (1910), *Utopía de América* (1925), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), *En busca del verso puro* (1934).

Ambas posturas se funden en el especialista en estudios lingüísticos y de métrica. Su cultura enciclopédica se echa de ver en la reconstrucción de la vida cultural e intelectual de la América hispana, sin omitir las artes, el folclore; jerarquizando lo que él llamó la alta cultura y la cultura popular. En sus apostillas y notas se muestra la hiperbólica bibliografía constituida por libros, documentos, boletines, informes, noticias, notas biográficas que sustentan las monumentales tesis historiográficas; pero al mismo tiempo introduce, al desgaire, comentarios que esclarecen la naturaleza, la localización de la documentación; contrasta pareceres encontrados; llega a conclusiones; reconstruye época con referencias entrecruzadas y luego vierte en prosa límpida y precisa el rostro del pasado intelectual de la América hispana. El pensador que se muestra en sus ensayos filosóficos tiene otro carácter; no se deja seducir por los glosarios creados por teorizantes escolásticos, que aplican con mentalidad tomística los rigores de un doctrinal, sino que se concibe como un auténtico dialéctico, en el sentido socrático.

En la literatura apreciaba, conforme se deduce de sus estudios, las grandes ideas que obran tras bambalinas, en el texto. Es decir, que la calidad literaria empalma con las posibilidades de suscitar

ideas y de enriquecer nuestra percepción del mundo. El pensamiento en Henríquez Ureña opera por aforismos, fórmulas y máximas que son desarrolladas, ulteriormente, en toda la obra y que actúan como grandes argumentos. El pensador consideraba que la transformación de nuestras sociedades no radicaba en las técnicas y en las máquinas, la clave estaba en la instrucción y en la cultura.

20 de mayo del 2003, presentación de los *Ensayos sociológicos, filosóficos* de Pedro Henríquez Ureña, Vol. 5, publicado por la Secretaría de Estado de Cultura.

Hitos de la representación en el teatro en Santo Domingo

Como en tantas otras cosas, Pedro Henríquez Ureña, nuestro primer humanista, se revela como uno de los precursores, en lo que toca al valor de la representación teatral. En efecto, en un ensayo publicado en Buenos Aires, en 1925, con título *Hacia un nuevo teatro*, se desmenuzan los problemas planteados por la representación en el teatro y se examinan las diferentes soluciones ensayadas, en su día, por los renovadores del teatro.

Dos grandes concepciones subyacen tras bastidores de todo este intríngulis.

- *La idea de que el teatro es una reproducción de la vida*, afincada en el prestigio de ciertas representaciones: Piénsese en *El pato salvaje*, *La casa de las muñecas* de Ibsen. Según esto, el teatro ha de extraer el parentesco de la inclusión intertextual, interescénica de la vida. Esta idea encuentra su prolongación en el teatro de tesis. En nuestro país, particularmente, una gran cantidad de obras teatrales estaban marcadas por esta tendencia que veía el realismo como una manifestación de compromiso y una prueba de inteligibilidad. Numerosos grupos barriales, el teatro de la Universidad Autónoma de Santo Domingo estuvieron marcados por ese naturalismo brutal, cuyas representaciones, si bien a veces no están exentas de simbolismos, naufragaban en un didactismo paralizante.

- *Lo segundo: es la idea de un teatro que se concibe a sí mismo no como una mimesis de la vida o de la escena social ni como intertexto de lo que se produce afuera, sino como una realidad teatralista, que trata la realidad como una ficción creada, que rechaza la mimesis de la realidad y representa un universo al que se accede mediante la emoción, los símbolos y las asociaciones de ideas.*

Es claro que entre estos dos modos de hacer teatro y de escribir teatro se fragua la interpretación, que no es otra cosa que el sistema de representación que adopta el director o *Metteur en scène*.

El problema de la representación no radica exclusivamente en integrar las innovaciones introducidas por los teorizantes del teatro y por aquellos que se propusieron buscar nuevas soluciones al espacio de la representación, tales como Adolph Appia, Gordon Craig y otros. El *quid* del asunto radica en que estos modos de representar han condicionado la escritura del teatro y en algunos casos han castrado la evolución artística. Así el escenario realista aparece encastillado en la rutina y la carencia de invención, esto: *condena al concurrente asiduo a teatros a contemplar interminables exhibiciones de mediocridades, que ni siquiera ofrecen novedad ninguna*. De las dificultades planteadas por este tipo de representación, Henríquez Ureña llega a la deducción siguiente: *«en España, por falta de renovación, el teatro se ha reducido a unos cuantos tipos de obras dramáticas»*.

Examinemos de paso cómo han influido estas dos estéticas en las representaciones en nuestro país. En el teatro dominicano confluyen diversas corrientes y estéticas, sin que ninguna tenga primacía en lo que respecta a la cantidad de espectáculos, tantos los que se publicitan en los grupos populares y aquellos que corresponden a salas de mayor reconocimiento. Se podría, pues, desgajar del modo siguiente:

- La continuidad de un teatro de tesis, en cuyo ejercicio se advierten novedades y transformaciones importantes: la integración de elementos del folclore, rituales religiosos, porfías populares. El momento más importante de ese teatro lo constituyó la re-

presentación de dos obras teatrales de Jaime Lucero en el decenio de 1970. *Mamasié* y *Los gavilleros*, en ambas piezas se utiliza por vez primera una enorme intertextualidad de las representaciones populares: desfiles de palos, porfías campesinas, irrupción de la gestualidad, dicciones diversas y contrapuestas, representaciones que se introducían a modo de *collage*. Todas representadas con un alto grado de simbolismo, mostrando la capacidad de renovarse y de incorporar un discurso pluralista, polifónico. Eso, desde luego, en otros casos menos afortunados ha tomado los derroteros de la pura representación de la yuxtaposición, concebida como teatro de la improvisación. El argumento se diluye y traba la comprensión.

- El otro aspecto ha sido el de la representación teatralista. Ninguna de las artes se expone tanto como el teatro al escudriñamiento del lector y del espectador. Nuestro teatro no ha sido ajeno a estos influjos copiosos. Se trata de lo que llamamos la ideología de las vanguardias.

Durante mucho tiempo se pensó (probablemente aún se piensa) que las vanguardias transformarían el mundo al cambiar las palabras. Las controversias brutales que opusieron, como dos fuerzas antagónicas, progreso y atraso, barbarie y civilización, razón contra irracionalismo penetraron el modo de concebir la literatura. Y allí encontraron almas descarriadas que se entregaron voluntariamente a ese catecismo, espoleadas por las promesas de la redención social postulada como realidad, antes de concretarse en los hechos. Pero una gran parte de nuestro mejor teatro se halla enraizada en el teatralismo.

Sin embargo, esas fuerzas que fueron la simiente de la renovación tienden al enclaustramiento, cuando se convierten en fórmula y repetición. Una porción de obras teatrales tienden al clásico tema del teatro dentro del teatro. Un teatro que se concibe como reflexión sobre sí mismo y que extrae sus temas del propio teatro y convierte la obra en reflejo de sí misma. En nuestro país, como en América hispana, estas tendencias degeneraron en fórmulas.

Las obras más importantes en ese sentido fueron *Yo*, Bertold Brecht, *Piramide 179*, de Máximo Avilés Blonda. Y, por otra parte, Iván García con la obra *Un héroe más para la mitología*. La representación ganó nuevos bríos. Las nuevas obras de teatro reclamaban un nuevo modo de representar.

¿Cómo se concibe la representación a la luz de lo que se considera adquirido y patrimonio de nuestra modernidad? Una modernidad que se esboza en los hitos siguientes:

- La búsqueda de espectáculos completos que integran música, canciones, proyecciones, tipos de danzas (ballet, bailes folclóricos etc.)
- El descubrimiento de un teatro gestual o teatro salvaje, inspirado en las ceremonias de los instintos elementales, extraídas de las prácticas de Antonin Artaud, de Julien Beck y del Living Theater.
- El desarrollo de un teatro épico, en concordancia con las aportaciones de Brecht basándose en la técnica de la distancia entre el espectador y el personaje de la ficción, para captar mejor la oposición y plantearse como teatro de tesis.
- La irrupción de un teatro basado en el juego, en lo lúdico como fuerza de deconstrucción, Constituye la base del teatro de Beckett y la visión del ritmo surrealista que descubre una realidad social: el inconsciente, las obsesiones, las censuras, las pulsiones.
- La presencia de una teatro que se basa en lo épico, en el trasfondo social y en nuestro realismo mágico. Pienso sobre todo en el trabajo extraordinario del grupo venezolano *Rajatabla*, de la compañía Galpón o de la *troupe* chilena Ictus, en todas hay una gran renovación del montaje y de la representación, de la crítica, de la investigación en la identidad y de la creatividad.
- Los ensayos del teatro total, a partir de las experiencias del teatro Dórsay. Un teatro que rechaza toda clase de mimetismo y que pone en entredicho su propia realidad.

Me parece que estas posibilidades han transformado las estructuras de la representación y que no se puede ser contemporáneo, haciendo abstracción del ensanchamiento que han producido en la percepción y en el conocimiento y en la invención de un nuevo teatro. Henríquez Ureña, sin haber vivido los sacudimientos que han dejado tras de sí las vanguardias, evalúa las soluciones ensayadas para solventar los problemas de la representación, sin renunciar a la herencia de la historia del teatro. La primera de ellas es la llamada solución artística. Henríquez Ureña la define con estas palabras:

Hay quienes sustituyen el realismo con la fantasía: la solución artística. Sus argumentos son interesantes. No sólo protestan contra las pretensiones de exactitud fotográfica, contra la minucia de pormenores, sino que atacan la estructura esencial del escenario moderno (...)

Ya que el objeto de la decoración no es engañar, sino sugerir, indicar el sitio, hagamos la indicación, no fotográfica, sino artística, que sea hija de la imaginación pictórica, la cual sabrá variar, según las obras, el estilo de la decoración, desde la opulencia de color que corresponde a Las mil y una noches, hasta los tonos sombríos que armonizan con el ambiente de Macbeth o de Hamlet.

*Así nace el escenario artístico. De él existen dos tipos principales: uno, que sirve de fondo arquitectónico o pictórico para el actor, y hasta se reduce al primer plano con decoraciones sintéticas, como lo hacen Fuchs y Earler; otro, aquel donde se concibe el actor como si simple elemento en el vasto conjunto plástico y dinámico, según la práctica de Max Reinhardt en buena parte de sus invenciones escénicas. El escenario escoge como punto de apoyo, ya el dibujo y el color de la decoración, ya los recursos de la luz (Obra crítica, México, Fondo de Cultura Económica, 1960 “Hacia el nuevo teatro” en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*).*

En segundo lugar, tenemos la solución histórica, cuyo objetivo era resucitar los escenarios de las grandes obras teatrales, bien sea griegas, isabelinas, recreando sus espacios y sus tempos primitivos. Se trata de una empresa de rehabilitación de las antiguas representaciones concebidas esta vez como libertad. Esta solución trajo consigo una reacción radical, inspirada en el teatro de Jacques

Copeau y del Vieux Colombier, que propone la simplificación completa, la eliminación de las influencias pictóricas y la eliminación de todo tipo de decoraciones. Esta fórmula que se basa en la búsqueda de las significaciones dramáticas puras, desembarazadas de las informaciones semióticas contenidas en las imágenes que obran como escena ha tenido prolijo desarrollo en todo el teatro moderno, precisamente en el teatro de Darío Fo y en grandes porciones de los teatros marginales que carecen de recursos económicos para invertir en los fastos de un gran montaje.

Finalmente, Henríquez Ureña nos propone lo que él considera la mejor solución. Digámoslo con sus palabras:

La mejor solución está en aprovechar todas las soluciones. La artística es de las que se imponen solas y puede darnos deleites incomparables. La histórica, al contrario, triunfa difícilmente: requiere sumo tacto en la dirección escénica, para que la historia no abogue la vida del drama.

Confieso mi desmedido amor a la solución radical, a la simplificación relativa o absoluta. Nada conozco mejor que Sófocles, Eurípides, Shakespeare, Racine, sin decoraciones o con meras indicaciones esquemáticas del lugar.

Con la renovación del escenario y de las formas de representación vuelven a la vida, todas las grandes obras; el drama deja de ser mera diversión de actualidad.

Es claro que la representación nos coloca ante la llave de la bóveda y ante las posibilidades de hacer renacer toda la historia del teatro. La gran innovación del teatro, no está encastillada en los temas o en los esnobismos ideológicos o de las modas, sino en recrearnos la obra teatral conforme a la exigencia de una nueva sensibilidad y nuevo modo de percibir la realidad. Desde este punto de vista Sófocles, Shakespeare no son menos contemporáneos nuestros que Beckett o Ionesco.

Un paréntesis en la vida de Pedro Henríquez Ureña (1931-1933)

Copiosos testimonios de escritores y personas que recibieron su influjo magisterial atestiguan que D. Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) era un hombre de acción. Prueba de ello son sus clases en el liceo de Río de la Plata (Argentina) de muy grata a recordación para todos los que tuvieron el privilegio de ser sus alumnos, y el enorme repertorio de conferencias y cursos que impartió de los que apenas nos quedan glosas escritas al desgaire. Porque el Maestro no tuvo un Platón que hiciera la historia de sus diálogos, ni siquiera tuvo, como Ortega y Gasset, la consolación de un Paulino Garragorri. No era faena fácil influir en los más grandes escritores de su época y de las ulteriores con el rango de Maestro, y esa misión socrática la asumió Henríquez Ureña transformándose en un riguroso archivo de todas las literaturas, y ordenando las prolijas aportaciones que había producido la América hispánica.

Todos los que le conocieron coinciden en que su obra socrática no ha sido evaluada. Digamos que, por lo pronto, tenemos un minucioso estudio sobre sus estancias en los Estados Unidos, fruto de una investigación realizada por el profesor Alfredo Roggiano. Pero poco sabemos de sus años en México —en los que trabajó en periódicos, universidades y revistas—; su correspondencia con Alfonso Reyes esclarece algunos de estos momentos muy parcialmente; sus años argentinos comienzan a estudiarse con interés, gracias a los testimonios y estudios de grandes escritores

argentinos como Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y otros. Parejamente sus aportes filológicos y literarios se echan de ver en las nuevas investigaciones lingüísticas. Obra de plenitud en la que se cuentan estudios ejemplares, como su descripción del español en Santo Domingo, sus trabajos sobre semántica y geografía lingüísticas y sus aportaciones didácticas, entre las que cabe reseñarse la edición de un manual de enseñanza de la lengua en colaboración con Narciso Binayán, *El libro del idioma* y una *Gramática*, en concierto con su amigo Amado Alonso.

Pedro Henríquez Ureña salió de Santo Domingo en 1901 hacia la ciudad de Nueva York, rozaba los dieciséis años. Retorna al país para una visita familiar en 1911 –en varias de las cartas que le escribe a su íntimo, Alfonso Reyes, le expresa el añorado deseo de establecerse en Santo Domingo, y las dificultades apremiantes que se lo impiden. Ese deseo y esa añoranza parecen colmarse en 1931, treinta años después, cuando vuelve a instalarse en Santo Domingo, con su esposa, la mexicana, Isabel Lombardo Toledano y sus dos hijas, Sonia y Natacha. Los caprichos del dictador Trujillo y la servidumbre intelectual que campaba por sus fueros constituían una horma horrenda para un hombre de sus principios morales; terminó difamado; acusado de incompetente por los cortesanos del tirano y su labor fue menospreciada; se marchó a París, en 1933, para reunirse con su familia que había logrado emigrar unos meses antes, y retornar definitivamente a Buenos Aires, en donde moriría en 1946. Durante el tiempo que permaneció entre nosotros –año y medio de su plenitud ocupó el cargo de Superintendente de Educación. Y es un tópico decir que su influjo socrático fue en Santo Domingo totalmente nulo. Sin embargo, muy otras son las conclusiones que podemos inferir cuando examinamos en todas sus menudencias ese paréntesis de su vida.

Su estancia en el país fue una verdadera Edad de Oro para la enseñanza de la lengua española. A instancias de él se iniciaron las tareas de formación de profesores de enseñanza media y primaria; las escuelas normales se convirtieron en institutos de formación

continúa para renovar y perfeccionar la enseñanza; merced a una ordenanza de su tío, don Federico Henríquez, el entonces rector de la Universidad de Santo Domingo, se crea la licenciatura en Filosofía y Letras –el plan de estudios fue elaborado y concebido por don Pedro Henríquez Ureña–, de este modo se constituiría el centro de acopio de docentes para la enseñanza. El plan de estudios contemplaba asignaturas de carácter histórico, lingüístico y filosófico e incluía, cuando menos, la impartición de 30 clases, en las cuales el diplomado debía demostrar sus dotes y su competencia.

Tenía la enseñanza de la lengua española antes de 1932 visos puramente retóricos. La prueba irrefutable de ello la constituyen los programas, las circulares y las ordenanzas que obraban entonces. Por añadidura, las turbulencias de los gobiernos de asonada que se sucedían unos a otros en un virtual estado de anarquía y de guerras intestinas que culminaron con la ocupación norteamericana de 1916 a 1924 hicieron imposible la formación de una estructura educativa. La primera reacción que se produce contra la tradición y las taras de ese pasado, la encabeza don Pedro Henríquez Ureña. A partir de la ordenanza impartida por el superintendente del 7 de abril de 1932, los objetivos de la enseñanza de la lengua serán pautados por los preceptos que siguen:

Primero, la enseñanza del castellano se realizará combinando

- lectura
- escritura (redacción)
- y gramática (sólo un tercio de la enseñanza).

Además de estos grandes conjuntos, insistía la ordenanza en otros aspectos:

- enseñanza de vocabulario y giros correctos
- ortografía
- lectura comentada (análisis de textos)
- y composición.

El superintendente conocía punto por punto los problemas de nuestra burocracia, y tuvo el cuidado de elaborar detalladamente los programas de enseñanza, las sugerencias metodológicas, y el tiempo que debían consagrarse a las faenas subrayadas. No dejó ningún cabo suelto. Para los primeros cursos —dado que la enseñanza de la lengua estaba domeñada por la retórica y la gramática— recomendó que se excluyeran todas aquellas rutinas tendentes a la imitación de modelos literarios. Luego, indicó cómo debía incluirse la literatura en los programas de enseñanza. Impartió por aquel entonces un curso de lingüística general siguiendo las pautas de Ferdinand de Saussure, fundador de esta disciplina, en cuya traducción había colaborado junto a Amado Alonso, unos años antes. Fue uno de los primeros cursos que se impartieron en el Continente, y es una lástima que los alumnos no hayan divulgado los apuntes del Maestro.

En ordenanzas posteriores, Henríquez Ureña pone el acento en la especialización de las actividades de la enseñanza de la lengua española. Así en la que dictara el 13 de septiembre de 1932, la 274'32 en la cual modifica el plan de estudios para los primeros grados. De 27 horas de clases semanales, 11 serán consagradas a la enseñanza de la lengua. De estas, la mitad será dedicada a la lectura y la escritura, esto es, la comprensión escrita y a la producción escrita, y la otra mitad estaba dedicada al conocimiento de la lengua. En conjunto, cuando examinamos el plan nos damos cuenta de que poco más del 38% estaba dedicado a la enseñanza de la lengua, desde la perspectiva del uso. Ese porcentaje comenzaba a reducirse gradualmente, en el tercer grado, por ejemplo, llegaba a un 30% pero, en compensación, la enseñanza de la Historia era integrada a la de la lengua, así con el estudio de las narraciones históricas se incluían ejercicios de composición.

El gran aporte de estas ordenanzas fue que transformaron toda la enseñanza de la lengua española en el país. Primero, porque se acentuó el uso de la lengua, contra la manía de memorizar contenidos gramaticales. Piedra de toque de la renovación de la enseñanza de la lengua en la actualidad. Segundo, porque deslindó los

dominios de esta enseñanza y aumentó, enormemente, la cantidad de tiempo consagrado a la lengua, cimiento de la comprensión del mundo exterior y de la formación del pensamiento y de la creatividad, meta última a la que debía propender la enseñanza futura. Y, por último, porque asoció su reforma educativa a un proyecto de formación de profesores, mecanismo insustituible para acometer dicha empresa. Instituyó, además, el reciclaje obligatorio durante los períodos de vacaciones escolares. Vale decir, que Henríquez Ureña entendía que la enseñanza impartida necesitaba ser continuamente remozada para que la escuela no se torne en un centro de divulgación de conocimientos obsoletos.

Toda esa magnífica estructura, concebida para transformar la enseñanza y crear los cimientos de nuestra creatividad intelectual y cultural, fue demolida por los ministros postreros. Pero las maestras y maestros y los inspectores de enseñanza media y primaria que conocieron a Henríquez Ureña le guardan una gratitud perenne y viva como las llamas del tibar. Fueron escasos momentos de gloria para la educación dominicana.

Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897). Pensamiento y poesía

1. CONTROVERSIAS EN TORNO A SU VALORACIÓN

Ya es un lugar común decir que Salomé Ureña de Henríquez es la poetisa que encarna el ideal patriótico. En algunos casos, se utiliza esta sentencia para mostrarla como uno de sus valores fundamentales (Joaquín Balaguer: 1980; José Alcántara Almánzar: 1979; Max Henríquez Ureña: 1965). Dentro de esta concepción la poesía ha de encarnar la identidad nacional y en la conjunción de lo político y la expresión tendríamos su calidad literaria. Según esto el valor residiría en una construcción *a priori*. Unos contenidos de carácter ético que tienen como base la utilidad que pueda desgajarse de ellos: la poesía constituye un valor porque refleja un sentido de la historia, porque tendría una función edificante y noble. Porque educa, instruye, informa, convence. La literatura es concebida como instrumento al servicio de las ideas y de la necesidad de fundar un Estado, de hallar reproducidos los contenidos morales y éticos que contribuirían a la construcción de ese ideal.

Por contraste en una segunda postura, adoptada por nuestra crítica más reciente (Matos Moquete: 1986, Diógenes Céspedes: 1989) consiste en descalificar la noción “poesía patriótica”. Según esto, cuando se utiliza esa designación se desguarnea a la literatura de los valores propios. Los poetas y escritores se transforman en propagandistas de la ideología del Estado, de la cultura oficial o en trovadores de himnos y efemérides. Ésa es la idea que trasunta

en algunos críticos que se han ocupado copiosamente de su obra. En general, se alega, para oponerse a los críticos de siglo pasado y este siglo, que lo patriótico no constituye un valor que pueda ser medido literariamente y como prueba de ello se ofrece el ejemplo de una no desdeñable cantidad de poetas, cuyo apego a esas creencias no ha redundado en un reconocimiento de su obra ni en una palmaria calidad de sus escritos... Los partidarios del rechazo de toda consideración sobre el contenido de la obra literaria plantean como rasero de valoración el modo de funcionar, es decir, las estructuras acentuales, retóricas, prosódicas y rítmicas con las que se ha construido el poema.

En algún momento, pareciera que ambos puntos de vistas reflejasen unas formas contrapuestas de concebir la literatura. Por un lado, se desdeña cuanto ésta tiene de específico, que son sus operaciones y por otro, se echa por tierra la realización lingüística de los sentidos, es decir, el resultado de esas operaciones. La conciliación no parece faena fácil. La controversia invita al lector a una fractura, de lo que, en realidad, se ha de entender como una unidad. De ahí las limitaciones de los análisis que han planteado el examen de la poesía de Salome Ureña de Henríquez echando de lado lo intratextual, es decir, la mentalidad en la que se fraguó esa poesía. Lo que constituían los saberes popularizados por la Iglesia, el Estado, la escuela, la familia y los medios de socialización. Un primer acercamiento a la obra de la poetisa tiene, necesariamente, que escudriñar en el funcionamiento ideológico de esa sociedad, y no juzgarla *a priori*, con los conceptos que hoy tenemos de la patria, de la Independencia y de las naciones. Muy probablemente esos conceptos han cambiado y muchas de esas batallas y luchas no signifiquen lo mismo para cualquiera de los críticos actuales. Pero lo que no resulta valedero es cerrarse a cal y canto a la comprensión de las ideas que empujaban a la poetisa.

Una tercera posición se basa en la consideración de los aspectos ideológicos, examinados puntillosamente para hacerla pasar por las horcas caudinas de un proceso basado en lo que la autora no hizo y debió hacer, no escribió y debió escribir. Se trata de

plantear una preceptiva *a priori*, a la cual la poetisa debe obedecer y en la que ha de quedar encastillada su poesía. El fundamento de esta crítica es un supuesto anarquismo: para que la poesía de Salomé Ureña de Henríquez no naufrague en la propaganda ideológica era menester que todo cuanto escribiera se orientase en contra de los poderes establecidos: política, religión, filosofía. En resumidas cuentas: que la poesía se convierta en ideología negativa. Es decir, que el poema no reproduzca sino que subvierta, contradiciéndola, las ideologías de su época.

En todas esas circunstancias, nos hallamos ante una visión de la poesía que establece un compendio de consideraciones antes de examinar la obra en sí. La poesía no se hace a partir de ritmos heredados, ideologías programadas o reproduciendo influencias literarias y copiando versos ajenos. La poesía es un conocimiento, placer, revelación, hallazgo y encuentro con una enunciación que nos muestra el obrar de una subjetividad que incluye y se hace con los elementos de eso que Unamuno llamó intrahistoria. Esa vida tradicional que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible. La vida, entendida como esos esquejes ideológicos en lo que se fragua nuestro presente. La obra se encuentra en esas yuxtaposiciones. Probablemente no haya ningún ejemplo en nuestra historia en donde esa relación se vuelva representación. De ahí procede la enorme aceptación de sus versos, al punto que el país le entregó una medalla costeadada con una suscripción popular.

La glorificación de Salomé Ureña está conectada con esa circunstancia que intentaremos revelar. ¿Cuál era, pues, la sociedad en la se fraguó la vida de la poetisa? Salomé Ureña de Henríquez nace en Santo Domingo el 21 de octubre de 1850. En su infancia se producen acontecimientos que hay que tomar en cuenta a la hora de examinar las imágenes que luego constituirán los temas de sus poemas: la guerra dominico-haitiana, la Anexión a la Corona española, la guerra restauradora (1862-1865) y la restauración de la Independencia nacional (1865). Fueron sus padres el abogado y poeta Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875) y Gregoria Díaz y León (1819-1914). Vivieron sucesivamente la

Ocupación haitiana (1822-1844), las emigraciones dominicanas a Cuba y Venezuela y por encima de estos acontecimientos vivieron intensamente las dos grandes corrientes que se disputaron el señorío del país: el anexionismo que había surgido mucho antes de nacer la República independiente en 1844 y la corriente independentista, encarnada en Juan Pablo Duarte (1813-1876) y en los miembros de la Sociedad de los Trinitarios.

Los anexionistas consideraban que el Estado dominicano no podía mantener la Independencia y se basaban en tres grandes razones que, en apariencia, tenían un fundamento lógico. Constituían las circunstancias imperantes hasta en los albores del siglo XX.

1. Una formidable superioridad militar de los haitianos
2. La superioridad económica de Haití sobre la naciente República Dominicana
3. Y, la superioridad demográfica haitiana

Al momento de producirse la Restauración de la Independencia en 1865, Salomé Ureña tiene apenas quince años. En sus primeros años, había vivido los remezones de la guerra dominico haitiana (1844-1856), la inestabilidad y la incertidumbre de una sociedad en la cual los factores que habían decidido la independencia podrían revertirse. Nacimos encerrados en un mismo espacio geográfico con la nación de la cual nos libertamos. Las dos estrategias que marcaron la primera y la segunda república penetraron profundamente la existencia de la poetisa. El anexionismo, no desaparece con la Restauración, sino que se mantiene en el candelero en 1873, durante la Presidencia de Buenaventura Báez, quien trató de anexionarnos a los Estados Unidos. El ideal trinitario se mantuvo en las pesebreras de su propio hogar, quedaba representado por su padre, el poeta Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875) que era, además, su mentor y maestro. En ese momento histórico, los poetas más inmediatos a la adolescente Salomé Ureña: Félix Ma. Del Monte, Encarnación Vilaseca de Del Monte (1821-1890), Manuel de

Jesús Peña y Reynoso (1834-1915), José Joaquín Pérez (1845-1900), en todos los casos por sus fueros los temas: el destierro, los episodios de la Ocupación haitiana y la exaltación de los héroes de la Independencia. Dos de estos poetas se convirtieron en mártires de la guerra restauradora: Eugenio Perdomo (1836-1863), fusilado por combatir la Anexión y Manuel Rodríguez Objío (1838-1871), fusilado por defender los ideales que expresaba en sus poemas, de exaltación patriótica. En todos esos poetas, que era la primera literatura con la que habría de habérselas, tenía primacía el tema de las luchas nacionales. Era natural que ese aspecto ocupase el interés de una buena parte de la poesía de Salomé Ureña de Henríquez. Se trata de una simbiosis entre el vivir que se manifiesta como enunciación, recuerdos, aspiraciones, sueños e historia oral y el deseo de afirmarse como sujeto de ese momento histórico y el modo de operar del poema, como manifestación de ese presente. La poesía de tema patriótico no es en Salomé Ureña historia pasada, antigualla que puede abandonarse por no constituir parte de su vida, sino que es merced a ésta que la poeta logra moldearse una idea que logrará trascender lo biográfico para convertirse en ideas que revelan el modo de ver de una época, en la que se conectan lo ético y lo estético, el bien y lo bello, lo político y lo poético, constituyendo una literatura comprometida. Salomé Ureña comparte con Manuel de Jesús Galván el cetro intelectual de todo el siglo XIX. Es la escritora de mayor influencia, en una época en que vivíamos en una especie de páramo cultural. No hay una figura superior en la poesía dominicana, ni tampoco nadie puede superarla en influjo educativo.

Claro es, la noción de compromiso que puede deducirse de los ensayos poéticos de Salomé Ureña tiene que ver muy poco por lo que hemos entendido por tal, en la época actual. El compromiso es la lealtad a unas ideas y es también parte de una estética que busca encontrar en las obras literarias una utilidad práctica. Esta idea fue reforzada con las influencias literarias predominantes en aquella época. En su ensayo sobre Salomé Ureña de Henríquez, Balaguer demuestra que las influencias literarias en lo que a la versificación respecta pueden espigarse en las poesías de Gallego y Quintana, dos

poetas españoles de inspiración neoclásica. Y conviene que nos detengamos y hagamos una apostilla sobre este punto. En la mayoría de críticos pasa inadvertida. El neoclasicismo se propuso aplicar los principios de la Ilustración. Movimiento filosófico que se produjo en Francia, en el siglo XVIII, que se caracterizó por la confianza absoluta en la razón del hombre como fuente de conocimiento y en la educación como única vía posible para lograr el bienestar individual y social. En materia religiosa los filósofos del siglo de las luces: Rousseau, Voltaire, Diderot, D'alembert preconizaron la tolerancia en oposición al fanatismo religioso.

Algunas ideas de la preceptiva de Ignacio Luzán pueden colegirse de la práctica poética de Salomé Ureña. Según esto, la obra debe tener un carácter universal y genérico, y debe reflejar la realidad. Ha de ser verosímil. Se deben deslindar los géneros, de modo que no se mezcle lo trágico y lo cómico, el verso y la prosa, el tono elevado y el tono familiar. La finalidad de la obra debe ser moral o educativa. En resumidas cuentas, se propone una literatura racional, verosímil y didáctica, que ejerza una función formativa. De este modo la literatura se convierte en transmisora de ideas y pautas de conductas.

Estas ideas pueden rastrearse en la obra poética y educativa de Salomé Ureña. A los 25 años publica su poema “La gloria del progreso” y “A los leutones”. En ambos poemas se advierte el culto a la razón, esa facultad de pensar con arreglo a los principios del progreso, que en la poetisa adopta la mascarilla de la luz, el bien, el progreso, el bien supremo.

Estas ideas fueron reforzadas con las teorías positivistas de Eugenio Ma. De Hostos (1839-1903). Durante sus tres estancias en el país (1875-1876), (1879-1888) y (1900-1903), Hostos mantuvo viva la idea de que la educación era el motor de la transformación social. Su obra no sólo fue faena de instrucción, sino una escuela de pensamiento que introdujo el razonamiento, y omitió los viejos métodos memorísticos. Salomé Ureña llevó a las aulas y convirtió en práctica las mejores intuiciones del maestro puertorriqueño. Las ideas pedagógicas de Hostos pueden compendiarse de este modo:

- determinar las leyes que conducen a la sociedad, basándose en las leyes de la razón, que una vez son descubiertas por los hombres, terminan por imponerse.
- La sociedad estaba regida por leyes orgánicas y el modo de descubrirlas era merced a la educación, como factor de transformación social. Se trata del culto de la ciencia, del conocimiento, de la experimentación, ocuparán las energías de la poetisa.

La relación con Eugenio María de Hostos, de quien será discípula y seguidora, le lleva a abrazar el positivismo del maestro puertorriqueño. Un positivismo empotrado en el krausismo español que Hostos trajo de sus estancias en España. Refiriéndose a la llegada de Hostos a Santo Domingo en 1875, la poetisa nos dice lo siguiente:

Le vi aparecer trayendo por séquito los rayos de las nuevas ideas, de las ideas redentoras, de las ideas de la civilización actual, y yo, que siempre he suspirado, que suspiro aún por el engrandecimiento moral y material de mi país, batí palmas de gozo y esperé.

Ese es el comienzo de una colaboración que se extenderá por unos diez años entre Hostos y la poetisa, primero en la construcción de las Escuelas Normales para maestros y de ella nacerá el Instituto de Señoritas, primer plantel educativo para mujeres fundado en República Dominicana... Con ese esfuerzo Salomé logró rescatar a la mujer de una postración social, aceptada como algo natural:

¡Cuánta injusticia !¿Qué desequilibrio en ese hogar en donde el niño puede dar lecciones a la madre? ¡Imposible! ¡Imposible!

Salomé Ureña dejó tres promociones de maestras normales.

En cuarenta y siete años, forjó una pléyade de educadoras; un hogar de intelectuales, los más importantes del comienzo del siglo XX, Pedro y Max Henríquez Ureña, y la gran educadora y ensayista Camila Henríquez Ureña, que apenas conoció a su madre. Cuando metemos el escalpelo en la voluminosa correspondencia de los

Henríquez Ureña, nos tropezamos con las vicisitudes familiares y la tuberculosis que comienza a minar su existencia a partir de 1893, y que la obligan, prácticamente, a retirarse de toda actividad educativa. En 1882 se había casado con Francisco Henríquez y Carvajal, él con veinte años y ella, con veintinueve. En 1887, cuando el matrimonio tenía tres hijos, Francisco Henríquez y Carvajal se va a realizar una especialidad en medicina a París. Henríquez y Carvajal partió para regresar al año siguiente pero retorna cuatro años después, en 1891. En 1894, nace su hija Camila. Y tras el parto, contrae la tuberculosis que la llevará a la muerte en 1897. Salomé Ureña resume todas las ambiciones de los dominicanos. En ella se funden la poesía y el pensamiento. El conocimiento es revelación, y con ella descubrimos la alianza entre el vivir y el decir. En su poema “Ruinas” la autora nos muestra el sueño desvanecido de todas las generaciones que vivieron los días amargos, de ver su patria levantada y destruida, alternativamente:

*Que mientras sueño para ti una palma
Y al porvenir caminas,
No más se oprimirá de angustia el alma
Cuando contemple en la callada calma
La majestad solemne de sus ruinas*

Aun en sus piezas de mayor intimidad, el poema se torna en vida razonada. Cuando penetra en el hontanar de su conciencia, trata de descubrir el porvenir de su hijo, el futuro humanista D. Pedro Henríquez Ureña, y llega a establecer una profecía : no será militar ni será político, sino un hombre de letras:

*Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
De César ni de Alejandro los laureles;
Si a sus sienas aguarda una corona
La hallará del estudio en los vergeles.
Así es mi Pedro, generoso y bueno,
Todo lo grande le merece culto;
Entre el ruido del mundo va sereno,
Que lleva de virtud germen oculto*

Salomé Ureña de Henríquez es la voz poética más importante de nuestro siglo XIX, pero su figura, ejemplar en lo que se refiere al engrandecimiento moral que representa, ha quedado entre nosotros como un arquetipo, como una meta, que las generaciones presentes aún no han igualado.

Santo Domingo, 1996.

REFERENCIAS

- José Alcántara Almánzar, *Estudios de poesía dominicana*, (1979), Sto. Dgo., Alfa y Omega.
- Joaquín Balaguer: *Historia de la literatura dominicana*, (1988), Sto. Dgo., Editora Corripio.
- Diógenes Céspedes: *Salomé Ureña. Poesías Completas*, (1989), Sto. Dgo., Editora Corripio.
- Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura dominicana*, (1965) Sto. Dgo., Colección Pensamiento Dominicano, Editor Julio D. Postigo.
- Manuel Matos Moquete: *La cultura de la lengua*, (1986) , Sto. Dgo., Biblioteca Nacional.

Manuel de Jesús Galván (1834-1910)*

La imagen que se tiene de Manuel de Jesús Galván (1834-1910) se halla mediada por estereotipos que, andando el tiempo, han sustituido la verdadera naturaleza de sus convicciones. En los mentideros intelectuales la tesis predominante es la siguiente: *Manuel de Jesús Galván es un escritor hispanófilo, reaccionario, conservador, que apoyó la Anexión a España y que hay que poner en la picota*. Esa es, desde luego, una visión impresionista, que, paradójicamente no encaja con las opiniones que se extraen de la correspondencia de Gregorio Luperón, Ulises Francisco Espaillat, José Martí y de otros contemporáneos suyos, que expresaron unos pareceres muy distintos de esos que hoy tienen carta de vecindad.

¿QUÉ SABEMOS DE MANUEL DE JESÚS GALVÁN?

De Galván sólo se conocía la excelente novela *Enriquillo*, la novela más importante del siglo XIX y las opiniones vertidas por los historiógrafos actuales. En su caso, hemos asistido al proceso de invención del otro. Se trata de un proceso de demonización, que permite fabricar un personaje con las impresiones y las pasiones del presente. La labor editorial y las revelaciones que se han realizado de esta figura no han logrado variar el juicio cuajado durante años

* Ponencia presentada en el Festival de las Ideas, el 10 de agosto del 2010.

de desinformación. Nosotros publicamos *Novelas cortas*, en el año 2000, con un compendio de artículos de “La Razón”, perteneciente a la colección documental del Archivo de D.Vetilio Alfau Durán. El Archivo General de la Nación (AGN) ha publicado este año 4 volúmenes... *Escritos iniciales, Ensayos, artículos y Controversia histórica, correspondencias y misiones diplomáticas*, editadas por el documentalista Andrés Blanco Díaz, una labor inestimable. Existe, desde ya, una cantera de informaciones que podrían echar por tierra los juicios anteriores. Creemos que el enjuiciamiento de un personaje histórico no debe construirse sobre odios, resentimientos o sobre abstracciones ideológicas sino fundarse en la documentación. La historiografía no ha de escribirse contra nadie, sino para afirmar convicciones y principios, blindado con una documentación que obre como prueba irrefutable de cuanto afirmamos.

La palabra *conservador* se emplea como un sambenito descalificador. Se moteja como conservador al que cree en Dios, al que cree en la familia, en la tradición, en los valores nacionales, al que detesta los cambios bruscos, al que prefiere el orden a la fiesta revolucionaria. Un conservador puede, a la vez, ser partidario de la República o de la Monarquía; pero considera que la religión, las tradiciones, la cultura son los elementos esenciales de la cohesión social. Siente profunda desconfianza por las teorías abstractas y metafísicas. Prefiere la reforma, a la concepción de la ruptura. Galván encaja, en algunos aspectos, con la concepción que lo tilda de conservador sobre todo en su apego al sentido inicial de la vida dominicana. Pero si se mira desde otra vertiente, a la luz del comportamiento político asumido en otros momentos de su vida, podría ser tachado de liberal. No debemos juzgar, pues, a Galván con los juicios y la mentalidad contemporánea. En las postrimerías del siglo XIX, los conservadores desconfiaban en la capacidad del pueblo para gobernarse, en muchos casos detestaban el voto y la opinión; se oponían a la libertad de cátedra, si ponía en entredicho el dogma religioso. Desde luego, hasta ahora, tal como veremos, al casar su biografía con estas perspectivas, ninguna empalma con Galván.

En 1852, estudia en el Colegio San Buenaventura. Son sus profesores el poeta Nicolás Ureña de Mendoza, Alejandro Angulo Guridi, Félix Ma. Del Monte, Tomás Bobadilla y el padre Gaspar Hernández, maestro de los jóvenes de La Trinitaria. No puede decirse, entonces, que estuviese inclinado al conservadurismo. Fueron sus condiscípulos el historiador José Gabriel García, el prócer Manuel Rodríguez Objío, Eugenio Perdomo, Mariano Cestero, ninguno lleva la esclavina de conservador, y todos sirvieron los intereses de la nación desde una concepción nacionalista. No era Galván un hombre de abolengo. Era hijo natural de María Candelaria Galván y del comerciante Francisco Javier Abréu. No pertenecía, pues, a las familias linajudas que habían logrado enseñorearse desde los tiempos coloniales. Comenzó su labor de periodista desde muy joven, y en tal función llegó a director de *El Oasis* (1854-1856); director General de Correos (1858) nombrado por el Presidente Pedro Santana, secretario del Senado, secretario particular del Presidente Santana, Ministro plenipotenciario ante las Cortes de La Haya y Copenhague (1859-1860). Posteriormente, ocupa el cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, y se casa con María Velásquez Objío.

Por sus vínculos con Santana, en 1861, apoya la Anexión a España. Su ideario político expresado en el lapso que va de los 19 a los 26 años de Galván queda estampado en *La Razón*. Dos hombres se disputan el liderazgo absoluto de la primera República (1844-1861): el general Pedro Santana (1801-1864) y Buenaventura Báez (1812-1884). Santana gobernó 10 años en la primera República y Báez, 6. No representaban, sin embargo, ideales antagónicos. Ambos caudillos, el político y el militar, compaginaban con el ideal anexionista. Representaban fuerzas políticas innegables: los propietarios de hatos, grupo social predominante apoyaban a Santana y los exportadores de madera, del Sur, apoyaron a Báez. Los constructores del nuevo Estado, no eran partidarios de la independencia absoluta, y consideraban que debían ponerse bajo la protección de una gran potencia europea. Hubo tres soluciones. La primera intentaba consolidar la separación de Haití mediante la intervención de un

Estado protector, que nos pusiera a buen recaudo de las ambiciones haitianas. Luego entró en el candelero la posibilidad de la cesión del territorio a trueque de una protección militar que impidiera que Haití volviese a enseñorearse del territorio nacional y finalmente se impuso la anexión, es decir, considerar el país como provincia de Ultramar de otro Estado más poderoso, que garantizase por su incorporación las fronteras del territorio nacional.

¿Por qué se produce el respaldo de Galván a la Anexión a España?

Era tan vulnerable el Estado dominicano que surgieron dos grandes tendencias: los independentistas puros, que creyeron en que la única solución era la independencia, y que representa de manera absoluta y casi única, el padre de la Patria, Juan Pablo Duarte y los que creyeron que debíamos ponernos bajo la tutela de un Estado protector. Participantes de esta idea fueron, en algún momento, los próceres trinitarios Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella.

En 1844, al producirse la proclamación de la Independencia nacional, Galván tenía 10 años de edad. De 1844-1856, el país enfrenta las campañas militares de la guerra domínico-haitiana, comenzada en la Fuente del Rodeo el 10 de marzo de 1844 y concluida en Sabana Larga en 1856.

Dos ideales llevaron a los hombres de ambos Estados a los campos de batalla. El ideario haitiano expresado en la primera Constitución de 1805, vigente hasta 1874, era que la isla era una e indivisible; omitía el derecho a la autodeterminación de los dominicanos. La dominación haitiana de 1822-1844 era la expresión del deseo de anexionarse la porción oriental de La Española. Y el ideario dominicano, expresado el 6 de noviembre de 1844, proclama el deseo de autodeterminación del pueblo dominicano, y reconoce los límites de la soberanía al hablar de la frontera y renuncia a todo intento de conquista de la República de Haití. Esas dos vertientes constituyen la proyección geopolítica de los dos Estados.

- La amenaza de caer, nueva vez, en manos de poderío haitiano. Faustin Soulouque preparaba una gran invasión que tendría lugar en 1859. No se produjo porque Soulouque fue derrocado por Fabré Geffard.
La deplorable situación económica del país, tras 12 años cabales de guerra dominó haitiana. Galván expresa las ambiciones de los anexionistas. Lograr que la Corona Española invierta 500.000 duros en la construcción de industrias, ferrocarriles y en el desarrollo del comercio, tal como había acaecido en Cuba.
- La mayoría de los artículos dados a la stampa en el periódico anexionista *La Razón* dirigido por Galván se refieren al fomento de la industria, el ferrocarril, la agricultura, el trabajo; importación de inmigrantes laboriosos; la apertura de la universidad y al desarrollo de la instrucción;
- Se esperaba, parejamente, que España reiniciase la exportación de maderas e impulsara la agricultura; la inversión económica española (Pág. 99); asumir la deuda nacional y recoger las antiguas monedas por una nueva;
- Que se le diera punto final a las luchas intestinas entre los caudillos que habían dominado el escenario político. A saber: Buenaventura Báez y Pedro Santana;
- Que el Estado español emprendiese la tarea de recuperar el territorio de nuestra frontera ocupado por los haitianos. En efecto, los haitianos habían franqueado las fronteras de Aranjuez que prescribían que Haití poseía unos 21.085 km². Una de las ambiciones de Santana era recuperar esos territorios fronterizos.
- Galván enumera concienzudamente, los problemas de Santo Domingo: 1) la despoblación, la inseguridad, la incertidumbre producida por la guerra con Haití. De ahí la exigencia de que España invierta sus caudales en las infraestructuras necesarias para desarrollar a la nación.

El anexionismo fue la solución ensayada por el liderazgo político más influyente en aquel punto y hora. A Galván, que vivió en su infancia bajo la dominación haitiana y cuyos años mozos

estuvieron marcados por las continuas invasiones haitianas y por el espantajo de una posible derrota a manos del copioso ejército haitiano, le parecía que, en vista de la debilidad de las fuerzas nacionales para ponerle coto a las invasiones del vecino, era necesario una anexión o un protectorado que, mediante la incorporación, impidiese el dominio haitiano. Al analizar a este hombre de letras, se ha producido una caricaturización, omitiendo los datos y las circunstancias de su entorno. Visiones maniqueas oponen liberales y conservadores. Liberales, buenos y conservadores, malos.

A Galván se le llama conservador, reaccionario, por haber apoyado la Anexión. Se olvida que el prócer de la Independencia y de la Restauración Ramón Matías Mella (1816-1864) llegó en misión a España, en 1854, para gestionar: un protectorado o una anexión a la Corona, durante la guerra dominico haitiana como Ministro Plenipotenciario del General Pedro Santana. Se olvida que Francisco del Rosario Sánchez (1817-1861) se hallaba vinculado a Buenaventura Báez, de cuyos gobiernos fue Ministro y valedor, y que, en algún momento, para poner su pellejo a buen recaudo aceptó la Matrícula de Segovia.

LAS RELACIONES DE GALVÁN CON EL GENERAL SANTANA

Durante los 17 años de la Primera República (1844-1861), Santana gobernó durante 10 años. Era masón, y a la par, devoto de la Virgen del Carmen; era propietario de hato y engrandeció su hato con el matrimonio con la viuda Micaela del Rivero, mayor que él. Luego se casó con, al enviudar, Ana Zorrilla, sexagenaria, hermana de Dominga Zorrilla con la que tuvo dos hijos naturales. Santana era un autócrata, y no creyó nunca que la República Dominicana pudiera sobrevivir a los propósitos haitianos de imponer su soberanía. Había nacido en Hincha, que, por sucesivas incursiones haitianas, se hallaba bajo la soberanía de Haití. Y, al igual que Báez, creía que la única solución perdurable era incorporarse a una gran potencia extranjera que mantuviera a raya el poderío haitiano. La

anexión a la Corona de España se produjo en 1861. Pero todos los sueños de Santana se volvieron aguas de borrajas. Se esperaba demasiado de España. Tras el cambio de soberanía, se produjo un brevísimo paréntesis de optimismo. España cambió la moneda de una nación en ruinas; pero ninguno de los beneficios se hicieron presentes. Las contradicciones entre Santana y el mando español, que lo había nombrado Capitán General se produjeron de inmediato. Introdujeron métodos burocráticos que chocaron con la idiosincrasia del país; comenzó una política de intolerancia religiosa con las Iglesias protestantes y con los masones, el propio Santana, y Galván, ambos eran masones; se introdujo una política que mantenía ciertos ribetes racistas, no hay que olvidar que España mantenía la esclavitud en Cuba. Para Santana constituyó un auténtico aldabonazo el momento en que el mando español pasó a retiro a 56 generales que lo habían apoyado durante la guerra de Independencia. En 1862, disgustado con las cancelaciones emprendidas por los españoles renuncia al mando, con la esperanza de que la crisis que ya había estallado en Capotillo, le diera nuevamente las riendas de la situación. Pero La Gándara, que le sustituye, se alegra de que éste haya dejado el campo libre. Sus contradicciones con el mando español, lo mantienen apartado y rebelde a las circunstancias. La Gándara considera que Santana debe pasar por un Consejo de Guerra. Propone al General Serrano, Capitán General de Cuba que se le embarque a La Habana o a Madrid. Santana, a chita callando, desoye todas las recomendaciones que le hace el Capitán General de Santo Domingo. Entretanto, el Gobierno restaurador lanza un bando para que se fusilase dondequiera que se le encuentre. Los últimos días de Santana fueron trágicos, enemistado con los españoles y condenado por los dominicanos. Según el Dr. Delgado que lo atendió, cuando se hallaba en las últimas, falleció de un cólico hepático en 1864. Fue enterrado sin ceremonias, en el patio de la Guarnición. Posteriormente se le inhumó en la Iglesia de El Seibo, y finalmente se le exaltó al Panteón Nacional.

Habiendo cesado la influencia de Santana, su figura histórica fue sometida al tribunal de la historia por el historiador José Gabriel

García. En esos momentos se mantuvo una ardua polémica al través de los periódicos *El Teléfono* y *El Eco de la Opinión* en 1899, recogida por el historiador Vetilio Alfau Durán, con el título de la *Controversia Histórica*. En la misma Galván califica como un error de Santana la Anexión a España: “condenamos la Anexión, lamentamos cada vez más la locura que la inspiró; pero no negamos ni destruimos la gloria de Santana, ni sus dignas ejecutorias ni merecidas preseas” (p.116, v.II). García, en cambio, trata de destruir la gloria militar de Santana, y hace inventario menudo de sus yerros. En realidad, durante la polémica se enfrentan dos concepciones de la historiografía. Galván subraya preponderantemente el papel de las personalidades en los acontecimientos, para éste el mando social lo ejercía Santana, y era éste el que determinaba el derrotero de los acontecimientos; García, en cambio, hace hincapié en los hechos y en los héroes militares. Aun cuando inicialmente se radica en Puerto Rico, tras la Restauración de la Independencia, Galván dará un vuelco a sus relaciones políticas, que lo alejarán del influjo de Báez, caudillo anexionista superviviente y que lo harán condenar el proyecto de Anexión a los Estados Unidos, santo y seña, del Gobierno baecista de los seis años.

LA VERTIENTE LIBERAL

Tras la Restauración de la República en 1864, se vinculó al Partido Azul, de tendencia liberal, capitaneado por el prócer Gregorio Luperón, a quien sirvió como Canciller. En Puerto Rico, donde se radicó tras la conclusión de administración española, se vinculó a la España Liberal y a los grupos independentistas, y escribió en sus medios. En 1874 fue electo diputado en la Convención que redactaría la Constitución de la República. Se asocia a los que luchan contra el baecismo y se convierte en promotor de la candidatura de Espaillat, quien le nombra Canciller de la República. Tras su derrocamiento, Galván acompaña a Espaillat en la decisión de asilarse en el Consulado de Francia. Firma el Manifiesto de Curazao,

encabezado por el prócer Luperón; electo Presidente de la Sociedad Unión Nacional, que tenía como objetivo difundir la paz, la independencia, las libertades públicas, la democracia y el combate del caudillismo, el personalismo y los males de la República.

En 1880, preside la Comisión de los Miembros del Consejo de Estado, en función de Poder Ejecutivo envía el Proyecto de Ley para el establecimiento de las Escuelas Normales; comparte con Hostos la Cátedra de Derecho Internacional en el Instituto Profesional; es nombrado en el Primer Gobierno Liberal de Heurieux, Ministro Plenipotenciario en Washington y allí recibe al prócer Luperón, y lleva a cabo varias misiones en defensas del interés nacional. Llevó a cabo las misiones diplomáticas más importantes de su época:

- a. el arreglo de la cuestión dominico española (1880);
- b. elabora el tratado de reciprocidad comercial entre la República Dominicana y los EE.UU., refrendado por el protocolo con el Secretario de Estado John Foster;
- c. gestiona la participación del país en la celebración del 4to Centenario del Descubrimiento;
- d. participa en el recibimiento a José Martí, en 1893.

A GUIA DE CONCLUSIÓN

Tres dimensiones se echan de ver en Manuel de Jesús Galván. La del periodista, publicista o intelectual que entra en la palestra política a los veinte años con la publicación de *El Oasis* y, posteriormente, del periódico *La Razón*; escribe ensayos, gacetillas y la novela histórica *Enriquillo*; la del político que, tras contraer nupcias con Francisca Velásquez a los 25 años se incorpora al proyecto anexionista del Presidente Santana y la del diplomático, cuya buena estrella toma cuerpo durante la primera república (1844-1861), llevando a cabo misiones de alto bordo en Europa. Ninguna de estas representaciones pueden ser miradas de forma estática. En

el caso de Galván, en cada una de estas circunstancias se produjo una evolución.

- El político anexionista de los veinte años, tildado de conservador, modifica su comportamiento ya en el exilio en Puerto Rico, y cuando ya Santana había fallecido (14 de junio de 1864). Se vincula a los independentistas y a los liberales; escribe en *La España radical*, *El Buscapié*; asiste a la ceremonia de abolición de la esclavitud en Puerto Rico en 1873 y se incorpora al movimiento liberal en Santo Domingo, relacionado con Luperón, Espaillat y Hostos. Por esta razón, despacharlo en un periquete nos parece una chapucería. Al igual que acaece con muchos pensadores, surgen jueces que no lo han leído; le fabrican un discurso y un pensamiento que él no ha sustentado y luego se dedican a combatir las tramoyas del pensamiento que ellos mismos han construido. Galván estuvo siempre empalmado con el pensamiento liberal, habiendo sido fundador de la Gran Logia Nacional de la República Dominicana, que, en gran proporción, sirvió de madriguera a muchas de las figuras del liberalismo en el país, siempre gozó de la amistad de las grandes personalidades del pensamiento liberal dominicano. De ello atestigua la exaltación que hace de Duarte, de Espaillat, de Mella y de Luperón en sus escritos. El reconocimiento que le tributaban sus contemporáneos le abrió una carrera política que lo llevó a desempeñar distintos cargos: vicepresidente de la Cámara de Diputados, Presidente la Suprema Corte de Justicia (1883-1889), Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Ulises Francisco Espaillat, en 1876, de Cesáreo Guillermo, en 1879 y en el cuarto mandato de Ulises Heureaux, en 1893 y durante el Gobierno de Alejandro Woss y Gil en 1903. Tras el derrocamiento de Woss y Gil, en 1905 renuncia a la vida pública; se queda en Nueva York y se radica en San Juan (Puerto Rico) hasta su muerte en 1910.
- La obra diplomática de Galván nos lo representan como el más importante diplomático de la primera república 1844-1861.

Era norma durante el siglo XIX emplear a los escritores como diplomáticos. Y no todos tuvieron un desempeño aceptable. En muchos casos, llevaron una vida mundana de fiestas y jaranas, desconectado de los complejos intereses de los Estados. Pero, en Galván, en contraste con esos casos que han servido de piedra de toque nos hallamos desde el primer momento con la presencia de un auténtico diplomático. Entre 1859 y 1860, Galván se instala como Ministro Plenipotenciario en Copenhague (Dinamarca), le acompañó en aquella misión Felipe D. Fernández de Castro, ambos trataron de solventar el diferendo ocasionado por las reclamaciones danesas de resultados de los daños causados a tres goletas de esa nacionalidad durante la Presidencia de Buenaventura Báez en 1857. Galván llegó a compendiar una experiencia extraordinaria en el campo de la diplomacia por las razones siguientes:

1. Conocía prolijamente el derecho internacional, el Código Napoleónico que obraba en los tribunales dominicanos, y presidió la comisión dominicana que durante la Anexión a la Corona de España tradujo el *Code Civil*. Sus credenciales como jurista quedaron validadas por el ejercicio de la Cátedra de Derecho en el Instituto Profesional. Durante todos los Gobiernos del General Pedro Santana (1844-1848), (1849), (1853-1856) y (1858-1861) desempeñó funciones notabilísimas como Ministro Plenipotenciario en varios países.
2. Tenía, además, el hábito de negociar y alternar con los hombres de Estado, afición que había adquirido cuando entró por vez primera en la vida pública como secretario particular del Presidente Santana. Con Galván se inició una tradición de colocar a nuestros principales escritores como diplomáticos. Tras la experiencia de Galván, las grandes misiones fueron confiadas a Emiliano Tejera, a Tulio Manuel Cestero, Francisco Henríquez y Carvajal, Américo Lugo y Federico Henríquez y Carvajal.

3. Cuando se examina menudamente su correspondencia diplomática, se tiene el palpito del talante diplomático: a) defendió ardorosamente los intereses nacionales: el respeto de las leyes nacionales, en lo tocante a las relaciones con Estados Unidos; a saber: la batalla diplomática llevada a extremos con el cónsul estadounidense Paul Jones; b) escribe prolijas notas al Gobierno de Haití para evitar que ese territorio se convierta en refugio de alzados y guerrilleros que se dediquen a traer consigo la inestabilidad para la República; c) las grandes misiones emprendidas en 1891-1892 a España, la llevada a cabo en Washington de 1903 y 1904, que fue rematada con el Laudo Arbitral, ilustran cabalmente sus aportaciones a la diplomacia. Su célebre *Exposición al Congreso Nacional sobre la neutralización de las aguas y puertos francos* (Santo Domingo, 1903), que a juicio de D. Américo Lugo era una de las piezas mayores de nuestros hombres de Estado. Ilustran su práctica diplomática, *El informe de la cuestión dominico española* (1880). *Informe al Presidente Jimenes sobre las Convenciones de 1898 y 1899, Las Bases Constitutivas y Reglamentarias del Partido Republicano Democrático*. Pareja importancia tienen todas notas, cartas e informes relacionados con las negociaciones llevadas a cabo en Estados Unidos tocantes al Laudo Arbitral (1903-1904), Galván permaneció casi un año en ardorosas negociaciones con los Estados Unidos, y mantuvo siempre el principio de respetar la autodeterminación de los dominicanos. Posteriormente, las negociaciones tomaron un derrotero muy distinto al sugerido por Galván, y se firmó la malhadada Convención del 1907, mediante la cual nuestras aduanas permanecerían intervenidas para las cobranzas de las deudas, acumuladas a favor de la San Domingo Improvement. Galván se opuso resueltamente a esa orientación. Pruebas de sus virtudes de diplomático son las negociaciones conducidas ante el Gobierno de Cánovas del Castillo, en su vista a Madrid (España) en 1891-1892. He aquí una mues-

tra palmaria. Ante los temores y amenazas de la República de Haití, que proyectaba su poder más allá de sus fronteras, Galván obtiene un compromiso de Cánovas del Castillo:

Procuraré, y creo haber conseguido, hacer convenir al hábil gobernante español, en que la prudente reserva de su Gobierno nunca podría ir hasta una completa indiferencia ante la posible eventualidad de una guerra entre la República Dominicana y la República de Haití, si no por otras consideraciones, por la del riesgo que para las Antillas españolas resultaría de las perturbaciones consiguientes a una guerra marítima y terrestre en su tan inmediata vecindad.

El señor Cánovas se apresuró a manifestarme que de ningún modo podía ser a España indiferente la suerte de los dominicanos, y que, en el caso de llegar los dos gobiernos de la isla al arbitraje internacional, el Gobierno español aceptaría el carácter de árbitro nombrado por nuestra parte, nombramiento que parecería en el orden natural, dados los antecedentes históricos. (Textos reunidos 4, Sto. Dgo., AGN, 2008, pp. 380-385, recopilación de Andrés Blanco Díaz).

La misión de Galván a España se hallaba conectada entre otras cosas con las celebraciones del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Concluidos estos festejos, presentó su dimisión irrevocable al Gobierno de Heureaux. Ante los acontecimientos producidos por los hallazgos de una urna funeraria con las cenizas del Descubridor, Cristóbal Colón, en la Catedral Primada de América en 1877. A partir de entonces se echa al ruedo la idea de que los restos de Colón no salieron del país para La Habana en 1795 tras concretarse el Tratado de Basilea. Desde entonces dos ciudades se disputan la tumba oficial de Colón, la Catedral de Sevilla, que sustentaba que los restos salidos de La Habana, eran los auténticos despojos del Almirante y la Catedral Primada de América de Santo Domingo, adonde habían llegado los susodichos restos en 1537 por disposición de María de Rojas y Toledo, viuda de D. Diego Colón, cumpliendo la voluntad del Almirante genovés. Galván escribió varios comentarios a favor de la posición dominicana.

- Del periodista, del escritor comienza a esbozarse su pleno descubrimiento. El Archivo General de la Nación dio a la estampa cuatro volúmenes que compendian todos sus artículos publicados en la prensa nacional, los ensayos, la correspondencia diplomática recopilados por D. Andrés Blanco Díaz, en el 2008. En el año 2000, el Consejo Presidencial de Cultura, publicó *Novelas cortas, ensayos y artículos*, con estudio, notas y compilación realizada por el suscrito.

Se trata del primer estudio de la prosa del autor de *Enriquillo*. Quedan por desmenuzar, sin embargo, todos los escritos dados a conocer en revistas y periódicos extranjeros. *La España radical*, *El Buscapié*, *la Democracia*, *El Boletín Mercantil*, *El Agente* y *Novedades*.

Ya contamos con suficiente información para emprender el conocimiento de un hombre, cuya imagen había sido deformada por opiniones indocumentadas, que habían echado por tierra su reputación de diplomático, sus grandes dotes de hombre de Estado y su innegable aportación a las letras nacionales.

La prosa periodística de Manuel de Jesús Galván

Muy poco sabemos de los primeros tanteos literarios de Manuel de Jesús Galván (1834-1910). Sus escritos publicados en *El Oasis* (1854-1956) muestran a un articulista de aire costumbrista, y de un prurito filológico que le hace explayarse en definiciones puntillosas, prolijas. Tal como ocurre en su artículo *Ad Libitum* (ver *El Oasis*, No. 26. 1855). Nada sabemos de lo que escribió antes de esta fecha; nada, de la metamorfosis que debió producirse en su prosa entre uno y otro periodo. Pero puede decirse –desde luego exceptuando estas salvedades– que los escritos de *El Oasis* pertenecen a sus prosas de la primera hora; son el comienzo.

Calzado con los seudónimos de *Emmanuel*, Manuel. O bien con las siglas de su nombre. Galván publicó varias letrillas, décimas, artículos costumbristas en los cuales –según él mismo confiesa– no tiene otra meta que satirizar:

“(...) Todos aquellos que nos encargan sátiras, contra un pobre diablo, y se lo guisamos en una letrilla o en una variedad por complacencia”.

(El Oasis, 16-IX-1855).

Si examinamos con minucia los autores aludidos en *El Oasis* podemos, aunque por supuesto muy fragmentariamente, reconstruir el perfil ideológico y las ideas que impregnaban al grupo de jóvenes de la “Sociedad Amantes de las Letras”, presidida inicialmente por Galván. Los autores aludidos son: *Lord Byron*, poeta romántico; José Balmes, filósofo español, autor de *El Criterio*; Donoso Cortés, conocido por su libro *La Calle de las Vindas*; Ricardo Palma,

escritor costumbrista, autor de *Tradiciones Peruanas*. Entran en este mismo conjunto algunos periódicos extranjeros –tales como *El Constitucional*, *El Malta Times*, *El Eco Hispanoamericano*, *Le Courier d’ Outre Mer* (*El Correo de Ultramar*)–, que reseñaban acontecimientos de América, de España y del resto de Europa. Algunos traían, además, folletines de autores conocidos.

Probablemente *El Oasis* fue concebido siguiendo el modelo de aquellas publicaciones. Estaba estructurado de la forma siguiente: editorial, comentario, cotilleo literario, folletines, poesías, artículos históricos, noticias extranjeras y publicidad (avisos y anuncios), siguiendo la tradición de los periódicos satíricos y literarios de Europa. Los editoriales de opinión recogían las hablillas de orden político y económico; los comentarios, la comidilla literaria de los hombres de letras. El resto eran cosas variopintas que, como todas las publicaciones dominicanas de data decimonónica, tenían una importancia localista; su punto de referencia era esencialmente la Capital.

Entre los mecenas y mentores del grupo de jóvenes de la sociedad dirigida por Galván descuella la figura de Rafael María Baralt (1810-1860)¹ quien legó su biblioteca al grupo, y quien ejerció una enseñanza socrática sobre un disciplinado que mantuvo vivo su recuerdo. Del escrutinio de la biblioteca de Baralt, merced a los datos que sobre ella puedan poseerse, merced a lo que de ella quedó, o bien mediante la correspondencia de este autor, podríamos inferir las fuentes literarias, las lecturas del grupo. Dicho brevemente: establecer la biblioteca de *El Oasis*. Fuente ideológica en la que se inspiraron los miembros de “La Sociedad Amantes de las Letras”.²

¹ En “Apuntes y Documentos”, *Clío*, No. 107, Rodríguez Demorizi precisa que R. M. Baralt era historiador y filólogo. Escribió una historia de Venezuela y un *Diccionario de galicismos*. Estaba emparentado con los Galván, ya que su padre –Miguel Baralt– sacerdote que incluso llegó a ser monseñor, concibió con María C. Galván –madre de Manuel de J. Galván... a María Josefa Baralt.

² Según Rodríguez Demorizi, la biblioteca de Baralt sirvió de base a la primera biblioteca pública que tuvo la Capital dominicana. Este hagiógrafo precisa que a las inclemencias del clima y los insectos que desmedraron sus fondos considerablemente, se añadió la desaparición de muchísimas obras. En el número 107 de *Clío* aparece un catálogo se nos ocurre

Ya sea la educación, bien mediante el comercio, o mediante la dominación militar, la colonización extranjera, la meta o ideal de Galván era el Progreso, la regeneración moral y cultural del pueblo dominicano. No resulta, pues, arriesgado decir que estos autores evocan algunos fragmentos de su pensamiento.

El grupo no tuvo hagiógrafos que reseñasen su historia. Contó con el respaldo de los comerciantes y políticos de la época. Prueba de ello es la lista de contribuyentes que aportaron sus caudales para la creación del primer teatro en la Capital. Entre los mecenas figuran Miguel Lavastida, Juan Abril –comerciantes-, David León, Jacobo Pereira, -negociantes probablemente sefarditas de prosapia curazoleña-, Idelfonso Mella, Manuel de Regla Mota, Políticos y hombres de pro.

En *El Oasis* publica Galván sus primeros escritos. Se trata de coplillas, letrillas y los versos satíricos... la fuente estilística de estas poesías hay que buscarla en el influjo que sobre él ejerció la literatura oral: décimas, decires, refranes, frases ceremoniosas, proverbios... Tienen sus poesías el aire de ese acervo heredado. Lo temático, lo formal, lo rítmico le vienen del romancero. Todo contribuye a atestiguar tal filiación en la que se reconoce una concepción de la poesía como *divertimento*, entretención; to-

clasificarla en temas: Derecho, Historia, Religión y Filosofía. Tiene obras en español y francés. Pero lo que respecta a Filosofía y al Derecho predominan autores liberales, tales como:

1. *Táctica de las asambleas legislativas y Tratados de legislación civil y penal* de Jeremías Benthan, 8 tomos.
2. *Miscelánea de economía política y moral*, de Benjamín Franklin.
3. *Principios del derecho de gentes*, Andrés Bello.
4. *Des principes de l'économie politique*, David Richard.
5. *Oeuvres complètes*, de Mirabeau.

Cuenta además con autores de la Ilustración tales como:

1. *Tableau historique des progres de l'esprit humain*, Condorcet.
2. *Oeuvres Philosophiques et politiques*, T. Hobbes.
3. *De la démocratie en France*, M. Guizot.
4. *Oeuvres complètes*, Helvetius.
5. *Elementos de ideología*, Destruitt de Tracy.
6. *Moral universal y deberes del hombre fundados en su naturaleza*, barón de Holbach.

avía no aflora en él la preocupación política. Humor. Sátira. Folklore. He aquí los temas en los que se fraguan estos versos. Prueba de ello es su “Quejas de la tumba contra el merengue”, comentario sobre las ideas que se tenían acerca del merengue en aquella época –considerada como una música cargada de vileza y un *divertimento* de hombre de mala progenie-. Es la opinión que tenía Galván del mismo, y es además, la idea con que usualmente aparecía reseñado en las publicaciones de la época. Se trata, pues, de un tópico, un lugar común. Véase los *Escritos de Espaillat* a este respecto.

Según Galván, habida cuenta de los temas que reseñaba, el merengue no contribuía a reformar las costumbres, dejando inferir que para él la música debía ocuparse de temas trascendentes. A saber: el patriotismo, los valores de la nacionalidad, las metas morales... Esta, puede decirse, es la primera huella de su preocupación política, y desde ya puede atisbársele como reformador social, papel que, además, se atribuyó a sí mismo. En su respuesta a Marco Aurelio (un glosador de *El Oasis*) declara lo siguiente:

“(..). nuestros señores músicos que en vez de emplear sus talentos en componer tonadas nacionales, los malgastan en majaderías como el Ay, coco, Los pastelitos. El morrocoy, La Juana Aquilina, La cadena, El Carlito cayó en el pozo... Pues a mí me gustaría muchísimo más que así como los filarmónicos yankees han compuesto Washington Gallop a la memoria de su grande y heroico libertador, nuestros filarmónicos compusiesen una Don Juan Sánchez Ramírez Polka, o un Don José Núñez de Cáceres Wals, pues esto siquiera recordaría las gloriosas eminencias de nuestra patria, y no sería malversar tan lastimosamente sus sobresalientes genios”.

(El Oasis, 21-1-1855, p. 35).

La evolución o cambios de postura ideológica que atestigua este texto se percibe claramente si se compara con los versos a Cástulo, en los que descuella una ideología fingidamente apolítica, pesimista:

*“¿Qué me importan las Repúblicas
o los gobiernos despóticos
si en mis cantos estrambóticos*

olvido las cosas públicas”
“¿Qué me importan Rusos y aliados
que importan Sebastopol
a quien canta en español
pasacalles resalados”
 (El Oasis, 17-12-1854).

Las poesías de Galván están invadidas de elementos de picaresca, frases ingeniosas, curiosidades y chistes. No había en él un proyecto ideológico. No había esa noción del compromiso entre el poema y las ideas patrióticas que vemos esbozadas en su respuesta a Marco Aurelio.

Desde el punto de vista formal parecen poemas escritos para enjuiciar: satirizar, alabar y apostrofar... Hay, además, el deseo de convertirse en foro de los sucesos y escándalos de la comarca. Es decir, que su poesía se tornó en un medio para hacer revelaciones atrevidas, para cotillear. Métrica y cotilleo, he aquí el rasgo que prevalece en estos versos.

Su poesía no logra tornarse en pensamiento trascendente; es un mar de tópicos. Su desencanto moral le lleva al rechazo de la política; le lleva a refugiarse en las peripecias de la vida privada; le llevará al anexionismo también. Pero esa es otra historia. Eso es parte del futuro. Por lo pronto quedémonos taxativamente en esta conclusión, que estos versos a Cástulo proclaman:

“Porque Cástulo es patente
que para hacerse dichoso
se requiere o ser vicioso
o a cuánto hay indiferente.
(...) Que el que no es vil, egoísta,
adulador y canalla
lejos de la dicha se halla”.
 (El Oasis, ídem.)

Probablemente estas ideas fueron forjadas por el resultado de los primeros gobiernos de Báez (1849-1853) y Santana (1844-

1848). El triunfo, según Galván, anda de media madrina con lo canallesco, con el egoísmo y con la adulación. Los peor dotados han tomado el mando; se percibe una ausencia de los mejores, los de ideal trinitario. Todo ello le lleva a rechazar manifiestamente la política; pero en esta rebeldía termina respaldando al poder más convencional, sometiéndose a un amo político. Más esto es una inferencia que hacemos de lo que será su proyección futura. Toda vez que el Galván de la mocedad no era santanista; no tenía líder ni partido. Así está escrito en estos versos reveladores:

*“Temo más a la política
que almorzar bollos de arsénico
pues mi salud es raquítica
y aquella en estilo higiénico
es atmósfera mefítica”.*
(*El Oasis*, ídem.)

En estos versos ya se atisban algunos de los rasgos de su personalidad: desprecio por la actividad política y un marcado pesimismo en el destino dominicano. De sus poemas, unos tienen un sello epigramático, como “Preludio”; otros, de romance, como “Serenata”; los más responden al influjo oral, subrayado al comienzo de este ensayo. En resolución, se trata de una poesía en cierne, en la que aún no han cuajado preferencias y estilos. No se advierte aún una auténtica vocación; pronto, cuando la actividad política se torne en el punto principal de su vida, esta ambigüedad desaparecerá. Y el tema de la reforma política y el de la regeneración moral, ocuparán una plaza de primerísimo orden.³

³ La mayoría de los archivos con los que se realizaron estas pesquisas, o están expoliados, o el deterioro en que está la documentación es tal que permanecen inutilizados, ya por incuria, ya por la inexistencia de un verdadero centro de documentación. Primera la conclusión en muchos investigadores de que los documentos que nos ayuden a comprender las ideas del siglo decimonono, no fueron, cuando la ocasión era propicia, estudiados con la minuciosidad requerida. La labor documental está casi ausente en la historiográfica del siglo XIX. Nace y tiene su apogeo en este siglo con la creación del Archivo General de la Nación. Luego la propia Institución cae en decadencia, desapareciendo con ello una franja entera de nuestro pasado cultural. Mucho de los docu-

En sus artículos, Galván pinta algunos personajes que se granjearon la mofa del escritor satírico. Trata algunos lances amorosos. Una que otra peripecia galante, romances de novias adolescentes... En algunos de estos artículos, entre bromas y veras, refiere la fuente literaria en la cual abrevaba su pluma de escritor incipiente:

Mi plan se reducía a imitar los mejores novelistas que había leído, y por tanto tenía como brújula que me guiase en mi novelesco piélagos las obras de Walter Scott, Eugene Sue, Fenimore Cooper, Daniel Koch (sic), Dumas...

(*El Oasis*, 16-II-1855)

Rozaba los veinte años cuando esto escribía. Su prosa de entonces está atiborrada de expresiones francesas. Tal como era de usanza en aquella época cuando el uso del francés era un signo de cultura. Probablemente el latín y el francés formaban parte de sus primeras letras, pero de ello no hay datos. Años más tarde vivirá en Francia (1859-1860). Y luego, consumada la Anexión de la Re-

mentos que nos sirven de base para hacer indagaciones fueron salvados y publicados por documentalistas empíricos –Rodríguez Demorizi, Alfau Durán, Américo Lugo y otros- quienes, además, escribieron las primeras monografías temáticas, evitando con ello que estas fuentes en vías de destrucción terminaran cegándose definitivamente. Una parte de estos documentos no fueron examinados con miras a facilitar la investigación, o a abrir nuevas investigaciones, sino como libros de autor, sin las partes anejas que pudieran, en caso de insuficiencia de la susodicha fuente, explicar el contexto de los hechos que ocurrieron en el mismo período histórico. Con todo, cabe a estos documentalistas el honor de haber salvado la memoria y de haber proclamado la importancia que tiene la misma para el futuro de la cultura dominicana.

En los números de *La Razón* (1861-1864) puede verse una gran cantidad de material que nos transmite la preocupación de los anexionistas. Algunos aparecen firmados con la firma de José Monpou, cuyas generales, nacimiento y actividad nos son desconocidas. Sabido es que Galván muchas veces escribió con otra impronta, y ya son comunes los seudónimos de Enmanuel, Manuel y los que utilizó en la defensa de Santana (ver *La Controversia Histórica*, V. Alfau Durán, Ed. Academia Dominicana de La Historia). Habría que hacer una investigación estilística e histórica acerca de Monpou. Actualmente, una tercera parte de *La Razón* está francamente deteriorada; otra en deterioro progresivo. La labor de pesquisa sería incompleta sin contar con los documentos de D. Emilio Rodríguez Demorizi, quien le manifestó al autor de este comentario que tenía preparado un volumen con los papeles de Galván. Por desgracia, la muerte le sorprendió sin que hubiese podido honrar esa promesa.

pública a la Corona española (1861) trabajará en la traducción del Código Penal que era el mismo que utilizó la Restauración napoleónica. Años más tarde—según se deduce de estas tareas— su dominio del francés y su lectura de los enciclopedistas franceses será un hecho comprobable.

Por lo minuciosa que resulta su novela *Enriquillo* en lo concerniente a la vida de los tiempos coloniales: biografía, conflictos, costumbres, hechos... puede inferirse, que amén de estas lecturas, Las Casas, Solís, Castellanos y los demás cronistas de Indias ocuparon un lugar cimero entre sus preferencias. Tal inferencia podría hacerse estableciendo los vínculos de la intertextualidad existentes entre éstos y Galván. Desde el léxico hasta la descripción de los caracteres, la obra de Galván se realiza como si fuera la continuación de aquellos tres capítulos que Las Casas dedicara al cacique Enriquillo.

Todo esto es anterior a su entrada en la liza política. A partir de 1859, convertido en el flamante secretario particular del Presidente Santana, sus escritos estarán marcados por la impronta del compromiso político.

Obra en sus prosas más dispares: despachos palaciegos, proclamas, esquelas, panegíricos, oficios, instancias, relaciones de misiones diplomáticas, cartas y otro tanto de lo que tuvo que redactar en su calidad de Ministro; un haz de procederes estilísticos que une tanto a su prosa de ideas como aquella propiamente literaria de *Enriquillo*, de la cual no hablaremos en esta glosa. Puede decirse que esta prosa sirve de ejercicio palimpsestual al novelista. Galván es precursor del periodismo como género literario.

A través de estos escritos se esboza una tipología en la que se atisban los rasgos de su personalidad:

- la del moralista, que creía que mediante la regeneración moral y La Razón positivista se llegaría al progreso social —aclaramos de paso que para Galván, “regeneración” quiere decir desaparición de las luchas de partidos y reorganización de la sociedad, según el modelo

- que ofrecían las potencias establecidas-;
- la del político y consejero de todos los gobiernos surgidos después de la Independencia;
 - la del mediador en todos los contenciosos en los que se vio envuelta la República: la deuda externa con los Estados Unidos y con Europa, el peliagudo problema fronterizo con Haití, el Laudo Arbitral; la situación jurídica de la Anexión.
 - la del polemista en todos los debates que dividieron a la Nación. El redactor del apóstrofe contra Báez, el apologista de Ulises F. Espaillat, el defensor de Santana; la prosa del crítico artístico –tarea a la que dedicó poco esfuerzo- pese a que sus juicios ejercieron una influencia sin par; y por último, la prosa administrativa, verdadero amasijo de datos, cuya importancia histórica no ha sido puesta de relieve, ni siquiera ha sido hagiografiada ni glosada debidamente.

¿Cuáles son los rasgos que unen un conjunto tan variopinto, tan diverso, cuya única divisa común pareciera la necesidad de informar: artículos morales; de defenderse: artículos políticos, polémicas; de corresponder a las rutinas y encargos administrativos: prosa palaciega y diplomática? ¿Qué nexos unen períodos tan disímiles en los que más de una vez se muestra la discontinuidad de su pensamiento?

Pensemos en las defensas sin cuento que tuvo que hacer este hombre de su reputación a causa de sus anterior anexionismo, que pesó como una espada de Damocles en su futuro político, aunque no en el de otros connotados anexionistas afrancesados, que ocuparon, terminada la guerra restauradora, pedestales de patriotas. Las semblanzas de la época, nos lo presentan como un pico de oro, un tribuno que no tuvo pares en la palestra política, un águila en el ágora, un Filipo en el foro. Con todo, no advertimos ningún descuido estilístico en esa diversidad; su prosa se somete al esquema trazado en sus primeros tiempos.

Pensemos que todos lo que escribió –salvas algunas apologías– estuvo bajo el designio de la necesidad, de lo utilitario, y que todo ese haz estuvo regido –desde sus artículos de *La Razón* hasta sus prosas postreras sobre Espaillat, el padre Billini, el presbítero Castellanos en vísperas de su muerte– por procederes, ritmos, adjetivaciones, vocabularios y sintaxis comunes.

Pensemos, finalmente, que en él, al igual que en los poetas que tienen una concepción metrista del verso, hay una concepción extremadamente organizada de la prosa, que obra algunas veces como una camisa de fuerza para la prosa misma; y otras, como una cantera de recursos. Estos recursos nos dan la pista del *utillaje* de que se sirvió Galván; el molde en el cual fraguó la prosa de *Enriquillo*.

Se advierte, pues, en Galván una noción artística de la prosa que une el decir artístico con la vida. El escritor se asocia, según dicha concepción, a un modo de significar; es una voz, un proceder, un léxico, una retórica, a través de los cuales se expresa la individualidad del hablante. Salvas las formas demasiado protocolares, todo lleva la impronta de un modo de designar y de organizar el pensamiento. Se trata de la primacía de lo individual sobre lo discursivo. Su enunciación penetra toda su prosa. Sus artículos están orientados por los argumentos en los cuales naufragó durante mucho tiempo: la guerra con Haití (1844-1859), la Anexión (1860-1865), la deuda externa, la corrupción administrativa.

Actuó como un oráculo, como *la voz sensata* de la sociedad, el consejero de Estado, según el ideal platónico, el hombre providencial a quien se acudía para resolver los entuertos en los cuales se hallaba envuelta la Nación. Él mismo contribuye a forjar este mito; el del intelectual que está por encima de las disputas y facciones políticas. A ese ideal consagró su ejercicio intelectual. En 1900, cuando su fama de hombre de Estado se halla en auge –exceptuando los períodos de destierro (1865-1877) (1905-1910), Galván era considerado por adversarios y amigos como un talentoso Ministro– el Secretario del Presidente Jimenes (1899-1902), Pérez Clavijo le resta talento y dotes para ocupar un ministerio en el Gobierno, y

Galván contesta lo siguiente:

“Le agradezco y le ruego que se esfuerce en extender fuera de los límites de su círculo personal la opinión de que yo no sirvo para Ministro, punto en el cual estoy del todo conforme con el señor Secretario; por cuanto soy un verdadero escarmentado de la política, en la cual nada he ganado, y he perdido cuantas veces he aceptado (jamás procurado) un Ministerio. Tres veces he probado ese acíbar, las tres que cita el de las ‘Típicas’ (artículo de Clavijo); todas a pesar mío; y no lo he de probar la cuarta, como lo sabe mi respetable amigo el señor Presidente Jimenes; por más que, con mi negativa, le haya expresado mi buena voluntad de cooperar como simple ciudadano, a la honrada labor suya y de sus dignos compañeros de gobierno”.

(Listín Diario. 4-12-1900)

Pudiera colegirse que todo esto no es más que una demostración de humildad de parte de un hombre que está en las postrimerías de una larga carrera política, y que estas palabras constituyen su retiro de la palestra política. Pero no es así. Requerido por sus *aláteres*, Galván vuelve, poco después de esta declaración, a dar muestras palmarias de su irrenunciable vocación política. Se trataba no más que de una manera de desbrozar el camino para salvar la oposición enconada con la que tuvo que lidiar cuantas veces intervino en la política. Pues a poco de despedirse de la política, agradece el llamado que le hacen sus partidarios y se muestra dispuesto a intervenir en la arena política:

“En mí, particularmente, ha obrado esa manifestación un cambio saludable de impresiones, a tal punto, que si ayer desfiriendo a la opinión aislada de censor de mi pasada vida pública, convine con él en que no debía ni podía ser Ministro, y afirmé mi ya antiguo propósito de negarme a serlo, hoy, ante las numerosas opiniones que bajo las respetables firmas de ustedes, hombres del presente y del porvenir, me dicen lo contrario, y ante las honrosas salutations reiteradas del jefe de Estado me inclino a complacer tan buenos amigos y favorecedores alzándome el entredicho que voluntariamente llegué a imponerme, y ofreciendo sin reservas mis servicios de ciudadano, allí donde las necesidades de la patria exijan el sacrificio de mi reposo”.

(Listín Diario. 15-12-1900)

En estas faenas, como consejero a sueldo del Presidente, ministro, legislador, consumió su existencia. Desde los 24 años, cuando entra en el Gobierno como Secretario del Presidente, hasta su exilio en Puerto Rico, ya en el ocaso de su vida, Galván es sobre todo un político. A los 45 años empieza *Enriquillo*, su principal novela, y no será publicada hasta cumplidos los 48 años. No puede, pues, decirse que con ella pretenda iniciar una carrera de escritor; las cuestiones literarias son raramente evocadas en sus artículos. Su obra literaria es algo marginal, paradójico, divorciado del conjunto de sus escritos. No era hombre de cenáculos literarios; sí del ágora política. Dividió la sociedad en dos bandos antagónicos. Para Galván sólo existieron dos puntos de vista; se trata de una moral maniquea, clerical, que será encarnada por dos contendores imaginarios; los bandos en los que se dividió la Nación durante la campaña anexionista, y los que según Galván oponen los gobiernos de Espaillat (1876) y Buenaventura Báez (1844-1853), (1856-1858), (1865-1866) y (1876-1878).

Conforme a esta lógica dualista, Galván, según se deduce de sus escritos, clasifica al dominicano partiendo de un doble principio ontológico: el del *yo-razón –occidental*, derivado de la historia de Europa, y particularmente de la hispánica, que considera que para salvar a la República Dominicana de los males de las incursiones y las montoneras haitianas, y de la corrupción administrativa del Estado, era necesario formar una gran nación “civilizadora”, portadora de progreso, de bienes, de justicia. El otro contendor imaginario, ése contra el cual se imaginó luchar Galván, estaba encarnado en la figura del *yo –barbarie-anarquía*, del cual, según Galván, fueron representantes los que se aliaron con Haití cada vez que la lucha política los arrojaba fuera del poder. Tal es el caso de Báez y sus seguidores.

Este es el gran teatro en el cual se desarrollarán sus argumentos; así contemplaba Galván las luchas intestinas que estragaban a la República. Contra este símbolo que representan para él las guerras, la penetración haitiana, Galván plantea la anexión a España; para él se trata de una vuelta a los orígenes, de una “regeneración”. Es decir, de progresar mediante el componente étnico. Se trata de un argumento

racial, desde luego, pero no es eso nada más. Cuidémonos de inferir conclusiones apriorísticas. Volveré sobre este punto con miras a mostrar qué tipo de interpretación histórica está latente en él.

GALVÁN Y LA ANEXIÓN A ESPAÑA

¿Cuáles razones prohicieron en nuestro país las ideas anexionistas a la Corona española? Antes de entrar en los porqués del anexionismo es preciso deshacer el conjunto de convicciones y valores que se nos presentan anticipadamente como una conclusión en el discurso doctrinario, el cual se orienta a una utilidad ideológica; se hace coincidir la historia con un sistema de valores, juicios o ideas morales preestablecidos.

Estas ideas, estos *a priori* son una acotación, una exégesis ética, anterior a la escritura de la historia, que obra como una camisa de fuerza sobre la interpretación de la historia, aprisionándola en esquemas cuya vigencia no deja ningún resquicio por donde pudiese colarse, aun sea solapadamente, una inferencia contraria al *parti pris* del historiador. Surge de este modo una suerte de historia heredada en donde la noción de patriota o de traidor, más que una deducción de los hechos, es un juicio moral.

Los nuevos historiadores –los remozados por la sociología, el marxismo y las filosofías en las que ha zozobrado el pensamiento moderno- no han cambiado nada; reproducen los mismos mitos morales. Lo nuevo en la historia dominicana es la desaparición de los hombres, engullidos por las masas, por los modos de producción y por las ideas que, de manera, determinista, acarrear dichos modos de producción. Estos esclavizan el pensamiento y la conducta de los hombres. En ambos enfoques, la historia carece de personajes, y en lugar de éstos aparecen sus caricaturas o su sustitución por un personaje colectivo: la masa –único sujeto válido desde este punto- o bien, ambas cosas a la vez.

Pero volvamos a nuestro ovillo. Las ideas anexionistas en nuestro país son anteriores al nacimiento de Galván. Núñez de Cáceres,

en 1821, plantea como solución a la situación de inseguridad y de abandono que vive la colonia dominicana, anexionarla a la gran Colombia, dirigiendo instancias al efecto al general Simón Bolívar, quien, por amistad y gratitud con los haitianos, la rechaza. De la alianza entre Haití y Bolívar atestiguan muchos hechos que han sido lo suficientemente glosados por la historiografía tradicional. No me detendré, pues, en este punto.

Luego de Núñez de Cáceres, antes de la Anexión a la Corona española, hubo planes y proyectos que propendían al mismo fin. Apenas un año después de consumada la independencia de la República, en 1845, los seguidores del caudillo Buenaventura Báez, entre los cuales se contaría después el prominente patricio Francisco del Rosario Sánchez, propusieron el plan Levasseur en instancia dirigida al cónsul francés; en la cual se proyectaba reducir la soberanía nacional a un protectorado francés.

¿Cuáles eran los vínculos entre Sánchez y Báez? Estos datan, si nos atenemos estrictamente a los datos históricos, probablemente de poco antes de 1855, ya que en esta fecha Sánchez encabeza una conjura para desplazar a Santana del poder. (Véase *Papeles de Buenaventura Báez*; Col. Rodríguez Demorizi). En 1856, cuando accede a la Presidencia de la República, Báez lo nombró comandante de armas de Santo Domingo y encargado de gobernación. Ese mismo año envía una misiva al director del periódico *El Eco del Pueblo*, recomendando ardientemente la candidatura de Báez, antes de la toma de posesión de éste. (Ver carta publicada en la edición no. 9, del 21 de septiembre de 1856, *El Eco del Pueblo*). Su primera escaramuza militar en tanto que jefe del ejército se librará contra los rebeldes al baecismo encabezado por Santana. De quien era partidario, por otra parte, el patricio Matías Ramón Mella. La lucha contra Santana nace de sus vínculos con el partido de Báez. Comenzó antes de producirse la Anexión. Mientras se consumaba la Anexión a la Corona española, Báez se encontraba en París pidiendo el protectorado a Francia, tal como lo había hecho antes (1844-1850), y tal como lo haría en años ulteriores a Francia, y luego, a Estados Unidos.

En efecto, en 1869, Báez plantea la anexión de la bahía de Samaná para saldar la onerosa deuda exterior, que él mismo había contraído ese año con la Casa Harmont, de Londres, y con otros bancos en sus gobiernos anteriores. Las instancias y esfuerzos por los cuales ha luchado a lo largo de toda su carrera política se verán coronados por el éxito, cuando, tras del plebiscito que él mismo dirigiera, el Senado consultor americano aprueba la anexión de la República a los Estados Unidos. Fue el mayor triunfo del anexionismo maniobrado por Báez y sus parciales. La guerra civil y la oposición de una parte del Senado norteamericano encabezada por Charles Sumner, impidieron que se materializara el sueño de Báez. Ese es el cuadro que podía contemplarse antes y después de la Anexión a la Corona Española, en 1861.

Era frecuente en los baecistas ofrecer una parte del territorio nacional con la finalidad de conquistar el poder perdido. Báez, que había sido legislador en el gobierno de Boyer (1776-1850), utilizó en varias ocasiones el territorio haitiano como santuario para desde allí recuperar la Presidencia de la República o simplemente para hostilizar a Santana. (Cf. Galván, *La Razón*).

Esta desconfianza en nuestro destino como nación es una ideología heredada, suscrita por más de un patriota honorable. Matías Ramón Mella (1816-1864) viajó a Madrid a fines del 1853 para solicitar a la Corona Española el protectorado. José María Cabral (1819-1899), uno de los generales que se había cubierto de gloria en las batallas que consolidaron la independencia nacional suscribió a favor de la Anexión. A esto alude Galván en sus artículos (ver *La Razón* No. 76, 1-11-1863). El anexionismo es una expresión del pasado. Una solución heredada, que encadena con sus postulados a estos hombres, incapaces de romper con sus amarras. Se trata de una de las constantes ideológicas, en la cual hemos naufragado más de una vez. El mito del anexionista es el retorno a la edad de oro. Se sueña con ver el país inundado de compañías, emporios, e inversiones extranjeras, aun sea alienando las mejores tierras, violando las tarifas salariales establecidas. Esto es, desconociendo nuestras propias leyes, y estableciendo un paraíso fiscal o aduanero para los extraños amos

económicos. Las ideas anexionistas tampoco murieron con el fracaso de las anexiones que patrocinaron Buenaventura Báez (1810-1884), y Pedro Santana (1801-1864). Continúan vigentes. No son, pues, un fantasma decimonónico. De ello atestiguan dos hechos: el fracaso del proyecto de arrendamiento de la Isla Saona en la década de 1970 durante el Gobierno de los doce años de Balaguer (1966-1978) y la creación del Partido Yankista Dominicana en la década de 1980, el cual, como se sabe, tiene como meta afiliar a todos los dominicanos favorables al colonialismo norteamericano, y cuya misión y divisa es mantener viva la idea del anexionismo.

Una parte de los Restauradores fueron simplemente anexionistas fracasados. El anexionismo es uno de los rasgos del pesimismo dominicano; el otro, la inmigración extranjera, fue inaugurado por Luperón, quien cifró sus esperanzas de progreso en la inmigración europea. Ambas soluciones suponen la incapacidad del pueblo dominicano para encaminarse por el camino de progreso que les trazan sus gobernantes.

Se trata de la historia universal hegeliana, regida por ideas que universalmente obran en todos los países, y que desde luego tienen su origen en Europa. Es la búsqueda de una homogeneidad, de una unidad –según la cual, nuestro tiempo histórico ya ha sido vivido por Europa-. Somos pueblos sin historia. Somos el remedo histórico de un movimiento ideológico que habiendo nacido en Europa arroja todo el universo. ¿No es esto un desconocimiento de nuestra especificidad histórica? Desde luego que sí. Se trata de lo que podríamos bautizar con el hombre de anexionismo histórico.⁴

⁴ Por pueblo “sin historia” Engels entendía pueblos que en su pasado no consiguieron crear ningún sistema estatal vigoroso y de tal modo, según Engels, ya no poseían fuerza alguna para obtener su autonomía en el futuro (p. 10, Román Rosdolki, *F. Engels y el Problema de Los Pueblos “Sin Historia”*, ed. Pasado y Presente, México, 1980). El mismo autor señala luego citando a Engels: “Ningún pueblo esclavo tiene futuro”.

“Pueblos que jamás tuvieron historia propia; que desde el instante en que ascienden a los primeros y más toscos grados de la civilización ya se ponen bajo la férula extranjera o que sólo son compelidos a acceder a los primeros grados de la civilización por obra del yugo extranjero no tienen ninguna viabilidad, y jamás podrán llegar a autonomía alguna”. (II Idem. P. 126). Martí ¡el gran Martí! hubiera visto en dichas ideas la justifi-

Se trata de la conversión de nuestro presente en el pasado de Europa, centro del universo. La periodización de la historia en estadios (véanse por más señas, los estadios de Engels, *La sagrada familia*) en los cuales los pueblos que no forman parte de ese centro, esto es, de Europa ocupan un estadio inferior. Están condenados a vivir una historia ya vivida por los otros. Se trata de la universalización del logocentrismo económico como determinante de la unidad de todas las sociedades. Como esquema funcional que esclaviza a los actores: la cultura, los hombres, la especificidad, desaparecen, y en su lugar se instala un esquema funcional, mesiánico, teleológico que orientara todas esas sociedades hacia la repetición de la historia ocurrida en Europa. Conforme a ese esquema de pensamiento, somos, pues, un pueblo histórico. He aquí las figuras retóricas de ese anexionismo. A las soluciones que la sociedad de su tiempo le dio, consagró Galván sus esfuerzos intelectuales. No puede, pues, decirse que fuese un intelectual crítico: se limitó a reproducir las ideas de su tiempo sin criticarlas. Su visión filosófica no es analítica, sino escolástica luchó por creencias, no por elucidaciones.

Si es dable hablar de mito personal en Galván, de imagen a la cual sacrifica sus ideas, ese sería el mito del civilizador, que es una de las estampas del positivismo en América... Hostos, Sarmiento y otros son un testimonio de esta suerte de conciencia arquetípica. En el haz de acotaciones en que se dejan entrever las concepciones éticas de Galván rezuman los mismos argumentos: la necesidad del progreso, y la de ser parte de la historia de una gran nación civilizadora.

¿Cuáles son las raíces, los antecedentes de este pensamiento? En casi todos los cronistas españoles la colonización aparece como una obra civilizadora. Los argumentos éticos en los que se fundamenta la conquista del Nuevo Mundo son la continuación –por otros medios y en otras latitudes- de la obra emprendida en las Cruzadas, tienen

cación del colonialismo, que *so capa* de “verdad científica” justifica la voluntad de poder de los grandes imperios.

este jaez: ganar almas para el rebaño de Dios, combatir las herejías, morir por La Razón teológica, por la evangelización.

Luego tendrá otros visos: educar, ilustrar, civilizar... Se sigue, por derivación, que el pensamiento de Galván prohijado en esta ideología, era desde luego colonialista. Se escamotea en este enfoque el papel comercial, político, militar de la Conquista. Prevalece la concepción eurocentrista, la cual, como se sabe, se concretó en una polémica que cala todo el pensamiento americano. Su mejor glossador es Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), quien divide, deslinda, clasifica el pensamiento americano decimonónico en dos grandes tendencias: civilización y barbarie. Sus escritos, como los de Galván atestiguan de la vigencia del mito del civilizador. A este propósito Sarmiento precisa:

“No hay amalgama posible ente un pueblo salvaje y otro civilizado. Donde éste ponga su pie, deliberada o indeliberadamente, el otro tiene que abandonar el terreno y la existencia; porque tarde o temprano ha de desaparecer de la superficie de la tierra, si algo arguye a favor de los españoles, es el que los salvajes, cuyos descendientes forman parte de nuestra plebe de color hayan sido tolerados y protegidos”. (“El sistema colonial” véase *Textos de pensadores hispanoamericanos*, UCMM, 1974, p. 28).

Para Sarmiento el mestizaje es un escollo contra la civilización. Elogia el genocidio de los pueblos aborígenes; hace *tabula rasa* de los criollos americanos a los que llama: Plebe de color, chusma:

“Quisiéramos apartar de toda cuestión americana, a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia”.

(Ibíd.)

Los *salvajes* son para Sarmiento los indios y los negros nacidos en América; la plebe, la descendencia de éstos. Desconfía el autor argentino que esos pueblos compuestos, según su ver, de elementos tan heterogéneos puedan acometer la hazaña civilizadora. Hay, pues, en su pensamiento un anexionismo ideológico, según el cual los pueblos americanos nunca podrán hacer su propia historia, condenados –tal cual lo están- a ser el eco, la realización del pensamiento europeo. Para resolver dicho dilema: *civilización o barbarie*, propone el autor

argentino la inmigración caucásica. Desdeña el papel representado en el pasado por la inmigración española –es decir, que él se autoexcluye de este esquema; era descendiente de españoles- a la cual le atribuye taras que la hacen figurar la zaga del resto de Europa. El anexionismo ideológico reencarna en algunos de los defensores de las independencias americanas. Acaso sea José Martí (1852-1895) el primer pensador latinoamericano en poner en entredicho, en rebasar el dogmatismo de este esquema de pensamiento, en desbaratar la teoría de la dominación de un pueblo por otro; en combatir la creencia en la existencia de “pueblos dirigentes” y “pueblos subalternos” con la cual se justifica como hecho natural el resultado de la guerra o la dominación.

Refiriéndose a este menosprecio del elemento nativo de los países latinoamericanos, Martí precisa:

“La colonia continuó viviendo en la República”.

(Véase *Nuestra América*, Ed. Losada, 1974)

“El problema de la independencia no es un cambio de formas, sino un cambio de espíritu”.

(Ibíd.)

Martí advierte la continuación del pensamiento colonial en los intelectuales de las repúblicas recién libertadas. Según éste, había que acometer la otra independencia: liberarse de las mancuernas del pasado que, *so color* de progreso y civilización, encadenaba con grilletes el pensamiento americano al eurocentrismo, a la ideología colonial.

Martí inaugura el pensamiento crítico en América Latina, pues al romper con las evidencias y esquemas en los que se hallaba atrapado el pensamiento latinoamericano, al rebasar el eurocentrismo, el anexionismo ideológico en el cual habían naufragado no pocos pensadores latinoamericanos, se convierte en el precursor de la independencia ideológica, que para él –ógase bien- no significaba desdeñar la historia del resto de la humanidad, ni tapiarse los oídos ni levantar murallas chinas, sino reivindicar un pensamiento crítico, en el cual pueda desarrollarse la imaginación y la creatividad del hombre americano. Esto es, apropiarse de la suma de conoci-

mientos y descubrimientos realizados por la humanidad y ponerlos al servicio de su propio desarrollo.

Se plantea, en resumidas cuentas, el advenimiento del hombre americano en tanto que sujeto pensante, no mero memorizador ni plagiarlo. Un sujeto que ambicione la descolonización mental, no simplemente para contradecir los argumentos del colonialismo político, económico y cultural de lo que él llamó “Nuestra América”, sino para inventar formas nuevas. Porque Martí estaba convencido de que, sin este esfuerzo fundador, la libertad espiritual del hombre americano perecería, condenado a convertirse en aplicador, obrero especializado, glosador, hagiógrafo de un saber que, planteado como universal, negaba la especificidad de la América hispánica.

Si en su *Enriquillo* –novela que reseña las hazañas de quien es considerado el primer rebelde de América- podría atisbarse una crítica –aunque desde luego muy velada- al dominio español, no puede sin embargo deducirse que ésta sea una retractación teórica, más bien se trata de una trama en la cual se dramatizaron sus ideas. En definitiva, un modo de pensar dialéctico tomando esta palabra en su acepción clásica: lucha de contrarios, contraste de ideas y pareceres... pero ¿justifica este deseo de autocriticarse su adhesión a Santana?

Algunos de los comentaristas de *Enriquillo* han basado su argumentación oponiendo vida y obra: fue en vida un *reaccionario*, pero su obra fue *revolucionaria*. Es decir, que la novela hay que verla como un ejercicio palinódico. ¿Es acaso una enmienda esta vuelta a los orígenes? Este fetichismo por el contraste suele ser ocioso, en razón de que el personaje Enriquillo es por su educación y cultura un blanco, un español: su sentimiento religioso, su noción de la nobleza –no olvidemos que según Galván su revuelta fue acicateada más por los celos que por el deseo de justicia para su raza- así lo atestiguan.

Clasifica Juan I. Jimenes Grullón (1903-1983) en *La República Dominicana: una ficción*, la afiliación política decimonónica en dos tipos de liderazgo: pasional y racional. Dicho en pocas palabras: el caudillo y el civilizador. Pero la afiliación de Galván a Santana escapa a este esquematismo. Hay que verla como la concreción de un proyecto racionalista: el mito del Progreso que es común a la mayoría de los

intelectuales del siglo XIX. En pos de él prefiere la civilización a la independencia; la idea, a la patria. Abjura de consideraciones morales en pos de una anterioridad intelectual: las soluciones y los valores que habían sido legitimados por el entorno en el cual vivió.

Se creyó que el anexionismo⁵ resolvería la ausencia de progreso, que detrás de la dominación colonial vendría la prosperidad que el imperio había logrado. Amén de estas creencias, hay que agregar el deseo del hombre en obtener un puesto en la escala social que le garantizase la posesión de bienes, el ejercicio del poder. En definitiva, el usufructo del beneficio en todas sus formas. Situar a Galván en el contexto de América nos muestra hasta qué punto sus ideas fueron una invención, hasta qué punto permaneció engullido por los mitos de su tiempo, hasta qué punto su pensamiento fue un apéndice de la polémica Sarmiento-Martí en la cual zozobraron (zozobran aún) las mentes más preclaras de su época.

RAZONES DEL ANEXIONISMO DOMINICANO

El anexionismo surgió desde antes de nuestra declaración de independencia en 1844. Buenaventura Báez (1812-1884), quien

⁵ El anexionismo que nació con la fundación de la república. Se le puede identificar en varias vertientes: pregona la entrega de las riquezas y el poder económico a una ganancia a cambio del mando político; la política que preconiza la idea del protectorado o del Estado mediatizado por un país militarmente superior, y la ideológica que predica la desaparición de la República y el advenimiento de un Estado adherido a una gran potencia –sin identidad, sin nacionalismo– de esta última testimonia el historiador Fran Moya Pons en *Realidad Dominicana Contemporánea*: “Yo creo que en vista de la cercanía con los Estados Unidos, en vista de la apertura cultural de la sociedad dominicana, en vista del gusto por lo norteamericano que los dominicanos hemos venido desarrollando desde 1880 y, sobre todo, en vista de la inevitabilidad de la emigración, de la inevitabilidad del comercio, de la inevitabilidad del contacto cultural, de la inevitabilidad de la penetración de elementos culturales, yo creo que lo más le conviene a la República Dominicana, por más herético que esto suene, es el acercamiento de la modernización que implica la norteamericanización del país para sacar las mayores ventajas que podamos, como lo hizo Puerto Rico en su momento, aunque tengamos diferentes sistemas políticos y jurídicos”.

fungía como diputado del Parlamento haitiano, en comandita con don Tomás Bobadilla y Briones (1785-1855), estaban en negociaciones con los cónsules franceses para anexionar la parte oriental de la isla y la misma convicción se manifestará en el caudillo hatero Pedro Santana (1801-1864). Ambos personajes –Santana y Báez– monopolizarán el liderazgo político desde la fundación de la primera república (1844), y en el caso de Báez su influencia se prolongó hasta los primeros seis años de la segunda república o república restaurada de 1865. Báez gobernó de 1868 a 1874. ¿Qué nos indican todas estas estrategias? ¿Qué podemos decir, cuando los hombres más influyentes proyectaban entregarle la soberanía de la república a una potencia extranjera desde antes de nacer? Que estamos ante el surgimiento de la tendencia anexionista.

Una vez proclamada la República en 1844, estos hombres continúan obrando con las mismas intenciones. ¿Cuáles son las causas del anexionismo? El anexionismo se fundamentaba en tres grandes causas: en el 1844, la situación dominico-haitiana era como sigue:

1. Una formidable superioridad militar de los haitianos.
2. Una superioridad económica.
3. El tercer aspecto era la superioridad demográfica de los haitianos.

(En otro ensayo “El pensamiento dominicano en el siglo XIX”, he hecho amplia apostilla de estos tres factores que tan hondamente gravitaron durante nuestro siglo decimonono.)

Basado en el conocimiento de esas realidades, Buenaventura Báez y Pedro Santana nunca creyeron que podíamos llegar a constituir un Estado independiente. El anexionismo era la idea que se había fraguado en aquellos hombres que vieron como algo totalmente descabellado que, en condiciones tan adversas, los dominicanos se enfrascasen en un proyecto independentista. El anexionismo no nace en menoscabo de la idea nacional, sino de la idea del Estado. La idea nacional se forja en la cultura; y la independencia nacional obedeció fundamentalmente a la necesidad de supervivencia cultural. Los dominicanos debieron luchar

por su independencia para no desaparecer. Pero el sentimiento de comunidad diferenciada, de comunidad de destino existía desde mucho antes de la ocupación haitiana. Es ese sentimiento que no pudo ser desarraigado por los ocupantes, el que servía de base, para actuar y buscar soluciones distintas de las que ofrecía el Estado haitiano.

La segunda solución de los dominicanos fue la del fundador de nuestra nacionalidad, Juan Pablo Duarte (1813-1876). Cuando había cumplido 25 años, en 1838, el padre de la Patria funda una sociedad secreta para difundir el ideal de Independencia absoluta: La Trinitaria. A partir de ese momento, entra en el ruedo la idea de Independencia. Era, hay que decirlo, tarea de románticos. La edad promedio de los trinitarios era 28 años. En 1843, se producen las revueltas en contra de la dictadura de Boyer en la ciudad haitiana de Los Cayos. Los dominicanos aprovechan la caída de ese Gobierno de 25 años de despotismo para proclamar su Independencia, el 27 de febrero de 1844. Al leer las incidencias de nuestra independencia nuestros escolares tienen la impresión de que se trató de una obra incruenta. Una porción importante de nuestros historiadores ha escamoteado la historia militar. Esto produce la sensación de extrañeza y de confusión en los dominicanos. En efecto: la historia ha de escribirse para fraguar los valores de la nacionalidad, no para destruirlos como acaece actualmente. Pues bien: vista desde esa perspectiva la Independencia dominicana parecería un acto ritual, si no se incluye dentro de ésta la guerra dominico-haitiana. Todo el movimiento separatista fue obra de Juan Pablo Duarte, de Ramón Mella y Francisco del Rosario Sánchez y de los trinitarios, quienes aprovecharon las contradicciones entre los liberales haitianos y el dictador Boyer y proclamaron la Independencia.

En realidad, el mantenimiento de la soberanía nacional con relación a Haití de 1844 hasta 1861 no se debe al esfuerzo de las huestes que desde los albores de la República actuaban bajo el mando de los caudillos que se habían adueñado de las simpatías políticas, Pedro Santana y Buenaventura Báez. El anexionismo se mantuvo en el candelero por las intenciones no declinadas del

ejército haitiano de someter al pueblo dominicano a su dominio. El mantenimiento de la Independencia se debió al esfuerzo denodado de guerreros callados como Antonio Duvergé (1807-1855), los hermanos José Joaquín (1808-1847) y Gabino Puello (1816-1847), María Trinidad Sánchez (1794-1845) y otros que mantuvieron vivo el ideal de una república libre de todo yugo extranjero. Santana los fusiló a todos. Y ese hecho le abrió las puertas a los planes anexionistas. Fabrè Geffrad colaboró y manejó las disputas de los caudillos dominicanos. Había logrado atraerse algunos jefes del ejército dominicano que, temerosos de sus vidas, ante una posible incursión haitiana decidieron ponerse al servicio del gobernante haitiano. Estos tejemanejes son muy bien descritos por Jean Price Mars, quien se lamenta de que Geffrand no haya logrado adelantarse a la anexión de la República a España. Debemos citar como la primera causa de la anexión la amenaza de caer en manos del poderío haitiano; la deplorable situación económica. Testigo ejemplar de aquel momento histórico Manuel de Jesús Galván expresa las aspiraciones de los anexionistas en el periódico *La Razón*: lograr que España hiciese en la república anexionada una inversión similar al desarrollo extraordinario que en el orden económico tenía la isla de Cuba. Que España invierta 500,000 duros en la construcción de industrias y comercios. Que se reinicie la exportación de madera. Que cesen las luchas interiores entre los dos caudillos que se habían apoderado del poder de la nación: Santana y Báez, ambos coincidentes en el anexionismo, pero forzados a luchar por el poder. Y, lo más importante, que garantizase la integridad de nuestras fronteras y pusiera punto final a las pretensiones haitianas de apoderarse de la parte oriental de la isla.

El anexionismo era la solución que había ideado el liderazgo político predominante en aquel punto y hora. A Galván, que vivió en su infancia en la dominación haitiana y cuyos años mozos estuvieron marcados por las continuas invasiones haitianas y por el fantasma de una probable derrota a manos de su copioso ejército, le parecía que, en vista de la debilidad de las fuerzas nacionales

para ponerle coto a los invasores vecinos, era necesario un protectorado o una anexión, que a cambio de una incorporación política y económica garantizara la emancipación dominicana del dominio haitiano. A Galván se le condena con juicios zafios por haber sido partidario de la anexión. Sin embargo, motivaciones de diverso jaez habían impulsado a más de un patriota a parejas conclusiones. De ahí que la publicación de los artículos y editoriales de *La Razón* tengan como primera mira contribuir a comprender las razones del anexionismo en un hombre de las luces de Galván y a tratar de columbrar por qué cada uno de los bandos que sucesivamente asumieron el mando de la nación: Santana, Luperón (1839-1897), Espailat (1823-1878), Cesáreo Guillermo (1847-1885), Alejandro Wos y Gil (1856-1932) contaron con su respaldo. En varios gobiernos sirvió como Secretario de Relaciones Exteriores, y en esas circunstancias fue un defensor de los intereses nacionales. En 1892, tras entrevistarse con José Martí en Santo Domingo proclama su apoyo a la libertad de Cuba. En 1904, el derrocamiento del gobierno de Alejandro Wos y Gil, del cual era ministro, le hace abandonar el país con destino a Puerto Rico. Desde su exilio voluntario en Puerto Rico se opuso a la Convención dominico americana de 1907. Porque consideraba que cederle las aduanas a los Estados Unidos de resultas de las deudas contraídas por el Estado dominicano, era una iniquidad. Su muerte, acaecida en San Juan (Puerto Rico), en 1910, constituyó una conmoción en la nación entera. El traslado de sus restos a Santo Domingo y su inhumación en la Catedral en 1917, homenaje que los diarios de la época reseñan a tambor batiente como si con ello quisieren solventar una deuda antigua, fue un acto de duelo nacional. Ninguno de los contemporáneos de Galván tiene la mala imagen del autor que posteriormente han transmitido los hagiógrafos y comentaristas. En algún momento, el juicio y las etiquetas impuestas por historiadores que desconocían sus escritos y los pormenores de su vida y su obra sustituyó la lectura y el conocimiento de un autor, que a juicio de todos sus contemporáneos, era una de las mentes mejor dotadas del siglo XIX.

ENTRE EL APÓSTROFE Y LA APOLOGÍA

Galván crea una retórica maniquea. Sus escritos son una continua discusión con sus adversarios, basados las más de las veces en juicios morales; no arriesga nociones ideológicas importantes.

Refiriéndose a los restauradores utiliza los epítetos siguientes: “Aquellos forajidos”, “la ferocidad y el bárbaro encarnizamiento de los rebeldes”. Define el restaurador como una persona producto de un “desarreglo mental efecto de sus desgracias pasadas”.

Para él la Restauración: “es un suicidio material, moral y político (*La Razón*, 17-10-1863). Su pensamiento procede por nociones antitéticas; si la Restauración es una locura, la Anexión es, por contraste, un acto de cordura: “aclamando la dominación (el pueblo) dio rara y espléndida prueba de cordura (*La Razón*, 7-11-1863). Si a los Restauradores se les considera como bárbaros e inconscientes, a las tropas leales a la Corona Española se les atribuyen, por contraste, adjetivos positivos: “nuestras valientes tropas”, “el heroico denuedo y la imperturbable sangre fría de nuestros soldados” (*La Razón*, 7-11-1863). La Anexión en tanto que “paz y trabajo hace la felicidad de los pueblos” (*Ibid.*).

Galván procede por apotegmas cuyas raíces son netamente antitéticas. Utiliza el contraste para presentar sus ideas. Es a partir de éste que entra en liza su argumentación, hay en su prosa una tendencia a la apología y a la denotación. Una oscilación dogmática que penetra, además de su adjetivación, su prosa de ideas. Es decir, que desde lo descriptivo hasta lo argumentativo hay una misma exposición, un vínculo que homologa dos tipos de estructuras. Dentro de este conjunto de oposiciones quizá la más extrema es la oposición República-Anexión; en dicha oposición Galván acude al razonamiento silogístico para justificar la desaparición de la República y para enarbolar la Colonia como solución -la cual, dicho sea de paso, no es aludida por su nombre, sino mediante eufemismos.

La República es definida como: “Oligarquía militar desenfrenada y escandalosa anarquía, verdadero pandemónium” (*La Razón*,

26-10-1863). Esa palabra –dice Galván- es “sinónimo de pobreza, de infortunio, de malestar y postración”; a conculcación de todos los principios y derechos sociales e individuales”; “Guerra exterior continua”; “discordias incesantes dentro del país”. Por contraste a la República Galván se refiere a la Colonia así (claro, sin mencionar dicho término): “la sociedad, el orden, los principios” (*La Razón*, 26-9-1863).

Si hay un texto que refiere la forma de pensamiento de Galván, que describe la calistenia mental que en él fue paradigmática, ilustrativa, ejemplar, es su alegato de defensa de la Anexión del 26 de noviembre de 1863, publicado en *La Razón*. Refiero, antes de apostillar, los silogismos que lo sostienen:

1^{er} Silogismo

1. Si la República no fue prosperidad ni bienandanza.
2. Si esa bienandanza no desapareció por efecto de la dominación española sino por la misma República.
3. Los hombres que pretenden restaurar la República no tienen ni principios ni manos puras de crímenes ni conciencia de una misión, por tanto, el alzamiento carece de justificación.

2^{do} Silogismo

1. La época republicana fue de males sin cuentos y discordias incesantes y guerra exterior continua. Nadie nos respetaba.
2. España quiere levantarnos de la ruina y la miseria, acabar con la guerra extranjera e intestina y por tanto dar una nacionalidad respetable a los dominicanos.
3. La conducta de los rebeldes dice muy alto que esos hombres carecen absolutamente de principios. Por consiguiente, ellos no pueden proclamar la República ni ése ni ningún otro principio que se les ocurra profanar.

Se trata de silogismos encadenados. Es un pensamiento causal que se impone mediante el ejercicio de la prueba, de la deducción, basado en juicios históricos. Su objetivo es obtener razones jurídi-

cas para la toma de posición. Toda su prosa obedece a este modelo dialéctico, pedagógico, que en cierto modo es la imagen de *La Razón*, encarada como una lucha mental en la cual los vencedores son los propietarios de la verdad. Galván afirma destruyendo el argumento del contrario, opone lo falso o lo verdadero. Su silogismo, más que una ejercitación mental, tiende a colocar sus planteamientos dentro de un principio de utilidad. Es decir que lo que para él es bueno, es lo que es positivamente útil. A saber: La prosperidad material, el progreso...

Para argumentar, Galván utiliza la enumeración y la antítesis. La acumulación adjetival parte de dos ideas de las cuales parten todas las defensas publicadas en *La Razón*.

Son éstas: *La República* “es sinónimo de anarquía, discordias de partidos, pobreza y peligros de desaparecer producto de la guerra con Haití”; *La Colonia* “es sinónimo de prosperidad, unidad, orden y término de la guerra”.

A partir de estas fórmulas subyacentes se llega a construcciones posteriores, amplificadas. Es un pensamiento que al exponerse se muestra tautológico, reiterativo, doctrinario.

La enumeración es uno de los recursos estilísticos de Galván y una de las claves de su sistema de clasificación ideológica. Es además uno de los recursos con los que Galván dramatiza el pensamiento.

El silogismo de Galván utiliza tres proposiciones en lugar de dos para dar pie a la inferencia. El principal razonamiento utilizado por Galván en sus argumentaciones lo constituye el argumento *ad-Hominem*. Esto es, la descalificación moral de los restauradores: si no son patriotas, si no son héroes de las batallas anteriores, tal Santana, tal Cabral... por consiguiente, no pueden albergar buenas intenciones *ipso facto* lo que provenga de ellos es malo.

Otra construcción tópica de cuanto acabamos de evocar es presentar los males de la República, haciendo figurar como causa de dichos males a los que pretenden restaurarla. Presentándose como el abanderado de los “adelantos y los progresos”, Galván ambiciona cubrir con visos positivistas la Anexión a España. De

ahí el uso del silogismo que opone pasado y presente, orden y anarquía, unidad y pluralidad de partidos, República y Colonia, anexionistas y restauradores, progreso y atraso y otros.

Galván fue el principal propagandista ideológico del anexionismo. Su estilo de razonamiento, amén de que constituye de suyo un importante vehículo de justificación de las ideas anexionistas, es la más formalizada organización teórica, de una tendencia que halla en Galván –justo es decirlo– su mentor y su expositor más avezado.

Otro de los procedimientos utilizados por el notable prosista fue la argumentación lexicológica consistente en definir o redefinir las nociones de un planteamiento, y a partir de éstas desplazar el debate. Así Galván disocia la noción de pueblo y de restauradores “no son los dominicanos ingratos ni rebeldes”. Partiendo de esta aserción moral, el autor se explaya en prolijas e intrincadas consideraciones que mantendrán con ésta un nexo causal.

La noción de anarquía se prolonga en diversas consideraciones sobre la guerra restauradora; en algunas, tal ésta es la ausencia de fines: “Sendero de perdición que trazan las pasiones de partido” (*La Razón*, 30-5-1861).

La noción de anarquía se prolonga en diversas consideraciones sobre la guerra restauradora; en algunas predomina, tal ésta la ausencia de fines: “Sendero de perdición que trazan las pasiones de partido” (*La Razón*, 30-5-1861).

“Perdido el equilibrio, desenfreno peligroso de todas las pasiones humanas”
(Ibíd.)

La anarquía es para Galván la pluralidad de partidos. Contra ésta, Galván opone la unidad y el orden, que para él consistía en la ausencia de partidos. De donde se deduce que más que antipolítico era autoritario. *La Razón* se opone a la política:

“Cuanto que no habiendo sectas ni partidos de principios opuestos, su objeto no puede ser el combatir, sino el ilustrar”.
(El periodismo y la policía).

Hay en Galván un profundo escepticismo en torno a nuestra capacidad como pueblo para gobernarnos:

“de nosotros se dirá, a lo sumo, que éramos impotentes para gobernarnos”
(*La Razón*, 4-6-1861).

El orden para Galván lo constituía la desaparición de los partidos. A saber: santanistas y baecistas. Y, desde luego, también la presencia de una garantía de la República libertada. Puesto que no había tales, uno de los argumentos más socorridos para demostrar la susodicha impotencia es el miedo a que el país volviera al estado anterior a las batallas de Sabana Larga en la que José María Cabral repelió a la invasión haitiana, y las escaramuzas de Azua, en las que Soulouque fue vencido por los dominicanos. Además las constantes guerrillas en las que desempeñaron un papel importante Elías Piña y Antonio Duvergé, para contener un Estado más poderoso. Le hicieron dudar de la capacidad de la nación dominicana para resistir en el porvenir a la poderosa fusilería enemiga que, por haber heredado los pertrechos y las municiones del ejército napoleónico, y por estar mejor organizados, contaban a la sazón con un poder que sus adversarios –con sobrada razón- temían.

Galván comenta las incursiones haitianas en estos términos:

“Pensaban reducir a los dominicanos, y aminorar su instintiva repugnancia para una fusión execrable que se atrevían a proponernos como la única solución posible del problema de la guerra”.

(*La Razón*, 7-XI-1863).

Esta situación era tanto más dramática cuanto que para Galván de haber perdido Santana la batalla de Azua contra Soulouque, hubiéramos retornado a la situación anterior al 27 de febrero de 1844, y la obra de los fundadores de la República perecería a manos de las tropas del emperador Faustin Soulouque. Y en esta hipótesis la batalla de Azua y la de Santiago no harían sino acelerar el proyecto de Anexión a España. La imagen de la impotencia aparece en muchísimas ocasiones, ya como letanía, ya paráfrasis:

“Nuestra impotencia y debilidad”

“Una independencia nacional adquirida a costa de inmensos sacrificios”.

(*La Razón*, 30-5-1861).

“Los dominicanos depusieron una autonomía onerosa, abrumadora, ruinoso y frágil para volver al seno de la nación que le diera origen y ser”.
(Ibíd., 4-7-1861).

En la imagen de la impotencia está quizá, taxativa y palmariamente, resumido el pesimismo de Galván en torno a la República independiente, a la cual opone el ejemplo de Cuba -a la sazón-, pródiga colonia española.

LA ADJETIVACIÓN GALVANIANA

El sistema de adjetivación en Galván, bien visto está, oscila dentro de la concepción dual que hemos descrito. Rasgo fundacional de su prosa: la denotación y la apología. Pero la adjetivación no se reduce, como podría creerse, a su realidad tópica, a sus lindes. Muy por el contrario: se prolonga mediante la frase nominal. Tal como puede constatarse en estos ejemplos que son un apóstrofe contra los gobernantes haitianos:

Geffrard: *“Insigne desfacedor de agravios”*
“Toussaint, Dessalines, Cristóbal, Guerrier, Richer y Soulouque, monstruos que más feroces y desnaturalizados que los lobos, se cebaron en la sangre y la miseria de sus conciudadanos y hermanos”.

Define al gobernante haitiano:

“el más duro azote que la cólera divina puede descargar sobre una nación”
(*La Razón*, 4-6-1861).

La prosa de Galván es atildada aun en los pormenores más nimios. Y cuando escribe sobre los gobernantes haitianos con los cuales mantiene una guerra, no sólo es ornamental, sino y sobre todo, suele ser hiperbólica. “Quijote”, “monstruos” son de las tantas imágenes con las cuales el escritor caracteriza la política guerrista de los haitianos. La alusión cultista es uno de los recursos que, aunque no abundante en su prosa política, ya que, tal como

hemos querido demostrar su adjetivación es explicativa, forma parte del acopio, de la acumulación politonal de su prosa. En ese tenor merece citarse el uso de la lengua oral clásica, que provoca efectos de expresividad que van del tono irónico al oratorio, polifonías verbales. He aquí algunas muestras, en las que Galván comenta el anexionismo de los haitianos:

“¡Cómo! ¿Por una parte decís que la dominación extranjera en la parte Este es un peligro inminente y por otra, estáis traicionando esa misma independencia, y la ofrecéis a Francia, a la misma España, a quien la quiera? ¡Qué lógica es la vuestra, ¡oh! haitianos! ¡Tranquilícense, haitianos!”

Galván imita la conversación del teatro clásico. Es una lengua codificada: funda un sistema de exclamaciones y pausas que incluye el libelo, la denuncia, la peroración, en los que se entrevé la presencia de una retórica organizativa. La ironía es uno de los tonos organizadores de esta retórica del enunciado. Preterición. Sobreentendido. Enjuiciamiento. La ironía galvaniana funda un esquema formal:

“y tenía Geffrard reputación de hombre de talento Asimismo la gozaba de hombre virtuoso y de hombre de valor; y su virtud y su valor se han reducido a engañar a sus paisanos con la oferta de paz, a fin de que lo eligieran presidente, y continuar la guerra; pero una guerra páfida, guerra de intriga y manejos mezquinos, indigna de todo corazón noble y valiente”.
(*La Razón*, 23-5-1861).

Hay un esfuerzo de individuación en la enunciación de Galván. La ironía, introducida por el uso de la y modal, efecto de una interpretación por contraste, aparece en numerosos pasajes bíblicos. Es el clásico ejemplo del elogio fingido. Por ejemplo éste, extraído de “Los Jueces” versículo 15.

*“Y luego dices que me quieres...
Es la tercera vez que me engañas
Y no me dices el secreto de tu fuerza”*
(*La Biblia*, trad. de Luis Alonso Schokel).

Como se ve, esta elaboración discursiva parte de un formante, metalingüístico, herencia cultural de la prosodia bíblica. Los giros orales contribuyen a diversificar este recurso:

“Lo ve y aún no lo cree”

“¡Asómbrense, haitianos!”

(23-V-1861, *Ibíd.*)

La oralidad llega incluso al dialogismo:

“Injuriáis, obedecéis al despecho” (a los haitianos)

Pero no siempre la ironía puede reducirse a estos recursos formales y genéricos, afluye también como conclusión natural de su estructura de contrastes:

“Hay una discordancia, hay una contradicción, una inconsecuencia que sólo puede explicarse por el estado anormal de aquellos mal organizados cerebros”.

(*Ibíd.*)

Repárese en el hecho de que la ironía en Galván acarrea por lo general un juicio moral. Es una conclusión ética. El comparatismo le permite a Galván ir del saber popularizado a la definición de las nociones utilizadas en su pensamiento. Ya por analogía, o ya mediante el escrutinio de las diferencias. Semejanzas o diferencias que obran obedeciendo a principios éticos. Tales como el principio de utilidad. El símil metafórico en Galván sigue este canon: califica, define, contrasta mediante alusiones o explicaciones. Se trata del paso de los conceptos abstractos a la esfera del pensamiento perceptivo, plástico, tópico. Es decir, que encarna lo visual en lo directamente aprehensible. Veamos algunas definiciones:

España

“Desde que el León de Castilla se recogió en su antro con las garras cercenadas en Colombia y México”.

(*La Razón*, 1-7-1861).

Buenaventura Báez

“Ha sido la postrer caída en demolición del Sr. Báez quien, como Sísifo con su piedra en el infierno de los antiguos, tres años hace que se obstina infructuosamente por alcanzar un punto inaccesible”.

(Ibíd., 23-5-1861).

Los Restauradores

“Los espíritus mezquinos, los rancios doctrinarios, anacronismos vivientes, réprobos parias entre los pueblos modernos”.

(Ibíd., 1-7-1861).

La Paz

El Sol benéfico de la paz.

Libertad

El árbol roñoso de la libertad.

La Anexión

El blasón puro del honor.

Por lo que respecta a la adjetivación pura y simple, Galván utiliza la técnica del doble adjetivo. He aquí algunos especímenes:

“guerra de intrigas y manejos mezquinos”

“Indigna de todo corazón noble y valiente”

“La guerra que hacen es injusta e impía”

“La más desenfrenada y escandalosa anarquía”.

(Ibíd., 26-9-1863).

“Una reina digna y magnánima”

“Una autonomía ficticia y abrumadora”

(Ibíd., 7-10-1863).

Hay un ritmo binario en la enunciación de Galván rayana en el calco de sí misma, de resultas de la conjugación de una voluntad discursiva con una elaboración metalingüística. El suyo es, pues, un estilo tautológico, reiterativo...

¿Por qué este pensador de lo político, en quien se hallan tratados el decir y el vivir, y más que eso, entrelazados, ha reducido su pensamiento a una razón formal, al punto de hacer de ella un sistema de ecos tanto desde el punto de vista temático (la vesania política, el atraso social y económico, la sinrazón del Estado, el

peligro haitiano) como estilístico (estructura de pensamiento, contraste, antítesis, figuras retóricas...)?

¿Por qué se somete cada vez a una exigencia más consciente, a una suerte de determinismo lógico, recreando el sentido de la opinión, la *doxa*, su propia ideología, con un rigor del cual por lo visto hasta ese momento nadie dio pruebas? El fanatismo, la pasión, la creencia ciega en el Progreso, el mesianismo de los anexionistas, las promesas de prosperidad, todo hubo de influir... turiferario de una cruzada, abanderado del anexionismo, hombre-misión, hombre-Mesías, hombre-razón. Une el combate político y la prosa. Acaso postergando su vocación artística manifestada en su mocedad.

No olvidemos que había publicado en *El Oasis* fragmentos de relatos, de cuentos, y no es un azar que su vocación de escritor, de novelista, surja cuando ya la causa está perdida para él, y la Restauración consumada. Su prosa de la primera hora son textos de búsqueda estilística y semántica. Pero de pronto cuando entra en la política la somete a cánones utilitarios, propagandísticos en suma.

La construcción del ritmo ternario

Si el dualismo antitético constituye la más desembarazada forma de exponer los conflictos que desgarran su pensamiento comprometido, el ritmo ternario, hábito de La Razón, formalismo del pensamiento, es el último eslabón dentro de esa cadena. Organiza, no una proposición, no un período; sino toda la prosa. El esquema ternario se presenta por lo general como una conclusión de las binas antitéticas. Acentos de intensidad, destrucción de la polaridad, lógica rematada de afectividad, el ritmo ternario es la trabazón que ordena toda su prosa. Se trata de un recurso de la oratoria que engloba en su haz la anáfora, la reiteración, la antítesis, la sinonimia, la acumulación. Tópicos, en suma, que acaso provengan de lecturas bíblicas. Alonso-Schokel nos previene contra esta creencia: los hebreos no conocían la articulación ternaria (*Estudios de poética hebrea*). Aunque la usaron. Especula sin más sobre su posible prosapia cananea. Pero no es el origen lo que nos interesa, sino su funcionamiento, no es su historia, sino su realización. ¿Por qué

este pensamiento silogístico, antitético y escolástico es un principio lógico y afectivo a la vez? Examinemos algunos especímenes de su razón formal:

La homología sintáctica:

¿Cuáles fueron las consideraciones que hicieron formar el propósito, cuáles los medios empleados para llevarle a cabo, y cuáles en fin, las razones que determinaron su realización?

(*La Razón*, 20-5-1861).

Mediante la eliminación del verbo (fueron) en las proposiciones 1 y 2, se logra un ritmo progresivo, que no es ni sinonimia ni antinomia, sino acumulación. Hay una doble ritmicidad: la que corresponde al uso del pronombre cuáles y la correspondiente a las proposiciones.../ *los medios...* / *las razones...* /. El ritmo ternario engloba, pues, todo el período.

La homología verbal:

“Desfigurarán los hechos a su antojo; desnaturalizarán sus nobles causas, y tenderán a neutralizar, por lo menos sus buenos efectos probables”.

(*Ibíd.*, 20-5-1861).

Triple ritmo, triple rima consonántica. El ritmo de Galván suele ser sintagmático. Se basa en un elemento, en una unidad de función, ya el verbo, el pronombre, ya el sujeto, ya los complementos circunstanciales, hasta sistematizarse en unidades análogas. Tal como puede percibirse en este fragmento, en el cual la doble adjetivación anuncia el final (“*sus buenos efectos probables*”).

Homología pronominal:

“Esta es La Razón oportuna de las explicaciones: ninguna es superflua, ninguna es inútil, ninguna dejará de producir resultados importantes”.

(*Ibíd.*)

Combinación de ritmo ternario (el del pronombre indefinido ninguna) seguido de un ritmo binario (el de las proposiciones copulativas: /*es superflua*/, *es inútil*/). La conclusión rompe la sime-

tría. Por lo general la disimetría en Galván anuncia una conclusión, aunque no siempre: las articulaciones binarias y cuatrinarias no obedecen a este canon, ya que se trata de ritmos pareados, regidos las más de las veces por un hábito de regularidad. Es claro que el ritmo es memoria, regla, composición, entrelazamiento, organización; pero no es sólo eso. Hay más: se trata de la trabazón, la relación que mantienen entre sí los elementos del enunciado, la alternancia de los ritmos planificados, la extensión del esquema rítmico a todo el discurso, convirtiéndose de esta suerte en un canon totalizante. Y todo esto en una prosa cuya intención primera no es el goce, no es el placer estético, sino la información, el combate, la propaganda.

Homología de la frase nominal:

“Halagaba a nuestro instinto y a nuestro corazón venir a ser órganos de publicidad de todos los adelantos, y todas las mejoras y todas las creaciones que surgen en el seno de la paz”

(*Ibíd.*, 17-10-1863).

He aquí un paradigma de ritmos combinados. El autor comienza con un ritmo binario /a nuestro instinto, a nuestro corazón/, seguido de tres oraciones nominales en ritmo ternario, unidas por la rima (publicidad/paz). Todo esto hace de este esquema un *corpus* único. Es una prosa hecha a tórculo; nada escapa a la planificación.

Paralelismo, ritmos ternarios y binarios combinados:

“Todos (1A) los militares que se ilustraron en aquella guerra gloriosa, los que (1B) eran símbolos del valor, la lealtad, y la constancia del pueblo dominicano, los que (2B) habían adquirido entre sus conciudadanos la aureola de popularidad que siempre alcanza el mérito verdadero, los que (3B) a su nombre han llevado el nombre de alguna hazaña inmortal, todos (2A) han sido fieles a España y a sus honrosos antecedentes, todos (3A) han derramado y están derramado por ella la misma noble sangre que regó los campos memorables de Azua, Beller, Estrelleta, Las Carreras, Santomé, Cambronal y Jácuba”.

Justificación:

Ejemplos sobran aun en aquellos textos de administración en los que esta organización extrema del decir se manifiesta con pareja insistencia, ya en la oración, ya en el período discursivo, ya en la totalidad, desde las pequeñas hasta las grandes unidades. El procedimiento le da unidad a toda su prosa. En una carta enviada al *Listín Diario* (15-10-1900) en donde acaso buscábamos un descuido de su conciencia *retórica*, y en la que desde luego la finalidad era mera y simplemente despachar un asunto cotidiano se entrevé, conforme a la pesquisa que hacemos, el mismo orden:

“Restituye a su puesto los merecimientos y las pasiones de cada cual”.

Véase por más señas esta muestra sacada de una respuesta que Galván diera a F. Geffrard (*La Razón*, 23-10-1861):

“Geffrard no era sino un mito, un ente de razón, una creación fantástica”.

O bien esta apostilla con la que reseña el cambio de mando en el país:

“Cuánta penetración, cuánta destreza, cuánto talento no ha menester en tales épocas”.

Salva la excelsa poesía de Freddy Gatón Arce no conozco en la tradición dominicana semejante modelo de razón formal, totalizante. Algunos discursos de Balaguer parecen encadenados por el mismo prurito estilístico, salidos de la misma exigencia; pero no llega a arropar a toda su prosa. Veamos otro modelo de estructura rítmica.

Pedir (A1) a la Patria lo que (B1) justamente nos corresponda, (B2) lo que razonablemente puede sernos concedido. Ofrecerlas (A2) nuestros (C1) brazos y nuestros (C2) pechos, para (D1) hacer frente a cualquier peligro que pueda surgir para ella. Mejorar (A3) cuanto sea posible nuestra condición civil (1), política (2) y moral (3), para (D2) seguir mereciendo la consideración y el respeto del mundo entero.

“Qué virtud, qué valor, qué talento”.

(Ibíd., 23-5-1861)

El ritmo ternario aparece repetido construyendo dos pares de tres: homología verbal/ A1, A2, A3/ y homología adjetival/1, 2, 3/, combinada con grupos binarios/ C1, C2/, /D1, D2/, dentro del cual coexisten por lo demás una serie igualmente combinada de rimas interiores. Como se ve en estas muestras, todo está encadenado, sujeto a planificación. Resulta pues ocioso decir que bien como oposición o ya como regularidad es en este esquema organizador en donde se organizan las pausas y las cesuras del discurso, y es de él de donde hay que partir para desmenuzar la prosodia y la acentuación del discurso de Galván. Repárese bien en la descripción prosódica de este fragmento:

“CuánTa Penetración/ CuánTa desTrezza (CuánTo TalenTo/ / no ha menester en Tales époCas”.

Ritmo basado en dentales (acumulación e insistencia en la dental /t/) y en velares (repetición fonética de la velar /K/). Pero aparte de esta aliteración organizada puede observarse que los tres primeros grupos principian con acento fuerte y que los últimos observan esta acentuación al final, lo que confirma cierta regularidad emparentada con el ritmo sintáctico binario y ternario. Otro tanto puede decirse del vocalismo en /e/, su acumulación no es anodina; corresponde a la misma organización rítmica que ordena con su batuta severa los elementos más nimios. A saber: la entonación, la acentuación y la prosodia. Examinemos otra muestra:

“Sus agentes en EuroPa Dan Pasos PerdidoS PasoS DesatinaDos por DesTruir O Trastornar nuesTra VolunTad y nuestro Derecho”.

En buena lógica, el análisis fonoestilístico sólo es posible cuando, hartos de especulaciones y afirmaciones peregrinas, sean reunidos en un solo lance aserción y demostración, teoría y realidad empírica. Ni la teoría superpuesta por encima de la realidad práctica a modo de catecismo; ni la práctica desprovista de la tradición de los modos de pensar y de los itinerarios explicativos, sino la búsqueda de una simultaneidad, de lindes espacio-temporales comunes: ni subordinación ni yuxtaposición, sino comunión.

El objetivo de estos reparos no es la mera obtención de un esquema descriptivo, sino el hallazgo del sistema de connotaciones que el mismo acarrea. Hecha esta salvedad, obsérvense las acotaciones fonéticas. La acumulación de bilabiales (EuroPa, Pasos, Perdidos, Pasos, Por), las rimas interiores seguidas reproduciendo articulación ternaria (paSos PerDiDos destinaDos), los acoplamientos binarios (destruir, trastornar), las dentales (T, D) y la bilabial (p), así como la acumulación. La acentuación no escapa a este esquema. De ello atestigua este ejemplo de acentuación ternaria: “destruir/ trastornar/ providencial.” Dicho esto, se infiere que el fenómeno que ya hemos observado en las grandes unidades se reproduce como en estribillo en las pequeñas, dándole homología a todo el sistema rítmico.

Otro tanto puede decirse de la distribución de las frases incidentales, con lo cual queda establecido que la lógica que penetra las grandes unidades también ordena las pequeñas, y que incluye en su haz a toda la enunciación. La frase de Galván es explicativa, penetrada de incisos que acaso sirvan de apoyatura silogística, argumentativa. O, simplemente, se representa como memoria rítmica.

Uso de la lengua, estructuración del pensamiento y ritmo se trenzan. El pensamiento es enunciación: la enunciación, ritmo. Ambos se realizan lingüísticamente. Esto que parece ocioso decirlo, si se examina bien, no lo es. Puesto que la voluntad estilística del escritor establece nexos de solidaridad entre los diferentes elementos de la enunciación. Por ejemplo la antítesis y el contraste introducen la polémica; la refutación, la adjetivación, la apología y la demostración; y el silogismo, el pensamiento mayéutico.

Esta unidad hermética, concluyente, aparece connotada por las pequeñas unidades: acentuación, prosodia, morfología... El ritmo de la prosa de Galván es regularidad sintáctica, encabalgamiento, acoplamiento. Sobresale dentro del mismo la cantidad ternaria para el silogismo; la binaria, para la antítesis. Para Galván el ritmo es cálculo del lenguaje. Construcción simbólica, reglas abstractas que obran como metalenguaje. Relaciones de semejanza y de desigualdad. Mimografía. Mimología. Mimológica. Mimofonética. Pero el ritmo no sólo puede reducirse a la autoimitación ni a su morfología

sino que va mucho más allá: empalma lo verbal con lo sintáctico, lo lexical, lo fonético y lo acentual.

En el caso de Galván todas estas operaciones y transformaciones obran en función de una figura ideológica: la regeneración moral del pueblo dominicano, el progreso, en suma, la idea de futuro; en función de una lógica: la refutación y el combate. Credo y construcción hacen que su prosa adquiera una circularidad casi escolástica. Escasea la información, a despecho de sus ambiciones enciclopedistas.

Para Galván la prosa es un oficio. No olvidemos ante todo que él es el escriba del poder, prosista oficial de un Presidente, de un Gobierno, de un Bando. Su prosa tendrá la dualidad de su vida: defensor y denostador. La circularidad cultural, las lindes del pensamiento hacen que sus energías creadoras se reviertan hacia el lenguaje mismo. Su prosa no persigue informar ni decir la verdad, sino convencer.

Ritmo y modo de pensamiento. Conocimiento y enunciación lo llevarán a hacer de su prosa una técnica, un medio de seducción. En definitiva, lo lleva a una racionalización de la escritura en la cual las creencias y las deducciones, ya que la persuasión –según esto– no es sólo conclusión lógica; se transforma en mecanismo de persuasión. Es también afectividad, emoción, buen decir. Retórica del pensamiento. Ya como educación, ya como civilizador, los dos modelos que encarnaron en él no como crítica, no como invención, sino como continuidad, como forma arquetípica de la alianza entre el intelectual y el político, en la cual el primero se torna colaborador acríptico del postrero, Galván concebirá su acción como “intelectual orgánico”, Vale decir, incapaz de libertarse de la tutela del político.

No olvidemos que nuestro hombre decimonónico fue rigurosamente eurocentrista. La imitación de la política, la economía y la cultura europeas eran la fuente de su optimismo. El calco de sus grandes esfuerzos, la meta. Pero ese pensamiento que había permanecido durante tres siglos aprisionado en los conventos y en un sistema escolar dominado por el Clero desdeñada la investigación, el análisis, la

duda, formas del pensamiento moderno que señalan que La Razón ha dejado de ser estática, que el intelectual se ha libertado del credo del fanático, que el pensamiento cambiará al considerarse como histórico. Todo esto hace que nuestro hombre decimonónico lea el positivismo europeo sin un asomo de deuda, que lo convierta en un catecismo utilitario, y que sus métodos sean el adoctrinamiento, la inquisición y la disputa, formas del pensamiento escolástico, sucedáneos del fanatismo, sistema de creencias que conduce a una parálisis de la reflexión, y a un autoritarismo en la política. Esto es, al culto a un caudillo. Era ésa la cultura dominicana; los cambios de cultura implican transformaciones en la vida. Pero ¿cambió la cultura? ¿cambió la vida? Durante los 76 años que Galván vivió (1834-1910) sólo vemos un gobierno democrático y liberal: el de Ulises Francisco Espallat, del cual Galván fue colaborador y albacea político, en medio de una horda de caudillos y gobiernos de asonadas. La colonia sólo conoció un exiguo paréntesis de liberalismo: la Constitución de Cádiz (1812). Sobrevino luego el conservadurismo de Fernando VII. Después, la dictadura haitiana. Y, finalmente, una racha permanente de dictaduras militaristas. No resulta, pues, ilógico decir que estas formas de vida casan, rigurosamente, con los modos de pensamientos, con las formas de cultura (ética, moral, religión, costumbre, política, creencia), con los trescientos años de historia que estaban obrando en aquellos hombres como una reproducción del pasado.

Las novelas de Galván

Es ya un tópico la idea de que Manuel de Jesús Galván es autor de una novela única. Poco se sabía de lo que había dado a la estampa en los años anteriores a la publicación de *Enriquillo*, en 1882, considerada como una de las cumbres de las novelas indigenistas en América y como el primer gran clásico dominicano. Poco se sabía del período palimpsestual en el que se había fraguado la prosa del novelista. Un hombre de las luces de Pedro Henríquez Ureña llega a afirmar lo siguiente:

Manuel de Jesús Galván (1834-1910) es de los escritores de libro único. El suyo es la larga y lenta narración Enriquillo, que consumió muchos años de

su activa existencia. Ni antes había escrito otro, ni otro escribió después (Obra crítica: 1960, México, FCE).

En un enjundioso estudio la escritora puertorriqueña Concha Meléndez concluye con estas palabras:

Además del Enriquillo, su única obra literaria, Galván realizó intermitente labor periodística. (Enriquillo: 1976, Porrúa, México)

A parejas conclusiones llega Guillermo Piña Contreras, en un libro menudamente documentado sobre el *Enriquillo*:

Autor de novela única, Galván produjo un texto igual a las más grandes novelas latinoamericanas del siglo pasado, considerada incluso como la mejor novela indigenista de América. Desgraciadamente, Enriquillo fue un caso aislado. (Enriquillo: 1986).

Estas observaciones son confirmadas por otros comentaristas sobre el tema: Pedro Conde, en sus Notas sobre *Enriquillo* (1978), Néstor Contín Aybar, Sobre *Enriquillo* (1931); Pedro René Contín Aybar, *Antología de la literatura dominicana* (1944); Manuel de Jesús Peña y Reynoso, *Estudio crítica sobre Enriquillo* (1897) y otras voces que proclamaban con igual contundencia de que *Enriquillo* era sin sombra de dudas un libro único.

Esta publicación viene a contradecir estas tesis. Dos me parecen las razones que habrían influido en el desconocimiento de la literatura anterior de Galván. En primer lugar, sus noveletas fueron publicadas en serie de folletines del periódico *El Oasis* entre 1855 y 1856. Era un órgano de escasa circulación y en vista de las dificultades de acceso a ese material, que nunca había sido incluido en libro, permanecía desconocido para la mayoría de los críticos; no concitaba el interés editorial de los investigadores postreros. En segundo lugar, los argumentos de autoridad esgrimidos tanto por Max como por Pedro Henríquez Ureña condicionaban las pesquisas que pudieren hacerse para hallar los antecedentes de la sin par novela *Enriquillo*. Estos hechos contribuyeron sin duda a que se considerase como una verdad incommovible la tesis de que Galván era autor de una única novela.

Ya hemos hablado de las coplillas, letrillas, poemas y obras de jaez satírico que constituían un amasijo en lo que se echaba de ver su prosa de pulquísima dicción. Ahora nos toca presentar en menudas síntesis las novelas o más bien noveletas que le habían servido de ensayo al autor del *Enriquillo*.

En 1855 aparece en las páginas de los números de *El Oasis*, *La Puericracia*. El título surge el gobierno de los mozalbetes. *Puerilis*, en latín es vocablo descriptivo pues se refiere a la mocedad sin más; pero también se usa como término valorativo para señalar la inmadurez, la falta de reflexión, la inexperiencia. El relato discurre entre el ensayo y la narración. Como en las obras románticas, el autor se explaya y naufraga muy a menudo en sesudas consideraciones de las escenas que tendrán lugar. A seguidas, como si la realidad con la que carga sus tintas estuviese regida por un raciocinio que guiase como peles de un teatro de marionetas a los personajes que compondrán el retablo del relato.

El narrador cuenta la historia de un congreso de jóvenes en la que se refiere lo que ha sido el heroísmo de los años mozos. Escipión, Aníbal, Sesostris, Napoleón comenzaron a realizar proezas en una edad juvenil. Los jóvenes y mozalbetes conciben un gobierno en el que sólo ellos formarán parte de los mandos del país. Hicieron la Revolución. Se apoderaron del Gobierno, la edad de los más viejos era 22 años y como en la ínsula barataria de Sancho Panza comenzaron a realizar las tareas de manera caprichosa. Convirtieron la Asamblea Nacional en una algazara y crearon la República Puericrática; la Constitución fue cambiada, se expulsaría del País a los mayores de treinta años, por considerarlos como rémoras del pasado; se instauró la poligamia y quedó abolido el matrimonio; se prohibió la importación de pólvora y armas y se declaró que la República estaría en diversión permanente. Pero el sueño de los puericráticos se desvaneció como agua de borrajas ante el fantasma de la llegada de los haitianos. No era un mero embeleco. Ya se sabe que Galván y los personajes de la novela vivieron en su infancia lo que fue la guerra dominico-haitiana de 1844-1856, las luchas implacables contra un enemigo que pretendía apoderarse de

la nación dominicana y someternos a una convivencia forzosa. Por eso en aquella jubilosa fiesta de poder, uno de los viejos —que había conservado como archivista de la república pueril de resultas de su buena memoria de las cosas de Estado, les preguntó con timidez:

“-¿Y si vienen los haitianos con qué nos defenderemos?

-Con discursos y proclamas, señor Archivista, ¿lo entiende? —le repliqué yo con arrogante voz-. Y la otra vez repuse, guárdese usted de tomarse la libertad de hablar en donde los padres de la Patria discutimos los grandes intereses de ésta; su deber es leer, escribir y callar”.

Quien hacía la pregunta era don Tomás Bobadilla y Briones, y quien a seguidas responde era el Presidente de la República pueril. Los días del Gobierno pueril transcurrían entre bailes, retratos de daguerrotipos, billetes perfumados, chanzas, despilfarros y franquichelas. Finalmente llegó la mala hora. Mientras la República pueril se había prostituido en los excesos, bacanales y placeres, llegó la noticia de que los haitianos caerían como un rayo sobre la república y había que buscar a un libertador. Muchos fueron los que tomaron las de Villadiego, poniendo los pies en polvorosa. El Gabinete en pleno de la república pueril se embarcó en un buque y el ministro de guerra declaró que no era ministro para batirse sino ministro para divertirse. La importancia y el estupor se apoderaron de los habitantes, luego de los babilónicos placeres, el terror se expandió en los gobernantes mozalbetes que bien podrían ver sus cabezas separadas de sus troncos por los sables ominosos de la soldadesca haitiana. Entonces la multitud importante llamó al general Pedro Santana, quien estaba plácidamente en su hato de El Prado y el general Santana tocó la generala y todos los dominicanos se pusieron bajo el palio de las siempre gloriosas banderas nacionales y las tropas de Santana arrollaron al poderoso enemigo de nuestra Independencia en las inmediaciones de Baní. Una vez consumada la proeza del libertador, éste hizo reverencias a los padres de la Patria y nuevamente se retiró a sus menesteres de su hacienda. Galván procede semejante al sueño que tuvo el caballero de la triste figura en la cueva de Montesinos, y despierta después de un sueño

plagado de aventuras y dislates y deja, como en los cuentos morales de Voltaire, una especie de lección moral a los jóvenes patriotas de su tiempo, para que se aparten de los vicios, la embriaguez y la irresponsabilidad.

En 1856 publica Galván en *El Oasis Federico o el aburrimiento*. Se trata, en primer lugar, de una agudísima reflexión sobre el *spleen*, enfermedad de los románticos. El narrador nos cuenta en esta novela la historia de don Federico Real de Vidatriste y comienza con las correspondencia que le envía su amigo Gerardo de Chiribitil. Allí aparecen explicadas las frases del aburrimiento prolongado y el desenlace a que los llevan las terribles depresiones de las que está trufado. Don Federico tiene veintiocho años y padece una melancolía que lo mantiene paralizado. Mantiene largas conversaciones con Gerardo y Cristóbal sobre las causas profundas de su aburrimiento y puede salir a flote de la angustia que lo anega. Don Cristóbal, que ha nacido en Europa, le conmina a que viaje; Federico es muy rico y puede pagarse un periplo alrededor del mundo que le sirva de distracción y don Federico continuaba alicaído, mortecino. No había forma de sacarlo de esas tierras movedizas del abismo.

De repente, un rosario de malas noticias comienza a llegar. Una pingüe hacienda que tenía en la isla de Puerto Rico fue incendiada y pillada por unos forajidos, quienes para rematar su fechoría mataron a todos los empleados. Su criado de mayor confianza, desapareció cargando con la caja de caudales de don Federico. Un bergantín que utilizaba don Federico para la exportación de frutos, desapareció en un banco de arena en la isla Saona. Don Federico quedó súbitamente arruinado. Se dedicó a buscar fortuna en el juego y fracasó; vendió sus muebles; utilizó la solidaridad de las almas caritativas. Seis meses después se presentó hecho una birria en casa de don Gerardo, su amigo. Tenía unas grandísimas ganas de vivir. Se había visto obligado a realizar grandes esfuerzos para sobrevivir, utilizando el ingenio y esforzándose cada día. Ya no tenía tiempo que perder en lamentaciones. Se pasaba los días buscando qué comer; estaba completamente empobrecido. Al cabo de seis meses, se dirigió adonde su amigo Gerardo para que se le invitara a comer.

Era el emplazamiento de los enigmas y los enmascaramientos que el autor utiliza para desvelarnos el premio a las transformaciones que ha padecido Federico. Gerardo no estaba; andaba de media madrina con su amigo Cristóbal. Lo recibe Eulalia, una joven de la cual Federico queda prendado y que se presenta como la hermana de Gerardo. A poco llega Gerardo, acompañado de su amigo Cristóbal. Federico siente celos de Cristóbal, posible rival en lo que toca a Eulalia. Luego se producen las revelaciones. Todo ha sido una tomadura de pelo. Gerardo y Cristóbal hablaron con sus empleados para hacerle vivir la vida de un pobre diablo y sacarlo de su depresivo aburrimiento. No ha perdido ninguno de sus bienes. El criado que se había fugado con su caja de caudales está escondido en casa de don Cristóbal. A poco don Cristóbal se despoja de su disfraz de hombre joven y se descubre que es el padre de Eulalia. Andando los días, hizo la corte a Eulalia, y celebraron sus bodas; y luego de los disturbios de 1849 fijaron su residencia en Puerto Rico. Al igual que *La puericracia*, Galván nos presenta la novelilla como un cuento moral. Federico padece el *spleen* del aburrimiento, pasa por la catarsis o purificación y al final recibe la recompensa a sus padecimientos.

Elvira y Manfredo es una noveleta de tema amoroso. Trasunta la interioridad de los amantes, el goce de la contemplación y el ansia de prolongar el olvido de sí que supone el enamoramiento. Pero el conflicto llega con el arribo al país de un rival aventurero, Guillermo Vanderloe. Era la época de los matrimonios concertados. El padre de Elvira, un hombre acaudalado, había entrado en tratos con el extranjero de prosapia flamenca. Entonces Elvira es prometida en nupcias a Vanderloe. El drama está a ojos vistas. Un fantasma trágico ronda la pareja de enamorados. El orgullo de Manfredo le hace alejarse; en compensación, a esa indiferencia Elvira finge aceptar de buena gana su destino con Vanderloe. Manfredo parece destrozado por los celos. El narrador entra en cavilaciones por la xenofilia que hace que muchos extranjeros, las más de la veces farsantes, desposen a las mozas de la mejor sociedad. Los criollos embobados por las mentiras y el falso prestigio de los extranjeros se dejan engatusar.

Manfredo, en el entretanto, encuentra un poderoso aliado, Teodoro Fierabrás, apellido que recuerda el famoso bálsamo curalotodo, que aparece en el Quijote y que promete poner coto a todos los males. Fierabrás le refiere las malas andanzas de Vanderloe, Manfredo le muestra la carta al hermano de Elvira. A poco el padre de Elvira don Herman, intrigado, pide informes sobre Vanderloe. Se entera de todo: Vanderloe es casado, tiene hijos, es un estafador. Herman no puede echarlo con cajas destempladas, porque le debe 3.500 pesos. Y entonces decide continuar la comedia: le reclama a Vanderloe la suma que le adeuda para dársela a su hija como dote y luego romper sus relaciones con el flamenco. Vanderloe retrasa la entrega. En la fiesta de compromiso de bodas, Herman y Manfredo conversan acerca del fraudulento pasado de Vanderloe. Herman está decidido a entregarle su hija a Manfredo, pero quiere recuperar su dinero. En medio de la fiesta, Vanderloe escucha entre cuchicheos la charla de Manfredo y el padre de Elvira. Decide matar a Manfredo y casarse con Elvira. Reta a Manfredo a un duelo; pero Manfredo no acude. Viéndose perdido, escapa a la isla de Martinica, la misma noche de la fiesta. Al día siguiente, se revela que Vanderloe engañó a don Herman y Elvira: Manfredo, orgulloso, renuncia al amor de Elvira y parte en busca de Vanderloe y de una nueva ilusión amorosa. Triste final, para Elvira y para su padre.

La novelilla es una reflexión sobre la xenofilia, que extrema sus consideraciones por los forasteros más allá de las conveniencias nacionales y le atribuye cualidades de nobleza a cualquier extranjero. La tramoya de la narración recuerda las novelas románticas: secretos, cartas, billetes perfumados, intrigas, revelaciones, bolsas de dinero, conflictos amorosos y trasfondo pérfido.

Sin duda estas tres novelillas en las que se echa de ver una prosa depurada constituyen el recorrido palimpsestual que le llevará años después a la creación de *Enriquillo*. Darlas a la stampa por primera vez nos parece una faena indispensable de todos aquellos que quieran penetrar en el conocimiento del extraordinario escritor y es un modo de enriquecer la literatura dominicana con una aportación que una vez desmenuzada se vuelve irrenunciable.

LA IDEOLOGÍA DE GALVÁN

Para Galván España significa la Madre Patria. –Es el punto de origen-. Punto de regeneración de una nacionalidad en la cual él ha perdido la fe: raza, cultura, lengua, todo volvería a ser lo que era o, cuanto menos, se recrearía. Se trata del mito de la Atenas del Nuevo Mundo en el cual La Española vivió un una época de esplendor; fue la cabeza de playa del Imperio español en América; su destino estuvo ligado a una gran nación. Además de la leyenda estaba el ejemplo de Cuba, cuyo progreso material rebasaba con creces el de la República independiente.

Las circunstancias eran las siguientes: La política de endeudamiento de Báez había conducido a más de una nación extranjera a intervenir las aduanas y puertos dominicanos en pos de sus acreencias; la pobreza extrema llevó a algunos grupos a pedir la intervención de Haití; las incursiones haitianas ponían en peligro la independencia de 1844 –Galván en sus escritos reseña varias, incluso luego de la Restauración-.⁶ La República estuvo vapuleada por una guerra sin tregua con sus antiguos dominadores; las guerras civiles entre los caudillos que monopolizaban la vida política tórnase en una sucesión permanente de asonadas, pronunciamientos militares y golpes de Estado –este comportamiento político puede observarse incluso después de restaurada la República-.

En estas circunstancias surge el proyecto de Anexión a la Corona Española, para Galván la Anexión debía traer consigo un flujo de capitales que condujese, por vía de consecuencia, al progreso material de la isla. Era éste el proyecto de los grupos dominantes; hateros y comerciantes: poner a resguardo sus propiedades de una posible caída de la joven República, y crecer económicamente al

⁶ En cartas y artículos Galván denuncia las incursiones militares haitianas. Unas con el objetivo de apoderarse nuevamente del territorio perdido, otras como las que suscitaron el acuerdo fronterizo del Presidente Jimenes con miras a negociar la demarcación fronteriza en posición ventajosa. Sobre este punto no se ha publicado aún ninguna monografía. Comprende el período de 1844-1907.

amparo de una gran potencia colonizadora. De ahí que la Anexión fuese vista por estos grupos como el retorno de la Edad de Oro.

La concepción que tiene Galván del hombre que participa en la vida política –según se entrevé en sus textos –es la del parásito político; declara la abominación de la política; busca la desaparición de los caudillos, la unidad monolítica en torno a un poder absoluto. Hablando de estos hombres Galván precisa:

“quieren ser gobernados por quien los deje vivir de la cosa pública”.

(El Oasis, 18-5-1856).

“Extraño es, sin duda, que en esta época de materialismo pecuniario y de camaleonismo refinado que haya quien sólo movido por el sano deseo de ser útil, se eche encima cargas pesadas”. (Idem.)

A esta estampa sobre los políticos, se añade la guerra civil permanente de los caudillos que se disputaban el mando.⁷

Contribuye todo esto a explicar el sentimiento pesimista que cala en toda su prosa. –El pesimismo se tornó en voluntad de anexionar el país-. – Es la ideología del vencido. – Es la incredulidad en las potencias del ser, la derrota. Por ello, el pesimismo apela a la intervención extranjera; busca salvadores, mesías extraños-...

En este punto el baecismo y el santanismo no se diferenciaban radicalmente. Desde el punto de vista de los sectores que ambos representaban, Santana, los propietarios de hatos; Báez, los comerciantes de las ciudades y los exportadores de madera. No puede hacerse una clasificación tajante, ni Santana concitaba todas las simpatías del sector hatero, ni Báez, todas las del comercial. Pero lo cierto es que ambos monopolizaban las fuerzas montoneras y el sistema de caudillaje regional que hacía las veces de poder sobre

⁷ Prueba de ello son estos comentarios publicados el 18 de mayo de 1856 en *El Oasis*: *“Con mucha frecuencia nos vemos ocupado en poner a los ojos de nuestros conciudadanos, el tristísimo bosquejo de un país entregado al desorden y a la anarquía, movido por la rebelión y el espíritu de partido, desconociendo, violando y atropellando el orden, los principios y la autoridad legítimamente constituida, para no regirse por otras leyes que las pasiones individuales de innobles amotinadores en cuyos pechos hierve la sed de mando y de venganza”.*

toda la población. La política del siglo diecinueve puede reducirse resumiéndola al obrar de estos dos caudillos que dirigirán de manera personalista, como césares absolutos, las formaciones políticas.

Ambos resumían, o, mejor, representaban el poder económico de aquella hora que eran los propietarios de medios de producción, bien sea el hato, el comercio, los bosques maderables. Ningún otro sector se le opuso, ni aquellos que vivían en situación de vasallaje con respecto a los primeros, ni los intelectuales que se habían cubierto de gloria durante la formación del movimiento independentista: Los "Trinitarios". El ideal duartiano,⁸ mentor de la independencia absoluta, no encarnó en ninguna formación política, ya porque la política, -concluida la Independencia- girará en torno a los grandes caudillos, bien porque Duarte, habiendo pasado la casi totalidad de su vida política en Venezuela, no influye en el grueso de la población, que conoce muy poco de sus ideas constitucionales, ni de su pensamiento; bien porque careciendo de liderazgo político para entrar en liza en pos del poder no podía representar a ningún sector, bien porque como militar no había adquirido prestigio -al igual que Santana- en la guerra contra Haití y, finalmente, porque tanto Mella como Sánchez, albaceas del ideal duartiano, entrarán en la palestra política bajo la atracción de los caudillos mencionados.

Ser político en ese momento histórico era ser baecista o santanista. Ambos bandos coincidían no sólo en representar el poder económico. Es decir, que ambos son pesimistas; desconfían del porvenir de la nacionalidad; no creen en la independencia. Los dos caudillos eran antiinstitucionalistas; manipulaban a sus anchas la justicia, lo económico, lo militar y lo político. Se trataba de un mismo poder cesáreo. Báez representaba la adhesión patrimonialista, carismática y paternalista; Santana, el heroísmo militar, el padre histórico -según sus parciales, tal Galván-

⁸ Se compone de las cartas e instancias que envió a sus albaceas políticos, los trinitarios. Así como de la Constitución que debía regir los destinos de la República independiente y de otros escritos. Ver en *Historia de las ideas en R.D.* (Pérez Memén) "Las ideas constitucionales de Duarte" (1989).

Ambos imponían sus dictámenes merced a las fuerzas y a las milicias que los respaldaban. En el caso de Báez, a partir de su segundo gobierno, cuenta con el prestigio que tenía un Francisco del Rosario Sánchez quien será su comandante de armas. Santana contó en su proyecto anexionista con la colaboración de Matías Ramón Mella y José María Cabral. Sea esto dicho sin ningún misticismo, toda vez que la historia no se escribe ni para adorar a los hombres totemizándolos, ni para desenterrar padres fundadores –canonizándolos–, sino para interrogarlos, para examinarlos. Según esto, ambos caudillos se repartían a la par las simpatías, alienaban la voluntad de las masas, ignorándolas por un lado, esto es, impidiendo su participación, toda vez que encarnaban una política personalista; y por otra parte, usándolas como instrumento, habida cuenta de que podían desencadenar guerras civiles –y en efecto lo hicieron– en nombre de una voluntad de poder envilecida, y combatiéndolas cuando éstas se resistían a obedecer sus designios.

Estos son los hechos y creencias en los que se fragua el pensamiento de Galván. Él creía que la historia la hacen los césares. Que el destino histórico del país podía ser resuelto por una vanguardia de ilustrados, concededores de las leyes históricas, vale decir, por una élite de esclarecidos, a la cabeza de los cuales estaba él. De ahí el proyecto de *El Oasis*, en su segunda época, y de *La Razón*. En estas publicaciones Galván racionaliza su compromiso con el anexionismo que arropaba a todas las formaciones políticas.

El pueblo enajenó su voluntad a la de los caudillos, y éstos que no creían en él, sino en sí mismos, en el culto a su propia personalidad, la vendieron –por un marquesado el uno, por un mariscalato, el otro–. En lo político, ambos creían que el modo de acceder al poder era la asonada, y ello obraría como modelo tradicional, carismático e ideológico en las formas de hacer política de todo el siglo XIX.

Galván entra a formar parte de la élite misionera. El hombre misión conjuga en un mismo haz al educador, al artista y al político. Martí y Sarmiento son dos modelos de subjetividad que atestiguan, perfectamente, de la realización de dicho esquema. Galván responde

antológicamente a este tipo de mito personal. Se trata de su teoría del compromiso. Por esas razones, hace las veces de legislador; enjuicia la sociedad tal como lo hacían los reformadores decimonónicos –según una moral del progreso constante–. Era éste el valor principal reivindicado por los grupos sociales dominantes.

Para Galván ser moral era servir al progreso, convertirse en su instrumento, vale decir, difundir las ideas positivas. Según esto, la historia obedece a una ley moral basada en el desarrollo material que debe suscitarse, incluso a expensas de la nacionalidad y de la soberanía.

Conforme a las creencias que cabe inferirse de su comportamiento y de su discurso el artista debe, –a la par de crear una retórica que lo defina como tal, de ahí su preocupación por la prosa como género literario– ser un medio de instrucción; entregarse a una causa política; encarnar en una misión. Ser útil. Y más que eso: ser instrumento del bien material, de la educación y del trabajo. En resumidas cuentas, subordinar su vida a estos valores supremos: utilidad y progreso. No se contentaba con contemplar y juzgar; su meta era actuar; no era espectador indolente de la historia. De ahí su compromiso con la Anexión. Dentro de estas creencias obró su pensamiento; se desarrolló su vida.

El fin y los medios. Tanto en Galván como en Gregorio Luperón vemos la presencia de una misma meta: la búsqueda de una cultura capitalista. Bien merced a la Anexión, bien merced a la inmigración,⁹

⁹ Se tiende a simplificar la política que propendía a atraer la inmigración extranjera acusando de racistas a sus propiciadores. El proyecto de Luperón, Bonó, Espaillat y otros no era pura y simplemente blanquear la raza. ¡Absurdo simplismo! sino pasar de una economía de subsistencia a una economía de gran industria capitalista –la azucarera– que llega a finales del siglo XIX en la cabeza de inmigrantes cubanos, españoles, italianos y curazoleños de origen holandés. Hoetink (*El Pueblo Dominicano 1850-1900*, Santiago, PUCMM, 1975) pone de relieve los aportes que estas inmigraciones hicieron al país. El día en que se haga la historia del comercio y la industria dominicanos habrá que poner sobre el tapete este factor. Hay aún ramas enteras del comercio en las que los inmigrantes o sus descendientes mantienen primacía: almacenes de ropa y de telas, supermercados, tiendas de zapatos... A principio de siglo observaba el escritor F. M. Moscoso Puello que el comercio estaba en manos de extranjeros (*Cartas a Evelina*, pp. 63-64).

el objetivo era atraer los capitales de una gran potencia extranjera por un lado y, por otro, los saberes que traían consigo los inmigrantes de las naciones desarrolladas. El fin era la religión del progreso; las medias muchas veces implicó la supresión de la soberanía dominicana.

Subyace en todo ello la creencia de que las naciones de la América hispana debían homologar su desarrollo al de las de Europa, de que existían leyes naturales en la sociedad en la cual emergía esa esencia anterior a nuestro nacimiento que obraban secretamente en el cuerpo social como una escatología, como un futuro inexorable, esencia de la cual no podríamos escapar: estábamos condenados a ser instrumentos de unos valores absolutos —el bienestar, el progreso, el desarrollo material que encontrarían su realización en nosotros mismos. Sin que nosotros aportáramos nada de nuestra identidad y para que tal destino se realice no había que escatimar medios. Por eso Galván pasa del desencanto de la política al compromiso, del pesimismo bufón al optimismo redentorista.

¿Hubiera podido este intelectual dominicano libertarse de la ingenua creencia de que el ritmo histórico obedece al bien, de que la Humanidad sólo *avanza* y nunca *retrocede*? ¿Hubiera podido liberarse del evolucionismo de la creencia en un *happy end* de la historia tan en boga incluso en el mundo actual? Sería pedirle demasiado.

Preso del determinismo que veía nuestra historia como una lucha entre la *civilización* y la *barbarie*, Galván pensó que el tiempo histórico era el despliegue lógico y moral de una razón bondadosa; pensó que el orden del mundo casaba, perfectamente, con el desarrollo de esa voluntad racional —no sabemos cuál ¿acaso hablaba de Dios?— que organiza todas las cosas según *La Razón*, la bondad y la justicia. Es decir, que para Galván lo importante no era la autodeterminación del pueblo dominicano, sino la civilización. Mas esta idea de la civilización en él era fruto de necesidades externas, fruto del sometimiento a las ideas que sobre el desarrollo material teníanse en la Europa decimonónica, fruto, en fin, de la creencia en un saber universal, efecto del etnocentrismo en el cual Galván permaneció encerrado, esclavo de su opio, sin poder emanciparse.

Lo que principió como una revolución positiva de los ideales de la Ilustración, al volverse contra las libertades de aquellos a los que este mesías pretendió salvar de la miseria y el abandono se convirtió en opresión política, económica, social e intelectual. Se tornó en conservadurismo, en despotismo ilustrado. Se apoyó incesantemente en un mito: “la ley del Progreso universal” para, ataviado de este ideal mesiánico, imponer su férrea voluntad de esclavo.

REFERENCIAS

- ALONSO SCHOKEL, Luis: *Estudios de poética hebrea*, Barcelona, Juan Flors, 1963.
- _____. *El estilo literario*. Madrid, Ega.Mensajero, 1995.
- BOSCH, Juan: *Composición social dominicana*, Sto. Dgo., Alfa y Omega, 1989.
- CASSÁ, Roberto: *Historia social y económica de la República Dominicana*, Sto. Dgo.,1989.
- CONDE, Pedro: *Notas sobre El Enriquillo*, Sto. Dgo., Taller, 1978.
- CONTÍN AYBAR, Néstor *Historia de la literatura dominicana* 4 Vols. San Pedro de Macorís, UCE, 1983.
- CONTÍN AYBAR, Pedro René: *Antología de la literatura dominicana*, C. Trujillo, Colección Centenario, 1944.
- DOMÍNGUEZ, Jaime de Jesús: *La sociedad dominicana a principios del siglo XX*, Sto. Dgo., 1994.
- El Oasis* (1854-1856) AGN.
- FRANCO, Franklin: *Historia del pueblo dominicano*, Sto. Dgo., Librería La Trinitaria, 1992.
- GALVÁN, Manuel de Jesús: *Enriquillo*, México, Porrúa, 1976.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Max: *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Sto. Dgo., 1977.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *Obra crítica*, México, FCE, 1960.

La Razón (1861.1864) AGN.

MARTÍNEZ, Rufino: *Diccionario biográfico histórico dominicano 1821-1930*, Sto. Dgo., Editora de Colores, 1997.

MESCHONNIC, Henri: *Critique du rythme. Anthropologie historique du langage*, Paris, Verdier, 1982.

MOYA PONS, Frank, *Manual de Historia dominicana*, Nueva York, Caribbean Publisher, 1981.

PEÑA BATLLE, Manuel A: *Ensayos históricos*, Sto. Dgo., Taller, 1989

RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: *Papeles de Pedro Francisco Bonó*, Sto. Dgo., 1964.

El pensamiento dominicano en el siglo XIX*

Toda la isla Española perteneció a la Corona de España de 1492 a 1697, fecha en que se firma el Tratado de Ryswick, mediante el cual España cede la porción occidental de la isla al Reino de Louis XIV. A partir de entonces comienza a desarrollarse la colonia de Saint Domingue, que llegaría a ser la más rica colonia de Francia, representando un tercio de todas sus riquezas, fundada en la producción de azúcar, en el tabaco y el añil. Así, desde antes de constituirse dos Estados independientes en ese territorio insular, se habían formado dos nacionalidades, diferenciadas radicalmente por la historia, por la lengua y por la estructuración social. A comienzos del siglo XVIII, había concluido en Santo Domingo el proceso de hispanización. Dos siglos fueron más que suficientes para cuajar la nacionalidad de una población unida por los intereses, por la lengua, por la historia y por la cultura. En ese punto y hora, según los censos de Marina de Francia, había en Saint Domingue 13.619 habitantes, distribuidos como sigue: 9.082 esclavos, 4.097 blancos franceses y 440 libertos. Durante todo el siglo XVIII se incorporarán a la colonia francesa grandes oleadas de población africana, llevados por una economía de plantación. En contraste, la porción española de la isla, en donde predominaba una economía de hato, se mantenía, rigurosamente, de su propio crecimiento demográfico.

Incitados por los acontecimientos de la Revolución Francesa, cuya Convención decretó la abolición de la esclavitud, estalla el

* Ponencia presentada en el Tercer Congreso de las Humanidades Centroamericano y del Caribe, celebrado en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, el 14 de julio del 2010.

22 de agosto de 1791 la rebelión de esclavos, que llevaría al poder a Toussaint Louverture, un esclavo calesero de la familia Breda. Un enseñoreado con el poder, Louverture, mantuvo el sistema de plantación, sin cortar los vínculos con la Metrópoli. En 1802, Napoleón Bonaparte decide ponerle punto final al paréntesis abierto por los acontecimientos acaecidos diez años antes. Tres factores gravitarán en el rotundo fracaso de dicha operación. 1. El 95% de las tropas napoleónicas fueron diezmadas por la fiebre amarilla, incluyendo al jefe de la expedición Víctor Emmanuel Leclerc; 2. la intervención de los ingleses a favor del alzamiento de esclavos y, finalmente, el bloqueo naval de las tropas acampadas en las islas del Caribe, llevó a las tropas francesas, acéfalas y menguadas, a capitular. Así, el 1 de enero de 1804 se proclamó la Independencia de Saint Domingue, con el nombre de República de Haití.

De este modo, comienza a obrar una dualidad política y social en La Española. Los fundadores del nuevo Estado no tenían unidad cultural, pues la mayoría de los esclavos hablaban lenguas diferentes y pertenecían a distintos grupos étnicos. Es decir, no constituían un grupo homogéneo ni estaban aptos para el gobierno propio. Las primeras medidas constitucionales del nuevo Estado planteaban una rivalidad geopolítica. Según dicha Constitución: “*la isla era una e indivisible*”. “*El imperio de Haití sólo reconocerá los límites del mar*”. En otra parte, se les prohibía a los blancos ser propietarios.

Inmediatamente se deducen dos elementos contrapuestos a los intereses dominicanos:

1. El nuevo Estado omite la existencia de los dominicanos como pueblo derechohabiente en la porción oriental de la isla, y pone en el ruedo el papel de la conquista, como proyección del nuevo Estado. En varios pasajes se pone el acento en el carácter total de su dominio. El artículo 18, dice así:

Forman parte integrante del Imperio las islas siguientes: Samaná, La Tortuga, Gonave, Cayemittes, Ile a Vacas, Saona y demás islas adyacentes.

2. Plantea, por otra parte, la imposibilidad de convivencia entre negros y blancos. Disposición que choca con la tradición ya

reinante en Santo Domingo, fundada en lo multirracial. El artículo 12 restringe el derecho de propiedad, fundado en el color de la piel. He aquí el texto constitucional:

Ningún blanco, cualquiera que sea su nacionalidad, podrá poner los pies en este territorio a título de amo o de propietario y no podrá, en el futuro, adquirir en el mismo propiedad alguna.

El artículo 14 del texto marras, esclarece el sentido paladinamente exclusivista del texto jurídico:

Los haitianos sólo serán conocidos en adelante bajo la denominación genérica de negros.

Con estas perspectivas, el conflicto geopolítico estaba servido.

Los dominicanos proclamaron la Independencia de Francia, en 1809. Posteriormente, en 1821, se promulga la Independencia de España. En vista de la debilidad y temerosos de una probable invasión de Haití, como la que ya se había producido durante el dominio francés en 1805, se declara, a la par, la anexión al proyecto de Simón Bolívar de la Gran Colombia. La actitud desdeñosa del Libertador de América del Sur, hizo que los haitianos ocuparan y dominaran Santo Domingo por 22 años.

El ejercicio de la actividad intelectual empalma con la fundación de la República Dominicana como Estado independiente de Haití, el 27 de febrero de 1844. Los acontecimientos desatados por el proceso de independencia produjeron el deslinde ideológico entre dos tendencias que dominarían la segunda mitad del siglo decimonono.

- La primera vertiente, representada por el fundador de la nación, Juan Pablo Duarte (1813-1876), se echa de ver en el esbozo de un proyecto de Constitución liberal, fundado en la Independencia del pueblo dominicano de la dominación extranjera, en la creación de un régimen republicano, sustentado en el derecho y en la separación de los poderes. E incluso en la creación del poder municipal que ni siquiera figura en nuestras modernas constituciones. En la cincuentena de años que va de

1844 a 1900, este florón fue reivindicado por el General Gregorio Luperón (1839-1897), hombre de armas y de letras, que, además, mantuvo una profusa correspondencia con Eugenio María de Hostos (1839-1903), maestro por excelencia de las primeras generaciones intelectuales, tras la etapa de independencia.

- La segunda opción la simboliza el anexionismo que, en vista de las dificultades para llevar a cabo la faena independentista, tomó carta de vecindad. El más importante intelectual comprometido con la Anexión a España fue Manuel de Jesús Galván (1834-1910).

En las descripciones que se hacen sobre el perfil de nuestras batallas intelectuales, se han echado al ruedo los sambenitos. Se moteja a los que fueron partidarios de la independencia sin cortapisas como liberales, y se tilda como conservadores, aquellos que apoyaron fórmulas que involucran la colaboración o la transferencia a otro Estado de la responsabilidad de mantener la defensa del país.

Nace este deslinde de la asimetría geopolítica entre los dos Estados que compartían la isla Española. De 1844-1856, el país enfrenta las campañas militares de la guerra dominico-haitiana, comenzada en La Fuente del Rodeo, el 10 de marzo de 1844 y concluida en Sabana Larga en 1856.

Dos ideales llevaron a los hombres de ambos Estados a los campos de batalla. El ideario haitiano expresado en la primera Constitución de 1805, vigente hasta 1874, omitía el derecho a la autodeterminación de los dominicanos, y mantenía en el candelero el derecho de conquista. La dominación haitiana de 1822-1844 era la expresión del deseo de anexionarse la porción oriental de La Española. Y el ideario dominicano, expresado el 6 de noviembre de 1844, proclama el deseo de autodeterminación del pueblo dominicano, y reconoce los límites de la soberanía al hablar de la frontera y renuncia a todo intento de conquista de la República de Haití. Esas dos vertientes constituyen la proyección geopolítica de los

dos Estados. Y sobre este escabel se construirá el ideario nacionalista, y podremos observar ambas tendencias del pensamiento dominicano en su *status nascendi* y en el teatro de los acontecimientos.

LA VISIÓN GEOPOLÍTICA DEL LIDERAZGO DE LA ÉPOCA

El anexionismo surgió desde antes de nuestra declaración de Independencia en 1844. Buenaventura Báez (1812-1884) quien fungía como diputado del Parlamento haitiano, en comandita con D. Tomás Bobadilla y Briones (1785-1855) estaban en negociaciones con los cónsules franceses para anexionar la parte oriental de la isla y la misma convicción se manifiesta en el caudillo Pedro Santana (1801-1864). Ambos personajes—Santana y Báez—monopolizarán la opinión nacional desde la fundación del Estado en 1844 hasta el momento de la Anexión en 1861. Ambos se alternaban en la Presidencia de la República, y constituían la manifestación de un caudillismo irracional. El influjo de Buenaventura Báez franqueó las lindes de la primera república. Se prolonga hasta los primeros seis años de la Segunda República (1864-1916). Báez gobernó de 1868 a 1874, intentando sin éxito anexionar el país a los EE. UU.

¿A cuáles conclusiones nos llevan estas maniobras? Si los hombres más influyentes proyectaban entregarle la soberanía de la República a una potencia extranjera desde antes de nacer, podemos inferir que ya campaba por sus respetos una ideal anexionista. El anexionismo no era cuestión de gustos, ni obedecía a caprichos antinacionales ni a una animadversión contra la Independencia, sino a los desafíos geopolíticos que enfrentaban los dominicanos:

1. Una formidable superioridad militar de los haitianos. En 1844, tras la declaración la población dominicana no rebasaba las 250.000 almas, mientras la población de Haití superaba los 800.000 habitantes. Los haitianos habían heredado los arsenales militares dejados por el ejército napoleónico, tras la fulminante derrota según se desprende de la obra *La Revolution de*

Saint Domingue escrita por el oficial francés Pamphile Lacroix. Por lo demás, al momento de la Independencia el ejército haitiano constaba con 50.000 soldados, mientras los dominicanos tanto en el ejército del Sur, como en el del norte, apenas sumaban unos 10.000 soldados.

2. El factor económico. Haití heredó el aparato productivo de una de las colonias más ricas del continente. En su obra inconclusa “El Estado haitiano”, Peña Batlle hace un retrato cabal de la colonia de Saint Domingue, poco antes de su Independencia: *“Si se quiere apreciar con exactitud el contenido de la economía de la colonia, son necesarios algunos datos estadísticos de la época. En 1789 existían en la parte francesa de Santo Domingo 451 establecimientos de azúcar blanca y 341 más que producían 93 millones de azúcar crudo. Existían 2810 plantaciones de café con una producción de 68 millones de libras y 3097 plantaciones de índigo, cuya producción llegaba a 1 millón de libras. El valor total de los productos exportados de la colonia se elevaba a 193 millones de libras tornesas por año. El monto de las importaciones que hacía la colonia de Francia y de los Estados Unidos era de unos 200 millones de libras. Se estimaba en 1000 millones de libras tornesas el valor de la propiedad privada radicada en la colonia. El movimiento comercial que todo esto representaba ocupaba más de 700 navíos franceses y extranjeros al año. Este enorme aparato de riqueza descansaba sobre una organización social muy característica: en 1789 vivían en la colonia francesa 40.000 blancos, 40.000 libertos y 600.000 esclavos”* (Peña Batlle: 1989, p. 152).
3. El tercer aspecto era el factor demográfico. Con una población cuatro veces mayor le hubiera bastado a los haitianos una simple ocupación del territorio dominicano para desdibujar las características esenciales de la incipiente nación dominicana. Estas circunstancias no se produjeron. Porque el régimen implantado por Boyer obligada a una adscripción a la tierra y era, además, régimen de trabajos forzados o *corvée*. Tal circunstancia contuvo en sus linderos a la población haitiana.

En los años de su predominio, Boyer prohibió mediante las circulares de 1824 y 1834 el empleo de la lengua española en

los actos públicos, en la enseñanza y en toda la correspondencia judicial, y su eliminación de la enseñanza (Núñez: 2005: 58, 66). Se repartieron grandes proporciones de tierra entre la soldadesca haitiana; se firmó con la compañía de J. Granville un acuerdo para la instalación de poblaciones de esclavos libertos estadounidenses en el territorio nacional. Los inmigrantes traídos por Boyer se instalaron en Samaná y en Puerto Plata. Basado en el conocimiento de estas realidades, Buenaventura Báez y Pedro Santana nunca creyeron que podíamos llegar a constituir un Estado independiente.

El anexionismo era la idea que había cuajado en aquellos hombres que vieron como algo totalmente descabellado que, en condiciones tan adversas, los dominicanos se enfrascasen en un proyecto independentista. El anexionismo no se proyectaba en menoscabo de la idea nacional, sino de la idea de Estado. En aquel punto y hora, muchas naciones se hallaban manejadas por Estados más poderosos, y ese proceso ha continuado. En 1947, al momento de fundarse la Organización de las Naciones Unidas, había una cincuentena de Estados independientes. En la actualidad, tenemos más de 180 Estados miembros.

La independencia dominicana obedeció fundamentalmente a la necesidad de supervivencia cultural. Los dominicanos debieron luchar por su independencia para no desaparecer. El sentimiento de comunidad diferenciada, comunidad de destino existía desde mucho antes de la ocupación haitiana, y ese sentimiento que no pudo ser desarraigado por los ocupantes, era el que servía de base, para actuar y buscar soluciones distintas de las que ofrecía el Estado haitiano.

De manera esquemática, imaginamos que hay una corriente conservadora, clerical, partidaria de la escolástica, que tiene como rival a otra corriente liberal, laica y secuaz del racionalismo. En el caso dominicano las fronteras entre liberales y conservadores son borrosas. Parejamente el mito de que el despotismo se halla asociado a un imaginario grupo conservador también se deshace en nuestro caso, pues la dictadura más despiadada, crimi-

nal y corrupta fue la encabezada por el general Ulises Heureaux (1845-1899), delfín político del prócer de la Restauración de la República y miembro conspicuo del Partido Azul. Durante su régimen oprobioso (1884-1899) los intelectuales que permanecieron en el país vivieron en un exilio interior, Hostos fue forzado a abandonar el país; el propio Luperón que había prolijado la carrera política y militar de Heureaux se exilió en la isla de Saint Thomas para poner a buen recaudo su pellejo. La dictadura del heredero del partido liberal de Ulises Heureaux concluyó con el magnicidio del 19 de julio de 1899.

¿CUÁL FUE, PUES, LA CULTURA QUE HEREDARON LOS PENSADORES DEL SIGLO XIX?

Antes de examinar el teatro en el cual se desarrollará el pensamiento decimonónico, resulta indispensable conocer el subsuelo intelectual de los pensadores. Esas formas heredadas del pasado que obran como grandes monumentos del presente.

Desde el comienzo de la colonización de La Española hubo intelectuales. Figuran, en primerísimo lugar, los historiadores esenciales de la Conquista: Bartolomé Las Casas (1474-1566), Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557). Y hubo, además, en la colonia en sus *status nascendi* escritores nativos: Francisco de Liendo (1527-1584); Cristóbal de Llerena (1540-1627); Francisco Tostado de la Peña (1598-1664); Jerónimo del Alcocer (1598-1664). Hubo dos universidades: la Santo Tomás de Aquino (1538) y la Santiago de la Paz (1540). Todo el saber en esos primeros siglos de formación se transmitió en los monasterios, en los claustros. Nuestros primeros intelectuales fueron monjes y clérigos. Las tres funciones en esa sociedad de tintes medievales: la intelectual y religiosa, la militar y la económica se hallaban trufadas por un ideal teocéntrico.

Pedro Henríquez Ureña observa en *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* el *status* de la Universidad: “*hacia 1786 tenía cincuenta*

doctores y unos doscientos estudiantes. Hacia 1801 se cerró, bajo los franceses. En 1815, bajo el nuevo régimen español, se reabrió como institución laica, al empuje de la ola liberal que venía de las Cortes de Cádiz (Henríquez: 1988: 210) Hay , pues, que deducir en vista de ello que todo estaba marcado por el molde escolástico. Se trataba de una sociedad conventual, y aun aquellos intelectuales que advinieron al mundo en el siglo XVIII -siglo de la Ilustración, siglo del esclarecido Carlos III y siglo de la formación de la colonia de Saint Domingue (1697-1791)-, tal el caso del Racionero Antonio Sánchez Valverde (1729-1790), Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1694-1768), Jacobo de Villaurrutia (1757-1833) y el filósofo Andrés López de Medrano (1780-1856) no lograron escapar al influjo monástico y religioso que precedió su formación.

Durante la dominación haitiana en 1822 la Universidad fue cerrada, al igual que todos los liceos de Haití. En esa etapa de oscurantismo quedaron como formas mondas en el ambiente, los moldes de pensar escolásticos. El conocimiento se concebía como mera verificación religiosa. Todo ese pasado constituye la tramoya de lo que vino después. Y era imposible omitir el peso muerto de tres siglos de tradición escolástica.

LOS TRES GRANDES ACONTECIMIENTOS QUE INFLUYEN EN LOS PENSADORES

Tres momentos se presentan en el teatro del pensamiento del siglo decimonono, con carácter de misión:

1. La preocupación por la continuidad histórica. O dicho más claramente: el nacionalismo posterior a la fundación del Estado dominicano de 1844;
2. La ruptura representada por las enseñanzas krauso positivistas de Eugenio María de Hostos; y
3. El deslinde ideológico planteado por las tesis antagónicas encarnadas en los idearios de Domingo Faustino Sarmiento y José

Martí, que, aparecen —tal ha demostrado Pedro Henríquez Ureña (*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*)— como telón de fondo de una sorda lucha entre “ el afán europeizante” y “ la energía nativa”.

Durante los cincuenta años que van desde la fundación del Estado en 1844 hasta los albores del siglo XX, se mantuvo como una preocupación constante entre los intelectuales dominicanos la preservación de la continuidad histórica del Estado nacional con relación a la República de Haití. Se expresa en el pensamiento del historiador José Gabriel García (1834-1910), cuyos compendios historiográficos lo convierten, a los ojos de la nación, en el padre de la historiografía. La inseguridad y la incertidumbre planteada por la existencia de dos Estados en un mismo espacio insular, y el hecho de que Haití había pasado de las fronteras históricas de Aranjuez que le suponen una dimensión de 21.085 km² a su configuración actual de 27.750km². Y todo ello, a expensas del territorio dominicano. Circunstancia que hizo nacer un pensamiento geopolítico, dedicado al estudio de nuestras relaciones con el vecino. A estos esfuerzos volcaron sus energías el poeta Enrique Henríquez (1859-1940) y el escritor Emiliano Tejera (1841-1923). Ambos son precursores de ese nacionalismo de base geopolítica, que tiene como meta esclarecer la demarcación fronteriza. Para esta avanzadilla, la nación era parte de un equilibrio de las culturas y de las poblaciones, que necesitaba de una frontera geográfica, territorio donde opera el gobierno propio; una frontera cultural, porque somos parte de una lengua, de unas costumbres, de unos orígenes y de una cultura distinta y una frontera histórica, que mantenga a los dominicanos leales a los resultados obtenidos en 1844 que señalan su independencia de la influencia haitiana. En esa misma tradición se inserta D. Américo Lugo (1870-1952), escritor, abogado e historiador quien se convierte en líder del Partido Nacionalista, durante el período de la ocupación estadounidense (1916-1924). Y, sobre todo, al historiador Manuel A. Peña Batlle (1902-1954), quien va mucho más allá del pensamiento geopolítico

de defensa de la linde fronteriza, explicada menudamente en su estudio *Historia de la cuestión fronteriza dominico haitiana* (1946), llega a la elaboración de una teoría de la nación dominicana, fundada en la cultura, en la tradición, en la lengua y en la historia. Concepción que aparece estampada en sus escritos posteriores *Ensayos históricos* y en *La isla de la Tortuga* (1945). Toda la estructura del nacionalismo que planteaba la lealtad al ideal de los próceres que fundaron el Estado en 1844, fue promovida durante el régimen que entra en liza en 1930. La dictadura de Trujillo emplea el nacionalismo para legitimarse, y presentarse como la continuidad de las gestas históricas anteriores. Tal circunstancia ha hecho que los intelectuales posteriores a 1960 se vuelvan antinacionalistas, que les parezca odiosa toda reivindicación nacionalista. Y, para crearle una leyenda negra aparece reducido a “antihaitianismo” y confundido con el prejuicio y la discriminación. En algunos casos, se llega incluso a criminalizar el ejercicio de la autodeterminación de los dominicanos.

La segunda etapa del pensamiento dominicano del siglo XIX fue la irrupción del positivismo krausista de Eugenio María de Hostos. A los 13 años, en 1852, Eugenio María de Hostos comienza sus estudios de enseñanza secundaria en Bilbao (España). Posteriormente, se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid. Allí entra en contacto directo con la filosofía krausista promovida por Julián Sanz del Río (1814-1869). En 1863, da a la estampa su novela *La peregrinación de Bayoán*, inspirada en las teorías del krausismo español. Los krausistas constituyeron una pedagogía fundada en la libertad de enseñanza de la ciencia, desgajada de todo influjo religioso; la incorporación de la mujer a las tareas educativas, porque era una porción esencial del todo, que constituía la Naturaleza y el Ser, de la conciencia en que radicaba Dios. El krausismo enseñado por Sanz del Río era deísta, planteaba la creencia en Dios sin intermediarios, y era, a la par, laico y anticlerical. En realidad, el krausismo hostosiano retoma el ideal de transformación enarbolado por los hombres de la Ilustración, cuyo influjo no había tenido, según confiesa el propio Ortega y Gasset, ninguna resonancia en España, que había hecho

tabula rasa del esencialismo del siglo XVIII, el siglo de Ilustración, sañudamente combatido por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, mentor del conservadurismo español. Y así quedó formulado el campo de batalla que dividirá a liberales y conservadores en el pensamiento español. Mundo en el que forjaron las vehementes creencias de Hostos, de donde resulta el carácter combativo, apasionado y doctrinal que trajo a su llegada al Caribe, donde creyó, a veces, imaginar las guerras de ideas en que habían naufragado sus condiscípulos, tal el caso de Giner de los Ríos.

Krause, filósofo de segunda categoría y de escasísima resonancia, maestro de Sanz del Río, era un pensador sectario, como todo el idealismo alemán, imbuido de sentimiento místico, de una religiosidad sin iglesia, que en no pocas ocasiones se nos presenta con ideas a medio pensar y zonas nebulosas. En muchos pasajes de Hostos, que sigue a pie juntillas las tesis de Sanz del Río, nos tropezamos con páginas embrolladas y conceptualizaciones místicas y borrascosas.

Sin embargo, el peso de estas prácticas pedagógicas, al igual que las batallas libradas por Sanz del Río y por su discípulo Francisco Giner de los Ríos, en Instituto Libre de Enseñanza en Madrid, fue decisivo para transformar la educación. La experimentación, la independencia de la enseñanza de la ciencia, la suplantación del dogma por la Razón, el abandono de los métodos que sometían al alumno a la rutina y a la memorización constituyeron una verdadera revolución educativa entre los dominicanos. En suma, si hacemos la comparación entre las carillas del krausismo de Sanz del Río y la obra de Hostos, hallaremos los mismos elementos: a) racionalismo, b) religiosidad, c) liberalismo, d) oposición al predominio del Estado y promoción de la sociedad civil, e) aparecía, además, una ética de la pedagogía que pregonaba la transformación del individuo, mediante la instrucción. Tras la Revolución de 1868, la gloriosa, que echó del poder a Isabel II, Hostos se traslada nuevamente a América, sin concluir sus estudios universitarios. Llega a Santo Domingo por vez primera en 1875, entabla estrecha amistad con el general Gregorio Luperón. En 1879 fija su residen-

cia en el país, y comienza, entonces, su prédica krausista. El 14 de febrero de 1880 principia sus labores la Escuela Normal. En 1881, inspirado en el propósito de Hostos, Salomé Ureña de Henríquez, la más importante escritora y poetisa del siglo, funda el Instituto de Señoritas, que haría las veces de Escuela Normal. Su fundación coincide, temporalmente, con la Fundación de la Institución Libre de Enseñanza en 1876. El 28 de septiembre de 1884 se efectúa la primera investidura de Maestros Normales. Eran seis los diplomados: Agustín Fernández, Lucas T. Gibbes, Arturo Grullón, Félix Evaristo Mejía, Francisco José Peynado y José María Alejandro Pichardo. El 17 de abril de 1887 se hizo la investidura de las primeras maestras normales, discípulas de Salomé Ureña de Henríquez (1851-1897): Mercedes Laura Aguiar, Leonor M. Feltz, Altagracia Henríquez Perdomo, Luisa Ozema Pellerano, Catalina Pou y Ana Josefa Puello. La labor periodista y oratoria no escaseaba, y era la ocasión para promover las ideas y el pensamiento positivista, que planteaba que, con un ejército de maestros, venceríamos el cretinismo, la ignorancia, la superstición y la barbarie.

Inmediatamente después la dictadura de Heureaux comenzó a tener ojerizas del libre ejercicio del criterio pregonado por Hostos, y se vio forzado a abandonar el país; se estableció en Chile en 1888. En 1895, la Escuela Normal cambió de nombre y de Plan de enseñanza. Las discípulas de Salomé Ureña de Henríquez fundaron Escuelas en las provincias del país. Tras la muerte de Heureaux en 1899 y la desaparición de su régimen nefasto, una liga de ciudadanos se asocian para hacerle venir al país. Hostos regresa meses después, el 6 de enero de 1900.

La tarea fue ardorosa en aquellos años; recorrió de cabo a rabo todo el país; y elaboró el proyecto de Ley General de Enseñanza Pública. Fue entonces cuando enfrentó las más ardientes oposiciones de parte de la Iglesia, encarnada en el padre Rafael Conrado Castellanos (1875-1934) y el periodista Antonio Alfau y Baralt (1867-1919). Hostosianos de la primera hornada eran Federico Henríquez y Carvajal y Enrique Deschamps, quienes fundaron el periódico *El Normalista*, para batallar a capa y espada por las ideas de Hostos.

El hostosianismo fue abandonado por varios de sus discípulos, que pasaron a otras escuelas y tomaron otros debates. En 1930, tienen primacía las enseñanzas de José Enrique Rodó, y los principios del arielismo, presentado por Pedro y Max Henríquez Ureña. El sentido de escuela se volvió agua de borrajas: Félix E. Mejía se mantuvo ligado a la enseñanza; pero Lucas T. Gibbes, Arturo Grullón y el más influyente de los discípulos de Hostos, Francisco J. Peynado, se desligaron de los objetivos de la escuela. Metido en las honduras de la lucha política, condujo el proceso de desocupación de las tropas estadounidenses en 1924, y murió en el exilio en París en 1933. El hostosianismo iba de capa caída en 1930. El gobierno estadounidense de la ocupación (1916-1924) implantó otros métodos de enseñanza, y sus discípulos dejaron el ruedo. En el presente muchos de sus analistas y exaltadores quieren convertir a este personaje del pasado en un precursor de sus batallas ideológicas del presente. Esta forma de traerlo de su contexto histórico en lugar de revelarnos su actuación histórica, la enmascara.

Nuestro siglo decimonono no escapó a los remezones desatados por la polémica de los dos grandes maestros de siglo XIX, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) y José Martí (1853-1898). El influjo de Sarmiento sobre la constitución y la formación de las nuevas naciones de la América hispana fue notable. Para el gran maestro argentino era necesario importar las instituciones de las zonas más civilizadas de Europa. De este modo se echaría por tierra la barbarie, forjadas en tierras americanas, que, con la corrupción, el caudillismo, la improvisación había hecho colapsar a las nacientes repúblicas. Esa visión se ponía de manifiesto en un programa que preconizaba, en primerísimo lugar, un rechazo al mestizaje. Entendía el autor que las razas no caucásicas traían consigo la barbarie. Esa barbarie radicaba, parejamente, en la herencia española, en el influjo judío e italiano. La avanzadilla de la civilización la habían alcanzado los sajones. Y, en vista de ello, Sarmiento tenía como una ambición civilizadora el fomento de la inmigración inglesa. De los indígenas que hallaron los europeos a su arribo a Argentina, Sarmiento escribe lo siguiente:

¿Lograremos exterminar los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría a colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios pijoños, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado (El Progreso, 27/9/1844), El Nacional, 25/11/1876, Buenos Aires).

Una buena porción de sus opiniones las había fraguado de su estancia como diplomático en Estados Unidos. Todas tenían como mira la transformación radical de Argentina. Habiendo llevado una vida accidentada por los avatares de la política que le deparó el exilio una vez; a la senaduría tres veces, a ser Ministro de Educación y a la Presidencia de la República (1868-1874), Sarmiento rompió lanzas por el ideal de la civilización. Pero el pensamiento de Sarmiento, de notable influjo en la educación y en el desarrollo, trasuntaba el conflicto en las sociedades americanas, y tendría fuera de su tierra natal una influencia sin parangón. Que, en el caso dominicano, se tornaba en infravaloración, en falta de autoestima, y en el pesimismo étnico. Veamos qué nos cuenta Sarmiento:

Si algo arguye a favor de los españoles, es que los salvajes, cuyos descendientes forman hoy nuestra plebe de color, hayan sido tolerados y protegidos.

Quisiéramos apartar de toda cuestión americana, a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia.

(Núñez, A: 1974)

Los *salvajes* son para Sarmiento los indios y los negros nacidos en América; la plebe, la descendencia de éstos. Desconfía el autor argentino de esos pueblos compuestos, según su ver, de elementos tan heterogéneos que no pueden acometer la hazaña civilizadora. Y, en vista de ello, desdeña en copiosos pasajes el papel desempeñado por la implantación española –vale decir, que él se autoexcluye de este esquema civilizador, pues era descendiente de españoles–. Y le

atribuye a España taras incorregibles que la hacen figurar a la zaga de toda Europa.

Influencia de Sarmiento se echa de ver en Moscoso Puello, en *Las cartas a Evelina*, en algunos ensayos de Federico García Godoy. De donde resulta que de tiempo en tiempo aparecían como tablas de salvación los proyectos de inmigración extranjera. Sarmiento entendía que la inmigración caucásica de prosapia sajona podía romper el nudo gordiano creado por la barbarie del mestizaje y de la convivencia con razas que él consideraba netamente inferiores.

La refutación de Sarmiento constituye lo esencial del legado que Martí nos deja en su ensayo “Nuestra América”. En su discurso, en el que solapadamente se dirige a Sarmiento, sin mencionarlo, lo llama “aldeano vanidoso” “*Estos nacidos en América que se avergüenzan porque llevan delantal indio*” “*Estos desertores que piden fusil en la América de Norte, que aboga en sangre a sus indios*”. “*No tienen fe en su tierra... porque le falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás*”. Y recomienda su expulsión: “*Hay cargar los barcos de estos insectos dañinos, que le roen los huesos a la patria que los nutre. Si son parisenses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan al Tortoni, de sorbetes*”. “*¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?*”

Y como un buen torero, acomete la estocada final contra Sarmiento.

El Gobierno ha de nacer del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.

Martí entiende que los pensadores al estilo de Sarmiento “*aspiran a dirigir un pueblo que no conocen*”. Y en vista de ello, plantea que “*los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en*

nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido". (Revista Ilustrada: 1891)

En Martí hay claramente una reacción anti eurocéntrica, sin desdeñar la aportación europea. Porque entiende que se imita demasiado y que la solución está en crear: 1. En rigor: en la mira de Martí, se visualiza la América hispana como una magna patria; 2. descarta como solución la importación de poblaciones y sistemas; prefiere el aprendizaje; es decir, la lectura crítica, no la de imitación y el tanteo, 3. excluye el pesimismo étnico que hallamos en las prosas de Sarmiento, en las que el mestizo, el indio y el negro son columbrados como obstáculos a la civilización; y, 4. mantiene reticencias paladinas ante la influencia y el poder del vecino del norte.

EUROPEIZAR LA REPÚBLICA

El pensamiento inspirado en Sarmiento lo representa Ulises Francisco Espaillat, periodista, escritor, que ejerció un notable influjo. Al igual que Sarmiento, hacía un soberbio diagnóstico de nuestras taras sociales; las atribuía a la mezcla racial, y tenía como modelo el desarrollo logrado por Estados Unidos. Pero hay más coincidencias: creía en la libertad de empresa, en el advenimiento de una élite regeneradora que organizara el país, que le rindiera culto a la justicia, a la instrucción de la población, que le pusiera punto final a las guerrillas intestinas. El objetivo era hacer retroceder la barbarie, para importar la civilización. Llegó a la Presidencia en 1876, por el Partido Liberal, en su gabinete figuraban las cabezas más capaces de todo el siglo XIX: José Gabriel García (1834-1910), Ministro de Instrucción y Justicia; Manuel de Jesús Peña y Reinoso, Ministro de lo Interior y Policía; Manuel de Jesús Galván, Ministro de Relaciones Exteriores, Mariano Cestero, Ministro de Hacienda y Comercio, y General Gregorio Luperón Castellanos; Ministro de Hacienda y Marina. El Gobierno ideal duró poco. Meses después de instalarse fue derrocado por una revolución dirigida por el general Ignacio María González y Santín. Para llevar a cabo

la propuesta de transformación social Ulises Francisco Espaillat propone la inmigración de aquellas zonas de mayor desarrollo: “*La inmigración nos sacaría de pena, como dice el vulgo. Creo que nos enriquecería, nos moralizaría, nos civilizaría —en fin Santo Dios— Que venga pues la inmigración cuanto antes.(...) a cultivar nuestras feraces tierras, y aun las estériles; a canalizar nuestros ríos; a hacer nuestros caminos, aun los más aéreos; a levantar palacios; a erigir soberbias catedrales, panteones, obeliscos y pirámides; a ejercer toda suerte de industria, menos la de juegos prohibidos, y a emprender todo género de negocios*”. (Espaillat: 1987: 121). El autor se opone al merengue por considerarlo inmoral; el sancocho, tachado de plato debilitante; objeta la pelea de gallos y a la gente que suele pasearse con un machete, empleado como arma en las riñas que se produce en las galleras. En resumidas cuentas: Espaillat propone una reforma de las costumbres; una regeneración de la cultura.

José Ramón López (1866-1922) era profesor de la Escuela Normal, pertenecía, pues, a las pesebreras hostosianas. Escritor, periodista, político; llegó a ser Senador de la República y por su oposición a la dictadura de Heureaux, a la que puso en solfa en un periódico de Puerto Plata, padeció cárcel en 1884. Y, posteriormente, salió como exiliado a Venezuela, donde ejerció parejamente el periodismo. A su regreso al país dio a conocer su ensayo *La alimentación y las razas* (1898). La tesis central de López es que la carencia de alimentación de nuestras masas las ha llevado a constituirse como una raza degenerada. Esto las conduce, cabalmente, a la improvisación, a la violencia y a la doblez. López es el que tiene mayor clarividencia en la observación sociológica. Hay una serie de temas que unen a los pensadores del siglo XIX. Es la creencia de que hay una forma de ser dominicano que obstaculiza el progreso. El problema nacional radica en el dominicano mismo. Este pensamiento penetra en Pedro Francisco Bonó, Federico García Godoy, en Ulises Francisco Espaillat, Francisco J. Peynado. A continuación enumeran esos males que han calado en el cuerpo social, según se deduce de las prosas de estos pensadores:

- El caudillismo
- El nepotismo
- El personalismo
- La imprevisión
- La violencia
- La anarquía
- El paternalismo
- El clientelismo

Una vez hecho el diagnóstico, surge entonces el problema de cuáles serían las soluciones. De qué modo había que zanjar estas dificultades que inficionaban la vida nacional. Y aquí se presenta el deslinde.

- Unos creen que la forma de solventar el problema es con el advenimiento de una élite regeneradora y esclarecida que condujese el proceso de reforma social, mediante la educación.
- Y otros creen que el factor esencial radica en una incapacidad étnica, racial. Creencia, por lo demás, común a todo el siglo XIX, en la que se confundía hasta hace muy poco *raza* y *cultura*. Que había rasgos que se hallaban asociados a la estructuración biológica del cuerpo social. Que para afrontar esos problemas empotrados brutalmente en nuestra sociedad, era necesario importar población que no tuviese esos rasgos, y que trajese, por su propia constitución racial, el ideal de organización, progreso y laboriosidad, que tenían ya las sociedades de donde procedían estos inmigrantes. Esta tesis se halla palmariamente expuesta en el pensamiento de D. Federico García Godoy, de Francisco J. Peynado (1867-1933), de Eugenio Moscoso Puello (1886-1959); podríamos conceptualizarla como un pesimismo étnico, la idea de que nuestra hibridez racial se constituiría como una muralla imposible de franquear, y que estaríamos, por esa fatalidad étnica, condenados al desorden, la miseria y el atraso social. Esa visión se prolonga en el siglo XX, y la vemos cabalmente expuesta en la obra *La comunidad mulata* (1967), de Pedro Andrés Pérez

Cabral (1910-1981), periodista de ideología socialista, exiliado en Venezuela durante la Era de Trujillo, quien sustenta la idea de que nuestra composición étnica nos introduce en patologías de infravaloración, falta de autoestima, adoración de lo extranjero, autodesprecio, y en una incapacidad para afrontar los problemas que nos atenazan como país con una visión optimista. Federico García Godoy (1857-1924), periodista, novelista autor de *La trilogía patriótica. Rufinito, Alma dominicana y Guanuma, El derrumbe* (1975) . En su intensísima faena periodística se echaron de ver los aspectos de su pensamiento.

Se partía de la idea de que la nación la dominicana era incapaz de levantarse de su letargo. Que las raíces de esa postración se hallaban en su propia cultura. Que la manera de superar esa “enfermedad” era la importación de población. Tesis que era espoleada, además, por la escasez de población que tenía el país. Y, desde luego, por el telón de fondo echado a andar por Sarmiento, según el cual había que elegir, *velis nolis*, entre la civilización, simbolizada por la europeización de la sociedad o la barbarie, que ya habíamos ensayado, y que radicaba en nuestro propio ser.

Digamos que el dilema planteado a esos intelectuales era semejante, salvando las distancias, al que hallamos en España a comienzos del siglo XX. Ortega y Gasset cree, a trancas y barrancas, que el problema del atraso de España sólo puede ser vencido con la europeización de España. España es el problema y Europa es la solución. Para Unamuno, en cambio, la solución radica en la vuelta al casticismo, a lo que habían sido las grandes hazañas realizadas por el genio español en el pasado. Y, por ello, lanza el grito de que inventen ellos.

García Godoy expone paladinamente el proyecto de inmigración de esa generación:

En el hibridismo de nuestro origen étnico residen los gérmenes nocivos que, fructificando con el tiempo, han determinado un estado social en gran parte refractario a un desarrollo de civilización efectiva y prolífica. De sangre indígena, de sangre quisqueyana tenemos bien poca cosa si es que poseemos

algo. Nuestra concreción étnica actual está integrada por sangre del blanco europeo de procedencia baja y maleante y del etíope salvaje y pleno de supersticiones febricitantes y fetichistas de sus selvas africanas. De estas dos descendencias tan distintas y desafines surgió un tipo colonial de aspectos precisos y definidos, pero poco capaz de evolucionar de manera gradual y metódica, hacia formas de vida social cada vez más progresivas y perfectibles. (García Godoy: 1975:55)

A seguidas, el autor, tomando como fundamento la propuesta realizada por Francisco J. Peynado, el más influyente de los discípulos de Hostos, se expone en la solución al problema nacional:

Hace muchísimo tiempo que como lo indica Peynado debió romperse abiertamente con la interminable serie de preocupaciones y de mentiras convencionales (...) preconizar sin componendas ni pataleos la manera de colocar el país en condiciones lo más propicias y ventajosas posibles de traer a nuestras playas numerosos emigrantes de raza blanca, fuertes y trabajadores, que es la única manera de acrecer considerablemente nuestra capacidad agrícola e industrial tan reducida y rudimentaria, y el único modo de haber puesto dique eficaz al desbordamiento sobre nuestro territorio de la plétórica población negra de la república vecina. (García Godoy: 1975:83)

Aunque estas ideas campan por sus respetos en los discursos, en las intervenciones periodísticas de Francisco J. Peynado, su libro al respecto vio la luz en 1909: *Por la inmigración. Estudios de las reformas que hay que emprender para atraer inmigrantes a la República Dominicana*. No haré la glosa de dicho autor porque, en líneas generales, sus ideas casan perfectamente con lo ya expuesto.

El propio Maestro de esa generación, Eugenio María de Hostos, propugnó por el fomento de la inmigración europea que trajera consigo hábitos y costumbres que transformasen la vida nacional. El prócer Gregorio Luperón Castellanos hizo gestiones en París para obtener que las oleadas de emigrantes judíos, rusos y alemanes se dirigiesen al país (Del Castillo: 1981: 19). Según esto: Hostos consideraba que en esa propuesta se tocaba el meollo: *el problema de los problemas y el único medio de resolverlos todos*.

Al examinar el pasado, se puede naufragar en cantidad de yerros, sí tratamos de exportar nuestras obsesiones del presente en esas mentalidades. Muy a menudo a Sarmiento se le hace pasar por las horcas caudinas, por consideraciones que era común a todo el siglo XIX, y se pretende echar por tierra una obra monumental de más de cincuenta volúmenes. En vista de ello, nos abstenemos de juzgar, y tratamos de comprender a secas el planteamiento. Porque era difícil hacer el distingo entre raza y cultura. Dichos conceptos para muchos autores sólo quedaron aclarados tras la conferencia de Claude Levi Strauss de 1967, en la Sede de la UNESCO. El gran antropólogo había mostrado que las razas constituyen algunas unidades muy restringidas, y que las culturas se representan por millares. No hay, pues, yuxtaposición posible. La raza es un dato biológico que no arrastra consigo la cultura. No constituye una tara para impregnarse de las más refinadas culturas creadas por las civilizaciones humanas. El hombre, por pertenecer a una determinada raza, no se halla encastillado en una metafísica esencialista, que le impida el progreso, la innovación, las artes y la ciencia. Las culturas humanas difieren entre sí, no tienen carácter de naturaleza, ni se hallan asociadas el hecho biológico; pero constituyen ellas mismas la personalidad de las naciones, y el pertenecer, y el proteger el derecho a la diversidad de culturas, constituye la proclamación del derecho a nuestra propia subsistencia cultural.

Dejemos de lado estos rodeos, y volvamos a nuestro corderillo.

¿CUÁLES FUERON LAS REPERCUSIONES DE ESTE PENSAMIENTO EN LA SOCIEDAD DOMINICANA DE LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO XIX?

Un acontecimiento externo: la guerra de independencia de Cuba (1878-1888) fue un espaldarazo a los proyectos de inmigración, columbrados como la tabla de salvación. De este modo, se produjo la inmigración de industriales, técnicos que operaban en la industria azucarera cubana. Fueron pioneros los cubanos: Joaquín

Delgado, quien implantó el ingenio La Esperanza; Evaristo Lamar, instaló el ingenio La Caridad; Juan Amechazurra, con La Angelina; Mariano Hernández, con San Isidro Labrador; Fermín Del Monte, con Jainamosa; Pedro y Solaun, con el ingenio Consuelo; Salvador Ross, con el Santa Fe. Los norteamericanos: Alexander Bass y Santiago Mellor, con los ingenios Duquesa y El Porvenir respectivamente. Los ingleses: Ricardo Hatton y Hachtmann y Stokes, con los ingenios La Concepción, La industria y San Luis. Y, finalmente, los hermanos Viccini y Cambiasso, de prosapia italiana, quienes atesoraron las mayores fortunas en torno a esta industria.

El comercio de exportación e importación se hallaba, de pronto, en grandes proporciones en manos de inmigrantes que introdujeron prácticas más dinámicas en los negocios; tenían conexiones con las casas compradoras del exterior. Esta inmigración de personas alfabetizadas, dotadas de conocimientos técnicos y de saberes, al derramarse en el país contribuyó copiosamente al desarrollo social e introdujo la cultura del industrialismo y gran comercio. Era la demostración de las tesis sustentadas por los seguidores de Sarmiento. Conjuntamente, con la misma, y en vista de que la nación dominicana se hallaba en aquel punto y hora compuesta esencialmente por campesinos y pequeños propietarios, se produjo la gran inmigración de obreros, la mayoría de raza negra, procedente de las colonias británicas del Caribe.

Hubo un desarrollo de las comunicaciones sin precedentes. En 1886, se inauguró el ferrocarril que uniría La Vega y Sánchez; se construyen fábricas de hielo, de fósforos, de pastas. Se construye el primer acueducto del país en 1889; se moderniza el cultivo del tabaco con la creación de fincas modelos. Arturo Pellerano Castro funda el periódico *Listín Diario*; en esa etapa vieron la luz numerosos centros de enseñanza; surge el telégrafo del sur, que conecta las ciudades de la franja con Santo Domingo. En 1896, se instala el primer alumbrado eléctrico de Santo Domingo.

Esta Edad de Oro de vinculación masiva con el mercado exterior que recibiría nuestras exportaciones industriales contrasta cabalmente con la inestabilidad política de 1865, fecha del nacimiento

de la segunda república hasta el segundo gobierno de Heureaux en 1887, ya convertido en dictador; desfilan, en apenas 17 años, unos 29 gobernantes. De 1899 a 1916 desfilan 19 gobiernos. Y esto nos da una desoladora imagen de la circunstancia política.

LA ENERGÍA NATIVA

Al confrontar las actitudes de los intelectuales *européizantes* con relación a los intereses del nacionalismo nos tropezamos con una circunstancia cuajada de paradojas. Muchos de los que propugnaron por importar los elementos de otra cultura son, además, los iniciadores del nacionalismo literario. Tal es el caso de Federico García Godoy, quien da a conocer tres novelas, inspiradas en los episodios historiográficos del siglo XIX: *Guanuma*, *Alma dominicana* y *Rufinito*. Con estas obras el autor se propone representar la vida nacional, desgajando aquellos aspectos en los que se echa de ver nuestro carácter nacional. El nacionalismo trata de buscar los orígenes, y para ello se remonta a la etapa de la conquista, planteando una ruptura con lo hispánico a partir del indigenismo.

Aun cuando la primera obra de corte indigenista, publicada en Santo Domingo, la composición poética “Maguana” data de 1840, no fue sino después de la Restauración de la Independencia dominicana frente a España, en 1865, que se inicia esta corriente romántica, que, a partir de la recreación del pasado, se trata de fundar una visión de la identidad. Su hermano Alejandro Angulo Guridi (1822-1866) publicó en Cuba, en 1843, la primera novela de tema indigenista, *Los amores de los indios*.

Pero estas dos obras precursoras no lograron constituir la llama de lo que podría llamarse el movimiento indigenista de la Segunda República.

En 1876, Javier Angulo Guridi publicó *La Ciguapa*, había escrito en fechas anteriores el drama *Iguaniona*, que no sería publicada hasta 1881. A la zaga de este, el poeta José Joaquín Pérez dio a las prensas *Fantasías indígenas* en 1877; pero la obra clave de todo el

período indigenista se debe a Manuel de Jesús Galván (1834-1910), *Enriquillo*, recibida de forma encomiástica por José Martí como una obra que debía pertenecer a toda nuestra América. Es la novela más importante del siglo XIX dominicano, y es considerada una obra maestra. De los 25 a los 30 años, Galván sirvió a los propósitos de Anexión a España. Posteriormente quedará ligado a lo que sería el Partido Liberal, formando parte del Gobierno de Ulises Francisco Espaillat, de quien escribirá una ardorosa defensa. Posteriormente, se produce en él un reacción contraria, y trata de encontrar las raíces de lo autóctono en la rebelión del último cacique indígena, que tras permanecer rebelde a la Corona de España de 1519 a 1534, se retiró a las montañas a ejercer el mando con gobierno propio y obtuvo el primer tratado de paz refrendado entre el enviado de Carlos V. D. José Barrionuevo y el cacique de la Maguana. Galván evita caer en las generalizaciones de la leyenda negra y trata de dar una visión imparcial de la vida del infortunado cacique. Hubo otras obras de menor importancia dadas a la estampa por intelectuales influyentes como *Guarocuya o el monólogo de Enriquillo*. En 1901, Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935) publicó dos poemas en prosa evocando la figura del cacique Cotubanamá.

Al cabo de diez años de publicarse *Enriquillo* se da a conocer otra novela que trata de retratar las costumbres y ámbitos nacionales. Se trata de *Baní o Engracia y Antoñita* de Francisco Gregorio Billini, intelectual, político, que llegó a ocupar la Presidencia de la República. Retoma Billini el hilo de Ariadna de la novela *El montero* de Pedro Francisco Bonó y de *Nisia* de José Ramón López y Lora (1866-1922). Esta obsesión por fundar una literatura nacionalista, de temas patrióticos o de temas criollos, queda cabalmente desarrollada en la poesía de Salomé Ureña de Henríquez (1851-1897), José Joaquín Pérez (1845-1900), Gastón Fernando Deligne (1861-1913), Arturo Pellerano (1865-1916), Manuel Rodríguez Objío. Y en menos de cincuenta años se produce un cambio de sensibilidad y de perspectiva.

Para completar la misión del nacionalismo, Emilio Prud Homme (1856-1932), discípulo normalista de Hostos, escribe el Himno Nacional y José Reyes (1835-1905) compone la música.

Todo este esfuerzo alcanza su cenit, con la publicación del *Compendio de historia dominicana* de José Gabriel García (1834-1910). Había sido militar de la guerra de Independencia, y conocía al dedillo los acontecimientos que narra. Es una historia de la defensa de la nación, y a partir de él, se fragua un pasado oficial para el nuevo Estado. La historiografía de García mantendrá su vigencia por más de ochenta años. Parejamente Casimiro Nemesio de Moya (1849-1915) publicó un “Mapa de la Isla de Santo Domingo”, un “Bosquejo histórico del Descubrimiento y Conquista de la isla de Santo Domingo” y, además, una “Historia de Santo Domingo”. Y Antonio Del Monte y Tejada había publicado igualmente en los años postreros del siglo una “Historia de Santo Domingo”.

BALANCE SOBRE LAS DOS PERSPECTIVAS

Las dos posiciones, la de Sarmiento y la de Martí, aparecen hermanadas, tal como había advertido Pedro Henríquez Ureña en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*: “*apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No sólo será ilusorio el aislamiento —la red de comunicaciones lo impide— sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental*”. (Henríquez: 2003: 413)

El plan liberal, a cuya cabeza se hallan las ideas de Hostos y, muy particularmente, las de Sarmiento, consistía en primerísimo lugar lograr una laicización de la sociedad, cosa en el caso dominicano que había empezado ya en la propia clerecía, pues había una buena porción de clérigos que eran, a su vez, masones. Porque el clero, como decían los provinciales, o no tenía buena formación, o solapadamente, en su gran mayoría, no cumplía los votos de celibato. En segundo lugar, expandir la enseñanza pública. Y, en tercer lugar, construir un Estado moderno, que fomente la industria, la agricultura, las infraestructuras y el desarrollo de la sociedad.

Puede decirse que toda la generación de intelectuales que obró en el siglo XIX tenía la idea de que había que expresarle lealtad a la gesta de la Independencia de Haití. Por causas de nuestra propia formación nacional, el nacionalismo fraguado en la defensa se mantiene vigente, y es una visión que se columbra cabalmente durante el siglo XX. La idea del equilibrio: Haití puede deshacer los resultados, si se produce un ingreso masivo de haitianos en nuestro territorio, si se vuelve un país inviable, y entonces nos transfiere sus ancestrales problemas. Nace, a partir de esas premisas, un nacionalismo vivo, del esfuerzo constante y trufado de miedos. Si tomamos en cuenta la cantidad de artículos, estudios y libros sobre la cuestión fronteriza, llegamos a la certidumbre de que hemos encontrado una preocupación que trasciende las lindes temporales del siglo XIX, ocupa buenas porciones del siglo XX y se expresa, con igual intensidad, en el siglo XXI.

El esfuerzo emprendido en los últimos cincuenta años del siglo XIX fue notable. Se cumplieron algunas metas de modernizar a la sociedad; surgió una escuela que no se hallaba metida en las mancuernas de la Iglesia; se construyó una identidad literaria de la nación dominicana; comenzaron muy endeblemente las faenas de la regeneración; se logró incorporar a la mujer a las tareas de la enseñanza y de la vida pública. Todas esas conquistas fueron ensombrecidas por el ejercicio de la dictadura de Ulises Heureaux (1877-1899), quien implantó un régimen intolerante, de corrupción, de crimen político y de persecución que llevó al exilio a Hostos, Luperón, a D. Francisco Henríquez y Carvajal, Américo Lugo; trajo la bancarrota del comercio de exportación y sus manejos inescrupulosos quebraron el Banco Nacional; los préstamos nos condujeron a la intervención extranjera de nuestras aduanas. Ulises Heureaux era la principal figura del partido liberal, después de Luperón; echó por tierra todas las ambiciones del partido liberal.

LOS INTELLECTUALES

La labor intelectual del siglo XIX fue representada por hombres que a la par de ser escritores y periodistas, también eran políticos u hombres públicos. Es decir, individuos que aparecen azacaneados por responsabilidades políticas o públicas, y que se han dado por misión intervenir en las circunstancias que afectan el porvenir de la nación. Esa intervención la hacían como actores, como consejeros del poder o como opositores de ese mismo poder.

Si bien los intelectuales aparecen subordinados a un proyecto político o afiliado a una camarilla en el poder, también tenemos ejemplos, no muchos desafortunadamente, de intelectuales que exhiben una cierta independencia de esos poderes, sin que llegasen a constituir formalmente como un contrapoder. Tal el caso del escritor Pedro Francisco Bonó (1828-1906). Depositario de un saber y de reconocimiento en una sociedad tradicional. Y luego tendríamos los intelectuales *orgánicos*, que tendían a defender posiciones políticas, ejercer la persuasión social con miras a legitimar o deslegitimar la acción política, es decir, a comprometerse con una política de partido.

En toda esta pléyade de hombres había tres formas de influir:

- El periodismo, que constituía el canal de comunicación con las poblaciones de todo el país; la mayoría fueron colaboradores o directores de periódicos.
- La oratoria, que era el vehículo para transmitir las ideas a las grandes poblaciones iletradas y obtener el favor político desde los púlpitos de los ateneos, casinos, plazas públicas, mentideros, al través de tres métodos la conferencia, la arenga pública o la tertulia.
- La actividad política, por su relevancia, la mayoría de estos hombres ocuparon puestos públicos. Todos llegaron a ser ministros de Estado, y eran parte de un sacerdocio secular. Eran miembros prominentes de la élite política.

LA INTELLIGENTSIA DOMINICANA DEL SIGLO XIX

- Javier Angulo Guridi (1816-1884)
- Alejandro Angulo Guridi (1823-1906)
- Ulises Francisco Espaillat (1823-1878)
- Pedro Francisco Bonó (1828-1906).
- Manuel de Jesús Galván (1834-1910)
- Emiliano Tejera (1841-1923)
- Padre Fernando Arturo de Meriño (1833-1906)
- José Gabriel García (1834-1910)
- Eugenio María de Hostos (1839-1903)
- Francisco Gregorio Billini (1844-1898)
- Federico Henríquez y Carvajal (1848-1951)
- César Nicolás Penson (1855-1901)
- Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935)
- Federico García Godoy (1857-1924)
- Enrique Henríquez (1859-1940)
- Eugenio Deschamps (1861-1919)
- José Ramón López (1866-1922)
- Francisco J. Peynado (1867-1933)
- Américo Lugo (1870-1952)

LOS MÁS INFLUYENTES

No hemos sido creadores de un pensamiento completamente desgajado y autónomo de las polémicas amadrigadas en su época. Nuestros pensadores ejercieron un pensamiento de epígonos. Las raíces de ese pensamiento van desde una toma de conciencia del legado de la Ilustración, a la entrada en el krausismo, del cual Hostos fue el introductor; y de las ideas que, en América, habían barajado el gran ensayista argentino Domingo Faustino Sarmiento y el libertador espiritual de Cuba, José Martí. Son estas referencias las que pueden indicarnos los derroteros que había tomado el pensamien-

to nacional. La gran batalla política librada en el siglo XIX, tras la Restauración de la Independencia, fue la llevada a cabo contra los ensayos de anexionar el país a los Estados Unidos, tarea en la que se empeñó el Presidente Buenaventura Báez. Que no concitó el apoyo de intelectuales, y desencadenó la Revolución de los Seis Años, encabezada por Ignacio González Santín en 1874. Los intelectuales más penetrantes en el siglo XIX fueron Manuel de Jesús Galván (1834-1910), Eugenio María de Hostos (1839-1903), el Padre Fernando Arturo de Meriño, José Gabriel García (1834-1910) y Pedro Francisco Bonó (1828-1906). La gran utopía de estos intelectuales era tratar de obtener estas transformaciones, echando de lado el despotismo, partiendo de la idea de que con la persuasión, la educación, fabricaríamos el hombre necesario para refundar nuestras sociedades. El siglo XIX se extingue para nosotros en 1930. En 1924, se da por terminada la ocupación del país por parte del Ejército estadounidense; se restaura un gobierno propio. Todas las grandes creencias y las grandes ilusiones fueron deshechas por el triunfo del despotismo que principia en 1930. El 21 de enero de 1931, Max Henríquez Ureña lanzaba la clarinada de un ideal que ponía en capilla ardiente la utopía hostosiana, los sueños de varias hornadas de generaciones liberales. “ *Hubo un Gobierno que creyó haber realizado ese sueño... (el de una revolución pedagógica) Soñó con un ejército de maestros y olvidó que ese ejército de maestros necesitaba, para realizar su función civilizadora, ser respaldado por un ejército de soldados. Los fenómenos sociales no pueden cambiar de golpe por la voluntad o el capricho de un espíritu generoso. (...) Para realizar una obra civilizadora de Gobierno no basta la bondad de la obra misma; es necesario que la respalde una fuerza material como la de los cañones, frente a los eternos enemigos del orden social.* (M. Henríquez Ureña: 2002: 16:28). En 1952, Manuel Arturo Peña Batlle refrendó esa misma perspectiva. He aquí sus palabras: *El único esfuerzo plausible de transformación se redujo a la utopía de una revolución pedagógica que proporcionara, demasiado lentamente, los elementos indispensables a una futura transformación política. Aquello no tuvo tangencia apreciable con la estructura social del país, y fracasó ruidosamente. No es que sin escuelas pueda lograrse la conquista de ningún programa social, sino que la escuela misma tendrá que ser siempre el resultado de otras superaciones.*

No puede haber escuela útil donde no haya riqueza, donde no haya orden y donde la paz no sea un factor permanente de trabajo colectivo. (Peña Batlle: 1955: 193) Triste alborada para un comienzo de siglo. Un siglo de falaces redenciones y de totalitarismos inútiles. ¿ Por qué tantos intelectuales creyeron que suprimiendo la libertad, y entregándole el poder del Estado a una casta de iluminados, podían redimir a las sociedades? Tres líneas de pensamiento han entrado al ruedo en los últimos cien años. El liberalismo de nuestro siglo XIX, de gobiernos efímeros y utopías fantasiosas quedó eclipsado rotundamente por el pensamiento tradicional. El predominio de este último produjo la resurrección de los hábitos de caudillismo, que alcanzaron su cenit en la dictadura de Trujillo. Experiencia intelectual que trato de desmenuzar en *Peña Batlle en la Era de Trujillo* (2008). Y, finalmente, no puede desdeñarse el influjo del discurso marxista que, aun cuando no se ha enseñoreado con el poder político, irradia en la educación, en las percepciones del mundo y en las mentalidades.

REFERENCIAS

- Manuel A. PEÑA BATLLE (1989): *Ensayos históricos*, SD, Editora Taller.
- Apolinar NÚÑEZ (1974) : *Antología del pensamiento hispanoamericano*, SD, UCMN.
- Pedro HENRÍQUEZ UREÑA (2003): *Escritos políticos, sociológicos y filosóficos*, SD, Secretaría de Estado de Cultura.
- Ulises Francisco ESPAILLAT (1987) : *Escritos de Espaillat*, SD, Sociedad Dominicana de Bibliófilos.
- Federico GARCÍA GODOY (1975) : *El Derrumbe*, SD, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- José DEL CASTILLO (1981) *Ensayos de cultura dominicana*, SD, Museo del Hombre Dominicano.
- M. HENRÍQUEZ UREÑA: “Evolución de las ideas políticas en el pueblo dominicano”. Confróntese *Los orígenes de la ideología trujillista*, SD, 2002, pp.16-28 . Diógenes Céspedes editor.

José ORTEGA y GASSET (1989): *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Cátedra Letras Hispánicas.

Manuel A. PEÑA BATLLE (1955): *Política de Trujillo*, SD.

El ensayo dominicano en el siglo XX*

En el siglo que llega ahora a su ocaso, el ensayo ha sido la forma casi exclusiva de expresión del pensamiento dominicano. En otras partes, la oratoria socrática ha desempeñado ese papel: en la Cuba de José Martí, en el Perú de José Carlos Mariátegui. Sin embargo, en nuestro país la oratoria se ha utilizado para exaltar las pasiones de las masas populares con el llamado discurso de barricadas; para transmitir informaciones y saberes con prosa de pedagogo o de maestro, y para enmascarar el pensamiento como hicieron los trovadores y declamadores de la dictadura de Trujillo. En los dos últimos casos, nos encontramos con una prosa grandilocuente, preocupada más del espectáculo y los derroches de facundia huera, que de los razonamientos y de las argumentaciones blindadas, que son la señal de que estamos ante un hombre de ideas.

El ensayo dominicano tampoco se expresa en tratados, manuales, tesis universitarias, disertaciones, informes, en los que, por lo general, se enumeran, se clasifican, se compilan, se cuantifican con prosa de sociólogo o de historiador, las informaciones y los saberes. No son los expertos o los especialistas los autores de ensayos, pues ellos zozobran en la especialización que los reduce a una estrechez de miras, que le hace perder contacto con una interpretación integral de la sociedad. Se trata

* Publicado en noviembre de 1999 en el periódico *El Siglo*. Posteriormente, fue incluido en la obra colectiva *Cultura y sociedad en la República Dominicana del siglo XX* (Santo Domingo), Editorial El Siglo, 2000. Editor: Juan Daniel Balcácer.

de individuos que conocen porciones de un determinado saber; y que en todas las demás tienen la formación de un verdulero, pero actúan con la arrogancia que les da el prestigio de la ciencia a la que sirven.

La diferencia esencial entre el ensayo y las prosas del tratadista, fue columbrada por Ortega y Gasset. Los tratadistas le cuentan las cerdas al rabo sin desollarlo. El ensayo, en contraste, explica, expone, argumenta, refuta, duda, especula, evalúa. El tratadista se encandila muchas veces por la apariencia de ciencia que tienen sus escritos. Es una estampa en la que aparecen notillas, apostillas, comentarios, citas al pie de página, titulillos, infografías, cuya meta es transmitir la idea de que lo que se escribe puede ser creído a pie juntillas. Pero en el ensayo lo que se deja entrever es la opinión del autor, los datos de la experiencia, la actitud ante el hecho. El ensayo no está encorsetado a convenciones estilísticas ni naufraga en terminologías ampulosas...

Pongamos como muestra el caso ejemplar del ensayo histórico *La isla de la Tortuga* de Manuel A. Peña Batlle, escrito en 1951. Se trata de un libro que bucea en las historias relacionadas y simultáneas: el mundo europeo y el Caribe de La Española. La historia de los conflictos religiosos, la España teocéntrica del siglo XVI y XVII y la Europa protestante, representada por los Países Bajos, Inglaterra; el autor incluye entonces el teatro de la historia factual, las incursiones de los bucaneros y filibusteros y toda suerte de piratas en las cercanías de la Española en el siglo XVII. La obra es, además, una historia geográfica, la necesidad de sabotear el dominio de los mares al imperio español que tenían las potencias protestantes y de hacerlo en sus cabezas de playas instaladas en las islas del Caribe. Es, sobradamente, una historia militar, pues del resultado de las refriegas entre España y Francia nacerá la colonia de Saint Domingue, en el siglo XVIII, y a finales de ese siglo, y comienzos del XIX, la República de Haití. También es historia diplomática: historia de los tratados y de los acuerdos, que iban a decidir la ruptura de la unidad de La Española, en el Castillo de Ryswick, en 1697. En copiosos pasajes se nos revela como una

historia de las ideas; penetra en los hontanares de la mentalidad de la época. El autor no se circunscribe a narrar, a contar anécdotas, a clasificar los acontecimientos y obrar como un arqueólogo o como haría cualquier historiador, sino que mete las sondas en unos fines que rebasan las fronteras de la descripción; para constituirse en un poderosísimo argumento contra la historia mitológica escrita por el historiador haitiano Jean Price Mars, según la cual Haití tenía una historia colombina; y su nacimiento era parte integrante del Imperio español y por lo mismo, el indigenismo del que hacen galas los haitianos casaba perfectamente con el origen de su colonia. Por eso la obra de Peña Batlle trasciende la descripción historiográfica, y se transforma en un ensayo.

Lo que caracteriza al gran ensayista es, en primer lugar, reunir un amasijo de datos, documentos e informaciones que escoltan sus tesis y afirmaciones; tener un propósito definido de demostrar una tesis, mediante una interpretación que no ceda a las tentaciones de monsergas que suplanten, como ocurre en los intelectuales jesuíticos, la verdadera expresión del pensamiento. El ensayista descubre, duda, dialoga, sin mancuernas que castren el fluir de las ideas, sin camisas de fuerzas.

En el siglo XX, el ensayo se ha concebido como una operación de revelación de la identidad nacional. Esa fue la propuesta que nos hizo a comienzos de siglo Federico García Godoy, en *El Derrumbe*, en 1916. Posteriormente Francisco Moscoso Puello, en las *Cartas a Evelina* desmenuzó en un drama de ideas, los prejuicios y fantasmas de nuestra mentalidad. Esa antorcha ha sido retomada por Federico Henríquez Grateraux, autor de *El Ciclón dentro de una botella*, en numerosos ensayos publicados en periódicos y revistas. Memorable resulta en *La conjura del tiempo* de José Rafael Lantigua, que introduce un orden en la interpretación de la microhistoria, un balance de lo que ha sido el pensamiento dominicano y nos propone una síntesis de interpretaciones sobre el carácter nacional. Andrés L. Mateo enjuicia a los intelectuales a partir de su comportamiento durante la dictadura de Rafael Trujillo (1930-1961) y establece las jerarquías de valores en las que vivimos durante ese

período: la concepción de la nación, del Estado, de la cultura y el ideal de progreso con que se impregnó la dictadura. Danilo Clime, en un ensayo de hallazgos gloriosos, nos reconstruye e interpreta uno de los monumentos más perennes de nuestra mentalidad: el caudillismo. En esa misma tendencia, Frank Moya Pons, en *El pasado dominicano* desmenuza las creencias que han obrado en nuestra acción y descubre las vislumbres, como antes lo hicieron los viejos arqueólogos, de los elementos de nuestra mentalidad, desde los tiempos de la primera República hasta el siglo XX.

No voy a multiplicar los ejemplos. Pero lo que ha quedar en claro, es que en todos estos ensayistas, la reflexión no se produce *ex nihilo*, sino que trasciende los primeros balbuceos e informaciones sobre el tema tratado, para, a partir de estas síntesis, hacer nacer una meditación. Ejemplares resultan en este sentido, los ensayos del libro *El manejo del poder* de Leonte Brea, en el que bajo palio de una erudición y una información enciclopédicas que le sirve de escabel, el autor se deja arrastrar por sus propias intuiciones, por la voluntad de definir los datos de su experiencia, y trata de interpretar con nuevos conceptos los ejemplos de las nuevas realidades incluidas en su colimador. Brea se sitúa en las fronteras del tratado y del ensayo. Ha sido una tentación permanente en nuestros escritores el decidirse por un abrumador envoltorio de informaciones, antes que tomar los derroteros de la interpretación y de la libertad expositiva. Señal de que la actitud hacia el ensayo, aun en aquellos que se precian de ser sus cultores, es un momento efímero en las obras de nuestros críticos literarios, de nuestros historiadores y sociólogos.

En estos hombres de ideas campa por sus fueros: el amor por la libertad espiritual; ninguno padece los rigores de las camisas de fuerzas del doctrinarismo; en todos se expresa la aventura, el deseo de innovación; ninguno se ha creído la superstición de los antiguos revolucionarios, que se imaginaban como poseedores de una lumbre divina, irrefutable. Ninguno calza la librea de los monaguillos de Carlos Marx. Esa necesaria demostración de independencia y soledad, que hace nacer la reflexión de los desiertos y poner flores de fe en el destino de la razón, es lo que que convierte al ensayo en una hazaña.

Sin embargo, sobre los particularismos del ensayo en este siglo XX habría que hacer un deslinde. Buena parte de los ensayos son, en más de una ocasión, barruntos y conjeturas intuitivas, que no están lo suficientemente blindadas a los reparos que pueden perfeccionarla ni a las salvas de insultos de sus adversarios. Otra parte queda encastillada en una torrentera de lirismo, que convierte las más enjundiosas reflexiones en choteo, chirigota o sarcasmo. En esos autores más que una exposición de una inteligencia clara, nos topamos con individuos que quieren ultrajar la inteligencia de los lectores del periódico.

En casos aún más sorprendentes, nos tropezamos con verdaderos impostores, carreteros de ideas ajenas, mal hilvanadas, mal digeridas y, algo imperdonable en un ensayista, mal expresadas. En estos casos, lo que vemos son fraseologías altisonantes, cotilleos de baja estofa, gacetillas que se destacan por su tendencia a los escándalos.

En último término, hay otros dos modelos de prosa que degradan parejamente el género. El primero, el ejercido por individuos que tienen mentalidad de pastor protestante y se proponen defender con espíritu de juez inquisitorial las doctrinas políticas o ideológicas o estéticas congeladas en su cerebro. En muchos casos, el ensayista de marras, queda incomunicado del resto de los lectores por un hermetismo terminológico; las ideas no se han descomprimido; se les encasquillan los argumentos; las terminologías son parte de un lenguaje sagrado e intocable y el que escribe padece, en singulares circunstancias, una paladina insuficiencia verbal.

La segunda estampa tiene la apariencia del ensayo. Se trata de la amalgama. Efecto de mentes incapaces de pensar en la singularidad, en lo propio, y cuya tendencia mayor es a la dispersión; a reunir dentro de un mismo discurso realidades sin ninguna conexión. En los diarios dominicanos campan por sus respetos, el discurso embrollado de mentes dispersas que no pueden centrarse seriamente en ningún punto. Prosas de sonajeros, incapaces de verter luces sobre los temas que abordan.

El ensayo dominicano ha tenido una diversidad ejemplar.

- Hemos tenido ensayistas de temas históricos y biográficos como Juan Bosch (1909), en el *Judas Iscariote, el calumniado; David, biografía de un rey*. O, Juan Isidro Jimenes Grullón (1903-1983), en *La República Dominicana: Una ficción*.
- Ensayistas de temas políticos, entre los que descuella, en fama y nombradía internacional, *El pentagonismo: sustituto del imperialismo* igualmente de Bosch, que se ha dado a la estampa en más de cinco lenguas.
- El ensayo jurídico ha sido magníficamente expuesto en las obras de don Américo Lugo (1870-1952), principalmente en *El Estado dominicano ante el derecho público*.
- Los ensayos literarios como los textos incluidos *En la orilla, mi España* de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), o *La breve historia del modernismo* de Max Henríquez Ureña (1885-1968). Modernamente, en las obras de Diógenes Céspedes, Bruno Rosario Candelier, Manuel Matos Moquete y otros.
- Los ensayos sociológicos como *El caudillismo y estructura social en América latina: El caso dominicano* de Danilo Clime.

Otros ensayos pueden ser clasificados como de carácter filosófico o bien de jaez antropológico o estrictamente estético. La diversidad en las temáticas y los enfoques no es un escollo que aleje el ensayo de las preocupaciones fundamentales: la libertad expositiva, el impulso creador que se arriesga –imbuido de todos los saberes– a poner una pica en Flandes. No es la brevedad lo que caracteriza al ensayo moderno, sino la actitud, ante el conocimiento. Aún en las culturas poseídas por un culto supersticioso de la ciencia, como la norteamericana, el ensayo suele suscitar copiosas reflexiones. Muestra de ello ha sido la publicación de dos grandes ensayos, que han rebasado en gloria y prestigio muchos tratados sin lectores: *El fin de la historia* de Francis Fukuyama y *El choque de las civilizaciones* de Samuel Huntington. La enjundia, la osadía, el vuelo del pensamiento y las proposiciones de estos pensadores, van más allá de las

cosas aprendidas en los tratados; franquean todas las fronteras y nos hacen viajar a un punto de la historia aún desconocido, a una visión nueva de las realidades de nuestro aquí y ahora.

Un ensayo puede conmover todas las ciencias sociales, tal como acaeció con *El horror económico* de Vivianne Forrester. O bien como acontece en la actualidad con *La ilusión económica* de Emmanuel Todd. La condición para provocar esas remociones nace del poder de interpretación, de la capacidad para trascender el hontanar mediocre y estrecho de las cosas sabidas y de una construcción expositiva, capaz de seducir, convencer, informar y generar el placer del hallazgo en el gran público. En algún punto, el ensayo empalma con las vislumbres literarias y con las perplejidades del poeta. Sus angustias, sus elucubraciones y sus dudas son semejantes. Ambos penetran la caverna de lo desconocido, provistos de un candil, como nos sugería Saint John Perse en su memorable discurso de Estocolmo de 1956. Ambos están imbuidos de espíritu de aventura, de curiosidad, del ansia de exotismo y de conquista que obran en los grandes descubridores.

En consecuencia, la historia del ensayo dominicano no se confunde, ni se yuxtapone a la historia del pensamiento. Nuestros pensadores no han sido siempre ensayistas. A veces se convierten en doctrinarios: se ponen al servicio de un catecismo, es decir, de un compendio de verdades reveladas. Llámese marxismo-leninismo, llámese teoría del liberalismo económico, los efectos son semejantes. El intelectual naufraga en esos casos en un pensamiento jesuítico. Las mayores porciones del llamado pensamiento dominicano de los años sesenta y setenta, pertenecen a estas formas de pensamiento caracterizadas por la primacía de los clichés, las consignas, las simplificaciones, y cuyo objetivo esencial no es pensar, sino verificar que el pensamiento de aquellos intelectuales, de los cuales se han convertido voluntariamente siervos y lacayos, se cumple a pie juntillas. No se trata pues ni de ensayistas *strictu sensu* ni de pensadores.

Existe, por otra parte, una tendencia, inspirada en la superstición de una erudición todopoderosa, en blandir un pensamiento,

cuya única baza es la enumeración catalógica. En tal sentido, el ensayo se presenta como un inventario de informaciones, carentes de buenas interpretaciones y argumentos que lo transformen en reflexión. En estos casos, el discurso del ensayista queda plantado en la narración.

Una camarilla de ensayistas de la última oleada exige el dominio de un vocabulario laberíntico, sin darnos las formas de acceder a él. Se trata de ensayistas que son incapaces de hacerse comprender. Muy a menudo esta incompetencia para exponer con claridad, con ricas explicaciones y ejemplos y buenas síntesis el pensamiento encapsulado en proverbios y vocablos, queda arropada con la mascarilla de la sapiencia. Hay otros casos en los que la exposición aparece penetrada de lugares comunes, simplezas, anécdotas, frases cohetes... Un popurrí verbal expresado con grandilocuencia lírica y que la más de las veces naufraga en vaguedades, ambigüedades y paradojas.

El ensayo nos plantea el papel que han ejercido los intelectuales en la historia del pensamiento dominicano en este siglo. En algunos casos han obrado como conciencia crítica o lumbrera de grupúsculos políticos como acaeció con Juan Isidro Jimenes Grullón; en otros, como pedagogos o ideólogos de grandes partidos como ocurrió con Juan Bosch; además, han actuado como mantenedores del orden establecido, como sucedió con Joaquín Balaguer. Sus prosas más influyentes han sido ensayos. Los dos primeros, fueron intelectuales críticos, que han denunciado las lacras de nuestro sistema político y han sido, por otra parte, durante un largo período de sus vidas, ideólogos doctrinarios. Una fracción de estos se ha convertido en intelectuales orgánicos de los partidos universitarios, son los llamados intelectuales clérigos, cuya producción intelectual ha estado aplicada a la exaltación de la historia de las proezas y odiseas de sus avanzadillas políticas: de sus militantes, de sus guerrilleros e iluminados y de sus credos milagrosos.

Sobre las cenizas de los viejos catecismos, en medio de las ruinas del sistema que ellos contribuyeron a exaltar durante más de treinta años de sus vidas, se impone el pluralismo político, la

libertad de asociación, la libertad de expresión, la idea de que el poder debe ser otorgado por el pueblo en sufragios electorales, la tolerancia y la democracia como fines supremos. Pero no hay que pensar, sin embargo, que el intelectual doctrinario esté por ello en vías de extinción. Es difícil construir una cultura democrática contemplando el siglo XX con las categorías heredadas de los movimientos de izquierdas o con los vestigios del pensamiento totalitario fraguado durante la dictadura de Trujillo.

Sin embargo, muchos intelectuales examinan, lejos de estos promontorios, con el escalpelo de la crítica, con una buena articulación de conocimientos, las acciones que apoyan o rechazan. Ellos son la simiente de lo realmente nuevo. La condición para que este tipo de intelectual, transformado en un contrapoder, pueda existir es la democracia. En una sociedad en la que impere la censura, la apropiación por parte del Estado de todos los medios de producción, el partido único o el monopolio de los medios de difusión y de subsistencias en minúsculas oligarquías, resulta muy difícil emanciparse de esas formas de dominación.

El siglo que concluye es el teatro en el que todas esas tensiones se reproducen como un drama. Una primera aproximación al problema nos aconseja examinar la base económica de la élite intelectual dominicana. ¿Cuáles son las relaciones sociales que sostienen a los intelectuales? ¿Cuáles son los compromisos que interfieren el ejercicio del criterio como cortapisas o censuras de su discurso? Para responder a estas preguntas es menester que enumeremos con toda menudencia sus fuentes de supervivencia, es decir, que examinemos el semblante de nuestro aquí y ahora.

1. No existe ni siquiera en grado ínfimo la carrera administrativa. En consecuencia, los espacios de una posible independencia se ven casi eliminados. La Universidad pública, que es una de sus fuentes de supervivencia, se ha transformado en una institución de beneficencia: sobresueldos de los empleados, investigaciones que duran años y finalmente no se entregan; y control de los partidos políticos universitarios, metamorfoseados en

auténticas mafias. Las instituciones privadas no incluyen la investigación ni las tareas de producción intelectual de extensión. Sólo incluyen la docencia. En muchos casos, el pluriempleo universitario devora las horas que bien pudieron dedicarse a la producción intelectual.

2. Ya sea como periodista, publicista político, empleado de un ministerio, el intelectual ve su discurso condicionado por los que pagan la facturación de los anuncios o por los propietarios de los medios.
3. En busca de una independencia, muchos intelectuales ensayaron la opción de convertirse en agentes extranjeros. Las ONGs financiadas por los países ricos que, a su vez, imponen sus puntos de vista a estos intelectuales, convirtiéndolos en intelectuales orgánicos. Ejemplar resulta el caso de las fundaciones que se dedican a difundir los nuevos credos económicos: programas de televisión, penetración de las instituciones, enlaces con la embajada de EE. UU. y páginas en los periódicos y difusión en espacios pagados.
4. Amén de estos modos de supervivencia, hay que añadir los intelectuales que obran como personajes orgánicos de los gobiernos o de los partidos políticos. Su función no es comunicar la verdad, sino defender las posiciones de aquellos que les pagan la pitanza.
5. Los dominios que han caracterizado la forma de vivir de los intelectuales: los medios de comunicación, la institución universitaria, las ONGs y la administración pública o privada de los servicios no incluyen, en absoluto, la reproducción del conocimiento intelectual. De ahí que una buena parte de la producción de conocimientos se haya hecho al margen y en muchas ocasiones en contra de las instituciones, como una tarea marginal.
6. Durante la dictadura de Trujillo, como ha ocurrido siempre en los regímenes totalitarios, sean de izquierdas o derechas, los intelectuales sirvieron en el aparato cultural (bibliotecas, revistas, periódicos) en el servicio diplomático, en la elaboración

ideológica de la defensa de la dictadura y en algunas sinecuras o tareas parasitarias que les permitieron escribir sin apremios económicos. Tal fue el caso del poeta y ensayista Tomás Hernández Franco o de Max Henríquez Ureña y de muchos otros. De ahí la fascinación que sobre la imaginación de muchos intelectuales y algunos mitómanos y pseudo escritores han ejercido los dictadores de izquierdas. Se trata de un narcisismo que convierte al escritor en un genio merecedor de todos los privilegios sociales que se les atribuyen a los deportistas de alta competición y a los artistas de los programas de farándula; y al dictador totalitario, en la única persona capaz de dar esos blasones.

Al examinar las condiciones sociales de reproducción de la vida material, pueden columbrarse algunas de las circunstancias que convierten la faena del intelectual y, concretamente, la tarea del ensayista en un campo de Agramante. En estos intrínquilis, se nos revela, como en los murales de los pueblos primitivos, el teatro en el que tendrán que actuar los ensayistas del siglo XXI.

La prosa dominicana en el siglo XX (1900-1950)*

INTRODUCCIÓN

Para comprender la prosa de los autores nacidos en los primeros cincuenta años de este siglo, es menester introducir un principio de clasificación que esclarezca el ideal de escritura que tiene primacía en cada tiempo histórico.

Algunos momentos tienden a prolongarse, tal como acaeció con la “lengua campesina” durante decenios; otros se funden y se transforman; otros se extinguen sin estridencias.

No puede, pues, decirse que nos encontramos con épocas cerradas, mas bien nos hallamos con acontecimientos que pueden coexistir, sujetos a la continuidad y discontinuidad. Porque se trata las más de las veces de escritores que están vivos y que mantienen ciertas lealtades a sus primeras prosas.

Tres me parecen ser las tendencias que han prevalecido en los autores nacidos en los primeros cincuenta años de este siglo:

1. El ideal de una prosa artística, representado por escritores que manejaban una retórica, guiada por la corrección e hilvanada con una voluntad de estilo, que trasciende la mera comunicación de un mensaje;
2. la creación de una lengua campesina que se emparenta con

* Ponencia presentada en Simposio dominicano de lengua española, celebrado el 16 de enero de 1994, en el Centro Cultural Hispánico. Las actas del Congreso fueron publicadas en 1996.

- la idea de que la escritura debía reproducir las hablas de los hombres del campo;
3. y, por último, la exaltación del lenguaje popular de las ciudades.

En algunos casos, se seguía una tendencia que había tenido mucho éxito en el Perú de José Ma. Arguedas. Se trataba en aquel punto y hora de una prosa penetrada de peruanismos y entremezclada con las lenguas indígenas. Semejante modelo tuvo una multitud de imitadores. En Puerto Rico tenemos *La Guaracha del Macho Camacho*, de Luis Rafael Sánchez, con una prosa henchida de anglicismos, barbarismos, jergonzas, que simbolizan la identidad puertorriqueña, según muchos. Estas prosas muestran sus contrastes; sus oposiciones toman jaez político. Son estos los problemas que intentamos desmenuzar en las reflexiones que siguen. Se trata, pues, de una tendencia de encontrar en las diferencias dialectales las claves de una identidad diferenciada de la lengua estándar. Se considera que era un modo de *deshispanizar*. La prosa dominicana del siglo XX no está ajena a estos avatares.

1. EL IDEAL DE PROSA ARTÍSTICA

El objeto de este comentario es continuar el ovillo de una reflexión que inició Pedro Henríquez Ureña en el capítulo XIX de *El Español en Santo Domingo* (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Buenos Aires, 1940, edición facsímil, Taller, 1975). Se nos revelan en ese breve capítulo algunas de las menudencias de la lengua escrita; aparecen en cierne planteados, en primer lugar, el proceso de formación de lo que posteriormente se llamó la lengua española y que en aquel punto y hora era *strictu sensu* la lengua de Castilla. Esta lengua recibió oleadas lexicales venidas de las lenguas peninsulares –gallego, catalán, vascuence- y padeció a la llegada de los españoles a América copiosos remezones, efecto de la aclimatación a esta tierra, que tiene primacía en la implantación y colonización castellana.

El castellano rompió sus lindes; no volvió a ser lo que era.

Esa transformación se produce simultáneamente en América y en España. Por ello, Henríquez Ureña rastrea los atisbos de los criollismos que campean en la prosa Bartolome de Las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo.

En ellos se advierte, como en un retablo, el nacimiento de una cierta autonomía. Son muchos los préstamos hechos a las lenguas indígenas en las primeras horas de la colonización.

Baste señalar la toponimia, la flora, la fauna, y el nombre de algunos utensilios oriundos de América hispánica.

El otro aspecto del ensayo de Henríquez Ureña es el acopio que hace de los rasgos que van perfilándose en la lengua escrita. Se echan de ver en estas reminiscencias las vacilaciones lexicales compendiadas en *El Tesoro de la Lengua* de Covarrubias; el mantenimiento en América, invernadero de la lengua de Castilla, de formas arcaizantes o que estaban en trance de serlo; la presencia de cambios semánticos que antes que revelar, enmascaran –Colón oyó ruiseñores; nombró árboles y plantas conforme a sus conocimientos– y, por añadidura, la unificación ortográfica en los amplios dominios del Imperio español que es un fenómeno tardío.

Compendio de esta lengua es *El Diccionario de Autoridades* (1736). Muchas de las dudas y de las reservas manifestadas por los puristas pueden ser explicadas a la luz de este conjunto de voces y locuciones. Ricardo Alfaro consigna en su *Diccionario de Anglicismos* (Gredos, Madrid, 1972) que la palabra bicameral es un anglicismo, y clama porque sea abandonado a favor de *bicamaral*, que es derivación de cámara.

Si embargo, el *Diccionario de Autoridades* no mantiene estas sanciones, y recoge esta voz como castiza en el siglo XVIII. Los reparos eran innecesarios, pues no se trataba de ningún préstamo hecho a la lengua de Shakespeare.

1.2. LOS COMIENZOS

1.2.1. *El léxico*

Galván compendia los indigenismos recogidos en las prosas de Las Casas y de Oviedo y demás cronistas de la primera hornada. Ese léxico se refiere a algunos trebejos heredados de los aborígenes, a la homonimia, toponimia, flora y fauna; son palabras que ya forman parte del castellano general. Las de dudosas prosapias son explicadas debidamente por el autor por considerarlas como arcaísmos. Así “colombroños” por tocayo, o “cuadra” por cámara principal de un palacio o de un castillo; otros giros toman prestados el tono de la lengua oral. Tales como: *dizque* (dícese que), *empero*, *por donde*, *ora*, *cabe*, *so*, *allende*. Campea en su prosa una semántica de clásico semblante: *medros* por *beneficios*; *apostarse* (residir, morar, p.17).

La lengua de Galván no reniega del habla del país ni de sus matices propios. Rasgo de esta prosa es el prolijo uso que hace del pronombre enclítico, que se usaba también en el habla “*llámese como se llame*”, “*tómese o déjese*”, “*habrase visto*” (PUH 229). Prueba de ello son estos pasajes:

1. “El intendente o mayordomo de doña Ana era un hombre como de cuarenta años de edad, *llamábase* Pedro de Mojica” (p.13).
2. “*Disponíanse*, pues, los españoles a levantar el campo, cuando Bartolomé de Las Casas” (...) p. 31.

A finales del siglo XIX surge un movimiento de escritores cuya meta era rescatar el indigenismo: Félix Ma. Del Monte (1819-1899), José Joaquín Pérez (1845-1900), Alejandro Angulo Guridi (1822-1906) y Javier Angulo Guridi (1816-1884)²; muchos de los

² Guillermo Piña Contreras en *Enriquillo: el texto y la historia* (Museo Arqueológico Regional de Altos de Chavón 1985) subraya los textos más importantes de tema indigenista. *Marieni* (1885) de Gastón F. Deligne (1861-1913); *Canoabo* (1900) de Luisa Cohén Marchena (1870-1908); *Guarocuya: el texto y la historia* (1901) y *La leyenda del oro* (1912) de Bienvenido S. Nouel (p. 37). Pero el *Enriquillo* de Manuel de J. Galván (1834-1910)

indigenismos recogidos en el monumental léxico de Emiliano Tejera (1880-1968), *Indigenismos* (Editora de Santo Domingo, T. I y T. II, 1977) han caído en desuso. La mayoría de los indigenismos de la primera hora de la Conquista bañan el español general; otros tienen su origen en los influjos que han ejercido sobre el castellano de América las lenguas vivas en México, en Centro y Suramérica. Según Orlando Alba “la inmensa mayoría de las palabras se concentran en apenas dos campos léxicos: vegetales y animales. Desde el punto de vista morfosintáctico casi todos pertenecen a una sola categoría gramatical, la del sustantivo, y dentro la subcategoría de los nombres concretos: batata, canoa, cabuya, maní...³

La mayoría de los indigenismos recogidos por Tejera en su obra monumental proceden de textos escritos, tal como acaece con Galván.⁴ Algunos de estos indigenismos formarán parte de toda la prosa dominicana.⁵

según Max Henríquez Ureña era “La primera novela dominicana de largo aliento que veía la luz pública” (MHU: *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Universidad de Brasil, 1945, pp. 107-108). Los pioneros en el tema indigenista en Santo Domingo fueron Javier y Alejandro Angulo Guridi. De Javier Angulo Guridi (1816-1884) se publicó *La cuita* (1842) y *La ciguapa* (1866); de Alejandro Angulo Guridi (1822-1906) se publica una colección de relatos de temas relacionados con el indigenismo, entre ellos la novela corta *Los amores de los indios* (1843).

³ Orlando Alba, *Estudios sobre el español dominicano*, PUCMM, 1990.

⁴ En efecto: en el apéndice de la obra de Galván, *Enriquillo 1507-1533*, Porrúa (México 1976) se citan los capítulos que obraron como fuente estilística del autor. Concha Meléndez, autora del estudio preliminar cita igualmente como influencia en la novela *Las décadas* de Herrera; las biografías de fray Bartolomé de las Casas, escritas por Quintana y Remesal; *Las elegías* de Juan de Castellanos y *La vida de Colón* de Washington Irving. Muchas de las anotaciones hechas por Galván obedecían al deseo de arcaizar. Meléndez demuestra que muchas de las descripciones estampadas en la novela han sido inspiradas en Las Casas.

⁵ Tal es el caso de los nombres de árboles: caimito, hobo, caimital, aguacate, ají, anón, apasote, auyama, ceiba, cupey, caoba, guayacán, henequén, guatapaná, guácima, higuero, capá, guayaba, zapote, guanábana, jagua, mamey, tayota, tomate, maíz, patilla, tautúa, yagua, yautía, yuca, lerén, batata, bija... El dominio de la vegetación abarca, según Alba, el 45% y el de animales 46%, nombres tales como coyote, cóndor, curí, cuyaya, jaiba, jutía, aplaca, caimán, cao, carey, carite, cigua, ciguapa, guacamayo, guaraguao, pajuil, nigua, tiburón, jaguar, higuana, manatí. Otros se refieren a utensilios: macana, hamaca, cancha, enagua, etc. En el caso de Galván podemos espigar algunos indigenismos que corresponden a expresiones en desuso y a otras que mantienen

1.2.2. *La sintaxis*

La sintaxis de los escritores cultos, cuya prosa prevalecía desde principios de siglo, mantiene una simetría en casi todos los autores. Podemos enumerar los rasgos que la caracterizan:

a) *La aposición*

“*El sillón de la Viuda, cuna de la cordillera*” (Cestero 223).

Utilizada como parte de la apologética o del apóstrofe:

“*Duvergé, el héroe del Número*”

“*Ulises Heureaux, el Borgia Negro*”

Este rasgo ha penetrado toda la prosa escrita en el país.

El pensamiento que se estampa en los diarios de circulación nacional oscila entre la denostación y la apología; son esos los recursos que aparecen expuestos en los artículos de Galván⁶ y en su novela *Enriquillo*. Ejemplo elocuente es el retrato de Pedro de Mojica, representación del mal y objeto de la denostación, y Enriquillo, héroe que simboliza la dignidad y de quien se hace la apología. Ese maniqueísmo se manifiesta como oposición sintáctica y como contraste de actitudes; obra como arquetipo hablado y escrito.

Tiene, pues, la sintaxis una connotación afectiva. La aposición evoca, elogia, subraya, determina, califica, denuesta; yuxtapone, y al hacerlo, tiene el afecto de una definición, valor de eslogan. Se trata

vigencia: batoas, mamey, túbano (por tabaco es raro), guanál, guano, guanábana, jagua, cacheo (bebida, aún se usa en el norte del país), jutía (único cuadrúpedo nativo de la isla), iguana, barbacoa, burén (utensilio utilizado en la preparación del casabe), cacique. Caen dentro de la misma clasificación la homonimia y toponimia aún viva: Guaroa, Mayobanex, Canoabo, Hatuey, Yaguana, Jaragua, Bahoruco...

6 M. Núñez, “La prosa de Galván”, cf. *Artículos y otros escritos de Manuel de J. Galván*, Universidad Central del Este (UCE), inédito. Se trata de una descripción estilística y temática de la prosa de Galván, cuyo rasgo semántico es el movimiento singular entre el denuesto o apóstrofe de los opositores a la Anexión a España y la apología de los partidarios de la Anexión. Esta estructura escritural se ha mantenido en los publicistas, escritores, políticos e incluso en los ensayistas.

de expresiones hechas que pasan de un autor a otro. Hace más de cuarenta años, Damirón estampaba esta frase:

*“Vientos de fronda parecían moverse sobre la expectante vida del país”,
Revolución, p. 5.*

Balaguer escribió en 1984:

*“Los vientos de fronda del 14 de Julio no sacudieron sus cimientos”, Los
carpinteros, p. 39.*

Bien es verdad que tanto Cestero como Balaguer abrevaron en la enorme tradición que dejó Galván, la prosa de éstos se redimió de algunos giros orales, propios de Galván como el *dizque*, estructuras sintácticas, giros oratorios, vocabulario y otros aspectos. Uno de los rasgos distintivos de esta prosa que ha penetrado con pies de plomo en el habla actual, es el uso del imperfecto del subjuntivo, terminado en *ra*, para expresarlo con valor de pasado. Veamos su uso en Damirón:

*“Un fácil reporte para tomar la confusión del ambiente en un descontento
que llegara (llegó) a imposible” (ibíd. 5).*

En el periódico “El Siglo” (18-X-93) espigamos en un comentario sobre las elecciones acaecidas en España en 1993: *“primer revés
que sufre el PSOE desde que ganara las elecciones del 6 de junio pasado”*.

b. Los diminutivos

En los escritores de ideal de prosa artística se mantienen los diminutivos propios de la escritura. “Manecita (Bosch) en lugar de “manita”, que decimos en lengua oral; pero en la prosa de los jóvenes narradores, ya es copiosa la voz “manita”, igual acaece en los diarios. Prevalece la forma *ito*: “carajito” (López Penha, p. 40), “saladito”, “animalito”, “pisito” (Sanz Lajara, p. 40); más se mantienen en los autores de comienzo de siglo la forma *cito*, sólo usada hoy en lengua culta: “cuerpecito”, “pueblecito”, “viejecita”... pero hay tendencia a suplantar la fórmula culta por la oral (Ludín Lugo, p. 23, 43). En muchísimos casos, el uso del diminutivo sólo

tiene validez afectiva: “cieguita” (p. 202), “pegadita” (41). Algunas veces se combinan ambos matices con el adverbio de cantidad y de modo “bien” v.g. “bien cortito”. Paradoja: el adverbio significa “mucho”; convierte en un superlativo el adjetivo “cortito”. Igual acontece con “bien cerradita” (184) en la que el adverbio redobla el sentido de la expresión modificada. Para el dominicano “cerradita” es más que cerrada y “bien” hace las veces del superlativo absoluto “muy”; en otros casos, las resonancias afectivas y superlativas aparecen superpuestas. Por ejemplo: “bien saladito” (p. 22).

Otros de los aspectos que se echan de ver son las sufijaciones *uno, udo*. Ejemplo: “senderos montunos”, “burros panzudos”, son formas del oral calificadas por Pedro Henríquez Ureña como rasgo morfológico propio del habla dominicana.

Igual acontece con las terminaciones en *azo*, (*buenazo*, Ludín Lugo, p. 23); *duchazo*, Sanz Lajara, p. 50); son, en el habla, fórmulas usadas por el dominicano para expresar las perífrasis que se refieren a un golpe o a cualquier tipo de violencia. Son comunes “cocotazos”, “piñazos”, “batazo”; aunque no siempre significan una acción violenta. Ejemplo: “telefonazo”, “duchazo”.

En lo que toca a la morfología de las palabras, puede pescarse en la prosa de comienzos y mediados de siglo un compendio importante de voces compuestas que proceden del habla: “mala crianza, buena crianza, buen mozo, bienmesabe, matagallego, mataburros, mala paga, buena paga...”

Algunas perífrasis del habla se han mantenido en la prosa como formas protocolares, aunque tienden a desaparecer. V.g.: “hizo acto de presencia” (Pérez, 19). Otras corrigen el habla oral: “diestro y siniestro” (ibid). El dominicano dice “a diestra y siniestra”. Lo mismo acaece con “villas y castillos” corrección de “villas y castillas”. Se echa a ver una preferencia por las palabras de raigambre latina; prefíerese “población” en lugar de “pueblo”; “deambular” en lugar de “pasear o callejear”; “maculado” en lugar de “manchado”.

Algunos verbos obran como neologismos “personificar” (Pérez, p. 19), “apeldañar” (Lacay, 54). En algunos casos, los autores corrigen su propio idiolecto. Así el catalanismo “colmado” es sus-

tituido en Lacay por “estanco”; Marrero lo sustituye por “bodega”. Veloz Maggiolo sustituye el anglicismo totalmente aclimatado en nuestra lengua “parquear” por “aparcar” (*De abril en adelante*) y así hace con otras palabras; Sanz Lajara sustituye “apartamento” por la voz madrileña “piso” (que se refiere a un apartamento grande). Nuestro San Antonio, palabrota o mala palabra es sustituida en Haïm López Penha por la voz “taco”, que en la acepción local se refiere al tacón de los zapatos.

Este fenómeno es más común en los escritores de las últimas hornadas, los que por imitación y acaso para validar sus prosas, copian no sólo el ritmo de sus maestros sino también su vocabulario. Ilustra de ello, la enorme cantidad de voces referentes a la flora, la fauna y el clima de Chile que puede observarse en los jóvenes poetas que escriben a la zaga del poeta Pablo Neruda. En René del Risco (1937-1972), los zafacones criollos o cubos de basura, se convierten por influjo cortaziano en “tachos” de basura.

Algunas de las características de la sufijación en el habla no han encontrado equivalente en la lengua escrita. Caso ejemplar es el uso del participio *ada*: “caballada, zoquetada, botada...”; los participios en *ero, ura*: “contentura, bebedero...”, el diminutivo en *illo* no es percibido como tal: Enriquillo es nombre como Enrique, *quesillo* no se refiere a queso y *polvillo* no es reducción de polvo. Es frecuentemente el uso de palabras compuestas con *de*: “trapo de silla”, “cabo de vela”, “palo de luz”. Se mantiene la vacilación con el género en algunas palabras: *el mar, la mar, el calor, la calor...* Todos esos rasgos penetran la sintaxis de los escritores de ideal artístico; pero conviven igualmente en los autores posteriores.

2. LA TÉCNICA DEL DOBLE ADJETIVO

Campa en toda la prosa de los autores de comienzos de siglo el uso prolijo del doble adjetivo. La adjetivación tiene más que jae-ces descriptivos, efectos evaluativos y rítmicos. He aquí algunas muestras:

“un enemigo invisible y resistente”

Damirón, Ay, de los vencidos, p. 16.

“un hombre honesto y laborioso”

Carlos Pérez y Pérez, La ciudad herida, p. 19.

“tiranelo ignominioso y cruel”

Carlos Esteban Deive, Magdalena, p. 19.

“Ojos grandes y románticos”

Sanz-Lajara, Caonex, p. 13.

Entre los últimos escritores es en la prosa de Carlos Esteban Deive en donde pulula con mayor difusión. Quien se aventura a desmenuzar este rasgo, podrá verificar su copioso uso: en apenas dos páginas encontramos una multitud de ejemplos:

“aunque avaro y ruin” (p. 22), *“impetuosa y ardiente”* (p. 22)...

En otros casos, por ejemplo, en Ludín Lugo, el autor pasa del doble adjetivo a la acumulación de epítetos:

“Se dio toda, se fue (...) por el olvidado camino invisible, musgoso, blanco, feo”.

En Cestero la doble adjetivación introduce la frase nominal:

“los sillones gafados por los siglos y bronceados por la luz”

La Sangre, p. 223.

Yuxtapone los adjetivos sin ninguna ilación:

“suben sudorosos, jadeantes; siluetas extrañas, bufas” (pp. 224-225).

Modifica el ritmo del doble adjetivo, que tiene carta de naturaleza en toda su prosa, con la acumulación ternaria de adjetivos:

“y con los brazos abiertos, vacilantes, miserables, dibujará al caminar...”

Para romper la regularidad de los ritmos ternarios y binarios lleva la adjetivación a la enumeración caótica:

la bandera descende del asta lenta, zigzagueante, azul blanca, roja...

El ritmo basado en la adjetivación es un rasgo de la prosa de Sanz-Lajara:

“Nuestra tragedia sempiterna, honda y única” (p. 242).

“Multitud enjoyada, perfumada, cascabelera” (p. 293)

“rebosada de buena salud, buen humor, buen talante” (p. 280)

Clásica resulta la adjetivación empleada por Balaguer, hecha de oposiciones que son definiciones; obran como epítetos y se enseñorean de toda su prosa:

“El Borgia Negro (así llama a Ulises Heureaux) no fue inferior al hijo de Alejandro VI en astucia maquiavélica”.

“Ese Catón criollo que se llamó Genaro Pérez” (La Palabra Encadenada, p. 131).

Stalin, el amo de Rusia (ibíd, p. 282).

La adjetivación se convierte en comparación, como queda palmariamente visible en este ejemplo:

“Como en Anibal en Capua y como el yerno en Agrícola bajo la tienda de los Sármatas” (p. 143).

Ejemplo como éste en el que carga sus tintas en contra de los desfuegos libidinosos del dictador Trujillo (1930-1961):

“En ese comercio con las clases más opulentas del país, puso mayor interés no en las mujeres más bellas sino en las más encopetadas” (p. 283).

Amén de estos tanteos, la adjetivación en los autores posteriores suele estar desembarazada de estas señales afectivas; pero conserva, en el caso de Balaguer y de los prosistas que lo toman como modelo, una cierta homología estructural.

3. LA HIPÉRBOLE

Tanto en Galván como en Cestero menudean las hipérbolas cultistas: comparaciones que partiendo de alusiones clásicas de la historia griega o romana establecen semejanza entre situaciones y sirven de retablo anecdótico. Las descripciones utilizan una exageración de los

caracteres para trasuntarnos un sentimiento del paisaje o una visión trascendente de lo que el autor enfoca.

Al describir a Mojica, personaje siniestro de *Enriquillo*, Galván lo hace de este modo:

“sus espesas y arqueadas cejas, nariz corva como el pico de un ave de rapiña, boca bendida casi hasta las orejas”.

Por lo que respecta a sus rasgos psicológicos nos dice “tenía un alma sórdida y perversa” (p. 13). Cestero aplica el mismo procedimiento con las descripciones inanimadas:

La Catedral

*“El leopardo dejó una garra en sus redes
los terremotos la desquiciaron
la ignorancia los afrenta
pero caliente entre sus columnas los restos del grande
y testarudo ligur”*

A veces se emplea como apóstrofe:

“a muchas casandras, en su papel de brujas y adivinatoras”, p. 241, Balaguer.

Es Balaguer el autor que más influjo ha ejercido en la prosa escrita dominicana; sus expresiones, locuciones, perífrasis trenzan el habla común y aparecen remedadas en la prensa.

“poder omnímodo” (p. 21) (1950)

“especie” con valor de declaración, rumor.

“huelga decir” (p. 39)

“el solio presidencial”

“los treinta dineros”

“Zorro de la política”

“las polillas palaciegas”, “las aves agoreras”

“La cosa pública”, “reuniones subversivas”.

Hay en la prosa de Balaguer una constante tendencia al palimpsesto y a la reescritura. Los giros acuñados con anterioridad

reaparecen en otras situaciones, mostrándose como un esfuerzo en que la facundia verbal toma carácter ceremonial. Se trata de un amasijo de efectos logrados, merced a la descripción, la sonoridad, la anécdota y el aforismo. El tema central, en Balaguer, son las fuerzas incontrolables: “los designios divinos, las fuerzas del destino”.

Cestero toma prestadas las reminiscencias de la lengua oral, de-
cires y locuciones proverbiales para estampar a su prosa un gracejo familiar. Por ejemplo:

“genio y figura...” (p. 222) *“nos rompimos la crisma”* *“como ha sido maestro a palos”* (p. 225), *“el genio de la especie”* (el sexo), *“estuvo a pique de matarme”* (p. 225). Estas expresiones suelen estar adobadas de neologismos: *“enfrutecido”* (p. 14), *“cintilla”* por *centella*, *“tremo”* por *tremuló*. Algunas variaciones tienen jaez galicista: *aportar* por *“traer”*, *ruinosa* por *“arruinada”*, *embalsamar* de *“bálsamo”* con significación de perfumar. Las sufijaciones resultan muy peculiares: *“hierbas aromáticas”* se convierten en hierbas *“aromasas”*. La distinción entre *mata*, arbusto y *árbol* se conserva en la prosa de comienzos de siglo. Los árboles son llamados por su nombre. *“el naranjo, el peral...”* Modernamente en la prosa de los escritores de la última hornada, prevalecen las perífrasis: *“mata de coco”* por *cocotero*, *“mata de palma”* por *palmera*.

4. LA METÁFORA

Entre los escritores de comienzos de siglo, la metáfora se muestra despojada de densidad conceptual, como si fuese incapaz de renovarse. Menudean en esas prosas préstamos hechos a la prosa clásica oratoria. Algunas son *clichés* y estereotipos: *“pecho de acero”*, *“puño de hierro”* (Balaguer). Y, excepción hecha de las calas metafóricas de Bosch, el procedimiento de la metáfora no llega a sistematizarse en los autores nacidos en los primeros cincuenta años de este siglo. Bosch utiliza la serie metafórica y llega a la alegoría, desembarazada de rebuscamientos y efectos alambica-

dos. Perfectamente, el cuento “La mujer” constituye una muestra fehaciente de esta afirmación:

“La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve la vida. El Sol la mató; el Sol de acero, de tan candente al rojo, un rojo que se hizo blanco. Tornóse luego transparente acero blanco, y sigue ahí, sobre el lomo de la carretera. (La Mujer, p. 60, La Narrativa Yugulada (Antología).

Bosch renueva la prosa dominicana, la desembaraza de circunloquios innecesarios y de aderezos efectistas, típicos de la prosa oratoria de Balaguer o de las digresiones verbosas como acaece en la prosa de Cestero; y al mismo tiempo abandona la idea de una finalidad puramente retórica en la que el pasado era vivido como modelo.

A pesar de que en Bosch se nos presenta la expresión de una lengua campesina, no tiene estas particularidades dialectales; concilia la lengua culta y la popular, mostrándonos un espacio que anula los compartimentos estancos, y al par un prurito de corrección en el que se echa de ver cómo esa lengua hablaba en la campiña criolla tiene dignidad literaria.

En el lenguaje de los oradores del período trujillista (1930-1961) Arturo Logroño, Joaquín Balaguer, Víctor Garrido son palmarias las frases alambicadas, el compendio de efectos, con miras a engatusar, seducir y vender ilusiones. La prosa prolijada en esas hormas angostas está moldeada de excrescencias, facundia, intertextualidades; ahíta de referencias, mascarilla de la realidad opresiva.

La metáfora adquiere en su prosa espesura conceptual: es conocimiento, hallazgo, filiación de homogeneidades; no trivializa el contenido sino que lo hace más intrincado; en ella se entrecruzan la curiosidad por establecer nexos entre los casos y la intención de presentarnos la vivencia del hombre ante lo visible; es revelación, ritmo, conocimiento de la prosa precedente.

Mientras Bosch nos presenta las complejidades de la metáfora rondando el símbolo y la alegoría, en Balaguer y Cestero la metáfora se nos estampa infestada de frases hechas; por ejemplo, éstas:

*“lámina de acero de Ozama se descoge entre las riberas”
 “las antorchas de los cocoteros” (p. 223)
 “El horizonte, rasgado por el relámpago, adquirió un tinte extraño” (p. 246, Balaguer).*

No es de extrañar que esas prosas en las que no están entroncados el vivir y el decir trasuntan un aire de engañifa. Balaguer, conocedor de los entresijos de la versificación de la cual ha elaborado un *vademecum* que no hay que desdeñar, muestra un oficio, fraguado al socaire de una carrera política, jalonada de resonantes éxitos. Balaguer ha gobernado durante veinte años la República Dominicana y forjado enormes parcelas de las ideas y el lenguaje político: su estilo oratorio, su vocabulario, sus libros, sus discursos, en los que se muestran infaltablemente los mismos rasgos, son el hontanar, la fuente de Castalia en las que se han concebido grandes porciones de la prosa actual.

5. EL RITMO

El encantamiento que suscita aún la prosa artística, culta, incluso en los primeros cultores de este siglo, estriba en la ritmicidad. El ritmo organiza el discurso con sus alternancias, insistencias, repeticiones; lo enlaza con la oralidad del romancero. Utillaje poético que le confiere a la palabra un uso ceremonial casi religioso, y que ensancha las posibilidades de expresión.

En Cestero se nos presenta por acumulaciones, ya de adjetivos, ya de verbos, ya de sustantivos; pero también de aliteraciones y de rimas interiores, procedimiento que muy probablemente procede del influjo rubendariano: “la sombra del mango frondosa que asombra el patio”.

Damirón abunda en pasajes como éste:

“y entonces duplicaron sus esfuerzos, avanzaron violentamente por entre los montes”

Balaguer, ducho en los arcanos de la versificación, llega a conferirle a la aliteración verdadero rango de sistema. He aquí una muestra de *Los carpinteros*:

“Venía, como siempre vestida provocativamente con los senos púberes palpitantes bajo la blusa de percalina morada” (p. 10).

Otro de los aspectos que desempeñan un papel de primer orden en la prosa de intención artística es la utilización de ritmos ternarios que comienzan a fraguarse en cúmulos métricamente encadenados. Observemos estas muestras:

*“Se vive, se ama, se sufre
con afán desmedido de entregarse”*

(Carmen Natalia, *La Victoria*, p. 141).

“su pensamiento, su corazón, su alma toda estaban tan cansados” (p. 141).

*“para no contraerse de dolor
para no hacerse rígida en la mueca
para disfrazar bellamente en la cuna del sollozo”* (p. 166).

O éstas, inspiradas en el panegírico leído por Balaguer ante la tumba del dictador Trujillo:

“Muda está ya boca de donde salieron tantas órdenes de mando. Inmóviles se hallan sobre el pecho, donde el corazón ha cesado de latir, las manos que sostuvieron la espada que simbolizó durante cuarenta años toda la fuerza física de la nación.

Exánime y vilmente atravesado por los proyectiles, yace ahí el pecho heroico, donde flameó orgullosamente, como si flotara en su asta, el lienzo tricolor”.

Amasijo de adjetivos, de sustantivos, de verbos, de oposiciones encadenadas al ritmo ternario reproducían la regularidad y la simetría.

Ambos procedimientos: las repeticiones numéricas de la estructura ternaria y las rimas interiores —que son parte de un ritmo silábico— representan un enlace enfático, un esquema que introduce el número en el ritmo del pensamiento y se traduce en una unidad; todo en ella queda empalmado. Prueba fehaciente es la presencia

del ritmo cuatrinario que espigamos en la prosa de Damirón:

*“y sobre la cual hemos puesto a volar muchos
sueños,
nos intriga,
nos inquieta,
nos atrae
y nos enferma de nostalgia”*

Revolución, p. 3.

“Dentro de las contorsiones del dolor, gime, se revuelve, suda profundamente” (Caballero de la ciudad, p. 41). Ludín Lugo.

El esquema del número queda descoyuntado por la enumeración arbitraria, muy frecuente en la prosa, a veces desaliñada, de Damirón. Hay un afán de regularidad que queda grabado en la memoria de los lectores como el paso de las centurias romanas: son las enumeraciones prolijas, caóticas. En Carmen Natalia este ritmo se logra superponiendo ritmos, empalmados por la prosodia de la interrogación:

*“Aquel yerra en el camino
este alza la espada vengadora
ese siembra
uno canta
el otro espera ¿No hay más?”*

Un agrupamiento de (3+2) que nos introduce en una combinación sintáctica ternaria y binaria. En su prosa estos órdenes tienen las virtudes de enumerar cosas que, semánticamente, nos dan cada vez una diferencia (aquel, este, ese), uno, el otro... con estos procedimientos se fraguan los paralelismos. Estos enlaces menudean en la prosa de Damirón y empalman con la anadiplosis. V. g.

*“y caminaron mucho,
mucho por aquellos largos caminos”*
p. 123

En Balaguer, en Damirón, en Carmen Natalia y en el propio Galván incluso hay un oropel de paralelismos utilizados como antitesis –para expresar las dualidades de los contrarios y, en otros casos, como dobles sinonímicos que marcan el énfasis con las fuerzas de los proverbios de la lengua:

“Aquella sonrisa jubilosa le pareció cruel”

“aquellos labios distendidos no eran los de Claudia sino los de una mujer perversa y terrible”

Carmen Natalia, p. 12.

“Podría ser que el viento se volviera juguete entre la fronda.

Podría suceder que el cielo bajara hasta la tierra en grandes y maravillosas columnas de cristal”

Ludín Lugo, p. 40.

“Cantaban y picaban; algunos habían, sin embargo, que ni cantaban ni picaban”.

Juan Bosch

6. LA LENGUA CAMPESINA

La corriente de la literatura criollística que estuvo en boga al principiar el siglo XX en casi toda la América hispana llegó tardíamente a Santo Domingo. Una oleada de obras literarias escritas en lenguas dialectales irrumpió en Argentina, en Chile, en Uruguay, irradiando con su influjo todo el continente. De ese alud de prosas diversas, nos quedan monumentos literarios inolvidables. Piénsese en *El Martín Fierro*, de José Hernández, en *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín y en otras conspicuas novelas que contribuyeron, en su día, a emancipar la prosa de los escritores hispanoamericanos de las imitaciones europeas. Se trataba de lo que Martí llamó “la independencia de espíritu” (cf. *Nuestra América*).

Esta efervescencia surgida a raíz de la Independencia, y concebida para contrarrestar una literatura aristocratizante y encorse-tada en el habla de Madrid, contribuyó al hallazgo de la personalidad de diferentes literaturas nacionales. Tenía la hispanidad un

doble rostro: era, por un lado, el reconocimiento de pertenencia a un orbe en el cual entraban España y las veinte repúblicas de la América hispana; y era, además, el hontanar en donde habría de fraguarse la identidad de cada una de las naciones susodichas como diferencia.

Cuando aparecen las primeras obras inspiradas por la idea de estampar el lenguaje de nuestros campesinos en la literatura, el criollismo iba de capa caída. Una prolija lista de cuentos y novelas escritos con esta finalidad atestiguan de la vitalidad de esta corriente. Autores como Juan Bosch (1909-2001), Pedro Andrés Pérez Cabral (1910-1982), Ángel Hernández Acosta (1922-1995), Néstor Caro (1917-1983), fueron precursores de una corriente cuya influencia se mantuvo en vigor hasta el decenio de los sesenta. Obras como *El Diablo ronda los guayacanes*, *Jengibre*, obraron como modelos literarios de los escritores en agraz.

No todos, sin embargo, usaron los mismos procedimientos estilísticos. Juntarlos dentro de las hormas angostas de una clasificación podría inducirnos a equívocos. Lo único que parece unirlos es la exaltación de las hablas de los campesinos dominicanos; pero los separa el ritmo de la prosa; la voluntad de estilo trasciende en Bosch y en Nolasco los linderos del documento lingüístico, tentación en las que naufragan casi todos los epígonos de estos autores.

Bosch y Nolasco, cultores de un habla redimida de regionalismos y connotaciones dialectales, diferencian claramente el habla del narrador del habla de los personajes del campo dominicano, que en Bosch representa el Cibao y, en Nolasco, al campesino del Sur; es decir: que en estos autores se narra, se describe, se reflexiona. En Bosch se produce una conciliación que nos muestra la lengua campesina, desembarazada de los accidentes de la pronunciación y como fuente de la lengua escrita. Pérez Cabral y Marrero Arísty en menor medida, remedan las hablas del campesino, tratando de escribir en una escritura fonética que representa los rasgos de la dicción: eliminación de vocales y consonantes, cambios, pronunciación aspirada y repeticiones.

simbolizar la identidad nacional. La idea de que la norma de la lengua culta sea suplantada en la escritura por el habla del campesino, sedujo a los escritores posteriores a esta generación; y fue la simiente de una nueva superstición, la exaltación del habla de los bajos fondos: pregoneros, chulos, celestinas, prostitutas, gente de mal vivir se convirtieron en el nuevo becerro de oro del escritor. La ideología populista trasunta, en primer lugar, una cierta “plebeyización” de la escritura, una reacción aún más violenta que la anterior: escribir con faltas de ortografías, insultos zafios; hacer galas de antiintelectualismo, amenizar los diálogos de los personajes con ideas tópicas, guaserías y expresiones de poco vuelo; todo eso se puso de moda. Esa falta de sobriedad casaba con el deterioro que era dable observar en la lengua escrita en el país.

Surge, entonces, una prosa dialectal, henchida de accidentes prosódicos, caracterizada:

1. por un empleo pleonásmico de la adjetivación;
2. un deficiente empleo verbal en el que junto a un uso caprichoso del potencial fuera de la situación de hipótesis alterna un uso pedantesco de subjuntivo pasado que reemplaza al pretérito simple y el pluscuamperfecto.
Oímos y vemos escrito: “*La conferencia que diera...*” y no acertamos a saber si fue la que dio o la que se había dado.
Bello y Cuervo advirtieron la confusión que tal empleo suscitaba. (cf Rufino José Cuervo: *Notas a la gramática de Andrés Bello*);
3. una doble confusión con las perífrasis. Por una parte se eliminan las necesarias como *dar prioridad a*, *dar importancia a*, *poner el énfasis en*, y se convierten en verbos *priorizar*, *importantizar*, *enfatisar*... Por otra, se crean perífrasis innecesarias: como *ingerir alimentos* en lugar del verbo, que es menos pedante, *comer*, *tomar un baño* en lugar de *bañarse*;
4. la sintaxis en los escritores de menos pericia está zarandeada por anacolutos: oraciones que son complementos. Hay datos que quedan en penumbras al leer los párrafos: cierta mudez en los narradores les hace olvidar las señales de la presencia:

quién, dónde, cómo, cuándo, en qué circunstancias; a favor casi siempre del fatídico “ya que, puesto que” y de otras muletillas extraídas del uso del relativo “el cual, la cual...” “utilizadas para alargar artificialmente las oraciones. Todo este compendio no tiene nada de ficticio; es la confusión extraída de la observación de varias prosas, incluyendo la que aparece estampada en los diarios (el lector que quiera entrar en ese sanctasanctorum puede iniciarse con novelas como *Quisqueya*, de Muñoz Marte; *El hombre del sombrero negro*, de Guerrero Amador, *Mejorar la raza*, de Miguel Vásquez y otras más famosas de cuyo nombre no quiero acordarme).

Una honrosa excepción, porque se trata de un autor que tiene un dominio de las técnicas de la novela y absoluto conocimiento del fraseo, de los ritmos orales, de las situaciones de comunicación y los entresijos de la cultura, es *Sólo cenizas hallarás (bolero)*, de Pedro Vergés. Con un manejo extraordinario en nuestro medio del discurso indirecto libre, logra una novela polifónica, en la que se juntan todas las voces y las subjetividades. Se expone, nuestra lengua, por primera vez, como si se tratase de un retablo de toda una época, construida sobre los esquejes de los paralelismos, las repeticiones, los ritmos de la lengua oral que pluralizan el punto de vista, y convierten la novela en la reconstrucción de una mentalidad y de un modo de vida: la sociedad dominicana del decenio de los sesenta.

7. EL ROSTRO DEL PRESENTE...

El Santo Domingo de comienzos de siglo estaba dividido en villas y potreros. Las villas eran las casas solariegas o bien las mansiones de la gente principal; y de los potreros de Buenaventura Peña, terrateniente de la ciudad, nacieron los barrios de Villa Consuelo, Villa Juana, Villa Francisca, Villas Agrícolas. Estos cambios trajeron otros: la palabra villa dejó de ser una casa encopetada, y

designó entonces un caserío, una aglomeración. Pero, muy prontamente, a comienzos de los sesenta principiaron a construirse los barrios de mampostería, los barrios modernos y entonces se les denominó “ensanches”, para diferenciarlo de villas. No era lo mismo vivir en *villa* que vivir en un *ensanche*. Nació, de este modo, el ensanche Naco, el ensanche Ozama. Pero las transformaciones continuaron. Y del *ensanche* se pasa muy rápidamente a la “urbanización” palabra que según el filólogo Ángel Roseblat es invención venezolana, país en el cual la fiebre de la construcción ha sustituido la vida efímera del *ensanche*; y el barrio sólo designa los segmentos tradicionales de la ciudad. Era necesario inventar otra denominación para nombrar los ranchos que se edificaban en los jardines de la ciudad y en las riberas del río Ozama; entonces, influidos por el lenguaje de la sociología, se acuñó la expresión “barrios marginados”. Queda palmariamente demostrado que las innovaciones que hemos padecido en los últimos 30 años afectan al idioma. Más de 800,000 dominicanos viven en los Estados Unidos, vale decir: más de 10% de la población, y una cantidad semejante de haitianos se ha implantado en la República Dominicana, es decir: poco más de un 10%. Se trata en una inmigración sin visos de retorno. Desgarradas por ambas realidades, nuestra lengua correrá nuestra propia suerte: hemos conocido el mundo moderno en inglés: en los deportes, desde luego, pero también en otros aspectos de la vida. Por ejemplo, en los viajes el *boarding pass*, el *ticket*, el *checking in*, el *check out*, el *overbooking*, el vuelo en *stand by*, el *average* (promedio); pero también en la vida cotidiana el *freezer*, el *rent a car*, los *night club*, la *high life*, el *penthouse*, el *brunch*, el *bungalow*, *cash flow*, el *briefing*, el *coffee break*, el *peeling*, el *lifting*, *cake*, el *manager*. Y, desde luego, en la vida social *pool* de empresas, *cartel* de delincuentes, *cash flow*, *crash*, *dealer*, *broker*, y dentro del ámbito tecnológico: *CD*, *cederróm*, *floppy*, *diskette*, *chip*, *bit* etcétera. Y cuando empezamos a disfrutar de la *dolce vita* tuvimos que acudir presurosamente a unos ángeles tutelares, llamados *guachimanes*, para poner nuestra vida a buen recaudo. Comenzamos a disfrutar de los ágapes de los *chef*, llegaron *las crepes*, *los cruasán*, *las chucrutes*, y a fortiori los *carpaccio*, los *fetuccine*, *linguine*,

las *salsas pestos*, *carbonaras*, *gorgonzola* las, los *canelloni*, *gnocchi*, *los penne*, los *bróccoli*, los *zucchini*, *los cafes capuccino*, Algunos anglicismos ya nos parecen indispensables como “plantas eléctricas”, porque nos devuelven el confort, cuando escasea.

La vida moderna del Santo Domingo actual está henchida de novedades: por ejemplo, las mujeres dejaron de usar calzones o bragas hispánicas, que para algunos serán siempre coloniales sustituyéndolas con el *bloomers* americano, el *panty* y *pantyhouse*, antepasado de la lycra o leotardo, y no echaremos en el olvido las *bermudas*; los *cabarets* fueron sustituidos por los burdeles o lupanares, y éstos barridos por el imperio del *nigh club* y por las *boites*; las posadas fueron reemplazadas por el *motel* yanqui. Nuestro otrora *abur*, hermanado con el vasquismo *agur* ha sido desplazado por sofisticado *bye-by* (babai) o con el italianísimo *ciao* (*chao*). Y de veras no sabemos qué palabra española puede sustituir nuestros copiosos *okay*. Dentro de poco, cuando aumenten las operaciones de tarjetas de crédito nos será muy difícil vivir sin llenar *vaucher*. En un mundo de contingencias nos será muy cuesta arriba vivir sin un *seguro full*. Estas aparentes trivialidades sólo nos muestra una carilla del problema de los anglicismos; la otra, pertenece al sistema sintáctico: mientras escribo estas apostillas, leo en un periódico:

“*Los restos de la hermana del Presidente, Alicia Balaguer Ricardo, Chichita, están siendo velados en la residencia del mandatario*”.

Listín Diario, 22 de enero de 1993.

(*Estar+siendo*) es una construcción inglesa, ajena al sistema verbal de la lengua. Estar y ser son dos verbos de existencia: ser expresa lo permanente y continuo, mientras que estar representa lo relativo y discontinuo. Igual acaece con la forma *estar supuesto*; que altera la estructura del impersonal que no se forma con la pasiva sino se forma con el pronombre uno (se supone, uno supone...); nuevos verbos se fraguan como *aplicar* para significar *solicitar empleo*. *Aplicación* para llamar la *solicitud de empleo*. Nuestros profesores universitarios se ufanan de invenciones tales como *importantizar*, *priorizar*, *implementar*, *eficientizar*, *ecualizar*, y otros verbos de pareja estirpe,

y nuestro sistema de preposiciones se resiente ante el ya famoso estribillo: “*te llamo pa’tras*”. Multitud de usos en la lengua culta del país atestiguan que las formas nuestras son vacilantes; nuestros comentaristas en los medios de comunicación se muestran alérgicos a las exigencias del habla culta. Ello va unido a la demagogia y a la adoración supersticiosa de querer convertir en lengua escrita la lengua de los iletrados, para implantar como modelo la pobreza lexical y semántica del sistema de representación, en el que se fragua nuestro pensamiento, sistema con el que nos comunicamos, hontanar en el que se funda nuestro ser consciente.

BIBLIOGRAFÍA

- Bally, Charles. *Traité de Stylistique Francaise*, 2 v., Troisieme (París), Klincksieck, 1951.
- Seco, Manuel. *Diccionario de dudas*, Madrid, Espasa Calpe, 1986.
- Patín Maceo, M. A. *Obras lexicológicas*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1989.
- Menéndez Pidal, Ramón. *La lengua castellana en el siglo XVII*, Madrid, *Colección Austral*, Espasa Calpe, 1991.

II. Obras examinadas para establecer el corpus analítico

- Amiama, Manuel. *El viaje*. Ciudad Trujillo, La Opinión, 1940.
- Balaguer, Joaquín. *Los carpinteros*. Santo Domingo, Editora Corripio, 1984.
- _____. *La palabra encadenada*. Santo Domingo, Editora Corripio, 1982.
- Bosch, Juan. *Cuentos escritos en el exilio*. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1980.
- Cartagena Portalatín, Aída. *Escalera para Electra*. Santo Domingo, Editora Taller, 1975.
- _____. *Tablero*. Santo Domingo, Editora Taller, 1978.

- Caro, Néstor. *Cielo negro: cuentos*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1950.
- Castillo, Efraín. *Currículum (el síndrome de la vida)*. Santo Domingo, Editora Taller, 1983.
- Cestero, Tulio M. *La sangre*. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1975.
- Henríquez Ureña, Pedro. *El español en Santo Domingo*. Buenos Aires, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, 1940. Ed. facsímil, Taller, 1982.
- Navarro, Tomás. *El español en Puerto Rico*, Río Piedras (Puerto Rico), Universitaria, 1978.
- Cuervo, Rufino J. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*; ver *Obras completas*, v. 1. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1939.
- Tejera, Emiliano. *Indigenismos*, 2 v., Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1982.
- Salinas, Pedro. *La responsabilidad del escritor y otros ensayos*. Barcelona, Seix Barral, 1961.
- Di Prieto, Giovanni. *Temas de literatura y de cultura dominicanas*. Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1993.
- Alonso Schokel, Luis. *Estudios de poética hebrea*. Barcelona, Juan Flors, 1963.
- Rosemblat, Ángel. *Estudios gramaticales y filológicos*, Caracas, Monte Ávila, 1984.
- _____. *Ensayos diversos*, ídem.
- _____. *Estudios sobre el español de América*, ídem.
- Meschonnic, Henri. *Critique du Rythme, Anthropologie historique du langage*, (París), Verdier, 1982.
- _____. *Ecrire Hugo, Pour la Poétique*, v. 4, (París) Gallimard, 1977.
- Contreras, Hilma. *La tierra está bramando*. Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.
- Damirón, Rafael. *¡Ay de los vencidos!* Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1983.
- _____. *La cacica*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1983.
- Deive, Carlos E. *Magdalena*. Santo Domingo, Imprenta Arte y Cine, 1964.

- _____. *Las devastaciones*. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1979.
- Cabral, Manuel del. *El presidente negro*. Buenos Aires, Ediciones Lohlé, 1973.
- Risco B., René del. *En el barrio no hay banderas*. Santo Domingo, Editora Taller, 1982.
- Díaz Grullón, Virgilio. *Los algarrobos también sueñan*. Santo Domingo, Editora Taller, 1978.
- García Godoy, Federico. *Trilogía patriótica: Rufinito, Alma dominicana y Guanuma*. Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, 1962.
- Gautreux P., Bonaparte. *Al final del arcoiris*. Santo Domingo, Editora Taller, 1980.
- Grullón, Ruddy. *Otra vida en New York*. Santo Domingo, Editora Cultural Dominicana, 1972.
- Hernández A., Ángel. *Carnavá*. Santo Domingo, Editora Taller, 1979.
- Incháustegui C., Héctor. *La sombra del tamarindo*. Santiago de los Caballeros, Ediciones Madre y Maestra, 1984.
- Lacay Polanco, Ramón. *La mujer de agua*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1949.
- _____. *En su niebla*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1950.
- _____. *El extraño caso de Camelia Torres*. Santo Domingo, Impresora Ángel, 1978.
- López P., Haim. *Hidalguía Antillana*. Barcelona, Casa Editorial Araluce, 1931.
- _____. *La pandilla*. Santiago de los Caballeros, Editora Taller, 1981.
- Marcallé, Roberto. *El minúsculo infierno del señor Lucas*. Santo Domingo, Editora Cultural Dominicana, 1973.
- Marrero A., Ramón. *Over*. Santo Domingo, Editora Taller, 1980.
- Marrero de Munne, Melba. *Caña dulce*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1954.
- Mateo, Andrés L. *La otra Penélope*. Santo Domingo, Editora Taller, 1986.

- _____. *La balada de Alfosina Bairán*. Santo Domingo, Universidad Pedro Henríquez Ureña, 1993.
- Mir, Pedro. *Cuando amaban las tierras comuneras*. Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Mora S., Manuel. *Juego de dominó*. Santo Domingo, Editora Taller, 1973.
- _____. *Goeiza*. Santo Domingo, Editora Taller, 1980.
- Moscoso P., F. E. *Cañas y bueyes*. Santo Domingo, Asociación Serie 23, 1975.
- Paulino, Aliro. *La noche que Trujillo volvió*. Santo Domingo, Ediciones Mundo Diplomático Internacional, 1986.
- Péix, Pedro. *El Brigadier*. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1981.
- _____. *Los despojos del cóndor*. Santo Domingo, Editora Taller, 1987.
- _____. *Narrativa yugulada*. Santo Domingo, Editora Taller, 1987.
- Pérez C., Carlos. *Jengibre*. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1978.
- Pérez, Carlos F. *Juan, mientras la ciudad crecía*. Ciudad Trujillo, Editora Arte y Cine, 1960.
- Prestol C., Freddy. *El masacre se pasa a pie*. Santo Domingo, Editora Taller, 1982.
- Rijo, José. *Entre la realidad y el sueño*. Santo Domingo, Editora Corripio, 1983.
- Requena, Andrés F. *Los enemigos de la tierra*. Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, S. A., 1976.
- Reyes, Ramón E. *El testimonio*. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe.
- Rivera Aybar, Ricardo. *El reino de mandinga*. Santo Domingo, Editora Taller, 1978.
- Rodríguez F., Arturo. *La búsqueda de los desencuentros*. Santo Domingo, Editora Taller, 1974.
- Sanz-Lajara, José. *El misterio del golfo*. Madrid, Aguilar Ed., 1934.

- _____. *El príncipe y la comunista*. Ciudad Trujillo, Impresora “cosmopolita”, 1937.
- _____. *Los rompimos*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1963.
- Valdez, Diógenes. *La telaraña*. Santo Domingo, Editora Taller, 1980.
- _____. *Lucinda Palmares*. Santo Domingo, Editora Taller, 1981.
- Vega B., Julio. *Anadel, la novela de la gastrosofía*. Santiago de los Caballeros, Ediciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, 1976.
- Veloz M., Marcio. *Judas, el buen ladrón*. Santo Domingo, Librería Dominicana, 1962.
- _____. *La biografía difusa de Sombra Castrañeda*. Santo Domingo, Editora Taller, 1984.
- _____. *Florbella*. Santo Domingo, Editora Taller, 1986.
- _____. *De abril en adelante*. Santo Domingo, Editora Taller, 1984.
- Vergés, Pedro. *Sólo cenizas hallarás(bolero)*. Santo Domingo, Editora Taller, 1984.

III Antologías

- Alcántara A., José. *Antología de la literatura dominicana*. Santo Domingo, Ediciones Culturales Dominicanas, 1972.
- Fernández, Carlos y Santos, Danilo de los. *Lecturas dominicanas*. Santiago de los Caballeros, 4 v., Santo Domingo, Intec, 1981.
- Llorens, Vicente. *Antología de la literatura dominicana*. Santo Domingo, Imprenta El Porvenir, 1941.
- Collado, Lipe. *La nueva narrativa dominicana*. Santo Domingo, Editorial Casagrande, 1978.
- Péix, Pedro. *Narrativa yugulada*. Santo Domingo, Editora Taller, 1978. Esta antología recoge una amplia muestra de la narrativa dominicana desde comienzos de siglo hasta 1970.

Evolución del lenguaje político dominicano*

1. EL LENGUAJE DE LA DICTADURA (1930-1961)

Durante la Era de Trujillo, el lenguaje político presentaba dos caras opuestas. La de los amigos del orden, del progreso, de la moralidad, encarnado en el dictador Rafael Trujillo (1891-1961) y el representado por un desmedido culto a la personalidad del dictador. El otro polo lo representaban los enemigos o los adversarios del régimen a los que se ultrajaba con una copiosa salva de insultos. La alabanza y el insulto se convirtieron en hábitos de pensar. Molde de expresión en la dictadura. Un ejemplo que convirtió a muchos en verdaderos mercenarios de la pluma. Sobre todo, aquellos cuya función era arrojar las bajas pasiones, mediante ese célebre instrumento de extorsión, de denostación y de insultos zafios que se llamó el Foro Público.

La dictadura se concebía como un acto de fe. Una creencia que llenaba los vacíos, de resultas del gran aislamiento cultural que vivía la sociedad. Vivíamos en una sociedad de partido único, sin disensiones porque el dictador tenía el control de todos los que los medios de comunicación y de instrucción (escuelas, universidad, institutos e iglesias). La función del intelectual era, pues, ocultar la verdad; defender cueste lo que cueste el régimen y atacar a sus adversarios. De toda esa producción de lenguaje nos quedaron unos esquejes en los que pululan individuos que, continuamente, zigzaguean entre la destrucción moral del adversario hasta llegar al escarnio y la apología ciega de sus mandantes hasta resultar en servil adulación.

* Publicado en la revista *Rumbo* en 1997.

2. LAS DOS MATRICES : EL ORDEN Y EL CAMBIO

Durante los doce años (1966-1978), Balaguer estableció como un mecanismo de opinión y de coartada ideológica que el terror y los asesinatos procedían de “*fuerzas incontrolables*”, “*elementos subversivos*” y otras fuentes secretas e invisibles, imposibles de identificar. En cambio, la oposición que padecía estos males, hablaba monda y lirondamente de “*grupos parapoliciales*”; la represión indiscriminada e irracional es para contrarrestar *fuerzas ocultas*; la represalia sangrienta y la destrucción de los grupos de izquierdas y filosocialistas en el primer Gobierno de Balaguer es llamada *la revolución sin sangre*.

Balaguer, que encabezó un Gobierno en el que aún resplandecían los símbolos del antiguo régimen trujillista, moldeó en gran medida el lenguaje político del poder. Su estilo caracterizado por el proverbio, el aforismo, la frase cohete y los floripondios clásicas, utilizados para impresionar, se mantuvo equidistante de los planteamientos de ideólogos y en lugar de éstos se definió siempre como el representante del orden. El orden era su mantenimiento *per secula seculorum* en el poder. Al mismo tiempo, encabezó unos de los Gobiernos más populistas de la historia dominicana, basándose en el clientelismo. La distribución de viviendas, de tierras, de dinero, de bienes coincidió con la etapa de mayor crecimiento económico que registra la historia de los últimos cincuenta años. Esa danza de los millones le permitió fraguarse un voto duro de un poco más de 30% de la población. Paternalismo. Clientelismo. Destinismo. Son los rasgos de este monarca autoritario, que ha gobernado con mano de hierro la nación dominicana. Su único argumento político le ha sido servido por sus adversarios. Se definió como la encarnación del orden ante la anarquía y de la seguridad ante la incertidumbre. *Yo, señores, no me imagino ser el hombre más perfecto de este país; pero recuerdo aquella leyenda del cuento irlandés: que no se puede cambiar de caballo cuando se está vadeando un río. Quince años después dice poco menos lo mismo : Por aquí se va (levanta la mano derecha) a la conquista del vellocino de oro y por allá (levanta la mano*

izquierda) a la confrontación permanente, a la incertidumbre, a un salto al vacío. Se trata de la síntesis de la única tesis “Balaguer un camino sin peligro”.

En los primeros gobiernos de Balaguer, Bosch se convirtió en su principal adversario. Sus intervenciones, salpicadas de teorías sociales, enriquecieron el lenguaje político enormemente. Su liderazgo racional, basado en las cualidades intelectuales, quedó mellado cuando abandona el PRD y funda el PLD con unos pocos seguidores.

En ese momento el gran adversario de Balaguer fue el doctor José Francisco Peña Gómez. Su retórica incendiaria, llena de relatos épicos, invocaciones al heroísmo y metáforas deslumbrantes que lo convirtió en el más grande líder de masas que ha dado este país, no le impidió –en los terribles momentos de la guerra fría– proclamarse como aliado de los liberales de Washington y de las grandes democracias del mundo. Y eso ocurría cuando Bosch proclamaba la dictadura con respaldo popular y se definía como marxista. Sacar al PRD, de los derroteros ideológicos de los partidos universitarios y de los grupúsculos de izquierda, hizo posible la alternabilidad en el sistema político dominicano.

Precisamente, la otra cara del discurso político opuesta a Balaguer fue el concepto de “*El cambio*” propuesto por Peña Gómez. “*Vota por el cambio*”. Al discurso político del cambio, los balagueristas respondieron con la tesis de que “*lo bueno no se cambia*”, “*Aprovechemos a Balaguer*”, pero no lograron descentrar la idea del cambio. El PRD simbolizó las esperanzas de millones de dominicanos que lo han respaldado como símbolo del cambio. Cuando se agotó esa imagen, luego de su paso por el poder, llegó entonces la tesis del *cambio del cambio*. El cambio con manos limpias, representado por el ex Presidente Salvador Jorge Blanco. Este desencanto de la política es la respuesta a los líderes que, una vez llegados al poder, reniegan de los programas y de las promesas que hicieron al electorado. Por eso, encarnar el cambio ha sido la fórmula de mayor éxito en la política dominicana. Basándose en este precedente, el Presidente Leonel Fernández llegó

aupado en los rechazos a los gobiernos anteriores del PRD y del PRSC, convirtiéndose en el símbolo del cambio de generación, de política, de modo de vida. El lema utilizado por Fernández y el PLD se deriva de la misma fuente: se vota en contra del pasado inmediato. Porque es un pasado de frustración, de ineficiencia, de engaño y de insatisfacción popular. El PLD interpretó este deseo en la fórmula “*Vota por el nuevo camino*”. Lo nuevo, el cambio, la modernización se han convertido en palabras engañosas para los dominicanos.

LOS ACTORES POLÍTICOS

Desde su llegada del exilio en 1961, Juan Bosch se definió como el pedagogo. Ha sido el político que más ha influido en las jóvenes generaciones tanto del PLD como del PRD. Deslindó las clases sociales en *tutumpotes* e *hijos de Machepa*, y se proclamó como defensor de los *hijos de Machepa*. Utilizó siempre un lenguaje llano, henchido de refranes y dichos populares y al mismo tiempo cargado de intenciones intelectuales. Bosch se concibe a sí mismo como el continuador del pensamiento liberal que nos viene de Hostos, de Ulises Francisco Espaillat y de Francisco Gregorio Billini. Su influencia se transforma en fuerza histórica, en el PLD. Por contraste, Balaguer se presenta como el gran árbitro de la paz, la seguridad y el orden. Peña Gómez, en contraposición a los dos anteriores, simboliza la figura del redentor de las masas. Sus discursos fogosos en los que campaban por sus respetos las metáforas relacionadas con la sangre y el fuego, le fraguaron un aura mesiánica. En resumidas cuentas, puede decirse que Joaquín Balaguer buscaba impresionar, seducir con una oratoria grandilocuente; Bosch, en cambio, quiere instruir, convencer y Peña Gómez, exaltar, agitar, redimir.

LA OPOSICIÓN DERECHA E IZQUIERDA

Luego de la caída de la dictadura y el comienzo del pluralismo político se imponen las metáforas geográficas de izquierda-derecha, norte-sur, este-oeste, que dispensan al usuario de la capacidad de pensar y simplifican la realidad. En sus orígenes la noción de izquierda y derecha designaba a dos grupos políticos nacidos de la Revolución francesa, que en la Asamblea se sentaban los girondinos a la derecha y los jacobinos a la izquierda. Pero en el lenguaje político dominicano la izquierda compendia a los partidos universitarios y partidos marxistas y sindicatos y gremios filosocialistas, caracterizados por la defensa del partido único, de la dictadura del proletariado, la solidaridad social y la igualdad o la sociedad sin clases.

La derecha se caracterizaba por la defensa de la propiedad privada, de los privilegios sociales, por el rechazo al cambio social; admite como fundamento el pluralismo político y la idea de libertad individual de creencias y de participación políticas; utiliza políticas clientelistas para conjurar las demandas de los grupos sociales.

Esta configuración se ha diluido con la caída de los regímenes totalitarios en 1989. Hoy se habla de *fuerzas progresistas*, *ideas progresistas* que se contraponen a *las fuerzas conservadoras*. Las primeras tienen el monopolio de las buenas intenciones, están respaldadas por la sacrosanta honestidad de los hombres de izquierdas y las últimas representan, según los medios de prensa, las oligarquías, las dictaduras, la maldad. Esta oposición se refiere a partidos políticos que obran dentro del pensamiento tradicional dominicano, caracterizado por clientelismo, la compra de conciencias, la manía del privilegio, el caudillismo, el culto al Estado fuerte y al jefe autoritario. Es claro que este vocabulario antes que revelarnos la realidad, la enmascara; antes que informar, desorienta. Veamos. ¿En qué consiste, pues, el progreso de las llamadas *fuerzas progresistas*? Una inmensa porción, la más radical y la más progresista, ha pasado entre 30 y 40 años de sus vidas defendiendo gobiernos de partido único, sociedades de

subsistencia y de pensamiento dirigido, en las que se habían suprimido las libertades de asociación, de participación y de expresión del pensamiento. Se trataba, pues, de un progreso antidemocrático. Ese panorama cambió radicalmente con el derrumbe de la mayoría de las sociedades totalitarias. Buena parte de esas parcelas pasaron poco a poco a la socialdemocracia y constituyeron el nuevo perfil de las fuerzas progresistas, caracterizadas por las políticas sociales, por la crítica de las desigualdades. Las *fuerzas conservadoras* se oponen por lo general al cambio y a la pérdida de los privilegios. El término derecha, conservador, ha tenido muy mala prensa y por ello muchos de los que llevan la esclavina de derechistas prefieren llamarse de centro. Porque se ha designado con esa denominación a grupos e individuos que proceden del antiguo régimen trujillista, que traen en sus hábitos de pensar, en su modo de actuar, el culto al hombre fuerte, al dictador y a la violencia. Mientras en las fuerzas progresistas se hace hincapié a los derechos de los pobres; en las conservadoras, se pone el énfasis en los deberes.

CONCLUSIÓN

En el pasado, el discurso político dominicano se caracterizó por el debate intelectual entre Bosch y Balaguer; luego por la confrontación Balaguer-Peña Gómez; hoy, hemos llegado a un discurso político vacío: no hay propuestas, no hay utopías; nadie cree en programas que no se cumplen. Al desmenuzar las políticas de los partidos en liza, nos percatamos de que todos se caracterizan por el predominio de un pensamiento único que es, en definitiva, una falta de pensamiento: la sumisión total a los dictámenes de los organismos internacionales y a la mano invisible del mercado.

Una cierta superstición ha llevado a mucha gente a creer en la idea de que todo el que va a la política lo hace por altruismo y para servir a los demás. El ejercicio de la política tiene cada vez más carácter de feudo, de apropiación de la cosa pública, para hacer una política sin ideales, sin metas, sin programas, sin compromisos con

los electores, sin grandezas y sin vocación de servicio a los demás.

Al político, según Cornelius Castoriadis, se le exigen dos cualidades.

1^{ro} Saber llegar al poder. Porque aunque se tengan las mejores ideas si no se llega al poder no sirven para nada; y

2^{do} Una vez que se ha llegado al poder, saber gobernar. Pero nada garantiza que alguien que sepa gobernar, pueda llegar al poder.

Los antiguos líderes Joaquín Balaguer, Juan Bosch y José Francisco Peña Gómez se fraguaron durante décadas de esfuerzos y se convirtieron en intelectuales que examinaban con curiosidad las sociedades en que les tocó obrar; el nuevo liderazgo, en cambio, se basa en el dominio de la comunicación, del *marketing*, de la imagen, del maquillaje y en la adulación de las masas . Son vendedores de ilusiones.

El discurso de izquierda en la República Dominicana*

I. LA IZQUIERDA

1.1. ¿A qué llamamos izquierda? Es obvio que no es sólo una metáfora geográfica como parece señalarnos su origen¹ —la revolución francesa, 1792—. Pesebrera en la que se fraguó, desde los comienzos, el conflicto entre los defensores de la igualdad y los

* Ponencia *in extenso* presentada el 17 de abril de 1994 en El Congreso crítico de literatura dominicana, que tuvo lugar en el Hotel Cervantes de Santo Domingo. Un resumen de la misma fue publicado en Ponencias del Congreso Crítico (1994) editado por Diógenes Céspedes.

1 No se trata del lugar donde se hallaban asentados los jacobinos en la Asamblea General de Revolución en 1782, en Francia. Ni tampoco de la mera oposición a los girondinos. La izquierda, en puridad, representaba la oposición a los partidarios de que se conservase una monarquía limitada y constitucional, tal Lafayette. La encarnación del radicalismo jacobino será asumida por Robespierre y su período del Terror Revolucionario de 1793 y posteriormente, el Gran Terror serán considerados como manifestaciones de la firmeza y de la determinación revolucionaria. Saint Just, Marat y todos los partidarios de ese radicalismo son el símbolo de la izquierda. Los que se opusieron a esas medidas fueron tildados de conservadores, y por oposición, gente de derecha. El sambenito de derecha tomó cuerpo al radicalizarse las posiciones de los jacobinos que plantearon limitaciones al ejercicio del derecho de propiedad privada y la supresión de las libertades individuales para salvaguardar el principio revolucionario de la igualdad. Se llamó, entonces, derecha para designar a los que simbolizaron el apego a la ley, a la tradición, a la libertad individual y a la propiedad privada. Véase a este respecto las importantes observaciones que hace Antonio Fernández en *Historias del mundo contemporáneo*, Vicens-Vives, Madrid, 1988, pp. 23-38.

partidarios de la libertad. Sinónimo de progresismo² para muchos, la izquierda se la ha representado como defensora de la igualdad y, por ello, ha tenido muy buena prensa. La derecha, en cambio, ha sido tachada de conservadora; opuesta a los cambios. Y a esa mácula le ha añadido un aura de injusta que le ha granjeado una muy mala prensa³ que nadie se atreve asumir, por la impopularidad que trae consigo. Se ha convertido en una palabra tabú. Llamamos derecha a los regímenes dictatoriales y antidemocráticos, pero también a los Gobiernos de los partidos socialdemócratas, liberales y conservadores; y seguimos nombrando como izquierda a las dictaduras comunistas en donde no hay libertad de asociación, el poder está concentrado en un partido único, y se vive en una sociedad de subsistencia y de pensamiento dirigido.

Lo que se opone a las dictaduras conservadoras y a las izquierdas es, pues, la democracia. Porque se parte del principio de que el poder es propiedad de la población que lo delega temporalmente en unos representantes mediante el sufragio universal. En la democracia el poder es expresión de la voluntad popular; en la dictadura la voluntad popular es confiscada, bien por un César o bien por una camarilla o partido. De ahí que la izquierda no comunista pre-marxista —que no comparte ni la abolición de la propiedad privada ni la supresión del sufragio universal ni limitación de las libertades individuales ni la eliminación del pluralismo político— se haya deslindado clamorosamente de la izquierda comunista, llamándose socialdemocracia.

Sin embargo, cuando examinamos los grupos que obran en el ruedo político, observamos que muchas ideas tópicas, presupues-

² Según Enrique Fontanillo en su *Diccionario de Historia*, 1986, Madrid, Anaya, la izquierda representa la tendencia o partido político que, en el marco de un sistema político parlamentario, defiende posiciones progresistas en el sentido de cambios, reformas políticas y sociales que favorezcan la igualdad de los ciudadanos. Tal como se echa de ver en estas líneas, el diccionario adopta una posición anti derechista. Lo cual es una prueba de que se trata de una definición interesada. Hay, desde luego, una tradición discursiva dentro de la cual la solidaridad, la insumisión, la igualdad, el progreso se han tomado como monopolio de la izquierda y el mérito, el orden, la seguridad, la libertad, el conservadurismo y la tradición se consideran valores de derecha.

³ Of. Fontanillo, *op. cit.*

tos y prejuicios procedentes del marxismo han sido adoptados por la socialdemocracia y por los partidos populistas, como si asumieran una actitud de derrota mental ante el lenguaje que han tomado prestado a esta ideología⁴. La izquierda no es sólo un Partido, un sindicato, una teoría o un doctrinal; es una cultura, cuyos dogmas y máximas son reproducidos, inconscientemente muchas veces, por millares de individuos.

Tradicionalmente las izquierdas se han representado por el cambio, las reformas sociales, el anticlericalismo, el movimiento popular, la igualdad, la economía dirigida por el Estado, el Estado providencia y la protección social —entendida como la transferencia de una parte de las riquezas pública y, en copiosos casos, de la privada a los pobres—. La derecha, en cambio, quedaría simbolizada por el *status quo*, la tradición, la patria, el individuo, el orden legal; las reformas, no la revolución; la seguridad. Y, en los últimos tiempos, por el proteccionismo y la economía liberal, por el Estado mínimo y por el intervencionismo estatal. Paradoja que atestigua que el discurso de derechas no es un ente monolítico. En el decenio de los setenta, la izquierda cimentó su argumentación en la defensa de la igualdad, la protección social y el internacionalismo proletario, especie de cosmopolitismo que coloca el sentimiento de clase proletaria por encima de la personalidad de las naciones. La derecha, por contraste, basó sus proclamas en la defensa de la libertad del sufragio universal, por el pluralismo político y por la defensa de la propiedad privada.

El advenimiento de una nueva sociedad, redimida de todas sus culpabilidades, es la ilusión que campea en el discurso de izquierdas. Bien sea la sociedad que soñó el PLD, luego de cumplida la liberación nacional o bien la columbrada por las variopintas sectas de izquierdas; en todas esas representaciones se ponía el acento en la incapacidad de los políticos democristianos, liberales y socialdemócratas para dirigir

⁴ Es lo que Michel Foucault ha designado como formación discursiva. Un amasijo de discursos oriundos de un doctrinal semejante. Véase *Archeologie du Savoir*, Gallimard (París) 1969, pp. 44-54.

el Estado. Se confiaba, beatamente, en el mito de la eficiencia sobrenatural de los políticos de izquierda, conforme al cual aplicando sus fórmulas mágicas, extraídas del marxismo científico, los países pobres y subdesarrollados se convertían por arte de birlibirloque en naciones ultramodernas. Se practicaba la fe ciega en la creencia, desdeñando las verificaciones concretas que echan por tierra esta engañifa. Pariente de este mito es la leyenda, según la cual al convertirse al marxismo los políticos de izquierdas entraban en el sanctasantorun de la santidad. Sólo ellos tenían sensibilidad social. Sólo ellos tenían buenas intenciones; el resto de los mortales estaban condenados a padecer una enfermedad, cuya única vacuna es la conversión al marxismo: la deficiencia moral.

El anticapitalismo no procede únicamente de los grupos fil-socialistas. Progresa prolijamente en los partidos populistas y en algunas congregaciones eclesiásticas que han acumulado un amasijo de prejuicios en contra de la riqueza, rechazan el lucro, la iniciativa individual, la libre competencia y consideran el enriquecimiento como un hecho inmoral; permanecen enclaustrados en la teoría del bien limitado⁵. En algunos casos estas tendencias han encarnado como visión mesiánica hasta convertirse en teología de la liberación. En otros, se han mezclado con el tercermundismo⁶, que

⁵ Frank Moya Pons, en *El pasado dominicano*, (SD, Caro Álvarez, 1966) hace algunas observaciones sobre la mentalidad del dominicano, que atestiguan de cuanto decimos: “El catolicismo proporciona una ideología económica pasiva, al difundir la noción de que la pobreza era una virtud y de que el lucro excesivo era pecado” [...] Lo que quiere decir que el enriquecimiento se considera como moralmente erróneo porque supone la apropiación de recursos ajenos y se percibe como socialmente subversivo porque supone el debilitamiento de la base que sustenta la vida de la comunidad.” Pp. 367-369

Estas mismas ideas arroparon a los dirigentes de los partidos de izquierdas que “al morir Trujillo encontraron en el socialismo y en el comunismo una ideología igualitaria que andaba más a tono con la noción tradicional del bien limitado que con la motivación económica del lucro”, p. 371.

⁶ Carlos Rangel, en *El Tercermundismo*, (Caracas, Monte Ávila, 1882) hace algunas precisiones sobre estas tendencias anticapitalistas: “Los anticapitalistas no son únicamente los comunistas o únicamente los marxistas, únicamente los socialistas [...] sino que incluye a todos los insatisfechos, a todos los frustrados, a todos los desorientados, a todos los desafortunados, a todos los irracionales. Incluye también el anticapitalismo a quienes (como algunos cristianos) no siendo exactamente irracionales, temen sin embargo las implicaciones racionalistas y secularizadoras del Capitalismo. Y también a

transfiere el esquema marxista de la lucha de clases a las relaciones internacionales.

II. CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS (1960-1978)

Las ideas socialistas penetran copiosamente en el país con el arribo de la inmigración de los socialistas españoles en 1939⁷. Aunque los primeros atisbos intelectuales se perciben mucho antes⁸, es luego de la muerte del dictador Rafael Trujillo, en 1961, cuando las ideas socialistas toman cuerpo, inspiradas en la entonces ejemplar experiencia de la Revolución cubana⁹ cuyo credo fue adoptado a pie juntillas, difundido a tambor batiente por una gran porción de intelectuales dominicanos, al punto que a comienzos de esos años se fundan en el país la mayoría de los partidos de izquierdas. El 14 de Junio, que tendría su primera experiencia guerrillera en 1964, el Movimiento Popular Dominicano (MPD), el Partido Comunista Dominicano (PCD), el Partido Socialista Popular (PSP) y otros grupos, cuyas miras eran el establecimiento de la Revolución socialista. En el decenio de los sesenta y a comienzos de los setenta, toda América Latina fue zarandeada por movimientos guerrilleros. En Argentina, con los montoneros; en Uruguay, con los Tupa-

todos a quienes por cualquier causa rechazan o temen las consecuencias del desarrollo científico y tecnológico, del industrialismo y del crecimiento de las ciudades”. Según Rangel el Tercermundismo es uno de los puntos de referencia del pensamiento de izquierdas.

⁷ Bernardo Vega, *La Migración española de 1939 y los inicios del Marxismo –Leninismo*, SD,FDC, 1984.

⁸ Diógenes Céspedes, en *Ideas Filosóficas, discurso sindical y mitos cotidianos en Santo Domingo*, SD, Taller, 1984, muestra que Ricardo Sánchez Lustrino es precursor de las ideas socialistas en este país, junto a Adalberto Chapuseaux, autor de *El porqué del Bolchevismo*, SD, 1925.

⁹ José I. Cuello, *El Debate sobre las Generaciones* SD, FDC, 1991 “cualquier análisis del papel de la generación que emerge a la vida pública en los años 60, tiene que involucrar la presencia del castrismo como elemento condicionalmente de toda la vida local”, p. 122.

maros; en Brasil, Marighella; en Venezuela, con Douglas Bravo; en Colombia, con Camilo Torres y, posteriormente, con M-19; en Perú, con Tupac Amaru y Sendero Luminoso, aún se prolonga; Centroamérica ha sido en las últimas décadas un polvorín —excepción hecha de Costa Rica—.

En nuestro país, luego de la guerra civil de 1965 cuyo desenlace dejaría caldeadas las pasiones, asistimos a unas décadas de escaramuzas guerrilleras entre las diferentes facciones de la extrema izquierda y las fuerzas paramilitares. Según el recuento de Frank Moya Pons: “más de tres mil dominicanos perdieron sus vidas entre los años 1966 y 1974”¹⁰. Toda la dirigencia de los partidos de izquierda pasó por las cárceles. Varios ensayos de guerra de guerrillas intentaron volcarnos en una situación revolucionaria. Hubo uno encabezado por el grupo de Amaury Germán Aristy (1973) que llevó a la inmolación a los Palmeros; luego llegó la guerrilla del coronel Caamaño; y después la del grupo Rubirosa Fermín. Y, postteriormente, la del guerrillero solitario y romántico Plinio Matos Moquete. Sería ocioso afirmar que los derechos y las libertades estuvieron seriamente mermados en aquel punto y hora.

¿Cómo obró la élite intelectual de izquierdas? Conjuntamente con los tanteos bélicos, la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) fue abierta a las corrientes de izquierdas y terminó, luego del Movimiento Renovador (1966), convertida en un feudo de los diferentes grupos de izquierdas¹¹. Más de un millar de

¹⁰ Frank Moya Pons, *Manual de Historia Dominicana*, Librería La Trinitaria, 1992, ed. corregida y aumentada. Consúltase adenda, p. 5.

¹¹ Frank Moya Pons, *op. cit.*: “Al comenzar el tercer período de gobierno de su régimen de 12 años, Balaguer podía sentirse seguro. Los dirigentes izquierdistas más peligrosos habían sido aniquilados, mientras los sobrevivientes eran conquistados y los demás profesionales de la construcción recibieron contratos para las obras públicas del Estado; los intelectuales y los profesionales fueron dejados en libertad para incorporarse a la nómina del Gobierno a través de su nombramiento como profesores de la Universidad estatal, muchos de ellos sin tener adecuadas calificaciones profesionales”. “Más de un millar de militantes de los minúsculos partidos de izquierda se convirtieron en profesores y empleados de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, transformándose gradualmente en elementos conservadores, aun cuando desplegaban un estridente discurso revolucionario. Balaguer le cedió el control de la Universidad a los

izquierdistas entró a formar parte del personal de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Algunos ejercieron holgadamente sus profesiones al amparo de uno de los crecimientos económicos más espectaculares de América Latina¹². Otros entraron en la nómina de la Presidencia de la República, tal como acaeció con algunos prominentes miembros del Partido Comunista que, según el historiador Frank Moya Pons “se convirtieron en los principales ideólogos de las políticas agrarias de Balaguer”.¹³

La Universidad Autónoma de Santo Domingo representó un papel doctrinal. Algunos manuales marxistas se convirtieron en texto de lectura obligatoria para los estudiantes del curso propedéutico de entrada a la facultad. Así *El curso de filosofía* de George Polirzer, *Los fundamentos del materialismo histórico* de Constantinov, *Los principios del materialismo histórico* de Marta Hanecker, *La economía política* de P. Nikitin, *La filosofía* del ruso Afanasiev eran los textos canónicos con los cuales se comenzaban las faenas del adoctrinamiento. Iguales procedimientos se adoptó en los programas de las carreras, generalmente adobados con una buena dosis de marxismo, y en la política de investigación llevada a cabo por el Centro de Investigación de la Universidad (CERESD), que se habían centrado en contra del comercio con las naciones desarrolladas y en contra de la inversión extranjera y otros tópicos oriundos del tercermundismo. Las publicaciones tomaron estos mismos derroteros. Al evaluar los libros y las bibliografías y las tesis de los estudiantes se confirman punto por punto estas conclusiones.

La organización de partidos en los liceos de educación pública y en la propia Universidad extendió aún más los cimientos de una cultura filosocialista. Los mandos máximos tenían que contar con el apoyo de estos partidos para poder gobernar. Los activistas culturales de izquierdas hallaron en ese espacio sus *modus vivendi*,

grupos izquierdistas”, pp. 541-543.

¹² [...] “Una economía en expansión que durante los años 1970 a 1974 alcanzó las tasas de crecimiento más altas de toda América Latina” *op. cit.*, p. 540.

¹³ *Op. cit.* Supra.

ya como burócratas, ya como profesores, ya como dirigentes estudiantiles.

Con la entrada masiva de los izquierdistas en el seno de la Universidad se constituye el poder universitario. Se difunde un vastísimo compendio de manuales marxistas, así como las obras de los intelectuales dominicanos que, principalmente en historia y sociología, se dedican a difundir esta percepción del mundo.

Tres eran las metas de esta política.

- Primero, la legitimación de los grupos dirigenciales e intelectuales de izquierdas. Estos grupos se habían empleado a fondo para transformar los programas de las asignaturas, partiendo de la filosofía de que se elaboraba un sistema de educación para el socialismo. Parejamente los grupos que operan relanzarán un vastísimo programa de publicaciones, fundamentalmente, procedente de la Escuela de Sociología. Los grupos que repartieron el mando, convirtieron la autonomía concedida por el Presidente Balaguer, tras el magnicidio de 1961, en una especie de Estado dentro del Estado. Habían forjado su propia forma de Gobierno, presupuesto propio, independencia del Estado y gobierno propio. Los estudiantes, los empleados y los profesores tenían su propia representación en el organismo principal constituido por el claustro. Las fuerzas organizadas se distribuyeron el poder.
- Segundo, la formación de discipulado en su derredor que obrara como caja de resonancia en el seno de toda la sociedad.
- Y, finalmente, la reproducción de ese consistorio como grupo de presión ideológica, orlado con el prestigio académico y la legitimación social. Los temas obsesivos de esta *inteligentsia* son: la dependencia, la gestión política de Balaguer, la Revolución, las guerrillas, los libros de testimonio, el antinorteamericanismo y los conceptos básicos del doctrinal marxista que aplicaban jesuíticamente. Son estas las preocupaciones esenciales de los centros de investigación, de las revistas, de los semanarios y de las octavillas que se dan a la estampa en la editora universitaria.

La Prensa convirtió a estos políticos, cuyo caudal electoral (en

los comicios de 1978, 1982, 1986, 1990) no rebasa el 1%, en verdaderas personalidades políticas. Los periódicos y la radio y las cadenas de televisión multiplican sus opiniones. Entre 1966 y 1978 el martirologio del cual eran albaceas, los convertía en verdaderas leyendas.

Las clases dominantes dominicanas, ante los desafíos que les planteaba la *intelligentsia* de izquierdas, se dotaron muy prontamente de su propio establecimiento: la Universidad Católica Madre y Maestra. Era, en los comienzos de los sesenta, la única escuela de enseñanza superior privada. Concebida como institución elitista, donde la escolaridad era relativamente cara, y en donde se habían desterrado todas las actividades de enseñanza comprometida con el marxismo y los grupos filosocialistas.

“Las familias de las capas dominantes de Santo Domingo preferían enviar a sus hijos allí, antes de dejarlos expuestos, es concebible, a las corrientes innovadoras de la Universidad activa y agitada de la Capital”¹⁴ [...] “con un programa de extensión ampliamente financiado por bancos internacionales [...] aspira ante todo (y lo consigue en casi todas las disciplinas) a formar especialistas de alto nivel. Nada de elecciones, nada de demostraciones políticas, nada dirección colectiva, un Consejo Universitario constituido en su mayoría por notables y jefes de empresas de la región, tal es el sistema en vigor”¹⁵.

En esa institución se fraguó una élite intelectual, formada al estilo de las universidades norteamericanas, en las que muchos de sus mandos medios y superiores habían estudiado. Constituían las primicias – todavía en agraz en algunas disciplinas, plenamente desarrolladas en otras- de una nueva *intelligentsia*, no maculadas por las ideas filosocialistas. Algunos miembros de ese cuerpo docente representarán

¹⁴ Se trata de observaciones que hiciera en un artículo sobre las universidades dominicanas que escribió, el Dr. Roger Gaillard, Rector de la Universidad de Puerto Príncipe (Haití). Las citas corresponden a un testigo ejemplar que no se halla comprometido con la realidad que describe. Así acaece, muy probablemente, con el autor de estas apostillas. Cf. “ Vers une nouvelle universités: la référence dominicaine “ (1987).

¹⁵ Ídem.

un papel importante en la cultura dominicana, llegando en algunos casos a constituirse en la avanzadilla en sus respectivas disciplinas. Miembros del cuerpo docente de esa institución eran el Padre José Luis Alemán, el geógrafo Rafael Yunén, el historiador Fernando Pérez Memén, el historiador Frank Moya Pons, el economista Bernardo Vega, el escritor Héctor Incháustegui, el lingüista Orlando Alba, los educadores Max Fernández, Ángel Hernández, Pedro Pichardo, el escritor Bruno Rosario Candelier, el filósofo Manuel Miniño, el jurista Milton Ray Guevara, el jurista Pedro Manuel Casals Victoria, la historiadora Mukien Sang Ben y el novísimo economista Andrés Dauhjare, quien además es diplomado de la institución, al igual que dos de los poetas más importantes de las últimas generaciones: Cayo Claudio Espinal (1955) y José Enrique García (1948). La Universidad Católica Madre y Maestra mantenía una política de publicaciones históricas, científicas, educativas y culturales, antípoda de la Universidad estatal.

Sin embargo, eso no impidió que hasta finales de los años setenta la Universidad estatal mantuviese una absoluta primacía en la cultura dominicana. Conservaron el control de la mayoría de los liceos, de las revistas, de la formación del cuerpo de profesores de educación media, de los suplementos y las publicaciones, de los textos escolares (caso ejemplar es la enseñanza de la Historia) y, sobre todo, tenían la hegemonía de la representatividad académica y monopolizaron la vida cultural, llegando con ello a constituir una élite de izquierdas o filosocialista.

III. LA FORMACIÓN DE UNA ÉLITE INTELECTUAL DE IZQUIERDAS

III.1. Algunos actores.

Una curiosa estructura obra como principio de organización en los partidos de izquierdas. Podríamos resumirla en puridad de este modo:

1. *la presencia de un líder carismático o cacique histórico que*, las más de las veces, cuando es desplazado por incapacidad o por una elección democrática divide la organización, el sindicato o el gremio. De ahí que unos de los rasgos estadísticamente comprobados en los grupúsculos izquierdistas son los desgarramientos, las divisiones y las luchas de las facciones de poder en el seno de las organizaciones. Los partidos de izquierdas se burocratizaron. Surgieron oligarquías grupales que se apoderaron de la representación total del Partido, y secuestraron el mando.
2. *El líder se concibe a sí mismo como instrumento de la Historia*, como expresión de un ideal trascendente. Como manifestación de la voluntad de las masas. Pero unas masas que no pueden mostrar su verdadero rostro. Cuando están dotadas de rostro y personalidad: grupos de interés, grupos de opinión. Cuando las masas toman conciencia de sí, en cuanto grupo, el líder las rechaza; no admite ni disidencias ni tendencias. La disciplina está pensada como consenso o confrontación.
3. *Al líder le es dable columbrar ante sus seguidores la presencia del enemigo objetivo que hay que combatir y destruir*. El enemigo es ubicuo; puede estar en cualquier lugar; llevar mascarilla para pasar de incógnito: adversarios políticos, militantes, intelectuales e incluso dirigentes del propio partido. El enemigo es todopoderoso. Combatir su cabeza de Hydra exige medios expeditivos y crueles. De ahí el terrible método de las acusaciones y delaciones previas a la rehabilitación, célebres actos de expiación y constricción en donde el sujeto se auto flagela con el cilicio de la moral revolucionaria hasta degradarse y reconocerse como un ser abyecto y vil.

III.2.2 Los intelectuales

- a. Hemos elaborado una lista de los intelectuales cuyo discipulado, presencia en los medios, prestigio universitario y en los centros de investigación los colocan en la avanzadilla ideológi-

ca de las izquierdas. Sabido es que los intelectuales son una minoría. (A veces muy influyente). No son un grupo de presión. No tienen poder económico, si bien *strictu sensu* en las ideas tienen una influencia sin par, en los sindicatos, en las organizaciones barriales (colectivos, clubes) y en las llamadas iglesias populares. Véase, por más señas, la nómina de colaboradores de la revista *Estudios Sociales* editada por los sacerdotes de la Compañía de Jesús.

- b. Si bien los intelectuales son un grupo de interés, cohesionado por las metas ideológicas y por el método de pensamiento con el cual analizan la realidad y del cual son guardianes, no puede decirse que constituyan una élite homogénea. Algunos no son universitarios, sino políticos como Rafael Taveras (1939), Narciso Isa Conde (1942), Fidelio Despradel (1937). Otros llegaron a la izquierda con la aureola de intelectuales consagrados. Caso ejemplar es Juan Bosch (1909), cuya obra política tanto de la primera etapa (1939-1973), en la que se presenta como un líder abanderado de la democracia tradicional, como en la segunda a partir de 1973, cuando se declara marxista y se propone una revolución de liberación nacional, ha dejado un enorme discípulado que trasciende las lindes de la universidad y se proyecta a toda la sociedad. Otro caso notable es el de Juan I. Jimenes Grullón (1903-1983), escritor que tuvo un influjo copioso en el período que nos hemos propuesto revelar. En ambos casos, podemos decir que la proyección de estos intelectuales se desarrolla mediante la prensa a la que ofrecen declaraciones frecuentes. Su predominio se debe, pues, a los medios que difunden su doctrina y sus posiciones; a los partidos que han tomado su ideario como caballo de batalla para la toma del poder político y a los centros de enseñanza que han tomado sus obras como textos canónicos.

Algunos ni son profesores ni son escritores. Pero su presencia en los medios apuntalando las ideas, ya sea como vicario de un pensador o de un líder superior, ya sea ejerciendo un profesorado

socrático, le granjea una nombradía mayor incluso que la que tienen los demás intelectuales.

Hay otro grupo cuya proyección social se ha realizado a partir de la Universidad (pertenecen al mundo académico). Tales como el historiador Roberto Cassá (1948), el economista Luis Gómez (1933), el sociólogo Rubén Silié (1946), el economista José Serrulle (1950), el historiador Antinoe Fiallo Billini (1944). Otros cuentan, además de poder académico como investigadores o jefe de departamentos, con una cobertura de medios. Tal son los casos de Carlos Ascuasiasti (1934), Amparo Chantada (1945), Rubén Silié (1946) y otros. Algunos están emparentados con las izquierdas por la obra intelectual. Tal es el caso de José Alcántara Almánzar (1946), escritor y crítico literario, cuya crítica literaria es una aplicación taxativa del método de análisis marxista; o del escritor Pedro Conde (1943), del que podemos hacer pareja afirmación, o del poeta y escritor Tony Rafal (1951), cuyas obras *El Movimiento 14 Junio*, (Alfa y Omega, 1984) y *La Revolución de abril de 1965* (1985) han contribuido a la formación de una concepción heroica de la izquierda.

¿Cómo percibir en un conjunto de individuos unidos por las formas de pensar, de trabajar, y cohesionados por el sistema de valores y por los sueños y proyectos un sujeto colectivo?

La mayor porción de los intelectuales de la lista que hemos diseñado proceden de la pequeña burguesía, de resultas de ello su liderazgo social suele ser limitado. Llegaron a convertirse en asalariados en la economía de servicios, ya por el conocimiento, ya por las relaciones sociales. O bien por la competencia profesional. Sus estilos de vida, sus comportamientos ante el consumo les permite la reproducción de los miembros de sus familias y ello les franquea el paso a su incorporación como técnicos, burócratas o como administradores al tren de la administración pública o privada.

En cuanto a su competencia ideológica y doctrinal hay que tener en cuenta que su adscripción al marxismo es dogmática. El pensamiento marxista dominicano es pobre. No tuvimos lumbreras de la talla de un José Carlos Mariátegui (1899-1930) o un Antonio Gramsci (1891-1937). Nuestros intelectuales quedaron atrapados

en el marxismo escolar, corto de luces y henchido de estalinismo e intolerancia. En algunos casos, las ideas sustentadas son un conjunto de prejuicios populistas, mezclados de resentimiento y de tercermundismo y con algunas glosas de antioccidentalismo.

Al escudriñar en las desigualdades que los separan de los grupos agroindustriales, comerciales y empresariales y de los servicios, llegamos a la conclusión de que los intelectuales están formalmente asociados con ese sector al cual han combatido en sus exégesis sociológicas y en sus catilinarias partidarias. Las ONGs les han servido, igualmente, de refugio económico. Paradojas: la mayoría de estas instituciones son financiadas por países desarrollados sobre los que han vertido sus más acerbos críticas. Aunque al oírlos surgen súbitamente reminiscencias de los discursos de la conferencia Tri continental, en la que podemos espigar algunas notas que obraron como suelen hacerlo los dioses totémicos y tutelares en los pueblos primitivos:

“Hemos desarrollado un verdadero odio hacia Occidente, ese tipo de odio al que se refiere el Che—y el cual convierte en eficiente frías máquinas de matar... Pondremos a los EE UU, en llamas, y entonces nos sentiremos como Nerón, ante el espectáculo, cruzado de brazos”

(Carmichael Stockely, *El tercer mundo. Nuestro Mundo*, en Tri continental, La Habana, No. 1, julio—agosto, 1967, pp. 15-22)

En cuanto a las organizaciones en las cuales fraguaron sus ideales redentoristas, podemos citar a los pequeños sindicatos de las ciudades, las centrales sindicales, los partidos universitarios y en los llamados de frente de masas de los partidos populistas. Su influencia en las asociaciones campesinas y de jornaleros eran, en esos años, puramente simbólica. La gran mayoría permaneció en las ciudades (más del 90% de los intelectuales filosocialistas reside en Santo Domingo), en donde sus relaciones personales les permitían insertarse a la sociedad con la que habían permanecido incordiados durante mucho tiempo (v. Infra: n.) Examinemos, a seguidas, la lista tentativa de la élite intelectual de izquierdas en nuestro país.

Élite intelectual filosocialistas (1960-1978)

Intelectuales Método de influencia
Juan I. Jimenes Grullón Académico
(1903-1983) Editorial (escritor)

Medios de comunicación

Juan Bosch Editorial
Medios de comunicación
(1909) Partido organizado (PLD)
Marxista a partir de 1973

José I. Cuello (1939) Editorial
Partido (PCD)

Medios de comunicación

Hablan los comunistas

Impacto Socialista

Narciso Isa Conde (1942) Político
Editorial

Carlos Dore (1942) Académico
Político

Fidelio Despradel Editorial
(1937) partido universitario

Rubén Silie Académico
(1946) Medios de comunicación

Emilio Cordero Michel Académico
(1929)

Franklin Franco (1936) Académico

Editorial

Medios de comunicación

- Tony Raful Editorial
(1951)
- Hamlet Hermann Editorial
(1934)
- Wilfredo Lozano Editorial/Académica
(1950)
- Roberto Cassa Editorial/Académica
(1948)
- Ramón Antonio Veras (1938)
- Luís Gómez (1933) Editorial/Académica
- Asdrúbal Domínguez (1936) Editorial/ cultural
- Silvano Lora (1931) Editorial/ política/cultural
- César Pérez (194..) Editorial/política
- Nelson Moreno Ceballos (1946)
- Ángel Moreta (1947)
- Pablo Mariñez (1941)
- Alberto Malagón (1915)
- Melvín Mañón (1944)
- José Antinoe Fiallo (1944) Política/Editorial/académica
(1942)
- Félix Servio Ducoudray Mansfield (1924)
- Partido (PSP) Editorial
- Max Puig Miller (1946) Partido
- Alejandro González Pons (1944) Partido
- Lil Despradel (1942) Universitaria/intelectual
- José González Espinosa (1938) Partido
- Dato Pagán Perdomo (1921) Universitaria/ intelectual
- Rafael Chaljud Mejía (1942) Partido/ Editorial
- José Oviedo Landestoy (1944) Partido
- Luis Pin Montás (1943) Partido

II. Literatura

| | |
|-----------------------------------|---|
| Pedro Conde (1943) | Editorial/Académica |
| José Alcántara Almanzar (1946) | Editorial/Académica |
| Mateo Morrison (1947) | Editorial/ Académica |
| Antonio Lockward Artiles (1943) | Editorial/ Académica |
| Abelardo Vicioso (1930) | Universitaria Editorial Partido |
| Haffe Serrulle (1947) | Escritor /cultural divulgador cultural |

III Otros

| | |
|-----------------------------|-------------------|
| José Serrulle (1950) | Editorial |
| Roberto Santana (1952) | |
| Jaime Durán (1935) | Universitario |
| Guarocuya Batista (1934) | Universitaria |
| Rafael Taveras (1939) | Medios Partido |

Al hacer el perfil de esta *intelligentsia* nos hemos limitado al período histórico subrayado, poniendo el acento en los autores más importantes. Algunos como Amaury Justo Duarte (1942) y Juan B. Mejía (193..) o Mario Bonetti (1938), aunque pudieran estar en esta lista de pleno derecho, no figuran porque ese período coincidía, en parte, con el exilio de los dos primeros. O, en parte, con las épocas de mayor clandestinidad y con el viaje de Bonetti a Alemania. Ninguno de los tres había

publicado libros. Ninguno de los tres podía considerarse intelectual de los medios de comunicación. Ninguno de los tres tenía influencia académica. Otro tanto puede decirse de José Oviedo (1957) y Pedro Catrain (1947), que habían hecho en los años postreros de la década de los setenta una notable tarea de divulgación de ideales marxistas, prontamente seguida de una reconversión ideológica, a comienzos de los ochenta. Con todo, el influjo que pudieron ejercer estos en la porción de tiempo estudiado (1960-1978) es prácticamente nulo.

Menester es que esclarezcamos que no hemos partido del criterio gramsciano del intelectual orgánico. Porque nos parecía que la idea de Gramsci era análoga de la idea que tenemos del burócrata, del técnico o del científico, cuya única función es la de reproducir el poder. En el caso de los intelectuales filosocialistas, la función asumida fue la de guardián de una ideología. Su meta era verificar las invenciones de Marx y Engels. Se trataba de un grupo confesional, no de científicos ni de técnicos cuyas verdades se establecen a partir de la experimentación y tanteos, cuyos axiomas son derribados por los datos de la realidad. Sus faenas deben tener resonancia en los grupos de interés, ya en los sindicatos, ya en los partidos filosocialistas, ya en los gremios y en un sistema de valores refrendados por la prensa, los libros, las revistas, los semanarios y los programas radiales y televisivos.

El discurso de izquierdas no es privativo de los partidos que se proclaman como izquierdistas sino que cala en los grandes partidos (PLD, PRD e incluso en el PRSC), en la prensa y en la universidad pública y en las privadas. Es por ello que lo hemos llamado discurso filosocialista; una formación discursiva en la que se ponen en evidencia los rasgos, los palpitos, los tópicos, los eslóganes, máximas y prejuicios con los que se ha fraguado este discurso. Una formación discursiva que ha penetrado el lenguaje, y ha colonizado con sus valoraciones los puntos de vista que pululan en nuestra sociedad.

La relación de las organizaciones de izquierdas que se han fundado, y que han servido de baluarte de estas ideas, no nos muestra el grado de penetración y el influjo que ejercieron los intelectuales filo marxistas. El compendio de organizaciones, amén de los

apéndices universitarios y de las células incrustadas en los liceos de enseñanza media, nos parece limitado, si lo examinamos a la luz de las simpatías que suscitan. Así el conjunto completo puede concentrarse en las organizaciones siguientes:

1. Alianza Socialdemócrata (1961), capitaneada por D. Juan Isidro Jimenes Grullón
2. Partido Socialista Popular (1947): Félix Servio Ducoudray, Juan Ducoudray
3. Partido Comunista Dominicano (PCD)(1965) Narciso Isa Conde, José Israel Cuello
4. Movimiento Popular Dominicano (MPD) (1961) Maximiliano Gómez
5. Partido Comunista de la República Dominicana (PACOREDO) (1968) Luis Pin Montás, Antonio Lockward Artilés
6. Bloque Revolucionario Universitario Camilista (BRUC) (1970) Leonardo Mercedes, Max Puig, Celedonio Jiménez
7. Partido Comunista del Trabajo (PCT) (1980) Rafael Chaljub Mejía
8. Partido de los Trabajadores Dominicanos (PTD) J. González Espinosa, J. Oviedo Landestoy, E. Díaz Jáquez
9. Unión Patriótica Dominicana (UPA) Franklin J. Franco, Iván Rodríguez, Rodríguez Chiapinni
10. Bloque Socialista (BS) Rafael Taveras, alias Fafa
11. Movimiento por el Socialismo (1980) Fidelio Despradel, Nelson Moreno Ceballos
12. MIUCA (1990) Virtudes Álvarez, Manuel Salazar
13. Fuerza de la Revolución (PCD), Partido Nueva Alternativa, Partido Comunista del Trabajo) Narciso Isa Conde, Fernando Peña y Ramón Almánzar.

Buena porción de estas organizaciones no lograron rebasar la categoría de entelequias. La mayoría desaparecieron, o fueron sometidas a la rebatiña por los mandos, y padecieron la fragmentación y el personalismo de sus dirigentes. Algunos

de sus dirigentes lograron escaños legislativos y municipales, solapados y en comandita con los grandes partidos. Pero tras un balance de tres décadas puede decirse que la proporción electoral del conjunto resulta irrisoria.

Sin embargo, desde el punto de vista netamente intelectual, cabe hacerse otra interpretación. El predominio que mantuvieron en la educación universitaria, en los profesores, estudiantes, se reproduce cabalmente en círculos y en mentideros intelectuales y ha logrado implantar sus abstracciones en la literatura, en las ciencias sociales y en las opiniones que vierten los medios de comunicación. No es, pues, la fuerza numérica de los votos la que gobierna intelectualmente, sino la tradición, enmascarada en buena proporción de casos, de opiniones bastardas.

Se trata de convicciones empozadas, de ideales de segunda mano, servidos por intermediarios o lacayos, que trasuntan los dogmas, puntos de vista, con que adobaron su formación profesional. Y estas convicciones determinan su actitud, su comportamiento ante ciertas circunstancias. A pesar del carácter vago, en no pocos casos ambiguo, de las ideas a medio pensar, de abstracciones incompletas, el fundamento de los valores, fraguado por los intelectuales, permanece y se reproduce como un dermatoesqueleto. Así resulta muy frecuente oír a cualquier periodista referirse a las ideas *progresistas*, para nombrar a los partidarios de los gobiernos totalitarios de izquierdas o aquellos que suelen llamarse a sí mismos socialistas, y se tilda de *atrasados*, *reaccionarios* a los que defienden ideológicamente los principios del pluralismo de la democracia occidental. Esas corrientes de opiniones llevan a forjarnos una interpretación negativa del sistema político en que se funda nuestra convivencia. Y, por vía de consecuencia, una visión positiva, indulgente, con las dictaduras de la burocracia de un Partido, que han sido bautizadas erróneamente como dictaduras del proletariado.

IV. LA LITERATURA CONDENADA A LA SERVIDUMBRE

En el discurso de izquierdas se concibe el ejercicio de la literatura encadenado al ejercicio de la crítica, la cual establece un modo de conocimiento de la obra basado en la teoría del reflejo.¹⁶ Según esto, la obra literaria constituye parte de la conciencia creada por los medios de producción. O dicho más escuetamente: el hombre, creación de los medios de producción, está fatalmente condenado, a traducir esta realidad en todo cuanto piensa. No puede escapar. Ante ello la literatura debe convertirse en un instrumento de esta razón última, cuyo idealismo queda manifiesto. En lugar de ser *el espíritu* (la conciencia: Hegel) el que crea la *materia*, es la *materia* (los medios de producción, sus relaciones) las que crean *el espíritu* o *conciencia*¹⁷. Curiosa conclusión que condena al hombre a convertirse en marioneta de esta ideología que se presenta, ya sin mascarilla, como la naturaleza misma.

¹⁶ Henri Meschonnic, *Le Signe et le Poeme*, Gallimard, 1975: “La teoría del reflejo es primero política y metainstrumentalista. No podemos separar de su finalidad las proposiciones teóricas como estas de Mao Tse Tung”: En cuanto formas ideológicas las obras literarias y las obras de arte son el producto del reflejo en el cerebro del hombre de una vida social dada (*Sobre la literatura y el arte*, Pekín, 1967). La finalidad es netamente política: “nosotros somos utilitaristas revolucionarios, “la literatura y el arte están subordinadas a la política”. De la literatura reflejo Mao Tse Tung se propone la destrucción de toda la literatura” “considerada decadente” o no comprometida, llamada por señas “arte por el arte”. Cf. p. 530: p. 254 y ss.

¹⁷ Henri Meschonnic: *Marxisme hors du langage*, 1980, inéd. Plante varios instrumententismos que muestra una suerte de despotismo ilustrado en lo que toca a la explicación de la sociedad.

1. El instrumentalismo lingüístico que confunde el lenguaje e ideología. Dentro del esquema marxista toda ideología ha de estar al servicio de la idea de la sociedad fraguada por el doctrinal que venera como la verdad y la totalidad de lo único.
2. Un instrumentalismo lógico, pues, esta descripción explica la tesis de Hegel y coloca a la sociedad como la realización de una idea previamente concebida por él, lo cual revela un imperialismo doctrinal.
3. Un instrumentalismo artístico y literario que consiste en ver el arte como la expresión de las relaciones sociales de producción y en plantear los problemas literarios en términos de arte por el arte o el compromiso. Relaciones que son rebasadas y subvertidas por la poética. Véase versión en español de *Cuadernos de Poética*. No. 7 Año III. Sep. Dic.1985, Taller, y No. 8, Año IV, 1986.

Toda esta concepción instrumental del arte plantea como telón de fondo un falso dilema. O se escoge el arte por arte o se elige el compromiso, que es escribir con la mira puesta en una causa social. Con el tiempo esta idea evolucionará al programa establecido por el llamado *realismo social* cuya meta era explicar las tesis del Estado, del partido y del doctrinal al través de las obras literarias. El planteo es totalmente insidioso. Supone que cuando el hombre no se pone al servicio de los interesados juegos ideológicos del militante, es porque se ha desembarazado de sus relaciones sociales. Y esto es poco menos que improbable. Despoja al hombre de la individualidad. Lo hace naufragar en la masa indiferenciada o bien en un sujeto único: el que crean los medios de producción. Sin embargo, el yo que escribe no está encadenado a estas mancuernas dialécticas, elaboradas por intelectuales con alma de tiranos. Al escribir quedan desmenuzados todos los entresijos de un yo que está en relación con un inconsciente como sistema en el que forjan sus gustos y rechazos, sus censuras, sus miedos. Toda la realidad imaginaria que han elaborado sus deseos, su psiquismo. La irrealidad es porción constitutiva de la realidad humana. Porque el hombre se proyecta hacia un porvenir. A diferencia del animal, cuya realidad se halla absolutamente constituida por su función. Ser perro, ser orangután o buitre o murciélago. El hombre tiene que hacerse su vida. No vive en un presente perpetuo, sino que gran parte de lo que hace y sueña se halla empalmado con un porvenir. Y esta realidad metafísica, la de atesorar mentalmente un porvenir que no existe, y la de tener que decidir lo que quiere ser escritor, santo, revolucionario o gánster, y hacerlo en libertad, constituye el *faciendum* de la vida. En vista de ello, no hay, pues, en la escritura fronteras entre lo irracional y lo racional. Nos topamos con un lenguaje que obra en él como sistema que organiza su pensamiento y con una ideología en la cual se han fraguado su visión del mundo, sus prejuicios, ideas, creencias. Son estas relaciones las que permiten

elaborar una poética¹⁸ que rebase estas visiones angostas de la literatura. Hormas que, antes que revelar, enmascaran las múltiples realidades psíquicas, lingüísticas e ideológicas de la que está henchido el texto literario.

La literatura la escriben estos sujetos múltiples. No hay en ella oquedad semántica. No hay lagunas que llenar. A través del sujeto se establecen sus vínculos con estas realidades; se revela una pertenencia a un vivir que es intransitivo; hallamos las relaciones que organizan su mentalidad. El sujeto se reconoce como social; pero trasciende esa frontera. Se muestra explícitamente como individuo; mas la experiencia literaria lo hace volcarse más allá de su propia especificidad; convierte su yo en un nosotros, franquea esa linde y su obra se hace transindividual y transocial. El conflicto que flota en estas relaciones es lo que llamamos vida.

Para el marxismo esa vida está determinada por un *sentido de la historia*. Porque es una hechura de las relaciones sociales de producción. La materia crea la conciencia, frase canónica salida del prólogo a la *Economía política*. El discurso marxista se define a sí mismo como la realidad misma. El movimiento de esa realidad no es autónomo, no es libre. Es, antes de suceder. Está escrito, antes de ser. Esta visión del mundo anula la historia. Según esto, el hombre no es libre de hacer la historia, sino que ella, tiránica, se le impone como una realidad que él no puede trascender.

El marxismo toma prestado ropaje de la ciencia. Calca de las ciencias naturales: leyes, principios, regularidades. Según estas leyes la historia es *la realización de las ideas del credo*. Profetismo. La teoría social se convierte en una ciencia congelada. El mundo no es como

¹⁸ Henri Meschonnic, *Pour la Poétique II*, Gallimard, 1973. El autor se propone una epistemología del texto literario, mostrando los elementos que intervienen en una teoría del sujeto que no podrían escamotear: 1. Una teoría del mundo psíquico, de ahí la recuperación de algunas tesis del freudismo y del post freudismo. 2. Una teoría del lenguaje, que piensa la lengua no como instrumento, sino como parte constitutiva de la subjetividad. El autor establece la inseparabilidad de la lengua y el pensamiento. Y una teoría de las ideologías en la que se establezca su relación con lo social, que es de pertenencia, pero también de individuación, que es de identidad pero también de diferencia.

es sino como *debe ser*. Moralismo. Optimismo. Las ideas, convertidas en leyes naturales, fundan el orden social. La historia se convierte en mito: somos instrumentos de las ideas divinizadas.¹⁹

Tiene primacía en el discurso de izquierdas un método de recepción de la literatura, que la convierte en vasalla de los intereses ideológicos. Lectura e interpretación que ha tenido una influencia sin par en la enseñanza pública y privada²⁰ y que ha contribuido, tanto o más que las propias preceptivas del realismo social y del arte como reflejo de la sociedad, a moldear toda la estrategia de convertir la literatura en instrumento al servicio de la política. Algunos de estos teorizantes, ante el fracaso del llamado *realismo socialista*, enmascararon la *teoría del reflejo* con argucias argumentativas, para dar la apariencia de que la rechazaban, cuando contribuían a reforzarla. Estrategia de simulación utilizada de manera ejemplar por el crítico cubano José Antonio Portuondo. Pruebas al canto: luego de un fingido rechazo de la llamada *teoría del reflejo*, el autor señala que “la literatura es una respuesta a una señal pavloviana”²¹ y establece las lindes de la nueva estética, utilizando las palabras que dijera Fidel Castro como texto canónico: “Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada”. (Palabras a los Intelectuales, Consejo Nacional de Editores, La Habana, 1971).

Esta nueva concepción tendrá una influencia sin parangón

¹⁹ Mircea Eliade: “El mito es la historia de todo lo sucedido *in illo tempore*, la representación de lo que los dioses o seres divinos realizaron al principio”. Cf. *Diccionario de Sociología*, Ediciones Paulinas (Madrid).

²⁰ Andrés Blanco y Nicanor Trinidad: *Análisis de la crítica literaria dominicana de 1961 a 1981*, SD, Taller, 1985. Los autores muestran con prolijos ejemplos cuál es el método de enseñanza puesto en práctica en los manuales con los que se enseña la literatura y llegan a la desoladora conclusión de que éste refuerza la lectura del texto literario como ideología, desdeñando sus valores en la mayoría de los casos y en otros fermentando ideas que contribuyen a leerlo como un amasijo de figuras retóricas. En ambos casos, los resultados son igualmente desastrosos. Aparte de estas fallas, los autores hacían hincapié en el desdén que se manifiesta en los autores de textos por la lectura, la mala selección de los autores recomendados de los que apenas se estudiaba la biografía y la confusión que tales manuales suponen para toda una generación de personas.

²¹ José Antonio Portuondo, *América Latina en su literatura Siglo XXI*, México, UNESCO, 1972. Cf. “Literatura y sociedad”, pp. 391-403.

en la literatura, no sólo de nuestro país, sino de toda América. La Habana se convirtió en el centro cultural en el que muchos dominicanos deseosos de sacar sus producciones fuera de nuestro ámbito, deseaban triunfar. Una política de concursos anuales de literatura en todos los géneros y a la par una monumental política de ediciones de libros constituía un señuelo lo bastante importante para que nuestros creadores, que sabían por anticipado cuál debía ser el tono de estas publicaciones probaran suerte en el ya célebre concurso organizado por La Casa de las Américas, luego se añadiría el concurso Rubén Darío, organizado por el Frente Sandinista de Nicaragua. La filosofía de estos concursos fue definida por el crítico y novelista uruguayo Mario Benedetti (1920). Nada desdeñable si se toma en consideración la nombradía que tiene ya muy ampliamente ganada en los suplementos monográficos y encuentros dedicados a estudiar la obra de este autor, que llevan a proponerlo junto con Neruda, Fernández Retamar (1930) y Roque Dalton (1935-1975) como modelos de escritor. He aquí el credo de Benedetti.

*“el mundo del subdesarrollo (que a su vez la víctima y el dividendo del mundo desarrollado) no sólo debe crear su estética de rebeldía, su moral de justicia, sino también proponer una autointerpretación de la historia”.*²²

Parejos planteos se perciben en la estética de Roberto Fernández Retamar (1920), en Eduardo Galeano (1940), quienes estiman que el texto literario debe convertirse en un arma para combatir el imperialismo norteamericano y sus secuaces locales. A este respecto José Antonio Portuondo (1911) pone de manera grandilocuente las metas de estos pujos políticos, definiéndolos como

*“una constante en el proceso cultural latinoamericano determinada por el carácter predominantemente instrumental de la literatura [...] puesta la mayor parte de las veces al servicio de la sociedad”.*²³

²² Mario Benedetti, Cf. *op. cit.*, p. 367.

²³ Portuondo, *op. cit.*, p. 392

Aun dentro de los propios escritores que compartían la idea del compromiso político,²⁴ tal es el caso de Julio Cortázar, se produce un hiato en contra de estos planteos. Se trata del deslinde entre las obligaciones que tenía el escritor como ciudadano y su responsabilidad como literato. En Benedetti, ambas son una misma cosa. Pero, en Cortázar, esta nueva forma de coexistir queda perfectamente ilustrada. Él reconoce que sus cuentos y novelas no pueden convertirse en propaganda revolucionaria, aun cuando el suscriba los manifiestos y octavillas a favor de la Revolución cubana y respalde en ensayos todas sus políticas.²⁵ En nuestro país, no entraron en liza esas sutilezas. Era, pues, natural que una nación con un sistema educativo seriamente menguado y en el que circulaban tan pocas ideas novedosas, y donde los principales intelectuales habían adoptado el credo marxista, que estos ensayos y preceptivas fueran leídas con beatitud y con la credulidad de un catequista. De este modo se acentuó la influencia de aquellos que habían abrazado públicamente la defensa de la Revolución cubana y del socialismo marxista como futuro.

Con todo, algunos rechazaron la estética del realismo pedagógico y sectario. Porque imponía la tiranía del tema. Sus personajes unilaterales, su poética orlada por el determinismo literario, su ya consabido profetismo nos llevaron, finalmente, a una literatura de retractación. La meta no era mostrarnos la Arcadia futura, en la que finalmente el reino de la necesidad y el reino de la igualdad,

²⁴ *Literatura comprometida o engagee*, tesis de J. P Sartre que une el compromiso con la creación literaria y el compromiso con la sociedad en un mismo esquema. Según esto la literatura tenía como función liberar al hombre de la alienación social o de sumirlo en la evasión. Esta tesis cerrada sirvió de modelo a muchos escritores que la tomaron como un programa y como una moral, desoyendo sus propias convicciones y echando por tierra las libertades ideológicas y literarias.

²⁵ Véase *Literatura en la Revolución y Revolución en la literatura*, Siglo XXI, 1972. Recoge esta obrilla, entre obrilla, los ensayos de Oscar Collazos, quien hace una requisitoria de la obra de Cortázar en la que no halla, según él, el verdadero espíritu revolucionario, que se debía manifestar desde el primer instante de la conversión al marxismo. Este proceso ilustra, mejor que cualquier otro señalamiento, el carácter inquisitorial que asumieron algunos críticos y el espíritu totalmente intolerante que se vivía.

como decía Hebert Marcuse, fueran una misma cosa; sino parodiar a la sociedad, representándola con retablos esperpénticos y mostrar de modo casi supersticioso un culto por los hombres pobres y explotados, a quienes colocaban en su tabernáculo con un dejo de arrobo y fascinación. Herencia de esta tendencia es el *Nixoncidio* de Pablo Neruda (1904-1973) y algunos bestiarios de personajes odiados elaborados por Nicolás Guillén (1902-1989). La literatura que tomó estos derroteros naufragó en el panfleto y en el apóstrofe.

Pero en todos prevaleció la idea de inventar un futuro oficial.²⁶ Desde luego, la historia presente se revela en contra de todo lo establecido. Y, entonces, se mira el presente con apatía, el futuro con temor y el pasado con nostalgia. El optimismo inicial de los escritores del 60 y de la Joven Poesía, que es palmario en las primeras producciones, se trocará en pesimismo y en una literatura que se rinde arrobada ante la nostalgia. Se cultiva la superstición de una idílica sociedad aldeana, no contaminada por las relaciones capitalistas, en la que los barrios, las prostitutas y la miseria son idealizadas. Y entonces la utopía se presenta como posible²⁷ y se

²⁶ Se trata del famoso historicismo que contaminó las obras literarias y las poéticas. El poeta salvadoreño Dalton, uno de los mentores espirituales de la Joven Poesía, llegó a escribir en un poema que “El comunismo es una aspirina del tamaño del Sol” para el dolor de cabeza que era el Capitalismo. La poesía de este poeta fue muchas veces festejada en suplementos y, desde luego, prolijamente imitada. En un artículo de R. Strassoldo, a propósito del historicismo, se señala que los historicismos como concepción filosófica basada en el pretendido descubrimiento de las grandes leyes de la historia, están en general desacreditados entre los historiadores más serios. 1. Algunos aceptan las inevitables subjetividades de la interpretación histórica y colocan a la historiográfica entre las artes y las letras, y no entre las ciencias. 2. Otros intentan limitar al máximo la subjetividad renunciando a la macrohistoria, para dedicarse a estudios especializados en cuanto a tiempo y lugar. 3. Otros, finalmente, proponen la integración de la historia y la ciencia social, asignándole a esta última el papel de deducir la interpretación, desde luego aceptando que ésta se constituiría como ciencia empírica. Cf. *Diccionario de Sociología*, p. 789.

²⁷ Según E. Bloch, la utopía cumple tres funciones:

1. Mostrar a los demás que lo real no se decide en lo inmediato del trabajo permite explorar las posibilidades concretas; 2. hacernos conscientes de las imperfecciones de este mundo, no para huir de él hacia un pasado dorado o hacia un futuro ilusorio, sino para

convierte en mito. Porque congela el tiempo histórico y contribuye al conformismo, despojando al hombre de su capacidad crítica.

En esas construcciones fantásticas, el hecho literario se concibe como un medio para la llegada de un fin. El valor literario está contenido en la finalidad. Según sus prohijadores, ésta debe constituirse en un modelo de comportamiento y en motivación para el compromiso con una acción, que representa el bien supremo; con una estética, que simboliza lo bello, que encarna lo útil. En suma, la prescripción de un humanismo, fraguado en el ideario del intelectual comprometido de Sartre, concepción que se impuso como valor o calidad literaria en estos años difíciles.

¿Por qué tantos intelectuales y escritores convirtieron sus obras en propaganda para satisfacer los apetitos de poder de unos ideólogos con ansias de mando absoluto sobre la vida y sobre la Historia? ¿Por qué condicionaron su arte y su pensamiento a una utopía en la que predominaban el conformismo, la uniformidad, la perfección del tiempo y en un dirigismo que los encorsetaba, asfixiándolos? Karl Manheim (1893-1947) nos dice que ello se debe a las ansias insatisfechas que conducen a los intelectuales a la elaboración de esas fabulosas construcciones. Mario Vargas Llosa, al examinar la experiencia del Perú, subraya las causas que obran, secretamente, en el comportamiento de estos intelectuales:

*“la fascinación de los intelectuales con el estatismo derivaba tanto de su vocación rentista alimentada por la institución del mecenazgo que los hizo vivir a la sombra de la iglesia y de los príncipes, y continuada por los regímenes totalitarios del siglo XX en los que el intelectual, a condición de ser dócil, formaba parte automáticamente de la élite como de su incultura económica”.*²⁸

transformarlo según la exigencia de la utopía (ver *Diccionario*, artículo de B. Cattamarussi p. 1765). Sin embargo, esto último es precisamente lo que acacee; (y 3.) que la utopía, vertida en la literatura, oscila pendularmente entre un pasado idealizado que mira con nostalgia y un futuro, imposible, que añora con desdén.

²⁸ Mario Vargas Llosa, *El Pez en Agua* (Memorias), Madrid, Seix Barral, 1993, p. 218.

CARACTERÍSTICAS IDEOLÓGICAS DEL DISCURSO DE IZQUIERDA EN NUESTRA LITERATURA

1. EL PROFETISMO

Encorsetada por el vademécum de tópicos ideológicos y de estereotipos generados por el discurso de izquierdas, la literatura tomó la impronta de la propaganda. Se tornó en mecanismo manifiesto del Partido, de los Estados socialistas y de la ideología prolijamente divulgada por la Universidad, poniendo de relieve su carácter utilitario.

La poesía estuvo zarandeada por la idea de un destino inminente. Algunas imágenes nos muestran, más que una declaración, la presencia de esta idea. La historia y la literatura se confunden. El poeta se convierte en un sosías del profeta cuyas revelaciones confirmarán el encuentro con ese credo adoptado como programa. ¿Cuáles son los jaeces que toma esta conciencia al servicio del movimiento histórico?

Percibimos la presencia del profetismo marxista convertido, unas veces, en apología de la llegada del fin de los tiempos. Otras, en exaltación de la violencia que traerá la redención. En otras, se convierte en una esperanza casi religiosa. Pero en todas el poema queda sometido a una función: la de anunciar las palabras del profeta; y a un acto de contrición: no dudar del designio divino al cual lo habían sometido los vendedores de ilusiones. Resulta singular a este respecto examinar este procedimiento en la poesía de Pedro Mir (1913), que es, a nuestro modo de ver, el poeta más importante de toda la poesía comprometida escrita en el país y el modelo que obra, sigilosamente, en mucha de la poesía escrita durante los años sesenta, y a comienzo de los setenta. He aquí una muestra:

*Y así no puede ser. Desde la sierra
Procederá un rumor iluminado
Probablemente ronco y derramado.*

*Probablemente en busca de la tierra.
 Traspasará los campos y el celeste
 Dominio desde el este hasta el oeste
 Conmoviendo la última raíz
 Y sacando los héroes de la tumba
 Habrá sangre de nuevo en el país
 Habrá sangre de nuevo en el país.*

*Y ésta es mi última palabra.
 Quiero oírla. Quiero verla en cada puerta
 De religión, donde una mano abierta
 Solicita un milagro del estero.
 Quiero ver su amargura necesaria
 Donde el hombre y la res y el surco duermen
 Y adelgazan los sueños en el germen
 De quietud que eterniza la plegaria.*

*Donde un ángel respira
 Donde arde
 Una súplica pálida y secreta
 Y siguiendo el carril de la carreta
 Un boyero se extingue con la tarde.*

*Después
 No quiero más que paz
 Un nido
 De constructiva paz en cada palma.
 Y quizás a propósito del alma
 El enjambre de besos
 Y el olvido*

(«Hay un país en el mundo», 1947)

Ningún otro poema ha alcanzado la glorificación que ha compeñado *Hay una país en el mundo* (1947, La Habana). El Congreso Nacional declaró a Pedro Mir poeta nacional (1983). Un comité de notables, encabezado por el profesor Juan Bosch, conjugó sus esfuerzos para obsequiarle una casa y toda la maquinaria del Partido de la Liberación Dominicana (PLD) recogió fondos en todo el país para esa magna empresa. La Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación le concedieron el Premio Nacional de Literatura en 1992. Aportación inestimable a esta creencia ha sido, a no dudarlo, el recibimiento que tuvo de la crítica y los círculos literarios del país. En sus *Estudios de poesía dominicana*, el crítico y escritor José Alcántara Almánzar (1946) sintetiza las razones de esta celebración sin par: “esta popularidad la ha ganado con un solo poema, posiblemente el único que constituye una amplia crónica del país, tomando el lado más duro de la explotación del hombre por el hombre”.²⁹ Los elogios del poema son copiosos pero las razones que los prohíjan son extraliterarias: “crónica histórico-social”,³⁰ “los elementos se dirigen a la denuncia y a la protesta” (ídem.), “valiente acusación contra la explotación de los obreros de la caña”, “la aspiración del poeta es que los campesinos tengan su propio pedazo de tierra”. “El contraste ante la abundancia natural y la pobreza humana es uno de los aciertos del poema”, “Toda la configuración social de la explotación cañera queda al desnudo en 38 versos”.

Como se ve, para el crítico y para los lectores que han glorificado la poesía de Pedro Mir, que han reproducido los mismos procedimientos que en Alcántara se nos presentan con toda menudencia, la validez de la obra estriba en el entronque con la redención social. Según esto, el valor literario radica en la capacidad de denunciar, mostrar la realidad consabida en la sociología y tornarse en correa de transmisión de las tesis revolucionarias. Dicho en pocas palabras: el valor literario se establece no a partir de la literatura

²⁹ José Alcántara Almánzar, *Estudios de poesía dominicana*. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1979, p. 219.

³⁰ *Op. cit.* pp. 221-223.

en sí, sino de la exactitud sociohistórica y en la buena conciencia plasmada en el texto literario. Pero esta virtud no es privativa del poema. La encontramos minuciosamente expuesta, y acaso de forma más eficaz, en el periodismo de denuncia.

La promesa y la profecía del poema de Mir se convirtieron en canon. Los campesinos bajarán de la sierra el día del juicio revolucionario, sacarán a los héroes de la tumba y bañarán de sangre las ciudades. El poeta deja claramente expuesta su creencia en el mito revolucionario, el empleo sucesivo del futuro, el tono oratorio de los períodos. Metidos ya en las profundidades, el profetismo hace que el poema se lea como documento político, cuya utilidad estriba en suscitar la confianza y el optimismo en el militante. El poema se lee hoy como ayer. No pudo trascender la sociedad que nombraba, y ha envejecido como los despachos de prensa de hace 50 años. Los envites que anuncia parecen un gesto antiguo. Porque el mundo que servía de cimiento a esa esperanza cayó hecho añicos. Pero si vieja es la noticia en la que se hallan trufados sus versos, deudores de los tópicos ideológicos de la época, incapaces de ir más allá del estereotipo político de preluir catástrofes y paraísos, el didactismo que rezuman estos versos es una verdadera antigüalla. Tal parece que el poeta escribe sin tomar en consideración que el surrealismo, el dadaísmo y las vanguardias habían transformado el lenguaje poético, que en Mir queda atrapado en la estética del modernismo de Rubén Darío y en las cancioncillas de Lorca.

Los ejemplos son prolijos. El profetismo no fue un celaje pasajero en la poesía inspirada en esta ideología. Hay toda una simbología de carácter futurista que se tornó en el lenguaje de la época, y ronda toda la poesía de la postguerra de 1965. En efecto: encontramos las mismas figuras en Mateo Morrison en *Aniversario del dolor* (1968). Obra sin par desde el punto de vista de la difusión; tiene más de 4 ediciones (incluyendo la traducción al inglés). Sin embargo, no es el rasgo de las publicaciones ulteriores que datan de 1985 –*Visiones del transeúnte* y *Si la casa se llana de sombra* (1986)–, separados por 18 años de su primera publicación. Aunque Morrison (1947) no formó parte

de los fundadores del Grupo La Isla (1965)³¹ ni tampoco de los firmantes del Frente Cultural de 1965.³² Pero obra en su poesía y en la de los demás miembros de la Joven Poesía los postulados en los que prevalecía un uso instrumental de la literatura, igual al que rezuman los manifiestos y los ensayos publicados en esa hora. Los poetas y escritores, seducidos por la idea de la redención social, -fascinados por la idea de la Revolución- compendian todas las certidumbres; convertían la literatura en fetichismo de la Utopía. Los demás poetas del grupo de la postguerra de 1965 seguirían esta misma estética: Tony Raful (1951), Andrés L. Mateo (1946), Norberto James (1945), Alexis Gómez (1950), Enriquillo Sánchez (1947), Enrique Eusebio (1947), Soledad Álvarez (1950), Jeannette Miller (1944), Wilfredo Lozano (1950), Pedro Caro (1946) y Rafael Abreu Mejía (1944).

Se impuso una adhesión terca al destino revolucionario fraguado al socaire de la participación que suscitara la guerra civil de 1965. Las influencias de la Revolución cubana (1959) y la leyenda de que una revolución social debía acompañarse de una Revolución en el arte, que fue uno de los mitos sembrados por

³¹ Andrés L. Mateo. *Manifiestos literarios de la República Dominicana*. Santo Domingo: Biblioteca Nacional, 1984. Entre los integrantes del Grupo La Isla figuran Antonio Lockward Artilles, Wilfredo Lozano, Jorge Lara y Andrés L. Mateo. La declaración del grupo constituye un verdadero manifiesto en favor del arte comprometido y, en cierto modo, del profetismo revolucionario. He aquí algunos juicios que confirman el planteo: “nos oponemos firmemente a la tesis reaccionaria de crear un arte que tenga su razón de ser en sí mismo” [...] Se proponen enfrentar “el arte de la burguesía”. Lucharán por “la creación de un arte realista, rico en la forma y avanzado en el fondo, contra las corrientes irracionales”, pp. 598-600.

³² Mateo, *op. cit.*, p. 53. El Frente Cultural fue una agrupación de artistas y escritores. Casi todos tenían un historial de militancia de izquierda o, si no lo eran formalmente, eran adláteres de los partidos de izquierda. Publicaron un libro que tuvo mucha influencia en su día: *Pueblo, sangre y canto* (1965). Los miembros del Frente eran: Antonio Lockward, Miguel Alfonseca, Silvano Lora, Jacques Viau, René del Risco y Juan José Ayuso. Estiman estos escritores que “el arte, integrado como una actividad colateral a la lucha armada, ha constituido una fuente de impulso que mantuvo en la trincherera vivo el heroísmo inagotable de la fuerza. Los artistas no hemos vacilado en acatar este designio histórico y, yendo más allá, realizamos aportes de inestimable valor al martirio de la Revolución”. La declaración constituye, pues, todo un programa para el arte y la literatura.

el surrealismo en 1940 (que quedó solventado con la ruptura de los surrealistas con los partidos comunistas), fue una de las ideas peregrinas que se esgrimieron en aquel momento para tratar la relación entre el arte y la política. Punto que no lograron esclarecer, quedando naufragados en los estereotipos y pálpitos que se tenían en aquellos momentos.

Muchos de los mitos de las vanguardias, en boga en aquellos momentos, tienen su origen en la necesidad social y en el hallazgo de ideologías que preludian la llegada del tiempo sagrado. El poema perdía su autonomía. Se trataba de una forma de escapar al vacío, mediante la crítica social; pero esa visión zozobró en la sumisión. No hay dudas; se trata de un arte monolítico que nos trasunta la imagen de un hombre unidimensional, sin contornos, petrificado, dogmático, que repite sin cesar la mismas recetas, y convierte la poesía en una pedagogía de la liberación. Otro tanto cabe decirse de la generación de poetas del 1960: Ramón Francisco (1929), René del Risco (1937), Juan José Ayuno (1940), Miguel Alfonseca (1942), Antonio Lockward (1941) y de algunos miembros de la llamada Generación del 48, tales como: Abel Fernández Mejía (1931), Rafael Valera Benítez (1929), Abelado Vicioso (1930) y Víctor Villegas (1924).

Con esta poesía surge un lenguaje de invocaciones consabidas y previsibles. El profetismo se convierte en una congelación de la escritura, hasta degenerar en un drama entre los símbolos de opresión y los de la esperanza; combate maniqueo en el que triunfa, como acaece siempre en las buenas conciencias, el Bien (encarnado en la promesa de la profecía) sobre el mal (representado por la situación política de la hora). Como en un círculo vicioso, se reitera en los poemas la misma cantilena: la ideología se vuelca en la tautología; se torna en un eslogan.

Veamos a guisa de prueba algunas muestras elocuentes:

Coral sombrío para lo invasores

Morirán sin los abetos de Vermont

Morirán sin los grandes pastos rizados por el viento,

*Sin los frescos terrones de California
 Ni la cordillera del Oeste,
 Donde el cielo es un pálido patriarca en mansedumbre.
 Morirán sobre una tierra que no es suya
 Entre unos hombres de distinta lengua,
 Ojos diferentes y distinto corazón
 Porque son invasores.
 Destrozan nuestros niños
 Y aúllan las raíces del planeta
 Matan nuestras madres
 Y el mundo gime pateado en los ovarios.³³*

El uso del futuro crea la confianza en la victoria; se convierte en una superstición: la creencia en que las virtudes triunfan sobre los horrores. El poema convierte el deseo en un presente. Su tema se torna en lección moral. De ahí que resulte imposible la superación de la ideología. El ritmo lo asemeja a las canciones, henchido de repeticiones anafóricas y de paralelismos. Su mensaje es transparente como una consigna o un estribillo para enardecer al militante. Aunque no fuera escrito con esa meta es muy probable que se lea como una proclama:

*Porque son invasores
 Porque matan al hombre que defiende su heredad,
 Porque no defienden su patria sino que agreden la nuestra
 Patria pequeña de tierra
 Patria inmensa de hombres.*

La finalidad queda, sucintamente, expuesta en el propio texto.

El compromiso convierte el poema en una arenga política. El poema utiliza una argumentación causal: “morirán, porque son invasores”. El lenguaje columbra la utopía. Es la contemplación del tiempo deseado y sagrado. Es la recreación de una robinsonada fundada en la confianza histórica, lo que Juan José Ayuso (1940) explyea en su *Canto sin tregua*:

*Entonces
 Van Heusen morirá*

³³ Miguel Alfonseca. *Las guerras y los cantos*. Santo Domingo, 1965.

Y moriña Bulova
Y morirá Volkswagen
Y Tom McAnn morirá
El Conde Morirá
Y morirá La Ópera
Y la Alianza y BIB
Y morirá la OEA
La ONU morirá
Y Johnson y el martín
*Y las chicas y el sexo*³⁴

I.2. El lenguaje

Una porción del lenguaje de esta poesía procede del *Canto general* de Pablo Neruda. Así la vegetación de Chile y su flora entraron, a tambor batiente, en nuestra poesía: las araucarias, los ventisqueros, las piedras, las raíces y el oropel de enumeraciones, nacidas de la exuberante imaginación del poeta. Las imágenes que acompañaban el acto de invocación de los poderes de la profecía como suprema redención, atestiguan de dicho procedimiento.

Según esto, el poema debe explicar la historia; convertirse en crónica de las satrapías y de los desmanes de las oligarquías. Y, de este modo, expresar el duelo que sostenían los grandes principios abstractos. El poema refiere las luchas, los abusos y el llamado a la liberación. Por eso, verbos como *ensangrentar*, *machacar*, *moler*, *abofetear*... que evocan las torturas y todas las reminiscencias del sufrimiento, son copiosos en esta poesía. Y por igual, otras palabras como *primavera*, *alborada*, *rosa*, *luz*, *dulzura*, *amapolas*, *geranios*... que simbolizan el sueño del poeta.

La llegada de un tiempo nuevo en el cual los personajes principales serán los jornaleros, los campesinos, los obreros, el leñador, el plomero, el albañil, el cortador de caña, el agricultor,

³⁴ Juan José Ayuso, *Canto rudimentario* (1965), *Bienaventurados los cimarrones* (1984).

el pescador... pero estos personajes que entran en la literatura dominicana endiosados y sin máculas, tienen como objetivo reproducir la idea de que todo lo popular, por estar desterrado del mando supremo, estaba dotado de todas las virtudes. La dictadura del fuerte debía ser reemplazada por la del débil. La mayoría debía imponerse sobre la minoría. Este elogio se convirtió en moneda corriente, ideología literaria, considerada como uno de los valores del poema.

Podemos espigar en algunos pasajes los recursos que aparecerán menudamente en el poema “revolucionario”.

*Esta motivación
De mayoría para todos
Crecida con luz o el aire
(Alexis Gómez)*

*Duarte: Medalla de luz,
Condecorando la tierra
(Tony Raful)*

*Construimos la luz que
Nos deseáis
(Norberto James)*

*Crecen las rígidas espigas
Buscadoras de la luz,
(Norberto James)
Pienso: es el desencadenar
De signos, las aberturas relucientes
(Enrique Eusebio)*

*Pablo dice la oración de los
Jazmines, sueña con su párpado
De mar en la mañana
Nada auspicia el lucero de*

Chile

(Enrique Sánchez)

La luz constituirá el símbolo de lo positivo como puede palpase en los ejemplos. Otros elementos, por añadidura, obrarán igualmente como estereotipos poéticos: *la espiga, el mar, la primavera, la tarde...* a estos se contraponen los emblemas de lo negativo: *la noche, la sombra...* Y entre ambos elementos se producirá una reyer-ta dramática, que, en casi todos los poemas queda rematada con el triunfo simbólico de la luz, es decir, del bien.

Grito/ y pide paz y pide voz o pide pan y luz/ para las sombras popula-res, para los barrios, para las niñas/ para las fábricas, para los matorrales/ cuando no es el ostracismo es el silencio/ cuando no es el olvido es el gendar-me... (Pedro Mir)

La luz representa lo que nos defiende de las sombras. De la luz nace la espiga, la primavera, el grito, el florecimiento, todas las aso-ciaciones de la libertad; mientras que las sombras empalman con el silencio, el olvido, el gendarme, el ostracismo, el crepúsculo. El poema nos representa en un lenguaje de tópicos. Una historia de la cual ya conocemos el resultado. El poeta construye sus poemas con arreglo a estas tesituras que pautaron durante mucho tiempo la creatividad de los poetas. Prueba del empobrecimiento que trae consigo el plantear un sentido para el poema. Un sentido que pre-cede lo que se va a escribir.

El léxico político empleado entre 1965 y 1978 refleja casi como un espejo la guerra que se llevaba a cabo por otros medios. In-dudablemente si comparamos la batalla verbal con la encarnizada lucha entre los bandos enconados, tras la refriega de abril de 1965, veremos paladinamente representado un trasunto de la división ideológica que penetró en la sociedad dominicana, que tuvo varias repercusiones.

1. Un estado de violencia política, simbolizado en los planes de lucha de los partidos políticos de izquierda. De esas luchas cabe subrayar lo siguiente: a) en 1969 el Movimiento Popular

- Dominicano principió un compendio de proezas violentas, que tenía dos vertientes: combatir el cisma planteado por el Partido Comunista de la República Dominicana (PACOREDO) y preparar el Golpe de Estado revolucionario en comandita con sectores liberales. A esas conclusiones los llevó el Congreso Hilda Gautreau. Un año después, el 10 de junio de 1970, el Presidente Balaguer debelaba ante las cámaras de televisión las menudencias de la conspiración militar organizada por Elías Wessin y Wessin, que pasó entonces al exilio en Madrid; b) El 12 de enero de 1972 caen en combate, tras ser descubiertos, los miembros de los Comandos de la Resistencia, capitaneados por Amaury Germán Aristy; c) El 3 de febrero de 1973 llegó al país el coronel Francisco Alberto Caamaño, el héroe de la Guerra de Abril de 1965. Trece días después cayó junto a un pequeño séquito de guerrilleros; d) El 24 de marzo de 1970 un comando de izquierda secuestra al coronel Donald J. Crowley, agregado militar de la Embajada de Estados Unidos, y obtiene la liberación de 22 izquierdistas del Movimiento Popular Dominicano encarcelados por la comisión de delitos comunes; e) El comando 12 de enero secuestra en 1974 a la agregada cultural de la Embajada de Estados Unidos, Bárbara Hutchinson y al cónsul de Venezuela; f) Tras varias proezas cayó el 9 de junio de 1975 el guerrillero Manfredo Casado Villar; el período concluye con el desmantelamiento de los grupos guerrilleros de Guillermo Rubirosa Fermín. No estábamos, pues, ante una guerra de mentirijillas; las declaraciones altisonantes, los manifiestos y los llamados al alzamiento eran cuantiosos. En contrapartida, se llevó a cabo una campaña de acoso y cacería de los grupos de acción directa; se permitió que notabilísimos agentes de la CIA, como el renombrado Dan Mitrione, obraran a sus anchas; se le dio carta blanca a bandas paramilitares.
2. La lucha política penetró en los intelectuales hasta crear fronteras que entonces parecían infranqueables. El Movimiento Renovador iniciado en la Universidad Autónoma de Santo Domingo en 1966 trajo consigo la expulsión de los profesos-

res considerados desafectos con la ideología preponderante entonces en la Universidad. Y en vista de ello, se dotó a la Universidad de una filosofía y de unos propósitos distintos de los que habían imperado en épocas anteriores. Así se instauró el cogobierno, entre los tres poderes: profesores, empleados y estudiantes; surgieron los partidos universitarios; y se inició una revisión curricular con vistas a forjar un nuevo profesional. Los profesores separados de sus cátedras, y aquellos que habían dimitido voluntariamente, tras algunas expulsiones estruendosas como las de Joaquín Balaguer y don Ramón Báez López Pehna, se organizaron como grupo. Así el 21 de abril de 1966 nace la Universidad Pedro Henríquez Ureña (UNPHU). Entre los eminentes profesores que participaron de esta fundación tenemos a Max Henríquez Ureña, Ramón Báez López Pehna, Leonte Bernard Vásquez, Aquiles Farías Monje, Aquiles Azar, Juan Tomás Mejía Feliú, Carlos Esteban Deive, Lupo Hernández Rueda, Mariano Lebrón Saviñón, Eugenio Pérez Montás, Emmanuel y Wellington Ramos Messina, Jaime y José Viñas Román, Luis Sánchez Sanley, Malaquías Gil Arántegui, Joaquín Balaguer, José Antonio Caro Álvarez, quien fuera, además, su primer Rector. A pesar de esas buenas credenciales académicas, la batalla ideológica fue, irremisiblemente, ganada por la UASD. Se crearon estereotipos en contra de los intelectuales que habían abandonado la Universidad del Estado o que habían sido expulsados. Víctimas del terrorismo moral, los motejados como intelectuales “conservadores”, hicieron mutis por el foro. Intimidados, descalificados y culpabilizados por la creación de arquetipos, que le atribuyeron sin que hubiese fundamento para ello, la catadura de los intelectuales fascistas. Se había echado al ruedo la idea de que estos intelectuales, re-nuentes a la ola ideológica ascendente, eran moralmente inferiores.

3. De este modo, las designaciones empleadas por la llamada izquierda se desplegaron con toda menudencia. Sus adversarios eran denominados como *fuerzas oscurantistas, reaccionarios, trucutuses,*

cavernícolas, fuerzas conservadoras, lacayos del imperialismo, gorilas, sirvientes de la oligarquía, hombres de la sombra, trogloditas, intelectuales cavernarios, gentes del paleolítico, grupos atrasados, fuerzas contrarrevolucionarias... En contraste, los contadísimos portavoces que replicaban estos estereotipos espetaban esta descalificación: *fuerzas subversivas, comunismo ateo y disociador; la bestia roja*. El término *revolucionario*, que tenía en el siglo XIX connotaciones negativas, aparece interpretado dentro de esta nueva concepción de forma positiva.

3. La pobreza

Pariete de estos pareceres es el endiosamiento que se hace en la literatura dominicana de la pobreza. Los pobres, según esto, tienen el monopolio de las cualidades nobles; los ricos, por el contraste, son siempre despreciables, aunque fragüen sus caudales con esfuerzo y desde la posición de pobres. Se trata, en cuentas muy resumidas, de una retórica maniquea. Melvin Mañón observa en *Transformación de América Latina*:

“no se concibe en nuestra literatura que los esfuerzos de un hombre por hacer riqueza, sus muestras de ingenio y perseverancia puedan ser objeto de admiración para nadie, porque la sociedad latinoamericana, aunque se pliega servil a los poderosos, continúa negando la validez de todo esfuerzo productivo de esta naturaleza y reiterando de mil maneras, directa o indirectamente la inherente inmoralidad de cualquier proyecto que persiga como finalidad principal el lucro, la ganancia y el beneficio personal”.³⁵

El contraste que establece Mañón entre la glorificación del populismo en la literatura y el desprecio hacia el hombre emprendedor había sido subrayado por Carlos Rangel (1929-1988), en su ya célebre libro *Del buen salvaje al buen revolucionario*.³⁶ Se trata, en efecto, del desprecio por el esfuerzo individual, bien por la búsqueda del éxito personal o bien en contra de las adversidades de la natu-

³⁵ Melvin Mañón, *La transformación posible de América Latina*, Santo Domingo, Taller, 1986, p. 54.

³⁶ Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Caracas: Monte Avila, 1975.

raleza, que es la nota distintiva de la gran literatura norteamericana. Ámbito en el que el inventor, el hombre de negocios o el autor de cualquier proeza individual son exaltados. El contraste que nos revela el autor es palmario: “los pobres latinoamericanos han sido embellecidos, despojados de sus miserias humanas, desnaturalizados y convertidos en tipos ideales (Mañón, *Ibíd.*). Llegamos, de este modo, a una de las claves del realismo social: la creación de héroes positivos y personajes totalmente monolíticos, destinados a traducir las relaciones sociales de una manera maniquea.

Estos personajes carecen de realidad; su relación con la vida real es la que inventaron los demagogos que los endiosaron para manipularlos mejor. Mañón subraya que: “los pobres de la vida real son distintos a los de la novela. Se roban, se engañan unos a otros, son perezosos, carecen de voluntad para labrar el progreso (...) cultivan la improvisación y adquieren maestría en su dominio” (*Ibíd.*).

Desde luego, no se trata de invertir el maniqueísmo, cargando la pincelada sobre los defectos para pasar de la desmitificación a una mitificación. Por todo ello, el autor, en contraste con lo anterior, plantea que:

“hay una porción excepcional entre los pobres donde sí hay cabida para el heroísmo, la inteligencia creadora, el esfuerzo productivo, la imaginación fecunda, el desprendimiento y la virtud humanas. Pero ésta no es la imagen que nos dejan las canciones, la poesía, las novelas y los cuentos” (Mañón, p. 58).

En resumidas cuentas: se trata de *deconstruir* la idea de los célebres méritos de la pobreza. En este mito se han fundado no pocas leyendas que pululan en la literatura dominicana. Una muestra ejemplar es *Juan Criollo y otras antielegías* del poeta Víctor Villegas.³⁷ Esta idealización del mundo de la pobreza, escamotea el hecho de que

³⁷ Víctor Villegas, *Juan Criollo y otras antielegías*. Santo Domingo, 1982. La imagen del pícaro Juan Criollo de Villegas endiosado en estos versos:

*un dios-callejero
un dios-obrero de repente había*

muchas veces por encima de la solidaridad, el derecho y la cooperación comunitaria, se impone el más crudo individualismo y los instintos primarios provocados por la necesidad, que echan por tierra todos los valores y se apoderan de la idílica comunidad. Todas estas representaciones fundadas en la compasión se hacen añicos.

Derivado de esta leyenda es la apología que se hace del resentimiento. Algunas de estas muestras nos llevan, taxativamente, a esta conclusión. He aquí algunos ejemplos probatorios.

*Mis versos tienen un rostro de llanto recrecido
Un crujir de dientes, un odio almacenado
(Mateo Morrison)*

*El odio antiguo a la Corona
A la mar
A esta horrible oscuridad
Plagada de monstruos
(Norberto James)*

*Detrás de cada uno de nosotros
Hay un guerrero obligatorio
Hay un guerrero necesario
(Juan José Ayuso)
Qué día vendrá con su canasta llena
De iras implacables y rostros contraídos y
Puños y puñales
(Pedro Mir).*

Esta adscripción al compromiso rechazó paladinamente los influjos de la Poesía Sorprendida. El paradigma será Pedro Mir y algunos poetas del 48: Abelardo Vicioso (1930), Abel Fernández Mejía (1931-1998), que era mentor, luego, del grupo de postguerra; Rafael Valera Benítez (1928), Máximo Avilés Blonda (1931-1988). Este entronque de poetas y escritores del 48, del 60 y de la postguerra monopoliza

prácticamente la vida cultural del país.³⁸ Prevalecía en estos escritores y poetas el deseo de ilustrar las máximas y tesis que sustentaban en sus grupos políticos. Elocuente muestra son estos versos de René del Risco (1937-1974), en que la poesía queda reducida a denuncia:

*Yo quiero un ramo de rosas
para un General, graduado en West Point*

Una de las consejas sustentadas por el ideal poético es la invocación del día definitivo de la redención, tema que casi siempre los conduce al optimismo, como acaece en estos versos de Juan José Ayuso (1940).

*La antorcha llegará
Nosotros la encendimos y corrimos
Con ella. La dimos a los hijos.
Ellos harán la marcha hacia el futuro
La llama vivirá.
Ellos la llevarán hacia el futuro.³⁹*

Se trata de una poesía vicaria del Partido que reproduce menudamente “una metaforización dual, que ve la luz y todos sus sinónimos como racionalismo del progreso y las sombras y sus variantes como sinónimo del mal”.⁴⁰ Pareja situación se percibe en esta estrofa de Mateo Morrison:

*Y hay luto y hay ira incontenible
Y hay luces que nos dicen*

³⁸ Tenían el dominio de toda la enseñanza: Antonio Lockward Artiles, Abelardo Vicioso, Abel Fernández Mejía y Nora Nivar de Fernández mantendrían prácticamente el control de los programas y de la enseñanza, constituyéndose, además, en directores y decanos, juntos a sus parciales y todos aquellos que hicieron carrera bajo esas sombrillas. Los paniaguados continuarán las viejas prácticas de los maestros. En aquellos momentos los directores estaban ligados a los partidos de izquierda, dato que confirma Diógenes Céspedes, en *Lenguaje y Poesía en Santo Domingo en el siglo XX*, Santo Domingo. Editora Universitaria, 1985.

³⁹ Juan José Ayuso, *Bienaventurados los cimarrones*, Santo Domingo. Editora Taller, 1975, p. 85.

⁴⁰ Diógenes Céspedes, *Estudios sobre literatura, cultura e ideologías*. San Pedro de Macorís: Universidad Central del Este (UCE), 1983.

*Que el tiempo de los justos no está lejos
Y hay luces que nos dicen
Que ya se ve una apertura a la esperanza.*⁴¹

Al colocar las producciones de la ‘Joven Poesía’ en el celemín de las valoraciones, Céspedes nos propone una biografía intelectual de sus miembros, cuya síntesis queda hondamente expresada en estos juicios: “Las carencias teóricas de la ‘Joven Poesía’ era de bulto.

“El desprecio por los estudios fue su orgullo blasón. No serán sino al cabo de diez años que algunos de sus miembros sentirán la necesidad de estudiar. Pero para afrontar el peso de las responsabilidades de la vida, del pan cotidiano, que se gana desde el mantenimiento de las posiciones burocráticas alcanzadas. Los componentes de este grupo son muy desiguales en calidad poética y en preparación intelectual. Pero los une a todos la ‘función social’ de la literatura”.⁴²

Es claro que esta visión que se remonta al período histórico comprendido entre 1960 y 1978 ha cambiado radicalmente. Algunos, tal es el caso de Enrique Eusebio (1947) en la última obra publicada, *Consignas y sub-versiones*,⁴³ quedaron atrapados en la ideología del compromiso, como lo revela este llamado:

*“Definir un universo disímil pletórico inventario de luz y caminos distintos
como manos/ y uníos proletarios del mundo/ de la pasión más fuerte res-
ponso/ de lo que aún no imagino ni sueño pero evoco ansío”.*

De todo el conjunto, los más prolíficos son Tony Raful (1951) y Alexis Gómez (1950). Ambos han evolucionado de un modo muy distinto a la estética del compromiso. Raful ha roto sus amarras con la poesía de sus comienzos a partir de *Visiones del escriba* (1981), en Gómez se ha producido una verdadera renovación de todos sus recursos retóricos pues, si bien no estuvo encorsetado

⁴¹ Mateo Morrison, *Aniversario del dolor*. Santo Domingo: Talleres Offset de la UASD, 1973, p. 18.

⁴² Céspedes, *op. cit.*, p. 59.

⁴³ Enrique Eusebio, *Consignas...* Santo Domingo: Cosmos, 1980.

por la idea del compromiso, sus poemas reproducían la misma retórica –metaforización y simbolización– de los demás poetas de postguerra.

La poesía será concebida fundamentalmente para transmitir mensajes de exaltación revolucionaria, para comunicar una interpretación histórica, denunciar las calamidades sociales o idolatrar al héroe revolucionario. La mayoría de estos profetas fueron engullidos por el desencanto.

Uno de los jaeces que toma esta ideología es el culto al Estado. Entre los poetas y escritores se divulgó la especie que en los países en donde ha triunfado la Revolución podían dedicarse a escribir y a vivir del estipendio público. Muchos soñaban con convertir toda su obra en propaganda, a cambio de un salario. Como esta utopía parecía cada vez más exigua y lejana, entonces empezaron las jeremiadas que explicaban el marasmo y el pesimismo en las artes y en las letras, debido a la ausencia del mecenazgo del Estado.

Según Max Weber “un Profeta es un portador de un carisma puramente personal que anuncia, en virtud de su misión, una doctrina religiosa o un mandato divino”.⁴⁴ La profecía exige obediencia moral y de doctrina; se convierte en una prosopopeya, nos lleva al animismo de las antiguallas conceptuales que se convierte en un modo mágico de entender la Historia.

Estamos condenados a pasar por las horcas caudinas de un mundo regido por leyes fijas, independientes de nuestras vidas, elaboradas por el profeta, y a padecer los sacrificios que entraña la implantación de estas leyes. Queda así compendiada en este mito la actitud del militante. Uno de los temas que obsesionan al creyente es el hallazgo del enemigo objetivo en el cual hace descansar las culpabilidades y el destino de la violencia purificadora. Examinemos el siguiente punto:

⁴⁴ Véase el término «profetismo» en el *Diccionario de sociología* (supra).

II. LA CREACIÓN DEL ENEMIGO OBJETIVO

Todas las ideologías que consideran tener el monopolio de la verdad y que obran amparadas en un poder que les viene atribuido por la Justicia Divina crean los enemigos que es preciso combatir. La propaganda y el terror revolucionario clasifican las categorías que hay que destruir: las clases en vías de extinción o clases decadentes, los individuos no aptos para la vida que ha sido imaginada por los profetas, los intelectuales no conversos a la ideología reudentora y los norteamericanos.

En el poema “Hay un país en el mundo” se hace una apelación a la violencia en contra del enemigo objetivo. Citemos en gracia de la demostración algunos versos:

*Decid al viento los apellidos
De los ladrones y las cavernas*

Al inventariar *urbi et orbi* las señas de identidad de los condenados, el poeta nos evoca el día de la venganza definitiva, procediendo a la delación primero y luego a la Justicia popular. El poeta, que era un prominente militante de izquierdas, fundador del Partido Socialista Popular, incita a que se haga el distinguo entre el grano y la paja. Este tema lo vemos copiosamente expuesto en todos los jóvenes poetas de la postguerra, y es que la ideología de izquierdas naufraga muy a menudo en consignas, eslóganes, máximas, estereotipos, empobreciendo considerablemente el pensamiento y las posibilidades de creatividad del poeta. El sujeto queda atrapado en su cárcel conceptual. Mir, que es el poeta por excelencia de las izquierdas, y que se ha convertido, por lo mismo, en poeta nacional, no escapa a esta regla axiomática, como demuestran estos versos clarividentes:

*Que día vendrá, oculto en la esperanza
Con su canasta llena de iras implacables y rostros
Contraídos y puños y puñales
Pero tened cuidado. No es justo que el castigo caiga
Sobre todos. Busquemos los culpables y entonces*

*Caiga el peso infinito de los pueblos
Sobre los hombros de los culpables*⁴⁵

El último verso reúne en una sola oración el objetivo de la violencia invocada. Se trata de poner en la picota al enemigo, y celebrar la llegada de la guerra social que presagia la lucha de clases. El poema ilustra la tesis y el deseo del militante. La substanciación del enemigo objetivo se hace palmaria, en estos versos:

*Ni un paso atrás
soldados y civiles
hermanados de pronto en la verdad
la vida es una sobre los fusiles de malos nuestros a extranjeros viles.*⁴⁶

Parejas conclusiones cabe hacerse sobre algunos poemas de René del Risco (en los que hace una decantación del enemigo) y en los poetas compendiados en la *Antología informal*.⁴⁷

En efecto: varios poetas de la antología escribieron catilinarias ardientes para objetivizar al enemigo. Jorge Lara (seudónimo de José Ulises Rutinel) dio a la estampa *Poema de sangre*, en el que expresa el culto a la violencia en contra del enemigo, convertido en un fantasma antediluviano. El antólogo Pedro Conde sentencia la obra en estos términos: “*Poemas de sangre* es su primer libro –confiamos en que sea el último”. Descuellan igualmente en ese sentido Norberto James Rawlings, que ya había publicado *Sobre la marcha* (1968), Pedro Caro (1946), Andrés L. Mateo (1946) y Héctor Díaz Polanco (1944), que había publicado dos opúsculos de poemas: *Abstracciones poéticas* (1966) y *Los enemigos íntimos* (1969), concebidos como denuncia y descripción del enemigo a modo de bestiario, la denostación del enemigo es la condición de toda ideología totalitaria. En “Cien infiernos ardientes”, acróstico de la CIA, se nos revela este aspecto con toda su vehemencia: Allen Dulles

⁴⁵ P. Mir, *Hay un país en el mundo*. Santo Domingo: Taller, 1992, p. 22.

⁴⁶ Mir, *Hay un país en el mundo y otros poemas*, Santo Domingo: Taller, 1992, p. 126.

⁴⁷ Pedro Conde, *Antología informal*, Santo Domingo: Editora Nacional, 1972.

*Un grito abierto por tu eterno
Descanso en el infierno
Boca de sapo
Batracio
Nocturno carnicero
Terminó tu carrera de rapiña
Figura de United Fruit.⁴⁸*

El poema muestra un modo de designar que revela el odio que siente el individuo que, en este caso, no puede desprenderse del panfletarismo pequeño burgués. Estas apologías del odio, de la ira, son una práctica generalizada en toda nuestra poesía ligada al pensamiento de izquierdas en el país. Punto que convierte el texto en un amasijo de insultos. Estas octavillas de odio fueron reforzadas por el dogmatismo⁴⁹ y por la cacería de brujas, cuyo santuario ideológico fue la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

III. LA YANQUIFOBIA

Entre los grupos políticos de izquierdas se arraigó el mito de que la felicidad y la prosperidad de los países latinoamericanos arribarían el día en que se rompiesen las relaciones y el comercio con los Estados Unidos. Según este mito, los americanos se reúnen para hurtar nuestros mejores cerebros, para apropiarse de nuestras riquezas y para impedir que nos desarrollemos como nación. Estas imágenes patéticas fueron reforzadas por algunos sociólogos e historiadores.

⁴⁸ Conde, *op. cit.*, pp. 75-76.

⁴⁹ El escritor Diógenes Céspedes (1941), que no formaba parte de la capilla revolucionaria, fue amenazado en varias ocasiones para que abandonara la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Los que no estuviesen adoctrinados o no pertenecieran a los distintos grupúsculos que detentaban el mando eran sistemáticamente desestimados para los puestos de dirección. Una vez una autoridad salía electa, quedaba prácticamente encorsetada porque le debía en gran medida el puesto obtenido a los delegados de los partidos universitarios.

¿Qué ocurría? Se había fraguado en toda nuestra América un sentimiento antinorteamericano inspirado en los episodios de expansión imperialista norteamericana en el siglo XIX en Puerto Rico, Filipinas y en grandes porciones del territorio mejicano, así como las intervenciones norteamericanas en 1916-1924 y de 1965, en Santo Domingo, en el siglo XX.

El sentimiento de hostilidad fue de tal magnitud que muchos de nuestros intelectuales y políticos se referían a nuestras relaciones con los Estados Unidos como si nuestra situación fuera exactamente igual que la de un Estado enfeudado, tal como está Puerto Rico. Historiadores y sociólogos se emplearon a fondo para demostrar que éramos ni más ni menos un Estado colonial. En un estudio de Leslie Manigat⁵⁰ se hace un copioso inventario de las fuentes diversas y variopintas en las que se cimenta el antinorteamericanismo que, posteriormente, se tornará en yanquifobia abierta. Sería ocioso naufragar en sus prolijas enumeraciones. Podemos compendiarlo en un número reducido de notas distintivas:

1. El antiamericanismo basado en los acontecimientos, que no es ni sistemático ni doctrinal. Ejemplo de ello podría ser el que se expresa a través de la prosa de Max Henríquez Ureña en *Los yanquis en Santo Domingo*, en que se solicitaba la desocupación del país, y nada más.
2. Un antiamericanismo que, posteriormente de clase, nacido de la frustración de los obreros de las compañías americanas y fomentado por el nacimiento del sindicalismo en los ingenios y compañías americanas, es el que vemos estampado en el poema “Hay un país en el mundo”, que nos recuerda la época en que la mayoría de los ingenios de azúcar de la nación pertenecían a norteamericanos establecidos en el país. A ello se añade el antiamericanismo estimulado por los empresarios criollos, al entrar en competencia con el capital extranjero por el reparto del mercado nacional. Estos grupos presentan su guerra de intereses disfrazada de patriotismo.

⁵⁰ L. Manigat, *L'Amérique Latine au XX^{ème} siècle (1808-1920)*, París, Seuil, 1991, pp. 384-415.

3. Por último, cabe citar un antinorteamericanismo cultural, cuyas raíces habría que buscarlas en las influencias dejadas por el arielismo⁵¹ en grandes porciones de nuestros académicos e intelectuales. Se trata de contraponer la latinidad al mundo anglosajón. Ideas que fueron refrendadas por los más prestigiosos intelectuales latinoamericanos y que han dejado su heredad en la tradición dominicana, estableciendo una relación caracterizada por los recelos, la desconfianza y el desconocimiento de cómo funciona el país con el cual se hace el 70% de nuestro comercio y en el cual reside la mayor cantidad de emigrados.

Pero a partir de 1959, bajo el influjo sin precedente que ejerció la revolución cubana de Fidel Castro, el antinorteamericanismo tomó un derrotero estrictamente doctrinal: 1) se interpretó la historia, con los mismos tintes que tenían las hostilidades este-oeste; vivíamos una guerra fría en contra de los designios del tío Sam; 2) la universidad estatal se convirtió en un santuario en donde se fomentaba en actos rituales y académicos el antinorteamericanismo; 3) un fenómeno de expiación: se atribuyeron todos nuestros males a los Estados Unidos, descontando de esos aquelarres condenatorios a las rapaces oligarquías criollas. El poema que mejor ilustra esta ideología y estos mitos de la presencia ubicua y total de Tío Sam apoderándose de todos nuestros territorios y llenos de perversidad es el *Contracanto a Walt Whitman*. Las iconografías que calcan las consignas de la época y los retablos políticos nos presentaban un pulpo, curiosa metamorfosis, succionando y matando de hambre a estos pueblos. De todas esas ceremonias de odio quedaban exentos los verdugos locales. De este modo, las responsabilidades por la marginalidad infantil, por el hambre, no eran el resultado de la improductividad, de la mala distribución de la riqueza, sino de un tenebroso plan urgido por los rubios del norte.

El *Contracanto a Walt Witman* constituye una muestra ejemplar de esta ideología. Examinemos, como prueba de cuanto acabamos

⁵¹ Diógenes Céspedes. "El arielismo...", *Cuadernos de Poesía* 17 (1989): 7-56.

de afirmar, el diálogo de Mr. Babbit, imagen caricatural del Tío Sam.

*Traedme las Antillas
Y en medio de un aroma silencioso;
allá viene la isla de Santo Domingo
Traedme la América Central
Traedme la América del Sur
Traedme todos esos pueblos, en nitrato,
en estaño, en petróleo, en bananas,
en almibar/ traedme todos esos pueblos.⁵²*

El poeta se propone hacer una cronología del origen de la sociedad norteamericana. La tesis que pretende poner de resalto es que los Estados Unidos usurpa las riquezas de América y a resultas de ello se ha convertido en un país rico y desarrollado, lugar común de todo el tercermundismo. Vale decir, que basta con llevar a cabo faenas de rapiñas para llegar a ricos. Se deduce de ese esquema que nosotros somos pobres porque ellos son ricos. De este modo, el poema se revela en Mir como un instrumento para dilucidar y exponer sus tesis políticas.

El poema consta de pocas imágenes, pocas descripciones, es más bien un poema narrativo que se confunde con la interpretación de la historia. Cuando lo examinamos punto por punto notamos que, en esa ilustración de la historia, se expone con toda menudencia una escritura programada, desde las enumeraciones retóricas, los tonos oratorios, las cancioncillas y los juegos que ya se habían ensayado copiosamente en “Hay un país en el mundo” hasta el esquema ideológico que, sobre la naturaleza de nuestro futuro, ilustra el desarrollo del poema.

Los ejemplos de yanquifobia son una constante en poetas del 48: Víctor Villegas, Valera Benítez, Abel Fernández Mejía y Abelardo Vicioso, autor del célebre poema “Santo Domingo Vertical” cuyos versos están grabados en el mármol de la postguerra. Otro

⁵² Mir, *op. cit.*, pp. 52-53.

tanto acaece con los poetas del 60 y con la llamada “Joven Poesía” y con los narradores pertenecientes a este período histórico.

Muchos de los poetas y escritores que quisieron dejar plasmados en sus libros y publicaciones el testimonio de su yanquifobia zozobraron en el panfletarismo, cuando no en la subliteratura y no vale la pena detenerse en sus producciones.

Por ello, sólo evocaré los casos más importantes, ya porque tiene reconocimiento por la crítica y los lectores, ya porque su influencia sigue aún irradiando en las nuevas generaciones. Dos ejemplos:

*Quién pudiera decirlo de tus bronces,
Portaviones Interépido!
Tú tan lleno de potencias interiores,
Tú tan lleno de bruscas erupciones
y movimientos sísmicos
y huracanes de roca derretida
y tanto fuego
capaz de aniquilar a todas las Antillas
con un solo resuello,
surto en la enternecida rada de Santo Domingo
solamente por miedo
con todos tus cañones desplazados
solamente por miedo.⁵³*

Variante de esta versión de yanquifobia suele ser la oposición a la inversión extranjera. Las izquierdas habían publicitado el nacionalismo, basadas en la teoría de que la llegada de los capitales del exterior era la mascarilla del colonialismo y del saqueo del país. Obediente a esa consigna son estos versos de René del Risco:

*Se dice “patria” con un traje blanco
Con un grueso cigarro entre los dedos
Con un contrato a punto de firmarse
Con unos inversionistas extranjeros.⁵⁴*

⁵³ Mir, *op. cit.*, p. 88.

⁵⁴ René del Risco, *Poemas y cuentos completos*. Santo Domingo: Taller, 1982.

Esta elocuente politización se manifiesta en las octavillas y declaraciones suscritas por casi todos los escritores. El órgano que los aglutinaba en 1970-1973, la revista *Bloque*, publica un editorial de condena contra Alexander Solzenitsin,⁵⁵ en el que se pone en solfa su religiosidad y se ataca su “grosero individualismo”. Un jesuita, Antulio Parrilla, le reprocha su cristianismo, tachándolo de inadaptado burgués. Estas actitudes muestran hasta dónde fue conformándose un espíritu intolerante.

IV. EL MITO DEL ANTIELITISMO

La idea de que los intelectuales y grupos filosocialistas y populistas defendían la igualdad humana en contra de los que habían impuesto la desigualdad y la injusticia, se había impuesto con toda su carga mítica. Esta convicción espoleaba una indomable voluntad de Revolución. Tenían los intelectuales el palpito de que los ideales sociales se habían convertido en una fuerza social, y que éstos invertirían los términos de la relación: en lugar del Gobierno de una minoría sobre el número, tendríamos el Gobierno del número sobre una minoría. La mayoría no sólo debía gobernar sino destruir la minoría. De ahí procede el antielitismo de izquierdas.

El igualitarismo sustituyó el desprecio del hombre común que había penetrado cierto elitismo; pero exaltó de manera supersticiosa su vida y sus costumbres. Síntoma de esta concepción fue la *plebeyización*⁵⁶ de nuestras novelas y cuentos que se llenaron de prostitutas candorosas, bares de mala fama convertidos en fetiche de la nostalgia y chulos gárrulos, elevados como paradigmas de inteligencia y astucia; los poemas que se publicaron bajo este influjo estaban henchidos de chascarrillos, refranes, palabrotas, y un culto

⁵⁵ *Revista Bloque*, 2do. número, 1973. Santo Domingo: Editora Universitaria.

⁵⁶ El concepto es de Ortega y Gasset, que lo aplicó a la pintura de Goya para caracterizar el popularismo y el gusto que ello generó en muchos críticos e intelectuales que identificaron lo popular con la marginalidad social.

casi religioso por los bajos fondos. Seducidos por el antiintelectualismo, algunos escritores se emplearon a fondo en embellecer la marginalidad. Para muchos esta actitud ante el lenguaje era el santo y seña de que estábamos escribiendo una literatura anti-elitista y antiburguesa, aunque tales juicios estuviesen basados exclusivamente en la abundancia de panaderos, campesinos, labradores, jornaleros, por la presencia de anuncios de publicidad u onomatopeyas blasfemas, letras de merengues y otros decires. Algunas de Ramón Francisco (1929) “Patria Montonera”.

Oh! Jalador, ateso batidores!

Candelo sedifé, candelo sedifé, léame la baraja vieja!

el merengue caña brava...

Me lo dio, moro, comadre, se lo doy cristiano.⁵⁷

Los estribillos, las consignas y los gazapos eclipsaron los versos; y la revelación del rostro popular se convirtió en el valor buscado por el poeta. Tuvo esta tendencia (y tiene aún) muchos cultores en prosa y en poesía. Amén de Ramón Francisco, que la cultivó el estilo de los pregoneros, creando una verdadera moda. Otro tanto puede decirse de la “Joven Poesía” o “Poesía de Postguerra” en donde se puso de moda el poema hecho de noticias; y los poetas del 48 como Abel Fernández Mejía y Víctor Villegas.

Según este ideal, la novela y la poesía debían introducirnos “monte adentro”; vale decir: describir la vida del lupanar, las pachangas, retretas, jaranas y reyertas populares. Porque en esas candidices se muestra la personalidad del ser nacional. El escritor se concibe como instrumento de una convicción: la de servir a esas masas vilipendiadas y olvidadas. En tal sentido, la obra más acabada fue *Los poemas decididamente juñones* (1973) de Apolinar Núñez (1946).

Esta adoración del populacho se acompaña del desprecio por el comerciante, la culpabilidad y la mala conciencia del pequeño burgués —el propio escritor— y por el odio a todo lo que signifique jerarquía social.

⁵⁷ Ramón Francisco, ver *Lecturas dominicanas*. Madrid: Playor.

Sin embargo, pese al antielitismo que campeaba por sus respetos en el mundo soñado por el intelectual de izquierdas, la minoría de partidos únicos confiscaba el poder; interpretaba –sin consultarla jamás– los deseos de la sociedad; se organizaba para perpetuarse en el poder. El poder no es del pueblo que lo delega transitoriamente en unos representantes, sino de unos hombres que lo detentan en nombre de un mandato divino: la Historia, el Destino de la Humanidad, el ideal de progreso. Dicho en otras palabras: el elitismo no está reñido con el discurso de izquierdas. Una de las pruebas más clamorosas se obtiene al observar el comportamiento de los propios partidos de izquierdas que, por lo general, son in-conmovibles a la remoción de las jerarquías y jefaturas.

Una de las muestras más sombrías del elitismo de izquierdas es el llamado culto a la personalidad. Dentro de esta concepción los líderes son objeto de adoración y de culto; se les dedican poemas; se exaltan sus virtudes y si están muertos se les endilga a los hijos el nombre del líder. Muchos de los cambios que hoy se observan en nuestra homonimia, en la que puede apreciarse una retahíla de nombres extranjeros, son oriundos de este fetichismo, que deja entrever las tendencias ideológicas de sus progenitores. Hoy contamos con una buena camada. Los Vladimir, Engels, Lenin, Hanoi, Hochimin, Kruskaya, Marx, Lenin, Envers, Nasser, los Stalin, los Van Troig, los Sandino, los Fidel; junto a las Tánias, Las Haydée, las Ivanovas y sus múltiples combinaciones son el preludeo del culto a la personalidad de estos hombres adorados como si fueran imágenes de santo.

El culto a la personalidad fue reforzado por sus vicios entrañables: el rechazo de todo disenso, la destrucción de la crítica y la omnisciencia e inhabilidad del líder. Algunos seguían mandando después de la muerte, pues lo que escribieron tiene visos de evangelio.

El antielitismo del discurso de izquierdas está sembrado de paradojas: al mismo tiempo que se proclaman como antielitistas, la naturaleza de su credo y sus prácticas en los partidos, los gremios, colectivos y sindicatos los convierte en élites cerradas. En algunos casos en sectas regimentadas por la famosa “unificación de crite-

rios”; y en todos los casos, llegan a convertirse en oligarquías de mandarines que dominan la doctrina sagrada y que instauran un sistema de exclusión extremadamente rígido.

En resumidas cuentas: no hay tal antielitismo. Porque la confiscación del poder por una oligarquía cohesionada por el credo, por los vínculos sanguíneos, se instaura en la ciudad prohibida e impide el acceso libre a todos los mortales; y a veces el precio para llegar a ella es tan alto y tantos los ritos de conversión que la élite se convierte en casta, y el mandato divino es ejercido por un grupito de iluminados.

V. EL PORTAVOZ DE LAS MASAS

Para los escritores que adoptaron el discurso de izquierdas hay lindes que no pueden ser franqueadas sin suscitar escándalos o remontranzas. Como en la época inquisitorial el “poeta debe intuir el poema que debe escribir” que, en cualquier caso, ha de ser una apología del héroe, del mártir o del César revolucionario o bien del hombre humilde, sin voz y con los rasgos beatíficos para la obediencia al credo, un hombre en cuyo nombre se hace la Historia. Debe tener presente al “enemigo que hay que combatir” porque el enemigo está en él; debe desclasarse, despojarse de los vicios pequeño-burgueses. A saber: el intelectualismo, el librepensamiento, las desviaciones y el revisionismo. Algunas de estas faenas de autoflagelación recuerdan las vesánicas torturas que los individuos se aplicaban en la Edad Media para espantar las visitas del demonio.

A las retractaciones, mea culpas, actos de constricción realizados por los individuos que no manifiestan suficiente odio por el enemigo, se añaden las manías persecutorias de los cazadores de brujas. Caso ejemplar sin duda fue la polémica⁵⁸ acerba que sostuvo Oscar Collazos con Mario Vargas Llosa, el primero quiso apli-

⁵⁸ *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1975.

car taxativamente una ideología de la programación, poniéndole un bozal a la imaginación.

Según esto, el portavoz de las masas, símbolo del escritor revolucionario, debe anular la espontaneidad; ahogar las fuerzas de lo irracional. De tal suerte que las tendencias propias del arte, tales como vivir lo múltiple, habitar en lo simultáneo y en la contradicción, se desgajen de ese conjunto. Que el escritor franquee las fronteras de la censura; parodie los poderes; se instale en un más allá, y logre, pese a todo, encarnar en una voz colectiva, en un nosotros, es una ambición que ha tenido toda la literatura revolucionaria o de izquierda. Pero, cuando se asume un arte dirigido y programado, el hallazgo de la propia condición y especificidad del discurso artístico se anula. Cuando el arte se programa, se vuelve previsible, entra en capilla ardiente, escribe su propia acta de defunción. Se convierte, a lo más, en reportaje social.

La misión del portavoz es adoctrinar. Exaltar. Enseñar. Convertir. La misión del poema, dentro de esta concepción estética, es transmitir como información el mensaje de la llegada de la profecía y del profeta; interpretar la Historia. De ahí que pululen las cronologías en las que este hace coincidir el supuesto sentido de la Historia con el tiempo que vendrá.

Uno los mitos prohijados por el portavoz es la creencia en la llegada del día en que las trompetas del Apocalipsis anunciarán la caída final del imperio. Imbuido por la idea del cambio se nos presenta la Historia como un juego de abstracciones que nos conducen secretamente.

Las experiencias prácticas, el análisis, la experimentación, los tanteos son sistemáticamente sustituidos por el dogma, verdades de fanático. Cesarismo doctrinal. Terrorismo verbal. Idealismo histórico que nos obliga a leer la sociedad como un libro sagrado.

El portavoz parte de un axioma sencillo y brutal: el hombre no existe. Sólo existen los principios que luchan en la sociedad. Y, desde luego, las clases. Y éstas hablan por sus voceros. El poeta ha de ser el portavoz de la clase que emerge al escenario del mando histórico: el proletariado.

El portavoz se autodefine: no es él quien habla, quien escribe el poema o la novela: es la tribu. A través de él se expresan el paria, el resentido y la venganza. Se concibe, orgullosamente, como la encarnación de la razón; tiene el monopolio de la verdad; realiza la comunión con el pueblo y tacha a todos los demás, que no entienden esa poesía adscrita a una ideología escatológica, como personas encarceladas en la irracionalidad, en la ignorancia, que, en las monsergas marxistas, quiere decir poco menos que ceguera. El portavoz define a los demás que no comulgan con su ideario como “perversos, insensibles, azotes del pueblo...”.

Muchos dirán que también Whitman fue el portavoz del nacimiento de América y de la democracia. En Whitman, la búsqueda del nosotros es una verdadera superación del subjetivismo. El poema whitmaniano es una pluralidad de imágenes y de situaciones, jamás degenera en ideología. El propio poeta lo sintetiza en estos versos:

*Me contradigo. Sí, me contradigo
Contengo multitudes. (“Canto a mí mismo”)*

En el período histórico que hemos escogido trasunta una literatura enclaustrada en la unanimidad, cuya obsesión le impide volcarse con libertad sobre sus propios temas. Porque la ideología se explica a sí misma. Queda enroscada y se convierte en unas antiparras que le impiden al poeta ver lo que acaece en el mundo, incluso dentro de la propia ideología de izquierdas: el renacimiento de la mujer como un nuevo sujeto de las naciones, de las culturas oprimidas y de los fanatismos religiosos, la búsqueda profunda en la subjetividad del hombre – el hombre subterráneo-, las preguntas que nos hacemos sobre el valor de las creencias que han transformado todas las convicciones que se tenía, y nos sumergen en un mundo en que todo es circunstancial; no hay nada preestablecido. Los poetas al quedarse en la contemplación de las ideologías, al desoír las múltiples voces que vienen del nosotros, de los que no tienen el poder, las preguntas y contradicciones, se convierten en propagandistas. Porque petrifican su mensaje. La literatura no tolera ni la censura ni las doctrinas ni los adocenamientos.

IX. UNA POESÍA DE EFEMÉRIDES: HÉROES Y MÁRTIRES

La *intelligentsia* de izquierdas se empleó a fondo en reescribir la historia. Y, sobre todo, en crearse un pasado oficial de héroes y mártires. Una prolija producción bibliográfica atestigua de ello. Sobre los héroes de la expedición antitrujillista del 14 de Junio de 1959, por ejemplo, se han escrito numerosas tesis universitarias; se han publicado monografías y testimonios de sus hagiógrafos y albaceas. El heroísmo homérico de las guerrillas de Constanza, Maimón y Estero Hondo cuenta con descripciones minuciosas en obras como *Constanza, Maimón y Estero Hondo* (Taller, 1985) de Anselmo Brache; *Luchas de clases en República Dominicana*, de Amaury Justo Duarte (UASD, 1980); *Memorias de la expedición de Junio 1959* (aún inédito) de César Saillant, *Testimonio histórico* (Santo Domingo, 1981), recopilación de testigos y sobrevivientes; *El 14 de Junio, La raza inmortal (Invasión de Constanza, Maimón y Estero Hondo)* de Fidelio Despradel. A esta larga lista de libros, debemos añadir las entrevistas con familiares y sobrevivientes, apostillas periodísticas, ensayos eruditos en los que se detalla la expedición en toda su menudencia, como los publicados por E. Cordero Michel: “Las expediciones de junio de 1959” y análisis prolijos hechos por historiadores como Roberto Cassá en *Capitalismo y Democracia*, Jimenes Grullón en el tercer tomo de *Sociología Política Dominicana*; Juan Bosch en sus memorias políticas recogidas parcialmente en *El Partido*, Ángel Miolán en sus memorias de exiliado, y otros, que harían este comentario muy farragoso.

Los mecanismos de divulgación han sido copiosos (la televisión, la radio, el periodismo), han recogido en reportajes de gran alcance la consagración de los héroes de la expedición guerrillera

antitrujillista de 1959. Estos reconocimientos en donde se atisba la creación de los valores de la izquierda es menor con los héroes de la expedición de Luperón de 1948. Sobre esta última apenas contamos con testimonios de los participantes en la organización del grupo de expedicionarios. ¿Por qué este silencio? Muy sencillo: la guerrilla del 1959 contaba con el respaldo del Gobierno revolucionario de Cuba y estaba comandada por el Movimiento de Liberación Dominicana (MLD) del que estaba excluido el PRD, liderado por Juan Bosch y Ángel Míolán, acusado de traidor por los miembros del MLD, y quedaba igualmente exceptuado el grupo liderado por el grupo antitrujillista, comandado por Horario Ornes Coiscou y los demás grupos tachados de derechistas o conservadores por los miembros del MLD.

Es evidente que esta guerrilla tenía un contenido político de izquierdas. El MLD contaba con un caudal superior a muchos otros grupos; contaba con prominentes intelectuales de izquierdas, que se habían entrenado en el Oriente de Cuba y contaban con respaldo de la Revolución que le cedió aviones, la embarcación y las armas para establecer una cabeza de playa desde su llegada a tierra dominicana. Pero no todo el mundo estaba dispuesto a inmolarsse. De los 5,263 expedicionarios entrenados en Cuba, sólo vino un 8%,⁵⁹ el resto se enfermó la víspera. O, sencillamente, pusieron los pies en polvorosa. Sin duda la inmolación de los expedicionarios en 1959 representa el primer hito de la izquierda dominicana. De ahí el eclipse en que cayeron las invasiones de Cayos Confites (1947) y Luperón (1949), aunque se sabe que todos los movimientos que propendieron a derribar la dictadura por medios violentos fracasaron.

Sin embargo, los conjurados del 30 de mayo cuyo magnicidio dio el tiro de gracia a la dictadura no figuran en esta galería de héroes. ¿Por qué? Sencillamente porque el heroísmo es selectivo. Ni un poema ni un cuento ni una elegía ni una crónica. El silencio debela las metas del historiador.

⁵⁹ Emilio Cordero Michel, "Expedición del 14 de Junio"; véase *Estudios Sociales* (1993).

La otra efeméride de la izquierda de los primeros años fue el alzamiento de Manolo Tavárez en las Manaclas, quien fuera prácticamente traicionado por muchos de sus seguidores e incluso por muchos de los que luego de consagrado como héroe se han propuesto heredarlo y levantar reputación a expensas de su inmenso prestigio revolucionario.

La guerra de abril 1965 ha sido bautizada como Revolución de Abril⁶⁰ y, como tal, ha prolijado una cuantiosa cantidad de comandantes, de los cuales los más conocidos no son precisamente de izquierdas. Sin embargo, en las estampas gráficas de la Guerra publicadas por Fidelio Despradel se pone el acento en la participación de las izquierdas y son los izquierdistas los que mantienen principalía en las descripciones de la historia visual. Luego vendrían las guerrillas de Caamaño (1973) y del grupo de Amaury Germán, luego la del Grupo de Rubirosa Fermín. Todas estas guerrillas estaban orladas de izquierdismo; el principal heredero de esos escarceos que se hicieron para derrotar el régimen de Balaguer de 1966-197) mediante la violencia ha sido Hamlet Herman.

Todo lo que se sabe ha salido, en una gran proporción, de su magín. Él ha establecido las proezas. Él le ha dado la proceridad requerida a los aventureros guerrilleros para inspirar a los poetas. Pero también se ha justificado históricamente. Su publicación en varias versiones del *Diario de guerrilla: Caracoles* (1982) y una versión conjunta con el general Ramiro Matos, *El Guerrillero y el General* (Alfa y Omega, 1990) en la que, desafortunadamente para él, lo retrata de cuerpo entero. Al leerla nos encontramos con un guerrillero inexperto que, en lugar de combatir y aceptar su destino de héroe, se dedica a perseguir a una vaca. Y, en la peripecia, demuestra sorprendentemente que ni siquiera tiene categoría de matarife, cayendo en situaciones jocosas e hilarantes.

Otra vertiente del heroísmo de izquierdas, amén de las con-sabidas hagiografías publicadas por los partidos sobre los césares revolucionarios muertos por las bandas creadas en el Gobierno de

⁶⁰ Tony Rafal, *La Revolución de Abril* (1958).

Balaguer (1966-1978), es fraguado en torno a los líderes obreros o en derredor de intelectuales que abrazaron las ideas socialistas. En tal sentido, cabe señalarse *Luchas del Movimiento Obrero y Luchas sociales en República Dominicana* (Taller, 1991), en los que el autor saca a relucir el heroísmo civil, las luchas sindicales y la lucha ideológica con primacía en los partidos universitarios, entre los cuales están el MPD, La UPA, El PCD, el PACOREDO y una cantidad de movimientos de intelectuales, caracterizados por el cesarismo de capilla y por las divisiones desgarrantes. La mitad de la obra está constituida de documentos *in extensos*, en los que se muestran las interioridades, las remonstranzas de aquellos partidarios que merecen ser recordados y aquellos que merecen ser descalificados.

Se trata de una decantación de los méritos de cada uno de los grupos y de percibir las tendencias que separan el Movimiento. Una gran parte de las biografías y homenajes con que se les rinde tributo a los antiguos luchadores se ha forjado en esa enorme tarea editorial. Estamos ante una legitimación, que suele provocar pequeñas guerras verbales. A raíz de la publicación de *Caracoles*, Claudio Caamaño ofreció a la prensa testimonios que contradicen el relato de Hamlet Hermann, y cuando Melvin Mañón publicó *Operación Estrella* (Taller, 1987), Fidelio Despradel dio a la estampa *Operación Verdad* (Alfa y Omega, 1987). No voy a relatar otros pormenores en los que se muestra que las consagraciones creadas por estos procedimientos partidarios son litigiosas.

La literatura compendia dos tipos de tendencia en lo que respecta a las efemérides: 1. glorificación de un César revolucionario: *Poemas al Che* (Pedro Caro, René del Risco, Alexis Gómez y otros) *Odas a Mao* (Joven Poesía, Tony Raful, Morrison), *Poemas a Manolo Tavárez Justo* (Pedro Caro, Alexis Gómez, René del Risco y otros). A las Hermanas Mirabal (Pedro Mir); al Movimiento revolucionario (la mayoría de los poetas del 60 y de la Joven Poesía), a los líderes del MPD: Maximiliano Gómez, Amín Abel (Marcio Veloz, René del Risco...), a los líderes asiáticos Vang Troig, Kimil Sung.

Podría decirse que Pedro Mir es el poeta de las efemérides. Tres de sus grandes poemas *Amén de mariposas* (1960), *Elegía al 14 de Junio*

(1963) y *El Huracán Neruda* (1974) han sido escritos para honrar a los mártires caídos. Los ejemplos de este tipo de poemas escritos para honrar memorias, conmemorar hazañas de los héroes creados al socaire del pasado, se encuentran prolijamente en muchísimos suplementos literarios y sería ocioso establecer la cuantía. La mayoría de estos poemas escritos para fomentar el fervor por la causa y por las vidas ejemplares tienen escaso valor literario.⁶¹

CONCLUSIONES

Yo no soy marxista

CARLOS MARX, declaración a Paul Lafargue

Por influjo de las ideas socialistas que penetraron dentro de la educación, se echó al ruedo la tesis de que la democracia habría que destruirla. Se batallaba por conquistar los espacios democráticos, para suplantarlos luego, una vez llegados al poder, por un mando revolucionario. Y así impedir que cayese, nueva vez, en manos de los sectores burgueses. El vocabulario asumido por los intelectuales *marxistizados*, vale decir, que hablaban el lenguaje marxista, aun cuando tenían del marxismo un conocimiento nebuloso, incompleto, y brutalmente escolástico, presentaba las dictaduras del socialismo real como la encarnación del progreso; la realización de las ideas avanzadas. Descalificaba, por lo mismo, la resistencia a ésta, como la visión cavernaria, atrasada, reaccionaria, paleolítica.

El proyecto de la generación que obra en los setenta, y aun a principios del decenio de los ochenta, era el socialismo. En los intelectuales, en los profesionales, en los periodistas puede verse, como un retablo,

⁶¹ José Alcántara Almánzar, *Los escritores dominicanos y la cultura*, INTEC, 1990 hace su propio balance de la literatura de aquel período: “Casi toda la literatura escrita entre 1965 y 1975 tiene ese carácter testimonial, nacionalista, maniqueo, contestatario, instrumental que caracteriza a las letras de cualquier país en épocas de grandes conmociones sociales” p.149. “[...] no creo que los jóvenes escritores olvidaran a especificidad de la literatura, sino que la desconocían por imperativos del momento histórico e ignorancia”, p. 151.

la presencia de un vocabulario *marxistizante*. Comienzan a pensar con categorías heredadas del marxismo. De donde resultan algunas creencias fundamentales, instaladas como valores o convicciones.

1. Se cree en el fin de los tiempos, en la acción de un *telos* incommovible, que la destrucción de todo lo que existe debería llevarnos a un mundo nuevo, superior;
2. Se ve las democracias como algo desacreditado, provisional, retrasado con relación a la mentalidad social predominante;
3. El socialismo imaginario, dotado de todas las virtudes, separado de la realidad, se convierte en la utopía que dinamiza la vida, y la proyecta al porvenir. Esa visión utópica orienta el comportamiento y convierte a los hombres en medios, para que se cumpla la finalidad suprema, que es la realización del ideal revolucionario.

El mundo que nos prometen en el porvenir es muy superior al presente. La forma de acceder a ese mundo es la fe. Es decir, es creer en aquello de lo que no tenemos pruebas. Creer en la existencia de una sociedad de la cual nunca hubo un modelo aceptable. Y ello atestigua del carácter religioso de estas creencias.

La idea que tienen los partidos, los políticos y los intelectuales es que las estructuras tienen que ser transformadas. Y, en vista de ello, se columbran dos vías.

Andando el tiempo, la democracia como sistema político había quedado desacreditada. Juan Bosch, el más importante líder de oposición política de entonces, terminó dimitiendo de los propósitos de los combates democráticos, y lo propio acaecía con Juan Isidro Jimenes Grullón, ideólogo socialista de mucha nombradía. Bosch elaboró la tesis de *La dictadura con respaldo popular*, en la que se plantea partir de las conquistas democráticas, para, una vez conquistado el poder, comenzar un régimen que nos lleve mediante la evolución a un estadio superior, conectado con el socialismo. En todas las vertientes de la izquierda revolucionaria, la democracia es columbrada como el disfraz de la dictadura burguesa. Era un medio, no un fin en sí misma. Bosch, que había fundado el Partido de

la Liberación Dominicana en 1973, inspirado en las luchas anticoloniales de los países de Asia y de África que habían librado cruentas batallas contra los imperios coloniales, y que concluidas sus independencias o liberación, se habían constituido en democracia populares, (a saber: Vietnan, Laos, Camboya, Angola...); entendía Bosch que la lucha no debía centrarse en el foco guerrillero, ni en el terrorismo ni en la guerrilla urbana; rechaza, formalmente, el arribo al poder por métodos violentos. Su ideal concierne, en buena proporción, con el método empleado por Salvador Allende (1908-1973) para llegar al poder. Pero, una vez llegado al poder, había que suprimir el pluralismo político para evitar lo que sería calificado de retroceso histórico. Tales perspectivas, alejadas de la visión de las guerrillas coincidía, parejamente, con el punto de vista sustentado por las principales figuras del Partido Comunista Dominicano. En vista de ello, el 8 de noviembre de 1977, el Presidente Balaguer le otorgó el reconocimiento legal al Partido Comunista Dominicano (PCD), mediante la ley 692. Ambas fuerzas políticas fueron de los primeros partidos de izquierdas en acudir a los comicios de 1978.

Los grupos más radicales, influidos por la Revolución cubana (1959), imaginaron que la lucha violenta podría abrir el paréntesis histórico necesario para implantar la Revolución soñada. Tres esfuerzos ejemplares ilustran este derrotero. Primero, la guerrilla de Enrique Jimenes Moya, que había sido combatiente de la Sierra Maestra, quien llegó acompañado de decenas de abnegados combatientes el 14 de Junio de 1959 para ponerle punto final a la dictadura de Rafael Trujillo. Segundo, el alzamiento de Manolo Tavárez Justo en las montañas de Las Manacles en contra de la implantación del régimen ilegal del Triunvirato en 1963; y, tercero, la guerrilla iniciada por el coronel Francisco A. Caamaño en la Playa de Caracoles en 1973. Y la de los partidarios de la guerrilla que creen que la violencia revolucionaria resulta indispensable para llevar a cabo esa transformación, en la que tienen una convicción granítica, inconvencible.

En ambas visiones, se dice que de todas formas el capitalismo se hundirá. Que la Revolución vendrá como un hecho inevitable. Y, por lo tanto, se opone a cualquier reforma que tienda a mejorar

las condiciones de supervivencia del sistema, y califica como traición la colaboración con el Estado. De donde nace el enfoque, según el cual, la Universidad debe separarse de los propósitos del Estado. Fue política del Movimiento Renovador empotrar a la Universidad en una visión netamente socialista (educación para el socialismo), y a ello propendían los partidos universitarios y sus apéndices en los liceos de enseñanza pública, que designaban mediante el sufragio las autoridades de la Universidad. Estos partidos se hallaban afiliados a sus socios ideológicos internacionales. Así FRAGUA, FEFLAS, LIJUDE, Línea Roja, Bandera Proletaria, CORECATO, BRUC, pertenecientes respectivamente a las corrientes maoístas, soviéticas, albanesas, castristas y las huestes seguidoras de las Guerrillas del padre Camilo Torres, de Francisco A. Caamaño; todas estas versiones de la ideología de izquierda se manifestaron en los programas de todas las carreras, produciendo un pensamiento, esencialmente, escolástico, jesuítico, centrado en los dogmas marxistas. Los partidos políticos de izquierdas tenían tres grandes objetivos: 1. Defender las políticas de los países socialistas. En contrapartida, éstos financiaban la creación de periódicos, empresas editoriales y otras actividades lucrativas, para sustentar económicamente a los partidos. 2. Divulgar las producciones editoriales de los clásicos del marxismo. Así las afiliaciones traían consigo la divulgación de toda la folletería, monografías y obras de los grandes líderes marxistas. Discursos, periódicos, obras canónicas, conectadas con la tendencia política escogida. 3. La formación profesional de los dirigentes, que viajan continuamente a estos países, y la formación mediante un amplísimo plan de becas universitarias para la formación de profesionales, que luego se incorporarían a la élite. De este modo, cientos de jóvenes dominicanos comenzaron a estudiar en los países socialistas, muy particularmente, en la URSS y en los países del Este de Europa. De este modo, y como contrapartida, la Conferencia del Episcopado funda, tras la proclamación de la autonomía de la Universidad de Santo Domingo, la Universidad Católica Madre y Maestra en 1962. Posteriormente, después de las purgas realizadas por el Movimiento Renovador, nacen, en 1966,

la Universidad Pedro Henríquez Ureña, y la Universidad APEC; respondían estas instituciones a la necesidad de producir una vinculación entre la empresa, el Estado y la Universidad. Relación que había sido puesta en entredicho por la propia Universidad del Estado.

Hace unos pocos años, en 1989, se produjo el derrumbe de las llamadas democracias populares de Europa. Cayeron las estatuas, los ídolos, las instituciones que sustentaban esos regímenes políticos; las sociedades se despertaron incrédulas, desdeñosas y frustradas, tras un largo letargo de engaños y sueños rotos. Ante esos hechos, algunos barruntaron la idea del advenimiento de una renovación que le devolvería a esa ideología la gloria de otros tiempos. Unos abandonaron las perspectivas del socialismo real, y centraron su interés en circunstancias marginales. Otros, se han entregado a la defensa más ardiente aún de un socialismo imaginario, desconectado de la realidad. Suponen que se ha demostrado la validez de una doctrina, cuya experimentación concreta ha sido triturada por los acontecimientos. Y, cuando la realidad contradice sus tesis, echa por tierra sus pronósticos, proclaman rotundamente: ¡peor para la realidad!

Interpretación de la República Dominicana

*¿Tu Verdad? No; la Verdad. Y
Conmigo a buscarla, la tuya guárdatela.*
C Alto Duero, LXXXV, Antonio Machado

No todas las indagaciones que se han hecho sobre nuestro pasado consideran nuestra nación dotada de una personalidad propia. Son muchas las pistas falsas que han servido para eclipsar la comprensión de ese pasado, y el peso que esa condición especialísima nos impone a los hombres y mujeres del presente.

El primer yerro consiste en concebir a la nación como naufragada en la variopinta procedencia de sus poblaciones, como si los pobladores originales indoamericanos, españoles y africanos permaneciesen inalterables en el tiempo, blindados en los determinismos de la raza.

En 1697, cuando se produce el Tratado de Ryswick, que traerá consigo la división territorial de la isla en dos comunidades culturales, ya había arraigado entre nosotros una colectividad unida por la lengua, por los recuerdos, por las costumbres y por los intereses. Esa empresa de integración nacional no puede ser omitida por ideas abstractas, que quieren echar por tierra los resultados históricos de tres siglos de convivencia y mestizaje. Ni las costumbres ni el pensamiento ni la configuración histórica nos han sido transmitidas por la biología. Olvidan, los que así calculan, que no se nace en una raza sino en una cultura.

El segundo despropósito consiste en concebir a la nación dominicana inspirándose de las islas caribeñas, en donde las naciones se nos presentan enquistadas en las fluctuaciones de su formación.

Así, el semblante de bilingüismo y biculturalismo del Caribe anglohablante y francohablante, se nos presenta como una réplica de nuestra sociedad, sin parar mientes en el proceso de unificación religiosa, cultural y lingüística que supuso el mestizaje entre nosotros, que marca nuestra radical diferencia con esas sociedades. Mientras en las islas anglohablantes y francohablantes alternan la cultura dominante francesa o británica; la diglosia entre el pidgin y el inglés, entre el creole y el francés, entre el vudú y el cristianismo, yuxtaposiciones que suponen fracturas sociales, culturales y económicas. En el caso nuestro, nuestra formación no nace como un elemento antagónico de la metrópoli fundadora, sino como una porción de la hispanidad. Pertenece por la historia y por la cultura a una hispanidad que ha alcanzado en América perfiles propios, nuevas luces. México se lleva la palma, es el mayor país hispanohablante del mundo. Fuera de España, se concentran 450 millones de hispanohablantes en países donde el español obra como lengua patrimonial y lengua oficial. Fuera de los territorios del mundo hispánico la lengua española se expande de manera extraordinaria en Asia, en África y es lengua patrimonial de 48 millones de personas en los Estados Unidos y, por descontado, hay importantes comunidades de hispanohablantes en Las Filipinas, en Australia, en Canadá, en Brasil y en otros territorios.

Otras echan por tierra la identidad nacional y empalman el nacimiento de la nación con el del Estado, fundado en 1.844, omitiendo que en nuestro caso es la nación la que funda el Estado para asegurar su supervivencia.

Somos un presente que es al mismo tiempo un pasado que se actualiza. Cada vez que rendimos lealtad a ese pasado la nación se proyecta hacia el porvenir. Cada vez que invocamos los resultados históricos que marcaron la independencia del influjo de Haití, el 27 de febrero de 1844, estamos expresando nuestra vocación al gobierno propio, y la necesidad de que la comunidad de lengua, de cultura y de destino que constituyó nuestra primera frontera, permanezca vigente, y siga inspirando la conformación del Estado. En ningún otro territorio del Continente se corre el riesgo del volver

a las viejas andadas. Entre nosotros los dominicanos, la existencia del Estado nación, en su configuración actual, no puede desconectarse de la actitud nacionalista. Las dos naciones que comparten La Española, viven encerradas en un mismo espacio geográfico, cercadas por una frontera intransular; la mudanza del pueblo haitiano a nuestro territorio podría echar por tierra el fundamento mismo de esa independencia. Es decir, que pondría en entredicho los resultados históricos.

Los pareceres se acumulan; las respuestas son copiosas; al meter el escalpelo en el problema topamos con un banco de brumas. No hay que buscar la verdad en el compendio de juicios vertidos sobre el punto, sino en los hechos mismos, que son el hallazgo de nuestra voluntad de diferencia. Tres acontecimientos son el canto del gallo que anuncia la presencia de una conciencia de territorialidad y de pertenencia.

- Primero, la rebelión y las protestas desatadas por las Devastaciones de las provincias occidentales de la isla en 1605 y 1606, ejecutadas por el Gobernador Antonio Ossorio, designado por la Corona Española -hubo guerra, protesta total y desacato de las disposiciones reales-; pueblo y territorio son dos elementos esenciales que clamaron en el aquel punto y hora por un gobierno propio, que se amoldara a los intereses de las poblaciones, que ya habían creado un *modus vivendi*, tras más de cien años de convivencia y mestizaje.
- Segundo, la aparición de las cincuentenas que, durante todo el siglo XVII, mantuvieron la integridad del territorio, acosado por incursiones de piratas y filibusteros, y derrotaron la expedición británica, comandada por Penn y Venables en 1665, cuya meta era apoderarse de la isla. Tal como hicieron con Jamaica. En suma, durante más de cien años (1492-1606) convivieron negros y españoles en todo el territorio insular con unos tratos que no excluían los conflictos, zanjados muchas veces con fundaciones de palenques de cimarrones. Arruinada la colonia por la destrucción de la economía de plantación, se debilitaron

las relaciones esclavistas; las dotaciones fueron consagradas al servicio doméstico y al cuidado de los hatos. Para 1580, a pesar del terrible saldo de mortandad dejado por las epidemias que azotaron la isla, las importaciones de esclavos se habían extinguido. Desde ese momento el crecimiento demográfico del país hubo de hacerse-excepción hecha de algunas aportaciones canarias- contando con el propio aumento vegetativo. Ya en la mitad del siglo XVII la población mulata constituye una clara mayoría, mostrando con ello que sus habitantes se habían hermanados por la primacía de los vínculos sanguíneos.

Desde ese punto y hora se habían atenuado los prejuicios al extremo de que las milicias de defensa de la Colonia fueron integradas por pardos y mulatos. En los primeros cincuenta años La Española fue el centro de irradiación de toda la colonización. Se abrieron los primeros puertos; se fundaron las primeras ciudades; las primeras universidades-Santo Tomás de Aquino y Santiago de la Paz-; se construye el primer hospital, la primera Catedral; se establecieron las órdenes religiosas, el Tribunal de la Inquisición, la Real Audiencia, la Casa de Contratación, la primera industrial (el ingenio) y una corte virreinal. Santo Domingo fue un ensayo primerizo de lo que decenios después conocerían otros territorios, como México y Perú. Vivimos el Estado absolutista español mucho antes de ser nación. Por esa causa la cultura española pudo reproducir sin enmascaramientos ni demasiadas concesiones los entresijos de su mentalidad--lengua, religión, modo de vida, organización social y política. Por contraste, en la población de procedencia africana las lenguas quedaron sepultadas; las instituciones, las creencias y las memorias de sus variopintas culturas quedaron amputadas; las religiones fueron enmascaradas. En pocas palabras: aunque mantuvo su primacía biológica queda absorbida por los estilos de vida hispánicos. Estas circunstancias son las pesebreras en las que fue concebida como parte de un pueblo nuevo. Hicieron los africanos copiosos préstamos al orbe en que nacieron: en gran proporción, conservaron sus hábitos ali-

menticios; escasamente en las zonas campesinas, su arquitectura; transformaron las artes, la música y el folklore y la religión, aderezándola con ritos y costumbres oriundas de sus creencias ancestrales.

Todo ese profundo proceso de nacionalización se produjo durante el período en que los dominicanos tuvieron el predominio total en la isla de Santo Domingo, que incluye el complejo proceso de formación en el primer siglo que se inicia en 1492, y que concluye con el Tratado de Ryswick en 1697. Momento que inicia la dualidad de las dos metrópolis en La Española. Porque a partir de entonces comienza a fraguarse Saint Domingue, colonia que precede el nacimiento del Estado de Haití, en 1804.

- Y, de este modo, penetramos en el tercer aspecto, que comprende desde la formación de la colonia francesa de Saint Domingue en la porción occidental de nuestra isla, en 1697, a las relaciones con el Estado independiente, nacido en 1804. Inmediatamente proclamaron su Independencia, los haitianos desconocieron la soberanía del pueblo vecino. Trataron de apoderarse de la colonia española gobernada entonces por los franceses, 1802-1809. Colocaron como una aspiración constitucional dos elementos que entraban en contradicción con los intereses dominicanos. 1. La Constitución de 1805 considera que el territorio del Imperio haitiano no tiene límites terrestres, lo que equivalía al desconocimiento de las fronteras, nacidas del Tratado de Aranjuez entre Francia y España; el principio de que la isla era una e indivisible. 2. El exclusivismo negro que planteaba que los blancos no podían poseer propiedades, y que establecía la imposibilidad de una convivencia entre negros y blancos. Son esos los auténticos resultados de su Revolución entre los dominicanos. Alguien podría argüir, seducido por el mito de las revoluciones, que la introducción de los haitianos incluyó la abolición de la esclavitud, suplantada eso sí por los trabajos forzados o la *corvée*, sistema imperante en Haití,

donde provocó no pocas revueltas, y donde no suele suscitar los elogios de historiógrafos que manejan noticias nebulosas e incompletas. No tenía, y de ello se tienen sobradas demostraciones, la significación que tuvo la esclavitud de plantación en Haití, ni incluían las proporciones de población que se beneficiaron de la abolición en Haití. Que, en el caso de Santo Domingo, fueron mínimas.

¿ Por qué República Dominicana, tras proclamar su Independencia de España, en 1821, se proyecta , parejamente, como una porción de la hispanidad?

Un colonizado es alguien que se siente extranjero en su propio país. Nosotros no fuimos la colonia propiamente dicha, sino una resurrección de lo que pudo ser la vida española. La cultura del español no quedó encastillada y alejada de la población, sino que es uno de sus componentes mayores. La hispanidad es, pues, un proceso de apropiación. Tras la proclamación de sus independencias, Jamaica y Haití pudieron abandonar definitivamente las lenguas europeas, y vivir en los túneles sombríos de sus lenguas culturas. En el caso nuestro, la hispanidad constituye un movimiento de conservación: hablamos la lengua traída por los europeos hace quinientos años, mantenemos sus instituciones, su religión, su organización social y sus hábitos de gobierno. Pero también hubo adaptación de los préstamos de las culturas indoamericanas y africanas, y un alud de creaciones, hijas de la circunstancia americana. De este modo, nuestra cultura adquirió autonomía con relación al torso hispánico original. Fue así como en América hispánica se fraguaron naciones celosas de los cimientos de sus propias diferencias, unidas, a su vez, por un vínculo transnacional: el de haber padecido una historia común y el de compartir una lengua y un modo de vida semejantes.

Más que por una conciencia de sí, la independencia dominicana obedeció a un indeclinable deseo de sobrevivir como cultura. Preservar su modo su vida, su memoria, su lengua, sus tradiciones. En pocas palabras: su ser. Nacimos encadenados al país del cual nos independizamos. Hemos vivido encerrados en una mis-

ma geografía insular con otra nación, sometidos a una promiscuidad permanente y guerreando para salvar nuestro modo de vida y subsistir entre el equilibrio y la inestabilidad. En 1844, cuando se proclamaba la Independencia, todo parecía anunciar la derrota dominicana: Haití tenía una población de 800,000 habitantes, mientras los dominicanos eran unas 125,000 almas, de haber ocupado los haitianos el territorio oriental nos hubiéramos perdido para siempre; la economía y las riquezas de la que fuera la colonia más opulenta del Caribe superaba con largueza la dominicana.

En ese ámbito de conocimientos mezquinos, hay trabas que nos impiden la comprensión de nuestra propia sociedad. Herederos del lenguaje escolástico del catolicismo y de la visión determinista producida por un lenguaje marxistizado, la pobreza se columbra como una virtud; se atribuye los cambios sociales al providencialismo encarnado en los poderes mágicos del tiempo. En ese mundo, el tiempo y el trabajo no se traducen en metas ni en proyectos; se vive una vida plagada de rutina, espoleada por el mero sentimiento de existir. La riqueza no se relaciona ni con el trabajo ni con el esfuerzo, sino con los bacás y otros espíritus mitológicos. No es un estímulo para la transformación de la sociedad sino una fuente de prestigio y placeres mundanos.

Pero las condiciones que mantenían el equilibrio de esa sociedad se desplomaron: la inmigración haitiana rompió las lindes y se torna ya en un enclave diferenciado; la emigración dominicana hacia los Estados Unidos ha roto el nudo gordiano del aislamiento. Nos enfrentamos a cambios de población, que son también cambios de cultura, y podrían ser germen de una desnacionalización.

No había ocurrido nada parecido antes.

En el pasado, las minorías inmigrantes, llamadas por más señas turcos y cocolos, oriundas respectivamente del Oriente Medio y de las islas del Caribe, sometían nuestra cultura a envites religiosos, éticos, gastronómicos, que fueron adaptados por el dominicano y despojados de su significado profundo. Durante los primeros cincuenta años del siglo XX, la cultura campesina fue el modelo de lo dominicano. Se ha ido acentuando nuestra dependencia

de los Estados Unidos —más del 10% de los dominicanos vive ya en ciudades norteamericanas—; los medios de comunicación se ha generalizado; nuevos hábitos de consumo se han impuesto como símbolos. Se ha roto el control social en las campiñas; la cultura de la ciudad comienza a reproducirse en el campo; la sociedad se fragmenta como un espejo roto que no puede congregarse, pero sigue unida por las aspiraciones y los sueños, enfrentada a un molde político arcaico que la constriñe, que no la representa. Si hay resurrección del hombre dominicano no será como africano ni como hidalgo a la antigua usanza. Ni folklorismo ni nostalgias ni introspección el dominicano de hoy se siente liberado de todas esas antiguallas; sus ataduras son con el modo de vida moderno; la vida ha perdido sus misterios.

La emigración no es solo la ruptura del consenso cotidiano, es la señal de las distancias que separan los apetitos materiales, mundo soñado, y las limitaciones del medio en que se nace y se vive. Disloca la sociedad; quiebra la común responsabilidad que ha de crear el vivir juntos y el compartir un destino semejante.

Llegamos de este modo al palacio encantado.

Pervive, ciertamente, mucho del pasado en nosotros. Pero el presente se derrama y transforma nuestro ser. Dos sociedades coexisten en el dominicano. Una, tradicional, que mira hacia sí misma. Que idolatra al Estado, que se acomoda al centralismo y al paternalismo gubernamental, que contrarresta los cambios con improvisaciones y que parece paralizada en el tiempo en lo que respecta al arte, la literatura, las ideas; encastillada en groseras rutinas. Esa sociedad se enfrenta a otra, espoleada por los cambios sociales, por el consumismo, por la riqueza y por los estímulos copiosos y las esperanzas que despiertan la emigración y la ruptura de las fronteras informativas y sus efectos de demostración, que nos convierten en contempladores de las más grandes revoluciones tecnológicas: aún en los misérrimos villorrios del país se sueña con la vida inventada por la hiperbólica imaginación de los emigrantes y se respira el mismo entusiasmo por el confort y las posesiones que existe en Nueva York.

Como se ve, no se trata de dos sociedades yuxtapuestas -tal como acaece en Haití- de la aldea contra la modernidad. No somos ni aldeanos ni ciudadanos. Se trata de dos visiones del mundo que coexisten en nosotros, dos sociedades unidas y emparentadas indisolublemente. Son la cara y cruz de nuestro rostro. El santo y seña de nuestra identidad. La clave de nuestras transformaciones y de nuestro estancamiento. En una de las caras se depositan los recuerdos, el sentido de pertenencia a una comunidad singular y única, los entresijos de nuestras costumbres y placeres; el hallazgo de nuestra existencia configurada por la lengua, por las creencias y por la historia. En la otra cara de nuestro ser nos reconocemos como parte del mundo; naufragamos en las copiosas aguas de la modernidad de la cual somos contemporáneos; nos sentimos al mismo tiempo extrañados y pertenecientes a los logros materiales de la cultura americana; no sin un dejo de añoranza por todo lo que va muriendo en nosotros: cultura campesina, folklore, relaciones patriarcales y de temores por las amenazas de una desnacionalización de la economía o de la población. Hemos descubierto un antídoto: el olvido terapéutico.

Poco peso han tenido las querellas ideológicas en el dominicano.

Metidos en las mancuernas de la tradición que ha favorecido el mercantilismo, la idea del Estado interventor ha sido compartida sin distinguos ideológicos, y ha sido la base de los gobiernos populistas.

Sin embargo, zarandeada por la necesidad, se pone al descubierto una nueva visión en la que la sociedad -ante la ineficiencia del Estado prebendarlo- asume responsabilidades públicas: servicios, seguridad, educación. En ambos puntos de vista se representa el conflicto ideológico en el que vivimos, la lucha entre una sociedad que quiere conservarse por su invocación a las masas, al proteccionismo, al centralismo, al paternalismo y al populismo; y otra que desea desmantelarla y fragmentarla y descentralizarla.

En el pasado del cual venimos, el vacío dejado por la alta cultura de resultas de la emigración de la clase intelectual en los días aciagos prohibió una cierta superstición de lo popular. Según esto, sólo la cultura popular representaba lo dominicano, y cuanto no

estuviese saturado de sus usos, modas, estilos de hablar, gustos e influjos era tachado de extranjería o en parte de una fantasmal y odiosa cultura oligárquica. En el siglo XIX, cuando sólo quedaban escombros de la alta cultura, Eugenio Ma. De Hostos, el maestro por excelencia de los dominicanos, fomenta la estimación por las humanidades y la ciencia. Porque era consciente de que sólo la instrucción podía convertir al hombre en un factor de riqueza y hacernos dueños de nuestro destino. El renacimiento de las ideas del maestro ha sido endeble -llevamos a rastras más de un millón de iletrados- y las proezas de la creación individual no tienen aún carta de ciudadanía entre nosotros.

En esos comportamientos, valores y rasgos se echa de ver, como en un inmenso retablo, el obrar de nuestra mentalidad: la comprensión de lo que hemos sido y de lo que somos.

Santo Domingo, 1995.

La lengua, compañera de la nación dominicana (Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua)

NOTA PRELIMINAR

Hace ya cinco siglos que la lengua española se implantó por vez primera en América en la isla de Santo Domingo. Desde la llegada de los españoles en 1492 anduvieron de media madrina con el Almirante de la mar oceana intérpretes o trujamanes que tenían experiencia en el aprendizaje de lenguas extranjeras. El judío Luis de Torres, don Rodrigo de Jérez, el padre Fray Ramón Pané que, al parecer, aprendió la lengua del sur de la isla, la lengua de los macoriges. Y muchos frailes que aprendieron poco a poco las diversas lenguas o dialectos de la isla. Hubo españoles que se sumergieron en la vida indígena como Miguel Díaz, que había asesinado a un castellano en una riña en la Española y se puso a buen recaudo en uno de los cacicazgos. Se hizo íntimo de una cacica, con la cual tuvo dos hijos y, después de tres años, reveló a don Bartolomé Colón la existencia de las legendarias minas de oro del Cibao, y de resultas de ello obtuvo el perdón de las autoridades y se reintegró a la vida española. Antonio Villasante, otro vecino de Santo Domingo, que, en 1517, había pasado veinticuatro años en la Española, sin poner los pies en España, se proclamaba como uno de los mejores conocedores del taíno, según se deduce de los escritos de Bartolomé de las Casas. La curiosidad por el otro fue mutua. El cacique Bohechío, conforme nos lo refieren las crónicas, aprendió a leer y escribir el castellano con los frailes, y lo mismo ocurrió con Manasao, en la Vega; con Francisco, llegado de Bonaio, que fue criado en la casa del gobernador Nicolás de Ovando, con muchos otros indios ladinos, dotados de habilidades para el aprendizaje de las lenguas y que llegaron a hablar con soltura y a veces con elegancia la lengua de Cervantes, como el célebre cacique del Baboruco, el gran Enriquillo.

En La Española se fundaron las primeras ciudades, la primera industria, las primeras órdenes religiosas, la primera Catedral y las primeras universidades. La

Santo Tomás de Aquino, de 1538 y la Santiago de la Paz, de 1540. En 1512, fray Alonso del Espinar trajo a la Española 2.000 cartillas para enseñar a leer y escribir que le había proporcionado la Casa de Contratación de Indias. Una cédula real de 1513 disponía que a todos los hijos de los caciques se les enseñase el arte de la gramática de Elio Antonio de Nebrija. Pedro Henríquez Ureña nos refiere que hacia 1530 los indios se habían hispanizado. En cuanto a los africanos traídos de los enclaves portugueses de África, capturados por los esclavistas africanos en distintas etnias o naciones, se sabe que hablaban entre sí una lengua franca, llamada fala do preto. Los africanos mantuvieron vivas en el candelero sus lenguas de origen durante el siglo XVI, en los tiempos de supervivencia del sistema de plantación. El abandono del sistema de plantación y la primacía que tendría, en lo adelante, el bato ganadero favorecieron una mayor proximidad entre los grupos étnicos y el mestizaje profuso de la población. A estas incontrovertibles realidades, se añade el poco peso demográfico de la población en condición de esclavos. John Lipsky nos refiere que la cantidad de esclavos desembarcados en Santo Domingo, entre 1600 y 1790, fue de 6.032; inferior a la de Puerto Rico que alcanzó 10.060; a la de Cuba que fue de 563.551 y desde luego a la de Saint Domingue, llamada postteriormente Haití, en donde arribaron 681.601 piezas de ébano, durante el tiempo que pervivió la colonia, de 1697-1791. El concierto de todos estos factores obró a favor de una rápida hispanización del negro. Ni en el siglo XVII ni, postteriormente, durante el siglo XVIII se han hallado atisbos de las lenguas africanas.

De la lengua hablada por los esclavos, la célebre fala do preto, tenemos pocos testimonios, pues no se fraguaron en Santo Domingo como en otros territorios hablas bozales ni lenguas criollas, tal como acaeció en Haití, en todas las Antillas francesas, inglesas y holandesas. Se conserva, según se desprende de la exhaustiva indagación del lingüista William Mengueney, la estampa de un vocabulario escaso y de uso restringido y algunas improntas empotradas en el sistema morfosintáctico, como la llamada doble negación, que algunos identifican como un hallazgo arqueológico de las antiguas lenguas africanas, y que, en nuestro medio, ha sido popularizada por un famoso rengue, “¡ah, no, yo no sé, no! Pero eso no es todo. Sobreviven, sin embargo, una buena porción de portuguesismos y marinerismos empleados prolijamente que, al parecer, constituyen el verdadero sustrato de las antiguas fala do preto.

Toda la isla perteneció a España desde 1492 hasta 1697, cuando mediante el Tratado de Ryswick los franceses se establecen definitivamente en la parte occidental de la isla. En 1700, en los albores del siglo XVIII, había en Saint Domingue 13.619

habitantes, según consta en los censos de los archivos del Ministerio de Ultramar de Francia. El asentamiento francés durante todo el siglo XVIII ha sido el caldo de cultivo de la dualidad lingüística de la isla Española. Mientras en Santo Domingo se habla una de las principales lenguas híper centrales del mundo, diseminada en 26 naciones, en cuatro continentes y con más de 400 millones de hablantes, en Haití, se habla una lengua nacida de la experiencia de la plantación, encastillada en su propio territorio, carente de tradición escrita, y por mucho tiempo la lengua exclusiva de los iletrados, ya que para desenclavarse los haitianos utilizan el francés o el inglés, como lengua del Estado y como lengua de comunicación internacional.

Santo Domingo fue el asiento de las más añejas instituciones de América. Llegó a ser tan importante la ciudad que sustituyó el nombre de La Española, y la isla entera comienza a llamarse Santo Domingo en todas las crónicas y documentos de mediados del siglo XVI. Y en esa fecha temprana comienza a utilizarse el gentilicio dominicano para llamar a los naturales de la isla de Santo Domingo. El historiador Juan Daniel Balcácer ha rastreado el nacimiento de nuestro gentilicio. Aparece mencionado en una Cédula Real de 1621, en una novena a la Virgen de Altagracia de 1738, en las páginas de Luis José Peguero, el primer historiador del país en escribir una "Historia de la isla Española" en 1762 y, parejamente, en Idea del valor de la Isla Española, de Antonio Sánchez Valverde. Con esas credenciales, era lógico que fuesen naturales de Santo Domingo. O, como se llamaba en ese punto y hora, que fuesen dominicanos los primeros hombres y mujeres de letras, surgidos en América. Don Francisco Tostado de la Peña, doña Leonor de Ovando y Francisco de Liendo, cultivaron con primor la poesía. Al dramaturgo Cristóbal de Llerena le cupo el honor de escribir la primera pieza teatral escrita por un hombre nativo de las tierras americanas, que nunca puso un pie en España y con el cual se inicia una tradición.

Es claro que el gentilicio dominicano era una forma de reconocerse. Un mecanismo de identidad utilizado por los nacidos en la isla, sin importar su origen, unidos por la historia, por los vínculos consanguíneos y por la lengua. Las reticencias que manifiestan los historiadores en el empleo del gentilicio dominicano antes de la proclamación oficial del Estado de 1844, estriba en la confusión entre nación y Estado. Américo Lugo, el docto historiador, sitúa el surgimiento de un sentimiento nacional en la rebelión del mulato Hernando de Montoro contra los propósitos del inefable Antonio Ossorio de devastar las ciudades de la banda occidental de la isla, la llamada Rebelión de Guaba de 1606. Durante todo el siglo XVII, las cincuentenas de negros y mulatos defendieron el territorio de las invasiones y lograron malograr los planes de

Inglaterra de apoderarse del territorio en 1665, encarnado en la invasión de Penn y Venables. Asimismo expulsaron a las tropas francesas en 1809, que ocupaban el país desde 1802. Mantuvieron la Independencia proclamada en 1844, después de 12 años de guerra contra los haitianos y restauraron la Independencia en 1865, perdida por la Anexión de 1861, luego de cruentas batallas contra el imperio español.

Cuando se impone, mediante una ordenanza del Presidente Boyer, el francés como lengua del pueblo dominicano, 1824, los dominicanos eran ya una nación sin Estado. En contraste, la República de Haití había alcanzado la condición de Estado, pero no era aún una nación. El gentilicio haitiano comienza a utilizarse a partir de su invención en 1804, luego de la proclamación de su independencia. Pero, ¿qué eran los haitianos? Más de la mitad de su población había nacido en África; no todos dominaban la lengua del país; no había comunidad de intereses ni de recuerdos ni de cultura. Para los dominicanos, en cambio, la lengua española constituyó la resistencia ante la posibilidad de ser engullidos demográficamente por el grupo más numeroso y que intentó por todos los medios colonizar el territorio dominicano.

En esta disertación se recogen los desafíos pasados y futuros de la lengua española entre los dominicanos. Hay dos formas de enfrentarse al hecho histórico. La heroica que consiste en desmenuzar todos los aspectos de nuestro destino nacional y la que asumen los cantamañanas que zozobran continuamente en la falta de compromiso, en la irresponsabilidad, en la falta de brújula y en un cinismo sin porvenir y sin gloria.

Sirvan de colofón a estas apostillas, las palabras del gran poeta griego Constantino Cavafis, quien en su poema "Dios abandona a Antonio" nos relata la pérdida de una ciudad y de un tiempo histórico:

Como dispuesto de hace tiempo, como valiente, dile
Adiós a Alejandría que se aleja.
Y sobre todo no te engañes: en ningún caso pienses
Que es un sueño tal vez o que miente tu oído.
(...) goza por vez final los sonos,
La música exquisita de la tropa divina,
Despide a Alejandría que así pierdes.

Señores académicos:

Hace más de treinta años, un historiador dominicano escribió que la República Dominicana era una ficción. Durante años, la tesis sustentada por Juan Isidro Jimenes Grullón¹ (1903-1983) mantuvo en penumbras la significación de la experiencia histórica en que se ha fraguado la nacionalidad dominicana. De repente, el pasado se presentaba como el embeleco de una imaginación hiperbólica. Quedábamos encerrados en esas abstracciones. Sentenciados a un trabajo inútil. Como Sísifo, condenados a levantar una piedra que las circunstancias hacían despeñarse hacia abajo.

A partir de esa máxima muchas de las ideas en las que habíamos creído se han tornado en pálidas supersticiones. Si somos una ficción podríamos admitir las soluciones más estrambóticas y los desenlaces más ruinosos a los lances históricos que enfrentamos.

Yo he dedicado una buena porción de mi esfuerzo intelectual a esa ficción.

Como no he logrado sentirme ciudadano del mundo, ni hombre global ni encajo en ninguna de las invenciones sociológicas que consideran a la nación como una antigualla superada, he descubierto que la finalidad de cuanto he hecho estriba en la conservación de la continuidad histórica de ese invento literario.

Me parece, por otra parte, que la República Dominicana es algo bien distinto de como la han imaginado muchos intelectuales. Unos la convirtieron en el caballo de Troya de sus experimentos ideológicos. Otros, en el teatro de sus reyertas sociales y en el mausoleo de sus ídolos soberbios.

Unos pocos, por fortuna, han hecho gala de un ejercicio estéril. Nos han querido deslumbrar con frases cohetes, con una oratoria grandilocuente. Embelesarnos con la declamación de un pensamiento monosilábico o con la exhibición sorda de un discurso embrollado. No informan. No educan. No instruyen. Sólo

¹ Juan Isidro Jimenes Grullón: *La República Dominicana: una ficción*, Mérida (Venezuela), 1965.

se comprometen con el relajo, con la sorna; son toneles vacíos; intelectuales inútiles.

En medio de las peores tinieblas, encorsetados por el pesimismo, nunca nos ha faltado una lumbrera que esclarezca nuestros entuertos y dificultades. En su momento, Pedro Francisco Bonó (1828-1906), Américo Lugo (1870-1952), Manuel A. Peña Batlle (1902-1954), Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Max Henríquez Ureña (1886-1968), Emilio Rodríguez Demorizi (1904-1986), Vetilio Alfau Durán (1909-1985), Juan Bosch (1909-2001)... orientaron con sus posturas y pareceres el interés nacional. Todos tenían en común un indescriptible amor por las cosas dominicanas. Un deseo manifiesto de que la República Dominicana no desapareciese en su significación esencial. Por ellos, vale la pena continuar defendiendo a esa agrupación humana de orígenes variados, unida por la lengua, por vínculos consanguíneos, por la historia, por la manifiesta voluntad de vivir juntos, que hemos constituido los dominicanos.

Unirme a esa tradición de hombres, cuyo sentido ha sido preservar su lengua, enriquecerla con sus aportaciones y amores, respetar su cultura y la nación en la que han fraguado su mentalidad y su conocimiento del mundo, es una responsabilidad que me enaltece, y que me honro doblemente en llevar. Me habéis dispensado una distinción que agradeceré hasta el último día de mi existencia, y que tendré en la gloria de mis afectos.

En primer lugar, porque se me ha asignado la tarea de ocupar el sillón Q, que antes ocupara el inolvidable y nunca bien llorado Manuel Rueda (1922-2000). Primoroso prosista, dramaturgo, narrador notable, poeta de luces, ensayista de cabales hallazgos, investigador de nuestro folclore y, además, un músico exquisito. Tenía Rueda méritos de sobra para formar parte de cualquier academia. Y cualesquiera, aun la más descuidada de sus ocupaciones, le hubieran bastado para permanecer como una de las figuras notables de nuestra cultura.

Y, en segundo lugar, porque Rueda representa la síntesis de todas nuestras tradiciones poéticas. Simboliza un arte que bebe copiosamente en dos fuentes: la popular, encarnada por la literatura oral, y la tradición intelectual, representada por las transfor-

maciones que han ejercido en el lenguaje poético el surrealismo, el creacionismo, el simultaneísmo de Apollinaire y la poesía concreta. Corrientes culturales que nos han conectado, conscientemente, con la modernidad literaria.

Anduvo Manuel Rueda por nuestras campiñas y villorrios recogiendo las coplas, decires, canciones y el mar de versos que aquí se afincaron con la lengua española, y los que crearon nuestros inmediatos antepasados, y los que luego trajeron las inmigraciones. Y, con las canteras inexploradas de lo que se ha llamado el romancero, construyó una poética de ritmos, rimas, aliteraciones, anadiplosis y escansiones forjadas por la poesía del pueblo. Y, con el eco de esas voces, escribió varios poemarios en los que prolonga y exalta la tradición y el lenguaje interior en que ha cuajado nuestro ser.

Y, sin embargo, era, además, Manuel Rueda uno de los grandes innovadores de la literatura dominicana. Es más: nunca concibió el arte como imitación o continuidad de modelos idealizados, sino como riesgo permanente, en el que intentamos responder interrogantes que tienen siempre un rostro nuevo.

Tuve el inmenso privilegio de gozar de su afecto y amistad. Nunca dejé de apreciarlo y él siempre me correspondió. Por todo ello, me satisface la honrosa distinción de ocupar su asiento y de manifestarle, desde este escabel, la lealtad a la lengua española que defendió sin dobleces, a la cultura que él quiso reconstruir como un arqueólogo, metido en la espesura de las creaciones del pueblo, tal como hizo don Ramón Menéndez Pidal entre las poblaciones cántabras, y sintiendo que la razón de ser, primaria, de cualquier intelectual o escritor dominicano se halla conectada con el mantenimiento de nuestra continuidad histórica como nación.

Quiero comenzar mis palabras con la recordación de Elio Antonio de Nebrija (1441-1522), quien en 1492 dio a la estampa la primera *Gramática castellana*, la primera de una lengua indoeuropea. Por muchas razones es ése un año emblemático. Es el año de la unificación de España en los reinos de Castilla y Aragón. Es el año de la reconquista del último reducto peninsular en manos de los moros. Es el año, ¡ay! de la expulsión de los judíos, que mantuvieron con tenacidad la lengua

española en los países de adopción conocida como sefardí en Grecia, en el Magreb africano, en Turquía y en algunas zonas de los Balcanes. Y es el año del Descubrimiento de América, comienzo de la conquista y de una colonización que duraría tres siglos.

¿Qué sabemos de este hombre?

Antonio Martínez de Cala y de Jarana, tal era su nombre, había nacido probablemente en 1441, en Nebrija o Lebrija, población vecindada a Sevilla. En sus años mozos estudió en la Universidad de Salamanca. A los diecinueve años se establece en Italia, meca del conocimiento occidental y renacentista. Lleva una vida consagrada a los estudios. Durante diez años permaneció en la Universidad de Bolonia. Una vez que volvió a España, trabajó para el obispo Fonseca en Sevilla.

En 1488, publica su *Introductiones latinae*, una gramática latina, y regresa definitivamente a España, impregnado de todos los influjos del Renacimiento, con el flamante nombre latino de Elio Antonio de Nebrija. Muy poco después, ingresa como catedrático en la Universidad de Salamanca; se da a conocer como traductor y conocedor de retórica latina; publica una ortografía y un diccionario, y, en 1492, extrae de las prensas la primera Gramática de la lengua castellana. La primera de una lengua romance. Le quedan en zaga la italiana de Fortunio, de 1516; la de Trissino, de 1529; la inglesa de Barclay, de 1521; la portuguesa de Oliveira, de 1536; la francesa de Meigret, de 1550. Para hurtarle la primacía, en algunos casos, se hace a veces mención de la Gramática de León Battista Alberdi, que no tiene ni remotamente la importancia ni el alcance del esfuerzo emprendido por el sevillano,² ni, desde luego, la reputación de sus pares europeos.

² Juan Lope Blanch hace la reflexión siguiente: “De la penetración de Nebrija como gramático de la lengua vulgar no será necesario ofrecer muchos ejemplos. Basta recordar sus mismos criterios metodológicos: su determinación de las categorías está basada en razonamientos íntegramente gramaticales, y no en supuestos de índole semántica. Todo el capítulo 7 del libro I puede considerarse como el primer intento de gramática histórica hecho en nuestra lengua y con aciertos en verdad sorprendentes. Es notable su reconocimiento certero de las perífrasis verbales castellanas, inclusive de las de futuro *cantaré* y *cantaría*. Muy acertado también su concepto de la ortografía elogiado por Cuervo”, en *Estudios de historia de lingüística hispánica*, Madrid, Arcos, 1990.

Tres eran los propósitos del gran humanista. Primero, evitar que la lengua anduviere fuera de las reglas; luego, facilitar el aprendizaje del latín, que era la lengua utilizada en la Universidad y en el culto religioso y, finalmente, contribuir a la expansión de la lengua castellana en América.

Examinada al cabo del tiempo, encontramos desde luego lagunas, como cuando tacha a las conjugaciones verbales de circunloquio o rodeo. Pero revela, además, una enorme clarividencia como la que se refiere al aspecto verbal. Nebrija lo clasifica en *acción acabada, no acabada*, más que *acabada y venidera*. Dicho más claramente: Nebrija reconocía la acción que dura y la que termina, que es uno de los problemas menos subrayados por las gramáticas posteriores.

Pero el pensamiento de Nebrija no era meramente descriptivo. El gran humanista planteó cuestiones de alto bordo. En la introducción de la gramática, Nebrija nos dice:

*“cuando bien conmigo pienso muy esclarecida Reina y pongo por delante los ojos el antigüedad de todas las cosas hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera los siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron y después junta fue la caída de entrambos”.*³

Pareja suerte corrieron “*los assirios, indos, sicionios y egipcios*” y, desde luego, el Imperio Romano “*comenzando a declinar el imperio de los romanos, junta mente comenzó a caducar la lengua latina hasta que vino el estado en que la recibimos*”.

No pocas confusiones suele engendrar, prima facie, la declaración nebrisense.

- La primera viene dada por aquellos que han aprendido a mirarse en el espejo del vecino, la de los que desdeñan su propia

³ Antonio de Nebrija, *Gramática española* (edición Antonio Quilis) Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1989. Véase, además, *Gramática de la lengua castellana* de Elio Antonio de Nebrija, con comentarios y notas de Santiago Cabanes, Santo Domingo, UNPHU, 1994.

singularidad y han importado conflictos de otras zonas del Caribe para explicar los pormenores de nuestra cultura. Así, la dualidad cultural y nacional que producen la convivencia entre el *papiamento* y el holandés, entre el *créole* y el francés, entre el *pidgin* y el inglés, produjo la idea peregrina de que para conocer los entresijos de nuestra mentalidad y cultura había que *deshispanizar* a la nación.

La conquista y colonización de América la hizo el pueblo español. No fue como en otros lugares la hazaña exclusiva de una miríada de señores que se mantuvieron como anacronismos de las antiguas metrópolis, mientras los descendientes de los esclavos permanecieron en el paisaje mental creado por la propia etnia; en la cultura fabricada durante la plantación, lo que produjo en cada uno de esos pueblos, en cada uno de esos territorios una lengua de los dominados: los *pidgin* o criollos hablados en el archipiélago de las Antillas y una lengua dominante, hiper central, hablada por los grupos que dominan. Esa dualidad de cultura y de propósitos en poblaciones afincadas dentro de un mismo territorio, no es, aun cuando algunos hayan empleado todas sus fantasiosas dialécticas para demostrar lo contrario, la realidad de la América hispánica de la cual formamos parte.

- La segunda apostilla viene dada por los estragos que produjo el purismo. La creencia de que la gramática tiene como misión imponer normas y estilos exteriores al uso del hablante. La idea de que hablamos una lengua mancillada. Que hay un ideal de lengua, redimida de todas las impurezas, que habríamos de alcanzar renunciando a nuestros particularismos. Hasta hace unas décadas, el emblema de la Academia Española estaba representado por un crisol y un lema que simbolizaba una ceremonia de purificación: *limpia, fija y da esplendor*. Esas son, por fortuna, cosas del pasado. La mayoría de los hablantes de la lengua española vive fuera de la península ibérica. La población española ronda los 40 millones. En cambio, en el Caribe, América Central y América del Sur y en los Estados Unidos viven más de 350 millones de hispanohablantes. Y hay que agregar a

todo ello las comunidades de hispanohablantes derramadas en Europa, Asia, África y Australia, y los que la cultivan y los que la aprenden en el extranjero.

De esta manera, ya la Academia pone de resalto que el ejercicio de su función doctrinaria no se basa en la exaltación del habla de Toledo ni en los modelos idealizados por el purismo, que habían refrendado la creación de la Academia en 1714, sino en la preservación de la unidad en la que han permanecido las naciones hispánicas. Dicho monda y lirondamente: que los cambios que han de producirse en la lengua no traigan consigo una ruptura de la unidad, que obedezcan al genio propio de la lengua y, sobre todo, que no suplanten expresiones que ya tienen carta de vecindad en una y otra orilla del mundo hispánico.

Sin que borremos de la memoria el valor que han de tener las hablas dialectales, las cuales constituyen un fuero de las naciones y acaso un patrimonio y parte esencial de la personalidad de cada una de las patrias, podemos proclamar que la lengua escrita en los vastos territorios de mundo hispánico mantiene una formidable unidad, que ha permitido que los saberes, las artes, la cultura y los prodigios creados en cada uno de estos pueblos hermanados por la historia, por la cultura y por la cooperación irradian a toda la hispanidad.

Por fortuna, la predicción de Nebrija se volvió agua de borrajas. La lengua española sobrevivió a la caída del Imperio. El remate de ese tiempo histórico no produjo como en Roma el desmigajamiento en hablas particulares.

- El tercer aspecto se halla conformado por una sobreestimación de los sociolectos de los individuos con menor escolaridad. La idea que ha generado esta visión fantásica consiste en importar el conflicto social a la realidad de la lengua. De este modo, se recurre a una ficticia lengua de los dominados y a una lengua de los que dominan. Esa estrambótica clasificación nacida del sentimiento de justicia ha llevado algunos a idealizar la lengua de los iletrados y a cerrarse a cal y canto al conocimiento y al esfuerzo que enriquezcan su poder de expresión.

Desgraciadamente, esa ideología sin raíces ha metido sus esquejes en la escuela y en algunos medios de comunicación al punto de que favorecen, por mor de hacerse entender, un empobrecimiento colectivo. Los medios de comunicación, que obran como una escuela paralela, y la propia escuela se niegan a enseñar. Los paladines de este fraude ideológico idealizan el sociolecto de las personas de menor escolaridad, ya el subdialecto cibaño, o bien, el subdialecto de la Capital.

Por su parte, la lingüística estructural heredada de los años sesenta permanece paralizada en sus propias descripciones. No puede predecir ni tomar partido. Dejan intocadas, sin embargo, las fuentes de la controversia. ¿Deben los profesores idealizar la lengua de las personas que tienen menos escolaridad? O, por el contrario, deben obrar para que se adopte como patrón el habla de las personas de mayor cultura y destreza en el manejo de la lengua y del pensamiento, como recomienda Max Henríquez Ureña en la introducción de su *Gramática española* dada a la estampa en Cuba, en 1928?⁴

No se trata de contraponer un habla elitista a un lenguaje popular. No hay tal. Prueba de ello es que el *Diccionario de Autoridades* publicado en 1739 no supuso una prescripción de cómo se ha de hablar y escribir, sino el reconocimiento de cómo habla el pueblo. Multitud de voces, sin que importen las jerarquías de señores o villanos, fueron compendiadas en el susodicho diccionario. Todos los autores del Siglo de Oro. Todos los cronistas de Indias y todo el florilegio escrito por los escritores de mayor nombradía en el manejo de idioma. Pero también los refranes, los cuentos orales, las hablas revueltas, las monsergas... De todos esos repertorios, nace el aprecio por el habla de los doctos. Nace el culto a lo que se consideraba el buen uso, apoyado en la grandeza de los buenos escritores.

⁴ Max Henríquez Ureña: *Programa de lengua española*, Santiago de Cuba, Editorial Renacimiento, 1928.

Muchas gramáticas se inspiraron en este modelo. En 1847, Andrés Bello decía *“la gramática de una lengua es el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada”*.⁵

No hay que olvidar que la lengua no es sólo el mecanismo de la comunicación con los demás. Es también el modo de conocer el legado que nos ha sido transmitido desde el pasado. Podemos dialogar con la enorme herencia literaria y científica de una de las mayores lenguas de cultura del planeta. Y eso nos ayuda a pensar, a comprender y a crear. *“Una sociedad que no escribe correctamente, que no habla con orden, que no ama su lengua, se convierte en una sociedad que piensa poco y que terminará sintiéndose inferior. Y eso no sólo afectará a sus empresas, a sus organismos estatales, a su cultura... También a cada persona individualmente”*.⁶

Interpretaciones infundadas de nuestro pasado, han llevado a una porción minúscula pero influyente de intelectuales, a concebir la hispanidad como una señal de extranjería. Se trata, según se infiere de esta conseja, de una mascarilla que oculta nuestro verdadero rostro. Los que fomentan esta superstición, espoleados por un fanatismo sin par, han echado al ruedo la idea de que vamos a resucitar como un pueblo entroncado con las distintas culturas del Caribe. Hay un espectador sociológico que visualiza, equivocadamente, el Caribe como un amasijo de culturas, hermanadas por el sentimiento del color, por el clima, la vegetación y por el contacto entre los grupos. Es un enfoque fantasioso que le produce la sensación de unidad y de igualdad de los dominicanos con el resto del Caribe no hispanico. Esa sensación, que sólo habita en el caletre de intelectuales noveleros, no ha florecido nunca entre los dominicanos. Porque los dominicanos se sienten más próximos de la América hispánica que del archipiélago de ínsulas baratarias que nos circundan.

⁵ Andrés Bello: *Gramática de la lengua castellana*, Caracas, Ministerio de Educación de Venezuela, 1951, prólogo. Al igual que Bello, Salvá, que utilizaba la lengua oral para elaborar su gramática, planteaba en 1830 que la gramática “no es otra cosa que el conjunto ordenado de las reglas de lenguaje que vemos observadas en los escritos o conversación de las personas doctas que hablan castellano” (Consultar: Max Henríquez Ureña, p. 39).

⁶ Alex Grijelmo: *Defensa apasionada del idioma español*, Madrid, Ediciones Santillana, 2001, p. 63.

La repercusión de la hispanofobia dentro del ámbito intelectual dominicano es, sin embargo, notable. Hemos visto a la zaga de este mismo sentimiento a muchos intelectuales y profesores de lengua española imponer los subdialectos hablados por las personas de menor escolaridad como la norma nacional, en oposición a los propósitos de lo que se había llamado el buen uso.

Son estas corrientes las que confirman, probablemente, una pluralidad de normas. En cualquier caso, tales apegos no suponen un fraccionamiento de nuestra lengua, aun cuando los ideólogos de la idealización de los popularismos se inspiren en resentimientos políticos, de clase o regionales. Porque en todas las lenguas existen niveles de lengua familiar, popular, argot, estándar. Y de ello no se deduce, desde luego, una fragmentación social o lingüística. Lo que sí han logrado los partidarios de esa invención, es empobrecer a los hablantes que se han propuesto salvar, eclipsándoles los conocimientos y reduciendo sus capacidades para interpretar el mundo y para pensar y apropiarse del gran legado cultural, científico e histórico que ha impregnado el mundo hispánico.

Han fomentado el desdén por el aprendizaje de la lengua. Han echado por tierra la conciencia lingüística de los hablantes; han destruido la autoestima por la cultura y por la tradición en la que se ha fraguado nuestra percepción del mundo.

Todas esas ideologías han zozobrado en abstracciones, cuyas miras han sido sepultar la lealtad por todo lo que nos ha sido transmitido por la tradición hispánica: lengua, religión, creencias y modos de vida.

Pero volvamos a Nebrija.

Hay en Nebrija una visión del ocaso y un presentimiento de la crisis. Sospechaba que la lengua española correría la misma suerte de las lenguas latinas y griegas. Dos ideas centrales eran el punto de referencia de Nebrija:

- La primera el ejemplo histórico de la Romanía, la cual al desmembrarse el Imperio en el siglo IV d. C se fraccionó en naciones con lenguas diferenciadas del latín.

- La segunda estriba en la creencia de que las lenguas eran como los cuerpos biológicos, que tienen una niñez, una adultez y una vejez y que, finalmente, fallecen. Es la idea del antropocentrismo lo que le hace augur de la crisis.

A pesar de la indiferencia con que son recibidas estas noticias y de la displicencia con que se despachan estos asuntos en estos tiempos, la tesis de Nebrija tuvo una rarísima fortuna. Fue retomada por el filólogo alemán Friedrich Augusto Pott,⁷ quien sostenía que las nuevas formas de vida y de pensar engendradas en América constituirían una amenaza mortal para la unidad de la lengua española.

Parejas ideas tenía el filólogo colombiano Rufino José Cuervo, quien retoma sin más la tesis de Nebrija: *“Estamos en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano”*.⁸

Y el propio Andrés Bello era partidario de esta tesis; temía Bello que la lengua española naufragara *“en multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de lenguas futuras”*.⁹

Ambos lingüistas pensaban que luego de las independencias americanas sobrevendría una progresiva deshispanización de las naciones hispanoamericanas que extinguiría la unidad de la lengua. Acaso no eran éstos los mismos presagios que planteaba el gran poeta Rubén Darío, cuando se preguntaba *“¿Cuántos hablaremos inglés?”*. O, cuando –en su poema a Roosevelt– expresaba sus dudas sobre la supervivencia de lo que había sido el escabel en que se había asentado la hispanidad: *“La América joven / que tiene sangre indígena/ que aún reza a Jesucristo y aún habla en español”*.

⁷ Ángel Rosenblat: *El español de América*, Caracas (Venezuela), Biblioteca de Ayacucho, 2002. La referencia es la siguiente: *“¿Es acaso un milagro que las lenguas europeas trasplantadas a América se manifiesten cada vez más infieles a las formas de expresión del suelo materno? ¿Se va a crear por ventura que las lenguas descendientes del Lacio puedan, en suelo americano, sustraerse totalmente al destino que les deparan las leyes generales de la naturaleza...? Nuevas condiciones engendran nuevas maneras de expresarse”*, p. 289.

⁸ Rufino José Cuervo: *Notas a la gramática de Andrés Bello* (1847).

⁹ Bello, *Ibíd*, p. 12.

En cualquier caso, el tiempo nos dice que la visión naturalista que quiere hacer coincidir el destino de la lengua española con la decadencia del cuerpo biológico es, a todas luces, falsa. Ningún hecho demuestra que en las lenguas se verifiquen estos fenómenos.

Lo que sí queda demostrado por la experiencia histórica es que el factor de cambio en las lenguas no suele ser el transcurrir del tiempo, sino las transformaciones en las relaciones y en la morfología de los elementos que la componen. Es decir, en su estructura interna. Dicho más rotundamente: que los cambios lingüísticos, si bien se producen en el marco temporal, no es el tiempo el factor que los prohija, sino la perturbación de sus relaciones internas.

Sin embargo, cuando pensamos en la relación entre lengua y poder, entre lengua y nación, el planteamiento de Nebrija arroja luces insospechadas. El factor de cambio es el peso demográfico de las poblaciones de distintas lenguas dispuestas a colonizar un territorio. Nosotros, que hemos vivido desde la fundación de la República en una promiscuidad territorial, debemos reconocer que la lengua siempre ha sido la compañera de la nación dominicana. Pedro Henríquez Ureña glosa con estas palabras el papel que ha desempeñado nuestra lengua como expresión de nuestra subsistencia cultural:

*“Este sentimiento (del idioma) de desesperada defensa persiste hasta ahora en el período de 1916 a 1922, durante la invasión que emprende el Gobierno de los Estados Unidos, sin motivo y sin derecho. Santo Domingo se defiende como cien años antes, resistiendo la influencia del idioma extranjero, viendo en el español su única arma, su único escudo, dentro y fuera del país. ¿Se aflojará este sentimiento defensivo, en el contacto del proletariado con la reciente inmigración antillana? No sabemos si la energía que el pueblo opuso a las invasiones violentas, se aflojará ante la penetración pacífica”.*¹⁰

¹⁰ Pedro Henríquez Ureña: *El español en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1942, p. 48.

PAPEL DESEMPEÑADO POR LA LENGUA ESPAÑOLA EN LA FORMACIÓN DE LA NACIÓN DOMINICANA

Desde que se inicia la convivencia entre españoles y aborígenes en 1492, en La Española, la lengua castellana comienza a padecer remociones en su vocabulario.

En su *Diario* el Descubridor Cristóbal Colón denomina con una palabra árabe, *alfaneque*, la choza de los indios y llama a las barcas de paso, *almadías*. Aun cuando los arabismos gozaban de prestigio para esta clase de designaciones, los préstamos realizados en la lengua general de La Española se impusieron. De este modo, *bohío* y *canoas* prevalecieron sobre *alfaneque* y *almadía*.

En muchos casos estas designaciones sirvieron de mascarilla de elementos nuevos asociados por sus semejanzas con los conocidos en la Europa renacentista. Así, los españoles veían halcones, allí donde los indios veían guaraguaos; el curí y la jutía le parecían conejos. Se toparon con el *guabimiquinaje*, animal que Las Casas llamó “el perro mudo”. Con todo, un torrente de indigenismos oriundos del taíno hablado en La Española penetró en el castellano del siglo XVI.

Las culturas americanas fueron vistas con la lumbre europea. El eurocentrismo hizo que Colón oyera en tierras americanas a los ruiséñores y que nombrara una buena porción de la fauna y la flora con los nombres de sus pares, sin detenerse en lo propio de América. De ahí que su descubrimiento haya sido a la par un enmascaramiento.

“Y es sobre todo en este terreno —nombres de plantas, árboles, flores, insectos, pájaros, peces y animales salvajes— donde se manifiesta la originalidad de la naturaleza del Nuevo Mundo y la aportación indígena de valor más permanente.

Pero aun en este terreno ha sido muy frecuente que los objetos nuevos recibieran nombres viejos. Ni el león americano es león ni el tigre es tigre. Ni el roble, el cedro, el arrayán, el castaño son lo mismo que en Europa. Ni la avellana, la ciruela, el manzanillo o el azafrán. Ni aún menos el níspero.

*El pavo, de origen americano, se llama en México Guajolote (del náhuatl huaxólotl), en Guatemala, chumpipe, en Cuba, guanajo”.*¹¹

Los dominios son variopintos. Nombres de vegetales: *ají, batata, guanábana, caoba, ceiba, cacao, tabaco, caimito, guayacán, maíz, mangle, papaya, maní, guayaba* etc... Denominaciones de animales; *carey, cocuyo, iguana, jaiba, tiburón, nigua*... Designaciones correspondientes a utensilios: *barbacoa, canoa, macana, güiro, hamaca, batea*... Referencias diversas: *cacique, huracán, enagua*...

Varias razones explican la pronta adopción de los indigenismos de las Antillas en el español peninsular:¹²

- En primer lugar, los españoles no emprendieron la conquista de las tierras continentales, la llamada Tierra Firme, hasta un cuarto de siglo después de descubiertas y conquistadas las Antillas mayores, cuando ya se habían fijado los usos en las designaciones de la fauna y la flora y de los utensilios conocidos en La Española y en las otras islas.
- En segundo lugar, las lenguas emparentadas correspondientes al arahuaco insular eran polisintéticas. Aun cuando su sintaxis y su gramática han permanecido eclipsadas a nuestro entendimiento, su consonantismo y su estructura silábica convierten en una faena relativamente fácil el conocimiento de su vocabulario.¹³
- En tercer lugar, habida cuenta de la escasez de mujeres llegadas de la Península durante el proceso de colonización fue menester que los propios españoles tomaran a las indígenas como esposas o concubinas.

¹¹ Rosenblat, *op. cit.*, p. 300.

¹² Sergio Valdés Bernal: *Inmigración y lengua nacional*, La Habana, Editorial Academia, 1994 p. 15.

¹³ Valdés Bernal, *op. cit.* En guisa de ejemplo, el autor cita una crónica de Pedro Mártir de Anglería, en libro I, capítulo IV: “Colón mandó a darse a la vela para volver a España, trayendo consigo diez hombres de aquellos (arauacos insulares), por los cuales se vio que se podía escribir sin dificultad la lengua de todas aquellas islas con nuestras letras latinas. Pues el cielo llaman turei, a las casas boa, al oro, cauní (...) todos los demás vocablos los pronuncian no menos claramente que nosotros los nuestros legítimos”.

- Por último, los escritores y los historiadores fueron incorporando en sus impresiones de estas nuevas realidades copiosos indo americanismos.

El Padre Bartolomé de las Casas nos revela en sus crónicas que a la llegada de los españoles había tres grandes lenguas. El habla de los macoriges de arriba, de los macoriges de abajo y el taíno que era la lengua general.¹⁴

Desde los primeros años de la colonización hubo sacerdotes que se empeñaron en aprender la lengua de los indios y en adoctrinarlos. Fray Román Pané fue el primer europeo en aprender una de esas lenguas, la del Macorís de abajo. Pero hubo otros que conocieron el taíno: Fray Juan Borgoñón, alias el Bermejo, el Padre Bartolomé de las Casas, Fray Domingo de Vico. Todo el esfuerzo de estos religiosos se volvió ocioso hacia 1530, cuando, según nos revela Pedro Henríquez Ureña, “*ya no era necesario aprenderlo, pues los indios supervivientes hablaban español*”.¹⁵

Es decir, que la hispanización del indígena debió producirse en las primeras décadas de la colonización. Las enfermedades traídas por los españoles, los trabajos forzados de la encomienda y el sometimiento psicológico produjeron un hundimiento demográfico de la población nativa en los primeros treinta años de la implantación hispánica. De la lengua de los macoriges se conservó muy poco. Sin embargo, del taíno permaneció en el español de Santo Domingo un importante legado antroponímico, toponímico y, por añadidura, las designaciones de la flora, la fauna y de algunos elementos de la vida material. El aprendizaje realizado en las Antillas, obró durante la conquista y colonización de las grandes extensiones continentales. El tabaco, el casabe, la canoa, descubiertos en las Antillas acompañarán a los conquistadores de imperios y serán compañeros de sus grandes proezas.

¹⁴ Fray Bartolomé de las Casas: *Apologetica historia de las Indias*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1987, capítulo 120.

¹⁵ Pedro Henríquez Ureña: *El español en Santo Domingo*, S. D., UNPHU, 1980, p. 98.

Desde el comienzo de la colonización escritores de nombradía afluyeron a La Española. De este modo, a las crónicas e historias escritas por Cristóbal Colón,¹⁶ por Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557),¹⁷ Bartolomé de las Casas¹⁸ (1474-1566), Alonso Zuazo (1466-1539),¹⁹ Alonso de Fuenmayor,²⁰ que fue obispo y gobernador de Santo Domingo, debemos añadir la presencia de escritores de fama como Alonso de Zorita (1512-1566),²¹ el poeta y dramaturgo Micael Carvajal (1490-1515),²² el licenciado Juan Méndez Nieto (1531-1616),²³ el poeta Juan de Castellanos (1522-

¹⁶ En el *Diario* de Colón se encuentran las primeras descripciones de la isla de Santo Domingo. Fue para muchos fuente literaria, porque hubo cronistas que nunca estuvieron en las Indias y escribieron a partir de estas primeras exposiciones. Según Max Henríquez Ureña “las descripciones más interesantes se encuentran del 6 al 18 de diciembre de 1492, y en la correspondencia que dirigió a Luis de Santángel y a Rafael Sánchez (15 de febrero a 14 de marzo de 1493)”. *Panorama de la literatura dominicana*, Rio de Janeiro, 1945, p. 9.

¹⁷ Muchos oficiales españoles escribieron memorias e informes sobre su estancia en las Indias, pero de todos Oviedo, que llegó a ser alcaide de Santo Domingo, es el de más renombre. Escribió el *Sumario de la natural y general historia de las Indias*, Toledo, 1526. Y, posteriormente, dio cima a la *Historia general de las Indias*. Aun cuando llegó a América con fama de escritor, pues había publicado en Valencia una novela, *Don Claribalte*, su prosa era desordenada. Su obra tuvo una influencia excepcional y fue traducida al inglés, al latín, al francés y su enorme cantera de datos y menudencias de las Indias ha nutrido las prosas de los investigadores profusamente.

¹⁸ Bartolomé de las Casas se había graduado de teología en Salamanca. Llegó a la Española en 1502, allí se hizo sacerdote y cantó su primera misa en la Vega en 1510; en 1522 ingresó en la Orden de los dominicos, escribió una vasta *Historia de las Indias* que ha tenido una influencia sin par. En su día fue una de las fuentes de consultas de lo acontecido en La Española y citado prolijamente, y posteriormente ha inspirado a escritores e historiadores. La novela *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván, obra emblemática del indigenismo en América, ha sido inspirada en gran parte por las crónicas de Las Casas.

¹⁹ Zuazo redactó la *Memoria sobre la condición de los indios de Santo Domingo y Cuba*. Estaba en Santo Domingo desde 1517 y allí murió mientras desempeñaba el cargo de oidor.

²⁰ Fuenmayor fue gobernador de Santo Domingo de 1533 a 1543. Escribió una importante *Relación de cosas de La Española*, en 1549.

²¹ Fue oidor en La Española de 1547 a 1553, en el apéndice de su *Historia de la nueva España* hay cuatro cartas que se refieren a su vida en la Española.

²² Autor de *La tragedia de Josefina*.

²³ Llegó a Santo Domingo en 1559 y permaneció en el país hasta 1567. Era médico de profesión pero aficionado a las letras. Su obra *Discursos medicinales* es una cantera de información sobre la vida cultural de La Española. A través de las apostillas y comentarios de Méndez Nieto conocemos de otros personajes de las letras en La Española. Por

1607),²⁴ el Padre Bernabé Cobo,²⁵ el predicador dominico Alonso Cabrera (1549-1606),²⁶ y el poeta y escritor Eugenio de Salazar de Alarcón (1530-1602),²⁷ y en esa fronda de varones ilustres floreció la simiente de los primeros escritores nacidos en la Española entre los que merecen mencionarse a Francisco Tostado de la Peña, que murió fulminado por una bala de cañón disparada por el pirata británico Francis Drake en 1586; a Elvira de Mendoza, a doña Leonor de Ovando, al sin par Cristóbal de Llerena, iniciador del teatro en Santo Domingo.

Los primeros cincuenta años tuvieron el esplendor de una Edad de Oro. Se fundaron las primeras ciudades europeas en América hispana. (La Isabela, 1494; Santo Domingo, 1496); la primera Real Audiencia (1511), las primeras universidades (Santo Tomás de Aquino, 1538; Santiago de la Paz, 1540); las primeras sedes episcopales (1504); la primera Casa Real y el Primer Virreinato (1509). Principió la industria azucarera en 1510, en el ingenio de Gonzalo de Velloso. Hubo, además, progresos en el orden espiritual. Se escuchó el clamor de Justicia y la primera crítica a la colonización, el Sermón de Fray Antón de Montesinos, en 1511. En 1519, se produjo el primer levantamiento indígena en el continente encabezado por Enriquillo, y en 1533 se firma el primer Tratado de paz

ejemplo, de Lázaro Bejarano, que llegó a ser gobernador de Curazao y que, además, escribió una obra poética notable.

²⁴ Autor de la *Elegía a los varones ilustres*. Es una mina de datos sobre la vida intelectual de La Española. Fue de los primeros en darle carta de ciudadanía a las palabras arahuacas que pasaron del taíno al español general. Véase a guisa de ejemplo estos versos:

Teníamos los nuestros rodeados

Como cories en la arboleda (Elegía II, canto II).

²⁵ Estuvo en La Española en 1596. Posteriormente se trasladó a Perú donde terminó *Historia del nuevo Mundo*.

²⁶ Predicador dominico que inició su carrera como orador del púlpito sagrado en La Española. Continúa la tradición de los primeros predicadores de la Española al estilo de Fray Antón de Montesinos y Fray Bartolomé de las Casas, críticos acerbos de la colonización española.

²⁷ Escribió su *Canto en loor de la muy leal, noble y lustrosa gente de la ciudad de Santo Domingo*. Era tenido como uno de los más importantes hombres de letras que pasaron por La Española.

en América. Estas paces son el fundamento del derecho de gentes. Preceden en varios siglos la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, proclamada en París en 1789.

En 1522, acaece el primer alzamiento de esclavos en el ingenio de Diego Colón. Comienza el período de las cimarronadas que se extiende hasta 1545, cuando llega a su ocaso la economía de la plantación y se pasa, entonces, a una economía basada en el hato. Todo ello nos demuestra que, además de las primacías en el orden material, también hemos tenido la primacía en las luchas por la libertad y la dignidad del hombre en América. La Rebelión de Enriquillo encarna la primera Arcadia. Se puede considerar como precursora de los derroteros que ulteriormente han inspirado los trabajos posteriores de Juan de Zumárraga (1476-1548), Francisco Suárez (1548-1617) y Francisco de Vitoria (1480-1546), que hallará su expresión concreta en el derecho español.

Las robinsonadas y manieles inspirados por la rebelión de Sebastián Lemba, de Diego de Ocampo y otros esclavos africanos constituye, por más dialécticas que se empleen para eclipsarlos, las primeras manifestaciones de libertad del hombre negro en América.

Con la decadencia de la industria azucarera, de resultas de la política de monopolio comercial emprendida por la Corona Española se redujo el empleo intensivo de mano de obra; una buena porción de sus primeros habitantes pusieron los pies en polvorosa, huyéndole a la pobreza y al abandono; se derribaron los grandes señoríos de la Española; se produjo un profuso mestizaje. Pero todavía, a mediados del siglo XVI, Juan de Castellanos se refería a los escritores nativos de esa sociedad, que algunos llamaron “la Atenas del Nuevo Mundo”, con estos versos que arrojan luz sobre ese pasado ejemplar:

*Porque todos los más allí nacidos,
Para grandes negocios son bastantes,
Entendimientos han esclarecidos,
Escogidísimos estudiantes
En lenguas, en primores, en vestidos
No menos curiosos que elegantes;
Hay tan buenos poetas que su obra
Pudiera dar valor a nuestra obra*

A comienzos del siglo XVII, cuando Tirso de Molina se instala en el Convento de las Mercedes, éramos una colonia abandonada por la metrópoli, de menguada población; empobrecida por el ható. Y, para escándalo de una España que se había convertido en la avanzadilla de la Contrarreforma, unos pobladores en permanente contrabando con protestantes y calvinistas. No hay que olvidar que la defensa del catolicismo había llevado a España a la guerra con los Países Bajos, con Inglaterra y Francia. Felipe II logró unas paces con Francia en 1598, con Inglaterra en 1604; pero había un mar de fondo creado por treinta años de tiranteces y guerrillas religiosas. La guerra fue llevada a nuestros propios lares, tal como lo explica Pedro Henríquez Ureña, “*Cuando el deán de la Catedral quemó en la plaza pública trescientas biblias protestantes en romance glosadas conforme a la secta de Lutero y otros impíos*”.²⁸ Con esas expeditivas operaciones, la suerte estaba echada. El Santo Oficio de la Inquisición, que había constituido sus tribunales en 1569, influiría en la devastación de las ciudades occidentales de La Española. Después de dos años de guerras y escaramuzas de los habitantes de la banda oeste contra el poderío de la metrópoli, su cabecilla yaguanés, el mulato Hernando de Montoro, se fugó a Cuba y los habitantes de aquellas tierras fueron concentrados en las cercanías de Santo Domingo, con la prohibición expresa de cruzar la guardarraya establecida por el Gobernador Antonio Osorio en 1606.

Tirso de Molina llega, pues, a una colonia devastada por un acontecimiento que el poeta Pedro Mir llamó el gran incendio. De 1616 a 1618, cuando el gran dramaturgo y poeta anduvo por estos pagos, ya se había iniciado un proceso de indefectible ruina y despoblación. Sus impresiones sobre La Española pueden espigarse en algunas de sus obras. En *Los cigarrales de Toledo* y en *La villana de Vallecas*, y en otras escritas posteriormente, pueden extraerse incluso indigenismos, episodios y curiosidades que nos muestran que La Española conmovió al gran maestro del teatro español. En una

²⁸ Pedro Henríquez Ureña: *Obras completas*, S.D. UNPHU, 1978, Vol. 7, p. 108.

notilla, Henríquez Ureña subraya que el *jaojao*, especie de cazabe del cual hablan Oviedo y Las Casas en sus Crónicas, aparece mencionado en la *Villana de Vallecas*. Así de puntillosas son las observaciones de ese gigante de España y del Siglo de Oro de la lengua.

No podríamos figurarnos cómo pudo ser la vida de los primeros habitantes de esta isla; se sabe que se alimentaban exclusivamente de algunos roedores, de peces, de unos pocos tubérculos, que no conocían los mecanismos de locomoción que representaron la introducción de la rueda y el caballo. Hay, pues, que suponer que el encuentro entre los dos mundos, el antillano y el español, produjo transformaciones en los dos continentes.

En un primer tiempo, los españoles extrajeron el oro y la plata de esta isla, y trajeron, a su vez, la rueda, una nueva organización del trabajo y el esfuerzo, y algunos animales como el caballo, las aves de corral, el ganado vacuno, los cerdos, las cabras y unas 247 especies vegetales, tales como el plátano, el arroz, la caña de azúcar, las naranjas, el mango, las rosas, los limones. Nuestra existencia se ha fraguado en los entresijos constituidos por los cimientos de lo que heredamos de los indígenas y de la colonización española.

En 1502, una instrucción dada a Nicolás de Ovando, gobernador de Santo Domingo, permitía por primera vez la introducción de negros africanos, que habían nacido en poder de los cristianos. Probablemente estos negros habían sido parte de la servidumbre sevillana. Se trataba de negros hispanizados, los llamados *ladinos*. Pero la introducción masiva de negros en la Española y en todas las posesiones de las Antillas se autoriza en las pragmáticas de Carlos I de España y V de Alemania de 1517. Con ello, comienza la trata negrera que tendrá su esplendor en La Española y su ocaso en el siglo XVI.

En ese punto y hora, los negreros portugueses tenían el monopolio de la trata de esclavos. Matthias Perl en una síntesis memorable nos explica que:

“en el año de 1441 Nuno Tristao hizo prisioneros en Cabo Blanco a los primeros africanos. Tres años después desembarcaron 230 esclavos (negros y moros) en la ciudad portuaria de Lagos, al sur de Portugal. A partir de 1460 se poblaron por vez primera las islas de

*Cabo Verde, y en 1470 se fundó el primer asentamiento portugués en la futura Guinea Bissau. De 1471 a 1473, Joao de Santarem y Pedro Escobar descubrieron Sao Tomé, Annobón, Fernao Poo —las islas del Golfo de Guinea donde pronto establecerán factorías para la exportación de esclavos a América” (...) Con el Tratado de Tordesillas en 1494 que trazó la línea de demarcación entre las futuras posesiones de España de polo a polo a 370 leguas al oeste de Cabo Verde, los españoles perdieron el derecho a participar activamente en el comercio de esclavos en territorios africanos”.*²⁹

Se explica, de este modo, que los portugueses hayan dominado el negocio de la esclavitud desde Senegal y Gambia hasta las costas de Angola. Fueron los portugueses los principales abastecedores de los mercados españoles. En los centros de acopio de esclavos, por lo general de etnias distintas e incluso rivales, se desarrolló una coiné o lengua franca con base portuguesa, llamada *falas do preto*. Probablemente estas *falas do preto* o las hablas de negro, nacidas entre los negros afincados en Castilla, fueron la primera lengua que hablaron entre sí esclavos de procedencia, origen y culturas próximas o diferenciadas, cuando se establecieron en la Española.

Matthias Perl nos refiere

*“que los portugueses creaban bases comerciales por todas partes a lo largo de las costas africanas, y utilizaban un portugués simplificado que, debido al intenso tráfico comercial, pudo extenderse con facilidad que luego dificultaría notablemente la implantación de lenguas europeas traídas al África colonial por comerciantes subsiguientes”.*³⁰

No hay muchos testimonios históricos de la presencia de las lenguas africanas en La Española. Se sabe, por las crónicas de Fer-

²⁹ Matthias Perl: “Población afro americana en los países hispanohablantes” Congreso de Valladolid, Instituto Cervantes, *Anuario de 2002*. Véase, además, Germán de Granda: “tipología criolla en dos hablas del área lingüística hispánica, *Thesaurus*, Bogotá, 1986, pp. 193-205. Véase parejamente Sergio Valdés Bernal: *Inmigración y lengua nacional*, La Habana, Editorial Academia, 1994.

³⁰ Matthias Perl, *loc. cit.*

nández de Oviedo, que la rebelión de esclavos acaecida en 1522 en el ingenio de Diego Colón fue atizada por los yelofes.³¹ Oviedo nos deja entrever en filigrana la existencia de un habla propia de los esclavos. Es muy probable que esta habla venga a constituir la primera pista documental de la existencia de una *fala do preto* en La Española. En gracia de esta tesis sostenida por Matthias Perl y por Germán de Granda,³² se puede establecer la primacía entre los dominicanos de un vocabulario plagado de marinerismos procedente del portugués, del catalán y del canario, tales como: “*abarrotar, arribar, al garete, guindar, rancho, rumbo, trinquete, calma chicha, bandazo y de portuguesismos como botar, brincar, buzo, pulla, sarpullido, zafra, embicar, caneca, penca...*” No hay que olvidar que las *falas do preto* se aprendían en las costas portuguesas y durante la travesía marítima.

Refiriéndose a este proceso de sincretismo del negro en la nación, Carlos Larrazábal, señala que

*“la acción de la iglesia, directamente o por el intermedio de los amos, hizo que las ideas y los ritos católicos fueran infiltrándose en los esclavos y sus descendientes de modo tal que al correr de una centuria ya existían negros y mulatos, cuyo catolicismo se diferenciaba bien poco del que practicaban los blancos.”*³³

Un interesante estudio cubano, emprendido por el antropólogo García Herrera, demuestra con pruebas palmarias de algunas comunidades negras cubanas, que la devoción por San Antonio, el santo patrono de Portugal, pudo haberse generado incluso en tierras africanas o en los puertos de embarque.³⁴

³¹ Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias*, Libro IV, capítulo IV, Madrid, edición de la Biblioteca de Autores Españoles, 1959.

³² Germán de Granda: “Acerca de los portuguesismos en el español de América” *Thesaurus*, Bogotá 23(2) 344-357; “Posibles vías de introducción de africanismos en el habla de negros, literaria”, *Thesaurus*, Bogotá 25(3) 448-469

³³ Carlos Larrazábal Blanco: *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*, SD, Librería La Trinitaria, 1998 2da edición. Hay que exceptuar de esta observación a los negros de maniles y a todos aquellos que estaban alejados de los centros parroquiales.

³⁴ R. García Herrera: “Observaciones etnológicas de dos sectas religiosas afrocubanas en una comunidad lajera, la Guinea” *Islas*, Santa Clara, (43), p. 143-181, septiembre-diciembre.

Cabría preguntarse, sin embargo ¿ por qué los criollos, que a comienzos del siglo XVIII, eran ya una población mayoritaria de negros y mulatos, no constituyeron una lengua nacional, tal como acaeció en Curazao, donde las *falas do preto* fueron precursoras de una lengua nacional, el papiamentu?

Nos atrevemos a sostener que el proceso de hispanización del negro comenzó a producirse con la caída del sistema de plantación y los comienzos de la producción hatera, que supuso una mayor proximidad de los grupos sociales, que echó por tierra el aislamiento de las poblaciones. De este modo, las lenguas africanas que debieron moldear la conciencia de los negros desaparecieron, dejando en el castellano insular la imborrable impronta de su presencia. William Mengenny, en su obra *África en Santo Domingo: su herencia lingüística*, identificó rasgos sintácticos y fonológicos en el español dominicano que empalman claramente con el influjo africano.³⁵ El léxico presentado por Mengenny comprende unas 189 palabras, conocidas como afronegrismos. Una porción de este corpus carece de vigencia; tal *abue*, *aburar* ... Otros afronegrismos nos llegaron de Cuba y Puerto Rico, tales como *chévere*, *sirimba*, *titingó*, *bemba*, *mofongo*, *malanga*, *calalú*, *funche*, *guanguancó*, *mandinga*, *mambo*, *cundango*, *chachachá*, *guateque*, *guataca*, *quimbambas*... Otros, corresponden a haitianismos arraigados durante la ocupación de 1822: *calimete*, *carabiné*, *buqui*, *mali*, *bacá*, *galipote*, *vudú*, *guango*, *chenché*, *chacá*, *papá bocó*, *chambre*, *luá*, *sombi bululú*, *busú*, *busu*, ... y los más corresponde”, en efecto, a afronegrismos vigentes como *baquiní*, *baquiné* en Puerto Rico, *bemba*, *bembú*, *buche*, *burundanga*, *fucú*, *furufa*, *musú*, *concón*, *mangú*, *náñara*, *tutú*, *tabaná*, *panquearse*, *ñeco*, *greifú*, *garata*, *ñango*, *chininingo* y todas las formas de este diminutivo, *chola*, etc. Las designaciones vulgares del sexo: *toto* y *bimbín*. Algunos gentilicios: *Engombe*, *Pedro Bran*; palabras ligadas a

³⁵ William Mengenny: *África en Santo Domingo: su herencia lingüística*, SD, Museo del Hombre Dominicano, 1990. “Santo Domingo fue recipiente de muchos esclavos africanos que tuvieron un profundo impacto en el desarrollo del castellano, y en otros aspectos de la vida quisqueyana en general, al causar importantes cambios en la estructura léxica, sobre todo, en la fonética, la morfosintáctica y la de entonación, a través de la aportación a la sociedad colonial del lenguaje africanode o reconnaissance de language de base portuguesa, y de las modalidades subsabáricas”, p. 233.

la música: *mangulina, chenche matriculado, pambiche, marimba*; estados de ánimo: *chongo, can...*

Buena porción de los afronegrismo glosados por Mengenny pasaron al español general, como *tambora, cachimba, guateque*. En otros casos, desafortunadamente, el autor llega a conclusiones inexactas. Mengenny cita la palabra *cuco*, como afronegrismo. Otro tanto acaece con el italianismo *eccole qua*, “*eso mismo*”, catalogado erróneamente como afronegrismo de stirpe haitiana. En España aparece en las coplas infantiles: “*duérmete, niño, que viene el coco*”. ¿No habría que concebirlo, entonces, como una deformación corriente en el español?

Al referirse al habla que pervivía en Villa Mella³⁶ hasta hace unas décadas, Matthias Perl señala que se trata de una población de escasa escolaridad, además de empobrecida. El lingüista dominicano Rafael Núñez Cedeño³⁷ inventarió las características fonológicas del habla de Villa Mella. Cambio de /d/ por /r/: hígado/ se torna /hígaro/; pausa prolongada y oclusión ante la /l/ intervocálica /po /l/: vo du/l/: ce; po /l/: vo amargo. A esas observaciones hay que añadir otras: supre-

³⁶ “(...) en algunas regiones cerca de la capital de República Dominicana, y sobre todo en Villa Mella y en las aldeas al este de Santo Domingo, donde se emplean variedades del español con los fenómenos típicos de los hablantes de nivel cultural muy bajo y de pocos ingresos económicos.” “En muchas de ellas (barrios o regiones) no hubo presión hacia los hablantes de *mejorar* su español porque no tenían ni siquiera la posibilidad de estudiar ni la de poder obtener un trabajo que hiciera necesario hablar una variedad más elaborada de su lengua”. Matthias Perl, *loc. cit.*

³⁷ Rafael Núñez Cedeño: *El español del Caribe*, Santiago, UCMM, 1982, pág. 231. Según Mengenny, en Villa Mella se hallaban expuestas todas las modalidades de la influencia africana en el español dominicano. Al parecer, queda por dilucidar las características del asentamiento original. De las investigaciones realizadas por el antropólogo Carlos Hernández Soto se deduce “que la población de Villa Mella se ha visto reforzada por inmigrantes haitianos, llegados durante la ocupación de 1822”. He aquí el testimonio de uno de sus entrevistados: “Alejandro Moreno reveló que su bisabuelo Julián Moreno, venido de Haití, fundó ese lugar. Julián Moreno dice que su pariente llegó con cuatro hijos, era soldado del Ejército (haitiano) y se estableció en la zona a partir de 1830. Otros entrevistados alegaron que los apellidos Ferrand, Minier y otros pertenecen a la influencia haitianos. Muy probablemente el basilecto de muchos pobladores, nacidos de este influjo, era el creóle haitiano. La toponimia del creole se halla presente en la zona. Perantuén es una pequeña comarca próxima a Villa Mella y Arroyo Manzano, procede del francés Pere Antoine. Cf. Carlos Hernández Soto: *Morir en Villa Mella. Rito funerario afro dominicano*, SD, CIASCA, 1996, p. 20 y ss.

sión de /d/ y la /r/ ver/dá/ can/tá/. Examinada desde el punto de vista semántico y sintáctico podemos columbrar un sistema adquirido de forma incompleto, fenómeno similar al que se ha producido en los asentamientos de poblaciones ‘norteamericanas’ en Samaná en 1822.³⁸

Puede decirse que al despuntar el siglo xvii, los dominicanos constituían una comunidad lingüística. Que las luchas emprendidas para preservar el territorio de la codicia de las potencias marítimas nos convirtió en una comunidad de destino y de creencias. Se constituyeron ejércitos de cincuenta lanceros y hateros,³⁹ la mayoría pardos y morenos libres, para poner a raya a los filibusteros y corsarios. Fueron las cincuentenas las que enfrentaron la invasión de Penn y Vennables en 1665, las incursiones de los franceses en la banda occidental y en la Tortuga; y fueron éstas las que finalmente arrasaron la implantación francesa el 21 de enero de 1691 bajo palio de una Virgen traída de Garrovillas, llamada la Virgen de Altagracia.

Los conquistadores trajeron una vastísima literatura oral. Tuvo primacía en el siglo xvi el romance épico. Poco después se impusieron la sátira y la poesía burlesca “*porque la poesía popular dominicana reclamó siempre el atractivo del consonante, y se manifestó de preferencia en décimas y cuartetas*”.⁴⁰ Supérstite de ese pasado son algunos estribillos como “*a volar la paloma eh. Ere chiquita y bonita; ay, eres como yo te quiero, y pareces hebecita de la mano de un platero, a volar la paloma eh*”; las décimas de Meso Mónica, el más célebre cantador del siglo xviii,

³⁸ Carlisle González y Celso Benavides en *Español del Caribe* (pp. 124.129) caracterizaron el español de Samaná del modo que sigue: 1) discordancia de género y número: “la carne tenía que dárselo”; 2) eliminación del artículo: “tengo / conuquito por ai ni diendo / escuela”; 3) eliminación de la preposición de: “no entendía nada español”; 4) pronombre expreso casi siempre: “yo cumplió, yo tuvo ahí”; eliminación de que, simplificación de la estructura desinencial.

³⁹ “Estas milicias de negros y mulatos siempre fueron fieles al Gobierno, y pelearon como los mejores blancos a favor del honor de la bandera española. En 1665 cuatro mulatos se distinguieron sirviendo a las tropas españólenas (...). En esta ocasión las tropas de negros y mulatos las componían unas quinientas plazas. También se distinguieron los cimarrones que mataban a los ingleses que se internaban por los montes huyendo en busca de alimentos”. Confróntese Larrazábal, p. 172.

⁴⁰ Max Henríquez Ureña: *Panorama de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, Brasil, 1945, p. 91.

los cuentos de Juan Sonso y Pedro Animal, los juegos de rondas y coplas infantiles. Todo ese sustrato cultural ha moldeado la mentalidad dominicana como una comunidad de recuerdos.

LA VIDA DURANTE LA DOMINACIÓN HAITIANA (1822-1844)

Desde 1492 hasta 1697, momento en que se firman las paces entre España y Francia en el castillo de Ryswick, la isla de Santo Domingo estuvo bajo el dominio exclusivo de España. El asentamiento de franceses en la parte occidental de La Española y el florecimiento de la colonia de Saint Domingue durante todo el siglo XVIII rompió la unidad de la isla. En cada una de las porciones de La Española surgieron dos naciones distintas por la lengua, por la historia, por las tradiciones y por las culturas.

Dos grandes factores amenazaron la significación esencial del pueblo dominicano durante la dominación haitiana: la ideología del color o negrocentrismo y la prohibición de la lengua española.

LA IDEOLOGÍA DEL COLOR

El negrocentrismo se tornó en opresión jurídica que tenía como objetivo resquebrajar la unidad lingüística de los dominicanos y el sentido de pertenencia a una comunidad de destino.

La independenciam haitiana se basó en la extinción completa del elemento blanco.⁴¹ Boisrond Tonnerre lo proclamó en el Acta de Independencia refrendada en Gonaives:

⁴¹ De 40.000 blancos censados en el censo de 1789, en 1804 quedaron unas 1.000 almas continuamente amenazadas y sin ningún tipo de derechos. El sentimiento del odio racial llevó a realizar matanzas atroces e incluso condujo a Soulouque a realizar el degüello de los mulatos. Confróntese *La Révolution de Saint Domingue* (1819) de Pamphile Lacroix.

En créole *vlan* quiere decir extranjero. Esa doble significación excluye a una raza de la composición de la nación, que a su vez, es definida como una nación negra.

“Para escribir el Acta de Independencia es necesario la piel de un blanco por pergamino, su sangre por tinta y por pluma una bayoneta”.

El 9 de febrero de 1822, el Presidente Jean Pierre Boyer (1776-1850) ocupa la parte española de la isla. Las primeras medidas tomadas por el Presidente haitiano buscaban la implantación de una colonización negra.

El 25 de mayo de 1824, Boyer instruyó al ciudadano J. Granville, enviado plenipotenciario, para que negociase con la Sociedad de colonización africana de Nueva York la inmigración de todas las personas de sangre africana que quisieran establecerse en la isla. Las dos terceras partes del primer contingente de 6.000 individuos fueron destinadas a la parte dominicana.

El artículo 12 de la Constitución haitiana establecía que *“ningún blanco, cualquiera que sea su nacionalidad, podrá poner los pies en este territorio a título de amo o propietario, y no podrá, en el futuro adquirir en el mismo propiedades”.*

Esta disposición fue reforzada por la Ley de 1888 de una Constitución que tiene reputación de liberal: *“la haitiana que haya perdido su condición por el hecho de su matrimonio con extranjero no podrá ser propietaria ni adquirir inmueble en Haití bajo ningún título”*

(Tít. II, ap I, Art. 3).

Por lo que respecta al matrimonio de una haitiana con un extranjero, la legislación determina que es haitiano *“todo individuo nacido en Haití de padre extranjero o de madre extranjera y no reconocido por su padre, siempre que descienda de la raza africana”* (Tít. II, cap. I, Art. 5, Constitución de 1889). El tinte racista de la disposición de marras despeja nieblas sobre sus propósitos clamorosamente negrocéntricos.

En 1918, durante la ocupación norteamericana (1915-1934), se establece el derecho de propiedad a los extranjeros residentes en la nación haitiana (Tít. II, sec. I, art. 5). En rigor, la condición de extranjero se aplicaba a los blancos. Porque la propia Constitución había refrendado en más de una modificación el artículo 14, que instituía lo siguiente: *Todas las distinciones de color deberán*

cesar entre los miembros de una misma familia cuyo padre es el Jefe del Estado; los haitianos sólo serán conocidos en adelante bajo la denominación de negros.

Al analizar los textos constitucionales haitianos de 1805 y posteriores, Peña Batlle nos muestra el intrínquilis y la filosofía que le sirve de escalabel:

“La Constitución que luego se promulgó se basó también en la negativa de toda posibilidad de convivencia entre negros y blancos. Se le cerraron las puertas al extranjero y el país se convirtió en coto de los antiguos esclavos (artículos 12 y 14 de la Constitución imperial del 20 de mayo de 1805). La Constitución haitiana fue por mucho tiempo una isla en la conciencia política del continente. Ni tuvo antecedentes ni produjo consecuencias más allá de los límites de Santo Domingo. Para desventura de los dominicanos sólo nosotros sufrimos los efectos de aquella situación especialísima”⁴²

En sus memorias de la invasión de Dessalines en 1805, uno de los supervivientes, Gaspar Arredondo y Pichardo,⁴³ cuenta las menudencias dantescas padecidas por los habitantes de Santiago: “...*Así fuimos pasando los días de amargura que nos presentaba un Gobierno enemigo de nuestro color, que formaba nuestro principal delito frente al suyo*”. De este modo, se estableció entre los ocupantes que “*ser blanco era un delito*”.

En otros pasajes nos refiere la muerte del padre Juan Vásquez.

“Que los altares, los archivos y hasta el reloj público lo habían reducido a cenizas, echando pie para el Guarico a todo el que no habían asesinado sin exceptuar ni aun a los sacerdotes menos al cura Juan Vásquez, a quien

42 Manuel A. Peña Batlle: “Libertad y opresión en Santo Domingo”, *El Caribe*, 15 de febrero de 1950. En 1841, Charles Levasseur se escandalizaba de que “*los blancos están privados en Haití de todos los derechos de que gozan en nuestras colonias los negros que llegan en estado de libertad*”. Confróntese *L’esclavage de la race noire aux colonies francaises*, Rouen, Imprimerie Lefevre, 1841.

En créole *yan* quiere decir extranjero. Esa doble significación excluye a una raza de la composición de la nación que, a su vez, es definida como una nación negra.

43 Gaspar Arredondo y Pichardo: “Memoria de mi salida de la isla de Santo Domingo, el 28 de abril de 1805”, correspondiente a los archivos de José Gabriel García, publicada en *Clío* No. 82 en 1948. Incluido por Emilio Rodríguez Demorizi en *Invasiones haitianas*, Ciudad Trujillo, 1955, p. 132.

después de atormentarle con crueldad en el campo santo, que estaba frente a la parroquia, lo sacrificaron y al fin para saciar su brutal venganza lo quemaron con los escaños del coro y los confesionarios”⁴⁴

Nuestra época profusamente laica y, en algunos casos, antirreligiosa no puede figurarse las impresiones mostrencas que debieron florecer entre los habitantes de Santo Domingo al rememorar el incendio de las iglesias.

Al momento de su Independencia en 1804, más de la mitad de la población había nacido en África; procedían de orígenes y culturas muy diferenciadas entre sí. De modo que entre los haitianos la raza se convirtió en el factor de unidad de hombres de tan diversa prosapia.⁴⁵ El negrocentrismo se fundamenta en la idea ingenua

⁴⁴ Ídem.

⁴⁵ Otros testimonios de época nos permiten reconstruir arqueológicamente ese pasado ejemplar. El 6 de julio de 1824, don Felipe Fernández de Castro, un criollo que había hecho buenas migas en la Corte Española, escribía un memorial al Rey de España, para pasar a Santo Domingo, su patria. Y reclamar los bienes patrimoniales cuyos montos rondaban el no desdeñable caudal de cuatrocientos mil pesos. La intención de este intendente del Reino se echa de ver en las continuas insinuaciones para que España intervenga a favor de los dominicanos y recupere el territorio ocupado por los haitianos.

Fernández de Castro se entrevistó con Boyer; diplomático, le dio seguridades al gobernante haitiano de que España no tenía interés alguno de iniciar reclamaciones ni en hostilizar a los haitianos; mientras acumulaba información de todo cuanto observaba con el objetivo contrario; Boyer, por su parte, con su acostumbrada hipocresía, le manifestó a Fernández de Castro que sus bienes les serían devueltos; hizo rimbombantes elogios para la familia de éste, y fingió conocer en menudencia las propiedades de Fernández de Castro.

Por su parte, el intendente notó que los cabilderos y alcahuetes franceses se aprovechaban de los temores de Boyer para hacerse pagar caudalosamente sus servicios. En una notilla escrita al desgaire, se comenta el alzamiento de los Alcarizos del 9 de marzo de 1824; Fernández de Castro advierte una resistencia larvada al despotismo haitiano; Boyer, en cambio, toca el tema con vaguedades e ideas generales y falsamente altruistas; empequeñece las matanzas realizadas por sus tropas. Fernández de Castro hace en más de una ocasión referencia al trato que le da a la población blanca en el ejército, buena parte de los cuales fueron expropiados y forzados a poner los pies en polvorosa. Coincide la observación de Fernández de Castro con el decreto de Boyer del 16 de febrero de 1822, en el cual se creaban los batallones 31 y 32, compuesta casi exclusivamente por negros y pardos. Con todo, Fernández de Castro pudo percatarse

en que la igualdad de las razas produciría una homogeneidad en las culturas y en las conductas. Se infiltra a hurtadillas en todas las Constituciones haitianas; permanece en el recuerdo de las matanzas de blancos y mulatos de Dessalines, Christophe, Soulouque, Guerrier y Duvalier. En Santo Domingo los particularismos étnicos se fundieron en la nación; en Haití, la etnia, el negrocentrismo prevalece sobre la nación. Esa asimetría de comportamientos nos lleva a estructuras culturales diferenciadas radicalmente. Una entrópica, enroscada en sí misma, blindada del mundo exterior por las corazas de una lengua vernácula y por una religión propia. La otra, abierta que agrupa a hombres y mujeres de orígenes variados, unidos por la lengua, por la historia, por la cultura, por la mentalidad y por los modos de vida.

Mientras, la sociedad haitiana se mueve en dos universos. Uno interior y otro exterior. La masa indócil, conducida vagamente por demagogos rechaza el dominio de la lengua hipercéntrica que la pondría en contacto con un universo de logros mayores. Se echa de ver el fracaso de las minorías egregias que han querido transformar su país, y han quedado atrapadas en el espectáculo desmoralizador de una batalla entre dos mundos incompatibles: la cultura criolla, representada en porciones de la población criolla, diglósica; y las mayorías monolingües, cuyas mentalidades parecen encastilladas en el comportamiento de los bozales, encerradas en unas cartujas premodernas.

LA PROHIBICIÓN DEL USO DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN LOS ACTOS PÚBLICOS

El 14 de noviembre de 1824, Boyer emite una circular en la que se prohíbe el uso del español en todos los actos públicos y en las comunicaciones que debían hacerse a la autoridad en Santo Domingo.

de una política basada en el exclusivismo racial de los negros.

En un pasaje de *Histoire d'Haïti*, Madiou refiere los pormenores de la disposición: “Boyer, le escribió a los generales Mompoin, Borgella, Prophete Daniel, Panayoti y Jacques Simon, comandantes respectivos de Santo Domingo, Montecristi, San Juan, Puerto Plata y Azua para que impartan instrucciones a las autoridades bajo su mando para que sólo respondan la correspondencia escrita en francés. De lo contrario, no recibirían ninguna respuesta”.⁴⁶

Circular del 14 de noviembre de 1824, del presidente

Jean Pierre Boyer a los Comandantes del Este, prohibiendo escribir en español, en lo adelante, los actos públicos

Liberté

Égalité

République D'Hayti

No. 651

Circulaire. Port au Prince, le 15 novembre 1824,

An 21ième de l'indépendance

Le Grand Juge,

Au Commissaire du Gouvernement près le Tribunal civil Séant à Santo Domingo.

Je vous fais savoir, commissaire que Son Excellence le Président D'Hayti vient de prendre une décision dont le but est de donner un degré d'activité plus utile que celui qu'il a éprouvé jusqu'à ce tour au Service judiciaire dans la partie de l'Est de la République, cette mesure consiste à ce que la rédaction de tous les actes publics tels que les jugements de Tribunaux civils et de paix, les actes des officiers de l'État civil et ceux des notaires soient rédigés à l'avenir dans la langue généralement usitée dans le pays.

En conséquence vous ferez part de cette détermination aux Magistrats, composant le tribunal civil de Santo Domingo et vous la participerez à tous les

⁴⁶ Thomas Madiou: *Histoire d'Haïti de 1819 à 1826*: Port au Prince, Edition Henri Deschamps, 1990, p. 435. La circular de Boyer del 14 de noviembre de 1824 provocó el repelús de los dominicanos; fue reiterada el 27 de agosto de 1839. Aparece copiosamente en el *Recueil des lois et des Actes du Gouvernement Haïtien III-IV*, Paris, 1860-1866, (L. Pradine). Libro 2. Sección Justicia (*Enregistrement de lois, 1822-1843*).

fonctionnaires du ressort du dit Tribunal, qu'elle concerne, pour être exécutée ponctuellement à partir du premier janvier prochain.

Libro de Registros AGN, Justicia, Libro I folio 22, julio de 1823.

Traducción MN.

Libertad

Igualdad

República de Haití

Circular No. 651

Puerto Príncipe, 16 de noviembre de 1824,
Año Vigésimo primero de la Independencia

El Gran Juez:

Al comisario del Gobierno ante el Tribunal Civil con sede en Santo Domingo.

Hago de su conocimiento, Comisario, que su Excelencia el Presidente de Haití acaba de tomar una decisión, cuyo objetivo es darle un mayor grado de utilidad a la actividad que hasta ahora ha afectado el Servicio Judicial en la parte Este de la República. Esta medida consiste en que la redacción de todos los actos públicos tales como los juicios de los tribunales civiles y de paz, los actos oficiales del Estado civil y aquellos de los notarios sean redactados en el porvenir en la lengua generalmente empleada en el país.

En consecuencia, usted comunicará esta determinación a los Magistrados que componen el Tribunal Civil de Santo Domingo y les participará a todos los funcionarios de la competencia de dicho Tribunal, lo relativo a esta disposición, que ha de ser cumplida puntualmente a partir del primero de enero próximo.

En ese momento la lengua española se convirtió en la lengua de los dominados. Se introdujo copiosamente la lengua francesa en los procedimientos judiciales; se adoptaron los códigos napoleónicos; se

comenzó la enseñanza del francés en las pocas escuelas permitidas por el Gobierno haitiano; se impartió justicia a partir del texto en lengua extranjera. La lengua española desapareció de las instituciones y en el teatro oficial;⁴⁷ pero en la intimidad de las familias y entre dominicanos la única lengua utilizada era el español.

La circunstancia era ejemplar. Los dominadores haitianos tenían como lengua de uso el *créole*, una lengua vernácula nacida en las plantaciones de Saint Domingue (1697-1804). Todo ello nos resulta paradójico. Porque la mayoría de los haitianos, incluso una buena parte de sus ministros, eran literalmente analfabetos; no conocían el francés; acaso chapurreaban esta lengua, aun cuando, al parecer, estaban convencidos que la lengua del Estado debía de ser la hablada por los antiguos dominadores.

Los galicismos que se han introducido en la lengua dominicana tienen procedencia de la lengua escrita. Se fundamentan en la adopción del pensamiento jurídico francés. En vista de ello, pululan, prolijamente, entre nosotros expresiones como *chicanear*, *chicanas*, *casar sentencia*, *Corte de casación*, *tribunal de alzada* y otras. Algunas se refieren a procedimientos. Otras a las piezas de jurisprudencia. Hay otro oropel de galicismos que se han introducido por causas

⁴⁷ Los haitianos adoptaron los códigos franceses del Primer Imperio napoleónico y el conocimiento de los principios de justicia se hacía ordinariamente en esta lengua. Durante la Anexión a España (1862) se emprendió la primera traducción del sistema legal. Guy Joseph Bonnet, en la evocación de sus días como comandante en Santo Domingo, censura la actitud de sus compatriotas con relación a Santo Domingo, se refiere al cierre de la Universidad: “La universidad de Santo Domingo ofrecía a la juventud una instrucción conveniente; nosotros la disolvimos. El clero nos había sido opuesto en el curso de nuestra revolución, y, por ello mereció nuestra censura” (...)

Hace observaciones desfavorables sobre la prohibición del uso del español:

“Nuestras faltas nos valieron una resistencia sorda, que no dejaba de inquietar al mismo Boyer. Después de 1830, en una conversación íntima, el Presidente enumeraba al general las dificultades que experimentaba en el Este. Siempre era contrariado en las medidas que deseaba tomar; en los tribunales se rehusaba litigar en francés.

Consultar Guy Joseph Bonnet, “Souvenirs Historiques de Guy Joseph Bonnet, Générale de Division des Armées de la République d’Haiti, ancien Aide de Camp de Rigaud”. *Documents relatifs a toutes les phases de la Revolution de Saint Domingue recueillis et mis par Edmont Bonnet*, Paris, Auguste Durand, 1864 (Capítulo X, pp. 313-324). En Rodríguez Demorizi: *Invasiones Haitianas*, SD, El Caribe, 1955, p. 281, *et passim*.

ajenas a la dominación haitiana. Tal el prestigio de la cultura francesa; gloria del *savoir vivre*. De ahí proceden *boutique, boîte, menu, chef*. Muchas voces han penetrado mediante el trato y el comercio con los haitianos: *brigan, bouqui, mali, carabiné, foulard*.

Permanente ha sido la intromisión de las expresiones del créole ligadas al gagá, al vudú y a toda la religiosidad haitiana. Algunas corresponden a la gastronomía. Sobre todo, la del sur del país: *chambre, calalú, chenchén, chacá*.

Tiene primacía en nuestra prensa y en la prosa de nuestros escritores el que galicado.⁴⁸ En el lenguaje hablado y en los periódicos podemos espigar expresiones como éstas: “De ese modo *fue* que se arruinó” por “De ese modo fue *como* se arruinó”. “Sobre el tejado *fue que* lo puso” en lugar de “Sobre el tejado fue *dónde* lo puso”. O, finalmente casos como éste: “Entonces *fue que* Augusto ordenó que se levantara el censo general del Imperio” en vez de “Entonces fue *cuando* Augusto ordenó que se levantara el censo general del Imperio”.

Pero las consecuencias lingüísticas más importantes no son los galicismos ni los haitianismos que se empotraron en nuestra lengua,⁴⁹ sino la supervivencia por varias generaciones del criollo

⁴⁸ Rufino José Cuervo hace un profundo análisis de las fuentes del que galicado, en *Apuntes al lenguaje bogotano*. El que galicado afecta 1) las relaciones de lugar; *ce n'est pas la que sont les ennemis*, se observa en traducción periodística; *no es ahí que están los enemigos*. En castellano la relación de lugar se expresa así: *No es ahí donde están los enemigos*. 2) las relaciones de tiempo: *Ce fut dans le XV^e siècle que l'Amérique fut découverte*. Mala traducción: Fue en el siglo XV que se descubrió América. En lugar de fue en el siglo XV cuando se descubrió América. O: Fue el siglo XV en el que se descubrió América. 3) relaciones de modo: *Ce avec la justice que l'on doit gouverner les peuples*. Traducción periodística: Es con la justicia que se debe gobernar a los pueblos. Versión castellana: Es con la Justicia con lo que se debe gobernar a los pueblos. Es con la justicia como se debe gobernar a los pueblos. En síntesis: la fórmula del que galicado sustituye en nuestra lengua expresiones que deberían incluir *cuando, como y dónde*. Introduce la sintaxis de otra lengua en la nuestra.

⁴⁹ Carlos Larrazábal Blanco: “Dominicanismos y haitianismos”, *Boletín de la Academia Dominicana de la lengua*, 9, SD, 1945; Emilio Rodríguez Demorizi: *Lengua y folklore de Santo Domingo*, Santiago, UCM, 1979. Sobre este punto el autor subraya la presencia del créole en los ritos del vudú; recoge un artículo sobre el tema publicado en *Listín Diario* del 1 de agosto de 1899: “El lenguaje castellano sustituido por el patuá de Haití” de F. Ortea. Sin embargo, pese a los escasos estudios sobre el tema, Ger-

haitiano en poblaciones asentadas luego de la ocupación haitiana de 1822. En una investigación sobre este punto realizada por Irene Pérez Guerra se echan de ver *in nuce* las consecuencias lingüísticas de la ocupación haitiana de 1822.

*En la misma Península de Samaná y, más concretamente, en Tesón (Sección Acosta) se encuentra un grupo social homogéneo de descendientes de colonos haitianos establecidos allí, al igual que sus vecinos “americanos”, por el Presidente Boyer en 1844. Emplean como lengua endogrupal el créole haitiano en un estadio arcaico del mismo, el cual aún no ha sido descrito ni analizado a pesar de que su estudio podría, sin duda, proporcionar interesantes datos sobre la dimensión diacrónica de esta lengua.*⁵⁰

El otro factor que ha influido en el perfil lingüístico de la Península de Samaná lo constituye la población de negros norteamericanos importados por Jean Pierre Boyer hacia 1824. El primer contingente se dividió en tres porciones. Una, destinada a Santo Domingo; otra, a Puerto Plata y la tercera, a Samaná. Las dos primeras fueron absorbidas en la cultura general; la samanense, por su aislamiento geográfico, por los enlaces endogámicos, por la lealtad a su pasado y a sus creencias, mantuvo el inglés victoriano como lengua endogrupal, además de una variante del criollo inglés.⁵¹ Se-

mán de Granda advierte que los haitianismos del español dominicano merecen un estudio aparte. *Anuario de lingüística hispánica*, Universidad de Valladolid, t. II, 1986, pp. 57-76.

⁵⁰ Irene Pérez Guerra: “Contextos y situaciones de contacto lingüístico en República Dominicana” *Anuario de lingüística hispánica*, Universidad de Valladolid IX, (1993), p. 238.

⁵¹ Conforme a la investigación de Irene Pérez Guerra, el inglés de Samaná ha subsistido “con menor vitalidad lingüística en el área urbana del mismo nombre y con notable persistencia en esta dimensión cultural y en otras, en las áreas rurales. Emplean aún, como lengua endogrupal, una modalidad arcaizante del *Black English Vernacular*, que ha sido objeto de estudio recientemente y manejan, como código de comunicación amplia en sus relaciones con la sociedad mayor, el español en muy diferentes niveles de apropiación”, *loc. cit.*, p. 237.

El español de los samanenses ha sido descrito como un habla criolla por Carlisle González y Celso Benavides; “¿Existen rasgos criollos en el habla de Samaná? Consultar: *El español del Caribe*, Santiago de los Caballeros, UCMM, 1983, pp. 105-132.

Martha Ellen Davis: “That Old time religión” en *Cultura y folklore de Samana*, S. D., 1984, pp. 141 y ss.

gún los estudios de John Lipsky, el español hablado por estas poblaciones tiene todos los rasgos de un criollo, un sistema adquirido de manera incompleta, que desempeña el papel de una segunda lengua.⁵²

Al iniciarse la colonización de Santo Domingo con poblaciones importadas del territorio haitiano y de los Estados Unidos comienza una situación de bilingüismo étnico y oficial. La población de criollohablantes haitianos superaba siete veces la dominicana. Una simple trashumancia demográfica hubiera hecho naufragar todos los manejos independentistas que inició Juan Pablo Duarte en 1838.⁵³ De cierta manera, el modo de producción haitiano, que se basaba en una incorporación obligatoria de los antiguos esclavos a los fundos y huertas del dominio público para mantener con el esfuerzo de su producción a un ejército de unos 50.000 soldados, de señores celestes y poderes ilimitados, una auténtica estratocracia, nos salvaron de naufragar en el mar de criollohablantes, siete veces mayor a toda nuestra población, que hubiera supuesto nuestra mortandad lingüística. Los haitianos asentados en Samana y en Villa Mella han mostrado un alto grado de retención del créole.⁵⁴

⁵² John Lipsky parece corroborar la tesis de Carlisle González y Celso Benavides. "El español hablado por los descendientes de americanos lleva todas las características de un criollo, aunque nunca llegó a conformar una variedad estable" (...) "el dialecto local del español suele manifestar características que delatan su estatus de segunda lengua entre algunos sectores de la población" II Congreso de Valladolid, John Lipsky, *Anuario del Instituto Cervantes*, 2002.

⁵³ Juan Pablo Duarte desempeña un papel de dinamizador de la idea de Independencia. El 16 de julio de 1838 fundó la Sociedad Patriótica La Trinitaria, movimiento conspirativo que reunía a los partidarios de la Independencia y que funcionó como una sociedad cultural. El historiador Vetilio Alfau Durán enumera las tareas del libertador "ejercicio profesional en las zonas rurales, alfabetización de adultos; cátedras de humanidades en un rincón del almacén de su padre; adiestramiento en el manejo de las armas; reuniones, veladas, representaciones dramáticas; sociedades culturales y filantrópicas", Revista *Ahora* No. 245, 22 de julio de 1968, p. 68.

⁵⁴ "El fortísimo índice de retención del créole entre los inmigrantes haitianos" según Irene Pérez Guerra corresponde 1) a la inexistencia de movilidad vertical ascendente; 2) a la actitud adversa de la sociedad mayor; 3) al carácter rural y segregado de los grupos inmigrantes; 4) a la escasez e ineffectividad de los mecanismos escolares nacionales de asimilación cultural y lingüística; 5) a la disparidad de pautas sociológicas y vitales. Ese compendio de

“Enregistrement de Lois, 1822-1843, libro 2,
sección Justicia, AGN

LIBERTÉ ÉGALITÉ
République d’Haïti
No.1502

Port au Prince le 27 août 1839,
An 36ème de l’Independance
Le Grand Juge Proviseur

Aux Membres Composants le Tribunal
Civil de Santo Domingo

Citoyen Magistrat,

J’ai appris indirectement que le greffier du Tribunal Civil de Santo Domingo, donne lecture des pièces en langue espagnole. Comme il est défendu par le Gouvernement de rédiger les actes en d’autres langues qu’en idiome national, lecture de sus dits actes ne doivent être donnée qu’en langue usitée.

Je vous adresse en conséquence, la présente à fin que vous fassiez cesser cet abus.

Je vous salue avec considération

Signé Voltaire
Collationnée
Wenceslao de la Concha
Libertad
Igualdad
República de Haïti
No.1502

causas podrían explicar la retención en la actualidad del créole, pero no explican por qué se ha mantenido en Samana, después de más de cien años de implantado.

Puerto Príncipe, 27 de agosto 1839
Año Trigésimo sexto de la Independencia
El Gran Juez Director

A los Miembros que componen el Tribunal
Civil de Santo Domingo

Ciudadano Magistrado:

Se me ha informado indirectamente que el Secretario del Tribunal Civil de Santo Domingo da lectura a expedientes en lengua española. Como está prohibido por el Gobierno redactar instancias en otra lengua que no sea el idioma nacional, la lectura de las susodichas instancias sólo debe hacerse en la lengua empleada aquí.

En consecuencia, le dirijo la presente para que Vd. ponga fin a este abuso.

Con consideración
Firmado Voltaire
Cotejado
Wenceslao de la Concha

Cuando se examina el peso demográfico que tenía en 1844 en toda la isla la población haitiana, se vuelve inteligible el esfuerzo que han emprendido los hispanohablantes para subsistir como cultura. Sobrevivieron a la implantación de un sistema jurídico que no compaginaba con la tradición dominicana y que hacía poco menos que imposible la convivencia entre todos los grupos que, desde comienzo inicial de nuestra vida, habían permanecido entroncados; subsistieron a la imposición de una lengua extranjera que no dominaban; preservaron su modo de vida aun cuando les impusieron unos usos administrativos, un control económico y militar que mantenía encorsetada a toda la población dominicana. El haberse redimido ante factores tan adversos, nos hace proclamar que la lengua española en Santo Domingo ha pasado por la mayor prue-

ba que nación alguna haya conocido en la América hispana. Los dominicanos hemos atravesado por las horcas caudinas de unas circunstancias destructivas sin desaparecer y sin que se perdiera la unidad nacional. Si los criollohablantes no lograron imponerse en 1824 se debió esencialmente a que no confiaban en su propia cultura.⁵⁵ Los dominicanos, por contraste, manifestaron durante la ocupación haitiana un fuerte apego a su lengua y a la preservación de su modo de vida.⁵⁶ Los haitianos permanecían mentalmente encastillados en el odio racial que había empalmado a poblaciones de orígenes dispersos, que, al momento de su independencia, no eran, en puridad, una comunidad lingüística.⁵⁷ Y, por tales razones, no tenían la capacidad suficiente para colonizar el territorio que sus élites se habían propuesto conquistar.

Señores académicos:

Menester es que reconozca a dos académicos que me han precedido en esta docta casa. Sus hallazgos han iluminado mis palabras. Me refiero a don Emilio Rodríguez Demorizi (1904-1986), la más extraordinaria cantera de datos e informaciones sobre nuestro

⁵⁵ La Constitución haitiana de 1805 no define qué es un haitiano ni qué es un ciudadano (Artículo 3). La Constitución haitiana de 1843 define qué es un haitiano (Título II, art. 6 y 7). En esa Constitución no exige que se sepa leer y escribir para ser Presidente, y ese olvido se mantuvo hasta la Constitución de 1964. Aun cuando Boyer impuso el francés como lengua nacional de Haití y de Santo Domingo, hubo en Haití varios presidentes y ministros analfabetos. Soulouque, Richer y Guerrier eran completamente iletrados.

⁵⁶ *La representación del 8 de junio de 1843 a la Junta Popular*, un documento preparado por los patriotas y que precedió al Acta de Separación, muestra la preocupación lingüística de aquellos que habían participado en el movimiento de la Reforma, inspirado por Juan Pablo Duarte. Dice el documento de marras:

“Que no siendo como no somos pueblo conquistado por el Gobierno de Haití, sino una porción voluntariamente agregada a la República, nuestros actos deben ser escritos en nuestro propio idioma vulgar y nuestros diputados a la Asamblea Constituyente recibir el cargo de reclamar observación de nuestra Religión Católica, Apostólica y Romana, y que se conserven el idioma, usos y costumbres nativos y locales, a la vez que esto, ni se opone ni contradice ni debilita la unión siempre e indivisible”, 8 de junio de 1843. Revista *¡Abora!* 245, SD, 1968, págs. 68-74.

⁵⁷ Después de la matanza de blancos emprendida por Dessalines la configuración de la población era de la forma siguiente: 250.000 nacidos en África; 230.000 negros criollos; 20.000 mulatos y unos 1.000 blancos. Datos de Pamphile Lacroix, *Memoire pour servir à l'histoire de Saint Domingue (1819)*.

país que se conoce, y a don Joaquín Balaguer (1907-2002), pulquérrimo prosista, cuya participación copiosa en la política ha dejado en penumbras su obra de filólogo. En el discurso de ingreso de don Emilio Rodríguez Demorizi *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo*, leído en 1943, llega a la conclusión de que *la lengua es la patria*. Que representaba la permanencia de la nación. Que era la señal distintiva con que se reconocían los dominicanos. Don Emilio demostró que sin la cohesión que ha significado la lengua española la nación dominicana no hubiera podido constituir un Estado ni sobrevivir a la ocupación haitiana.⁵⁸ Es probable que las generaciones postreras, si aún permanecen imbuidas del ideal dominicano, descubran cuánto le debemos al esfuerzo de gigante solitario, emprendido por don Emilio Rodríguez Demorizi. Estoy completamente convencido que sin él ni la historia ni la defensa de nuestra propia antigüedad como nación ni el esclarecimiento de los fundamentos de nuestra cultura fueran posibles. Don Emilio nos enseñó a todos que la enseñanza de la lengua y la historia son los mecanismos de formación de la conciencia nacional. El fundamento mismo de nuestra convivencia como comunidad de intereses, de recuerdos, de lengua y destinos comunes. He admirado esa paciencia de arqueólogo, ese amor sin medidas ni contornos precisos de este hombre, cuya única gloria era conocer a fondo las cosas dominicanas. En cuanto a mí, considero que la deuda que he contraído con don Emilio es absolutamente impagable. Tardará mucho en nacer, si es que nace, un hombre que se dedique con tanta pasión y con tan intenso amor a las cosas dominicanas. Ojalá que los dominicanos se acuerden de este hombre antes que las

⁵⁸ A comienzos de la guerra dominico haitiana, los haitianos intentaron hacerle la guerra psicológica a los dominicanos con el infundio de que la Independencia dominicana era parte del deseo de los blancos dominicanos de restablecer la esclavitud. Esas intrigas tenían como finalidad dividir a los dominicanos y tratar de utilizar la negritud para imponer su dominación. Juan Pablo Duarte que conocía, perfectamente, los manejos haitianos, estableció entre los trinitarios la doctrina de la igualdad de las razas. Examínese la obra *Juan Pablo Duarte* de Vetilio Alfau Durán. Los negros dominicanos lucharon denodadamente por nuestra Independencia. De ello atestiguan las proezas de los Puellos, las hazañas del batallón de Santiago Basora y otros acontecimientos.

polillas, el moho y las inclemencias de los climas tropicales devoren completamente la más formidable acumulación de documentos y libros sobre el pasado dominicano, la biblioteca de don Emilio Rodríguez Demorizi.

Por su parte, Joaquín Balaguer, en su discurso de ingreso de 1956, intitulado “El culto del idioma en Santo Domingo”, nos refiere que durante el bilingüismo oficial implantado por las autoridades haitianas se adoptaron una buena porción de los galicismos que impregnan el habla dominicana, los códigos y los procedimientos franceses, cuyo influjo permanece aún vigente. En sus conclusiones nos traza una visión desoladora.

“La lengua española forma parte no sólo del espíritu sino también de la vida misma del pueblo dominicano. El día que ella desaparezca del suelo nacional, como el día en que ella se corrompa por la invasión o por la intromisión de elementos espurios de procedencia extranjera, habrá sonado el fin de la nacionalidad o habrá llegado la hora de su decadencia irremediable. La República, privada de su idioma que es lo que sustancialmente separa a las dos nacionalidades y a las dos culturas que se reparten no sólo el dominio físico sino también el dominio espiritual en la isla, quedaría tan desvalorizada como los cofres que el Cid llenó de arena para ofrecerlos en lugar de los cofres llenos de oro a los prestamistas judíos”.

Ambos, sin embargo, se refirieron a nuestra lengua como si los peligros que en el pasado amenazaron con echar por tierra los fundamentos del Estado nación obtenido en 1844 a expensas de grandes sacrificios y de horrores dantescos se hubiesen extinguido para siempre. Pero los dramas desgarrantes del pasado perviven en el presente; han retornado como esos viejos fantasmas para representar un drama que aún no ha concluido.

LENGUAS EN CONTACTO

1. *El desplazamiento de la población haitiana hacia República Dominicana*

El desplazamiento de poblaciones haitianas hacia la República Dominicana es el resultado de una situación que se ha transformado en un determinismo geográfico: el suelo haitiano no resulta suficiente para mantener a su población. La cubierta forestal apenas alcanza 1,5%, vale decir, unos 230 km².⁵⁹ El 72% de los haitianos vive en la zona rural; mantiene una agricultura de subsistencia. Una buena porción de éstos se dedica a la devastación del bosque para la producción de carbón, para construcción de viviendas y para la fabricación de artesanías. Todas estas operaciones catastróficas consumen 6 millones de metros cúbicos de madera, arrancadas de las entrañas del bosque que aún permanece en pie. La tasa de deforestación es de 4,8 % anual; representa 15 km² por año. Estas prácticas erosionan los suelos; aniquilan el caudal de los ríos. El desierto avanza. El territorio haitiano se reduce como una piel de zapa. Ante la desaparición del suelo fértil, la población coloniza sus propias montañas y los humedales en los que aún resulta posible una agricultura de hogueras y desmonte. Se instala temporalmente en huertos improvisados, y luego vuelve a la trashumancia. Y cuando parece agotarse la colonización interior, entonces colonizan y reproducen sus modos de vida en el territorio del país vecino. En esas profundas realidades se asienta el drama en que viven y vivirán, sin tener conciencia de su magnitud, los dominicanos.

La desproporción entre el peso demográfico y la escasez de recursos del medio geográfico en que se desenvuelven los haitianos tornan a Haití en un país inviable. Sin una organización social estable; con un sistema sanitario completamente estragado. Sin recursos humanos ni materiales ni físicos para emprender la reconstrucción del país, con un 75% de desempleo; con un 65% de analfabetismo; copiosamente poblado y con un crecimiento a un ritmo de 4,8 niños por mujer en edad de procrear. Ante semejantes obstáculos resulta quimérico suponer que se puedan torcer esas rémoras en sentido favorable.

⁵⁹ Consultar *Haití SOS ambiental y social*, SD, Nuevo Diario, 1999. Los datos expuestos fueron extraídos de los informes de PNUD.

Sobre esa dramática tramoya económica se mantienen relaciones sociales de las cuales los dominicanos no somos responsables ni nos pueden ser transferidas: 1% de la población concentra más del 46% de todo lo que ingresa; un 14% concentra un 34% de los recursos nacionales y el 80% de los haitianos debe vivir y abastecerse con el 20% de los recursos de su país.

El peso demográfico de esta presencia crece en nuestro territorio y aumenta, además, en oleadas sucesivas. Ronda, si nos atenemos a una hipótesis media, más de 1.000.000 de personas.⁶⁰ Una proporción considerable de estas poblaciones ha obtenido su documentación legal, con nombres propios o con documentos falsos,⁶¹ pero casi siempre por malas artes. Cohesionados por el créole, por sus orígenes culturales y por sus prácticas religiosas, los haitianos se han planteado ambiciones jurídicas, quieren constituirse en una minoría nacional con derechos especiales. La expansión y la colonización del suelo dominicano trasuntan ambiciones territoriales. Los inmigrantes se han constituido en plataforma de nuevas oleadas de indocumentados; se organizan para crearle al Estado dominicano obligaciones extraterritoriales.

El desplazamiento de toda esa masa humana ha desnacionalizado el trabajo en muchas áreas de la agricultura, en los enclaves turísticos,

⁶⁰ Varias tesis se han establecido sobre la cantidad de haitianos que hay en el país. Distinguíamos tres: la maximalista que sitúa la población haitiana a más del millón; la media, que maneja cifras ligeramente superiores al millón, entre el 10 y 12 % de la población del país; y la hipótesis minimalista de Laenec Hurbon *Comprendre Haïti* y la que manejan las ONG prohaitianas instaladas en el país calculan una cifra de 700 a 500 mil personas son los montos que maneja el MUDHA, FLACSO y otros grupos que parten del principio de que los hijos de haitianos deben ser contados como dominicanos.

⁶¹ Un rosario de triquiñuelas y malas artes intervienen en la falsificación de documentos: declaraciones tardías, declaraciones de padres falsos en el caso de los niños, documentos no amparados por las oficialías civiles. En una conferencia dada por Solange Pierre, la Coordinadora del MUDHA, ONG prohaitiana, la misma señaló el deseo de todas las personas que han ingresado al registro civil con nombres y sin ser acreedoras de la nacionalidad dominicana: “Yo quiero participar, como participan los japoneses acá, que para un dominicano de ascendencia haitiana pertenecer a las Fuerzas Armadas no tenga que cambiar sus apellidos y nombres”. Abogó la señora Pierre porque se reconociera a los haitianos como una minoría nacional. (*Hoy*, 8 de diciembre 2002.)

en las zonas francas, en la construcción de viviendas, en la buhonería y en el servicio doméstico. Se han destruido, acaso definitivamente, el acoplamiento del hombre dominicano con su medio geográfico. El dominicano ha sido copiosamente despojado de sus mecanismos de supervivencia. Desolación. Inseguridad. Frustración. Una cultura campesina que es el resultado de la sedimentación de las prácticas, de las relaciones de viejo mantenidas con el territorio, hábitos y técnicas depuradas por la experiencia acumulada como un tesoro en el tiempo; todo ese patrimonio se ha vuelto agua de borrajas. Se han desnacionalizado buenas porciones de la cultura; crece el bilingüismo; se expande la religiosidad haitiana; sus artesanos son los amos de los mercadillos y de todo lo que se vende y se exhibe en los enclaves turísticos; han conquistado el mercado de artesanías.

Toda esa implantación de seres humanos cuenta con una red de organizaciones,⁶² ONG, cuya meta es arrancarle al Estado el control de todo ese tráfico de personas y colocar las potestades que nos reconocen todos los Estados del mundo en manos de organismos internacionales, para derribar la soberanía, el orden jurídico que organiza nuestra convivencia y el control del territorio dominicano.

Desde el punto de vista sociológico la implantación de estos grupos de criollohablantes en el territorio dominicano plantea tres tipos de conflictos:

1. Un conflicto histórico de identidad. Una porción cada vez mayor de dominicanos se sentirá amenazada en su derecho a vivir y en el derecho a mantener la subsistencia cultural de la nación que les fuera legada del pasado;

⁶² En un empadronamiento realizado por el Centro Juan Montalvo S J se establece que en el país operan 145 ONG que trabajan con los haitianos indocumentados que penetran al país. Muchas de estas organizaciones han estado copiosamente financiadas por agencias extranjeras e incluso por el Estado dominicano y se han dedicado a acusar al Estado dominicano ante los organismos internacionales para que las atribuciones de control migratorio este sujetas a la opinión y al arbitraje de estos organismos ante los cuales se han realizado las más insólitas peticiones. Todas estas ONG trabajan para mantener y aumentar la población de indocumentados haitianos en el país.

2. Un conflicto económico, la *extranjerización* del empleo; la destrucción de los medios de supervivencia de las masas dominicanas nos pone delante de una fractura social que dejará a las capas más pobres dominicanas sin posibilidades de subsistir, y volverá más opulentos a los ricos. Pues no emprenderán tareas de modernización ni mejorarán las condiciones de vida de los asalariados mientras pulule prolijamente en la agricultura, las zonas francas, el turismo, las faenas de la construcción, el servicio doméstico e incluso en los trabajos por cuenta propia, en una buena porción de toda la buhonería, un ejército infinito de trabajadores sin derechos, procedentes del país más depauperado de América. Si los dominicanos son, copiosamente, suplantados en todas estas actividades, el principio de fraternidad, el plebiscito cotidiano en el que se ha de fundamentar la convivencia, caería hecho pedazos.
3. Por último, estas circunstancias suponen un conflicto geográfico. En vista del peso demográfico de esta inmigración, de la cohesión étnica, lingüística y religiosa con que se han mantenido y de los enlaces consanguíneos que la empalman con su patria ancestral, sus esfuerzos se traducirán en ambiciones territoriales, es decir, tratar de convertirse en derechohabientes del territorio ocupado.

Las proporciones de esta enmarañada situación no han sido analizadas en toda su trascendencia para el porvenir de la República Dominicana. Esta ceguera se debe a la creencia o al dogma de que el problema haitiano se ha de definir como un conflicto psicológico,⁶³ producto de mentes fantasiosas. Por otro lado, se echa de ver que buena parte de las inteligencias que han penetrado en ese olimpo se han entretenido en abstracciones, sin penetrar en el meollo de los intereses encontra-

⁶³ Una porción muy importante de las referencias trata de hacer naufragar todo el examen del problema partiendo del principio de que es un problema inexistente, inventado por los prejuicios y por las subjetividades de los intelectuales. Toda la reflexión se centra en una acusación básica; racista, trujillista, fascista. Para obtener un certificado de buena conducta moral y ética, hay que mostrarse de acuerdo con la desnacionalización del país.

dos ni en el peso que podría tener para la continuidad histórica del país una colonización haitiana con carácter permanente.

Para ilustrarlo, en toda su crudeza, menester es que comparemos la demografía de esta colonización con de la de algunas naciones de la América hispana. La densidad de Bolivia es de 5 h/km²; la de Paraguay, de 11 h/km²; la de Argentina, de 12h/km²; la de Chile, de 17,8 h/km²; la de Uruguay, otro tanto; la de Venezuela 21 h/km². La densidad de la población haitiana establecida en el país es un poco más de los 22h/km²; supera todas esas proporciones.

Deberíamos, entonces, considerar que esa trashumancia de poblaciones haitianas fuera de su territorio nos pone delante de la yuxtaposición de dos naciones sobre el territorio histórico de la República Dominicana. Una, que mantiene su lealtad al pasado; y la otra, que trata de obtener una posesión territorial, mediante la fundación de un Estado binacional.

Una subnación que se desarrolla dentro de la nuestra. Que cuenta con enclaves territoriales que tienen características propias que los diferencian de la nación dominicana. Los haitianos han abandonado las fronteras exteriores del país, para enclavarse en el país, y constituir las fronteras interiores. La primera expansión haitiana de 1844 a 1937 contribuyó a superar sus fronteras históricas de 21.085 km² hasta alcanzar los 27.750 km². Una vez agotadas las posibilidades de la colonización exterior, los haitianos han comenzado una colonización transfronteriza y han principiado la colonización del territorio histórico de la nación dominicana.

El destino de la población haitiana es semejante al que hemos visto desarrollarse en Caidije, un batey de Camagüey, en la isla de Cuba. Los habitantes de Caidije son una porción de la marejada de haitianos que llegaron a Cuba entre 1912 y 1935, fecha en que se decretó la nacionalización del trabajo en Cuba. En un estudio emprendido por los antropólogos cubanos Jesús Guanche y Dennis Moreno, *Caidije* (1988), se nos muestra como en un retablo el comportamiento seguido por las comunidades haitianas. Como en República Dominicana, en Caidije, los haitianos se cambiaron los nombres franceses por nombres en español; adoptaron los nombres de los prohombres cu-

banos, Martí, Maceo, Céspedes; se reprodujeron todos los parámetros de la cultura haitiana: la agricultura de autoconsumo y el predominio del créole como lengua intracomunal. Podemos decir que Caidije es el espejo de lo que, en el porvenir, llegaremos a ser.

2. *Expansión del créole en República Dominicana*

Andando el tiempo, el territorio dominicano en donde se hablaba créole se ha ido expandiendo. Basado en viejas estadísticas y encuestas demográficas de hace más de cuarenta años, los investigadores Francisco Moreno Fernández y Jaime Otero establecieron que el 98 % de los habitantes de República Dominicana son hispanohablantes y “el grueso del 2% restante estaría constituido por hablantes del créole haitiano”.⁶⁴ La presencia del créole en más de 400 bateyes⁶⁵ y el peso demográfico que tiene actualmente la población haitiana en el país nos hacen barruntar que los Atlas lingüísticos y la demografía lingüística con que se define el bilingüismo en República Dominicana incluyen lagunas que no se pueden desdeñar.

En rigor, habría que calcular conforme al peso demográfico de la población haitiana que la proporción de criollohablantes podría situarse entre un 10 ó 12% de los habitantes del país. Una porción de estos influjos se asocia al comercio fronterizo y a la superioridad demográfica de los haitianos en la frontera domínico haitiana; a su influencia religiosa y a la colonización del territorio o enclaves en los que se concentra dicha población.

Dos investigaciones lingüísticas recientes arrojan lumbre sobre las características que han tomado estos fenómenos. La primera, de John Lipski, *A new perspective Afro-Dominican Spanish: The Haitian*

⁶⁴ *Anuario del Instituto Cervantes*: “Demografía de la lengua española”, Francisco Moreno Fernández y Jaime Otero, Madrid, 2000.

⁶⁵ USAID: Embajada de Estados Unidos: “Bateyes de Estado, SD, informe dirigido por Argelia Tejada Yangüela.” Nelson Ramírez (1992) estimó el número total de bateyes agrícolas públicos y privados entre 350 y 400, correspondiendo las dos terceras partes a ingenios del CEA, p. 3, resumen ejecutivo.

contribution,⁶⁶ se propone hallar en el español dominicano influencias haitianas, ya como interferencia, como transferencias o como intercambios de códigos.⁶⁷ El autor empalma su indagación con una comparación pareja emprendida en el español de Cuba.

Tabla I. Los hablantes bilingües constituyen en lenguas en contacto

| Bilingüismo en República Dominicana. Situación diglósica | | |
|--|---------------|---------------|
| | Creole | Español |
| | Variante baja | Variante alta |
| Comercio fronterizo | x | |
| Conversación con la familia, amigos o colegas | x | |
| Diálogos en los bateyes | x | |
| Ceremonias religiosas | x | |
| Conversación con los patronos, administradores y autoridad | | x |
| Noticias de la radio | | x |
| Centros educativos | | x |
| Comunicación con las comunidades locales | | x |
| Lugares de trabajo | | x |
| Actividades económicas | x | |
| Fiestas o actividades recreativas | x | |

⁶⁶ John Lipski: *A new perspective Afro-Dominican Spanish: The Haitian contribution*, University of New Mexico, 1994.

⁶⁷ Lipski asume una perspectiva diacrónica al analizar los fenómenos de diglosia en los criollohablantes que viven en República Dominicana. En esos hablantes se produce un mesolecto, una fase intermedia, en la primera lengua el basilecto (créole) y el acrolecto (dialeto dominicano) que ha de obrar como modelo de hablante. Entre los fenómenos que cita el autor, se encuentran la doble negación y la doble afirmación que Mengenny había identificado como rasgos de las hablas africanas en el español.

Tabla II. Conocimiento del créole en los bateyes, realizado a partir de las madres haitianas y dominicanas

| Padrón | Territorio | Poblaciones | Hablan | Entienden | No hablan | No entien. |
|-------------|------------|-------------|--------|-----------|-----------|------------|
| | Sto. Dgo. | haitianos | 94% | 94% | 6% | |
| 250 bateyes | Romana | “ | “ | 2% | “ | |
| 300,000 h. | San Pedro | “ | “ | “ | “ | |
| Circa | Pto. Plata | Dom. | 36% | 36% | | 74% |
| | Mte. Plata | | “ | 6% | | |

En los años de gloria de la industria azucarera, poco después de la Primera Guerra Mundial, enormes oleadas de inmigrantes haitianos ocuparon los campos de caña de Cuba, alcanzando una proporción de 250.000 personas. Ese contingente humano superaba demográficamente algunas provincias de Cuba. Durante el Gobierno de Grau San Martín, después de refrendada la Ley de Nacionalización del Trabajo, se produjo una masiva repatriación de haitianos, unos 70 mil en muy poco tiempo. Entre las poblaciones que permanecieron en Cuba se conserva el créole como lengua endogrupal y familiar. Las investigaciones cubanas atestiguan de la retención del créole en el territorio de la isla.⁶⁸ Se ha llegado a conjeturar sobre el probable empalme entre las hablas de Samaná, cuyo créole se implantó durante la ocupación haitiana de 1822, con el créole que se ha preservado en Camagüey y en Oriente, tal es la perspectiva adoptada por Lipski.⁶⁹ De algún modo, el estudio

⁶⁸ Las investigaciones cubanas son copiosas. Fernando Boytel Jambú hizo una descripción del criollo haitiano que se habla en Cuba. Hubo en la isla dos grandes inmigraciones, una en el siglo XIX y otra en el XX. Ambas conservan un extraordinario grado de permanencia de esta lengua en Guantánamo, en Santiago de Cuba. Mantienen, además, su sustrato cultural. Se organizaron en sociedades en las que se preservó la lengua, el vodú y algunos elementos de la sociedad mayor.

⁶⁹ Lipski precisa que la irradiación del créole comenzó en Cuba y en la Española en el siglo XIX y ambos lugares constituyeron comunidades criollohablantes. En *Inmigración*

de Lipski tiene su origen en los hallazgos que se han realizado en Cuba. “En el siglo XX –nos dice el lingüista norteamericano– la importación de braceros haitianos representaba la inmigración antillana más importante, y quedan todavía poblaciones cubanas de habla haitiana que se derivan de estos desplazamientos demográficos”.⁷⁰

La segunda investigación realizada sobre este aspecto que aún permanece eclipsado al conocimiento de los dominicanos ha sido la emprendida por el investigador puertorriqueño Luis Ortiz López: “Contacto lingüístico en la frontera dominico haitiana; hallazgos preliminares de un proyecto en marcha”.⁷¹ El autor llega a la conclusión de que en la frontera dominico haitiana existen dos pueblos que mantienen sus lenguas nacionales y maternas.

En el empleo del español por parte de los haitianos como segunda lengua se produce el hallazgo de una variedad de un español haitianizado entre las poblaciones de la frontera dominico haitiana. El estudio y las encuestas de trabajo fueron elaborados a partir de tres grandes componentes lingüísticos del sistema verbal: el empleo del gerundio, el infinitivo y la tercera persona invariable. El examen revela la presencia de un sistema que ha sido apropiado de forma incompleta.⁷² Por su parte, Irene Pérez Guerra, basándose en una

y lengua nacional (La Habana, Academia, 1994), Sergio Valdés Bernal hace precisiones sobre la preservación del créole en Cuba: “(...) la inmensa mayoría de estos inmigrantes en 1933 estaba asentada en las provincias de Camaguey (43,92%) y Oriente (54,53%), situación que se mantuvo inalterable hasta nuestros días, aunque es menester aclarar que muchos fueron repatriados a mediados de la década del treinta”, p. 192.

⁷⁰ John Lipski: “Lenguas en contacto”, Congreso de Valladolid, *Anuario Cervantes*, 2000.

⁷¹ Luis Ortiz López en *Anuario I*, SD, Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, 2002, pp. 327-356.

⁷² Irene Pérez Guerra en “Contacto lingüístico dominico haitiano en la República Dominicana. Datos para su estudio”. *Anuario I*, SD, Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Español, 2001 págs. 309-325, corrige las conclusiones de Ortiz López. Algunas observaciones son de método. 1) el autor no especifica qué variedad diafásica, diastrática y diatópica del español dominicano entra en contacto con el créole; 2) el autor ha debido hacer una comparación de los diversos contextos socio geográficos del créole: poblaciones fronterizas, inmigrantes en la zona rural dominicana, buhoneros y domésticas en la zona urbana, haitianos en los enclaves (bateyes); 3) no se establece cuáles son las comunidades bilingües y el grado de bilingüismo y la competencia de los hablantes. En otras observaciones la autora se

encuesta que pone de relieve, entre otros factores, las características culturales de esta población⁷³ y en los datos que se extraen de los informes recogidos por don Emilio Rodríguez Demorizi,⁷⁴ nos demuestra que esta situación de bilingüismo desmenuzada por Ortiz López se expande en todo el territorio nacional.

En ese mismo orden, el sociólogo Carlos Dore Cabral, que dirigió la encuesta que ha obrado como fundamento del ensayo de Pérez Guerra, llega a las conclusiones siguientes:

“La mayoría de los haitianos hablan créole y la minoría créole y francés. La mayoría de los dominicanos de ascendencia haitiana habla español y créole y la minoría sólo español”.⁷⁵

En una gran encuesta organizada en todos los enclaves azucareros y agrícolas por la Agencia de Cooperación de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), publicada recientemente

interroga sobre los resultados: 1) préstamos, calcos e interferencias morfológicas, sintácticas y semánticas que produce la lengua A sobre la lengua B y de la lengua B sobre la A; 2) intercambios de códigos entre una lengua y otra, cómo ha influido en la conformación sociolingüística e histórica del español dominicano, 3) y, finalmente, una vez analizadas estas experiencias podría examinarse la existencia de un español haitianizado o de un créole hispanizado.

⁷³ Carlos Dore Cabral: “Encuesta nacional sobre las características socioeconómicas y político culturales de los dominicanos de ascendencia haitiana, S.D., 1988. Examínese esta tabla.

⁷⁴ Emilio Rodríguez Demorizi: “Lengua y folklore de Santo Domingo”, Santiago, UCMM, 1975. En los informes de los intendentes de enseñanza emprendidos hacia 1922 en cada una de las provincias del país, se pone de relieve que las zonas de Dajabón, Restauración y otras comunes de la frontera se expande una población de criollohablantes. He aquí una muestra: “Un cuarenta por ciento más o menos de los habitantes son haitianos quienes hablan exclusivamente el dialecto conocido con el nombre de patúa. Ello se explica: las relaciones comerciales que se sostienen con los haitianos, la afluencia constante de ellos a las regiones fronterizas dominicanas con el objeto de establecerse definitivamente etc. son causas que determinan la propagación y arraigo del mencionado dialecto en el ánimo de los dominicanos”.

⁷⁵ Carlos Dore Cabral: “Lenguaje, haitianos y dominicanos de ascendencia haitiana”, en Isla Abierta (suplemento cultural del periódico HOY), sábado, 7 de octubre 1995, pp. 14-15.

con el título *Bateyes de Estado*,⁷⁶ se manifiestan dos aspectos de alto bordo. En primer lugar, la no coincidencia entre la nacionalidad y la ciudadanía, que ha hecho posible que una gran porción de personas vinculadas a todos los efectos a la nación haitiana se hayan convertido en ciudadanos dominicanos.⁷⁷ Las confusiones son copiosas. El limbo jurídico ha hecho florecer designaciones falaces. Se ha llamado urbi et orbi “dominicanos de ascendencia haitiana” a los haitianos que han obtenido, generalmente por malas artes, la ciudadanía dominicana.⁷⁸

En segundo lugar, en el marco muestral de 250 bateyes o enclaves poblados copiosamente por haitianos se establece que el “94% de las madres haitianas o dominico haitianas hablan y entienden el créole, el 2% lo entiende solamente y 4% no lo entiende. Entre las madres dominicanas, el 36% lo habla y lo entiende, el 6% lo entiende solamente y el 58% no lo entiende”.⁷⁹

En varios pasajes del informe *Bateyes del Estado* se exponen los conflictos lingüísticos de las escuelas a las que asisten criollohablantes e hispanohablantes. Porque una porción posee el español como lengua materna y la otra, no. Las dificultades planteadas por esta dualidad lingüística afectan a todo conjunto.

En 1922, hace ahora ochenta años, en el informe elaborado por el intendente de educación Ramón Antonio Genao se echa

⁷⁶ Consultar *Bateyes de Estado*, informe elaborado por un equipo dirigido por Argelia Tejada Yanguela, publicado por la Embajada de Estados Unidos, USAID, febrero de 2001.

⁷⁷ La nacionalidad se define en el propio informe como el sentimiento de apego, de pertenencia a la comunidad grande, la comunidad imaginada que se remonta a nuestros orígenes, nuestra lengua y todas las tradiciones y costumbres que nos diferencian del otro. La ciudadanía son los derechos que se generan por vincularse a un Estado. En el informe se echa de ver una de las confusiones patentes en la designación utilizada por Carlos Dore y por los propios sociólogos metidos en el intríngulis de llamarle “dominicanos de ascendencia haitiana”, de “domínico haitianos”, y otras que carecen de pertinencia jurídica, a los haitianos muñidos de documentación dominicana.

⁷⁸ El 63% de la población de los bateyes analizados reporta tener acta de nacimiento dominicana, 4% acta de nacimiento haitiana, 0,6% de otro país y 32% no tiene ningún acta de nacimiento”. *Resumen Ejecutivo de Bateyes de Estado*, p. 6.

⁷⁹ *Loc. cit.*, p. 8.

de ver la existencia de una amplia zona de bilingüismo en la provincia de Dajabón y los parajes adyacentes así como en Restauración: “Un cuarenta por ciento más o menos de los habitantes son haitianos, quienes hablan exclusivamente el dialecto conocido con el nombre de patuá, en cuya formación entran muchas palabras del idioma francés y otras que no se escriben pero que se van caracterizando por el uso”.

Refiriéndose a las relaciones de proximidad entre las dos comunidades, se dice:

“Es muy rara la persona de nacionalidad dominicana que no sabe hablar el ‘patuá’. Ello se explica: las relaciones comerciales que se sostienen con los haitianos, la afluencia constante de ellos a las regiones fronterizas dominicanas con el objeto de establecerse definitivamente etc. son causa? que determinan la propagación y arraigo del mencionado dialecto en el ánimo de los dominicanos”.

*“Sucede también que las familias acomodadas utilizan los servicios de las haitianas como cocineras y de los haitianos como peones. De ahí la oportunidad que favorece la influencia del ‘patuá’ siendo accesible a los escolares y hasta a los niños de 4 años de edad en adelante”.*⁸⁰

Ese pasado de derrota de la cultura y de la nación dominicana, *mutatis mutandis*, se reproduce en los días que corren en todas las provincias del país con una asombrosa exactitud. Es como si entre Haití y la República Dominicana hubiese una buena cantidad de fronteras que comienzan a desvanecerse.

⁸⁰ Emilio Rodríguez Demorizi: *Lengua y folklore en Santo Domingo, Santiago*, UCMM, 1975, p. 219. El autor nos presenta el desplazamiento demográfico como la causa eficiente de esta desnacionalización. “El observador nota en primer lugar cómo nuestros vecinos vienen ocupando nuestras tierras sobre la frontera usurpándose en muchos casos el derecho del usufructo. En otros, los condueños de un sitio comunero les demarcan “cuadros” bajo ciertas condiciones convenidas de antemano. Es claro que esa actitud de los condueños perjudica grandemente los intereses de la Nación, por cuanto se favorece de ese modo el estacionamiento de la agricultura en proporción a la intervención de los haitianos no como agricultores que conocen los principios científicos aplicables a este arte, sino como rutinarios que se concretan a cultivar a su manera diez tareas a lo más. Como son muchos, muchas son también las tierras nuestras pacíficamente ocupadas. Hay motivos para temer esta introducción lenta en nuestro territorio: así tomaron posesión de San Miguel, San Rafael e Hinchá” (Dajabón, 29 de abril de 1922).

- Hay, desde luego, una frontera histórica que corresponde a la porción de territorio y a los deslindes constitucionales que nos reconocen todos los Estados organizados del planeta.
- Hay una frontera económica que nos presenta una organización del territorio, un peso demográfico y una organización de las poblaciones muy distinta en uno y otro país.
- Hay una frontera cultural, que nos trasunta diferencias lingüísticas, de modos de vida, de mentalidad, de relación con el mundo distinto en uno y otro confín. Y si tomamos como válidas las consideraciones de Samuel Huntington sobre el papel protagónico que han de desempeñar las culturas, diríamos, sin más, que hay otra frontera. O, más bien: una fractura entre dos mundos.

En uno, la degradación progresiva y constante del territorio, la destrucción del tejido social, la disolución de todas las instituciones, la desaparición de sus élites y el hecho innegable de que más del 90% de su población se halle encriptada en un universo de saberes mezquinos, sometida después de su Independencia, en 1804, a un proceso de involución constante hasta hundirse en la inviabilidad y convertirse en la nación más empobrecida de este hemisferio... todo ese concierto de causas han roto las fronteras demográficas. Por contraste, el territorio dominicano se halla conectado con todas las corrientes del mundo por una lengua híper central, la cuarta lengua más hablada del mundo, que baña todo el territorio americano, que nos entronca con las realizaciones de las sociedades más dinámicas del hemisferio. En uno, se llega a una versión prenatal de la sociedad africana; y en otro, a una sociedad occidental, o cuando menos a su furgón de cola.

Se ha producido un desplazamiento de las poblaciones a la parte oriental de la isla sin término y sin que las causas que lo han provocado desaparezcan. Todo este movimiento de poblaciones busca afanosamente su expresión política. La batalla dentro de los linderos dominicanos de estos pueblos de herencias lingüísticas bien diferenciadas, de estructuras psicosociales distintas y de

historias incompatibles son el caldo de cultivo para que florezca, queramos o no, un sentimiento de conflicto. Si entre los haitianos se mantiene la tendencia a la retención de la lengua emocional que los unifica, y con una tradición diglósica que pudiere transformar el país, en los dominicanos se preserva la lealtad a la lengua que ha obrado en la conformación del ser nacional. Cada dominicano sentirá, pues, la lengua como una frontera. Como el alfa y omega de lo que los une, y los convierte en una comunidad de recuerdos y de intereses, y, por lo mismo, como una comunidad de destino.

EL PORVENIR DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN SANTO DOMINGO

Si quisiéramos caracterizar las dificultades que han hecho naufragar la enseñanza de la lengua española diríamos que tienen sus raíces en la falta de formación de los profesores, en el currículo confuso y profuso que anulaba la planificación de los maestros, en una tradición de enseñanza aprendizaje que había olvidado la transmisión de las competencias de comunicación, de la expresión oral y escrita, de la comprensión escrita, de la adquisición del vocabulario, que ni siquiera enseñaba la conciencia del uso. Todo el fracaso de la enseñanza se fundamenta en estos factores. De todas estas circunstancias se alimentan las frustraciones expuestas en varios informes, que, por muy hiperbólico que parezcan, ya nadie se atreve a refutar.⁸¹

⁸¹ La enseñanza tradicional se basaba en el conocimiento de la legislación gramatical, de la ortografía y en la conversión de la enseñanza aprendizaje de la lengua en la transmisión de informaciones. La concepción que pudiera echar por tierra esas perspectivas serían una enseñanza basada en el conocimiento de la lengua oral (comprensión y expresión), en la práctica de la comprensión escrita (lectura) y en la expresión escrita (redacción), en dominio del vocabulario, de las normas y dificultades. Dicho en otras palabras: en la transmisión de los usos. “El 57% de los estudiantes evaluados carece de dominio o tiene un dominio deficiente del lenguaje y al 87,7% le ocurre lo mismo con las matemáticas” (...) “los maestros a duras penas pueden superar la media de sus alumnos cuando se les somete a los mismos exámenes” (*Hoy*, 16 de mayo del 2001, La

Durante años me he dedicado a la elaboración de manuales y a la enseñanza de la lengua española; me he enfrentado, como un Quijote anacrónico, a los grandes principios que se han impuesto como leyes de hierro en los departamentos de pedagogía, y que a su vez han pasado a constituir el modo de organización de la enseñanza. Al analizarlo, me he topado con algunos escollos:

En primer lugar, la idea de que la escuela, en lugar de reconocer las disparidades individuales, de mérito, de esfuerzo y de inteligencia de los alumnos, debe aniquilar estas diferencias y adaptarse a los intereses de los educandos, en menoscabo de la búsqueda de la excelencia, considerada, en ese nuevo catecismo, como una ideología elitista. Para llevar a cabo la supuesta igualdad se abandona la transformación que ha de cumplir la enseñanza; se ha echado abajo todo el sistema de evaluación y de promoción de los estudiantes, y se aplica la ley del menor esfuerzo. Las grandes exigencias son ya cosas del pasado.

Un segundo principio nos lleva a la idealización de los supuestos conocimientos previos de los educandos, mediante un ejercicio de mayéutica socrática, llamado constructivismo. De este modo, se le ha dado primacía a los descubrimientos y a las ocurrencias de los estudiantes y se ha abandonado la transmisión del saber y las informaciones básicas de la enseñanza, sin las cuales la clase se convierte en un ejercicio de facundia insustancial.

En tercer lugar, el desprecio por el buen uso y, muy particularmente, por la lengua literaria. La primacía de la lengua funcional sobre los textos literarios ha impuesto una lengua esquemática, inmóvil, a los educandos y le ha hurtado las posibilidades enormes de la creación artística, que son la pilastra en la que se ha de asentar la pasión por la lectura y el descubrimiento de la personalidad intelectual y artística, y el camino que ha de llevarnos a dialogar con el inmenso legado artístico y científico que pervive, desde tiempos remotos, en nuestra tradición lingüística.

Otra Dimensión, Antonio Gil).

La lengua nos ayuda a percibir la realidad. Construye nuestro mundo interior. El desarrollo de la capacidad lingüística y el desarrollo del pensamiento van parejos.

Pensar—decía Benveniste— *es manejar los signos de la lengua*. Cuando se pierde el poder de expresión quedan mutiladas las capacidad de pensar y de crear. Una porción de los anglicismos que campan por sus respetos en nuestra lengua proceden de un sentimiento de inferioridad lingüística;⁸² otros, de la enorme proporción de emigrantes dominicanos radicados en los EE.UU. Una población transterrada en la que ha florecido el *espanglish*,⁸³ una jerigonza que

⁸² Por el peso económico de los EE. UU y por el prestigio que tiene entre las poblaciones de nuestros países se piensa a veces que da renombre la adopción sin ton ni son de anglicismos innecesarios: vocabulario, elementos sintácticos y expresiones innecesarias que rompen lanzas para desplazar expresiones propias de nuestra lengua. Tiene razón Alex Grijelmo cuando afirma: “determinados hablantes desean ser invadidos porque anida en ellos el desprecio inconsciente hacia su propia cultura, no sólo la de su país sino toda la cultura hispana, a la que consideran inferior y, por tanto, con la obligación de rendirse ante el resto del mundo.” *Defensa apasionada del idioma español*, Madrid, Punto de Lectura, 2001. Consultar, parejamente, a Rafael González Tirado: *El complejo de inferioridad lingüística*, SD, 1983 y *Lenguaje y nacionalismo* (1987), en donde el autor plantea el comportamiento y las reacciones de los hablantes dominicanos ante su lengua, amén de un vasto repertorio de anglicismos y extranjerismos innecesarios.

⁸³ En una encuesta realizada entre jóvenes dominicanos en Nueva York por el periodista David Viñuales (*Listín Diario*, 25 de enero de 1998) se recogen copiosamente elementos de este *spanglish* utilizado profusamente en las hablas juveniles de los barrios de Santo Domingo y de algunas ciudades del interior.

ID (*aid*), documento de identidad; *Basement* (*Beisman*), sótano; *Building* (*bildin*), edificio; *Bureau* (*biuró*), escritorio; *To check* (*chequear*), revisar; *Cereal* (*chirio*), cereales; *Sep up* (*chotear*), delatar; *Ceiling* (*cilin*), techo; *Corn flakes* (*consleit*), palomita de maíz; *Coat* (*con*), abrigo; *Delivery* (*delivery*), servicio a domicilio; *Dry Clean* (*draiclin*), lavandería; *Elevator* (*elevador*), ascensor; *Empowerment* (*empoderar*), tomar el poder; *Fire scape* (*faeque*), escalera de incendio; *To fax* (*faxear*), enviar fax; *Flush* (*flochar*), bajar el baño; *Flu* (*flu*), gripe; *Fyer* (*Fhyer*) volante, *Funny* (*foni*), divertido; *Freak* (*friquearse*), dudoso; *freak* (*frisar*), congelar; *Full* (*ful*) lleno; *Garbage* (*Garbi*), cesto de basura; *Gravy* (*greini*), salsa; *Watch* (*guacharo*), mirar, observar; *Watch man* (*guachimán*), vigilante; *Whatever* (*guarever*), lo que sea; *Gate* (*guei*), puerta; *Hang Up* (*hangear*), ir de bonche; *Hold up* (*jolope*) Atraco; *Income tax* (*incontá*), declaración de impuestos; *Landlor* (*landó*), casero; *Lack* (*laquear*), cerrar; *Laid off* (*leiof*), despedido; *Library* (*librería*), biblioteca; *Licking* (*liquear*), gotear; *Map* (*mapear*), fregonar; *to panic* (*paniquearse*) asustarse; *Parole* (*parol*), libertad bajo palabra; *Party* (*pari*), fiesta; *Peach* (*pich*), melocotón; *To print* (*printear*), imprimir; *Roof* (*rufo*), techo; *Shade* (*seid*), pantalla, cortina, *Sweater* (*sueru*), suéter; *type* (*tipear*) teclear; *Toilet* (*toile*), inodoro; *Stuck* (*toqueado*), atorado; *Yard* (*yurda*), patio. Llamar pa'tras: devolver la llamada (*de call back*).

revela la falta de dominio del idioma inglés. Estos influjos lexicales y expresivos han penetrado el español hablado, sobre todo, en el habla de los jóvenes. La estabilidad del sistema depende, en buena medida, de la norma escrita; el habla popular no tiene prestigio, y es dada a remezones y cambios bruscos. Pero en las normas de la lengua oral han penetrado los usos formales y pueden espigarse en los periódicos pasajes con faltas de concordancia, giros impropios prohijados en el habla popular, errores ortográficos que trasuntan una pronunciación dialectal y otros rasgos propios de un uso en situación de comunicación informal.

En una encuesta de actitudes lingüísticas emprendida por Manuel Alvar se manifiesta el menosprecio que los hablantes dominicanos expresan por su variedad dialectal.⁸⁴ Para los encuestados las variedades prestigiosas eran aquellas que discrepaban radicalmente de la dominicana. Esta idea se ha hallado parejamente en estudios de igual índole realizados entre la población hispana de los Estados Unidos. De ello atestigua el estudio efectuado por Sergio Valdés Bernal y Nuria Grégori.⁸⁵ En la exposición se echa de ver la valoración negativa del español que se habla. El informe arroja lumbre sobre las consideraciones que los dominicanos tienen de su variante dialectal:

*“(Nueva York) Tres jóvenes dominicanos dijeron preferir hablar el inglés, incluso con otros hispanos, porque así no se les notaba su ‘acento dominicano’ y en consecuencia no se les tomaría por incultos e ilegales, pues cuando hablaban inglés todos los hispanos tenían el mismo acento: ‘hispano’. Lo que demuestra que en ese caso su auto estigmatización no es hacia el español en general, sino hacia su variedad nacional, la dominicana”.*⁸⁶

⁸⁴ Manuel Alvar: *Hombre, Etnia, Estado*, Madrid, Editorial Gredos, 1986 págs. 153-171.

⁸⁵ *La lengua española en los Estados Unidos*, La Habana, 1997.

⁸⁶ Ídem.

El español hablado en Santo Domingo tiene características propias.⁸⁷ Henríquez Ureña nos lo define en algunos pasajes como una lengua que había pervivido en un cierto estado de cuarentena que le había dado un matiz arcaizante.⁸⁸ Pero, en los momentos de su magnífica descripción de la lengua de los dominicanos, las regiones permanecían comunicadas, aisladas; las lenguas de Samaná y el subdialecto cibaño y el subdialecto de la Capital, el habla del pororó de Villa Mella parecían conservar cierta autonomía. Con el desplazamiento de una buena porción de la población campesina a las ciudades, con las migraciones internas, con la copiosa inmigración de criollohablantes, muchos de estos fenómenos han variado radicalmente. Algunos se han extinguido con el influjo de los medios de comunicación y la escuela; han aparecido otros nuevos de índole diversa.⁸⁹

⁸⁷ En el aspecto fonético los rasgos no difieren radicalmente del español de las Antillas; comparte, con sus diferencias desde luego, rasgos comunes: a) conservación de la /h/ aspirada /h/ambre, /h/ alar, /h/ ablador; b) la /j/ se pronuncia entre los dominicanos como /h/ aspirada; c) aspiración de /s/ en final de sílaba y pérdida de la /s/ comunita, mihmo, suhto; d) verbalización de n en final de palabra; e) confusiones entre r y l, celvesa, capitar; f) yeísmo total, gallo es pronunciado como mayo; g) pérdida de /d/ intervocálica; deo, dao, llamao; en cuanto al aspecto gramatical se destaca el uso de tú profusamente. Ejemplo: *Qué tú me dijiste que tú querías, ¿Qué es lo que tú quieres?*

Giro expresivo de ser+ que, con carácter de enfático: *Era allí que ella vivía por allí vivía ella.*

En el Sur del país se crean nuevas categorías para la sufijación con se: juventuse, cásase, o el prefijo s. Ej. Cuatro /s/a migo/ que/ s/una/. Esto crea confusiones, muchos dominicanos creen que eja es el singular de la ceja.

Diferencias subdialectales y regionales: El Cibao aparece una variante semivocálica percibida como (i o e) en lugar r y l/ pueico; aeto puelco, en el Suroeste, donde predomina la variante r (puerco, arto); la Capital, donde se destaca el alófono l (puelco, alto); en la zona Este donde se produce la asimilación (puecco, atto).

En el Cibao se oye aún el ello expletivo (ello hay) o las formas tengamos, vivamos por tenemos y vivimos.

⁸⁸ “En síntesis: el español en Santo Domingo presenta como rasgos distintivos la conservación de la lengua tradicional, con matices antiguos y hasta arcaicos más abundantes que en ningún otro país del Nuevo Mundo, y la superposición de matices criollos desde época temprana, tanto en la adaptación de vocablos europeos a la nueva vida de América como en la adopción de vocablos indios”. *El español en Santo Domingo*, SD, UNPHU v. IX, p. 222, cap. XIX.

⁸⁹ Henríquez Ureña subraya que “la onomástica fue castiza hasta alrededor de 1865” (p. 175). El cambio de onomástica con nombres abundantemente en inglés y en otras lenguas refleja el desapego al español que tienen los dominicanos.

Los beneficios que las culturas extraen unas de otras empalman con la permanencia de un cierto aislamiento, de una resistencia y de un equilibrio que mantenga el respeto de la diversidad de cada una de las naciones en sus territorios históricos, sin que ninguna se sienta amenazada por una invasión que rompa el equilibrio y estabilidad de su cultura. La lección histórica que han vivido los dominicanos demuestra que han pervivido porque han sido capaces de transmitir de generación en generación su lengua, sus principios, sus valores y el culto de su pasado.

A todos aquellos que hemos contemplado con pavor el desmantelamiento de los atributos de nación que habíamos mantenido desde 1844 nos pintan como intolerantes. El que no cree en la nación ni en la lengua ni en la comunidad de cultura que constituimos los dominicanos, el que carece de convicciones patrióticas puede ser fácilmente tolerante. Porque tolera que se supriman las formas de convivencia que hemos creado, para llevarnos —ante la ceguera colectiva— a un estado binacional. Porque, en esta sorda lucha de intereses encontrados, han optado por darle la razón a los que nos quieren arrebatarse el derecho a la subsistencia cultural. Permanecen naufragados en ambigüedades y abstracciones. O quedan reclusos en sus malquerencias contra todos los que rechazamos, con firmeza, apoyar la omisión de los derechos que todas las naciones organizadas del mundo nos reconocen.

Volviendo al ovillo de nuestra reflexión inicial:

La onomástica dominicana padece grandes transformaciones, tenemos:

- los nombres relacionados con oficios religiosos como: Confesor, Gólgota, Obispo;
- los nombres compuestos: Carbel (Carlos + Israel), Manurda (Manuel + Urda);
- Nombres producto de la ignorancia de idiomas extranjeros: Meim Kemp, Gersi, Etsel;
- Nombres extranjeros: John, Robert, Michelle, Kalil;
- Apodos o hipocorísticos convertidos en nombres: Sancito, Puchungo, Ñaño
- Nombres geográficos: Grecia, Italia, Argentina, México;
- Nombres indígenas: Caonabo, Guarionex, Aniana, Cotubanama;
- Nombres surgidos de la pasión política: Vang Troi, Hochimin, Hiroito, Hitler, Stalin, Musolini, Marxlenín.

Es muy probable que don Juan Isidro Jimenes Grullón⁹⁰ tenga razón. Imaginemos por un momento que el país por el cual hemos vivido con pasión inusitada, el territorio en el cual se acumulan como abalorios brillantes nuestros amores y desamores; el teatro en el que hemos combatido fieramente, sea, en pureza, un fantasma. Una realidad tornadiza fabricada por la imaginación enmarañada de un genio escéptico, y que todo cuanto he evocado obedezca a una obstinación en creerme ser parte de una nación. Es muy probable que, en Jimenes Grullón, esta proclamación de que la República Dominicana es un invento literario se deba a un intenso amor. Bajo la mascarilla de una crítica despiadada se oculta un patriota maldiciente, que, con esa declaración de amor exigente, quiere torcer el derrotero engañoso que ha tomado la República.

Es probable que quien tome la palabra para hablar de esta cultura no sea más que un fabulador. Yo me he inventado la República Dominicana; me he imaginado esta fábula para ser parte de un mundo. Porque, como decía Ortega, ella es mi circunstancia. Y si no la salvo a ella no me salvo yo. Si ella desapareciese en su significación esencial, quedarían mis palabras y las de muchos que me anteceden, y el ideal de aquellos que hayan creído en lo que he escrito.

La República Dominicana es un equilibrio. Un equilibrio de las poblaciones, de las culturas y las lenguas, de las economías, de los modos de vida y las creencias. El día en que desaparezca, definitivamente, ese equilibrio habrán entrado en capilla ardiente los vínculos que nos unen. Si la República Dominicana es una ficción. Si sólo existiera como las leyendas en el paisaje mental de la población que aún cree en ella como imaginan,

⁹⁰ Juan Isidro Jimenes Grullón: *Op. cit.* El autor nos califica partiendo de un esquema ideológico como un territorio colonial, que ha perdido los mecanismos de decisión y que, en vista de ello, se ha transformado en un territorio de soberanía ficticia. Por otros caminos muy distintos a los columbrados por el historiador, hemos llegado a la desintegración. La desnacionalización del trabajo, la carencia de una economía nacional, la primacía de un liderazgo político sin criterio nacional, el peso que tienen ahora las decisiones de los organismos transnacionales: ONU, FMI, y la ruptura de las fronteras demográficas por parte de los haitianos, han escuchimizado la soberanía dominicana sobre el territorio, y nos transmiten la imagen de un Estado de contenido vacío.

incluso, algunos extranjeros que menosprecian nuestras manifestaciones de independencia y ultrajan nuestro patriotismo, estaríamos inducidos a creer en las palabras del poeta José Enrique García. En aquel fabulador cuyo oficio era soñar por todos los hombres y por todas las mujeres. En un pasaje, el poeta se nos presenta como un oniromanta de la tribu:

*“fabulador me bice me hicieron...
Soñar fue mi trabajo desde niño
Y vime de pronto poseyendo un oficio
Soñar por mí y por los otros
Construir sueños en medio de la noche”.*

Soñar se convierte de este modo en un acto de consolación. Es una representación de los deseos convertidos en un hermoso retablo. En esas escenas se representa el hallazgo de una tierra prometida perdida para siempre. En otro pasaje, el aeda nos presenta la lucha encarnizada del hombre por su identidad y por el deslinde de su ser. Es la historia de un mundo sometido a los ultrajes, a las remociones y a los cambios bruscos.

*“La compasión no existe
La tragedia infinita viene de lejos
Una historia remota lo atestigua
Del primer Caín la historia aún padece
Por el primer Adán aún se está llorando”*

El dualismo lingüístico entre las dos naciones que comparten el territorio insular muestra la incompatibilidad de propósitos de las dos culturas.

El territorio haitiano se ha convertido en el teatro de un enfrentamiento entre dos lenguas, y acaso entre dos formas de concebir la cultura.

- Una, la que empalma con el francés, debe obrar como la lengua de colonización, de la enseñanza, de los contactos con el mundo exterior, hablada por una casta de la población, que se ha convertido en un mandarinato.

- Y la otra, la que corresponde al criollo, representa el universo cultural y psicológico, los saberes popularizados y la identidad.⁹¹ La reforma impuesta en 1982 en la educación haitiana supone un repliegue de la enseñanza del francés. La medida fortalece su propio ensimismamiento.⁹²

Santo Domingo, en cambio, sin renunciar a lo propio practicó una política abierta a los intercambios con el resto de la América hispana y con los Estados Unidos, y esa espoleta le hizo superar la sociedad tradicional que pervivía al momento de la guerra dominico haitiana (1844-1856).

Hubo, desde siempre, la asimilación copiosa de los extranjeros, entroncados a la nación no por su pertenencia racial, sino por los valores, por el modo de vida y por la lengua. Toda esa historia hace que al cruzar de un territorio a otro, entremos en una geografía, en unos valores, en unas relaciones sociales, en una cultura, en una lengua y en un tiempo histórico radicalmente distinto.

Por otra parte, el nuevo orden económico reduce las facultades del Estado nación y desvanece muchos de los atributos de la soberanía. Esa circunstancia nos obliga a plantearnos políticas de información y salvaguarda y de nacionalización de la enseñanza y de la historiografía, que nos permitan penetrar en esos territorios, sin que con ello se produzca la pérdida de nuestra personalidad nacional. No hemos previsto ni siquiera el marco legal en donde han de desenvolverse las situaciones creadas por la globalización y la copiosa inmigración extranjera.⁹³

⁹¹ Jean Perrot: *Les langues dans le monde*, Paris, CNRS, 1981.

⁹² René Grosjean: "Parler creole le ventre vide", Paris, Le Monde Diplomatique, octubre, 1982. El autor señala que "la tasa de analfabetismo rebasa el 80% para el conjunto del país; pero es incluso superior en el campo". En 1976-1977 sobre un total escolarizable de 1 200 000 niños había 510 700 niños en la escuela, es decir el 42% del conjunto. Pero hay que notar que si la escolarización en el medio urbano alcanza el 95%, en el medio rural no supera el 20%", y que, esencialmente queda encastillada en el créole.

⁹³ Examinemos sin más el marco legal de Ley promulgada, el 6 de julio de 1912; por sugerencia del legislador Ramón O. Lovatón se declara el español como idioma oficial de la República Dominicana. Hemos retenido dos artículos de dicha Ley. En uno se proclama que la lengua es patrimonio y personalidad de la nación y en otro se establecen las relaciones con el Estado.

| Características del uso español entre la población haitiana radicada en Santo Domingo | |
|--|---|
| Dominio del créole | Dominio del español |
| <p>Sistema de la lengua materna</p> <ul style="list-style-type: none"> • Factor de equilibrio psicológico • Lengua de la familia, los amigos • Lengua de identidad nacional • Religión, floklore, creencias • Hablante iletrado en un 75% | <p>Sistema incompleto de una lengua aprendida fuera del sistema escolar</p> <ul style="list-style-type: none"> • Trabajo y relaciones comerciales • Comunicación con otra sociedad • Lengua internacional y oficial ----- • Hablante iletrado en español |

Si por estar privados de diplomacia, gobernados por políticos sin criterio nacional, presionados por un conciliábulo de fuerzas organizadas, echáramos por tierra los atributos de nación adquiridos en 1844, se vería minado el vínculo de los dominicanos con su Estado nación y quedaría despedazada su relación de pertenencia por inconcebibles conflictos de identidad. Si llegaran a imponerse las cábalas que barruntan una *dominicanización*⁹⁴ de Haití, capitaneada en

Art. 1- Se declara el idioma oficial de la República la lengua castellana.

Art 2. Toda solicitud, exposición o reclamo por ante cualquiera de los Poderes del Estado o sus dependencias será expuesto por escrito u oralmente, según proceda en idioma castellano, so pena de no ser tomado en consideración.

Sin embargo, estas disposiciones (de observarse) dejarían una enorme cantidad de problemas sin dilucidar. La sociedad dominicana de principios de siglo no podía prever, desde luego, las consecuencias que resultarían de una globalización de las sociedades y las economías. En tales circunstancias, una legislación actualizada debería considerar lo siguiente:

1. El empleo del español en la enseñanza, en el trabajo, en los intercambios y en los servicios públicos.
2. El empleo de la lengua del país en las facturas, anuncios de los productos, posologías, etiquetas y todos los mecanismos de comercio y todos los contratos.
3. Que los anuncios en la vía pública, letreros de los comercios y otras indicaciones se realicen igualmente en la lengua del país.

⁹⁴ Leslie Manigat: *Les relation haitiano dominicaines. Ce que tout Haïtien devrait savoir*, Puerto

lo económico y en lo cultural por la República Dominicana y quedaríamos obligados a fundirnos en una federación, una asociación, o en un Estado binacional, saltarían en pedazos todos los modestos progresos que hemos logrado en los últimos sesenta años.

Nada nos asegura que de esta circunstancia inestable no saquemos la peor partida.

En ese ámbito de desconuelo, desconfiados de la solución impuesta por los hechos consumados, y con las poblaciones metidas en la refriega, resurgiría con todas sus devastadoras consecuencias un nacionalismo defensivo; la nostalgia por restablecer el sueño de Juan Pablo Duarte se convertiría en una fuerza histórica. Una caja de Pandora que actualizaría la circunstancia de la primera separación de Haití, la del 1844. Impulsados por el deseo mítico de volver a recuperar un pasado en que éramos *una nación, un Estado*, volveríamos a vivir un período histórico que creíamos definitivamente sepultado: la batalla por la subsistencia cultural y por la reconquista de la nación. En esa batalla, la lengua española siempre será compañera de la nación dominicana.

Santo Domingo, 22 de enero del 2003.

Príncipe, CHUDAD, 1977, p. 33 y ss., plantea la federación de ambos Estados. En ese mismo orden de ideas, se expresa el Centro Petion Bolívar. Una parte de las ONG prohaitianas establecidas en el país plantean la transferencia de responsabilidades extranacionales a la República Dominicana.

Los intelectuales y el poder*

LA SUPERVIVENCIA DE LA MENTALIDAD TOTALITARIA

¿Tienen derecho los intelectuales a respaldar a un Gobierno o a inscribirse en un partido político, sin al mismo tiempo abjurar de la condición que otros, que se han aureolado como un sanedrín o como jueces marciales, le atribuyen? La idea central que se insinúa tras bastidores es que los intelectuales no tienen derecho a respaldar a ningún Gobierno, *so pena* de ser despojados de su honra y de su gloria por un supuesto tribunal moral. Un consistorio de individuos que se ha atribuido el monopolio de las buenas intenciones y de la honestidad y la facultad para juzgar las actitudes de todo los demás. Porque, por lo visto, se consideran a sí mismos inmaculados, impolutos, incontaminados. En resumidas cuentas, una oligarquía de amigos y asociados, que se ha llamado a sí misma la sociedad civil o la “conciencia nacional” o la opinión pública.

La primera víctima de todo ese tejemaneje es la tolerancia. Si para que estos buenos señores consideren a alguien como intelectual y para conservar una buena reputación hay que renunciar al derecho de poder proclamar abiertamente sus preferencias políticas, (derecho, por demás, que la sociedad le concede sin pugnas ni discusiones a todos los ciudadanos), hay que presuponer que

* Confróntese *Los intelectuales y el poder. Coloquio UNAPEC*, Guillermo Piña Contreras (Editor), Santo Domingo, UNAPEC, 29 de enero del 2005.

esa presunción de deshonestidad por el solo hecho de inclinarse a favor de una que otra opción política es una clara manifestación de intolerancia.

Si nos atenemos a estas reglas y normas morales establecidas por un grupito de ciudadanos cuyo narcisismo, petulancia y sobreestimación personal los ha llevado a considerarse próceres, estaríamos obrando en un mundo en el que no operaría la libertad de conciencia ni la libertad de expresión. Porque, entonces, los intelectuales estarían al servicio de unos supuestos sacerdotes que elegirían, por ellos, cuál debería ser su comportamiento político. En definitiva, lo que se quiere es despojar a los intelectuales de sus derechos civiles y convertirlos en instrumentos de esas oligarquías. Menuda manipulación.

Desde el punto de vista de la tradición intelectual hay dos concepciones fundamentales que empalman con las mancuernas de la manipulación. La creada por Jean Paul Sartre, del *intelectual comprometido o engagé*, referida únicamente a los gobiernos y a los partidos totalitarios. Se trataba de un compromiso para defender a las sociedades de partido único, a los partidos universitarios que tenían concepciones similares a estos regímenes, y se concebía como oposición permanente al pluralismo político. En segundo lugar, de pareja prosapia es la concepción de Antonio Gramsci del *intelectual orgánico*, que concebía al intelectual como una ruedecilla de la organización de la sociedad, y que presentaba el compromiso no como una elección sino como una función. En ambas concepciones se concibe al intelectual como instrumento de un partido, de un sindicato o de un gremio. Dicho monda y lirondamente: como un Prometeo encadenado a la dominación establecida por los que detentan el control de la opinión, del mercado y del poder.

Tal es la concepción que proclama que todos aquellos intelectuales que militan en la acera contraria deben ser desacreditados, vapuleados con una salva de insultos zafios y humillados porque no opinan con arreglo al Santo Oficio de la sociedad civil. El espíritu de Savoranola o de Torquemada se conoce a leguas. Primero se establecen unas inviolables normas morales, de las cuales los

censores se proclaman custodios; luego se procede a la aplicación selectiva de esas normas. Y, finalmente, se expide un certificado de limpieza moral.

Pero, ¿quién puede en este país expedir un certificado de limpieza moral?

- ¿Los periodistas y comentaristas de la radio y la televisión?, cuyas palabras se hallan condicionadas por los que les pagan la publicidad y por los grupos de propietarios de los medios de comunicación. O constreñidos por la falta de probidad, o por la incapacidad en el ejercicio de sus funciones. Si metemos recónditamente el escalpelo y examinamos a fondo las encuestas sobre la credibilidad de los *mass media*, veremos que su reputación nunca ha sido cimera. En realidad, muchos de estos informadores se hallan en la nómina del Estado, o son condotieros de algún grupo de poder.
- ¿Los elegidos por el pueblo en los distintos cargos del Ejecutivo y del poder legislativo pueden ser dechados de limpieza moral? Desde luego que no. Porque los representantes han corrompido la propia función de la representación, y su reputación, como la de todos los políticos, anda de capa caída.
- ¿Los intelectuales de la oposición política? Tampoco. Porque sólo son capaces de una indignación selectiva; ponen en sordina sus propias lacras y practican la amnesia de su propio ejercicio de poder en el Estado, o en sus grupúsculos, en los sindicatos y gremios.

El argumento que yace en el hontanar de la reflexión parte de la falacia de que las únicas adhesiones políticas desinteresadas y pulcras son las propias. Que las ajenas carecen de principios, de ética, de pulcritud, y representan el envilecimiento intelectual. Es un ataque al pluralismo. En democracia la mayoría gobierna o se impone a los deseos de la minoría. Pero las mayorías no son estáticas; y las minorías pueden, a su vez, transformarse en mayorías. La descalificación o el linchamiento moral de una y otra sólo pueden explicarse por la intolerancia de las mentalidades totalitarias.

Atribuirle semejantes dones a un grupo de la sociedad constituiría, en puridad, un fraude ideológico. Pero, además, si partimos del hecho de que el principio de la libertad política para todos los ciudadanos, incluyendo los intelectuales, no ha desaparecido en este país, mal podríamos exigirle un certificado de limpieza moral a los intelectuales por manifestarse a favor de una opción que disguste a los que presumen tener el monopolio de la compasión y de la honestidad.

En todos los cenáculos, en todos los mentideros y tertulias se habla *urbi et orbi* de la existencia de una cultura autoritaria. Se ha convertido en un tópico del cual se echa mano cada vez que se quiere dar explicación de las más estrambóticas truculencias institucionales. En realidad, hay un trasfondo autoritario que comienza mucho antes de la proclamación de la Independencia. Luego de veintidós años de dictadura haitiana, de la aplicación de un despotismo descarnado, comienza un ejercicio autoritario en los gobiernos de Buenaventura Báez y Pedro Santana por casi treinta años. El siglo decimonono concluye con la dictadura de 13 años de Ulises Heureaux y con el magnicidio del dictador el 26 de julio de 1899.

El siglo XX se inicia con gobierno de fuerza, con la dictadura de Ramón Cáceres en 1906 y concluye con el magnicidio del hombre fuerte en 1911. Como paréntesis de los gobiernos autoritarios se impone el caos y la inestabilidad en el mando, lo que provoca la ocupación norteamericana de 1916-1924. Los ocho años de intervención estadounidense son una muestra ejemplar de dominación autoritaria. Los treinta y un años de tiranía trujillista son un ejemplo grandilocuente de una tradición que halla su cenit en ese período histórico que se confunde con el desarrollo del Estado dominicano. En los años sesenta, los gobiernos de fuerza, que por los usos podría llamarse la dictadura constitucional de Joaquín Balaguer, mantienen un ejercicio del poder autocrático. Todo ese pasado podría haber servido para apuntalar la idea de la supervivencia en nosotros de una cultura autoritaria. De las mancuernas de ese pasado no han de redimirnos aquellos que han pasado veinte y treinta años de sus vi-

das defendiendo desde las universidades, desde los partidos totalitarios o desde los partidos universitarios, sociedades de partido único, dictaduras celestiales, justificadas por la aplicación de una ideología milagrosa, destinada a salvar a la humanidad. No son, pues, los padrinos de esas dictaduras que han fracasado radicalmente en toda la tierra; los que han aplaudido los fusilamientos, las encarcelaciones, la supresión de elecciones, la eliminación del pluralismo político, la supresión de la libertad de asociación y de la libertad de expresión. No son éstas, desde luego, las personas para libertar a la sociedad dominicana de la llamada tradición autoritaria.

Los que han sido doctrinalmente autoritarios no pueden erigirse en profesores de una democracia que despreciaban, que desacreditaban con toda guasa y horror, y menos convertirse en tribunal que expide un certificado de democrático o de autoritario.

Cada vez que se toca el tema de “los intelectuales y la política”, se hace con el espectro de las teorías del compromiso asumidas por Sartre o con el sambenito del intelectual orgánico de Gramsci. Hay un trasfondo de acusación en el tema de esos coloquios. A los intelectuales se les critica, se les censura, se les apostrofa, se les descalifica porque no se ponen al servicio de un compendio de normas y de reglas inventadas por intelectuales de mentalidad totalitaria que desprecian el pluralismo político, que creen tener el monopolio de la honestidad, de la verdad y de la ciencia y, en nombre de esas ilusiones, quieren erigirse como jueces cuando, en realidad, son verdugos al servicio de una ideocracia.

Afortunadamente, los intelectuales no son una asociación. Ni un grupo homogéneo ni pertenecen a un partido único, sino una sociedad variopinta, sustentada por las amistades y por las enemistades, por los amores y por los desamores, necesarios para que obre el pluralismo de las ideas, sin el cual la propia democracia quedaría amputada de un pulmón esencial.

La política de la tolerancia empalma con el pluralismo político. Pero históricamente el Gobierno de los intelectuales o el poder de los intelectuales se asocian en nuestro país con prácticas totalitarias.

Hacia 1930, cuando Rafael Trujillo asume el mando del Estado, imperaba en el mundo la idea de que el despotismo o las dictaduras totales podían transformar a las sociedades y eran preferibles a los poderes democráticos, refrendados por el pueblo. En Europa sonó el clarín del fascismo, en Italia, bajo la batuta del *duce* Benito Mussolini; en Francia, durante la ocupación, se instaura el Gobierno del Mariscal Pétain; en España, luego de la guerra civil de 1939, con el ascenso del general Franco; en Portugal, con Salazar; en Alemania, Hitler y los nazis, en la Unión Soviética, José Stalin; en América latina con las dictaduras de Rojas Pinilla, en Colombia; Machado y Batista, en Cuba; Odría, en Perú; Francia y Stroener, en Paraguay; y un oropel de *dictablandas* y de regímenes de fuerza, nos hace ver que probablemente, en esa época, como en ninguna otra, era palmaria la idea aceptada en el fascismo, en el nazismo e incluso en el comunismo de que las sociedades debían suprimir el pluralismo político, y ser dirigidas por redentores que asumieran en nombre del pueblo, sobre todo, de sus marginados; o de la raza aria o de clase proletaria o de una supuesta ideología milagrosa, el control de toda la sociedad.

El régimen que comienza, en febrero de 1930, en la República Dominicana se propuso controlar todos los medios de comunicación: radio, televisión, periódicos; todos los mecanismos de instrucción y aparatos ideológicos; escuelas, universidades, iglesias, asociaciones, sindicatos, gremios; y aun cuando, no tuvo el control de los medios de producción, porque se mantuvo el respeto de la propiedad privada, Trujillo, que llegó a ser el hombre más rico de República Dominicana, mantenía, parejamente, el control de toda la riqueza que se producía en el país, y era, prácticamente, imposible que un desafecto de su régimen pudiese ser empleado por una empresa particular. Podría decirse sin alardes de hipérboles que el régimen tenía, igualmente, el control de los empleos y con ello quedaba consagrada su dominación sobre las familias, sobre las personas y sobre el territorio. Sus mecanismos de control se hacían manzana por manzana, mediante una organización civil, llamada *caliesaje*. No existía siquiera libertad de circulación en el propio

territorio de la nación. No se podía recorrer las provincias libremente, sin ser olfateado por los sabuesos del régimen. Tampoco se podía escapar de la Patria Nueva sin poner en peligro a las familias y allegados. La población estaba obligada a asistir a las grandes manifestaciones, desfiles, ceremonias y celebraciones que se hacían para honrar al dictador. El dictador inventó un pasado oficial y convirtió su permanencia en el poder en un catecismo para toda la población, colocando a los esbirros de esa ignominia a la altura de los próceres nacionales. No había lugar para los indiferentes; el intelectual que no mencionara en sus charlas o en sus escritos la figura egregia del dictador se exponía a las horcas caudinas: pérdida del empleo; exclusión de las sociedades profesionales, de las cuales el dictador era el miembro más prominente, con todos los títulos y órdenes de la tierra. Y, en algunos casos, la desobediencia podría ser castigada con presidio y hasta con la pérdida de la vida. No pocos fueron asesinados, encarcelados y torturados por imprudencias verbales, hijas de una borrachera o de la provocación. El régimen de Trujillo viene como colofón de una larga etapa de desorden institucional. Las generaciones intelectuales que entraron en liza en 1930 quedaron atrapadas en el totalitarismo.

Tenían tres opciones. O permanecían sin colaborar, sin trabajar en ninguna actividad que dependiera del visto bueno del dictador; rebeldes y en algunos casos, prácticamente, en arresto domiciliario por treinta y un años. O, en caso de que lograsen obtener un pasaporte y pudiesen penetrar en un descuido de las autoridades la sede de una Embajada extranjera y se exiliaran, entonces, aunque no en todos los casos, podían ejercer la crítica al régimen. Pero aun fuera del país, Trujillo mantuvo en sordina a muchos exiliados. Porque las familias de éstos corrían el riesgo de represalias. Verbigracia, el caso de los padres de Juan Bosch. El escritor dominicano había vertido acerbas críticas al régimen, acusándolo de criminal y el régimen, en represalia, acusó por todos los medios de comunicación y a los cuatro vientos al padre de Bosch de ser un proxeneta y a la madre de celestina. En esos momentos, la vida de estos ancianos pendía de un talud. El régimen carecía de escrúpulos; practicaba

una maldad sin límites. En otros casos la dictadura pagada directamente a matones para eliminar a los críticos, tal como acaeció con Mauricio Báez en la Habana o con Ángel Morales, en Nueva York.

Pero la servidumbre al régimen tuvo sus particularismos. Algunos le sirvieron como funcionarios y ejercieron sus faenas con probidad, como don Víctor Garrido, Ramón Emilio Jiménez, Manuel A. Peña Batlle, José Ortega Frier; otros se dedicaron a la defensa moral del régimen, como Francisco Prats Ramírez, Tomás Hernández Franco, Rafael Vidal Torres, Joaquín Balaguer; otros se dedicaron a labores de denuncia de los desafectos, como aconteció con casi todo el servicio diplomático de Trujillo; no se conocen casos de intelectuales que trabajasen directamente para los servicios de seguridad como acaeció con las modernas dictaduras de izquierdas.

En *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Andrés L. Mateo ha descrito en toda su menudencia el funcionamiento de la dictadura, en lo que respecta al culto a la personalidad, el manejo de la mentira servida como información general, el control del folclore: los cuentos, las canciones, los merengues y la literatura, la historia y el ensayo para adoctrinar con el credo totalitario a toda la población. ¿Que nos queda de ese pasado?

Suponemos que muchas de las intolerancias y usos se mantienen vivos en las costumbres, en los sindicatos, en los gremios, en los partidos, como una supervivencia de tres decenios, y acaso más tiempo si incluimos las dictaduras decimonónicas, de manejo autoritario y antidemocrático.

Pero sería injusto atribuirle a ese pasado la responsabilidad de que a la muerte del dictador, en 1961, no adviniera una intelectualidad auténticamente democrática.

En esos momentos la cultura dominante empalmaba con la creencia de que los totalitarismos de izquierdas, en sus diferentes versiones, la soviética, la cubana, la china, la albanesa, eran la llave para acceder al futuro al que debía propender el dominicano. Según esto, para estar en la vanguardia de la historia había que suprimir el pluralismo político e implantar una sociedad de partido único, diri-

gido por un comité central, que a su vez depende de un politburó, que a su vez depende del líder máximo.

Una porción de la oposición a la dictadura de Trujillo lo hacía para suplantar la dictadura trujillista por otra dictadura. Dicho más claramente:: en el corazón de la sociedad pluralista, surgen de repente individuos cuya misión era suprimir el pluralismo, implantar una sociedad de pensamiento dirigido y un régimen de autosubsistencia; importar por porciones o totalmente las sociedades totalitarias, columbradas en ese punto y hora como las señales de los progresos de la humanidad.

Esta adscripción voluntaria a esa mentalidad totalitaria hizo que se reprodujera, en ese micro poder, que fue en su día la Universidad Autónoma de Santo Domingo, los castigos económicos, las exclusiones, los fusilamientos morales y todo el ejercicio totalitario de que se ha hecho gala en las instituciones surgidas de las ruinas de los partidos universitarios: gremios, sindicatos, ONGs.

Lo que resulta intolerante es que individuos que ya peinan canas, porque han pasado más de treinta años de sus vidas en esas prácticas, quieran ahora presentarse como profesores de democracia. Que aquellos que han manifestado una total indulgencia con las dictaduras de izquierdas, que no han condenado sus fusilamientos recientes y antiguos, ni la supresión de la libertad de asociación y de reunión, ni la eliminación del pluralismo político ni la implantación de la sociedad de pensamiento dirigido, quieran ahora erigirse en tribunal moral para expedir certificado de democrático, en jefes de seminarios, conciencias nacionales de un Estado que ellos intentaron suprimir.

¿De qué viven los intelectuales?

1. De las universidades, y en este caso, sus opiniones se hallan encorsetadas por los partidos universitarios, por el mando de la rectoría del grupo que controla la cátedra y las materias y que puede, en caso de que las opiniones del intelectual lo conviertan en un desafecto, suprimirle el pan y la sal. Así ha acaecido con un grupo de colegas que intentaron fundar una asociación

de profesores en la UTESA: fueron despedidos con cajas destempladas.

2. De los grupos económicos, asociaciones bancarias o conjuntos de empresas de comunicación, con la misión de proteger los intereses ideológicos del grupo y de los patronos que pagan sus salarios o les sirven de sombrilla.
3. De los cargos burocráticos del Estado, y en tal circunstancia, no importa el régimen en el cual se hallen, sus voces se hallan encastilladas por las obligaciones políticas.
4. De las ONG y, en tales casos, el intelectual obedece a los propósitos de los gobiernos o de las instituciones extranjeras que financian sus planes y pagan sus salarios. Hemos visto, por ejemplo, que los Estados Unidos ya no necesitan para influir en la política dominicana al “americano feo”, personaje de triste recordación, inmortalizado en el cine por el inolvidable Marlon Brando. Porque cuentan con *boys* dominicanos y programas ejecutados por sus agentes cipayos, que tienen el mal gusto de disfrazar sus opiniones como voces independientes.

¿Puede decirse que existe una frontera infranqueable entre los intelectuales “oficialistas” y los que se proclaman como “independientes?” Para algunos podría resultar más digno servirle a los propósitos de la Embajada de los Estados Unidos al través del programa PIB que al propio Gobierno dominicano. Para otros ha de ser más honroso servirle a un grupo económico como escudero o alabardero de un gran señor que hacerlo en una Secretaría de Estado. ¿Hay razones para pensar que aquellos que son empleados de estos poderes fácticos, ataviados con la librea de banqueros, con el atuendo de consultor internacional o como alcahuete de los grandes señores de la empresa o de las finanzas son más independientes que aquellos que sirven directamente y a cara descubierta al Estado? Desde luego que no.

Vistas así las cosas, nos percatamos que el poder viene de todas partes. Del Estado, de las empresas, de los grupos financieros, de las universidades, de los grupúsculos de la sociedad civil... Pero

más allá de las fronteras establecidas, de las lindes que no pueden franquearse sin pagar un alto precio, lo que se pide a un intelectual es que proclame las ideas y no la brumosa terminológica. Que no fundamente sus tesis en la descalificación del adversario, sino en la argumentación, en el dato, en el conocimiento. Que no se comprometa con el relajo, con la sorna, con el sarcasmo sino con un espacio plural en el que amigos y enemigos podamos coexistir, sin que sintamos la íntima necesidad de eliminarnos físicamente y de librar una guerra a muerte y definitiva.

20 de noviembre, 2003.

RETRATOS Y PERFILES

Juan Bosch (1909-2001). Fragmento de una biografía

LOS AÑOS DE FORMACIÓN

De los años iniciales de Juan Bosch (1909-2001) poco se sabe. No ha sido posible reconstruir lo que era la educación en sus años mozos. En un prólogo que escribiera para la presentación de la obra de Federico García Godoy se echa de ver el influjo que ejerció el novelista en la personalidad del adolescente. Puede decirse que la admiración que sentía por García Godoy estimuló su determinación por convertirse en escritor. Por aquellos años su padre, que también escribía,¹ le entregó un libro de cuentos escritos por el alevín de escritor, y estos se perdieron definitivamente en el incendio de la casa de don Federico. Otro mentor de la vocación de Bosch por las letras fue su abuelo materno, Juan Gaviño, hombre de cultura desleída, que le transmitió la estimación por los clásicos. Pero, al parecer, la influencia del mayor peso la ejerció Rafael Martínez.² Su carrera de escritor se inicia en la

¹ Mi padre escribía algunas cosas, pero como era español, catalán, que llegó al país como albañil, tenía la cultura de un artesano o de un obrero en Europa, pero no la cultura necesaria para ser un escritor. Pero eso sí, leía buenos libros —tenía gusto de los buenos libros—, gustaba de la buena música. Había pertenecido en Barcelona, cuando vivió allí como albañil, pues él era de Tortosa, al orfeón del padre Claret, es decir, le gustaba la música y se matriculó en un coro u orfeón, como le llamaban allí, al padre Claret, muy célebre, muy conocido en Cataluña. (Entrevista con Guillermo Piña Contreras, *En primera persona*, SD, Feria del Libro, 200, pp. 23-24.)

² (...) La persona que más influyó en mí vive todavía se llama Rafael Martínez—*Fellito* Martínez —como se le decía en La Vega. Era músico, llegó a ser director de la banda de música. Y junto con el señor Puello, un español profesor de dibujo, que hubo en La Vega, fueron directores de una escuela privada. Y él, *Fellito* Martínez—, era también

adolescencia, publicó en algunos periódicos de provincias. En *El Ideal* de La Vega, en *Brisas del Birán* de Barahona con el seudónimo de Rigoberto del Fresni. Las lecturas que influyeron en el escritor fueron los grandes escritores rusos: Gorki, Gogol, Dostoievski, además, de Kipling, Maupassant, Oscar Wilde, Emile Zola. Todas esas referencias encajan con la tertulia de don Federico García Godoy.

Recuerdo las tertulias de don Federico en el parque La Vega, en un banco que daba a la Iglesia, a la Iglesia que van a demoler para construir allí una nueva. A esas tertulias asistían el señor Gassó (como llamábamos nosotros a don José Gassó, que era profesor de la Normal), don Carlos María Sánchez, don Arismendi Robiou, Jaime Suro, un puertorriqueño, hombre sumamente afable que se casó luego con una hija de don Federico, con Nina, que se llamaba Isabel Emilia, y formó el hogar de los Suro, de los conocidos Rubén y Darío. Recuerdo bien esas tertulias. Mi padre iba algunas veces a ellas y me llevaba, y aunque yo era muy muchacho y ponía a veces la atención en cosas que no eran de la tertulia, también ponía mi parte de atención en la tertulia, especialmente cuando hablaba don Federico, que siempre contaba cosas interesantes y lo hacía con un lenguaje muy moderado y con unas expresiones dulces, afables.³

En esos primeros años del siglo XX tenían primacía los caudillos y las refriegas. Bosch recuerda las estampas de la violencia de esa época:

(...) recuerdo el trencito de La Vega cargado de muertos y beridos caídos en un combate que había dado en Jeremías el General Nazario Suardí; recuerdo que cierto día muy temprano aún, mi hermano y yo encontramos.

maestro de escuela primaria. Esa fue la persona que más influyó en mí. Especialmente, por lo exigente que era en el uso del lenguaje. No aceptaba que ninguno de los estudiantes se expresara mal, hablaba correctamente, usara una palabra con un sentido diferente del que debía tener. (...) Hay que tomar en cuenta que él fue un maestro de escuela hecho en la escuela hostosiana. Esta ha sido el único concepto integral de lo que debe ser una escuela; lo tuvo Hostos y lo aplicó aquí (op. cit., p. 25).

³ Prólogo a la obra *El derrumbe*, SD, Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD, pp. 12-13.

en el patio de la casa (no en la que nació sino en otra donde nació mi hermana Josefina) el cadáver de un muchachón con un tiro en la frente. Se trataba de una víctima de un ataque a la ciudad de La Vega que había tenido lugar la noche anterior.⁴

La infancia de Bosch estuvo estampada por la turbulencia política. Tras el magnicidio del General Ulises Heureaux, el 26 de julio de 1899, se sucedieron varios gobiernos sin visos de estabilidad. En 1906 llegó al poder Ramón Cáceres, quien gobernó hasta el magnicidio que puso punto final a su vida en 1911, y tras la muerte de Cáceres sobreviene un período de inestabilidad entre los diferentes caudillos que mantenían en vilo a la nación, el General Horacio Vásquez, Desiderio Árias y Juan Isidro Jimenes. La oposición a Jimenes encabezada por Desiderio Árias condujo al país a un Gobierno provisional de Francisco Henríquez y Carvajal. Algunos meses después, se produjo la ocupación militar estadounidense de 1916-1924. La evolución económica de la familia Bosch Gaviño hizo que su padre pasara de ser albañil a convertirse en comerciante de provisiones, que tenía una recua para transportar mercadería a la Capital y a otros pueblos. Bosch no concluyó los estudios de bachillerato. Trabajó posteriormente como dependiente de comercio de la Casa Lavandero y en la Casa Corripio y en la Casa Font Gamundi. Durante los años de su emancipación económica comienza a publicar sus cuentos en *El Listín Diario*. En 1929, cumplidos los veinte años, se fue a vivir a Tortosa (Barcelona) donde ya se hallaba su hermana Angelita. Eran los años de la gran depresión y la economía española andaba de capa caída. La ciudad de Santo Domingo fue asolada por el ciclón San Zenón. Durante la travesía que lo llevaría a trabajar con un circo en Venezuela se detuvo en Puerto Rico para participar en una función benéfica para socorrer a las víctimas del ciclón San Zenón. En Venezuela, trabajó en una compañía teatral, luego en un circo, que lo llevó a Puerto España (Trinidad) y desde allí llegó a Santo Domingo en 1931.

⁴ Op. cit., p. 95-96.

Fue entonces cuando concluyó el tercer curso del bachillerato. En 1933, da a la estampa su libro *Camino Real*; asiste a las tertulias del Grupo La Cueva, a las que asisten entre otros, los poetas Rafael Américo Henríquez, Franklin Mieses Burgos, Manuel del Cabral y posteriormente el escritor Ramón Marrero Aristy. Bosch se había mantenido al margen de toda actividad política. Pero ello no fue óbice para que se le acusara de haber colocado una bomba el 20 de noviembre de ese año, y de pertenecer a una conjura que tenía como objetivo asesinar al Presidente Trujillo. Guarda prisión desde el 4 de diciembre de 1934 hasta finales de febrero de 1935, y logra salir absuelto gracias a la intervención de allegados, que dieron fe de su inocencia.

En vista de que tiene que trabajar para subsistir, abandona los estudios y se casa con Isabel García Aguiar, el 19 de julio de 1934. Tras su paso por las prisiones de Trujillo, se inscribe en el Partido Dominicano para evitar las represalias; publica *Indios. Apuntes históricos y leyendas* y es nombrado en la Dirección Nacional de Estadística como director del censo nacional. El 26 de diciembre de 1936 nace su hijo León Bosch García. Y da a la estampa su primera novela, *La mañosa*. Bosch había logrado ya el reconocimiento de los mentideros literarios de Santo Domingo, y era tal su prestancia que fue elegido Presidente de la Sección de periodismo y literatura del Ateneo Dominicano, venciendo al laureado poeta Ramón Emilio Jiménez.

En tales circunstancias, fue llamado por el Partido Dominicano a sermonear a la población sobre las bondades de la reelección del General Trujillo, a respaldar el cambio de nombre a la Ciudad de Santo Domingo por el de Ciudad Trujillo y otras actividades propagandísticas que, en su fuero interno, desaprobaba. En 1937, Mario Fermín Cabral le informa que Trujillo ha decidido nombrarlo diputado. Comprendió entonces que de quedarse en el país quedaría atrapado en las redes de un régimen oprobioso, y prepara, entonces, meticulosamente su salida del país. Simula una enfermedad de Isabel, su esposa, que en aquellos momentos se hallaba embarazada de su hija Caroli-

na, y logra sacar a su familia del país. Sólo dos personas sabían que él no regresaría al país: el escritor Virgilio Díaz Ordóñez, quien era Presidente del Ateneo y el historiador Emilio Rodríguez Demorizi; ambos eran, a su vez, funcionarios importantes del régimen. Al salir hacia Puerto Rico tenía apenas 90 dólares. De este modo, comenzó un exilio que duraría 24 años.

En sus *Reminiscencias y evocaciones*,⁵ Enrique Apolinar Henríquez, recalcitrante opositor a Trujillo, describe el talante de Bosch durante los primeros años de la dictadura:

Cuando Juan Bosch era Secretario del Partido Dominicano y yo Presidente de la Compañía de Seguros San Rafael —empresa comercial del dictador Rafael L. Trujillo Molina—, ya, debido en parte a nuestras incumbencias profesionales, nuestros contactos no eran tan frecuentes como antes.

Sus relaciones con mi hermano Rafael Américo Henríquez, literatos ambos, eran todavía menos infrecuentes. Tal vez por las facilidades que le brindaban esas relaciones o quizás por guardar miramientos que inspiraba la desigualdad de nuestras edades o acaso por escrúpulos que suscitaban en su ánimo nuestras anteriores confianzas políticas, lo cierto es que en vez de acercarse a mí directamente, para darle cumplimiento a la misión que le había encomendado Juan Bosch prefirió valerse, como intermediario, de mi hermano Rafael Américo.

—Te manda a decir Juan Bosch —me expresó cierto día mi hermano— que desde la Presidencia lo compulsan diariamente a que investigue si tú estás o no inscrito en el Partido Dominicano.

—Anjá.⁶

Trujillo le había enviado varios correveidiles a Enrique A. Henríquez porque sabía que él no se había inscrito en el Partido Dominicano, y que era ésa una de las condiciones para asumir la Presidencia de la Compañía de Seguros San Rafael. Pero el dictador aplicaba ahora el método oblicuo. Henríquez refiere en el

⁵ Enrique Apolinar Henríquez, *Reminiscencias y evocaciones*, Colección Pensamiento Dominicano, 1970, p. 272.

⁶ Ídem.

pasaje todas las diligencias hechas por Juan Bosch para lograr su aquiescencia. En otra ocasión, su hermano Rafael Américo Henríquez llamó nueva vez a su hermano para reiterarle la solicitud:

—Dice Juan —repitió— que la presión es tremenda, y que él evade el imprevisible desenlace. Alegando, sin saber, no haber encontrado hasta ahora la constancia de tu inscripción.

Desesperado por la ausencia de una respuesta, Bosch se presentó en las oficinas de la Compañía de Seguros San Rafael.

Cuando llegué encontré parado en la puerta, en mi espera, a mi amigo Juan Bosch. Yo me había provisto en el trayecto de un par de puros de calidad tan excelente que bien podían competir con los habanos. Descendí del automóvil, saludé efusivamente a Juanito y le obsequié el cigarro que no había encendido.

Subimos, silenciosos, las escaleras; y una vez en mi despacho, presagando algún motivo ingrato, le dije con afecto:

—Siéntate, Juanito.

Y al punto agregué:

—¿A qué debo el placer de tu visita?

Juan me miró fijamente con sus ojos de mirada inteligente; y tras breve pausa repitió con lujo de detalles lo mismo que ya, sucintamente, me había comunicado a través de mi hermano Rafael Américo.

—Juanito —le expliqué yo no he dejado de inscribirme por olvido ni por negligencia, sino por irrevocable y reflexiva decisión... No me he inscrito, no me inscribo y no me inscribiré.

Juanito me escuchó visiblemente emocionado. No dijo nada; pero parecía conturbado. Me estrechó la mano y partió.

No había avanzado más de seis u ocho pasos cuando percibí la reversión de sus pisadas. Me dirigí a la puerta que daba al pasillo de salida para recibirle nuevamente. Pero él se adelantó. Me tendió la mano, apretó mi diestra; y con patético aspecto que jamás olvidaré, exclamó:

—Por un hombre como usted daría yo hasta la última gota de mi sangre”.⁷

⁷ *Ibíd.*, p. 27.

Es probable que, utilizando la escasísima documentación relativa a los años que vivió encorsetado en la dictadura de Trujillo, se llegue a conclusiones totalmente injustas y extravagantes sobre su adscripción a la dictadura. Tal es el caso de las imputaciones que le hace Juan Isidro Jimenes Grullón,⁸ quien tilda a Bosch de corifeo trujillista. Pero esas reprobaciones quedan desmentidas por testimonios como éstos, y por las actitudes posteriores, asumidas por el escritor. Inmediatamente Bosch logra escapar de las garras de Trujillo, se transformó en el líder de la oposición en el exilio. Todo ello demuestra que esos documentos nacidos de las presiones no pueden ser utilizados como piezas de convicción.

El 27 de febrero de 1938 presenta su renuncia como Jefe de la Dirección Nacional de Estadística de la República Dominicana, y el 14 de marzo nace en Puerto Rico su hija Carolina Bosch García. No escribió Bosch unas memorias que puedan operar como una autobiografía. Sin embargo, al retratar la historia de cómo surgió el PLD, hizo unas anotaciones autobiográficas en *El PLD, un partido nuevo en América* (1989) que recogen las incidencias de su vida a partir de su salida de Santo Domingo, entonces Ciudad Trujillo, en 1938.

EL PLD, UN PARTIDO NUEVO EN AMÉRICA

No estaba en las miras de Bosch convertirse en político; sin embargo, al llegar a Puerto Rico se impregnó de la obra de Eugenio María de Hostos, transcribió los textos y dirigió la publicación de sus obras completas. De esos trabajos nacieron dos títulos: *Mujeres en la vida de Hostos* (1938) y *Hostos, el sembrador* (1940). Se

⁸ Juan I. Jimenes Grullón, *Juan Bosch al desnudo y Joaquín Balaguer al desnudo*, SD, Fundación Hostos, 1999, pp. 11-21. En la obra de marras que corresponde a los artículos publicados sobre Bosch y Balaguer, Jimenes Grullón publica documentos de Bosch apoyando a Trujillo, con vistas a tratar de desacreditarlo. En la obra se omiten las circunstancias de la naturaleza de la dictadura de Trujillo, y se finge, parejamente, ignorar la realidad a la que se hallaban sometidos todos los intelectuales que se hallaban en el país.

traslada a Cuba en 1939, y allí comienza su vida política, atraído por Cotubanamá Henríquez Lauranzón, hijo de Francisco Henríquez y Carvajal, quien lo invitó a fundar el Partido Revolucionario Dominicano el 26 de enero de 1939. Al llegar a Cuba, Bosch ya era una figura conocida. Sus cuentos se publicaban en la revista *Carteles*. Había dado a la estampa los libros *Camino Real*, *La Mañosa*, *Indios*, y le había expresado al propio Trujillo su rechazo de la actividad política, se concebía sólo como escritor.⁹ Calculaba Bosch que la persona ideal para dirigir el Partido Revolucionario Dominicano era el Dr. Juan Isidro Jimenes Grullón, era un intelectual de prestancia, nieto del Presidente Juan Isidro Jimenes y biznieto del prócer independentista y, además, Presidente en la primera república, Manuel Jimenes. Era ya un intelectual de reconocidas luces; se había formado en Francia. Esas apreciaciones resultaron infructuosas... Cotubanamá Henríquez que se había convertido en su cicerone en La Habana, alquiló habitación en una pensión próxima a su casa; se había casado con una hermana del senador Prío Socarrás, y su casa era un mentidero de todos los políticos del Partido Revolucionario Auténtico. En ese período inicial de su vida en La Habana se dieron a la estampa *La Mañosa* y *Hostos, el sembrador*. Dictó conferencias; participó en las tertulias políticas, y se le encargó estudiar las Constituciones con vistas a la redacción de la Constitución cubana de 1940.

⁹ “yo no estoy dispuesto a tolerar que la política desvíe mis propósitos o ahogue mis convicciones y principios. A menos que desee uno encarar una situación violenta para sí y los suyos, hay que ser político en República Dominicana. Es inconcebible que uno quiera mantenerse alejado de esa especie de locura colectiva que embarga el alma de mi pueblo y le oscurece la razón: el negro, el blanco, el bruto, el inteligente, el feo, el buen mozo: todos se lanzan al logro de posiciones y de ventajas por el camino político, ¿cómo es posible que no se comprenda que la política no es el arte al alcance de todo el mundo? La marcha de la sociedad la rigen los políticos. Ellos deben ser seis, siete; así es en todos los países y así ha sido siempre; nosotros involucramos los principios universales y exigimos que las mujeres, los niños y hasta las bestias actúen en política. Yo, que repudiaba y repudio tal proceder, vivía perennemente expuesto a ser carne de chisme, de ambiciones y de intrigas. Yo no concibo la política al servicio del estómago, sino al de un alto ideal de humanidad” (El PLD, *un partido nuevo en América*, SD, Alfa y Omega, 1989, p. 13).

Jimenes Grullón llegó a La Habana en 1941. Se instaló con su compañera la poetisa Julia de Burgos en la casa de Bosch. Bosch trabajaba de visitador a médico destinado a las provincias de Matanzas y Santa Clara, y logró emplear a Jimenes Grullón como visitador a médico para la provincia de Oriente. Además de visitador a médico, Bosch dirigía dos programas de radio en la estación CMQ —que era la más importante entonces—, uno era *Los forjadores de América* y el otro *Memorias de una dama cubana*. Pero a pesar de esas ingentes ocupaciones, comienza la organización del Partido Revolucionario Dominicano. Organiza algunas seccionales en Cuba, Nueva York, Caracas. El Congreso del Partido se celebraría el 29 de marzo de 1943. Las presiones de Trujillo comenzaron a sentirse de manera contundente. En Caracas, el presidente venezolano Isaías Medina Angarita obligó a los dominicanos a suspender la propaganda antitrujillista, y lo propio hizo el Presidente Fulgencio Batista, que había sido electo en 1940. Por esas circunstancias, el partido operó con otro nombre, Unión Democrática Antinazista Dominicana (UDAD).

Jimenes Grullón, que había sido sugerido por Bosch para presidir el PRD, se negó a refrendar la UDAD, y propuso que Bosch fuera Secretario General de la UDAD. Posteriormente y con la colaboración de los Maynardi Reyna, logró sacar a Bosch de Cuba, nombrándolo como delegado internacional del Partido y ello lo obligó a viajar por los países de América en las tareas del partido y abandonó su trabajo en Cuba para dedicarse completamente a la actividad partidaria. Jimenes Grullón, de temperamento egocéntrico, cuando sus posiciones comenzaron a ser puestas en tela de juicio, se alejó paulatinamente del partido, llegó incluso a instalarse nuevamente en Puerto Rico. Como delegado del PRD, Bosch visitaría Guatemala, México, Venezuela y en esos países conocería a los grandes líderes: Juan José Arévalo, de Guatemala; José Figueres, de Costa Rica; Rómulo Betancourt, de Venezuela. En esos años, la actividad política se había tornado en su ocupación principal. Era Secretario General del partido, y mantenía relaciones con los políticos democráticos del continente. Su vida de escritor iba a

pesar de todo viento en popa: en 1943 obtiene el premio de cuentos Hernández Cata por su cuento “Luis Pie”; se casa pocos días después con Carmen Quidiello y entró a trabajar como director de un periódico que publicaba el senador Carlos Prío Socarrás. Viaja por El Salvador, Panamá, México, denunciando los crímenes de la dictadura de Trujillo, y se convierte, prácticamente, en el líder más importante de la oposición. En 1945, viaja a Haití para recabar fondos para el derrocamiento de Trujillo, el Presidente Elie Lescot contribuye con 25 mil dólares, empleados para comprar tres aviones: un DC-3, un Cessna y un AT-3, utilizados en la expedición de Cayo Confites. El dinero sobrante, unos 3.000 dólares, se le entregó a su hijo Gérard, quien se hallaba en Canadá... El plan de Cayo Confites era enviar una avanzadilla que aterrizaría en La Piña, la finca de Juan Rodríguez, quien, además, contribuyó con 80 mil dólares, con los cuales se compraron las armas, los barcos y las municiones de la expedición de 1947. La expedición guerrillera organizada por Bosch fue descubierta; Trujillo extorsionó al Jefe de la Policía de La Habana, Genovevo Pérez Dámera, y éste se puso al servicio de sus intereses e hizo abortar la expedición. Las armas de Cayo Confites sirvieron para emprender la revolución de Costa Rica encabezada por José Figueres, quien llegó al poder por la vía armada, para contrarrestar el fraude realizado por Teodoro Picado contra aquel que presumiblemente había ganado las elecciones, Otilio Ulate. Tras el Gobierno de Figueres, la Asamblea Nacional de Costa Rica le entregó el poder a Ulate, y el PRD perdió un aliado importantísimo. Las operaciones llevadas a cabo por Juan Bosch en el exterior, hicieron que Trujillo comenzase una campaña contra su familia instalada en el país. En 1948, Carlos Prío fue electo Presidente de Cuba, y Juan Bosch se convierte en su secretario personal. Viaja por Costa Rica, México, Guatemala y Venezuela acompañando al Presidente electo. Posteriormente, llega en un avión fletado de armas, donadas por el Presidente Prío, para defender la revolución costarricense de las agresiones de la dictadura somocista. Por gestiones de Bosch, el Gobierno cubano presidido por Prío Socarrás, le concedió una ayuda de 250 mil dólares para

el Partido Acción Democrática. En conciliábulo con Prío Socarrás se había acordado que antes de que el sucesor de Prío tomase el poder, es decir, antes del 10 de octubre de 1954, el PRD recibiría toda la ayuda para derrocar al dictador Trujillo. Con esa ayuda, y con la cooperación de Venezuela, que Bosch había respaldado ampliamente llevándole en compañía de José Figueres la colaboración de 250 mil dólares, se lograría la expedición definitiva que echaría del poder a Rafael Trujillo en Santo Domingo. Pero el 10 de marzo de 1952 se produjo el Golpe de Estado de Fulgencio Batista, y esto constituyó un batacazo para la causa dominicana. Poco después, Bosch fue acusado de participar en el asalto al cuartel Moncada. Era una maniobra del entonces Jefe de inteligencia Ugalde Carrillo, con miras a servirle a Trujillo en bandeja de plata el líder de la oposición en el exilio, y trasladar a Bosch a Santo Domingo. La intervención de Enrique Loynaz del Castillo, que había sido testigo del matrimonio de Bosch, frustró esa maniobra

Un golpe de suerte se había producido en su favor: José Figueres había sido electo Presidente de Costa Rica, y Bosch fue a asilarse a la Embajada de Costa Rica, y allí se encontró con sus padres, que habían salido hacia ese país años antes, perseguidos por Trujillo, en represalia a las denuncias emprendidas por Bosch en el continente.

Hacia 1954, un grupo de guerrilleros entrenados en Costa Rica penetró en Nicaragua, encabezados por Pablo Leal, el dominicano José Amado Soler y Jorge Rivas Montes, por evitarle inconvenientes al Presidente Figueres, Bosch había sido el contacto con los guerrilleros. Al fracasar la expedición, el Gobierno de Nicaragua pidió la salida de Bosch de Costa Rica. De allí partió a Bolivia, donde vivió seis meses, y de La Paz salió a Santiago de Chile, donde publicó tres libros: *Cuba, la isla fascinante*, *Judas Iscariote, el calumniado* y *La muchacha de la Guaira y otros cuentos*. En Chile hizo amistad con Salvador Allende y Clodomiro Almeida. Y hasta Chile llegaron las zarpas de los esbirros Eufemio Fernández y Jesús González Cartas alias el Extraño. Ambos maleantes le pisaban los talones en Chile. De manera

que decidió poner en venta un negocio que había abierto para fabricar baterías y trasladarse a Molinos de Niebla donde concluyó *David, biografía de un rey*. Hacia 1955, Bosch se había transformado en el principal opositor internacional a la dictadura de Trujillo; todos los plumíferos del régimen escribían panfletos en su contra. Viaja a Europa, a Israel. De vuelta a Cuba, mantuvo un bajo perfil; era un empleado de una publicitaria. Había comenzado la guerrilla de Fidel Castro en la Sierra Maestra. Los cuerpos de seguridad de Fulgencio Batista lo detuvieron y amenazaron con entregarlo a Trujillo. Bosch logra asilarse en la embajada de Venezuela, pues el dictador Marcos Pérez Jiménez había sido derrocado. Inspirado en el Movimiento 26 de Julio capitaneado por Fidel Castro, Enrique Jimenes Moya, quien había sido combatiente de la Sierra Maestra, comienza a organizar un movimiento guerrillero semejante al de Castro para derrocar a Trujillo en la República Dominicana. El PRD no participó en la expedición guerrillera organizada por Jimenes Moya y José Horacio Rodríguez. Todos los expedicionarios llegados el 14 de junio de 1959 fueron capturados y posteriormente fusilados. Como represalia, Trujillo organizó el atentado al Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, el 24 de junio de 1960. A raíz del mismo, la dictadura quedó aislada rotundamente desde el punto de vista diplomático, las sanciones de la OEA, las rupturas de relaciones diplomáticas con Venezuela, Perú, Estados Unidos y las investigaciones emprendidas en los Estados Unidos por el secuestro del exiliado español Jesús de Galíndez y el rosario de crímenes cometidos para escamotearlo, comenzaron a aflorar. Bosch había analizado profusamente la naturaleza del régimen trujillista, y sabía que era un sistema personalista, que sólo Trujillo podría encarnar. Que ni sus hermanos, muchos de los cuales recibieron en varias ocasiones los mandobles del dictador; ni su hijo, el general Rafael Trujillo Martínez, que el dictador había vapuleado como incapaz en más de una ocasión, tendrían las cualidades necesarias para prolongar la vida del régimen. *“Muerto Trujillo, con él desaparecerá el trujillismo, porque ningun-*

no de sus herederos tienen condiciones para ocupar su puesto”.¹⁰ Esa tesis había normado el comportamiento de Bosch, que rechazaba las persecuciones en nombre del antitrujillismo. Una porción de los políticos había convertido el antitrujillismo sin Trujillo en una especie de salvoconducto político para crearse un heroísmo ficticio o labrarse una nombradía. Para Bosch, el trujillismo era esencialmente la obra de un hombre, a la vez malvado, ruin y excepcional, que llegó a sustituir y a encarnar al Estado dominicano. El 28 de diciembre de 1961 quedó formalmente disuelto el Partido Dominicano; era una fuerza política creada para servir los designios de un caudillo; al quedar acéfala, comenzó a desintegrarse.

Tras su llegada al país, el 20 de octubre de 1961, Bosch comenzó un programa de charlas políticas para educar al pueblo, y construir una sociedad democrática. Se dio a conocer como escritor, publicó *Cuentos escritos en el exilio* y *Más cuentos escritos en el exilio* y *Una interpretación de la historia costarricense*; participó en un sesudo debate con el Padre Láutico García quien lo tildó de comunista, y escribió *David, biografía de un rey*. No se concebía a sí mismo como un político *strictu sensu*, sino como un escritor metido en la actividad política.

Tras la muerte de Trujillo, el PRD enfrentó dos crisis. Primero la expulsión de Nicolás Silfa, quien le aceptó la cartera de Secretario de Estado a Balaguer, y la elección de Buenaventura Sánchez como vicepresidente en la boleta de Juan Bosch. Éste desestimó esa candidatura y en lugar de Sánchez se eligió como compañero de boleta a Armando González Tamayo. Resultó electo Presidente de la República, el 20 de diciembre de 1962; asumió la Presidencia el 27 de febrero de 1963.

Una vez en el poder, Bosch encabezó un gobierno respetuoso de las libertades públicas e hizo aprobar la Constitución de 1963, que consagraba las mayores conquistas del pueblo dominicano. El 25 de septiembre de 1963 sería derrocado por un Golpe de Estado militar y enviado a la isla de Guadalupe, desde donde se trasladó a Puerto Rico.

¹⁰ Juan Bosch: *El PLD, un partido nuevo en América*, SD, 1992, p. 88.

Tras su derrocamiento concluyó en 1964 la novela *El Oro y la Paz, Bolívar y la guerra social y Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, obra que retrata los acontecimientos padecidos por el país tras el golpe de Estado.

El 24 de abril de 1965 se produce una escisión en los cuerpos militares que logra derrocar al Gobierno de facto encabezado por Donald Reid Cabral. El grupo militar constitucionalista pedía el retorno de Bosch sin que mediasen las elecciones, mientras otro grupo, en cierto modo comprometido con el golpe de Estado, le hacía oposición. El 28 de abril, tropas estadounidenses desembarcaron en el país, y los constitucionalistas quedaron reducidos a un mini Estado, situado en la zona intramuros de la ciudad, pues las tropas interventoras colocaron un cerco numantino que hizo las veces de frontera. El centro de operaciones del Gobierno constitucionalista era el Edificio Copello de la calle El Conde. Bosch había renunciado desde Puerto Rico a la Presidencia de la que había sido depuesto para que asumiera el poder el coronel Francisco Alberto Caamaño.

La guerra de abril fue interpretada de modo distinto por cada uno de los grupos que participaban de la contienda.

- Para el PRD el conflicto quedaría zanjado con el retorno de Bosch al poder... Era ésa la reivindicación de los militares que se habían sublevado contra el orden establecido por el Triunvirato y era, además, la petición de los militantes del PRD, muchos de los cuales se habían organizado en comandos de resistencia a la intervención estadounidense y en fuerzas de apoyo al retorno de Bosch sin elecciones.
- Para los izquierdistas, se trataba de la revolución anunciada en sus catecismos políticos. Sin embargo, los actores políticos de izquierdas no tenían ningún control de los acontecimientos en el frente militar, ni en el frente político ni en el frente diplomático.
- Para los estadounidenses, se trataba fundamentalmente de un cálculo geopolítico. Había que evitar que surgiese otro Estado semejante al que encabezaba Cuba, la participación de

personalidades y de grupos de izquierdas fueron la coartada, para, amparados en una visión extravagante de esa influencia, emprender una intervención injustificada en el territorio de la República Dominicana.

- Para Bosch el desenlace del conflicto ponía en parihuelas sus relaciones con los Estados Unidos; no logró hacer buenas migas con Jonson. Tampoco se lo propuso. Eso hizo que los Estados Unidos apoyaran la candidatura de Joaquín Balaguer para las elecciones del 1 de junio de 1966, quien resultó electo Presidente. A partir de entonces sus relaciones con Estados Unidos serían tormentosas. En 1967, al año siguiente, dio a la estampa *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, obra en la se propone retratar la estructura de poder de los Estados Unidos y su influencia en la diplomacia y en la política internacional, pero en la que ya se advierte una crítica acerba a las guerras que libraban los Estados Unidos en el Sudeste Asiático. El PRD había sido concebido como un partido populista, desembarazado de preocupaciones intelectuales y Bosch se propone comprender la historiografía dominicana y del Caribe. Había llegado a la conclusión penosa de que el PRD se había transformado en un partido sin ideales y necesitaba hallarse fuera del teatro de la política para poder reflexionar y tomar sus decisiones. En 1967, se hallaba en el puerto venezolano de La Guaira, desde allí se embarcó para Benidorm (Alicante) a una finca de su amigo Enrique Herrera Marín. Allí escribió *Composición social dominicana*, y a seguidas comenzó a escribir *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, obra dada a la estampa en España en 1970, y concluida a mediados de 1969. En España, Bosch volvió a reencontrarse con su verdadera vocación que es la de escritor, y envió una carta de renuncia a la Presidencia del PRD. Una comisión llegada de Santo Domingo encabezada por Peña Gómez, Antonio Guzmán, Miguel Soto y Ludovino Fernández se presentó a su casa de Benidorm, y aun cuando no lograron convencerlo de que el PRD pudiera cambiar de rumbo, dejaron sin efecto la dimisión escrita días antes. Fue entonces cuando comenzó a concebir

un nuevo tipo de organización, que operaría con círculos de estudios, que tendrían como misión estudiar unos folletos que el propio Bosch escribiría, y la implantación de nuevos métodos de trabajo, entre los que figuraba la unificación de criterios, procedimiento en el que los miembros del Partido expresaban sus opiniones y aceptaban finalmente los criterios que salvaran la unidad operativa del Partido. Al regresar al país en 1970, se propuso rescatar el Partido. Tenía que recaudar fondos para pagar las cuentas de electricidad, servicios y personal; tenía que sacar de su local principal a vendederos y personas que se habían instalado a vivir en la Casa Nacional; tenía que apartar de la organización incluso personajes procedentes del Partido Comunista de la República Dominicana (PACOREDO) que habían hecho mancuernas con los dirigentes del PRD y tenían oficinas en la Casa Nacional, y manipulaban una porción de la dirección del Partido. El trabajo fue agotador: lanzamiento de la revista *Política: Teoría y Acción*, publicación en el país de *Trujillo, causa de una tiranía sin ejemplo*. Todos los trabajos de las publicaciones, de organización descansaban en el líder. Peña Gómez, que era el Secretario General del Partido, llegó al país el 2 de noviembre de 1972. Las vísperas de la llegada de la expedición del coronel Caamaño, en el mes de enero, Peña Gómez proclamó en Puerto Plata que las ametralladoras sonarían muy prontamente como en 1965. Como ya se sabía que Caamaño iba a venir al país, los servicios de seguridad del Gobierno le pisaban los talones a los dirigentes del PRD, e interpretaron que las palabras de Peña Gómez eran parte de una conjura organizada por el PRD... Hallándose reunidos en la casa de Jacobo Majluta el equipo de mando del partido, comenzó la operación de captura de la oposición, Bosch y Peña Gómez pasaron ambos a la clandestinidad. Concluidas las circunstancias políticas que condujeron a la inmolación del coronel Caamaño, Bosch decide renunciar del PRD. El 15 de diciembre de 1973 nace a la luz el Partido de la Liberación Dominicana, fundado con el apoyo de algunos seguidores que decidieron andar el nuevo ca-

mino. Bosch había contribuido a formar el Bloque de la Dignidad Nacional para contraponerse a las intenciones de Balaguer de mantenerse indefinidamente en el poder. Era un amasijo de partidos variopintos. Las elecciones de ese año debían celebrarse el 16 de agosto de 1974. Los partidos del Bloque de la Dignidad Nacional, que era parte de un frente amplio que incluía partidos democráticos, partidos de izquierdas y, desde luego, al PLD como fuerza hegemónica, habían acordado que Bosch hablaría una hora. Luego de esos acuerdos, se produjo un desprendimiento del MPD que decidió formar con Peña Gómez y el PRD el Acuerdo de Santiago. Posteriormente se añadieron varios oradores, en sesiones sucesivas, al punto de que el tiempo acordado a Bosch, el líder político más importante de todo el grupo, se redujo a 15 minutos. Además se produjeron otros incidentes: el orador que precedería a Bosch lanzó consignas que nadie había aprobado; la cadena de radio contratada para retransmitir el mitin cerraría en poco tiempo. Esas circunstancias hicieron que Bosch se retirara del mitin, recibiendo un torrente de críticas de los grupos que habían violado los acuerdos e incluso dentro de las filas de su partido.

EL PLD, LA NUEVA CONCEPCIÓN POLÍTICA

Muchas de las ideas que había concebido en París, cuando se proponía reformar el PRD no pudieron aplicarse en absoluto. La fundación del nuevo Partido le daba la oportunidad de señalar el rumbo y aplicar las concepciones políticas que bullían en su mente en aquel momento. En un texto que escribiera para aquella circunstancia, Bosch exponía cabalmente cuáles serían las características del Partido:

Estoy de acuerdo en que debemos cambiar los métodos de trabajo; debemos convertir el PLD en un partido de militantes, militantes que mueven a la gente, que estén siempre en contacto con la gente, que extraigan todos los días de esa gente alguna forma de apoyo al partido, sea un apoyo económico (a través de cosas que

valen 10 o 20 centavos como lo han hecho los compañeros del Comité Intermedio José Martí, de Cristo Rey, según nos explicó hace un rato el compañero Taveras) o sea un apoyo político, de tipo moral. Efectivamente nosotros tenemos que crear nuevos métodos de trabajo porque tenemos que hacer del PLD un partido diferente del PRD. El PLD tiene que ser un partido que haga cosas, no que se conforme con oír opiniones. Necesitamos que el PLD sea una fuerza viva; una fuerza que al mismo tiempo actúe sobre el pueblo y se apoye en el pueblo, y de esa manera le llevará al pueblo nuestros planes y nos traerá a nosotros las inquietudes del pueblo.¹¹

Las dos estructuras que servían de inspiración a Bosch eran el ejército y la Iglesia. Así queda manifiesto en sus propias declaraciones cuando se refiere a los orígenes del PLD:

Recordé de súbito cuando tenía nueve o diez años, estando en misa en la Iglesia de mi pueblo me di cuenta de que todos los sacerdotes hacían los mismos gestos, exactamente iguales, cuando se preparaban para dar a los feligreses la comunión, y también cuando ponían en la boca el símbolo del pan, y pensando en cuántos serían los mismos movimientos en un mismo día mi imaginación saltó de pronto a la disciplina militar, que era una sola para todos los soldados y oficiales de los países que yo conocía, y me pregunté a mí mismo por qué eso no sucedía en los partidos políticos a pesar de que todos como todas las organizaciones humanas, tenían o necesitaban tener líderes. El conocimiento de que tanto la Iglesia Católica como los ejércitos tenían siglos de vida me llevó a pensar que los partidos eran relativamente pasajeros, porque no aplicaban métodos de trabajo en sus actividades.¹²

Pero esas estructuras que servirían de cimientos al PLD operarían en un terreno pantanoso y difícil de construir, que era las ambiciones y sueños de la pequeña burguesía que constituía la mayoría del pueblo dominicano. En las tesis de Bosch, la pequeña burguesía que no tiene trabajo ni destino y que no encuentra qué hacer concibe la política como un medio de salir de su circunstan-

¹¹ *Ibíd.*, p. 120.

¹² *Ibíd.*, p. 121.

cia angustiosa, y ve la política como la fórmula mágica para salir de la pobreza:

esperaban que yo iba a ofrecerles la solución de sus problemas, que yo iba a dar en ese mitin la fórmula mágica que les permitiría vivir mejor-. Y resulta que los que esperaban eso de mí son personas políticamente atrasadas, pequeña burguesía sin horizontes en la vida, que no tenía posibilidad de trabajar porque no lo iban a hacer como propietarios y al mismo tiempo le es difícil hacer una profesión.¹³

Esa contradicción entre la pequeña burguesía y la naturaleza del Partido se echa de ver en muchas reflexiones realizadas por Bosch. Se trata de un problema de alto bordo, ¿debe el Partido dejarse dirigir por las masas o debe, como aprecia Bosch, dirigir a las masas? El político lo explica menudamente en sus meditaciones:

Los militantes de un partido... son los que dedican todo su tiempo, los que viven trabajando para ese partido; y la masa no hace eso; la masa no milita. La masa simpatiza y demuestra su simpatía yendo a un mitin o vota por el partido de su simpatía. “En vez de dirigir a la masa, el partido que quiera tener masa de parte suya deberá conformarse con ser dirigido por la masa, o lo que es lo mismo, tendrá que hacer siempre lo que le gusta a la masa”. “Lo que sucede en realidad en relación con los partidos y la masa de un país como el nuestro, o como cualquiera de los países que se parecen al nuestro es que la masa dirige al partido y no éste a la masa (...) Así pues, el partido tiene que actuar según lo que le conviene a la masa, y en la masa hay una gran parte que espera recibir, no dar, una parte que sólo da en los momentos críticos de la historia, como en una revolución, pero que fuera de esos grandes momentos críticos no actúa o actúa si no le cuesta muchos sacrificios.

A partir de entonces quedaba palmariamente acordado que el PLD sería un partido de militantes, y que, en contraste con el PRD, cuya única divisa ideológica era un vago antitrujillismo en boga en 1961, el PLD tendría una doctrina ideológica, la liberación nacional. De ello atestiguan estas consideraciones:

¹³ *Ibíd.*, p. 126.

*Es muy importante que se sepa, compañeros, que no puede haber partido en ningún país sin un líder nacional que imponga respeto; eso es una ley de la actividad política; así como no puede haber partido, realmente partido, sin una doctrina, sin ideología y sin organización. Esas tres condiciones son absolutamente indispensables para que haya un partido verdadero: líder nacional, doctrina y organización.*¹⁴

Los afiliados del partido serían, esencialmente, militantes. Primero entraban en el noviciado como circulistas; luego pasaban ellos mismos a formar y dirigir círculos de estudios, y posteriormente, ya como directores de círculos, pasaban a la categoría de miembros de los comités de bases, que son la célula básica del partido, que se agrupa en los comités intermedio y, en otros casos provinciales, en los comités municipales. De los presidentes de los comités intermedios se eligen a los miembros del Comité Central, y de estos un pequeño grupo pasa a formar parte del Comité Político, máximo organismo del Partido. El 15 de agosto de 1974 se dio a la estampa el periódico *Vanguardia del pueblo*, organismo de comunicación del PLD que recogía las quejas del pueblo, las denuncias de corrupción, artículos y entrevistas de formación política, cubiertas generalmente por el propio líder del Partido, una página de literatura, donde se daba cuenta de escritos realizados por alevines de poetas y escritores que militaban en el Partido. El periódico era la expresión de la línea y la posición del Partido en todos los temas nacionales:

*“Lo que toca hacer a un miembro del PLD en Santiago se hace exactamente igual en Barabona, pero debo decir que la semejanza en el cumplimiento de las tareas políticas produce igualdad en el uso del lenguaje, y los que hablan con las mismas palabras piensan con las mismas ideas”.*¹⁵

Los militantes del PLD tienen en esa tesitura una doble tarea: primero, la de formarse intelectualmente: debe conocer cómo

¹⁴ *Ibíd.*, p. 132.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 148.

se fue fraguando la independencia nacional, cómo surgió Pedro Santana desde el anonimato para convertirse en el personaje más importante en los primeros años de la República y por qué acabó siendo lo contrario de lo que fue a comienzos de la Independencia; tendría que conocer, además, cómo se forma el Estado, qué es un Estado anómalo, etcétera. Segundo, la faena política más importante es la organización de los círculos de estudios. Estos, a su vez, constituyen los comités patrióticos, estructuras de simpatizantes y gente que apoya el Partido, y se dedican a la venta del periódico del Partido, correa de transmisión con la población. El Comité de Base cumplía, asimismo, otras funciones como la de la Secretaría General, Educación, Finanzas, Secretario de Actas y Correspondencias y Encargado de Propaganda. El Partido se expresa y existe por esos organismos. Así concibió la política Bosch desde 1973 cuando funda el PLD hasta su muerte acaecida en el 2001... Al examinar los fragmentos de su biografía expuestos en esta obra queda manifiesto que la política no era la inclinación primaria asumida por Bosch; se había formando desde sus años mozos como escritor, y tras la publicación de dos obras (*Camino real*, una colección de cuentos, y la novela *La mañosa*) le había jurado lealtad a esa vocación que le había dado frutos precoces. Para no quedar atrapado en las corazas partidarias del trujillismo sale del país en 1938, sin saber que con ello caería de lleno en la actividad política. Durante los años del exilio, el político y el escritor compartirán el escenario americano. Ulteriormente, ya instalado en el país se dedicará al examen sociológico e historiográfico y a sus escritos políticos, y el escritor de ficciones quedará completamente eclipsado.

CUBA, LA ISLA FASCINANTE (1955)

En 1939, Juan Bosch llega a Cuba procedente de Puerto Rico. Dos circunstancias lo han llevado hasta La Habana. La primera, la editorial que daría a la estampa las obras de Hostos en las que había trabajado desde hacía un año, se hallaba en aquella ciudad

y la segunda, es que meses antes se había presentado en Puerto Rico Cotubanamá Henríquez, quien lo había instado a formar el Partido Revolucionario Dominicano.

En Cuba, se desempeña como visitador a médico; escribe guiones de radio para la CMQ y publica cuentos y artículos en la revista *Bohemia*; obtiene varios premios y reconocimientos: El premio Hernández Catá de cuentos, en 1943; el premio Hatuey en 1944. En Cuba, se casa con Carmen Quidiello; organiza la lucha contra la dictadura de Trujillo; participa en la expedición abortada de Cayo Confites; nace su hijo Patricio Bosch Quidiello, en 1946, Bárbara, la segunda hija del matrimonio, nacería en 1951, en San José (Costa Rica). En 1952, logró sacar a sus padres del país que habían sido hostilizados por el dictador Trujillo durante varios años. Se establecieron en Costa Rica. De 1953 a 1956, vive en Costa Rica, Bolivia, Chile y Venezuela. De los 24 años de exilio, Bosch permanecerá en Cuba 19 años, conocerá a fondo los grandes personajes y la política cubana, llegaría a ser Secretario Particular del Presidente Prío Socarrás, redactor de la Constitución de 1940 y principal figura del exilio dominicano y un escritor laureado. De su experiencia cubana nace la obra *Cuba, la isla fascinante* dada a la estampa en Chile en 1955. La obra había sido escrita en 1951, y se preparaba una edición cubana, pero el golpe de Estado de Fulgencio Batista echó por tierra la publicación y el autor tuvo que establecerse en Costa Rica en 1953. Ese periplo lo llevaría ulteriormente a Chile. Cuba representa una porción principalísima en la biografía de Bosch. El autor concibió la obra en tres grandes porciones.

- La primera parte narra acontecimientos historiográficos emblemáticos de Cuba, la descripción de la ciudad de La Habana con sus palacetes, blasones y monumentos, sus puertos de placer y la descripción de los estilos de vida de sus gentes. Luego nos lleva en periplo por las provincias, por sus valles, sus lagos e archipiélagos. Cada uno de los lugares le trasunta un episodio de la historia de Cuba: la guerra hispano cubana, la explosión del Maine, la derrota del almirante Cervera en el Puerto de Santiago de Cuba.

En algunas ocasiones el autor toma un tono enciclopédico. Así, al hablar de Daiquiri, “*En la noche del 20 de junio tropas cubanas asaltaron y tomaron Daiquiri; en la mañana comenzaron a desembarcar los soldados de Shafter. De manera que fue Daiquiri, pequeño puerto perdido en las aguas del Caribe y lomas ferruginosas, el lugar escogido por la historia para que hiciera planta el poder militar llamado a rematar en América un imperio de cuatro centurias. Daiquiri se conoce hoy en todo el mundo, pero no a virtud de ese hecho, sino porque allí nació el cóctel que había de universalizarse pronto. A mí me tocó conocer al padre de tal cóctel, el mismo que por primera vez lo hizo en el mostrador de un cafetucho visitado por marinos en el puerto que le dio su nombre. Murió en La Habana, allá por 1940, mientras sacudía cocteleras en la barra del Hotel Plaza. Era ya un anciano cuando le llegó su hora de rendir cuentas al Dios de los bebedores, y los que fueron sus habituales parroquianos en sus últimos años le acompañaron al Cementerio de Colón entre eructos de ron mezclado con azúcar, zumo de limones gotas de amargo*”.¹⁶ Las calas geográficas son empleadas para escoger con tiento los episodios que el lector debe atesorar como porción de una antología de acontecimientos importantes. Así nos describe la participación en la guerra hispano norteamericana librada en el campo de batalla cubano de un soldado que llegaría a ser presidente de Estados Unidos: “*En el Caney, que domina un panorama de tierras llanas y fértiles, las fuerzas españolas, al mando del general Vara del Rey, resistieron más de ocho horas de bombardeos incesantes, sólo amparadas por las defensas del fuerte El Viso, que todavía, desmanteladas, desafían la lenta y destructora artillería de los años. El fuego español fue criminal en Las Lomas de San Juan, donde al final se impuso el valor de los atacantes, entre los cuales descolló la expresión fiera y el talante imponente de Teodoro Roosevelt*”.¹⁷

- El segundo eslabón de la obra lo constituyen los actores. Bosch explica cabalmente cómo se fue formando la identidad del cubano, cada uno de los componentes, africano, indígena y español fueron abandonando progresivamente sus particula-

¹⁶ Juan Bosch: *Cuba, la isla fascinante*, Santiago de Chile, 1955, pp. 84-85.

¹⁷ *Ibid.*, p. 86.

rismos para constituir la diferenciación que ha hecho entrar en la historia al cubano. Esa manifestación aparece en el escenario histórico. Primero como expresión de la defensa del territorio de los ataques extranjeros:

“Durante la primera mitad del siglo XVII, los cubanos, negros y blancos y mulatos juntos, cansados de padecer ataques y asaltos de piratas, se lanzaron a piratear por el mar de las Antillas; lo cual indica que si empezaron unidos en una tarea de defensa de sus nacientes centros de población y de trabajo, unidos llevaron también la tarea de ataque al enemigo común, más allá de las costas cubanas. Además, aquel aislamiento de que ya se habló, obligaba a las autoridades a tomar en cuenta en caso de actuar sin instrucciones o respaldo de España. En una palabra, el hecho cubano fue diferenciándose del hecho español, demandando un tratamiento para sí, distinguiéndose en el mapa del vasto imperio americano. Al terminar el siglo XVII, Cuba era ya Cuba, aunque ella misma lo ignorase”.¹⁸

Aun cuando el autor advierte la presencia de los rasgos nacionales en las horas tempranas del siglo XVII, la primera muestra de ese carácter se echa de ver en el siglo XVIII: *“la primera manifestación organizada de esa diferenciación de carácter, a la vez económico, político y social, se produjo en 1717, cuando quinientos o seiscientos vegueros, esto es, productores de tabaco, entraron en son rebelde a La Habana, sin que los rechazara la guarnición, que fue tomada de sorpresa por asaltantes. Sucedió que en España, gobernada por Felipe V, se quiso organizar la hacienda real; Luis XIV, el Rey Sol, envió a su nieto con comisionados franceses para llevar a cabo esa tarea, y éstos aconsejaron establecer el monopolio del tabaco. Los vegueros se rebelaron, destituyeron al gobernador de la isla, lo metieron en un barco, junto con los funcionarios del monopolio, y lo enviaron a España”*.¹⁹ El autor hace inventario de las demostraciones del sentimiento nacional durante la etapa colonial española, para llegar a establecer el perfil nacional cubano: *“El último censo de la centuria arrojaba*

¹⁸ *Ibíd.*, p. 91.

¹⁹ *Ibíd.*

*una población superior a doscientos setenta y dos mil habitantes, masa grande para la época en una colonia española. Entre esos doscientos setenta y dos mil hombres y mujeres, niños y ancianos, blancos que eran amos, blancos que no lo eran; negros que eran esclavos y negros que eran libres, mulatos, extranjeros, españoles, seres que sufrían y amaban y luchaban estaba ya formado el núcleo de la nacionalidad”.*²⁰ Todo el meollo de la formación del cubano se halla cabalmente expresado en esos fundamentos históricos que llevaron al pueblo cubano, primero a constituirse como una comunidad de cultura, luego como una comunidad de intereses y finalmente a constituirse como una comunidad de destino y a proclamar intereses comunes. Quedaban otros aspectos que no habían sido trasegados por el sistema colonial español y que comenzarían a resquebrajarse con la invención de la máquina de vapor: “Después del día en que, hacia 1819, un ingenio cubano produjo azúcar con máquina a vapor, esa máquina haría antieconómico el mantenimiento de los esclavos; y tal hecho iba a desencadenar los acontecimientos que comenzaron en 1868 y durarían hasta el 1933”. Toda la contradicción incubada por el régimen esclavista principió a naufragar durante la etapa de la lucha de independencia. Aun cuando se ha mostrado fehacientemente la existencia de su sentimiento nacional, ese hecho no traería *ipso facto* un deseo de independencia, y tras las guerras de independencia hispanoamericanas que van de 1810 a 1830, nacen tres corrientes diferenciadas en Cuba. Los anexionistas que considerarían que una alianza con los estadounidenses resultaría necesaria al porvenir de la isla; los autonomistas, concebían un régimen de libertades sin romper los lazos con el Estado español, y luego se hallaban los independentistas a secas. El autor muestra en gruesas pinceladas los precursores de la independencia: el poeta Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés), el venezolano Narciso López, creador de la bandera cubana, quien capitaneó la primera expedición liberadora y el abogado Carlos Manuel de Céspedes.

²⁰ *Ibíd.*, p. 92.

des, Ignacio Agramonte y Francisco Vicente Aguilera. Posteriormente introduce en el escenario a las tres grandes figuras de la independencia de Cuba: a José Martí, al general Antonio Maceo y al generalísimo Máximo Gómez. Los episodios que se cuentan con pulcritud y esmero, están llenos de escenas extraordinarias, como el que se refiere a la preponderancia del himno de Bayamo, conocido como la bayamesa: *“Durante la toma de Bayamo, ocurrida en los inicios de la guerra, el pueblo cantó por vez primera, con la letra actual, la canción nacional, que aún en nuestros días se llama Himno de Bayamo. La había compuesto con anticipación Perucho Figueredo, hacendado, poeta y músico. La escribió expresamente para que al estallar la revolución se convirtiera en el canto de guerra de los cubanos libres; y sin darle letra la fue haciendo popular en todos los círculos de la ciudad (...) Perucho Figueredo murió en el patíbulo, como murieron millares de cubanos”*.²¹ Otro aspecto que se echa de ver son las complejas relaciones que mantendrán los Estados Unidos y Cuba. Tras la capitulación de España, después de que las tropas estadounidenses hicieran añicos la flota del Almirante Cervera, los Estados Unidos ocuparon durante cuatro años la isla e impusieron la odiosa Enmienda de Platt. El autor lo compendia en esta reflexión: *“Pues de su posición de colonia española el país pasó al grado de semicolonias; y hasta que se dio la victoria de la llamada 'revolución de 1930' no pudo romper los invisibles muros del semicolonialismo”*.²² Muchos de los rasgos del pensamiento de

²¹ *Ibíd.*, p. 108.

²² *Ibíd.*, p. 127. El autor precisa lo siguiente: “En 1898, por fin, intervinieron en la guerra y ocuparon militarmente el país durante cuatro años. Al abandonarlo dejaron pendiente sobre el cuello de la naciente república la Enmienda Platt, en virtud de la cual podían volver, en ciertas condiciones, que los inversionistas estaban en aptitud de provocar cuando quisieran, tomar posesión militar de la isla; además, establecieron la base naval de Guantánamo y fue sólo en 1925, cuando se aclaró la situación de isla de Pinos, el más importante de los territorios adyacentes de Cuba” p. 128. A esta visión sombría se añade el hecho de que la mayoría de los ingenios azucareros del país, espina dorsal de toda la economía de la isla, eran propiedad de compañías estadounidenses. El control económico y el control político de la isla quedaba reforzado por un control jurídico que aseguraba un control militar. Es, en vista de ello, que Bosch se refiere a Cuba como un Estado semi colonial.

Juan Bosch se muestran en esta obra como los frescos de un friso romano.

1. Su oposición resuelta a las manifestaciones de la supremacía estadounidense, que tiene en muchos casos los aspectos de un poder imperialista.²³
2. En varios pasajes de la obra, el autor hace críticas veladas a la insuficiencia del capitalismo para darle respuesta a los problemas de Cuba; su visión conectada con el ideal socialista, aun no se había completado; pero su crítica acerba a la dominación semi colonial que padece Cuba, sus innegables simpatías con la revolución de 1933²⁴ de Grau San Martín; su vinculación con la Constitución de 1940, de la cual fue uno de sus redactores, serán las pilastras de sus ideas

²³ “Por uno de esos fenómenos históricos que sólo aciertan a comprender el político o el filósofo, los propios jefes del Ejército Libertador, que alcanzaron el rango de Presidentes de la República sirvieron de instrumentos para la esclavización del país. Trepando sobre los hombros de sus compañeros y de su pueblo, alcanzaron el poder para disfrutarlo o para ejercerlo como mayores de la flamante metrópoli. Esto es cierto para todos, desde don Tomás Estrada Palma hasta Gerardo Machado, el último de los presidentes títeres de aquel período. Don Tomás, hombre honesto en la administración de los fondos públicos, tiene, sin embargo, un final lamentable, casi ignorado por el pueblo: solicitó una intervención militar norteamericana en 1906 y dejó al país sin instituciones, mediante una maniobra legalista incalificable, para que la República cayera, sin lucha y sin gloria, deshecha a los pies de los soldados del Tío SAM.” (Edición chilena, p. 129)

²⁴ “El Gobierno revolucionario desconoció la Enmienda Platt, autorizó la organización de los obreros y reconoció el derecho a la huelga; proclamó la igualdad de la mujer con el hombre y prohibió la discriminación; consagró el derecho del cubano al trabajo exigiendo que cada nueva plaza se le diera a un natural de la isla —y para poner en vigencia tal decreto, embarcó hacia sus países de origen a cientos de miles de antillanos, cortadores y millares de españoles dependientes de comercio—; sometió las centrales a la ley cubana; les prohibió usar subpuertos privados para importar y exportar, declaró zonas urbanas las pequeñas poblaciones nacidas a la sombra de los ingenios; rebajó el precio de la energía eléctrica y los alquileres de casas; limitó las horas de trabajo y regularizó la de las mujeres y los niños; estableció jornales mínimos muy por encima de los habituales y respetó todas las libertades públicas. En cuatro meses escasos puso en manos del pueblo las fuentes de riquezas y de trabajo y redujo el poder de los grandes capitalistas extranjeros a los límites que debían tener en un país que dejaba la dependencia semicolonial. Con tales decretos quedó consagrada la revolución liberadora. Ya Cuba era de los cubanos, aunque en detalle hubiera mucho que hacer todavía.” (Edición chilena, p. 139)

políticas a principios de 1950, y constituirán los cimientos del pensamiento político del fundador del Partido Revolucionario Dominicano. Muchos de estos razonamientos que son el santo y seña de una revolución de liberación de las ataduras a la hegemonía del poder estadounidense, aparecerán en sus discursos políticos durante su etapa de Presidente y líder del PRD, se hallan cabalmente expuestas en la *Dictadura con respaldo popular*, en la que tiene primacía la recuperación de los atributos soberanos del Estado, el desarrollo de una burguesía nacional, la ruptura con dependencias extranjeras que mellen o limiten la independencia nacional y la aplicación de una política al servicio de la mayoría del pueblo, y no doblegada a los intereses de los poderosos.

3. El retrato que hace Bosch de los políticos define otros de los rasgos de su visión política. El modelo con el cual suele comparar la actividad política lo extrae de las enseñanzas de José Martí, el apóstol de la independencia de Cuba. La política al servicio de las personas, no el servirse de la política para disfrutar el poder como sibaritas o para enriquecerse, olvidándose de los compromisos hechos a la patria. La política debe ser ara, lugar de esfuerzo, y no pedestal para enseñorearse.
4. Otro rasgo que ya aparece copiosamente en *Cuba, la isla fascinante* es su tendencia a introducir elementos psicológicos en el examen historiográfico.

Probablemente esta influencia se ha incubado en las lecturas de Herrera Luque, pensador venezolano, cuyas obras teñidas de explicaciones de esta índole tuvieron gran peso. Los retratos de los políticos muestran el conocimiento que tenía de los hombres Juan Bosch ya en 1950. De Fulgencio Batista, quien gobernó Cuba durante 11 años, tras el golpe de Estado contra Grau San

Martín,²⁵ nos dice lo siguiente: *“hombre de coquetería casi femenina está siempre en pose, cosa que no es normal en Cuba; su voz baja no es la habitual en la isla; su acento resulta cortante, y el del cubano es dulce y suave. Pero donde menos parece cubano es en su conducta. El peor de los cubanos se respeta a sí mismo y respeta los valores morales que hacen posible la convivencia entre gente civilizada, como son el odio al crimen, el odio a la traición, el odio a la calumnia... Fulgencio Batista tiene como medios constantes de su acción política el crimen, la traición y la calumnia. El cubano es brutalmente sincero. Fulgencio Batista es un simulador a toda hora”*.²⁶ De Ramón Grau San Martín, el jefe de la Revolución del 1933, nos dice lo siguiente: *“Pues ese médico, hijo de españoles y con ligero acento peninsular en el hablar, resultó rotundamente cubano; y no habiendo ejercido la política al uso, tenía el instinto de lo que era el poder. Ejerciendo ese instinto gobernó con la arbitrariedad de los revolucionarios pequeño burgueses (...) demoliendo minuto por minuto las murallas semicoloniales que limitaban el progreso de Cuba”*.²⁷ De Carlos Prío Socarrás, el segundo Presidente, postulado por el Partido Revolucionario Auténtico, al cual pertenecía Grau San Martín, nos da esta pincelada: *“Carlos Prío Socarrás, que llegó al Palacio Presidencial de cuarenta y cinco años, precedido por un pasado de luchas y experiencias de legislador y de gobernante. Alto, de cabeza encanecida, perfil judaico y sonrisa fácil, con conocimientos de los problemas del Estado y habilidad política, pero sin temperamento de gobernante, mantuvo las conquistas sociales de su predecesor; amplió su plan de obras públicas, sostuvo el prestigio internacional de Cuba y las libertades democráticas y creó instituciones fundamentales llamadas a afirmar el desarrollo económico del país y garantizar la honestidad administrativa. (...) Esa desgracia del Presidente Prío se reflejaba en el partido auténtico (...) el gobierno*

²⁵ No nos referimos explícitamente al segundo golpe de Estado que le llevara al poder en 1952, porque pertenece a una etapa no incluida en el libro. Batista fue derrocado en 1959, tras el triunfo de la guerrilla dirigida por Fidel Castro. En su segundo período permaneció siete años en el poder. En el primer período, de 1934 a 1945, fue derrocado en las urnas por Grau San Martín.

²⁶ *Ibíd.* (Edición chilena), p. 145.

²⁷ *Ibíd.* (Edición chilena), p. 138.

y sus adeptos se dejaban ganar por la campaña de los adversarios".²⁸ Bosch subraya que tras las campañas moralizadoras emprendidas por el propio gobierno de Prío Socarrás, se desató una desconfianza generalizada en la sociedad, que se llegó a pensar que todo aquel que se entrevistase con el Presidente, se convertía en millonario. De este modo se llega a comprender las circunstancias de la muerte de Eduardo Chibás, líder ortodoxo, que se hallaba a punto de ser favorecido en la elección presidencial: "Los *partidarios de Chibás han cometido el error de achacar la causa de su muerte al cerco dialéctico, fríamente ejecutado, en que lo encerró Aureliano Sánchez Arango, por esos días Ministro de Educación en el Gabinete de Prío Socarrás. Nadie usaba esa arma más que Chibás, paradigma del desinterés en asuntos de dinero, que había nacido rico, había actuado en política usando sus bienes privados, había hecho su carrera sin usar el sargento político (el buscador profesional de votos) y predicaba honestidad con verbo quemante. Uno tras otro, los líderes auténticos fueron cayendo bajo la palabra demoledora de Chibás. Pero tuvo una polémica con Sánchez Arango, y Sánchez Arango no sólo era tan desinteresado en asunto de dinero como su antagonista, sino que además era un estratega político de implacable frialdad. En el ardor de la lucha Chibás cometió el error de llamar a Sánchez Arango deshonesto. El acusado pidió pruebas. Chibás no podía ofrecerlas y él lo sabía*"²⁹ Chibás, pensando que había perdido la fe del pueblo, se autoinmoló de un pistoletazo en la cabeza delante de las cámaras de televisión. La mirada de Bosch se pasea por cada aspecto que considera trascendente. Así las apostillas compendian comentarios sobre personajes de la historia y de la vida cubana. Se detiene en Carlos J. Finlay, el que descubrió que la fiebre amarilla se transmitía por el mosquito vector, científico de renombre mundial; y en los reformadores sociales como Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Varona, en el historiador José Antonio de Saco, en los músicos Brindis de Salas, Ignacio Cervantes, Sánchez Fuentes y en el erudito antropólogo Fernando Ortiz y en otros.

²⁸ *Ibíd.*, edición chilena, p. 142.

²⁹ *Ibíd.*, edición chilena, p. 143.

- En la tercera porción de la obra el autor se concentra en el viaje al mundo interior, aun cuando dedica dos extensos capítulos al contrapunteo del tabaco y del azúcar, los dos cultivos que habían constituido la organización económica y social de la sociedad cubana. Bosch nos describe el carácter nacional cubano en una suma de rasgos:
 1. *el cubano padece de un mínimo de inhibiciones; y eso lo inclina a la inconsciencia; no hay nada que un cubano no se sienta capaz de hacer.* Se apoya en ejemplos historiográficos para demostrar sus razonamientos,³⁰
 2. todo lo que parezca convencional le molesta;
 3. *todo el sentimentalismo del cubano se crece a favor de la víctima o del perseguido; y tenga razón o no, el perseguidor;*
 4. *el individualismo cubano llega hasta las fronteras de la convivencia, y jamás las traspasa;*
 5. *el sentido de la convivencia, el hedonismo y la sinceridad, la inconsciencia con su secuela de escasa cortesía, todas esas manifestaciones resultan lógicas y naturales en un pueblo que detesta ocultar complejos;*³¹
 6. otros elementos que se aderezan a esta lista son la “coba”, llamada el azúcar de la convivencia y el “relajo” que muestran el amor del cubano por la falta de rigor.

De todos los elementos de psicología social del pueblo cubano el hedonismo constituye la quintaesencia, de donde resulta un gusto desenfrenado por los placeres, el culto al cuerpo y un ansia de amar y de ser amado... Además de estos rasgos el autor describe

³⁰ “Fulgencio Batista fue un inconsciente cuando, a la cabeza de sargentos y cabos, sublevó el ejército y la marina en un país que contaba con distinguidos oficiales de escuela; los cubanos que se alzaron contra España eran inconscientes cuando se enfrentaron, sin más armas que algunos viejos fusiles y sus machetes libertadores, a ejércitos aguerridos, organizados y compuestos por millares de bien pertrechadas tropas. Lo admirable, y a menudo incomprensible en Cuba, es que un mal como la inconsciencia resulte a veces transformado por ese pueblo en una virtud” *Ibíd.*, edición chilena, p. 173.

³¹ *Ibíd.*, edición chilena, p. 184.

con toda menudencia los sincretismos religiosos, surgidos de la presencia dentro de la religión católica de la santería, que es una compleja red que incluye una multitud de orishas o deidades africanas, una explicación religiosa integral, métodos curativos y empalmes con el espiritismo y la brujería. Bosch anota que “*el pueblo cubano es católico, brujo y espiritista. Ha creado, pues, su religión*”.³² Pero la religiosidad como los demás elementos de su cultura se hallan empotrados de hedonismo. De las ceremonias pagano religiosas han surgido la música y el baile, donde tiene primacía el substrato africano: el mambo, el guaguancó, el son, el danzón, la guaracha. Ese periplo introspectivo por los territorios de la mentalidad del cubano completa el conocimiento de Cuba.

Cuba, la isla fascinante desempeña un papel fundacional en la formación de Bosch. Al igual que el conocimiento de la obra de Eugenio María de Hostos emprendido durante su estancia en Puerto Rico, el descubrimiento de Cuba, el examen de sus grandes hombres, de sus políticos, de sus artistas, ha alimentado su experiencia de sociógrafo, al punto de que pueden columbrarse muchos de los pilares que luego sirvieron de escabel a otras reflexiones como *Composición social dominicana, Crisis de la democracia en América, De Cristóbal Colón a Fidel Castro*. En estas obras se retoma el ovillo que ya aparecía, en ciernes, en algunos pasajes de *Cuba, la isla fascinante*. Pero, además, se echa de ver en su experiencia cubana su conocimiento cabal de la política, de los hombres y muchos de los rasgos que ya se atisban durante su etapa de Presidente de la República, y cuando se inicia formalmente como líder político del pueblo dominicano.

VIAJE A LOS ANTÍPODAS (1978)

Tras el golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963, se produce en Bosch una transformación ideológica fundamental. Bien es verdad

³² *Ibíd.*, p. 205.

que muchas de las ideas que se exponen en la primera evaluación de esta circunstancia recogida en *Crisis de la democracia en América* (1964), ya se hallan presentes, aunque en sordina, en *Cuba, la isla fascinante* (1955). La guerra de Vietnam y sus repercusiones en Laos y Camboya, la intervención militar del 24 de abril de 1965 en Santo Domingo y el respaldo sin reservas que dieron los Estados Unidos a gobiernos dictatoriales y regímenes de fuerzas so capa de que estaban contraponiéndose a la expansión del comunismo, produjo una ruptura con una porción del liderazgo latinoamericano y los Estados Unidos...

El teatro internacional se halla dominado por el enfrentamiento entre las dos potencias hegemónicas: los Estados Unidos y la Unión Soviética (URSS). Esta circunstancia nace del final de la Segunda Guerra Mundial (1945) hasta la disolución de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín (1989), y se caracteriza por la carrera armamentista emprendida por ambas potencias; el lenguaje altisonante de los campos de combate: el Pacto de Varsovia, que agrupaba a los países del campo socialista, y la OTAN, que reunía a las democracias capitalistas. Los expertos en geopolítica llamaron esta etapa la Guerra Fría. En realidad, el teatro de la guerra se había desplazado a otras zonas del mundo: al sudeste asiático, donde se llevaba a cabo una guerra combinada. Por una parte, era una guerra contra los remanentes del colonialismo europeo implantado en Asia, guerra de independencia de Vietnam y de la llamada Conchichina contra el imperialismo francés, vencido en la batalla de Dien Bien Phu; la guerra de Corea, que produjo la secesión del país en dos Estados rivales y las guerras anticoloniales en África, que, en muchos casos, constituyeron gestas combinadas. Por una parte, se combatía contra la presencia colonial, por ejemplo, de Portugal, en Angola, Mozambique y Guinea; y, por otro, los movimientos de liberación, aupados y armados por la URSS, luchaban por establecer repúblicas socialistas. En 1967, tras dos años de la guerra de abril del 1965, da a la estampa *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, un examen de la política exterior estadounidense, definida como una nación guerrera y opuesta a la paz mundial; en 1968 viaja por los países del Este y mantiene reuniones con los grandes líderes del

campo socialista: el mariscal Joseph Tito, Kim Il Sung, en Corea del Norte; Chou en Lai, en China; Phan Van Dong, en Vietnam; en Camboya, alternó con el Príncipe Norodom Sihanuk. Sus viajes a los antípodas, Corea, China, Camboya, Vietnam definen el derrotero que ya ha tomado su pensamiento político. No hay duda que estas personalidades influyeron en su visión geopolítica, pensaba ya cabalmente que las transformaciones sociales que debían hacerse en el país, había que asociarlas a un movimiento de doble vertiente: la liberación del colonialismo empotrado en nuestras relaciones internacionales de vasallaje, acompañada de una revolución social. Son las ideas que luego pondrá en práctica al fundar el Partido de la Liberación Dominicana (PLD) en 1973. Las vísperas de la renuncia del PRD, había proclamado que “no moriría en la mentira, y que era marxista, aunque aún no era leninista”.

En ese período llegó a fraguar la idea de que la democracia representativa, tal cual la conocemos en la América latina, no podía garantizar el bienestar, la justicia y la felicidad de la patria. Aun cuando rechaza las formas de llegar al poder por métodos violentos: la guerrilla, el golpe de Estado, el pronunciamiento militar, concibe, como objetivo esencial, un régimen liberal, burgués, nacionalista, que pueda constituirse en la antesala de la implantación de un régimen socialista. Esas ideas se hallan cabalmente expuestas en *La dictadura con respaldo popular* (1967).

El PRD, partido que ha sido fundado para combatir a Trujillo, que carecía de fundamento ideológico, era el escenario de un mar de ambiciones personales, a las cuales Bosch no podía dar respuesta. Se propuso, inicialmente, transformar el Partido, creando los círculos de estudios, la revista *Política: teoría y acción*. Pero el apoyo dado al Secretario General del partido por el Departamento de Estado estadounidense y la aureola que le dieron los líderes de la Internacional Socialista le hicieron albergar la idea de que podía conducir los derroteros del PRD por los senderos tradicionales de la lucha electoral. Esa lucha encarnizada entre los dos líderes del PRD, Bosch que tratará de encauzar el Partido por una concepción ideológica nueva, fundada en la ambición de aniquilar las

ataduras del colonialismo que prevalecían, según él, en la sociedad dominicana, y Peña Gómez que tomará los derroteros de la socialdemocracia europea y de la tradición política ya asentada, será el germen de la división política que dará nacimiento al Partido de la Liberación Dominicana.

En la concepción de Bosch, el socialismo se hallaba empotrado en la propia evolución de la sociedad. Muchos son los temas que concentran el interés del autor: las menudencias de la política estadounidense durante la guerra de Vietnam, la circunstancias que llevaron a la división de Corea en dos Estados rivales y antagónicos; Mao Tse Tung y la política llevada a cabo por China, el régimen de Camboya; el autor nos da un perfil geopolítico de los combates que se libraban en el Sudeste asiático; hace, parejamente, un contrapunto historiográfico mostrando el papel de las potencias europeas y las luchas de estas naciones por la independencia. Muestra cómo se configuran las alianzas, y cómo las luchas de liberación nacional se transforman, por efecto de las alianzas, en luchas por el socialismo. Y aquí nace la visión geopolítica de Bosch. Concibe el ideal de la liberación nacional, como la realización de la Independencia nacional, mellada por la hegemonía de los Estados Unidos, y esa faena, a la par patriótica y política, sólo podría llevarse a cabo dentro de una visión geopolítica, conectada con el ideal socialista, y opuesta cabalmente a lo que ha sido la democracia representativa:

‘Fui a Asia y el Sudeste Asiático a buscar la Verdad. Durante años y años creí que políticamente la Verdad se hallaba en la llamada democracia representativa, pero sucedió que cuando el pueblo dominicano se lanzó a morir por esa democracia que yo, entre varios pero quizá más que muchos, le había enseñado a buscar, la tal democracia representativa sacó de sus entrañas la putrefacción, el crimen, la mentira, el abuso. Yo oí al presidente de los Estados Unidos, país líder de la tal democracia, mentir como sólo mienten los seres más abyectos; lo oí a él y senadores, diputados, altos personajes y a la radio oficial de los Estados Unidos acusar a la revolución democrática del pueblo dominicano de criminal y salvaje; vi a la soldadesca norteamericana llegar a Santo Domingo armado hasta los dientes para bombardear a la ciudad más viejas de América, para aniquilar el impulso creador de nuestro

*pueblo y para exterminar, con sed de sangre como hacen las fieras, a los luchadores democráticos dominicanos, vi a la República Dominicana desamparada, engañada por la OEA; la vi atropellada por soldados latinoamericanos, enviados a nuestro país para justificar el crimen de los Estados Unidos, que habían violado tratados hemisféricos y no querían ni podían quedarse solos ante la conciencia del mundo como autores de esa violación; he visto morir dominicanos día tras día desde el momento en que desembarcaron en el país los primeros infantes de marina del señor Trujillo hasta el momento en que escribo estas líneas, ya a punto de terminar el año 1969, a pocos de cumplirse los cinco de la intervención norteamericana”.*³³

En la obra, Bosch pone de relieve el papel geopolítico como potencia hegemónica desempeñado por Estados Unidos, la aplicación de la doctrina de Monroe, que los autorizaba a intervenir en los territorios americanos, siempre y cuando se mantuviesen conflictos con potencias europeas, y la doctrina Polk o del destino manifiesto, que se tradujo en la práctica como la expansión a la orilla del oeste, y el control de los dos océanos, Atlántico y Pacífico. He aquí las conclusiones historiográficas a las que llega Bosch, al penetrar en las menudencias de la proyección del poder estadounidense:

*“arrebataron Las Floridas a España y le quitaron a México más territorio del que ocupa hoy esa nación; se quedaron a cañonazos con Puerto Rico; se quedaron con Hawai y la Zona del Canal de Panamá; partieron en dos a Colombia y hoy tienen sus tropas establecidas en Corea del Sur y en Vietnam del Sur, dos países inventados por ellos a costa de la unidad de los viejos pueblos de Corea y de Vietnam, así como inventaron en Formosa una China nacionalista sustraída de la China continental e inventaron en Santo Domingo el llamado gobierno de reconstrucción nacional para mantener dividido al pueblo dominicano.”*³⁴

En los años postreros, de la década del sesenta, Bosch llevaba ya la esclavina marxista, y tenía el socialismo como ideal al cual debía propender la actividad política, ello contrastaba con las es-

³³ Juan Bosch: *Viaje a los antípodas*, Santo Domingo, Alfa y Omega, p. 40.

³⁴ *Ibíd.*, p. 41.

estructuras del PRD, que fueron concebidas como una maquinaria para entrar en la liza electoral, lejos de las ambiciones de transformación social. En muchos pasajes del Viaje a los antípodas se echa de ver el ansia de concretar la acción política en una transformación revolucionaria, que compartía una multitud de rasgos con los regímenes, hallados en los antípodas. He aquí una prueba al canto:

*En el caso de la República Dominicana, la revolución se hará para dismantelar el Frente Oligárquico, que es el instrumento de que se valen los Estados Unidos para gobernar nuestro país a su antojo, y los señores embajadores norteamericanos pretenden hacerle creer al pueblo de Santo Domingo que la revolución es innecesaria, que en Norteamérica y en Inglaterra jamás hubo revoluciones: que los que tienen hambre deben esperar su oportunidad para comer, aunque haya que ir a servirles la comida al cementerio. Al tomar el poder, lo primero que harán las masas dominicanas y las de todos los países pobres del mundo—con los de América Latina a la cabeza, desde luego— será tomar posesión de lo que es legítimamente suyo, de lo que se halla en su tierra y de lo que ha sido creado con el trabajo de sus hijos; es decir, procederán a nacionalizar las empresas norteamericanas. Y como eso significa que los millonarios norteamericanos dejarán de seguir recibiendo los dólares que sacan de nuestros países, hay que evitar por todos los medios que hagamos revolucionares. Esa es la razón de esas mentiras’.*³⁵

Los propósitos de Bosch en la política ya se hallaban totalmente delineados, cuando regresa al país tras su viaje a los antípodas. Puede decirse que esta obra refleja estrictamente la evolución de su pensamiento tras el golpe de Estado de 1963 y la guerra de abril de 1965. La caída del Muro de Berlín en 1989 produjo remociones en la ideología socialista en todo el mundo, pero de esas circunstancias no hay ningún pasaje en su obra que atestigüe del abandono de sus antiguas concepciones, asumidas de manera explícita desde la fundación del PLD hasta su muerte acaecida el 1 de noviembre del 2001. Bien es verdad que las concepciones radicales expresadas en *La dictadura con respaldo popular* (1968) fueron progresivamente abandonadas, quedando en pie el ideal de liberación nacional, reflejo de la influencia

³⁵ *Ibíd.*, p. 44.

que tuvieron en él las luchas anticolonialistas de los pueblos del Sudeste Asiático.

Viaje a los antípodas se propone mostrar los mecanismos bélicos empleados por los Estados Unidos para proyectar su poder en el Sudeste Asiático; examina las maniobras diplomáticas empleadas para enseñorearse como poder hegemónico. Tales conclusiones se extraen de las revelaciones de los papeles del Pentágono; muestra, además, con toda menudencia el fracaso de cuatro presidentes estadounidenses: Eisenhower, Kennedy, Johnson y Richard Nixon; y, finalmente, bosqueja la epopeya llevada a cabo por los pueblos de Indochina, que lograron su independencia plena, después de la derrota de los franceses en Diem Bien Phu, y lograron constituir, tras vencer a la primera potencia del mundo, una sociedad emancipada del influjo estadounidense, que tenía, según se deduce de sus apostillas, tintes imperialistas. Al través de estas tres obras: *El PLD, un partido nuevo en América*, *Cuba, la isla fascinante* y *Viaje a los antípodas* se nos revela como en las porciones de un friso antiguo todos los pormenores autobiográficos de Bosch. Las dos últimas se refieren explícitamente a sus estancias en el exterior, y de ellas Bosch afirma en una entrevista dada a Leonel Fernández en 1985 lo siguiente: *Si yo no hubiera podido salir de República Dominicana en enero de 1938 no habría podido desarrollarme, ni como escritor, ni como político; y si de Puerto Rico no hubiese ido a parar a Cuba, mi vida habría sido completamente distinta. Así, pues, mi vida no ha sido más que el resultado de la suerte. (...) El mismo Marx ha dicho que el azar es una categoría de la historia. Yo no soy más que un hombre con una suerte increíble.*³⁶

Bosch no escribió su autobiografía ni dio a la estampa unas memorias, sin embargo, en estas tres obras *El PLD, un partido nuevo en América* (1989), *Cuba, la isla fascinante* (1955) y *Viaje a los antípodas* (1978) y en las entrevistas compendiadas por Guillermo Piña Contreras en el libro *En primera persona* (2000) se nos echa de ver la arqueología magnífica de los acontecimientos políticos, de las hazañas literarias y de la evolución ideológica, de una vida que por de una razón, nos parece ejemplar.

³⁶ “Diálogo íntimo con Juan Bosch” Leonel Fernández. Cf. *En primera persona*, entrevista con Juan Bosch, editor Guillermo Piña Contreras, SD, 2000, p. 142.

Joaquín Balaguer (1906-2002)

Notas a sus *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*

LA HISTORIOGRAFÍA CONCEBIDA COMO TRIBUNAL

En la *Divina Comedia* de Dante hay uno de los círculos de olvido y de oscuridad, que se ha llamado el purgatorio. Se trata de una encrucijada donde se bifurcan los senderos que han de llevarnos a la gloria o al infierno. En vida, y sobre todo, tras su muerte, Balaguer no conoció el purgatorio. Se le llevó directamente al infierno. Balaguer ha sido juzgado exclusivamente por sus enemigos, que, en lugar de dedicarse a estudiar pacientemente los hechos, han implantado una picota para demoler las reputaciones, y secuestrar los juicios, las creencias y las opiniones que se vierten sobre el hombre público. No es la justicia lo que invocan los jueces de este paredón moral, sino el derecho a actuar con los poderes de una Inquisición.

Pero, ¿quién era Joaquín Balaguer?

Las primeras imágenes del hombre público se echan de ver durante los días turbulentos del magnicidio del dictador Rafael Trujillo. Le tocó negociar la salida de la familia del dictador, desmontar las tramoyas del régimen oprobioso que había reinado durante treinta y tres años. Autorizar las manifestaciones de los partidos de oposición. Desguazar el Partido Dominicano y colocarnos, sin preámbulos en una sociedad de libertad de asociación, de expresión del pensamiento y de circulación de las personas y, al mismo tiempo, insertarnos den-

tro de la comunidad internacional, que había roto sus relaciones con el país, tras el atentado a Rómulo Betancourt de 1960. En aquellos momentos, Joaquín Balaguer parecía el albacea de la herencia de la nación. Prisionero de las circunstancias, manejándose entre la masa de partidos, seducidos por la venganza, impasible a las rechiflas y burlas, que proclamaban al unísono: *Joaquín Balaguer, muñequito de papel*. O, a la consigna del héroe del momento, Viriato Fiallo, que había lanzado el grito: *Basta ya*. El hombre al que todos veían en aquellas borrascosas circunstancias como un cadáver político, aceptaba su destino con estoicismo. Era capaz de sumergirse en su cultura clásica para vencer los odios de la Fiera corrupta, los ultrajes y las puñaladas traperas. Vivía como un anacoreta, lejos de los floripondios, de las glorias mundanas y las parrandas. Nunca se le vio en juergas de amigos, en comilonas o naufragado en bacanales.

A este solterón hasta el último día de su existencia, le seducía la vida monacal, los días alcionios, las lecturas de poesía, la introspección y la intimidad. Era capaz de abstraerse a las multitudes y a las burocracias y a las capillas partidarias. Para Balaguer, el Partido era un medio, el consistorio de hombres y mujeres que compartían los mismos pareceres, pero nunca la finalidad de la política.

Desde muy joven, entendió que la política se hacía con todos y por el bien de todos, como decía Martí. Puede decirse que era alérgico, a esas oligarquías de partido que se apropian del poder, y que actúan como una corte, cuyos blasones de nobleza se obtienen por la antigüedad en el militante, por el fundamentalismo doctrinal o por la herencia familiar que empalma a los militantes con los padres fundadores. En vista de ello, una porción de los que habían terciado con él como enemigos ideológicos en la izquierda o como adversarios políticos terminaron como embajadores, secretarios de Estado, directores generales o en sus listas electorales como candidatos municipales y legislativos.

José Martí, una de las presencias mayores en la obra de Balaguer, decía que

“los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. (...) Cuando aparece en Cojimar un problema, no va a buscar la solución a Dan-

tz'ig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América”.

Y esto empalma directamente con el pensamiento de Balaguer. Era profundamente dominicano. Para él, el buen político no es el que sabe cómo se gobierna al sueco, al noruego o al británico, sino el que conoce las características del país y puede, basándose en ello, hacer progresar a la nación. Desdeñaba el lujo y las pompas del poder. “*el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre las puertas al extranjero*”². En su vida personal, era un dechado de sobriedad y modestia.

Al penetrar en la casa que le sirvió de vivienda durante más de cincuenta años —los cuartos traseros de la Máximo Gómez 25; en las dependencias principales vivían sus hermanas y parientes— uno queda sorprendido de la ausencia de ostentación y el ambiente de austeridad que rodeó al hombre que se mantuvo en el candelero como un factor de poder hasta el último día de su vida.

LA APROPIACIÓN DE LAS INTERPRETACIONES HISTORIOGRÁFICAS

La mayoría de las obras que se han dado a la estampa en los últimos veinte años con vistas a examinar la herencia de Joaquín Balaguer han sido escritas por personas que se han dedicado a combatirlo. Algunos incluso han hecho del *antibalaguerismo* la meca de su existencia y han convertido en catecismo sus críticas al político. Me refiero, muy concretamente, en orden de sucesión a José Israel Cuello, *Siete años de reformismo* (1974), (SD); Taller; Wilfredo Lozano, *Reformismo dependiente* (1982), (SD, Taller); *Después de los caudillos* (2002) de Roberto Cassá *Doce años. Contrarrevolución y desarrollismo*. (1986). Al conjunto de intelectuales que obraban como piezas del Partido

¹ José Martí: *Ensayos y crónicas*, Madrid, Cátedra, págs. 161-162.

² *Ibíd.*, Pág. 166.

Comunista Dominicano , y a una buena porción de periodistas y opinantes de los medios de comunicación que se habían sumado a esa cruzada, y cuya última manifestación son las películas *La herencia del tirano. Balaguer y el poder* (1998) y *La violencia del poder. Los doce años de Balaguer* (2003) de René Fortunato, centradas en las violaciones a los derechos humanos durante los Gobiernos presididos por Balaguer que van de 1966 a 1978.

Esa tradición se prolonga hasta el día de hoy. Recientemente se ha hecho una edición aumentada y corregida de *Trujillo y Balaguer entre la espada y la palabra* (2002) de Francisco Rodríguez de León, un retablo historiográfico, rematado con unas reflexiones y un soliloquio, plagado de sarcasmo, que obra como un linchamiento historiográfico.

Hasta ahora la interpretación que se ha impuesto en la población, en los medios de comunicación, en los manuales escolares que hemos escudriñado con curiosidad sobre el papel que ha desempeñado Joaquín Balaguer en la historia reciente es la que han sustentado sus enemigos ideológicos.

En contraste, sus adversarios políticos han desdeñado, en cierto modo, estas imágenes mostrencas. José Francisco Peña Gómez, su contendor, lo llamó “Padre de la democracia”, y Bosch, a despecho de sus documentadas críticas, nunca le negó talento de estadista. Pero, aun cuando el liderazgo político más influyente no se sustentaba en esas interpretaciones, la manipulación de los hechos históricos ha permanecido y subsiste aún entre individuos que exhiben como sus méritos de mayor gloria el haberse declarado enemigos jurados de Joaquín Balaguer. ¿Puede decirse entonces, que, con semejantes antecedentes nos manejamos con juicios objetivos y desprovistos de las borrascas ardientes de la pasión?

Es claro que los compromisos políticos, ideológicos y emocionales de estos jueces nos trasuntan una imagen absolutamente repulsiva y paradójica.

Porque una porción importantísima de los críticos que lo combatían en nombre de la democracia, habían peinado canas tratando de imponer una sociedad de pensamiento dirigido, sin libertad de

asociación, sin libertad de expresión y manipulada por un partido único, tal como acaecían en las dictaduras celestiales que pervivían en su imaginación y que trataron de importar para imponerla por piezas o completamente en la República Dominicana. Afortunadamente, esas políticas ficticias no lograron imponerse.

Según esto, esas fantasiosas utopías, después de tomar el control total del Estado mediante el terror revolucionario, se dedicarían a fabricar un hombre nuevo, y emanciparían a la sociedad de la explotación económica. Los apóstoles de esas profecías no podrían llevar a cabo esas bondades, sin antes hacer pasar a toda la sociedad por las horcas caudinas de un baño de sangre. Todas las vilezas y atrocidades que pudieren cometerse para alcanzar estos fines eran analizadas con todas las indulgencias, en vista de los propósitos extraordinarios, representados por los ideales redentores.

En otras palabras, no todos los que batallaban contra Balaguer lo hacían para expandir la democracia, para alcanzar un régimen y un Estado de derecho, sino que una buena porción lo hacía para implantar una dictadura totalitaria, valiéndose de los mecanismos de la democracia e incluso con la ilusión de manipular a sus actores.

Andando el tiempo, estos mismos elementos que han perdido sus mejores años desacreditando el sistema pluralista y democrático, son los que ahora, se presentan ante los demás como profesores de democracia. Presentándose como cristianos viejos, sin que nadie eche de ver en sus biografías variopintas su pasado de marranos, su dualidad de conversos y no de viejos demócratas.

La imagen de Balaguer que trasuntan esos mentideros se halla penetrada de abstracciones. Se presenta como verdad popularizada que Balaguer era el instrumento de las estructuras sociales o grupos de poder económico. Que carecía de libertad. Que su destino se hallaba determinado por esos poderes. Que, en rigor, era un títere. Esta superstición se desvanece cuando examinamos el personaje a la luz de los acontecimientos históricos. Si la desmenuzamos como la aventura personal de un hombre, nos encontramos con una formidable lección política, una proeza digna de un Mirabeau.

La pregunta que nos hacemos es qué podemos saber de este hombre.

Las memorias de Joaquín Balaguer se hallan dispersas en varias obras. En *La palabra encadenada*, en *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo* y en los primeros capítulos de *Yo y mis discípulos*. Pero también en las cartas, entrevistas, declaraciones que echan luces sobre grandes porciones de su vida. En todos esos escritos se muestra un hombre con experiencia de la historia, con una voluntad para la acción y para reflexionar sobre los acontecimientos que vive. Tradicionalmente, de resultas del peso muerto de la historiografía marxista, hemos creído que los acontecimientos históricos sólo han de explicarse por los intereses de las clases sociales que encarnan los personajes, como si los hombres fueran instrumentos dóciles de los grupos de interés y carecieran de las capacidades para sobreponerse a esos determinismos. Esa historiografía que concibe a los hombres como marionetas, manejadas hábilmente por los hilos de poderes inmensos y abstractos, que los convierten en instrumentos se deshace ante las realidades concretas.

Según esos pareceres, los hombres carecen de fuerzas para franquear las fronteras determinadas por esas elucidaciones, que explican los acontecimientos antes de que acontezcan, que ponen en claro el desarrollo de los hechos, basándose en estadísticas sociales, en cuadros sinópticos de las circunstancias económicas. Aun cuando parece incontrovertible el hecho de que las condiciones económicas influyen en las actitudes y en las inclinaciones políticas, Balaguer nos revela otros aspectos que han quedado en penumbras en la historiografía dominicana, y que escapan a esas clasificaciones esquemáticas y a los dogmas. La historia es lo que no se puede predecir ni calcular ni predetermined. La historia no nos conduce, forzosamente, al triunfo de catecismos ideales. La idea de una estructura lógica, independiente de la acción humana, que determina el curso de los acontecimientos históricos, sólo representa el mito de la historia como profecía del futuro.

La historia depende, rigurosamente, de la acción de los hombres que se hallan en el teatro de los acontecimientos: sus pasiones,

sus obsesiones, sus errores, sus indecisiones y sus momentos de clarividencia se pondrán a prueba.

Balaguer nos presenta el acontecimiento histórico dependiente de los contrastes, de las paradojas, surgidas de las circunstancias. En tal sentido, el fanatismo, la ceguera, el odio pueden movilizar ocurrencias y generar hechos que no habían sido vislumbrados por nadie. Este desconocimiento de nosotros mismos, ha sido bautizado como el azar. La ausencia de una fuerza organizadora y el hallazgo de lo desconocido, lo inesperado.

EL PAPEL DEL AZAR EN EL DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS

La primera de estas revelaciones es el papel que desempeña la providencia, la buena o mala estrella, el albur o el azar.

Las interpretaciones al uso plantean que Trujillo fue colocado por los estadounidenses para dirigir los destinos nacionales. Es una especie de catecismo de la Vulgata, que se repite como una cantinela. Esa es una concepción simplista, privada de pruebas y de demostraciones que la ratifiquen. Trujillo no tenía la jefatura del Ejército. Era apenas segundo teniente cuando los estadounidenses abandonan el país en 1924. Pero llevado por un compendio de circunstancias que poco, o nada tienen que ver con la idea que se ha querido transmitir, según la cual, los estadounidenses colocaron a Trujillo en el poder para manipular los acontecimientos de la República Dominicana. O, la visión de aquellos que han querido, para cumplir con el catecismo marxista presentar a Trujillo como instrumento de la oligarquía o los grupos acaudalados del país. Grupos que paradójicamente se hallaron encorsetados por las ambiciones económicas desmedidas del General Trujillo.

Ninguna de esas lucubraciones parece tener un atisbo de veracidad. En primer lugar, Trujillo no era el cabecilla del Ejército. En orden de jerarquía y preponderancia se hallaban su superior el Mayor César Lora, quien fue sorprendido en adulterio *in flagrante* y

asesinado en Santiago por un marido despedido. Luego, en orden de importancia se hallaba el propio sobrino de Horacio Vázquez, Máximo Vázquez Gautier. Pero también se hallaban Quirico Félix, Augusto Chottin y Manuel de Jesús Castillo, todos con mayor influencia en el Partido Nacional que la que pudiese tener Trujillo y con un peso social indiscutible.

¿Por qué, entonces, se impone abriéndose paso entre tantas figuras de relevancia el teniente coronel Rafael Leónidas Trujillo Molina?

¿No habría que atribuirle a la indecisión, a la ceguera psicológica de Horacio Vázquez un papel tan preponderante en los acontecimientos como a la sagacidad y al histrionismo de Trujillo para enmascarar sus sinuosas ambiciones de mando?

Bien es verdad que había dado muestras de lealtad a Horacio durante la Revolución de los trenes y que, en aquel punto y hora, Jacinto Peynado, sin conocerle a fondo, inexplicablemente le salva la carrera, evitando que sea despachado con cajas destempladas. Desde el punto de vista de los cálculos sociológicos, un analista hubiera colocado a cualquiera de los hombres que se movían en el teatro histórico de la época, sin haber hecho diana en Trujillo.

En un golpe de suerte, el arma de Simón Díaz, jefe del Ejército, se trabó cuando, después de un rudo altercado con Trujillo, quiso zanjar las cosas de manera expeditiva. Y el duelo entre los dos hombres no llegó a mayores por una falla inesperada.

El 23 de febrero de 1930, cuando estalla el Movimiento antihoracista, fue convocado por Augusto Chottin, y los coroneles Alfonseca y Manuel Sosa, quienes tenían el propósito de pasarlo por las armas; fue salvado por la intervención de Ángel Morales.

Cuando nace el Movimiento, todos conocían las ambiciones de Trujillo. En *La Información* de Santiago de los Caballeros, Rafael César Tolentino y Ramón E. Jiménez la habían expuesto en artículos premonitorios. La propaganda de Rafael Vidal Torres, Rafael Damirón y Roberto Despradel estaba a ojos vista. El jefe del Movimiento, Rafael Estrella Ureña, calculó que bastaría con hacer consignar en el pacto refrendado en la Fortaleza Ozama ante la Legación esta-

dounidense que ni el vicepresidente José Dolores Alfonseca ni el General Trujillo podían aspirar a ser candidatos de las elecciones que tendrían lugar el 16 de mayo. Y, sin embargo, esos arreglos fueron deshechos por las maniobras y los aliados de Trujillo. Todos esos hechos circunstanciales son la tramoya del ascenso de Trujillo al poder.

Ese elemento imponderable que penetra los acontecimientos históricos, aparece prolijamente expuesto en su discurso ante la Academia dominicana de la historia para ocupar el asiento que antes correspondió al notable hombre público Julio Ortega Frier. La disertación de Balaguer se intitula “El azar en el proceso histórico dominicano”. En aquella ocasión, Balaguer se refirió a dos factores influyentes en el desarrollo histórico. El factor humano, representado por los hombres y por las naciones, y el factor sobrenatural, atribuido a la intervención divina. ¿En qué se fundamenta Balaguer para establecer la existencia de una intervención sobrenatural?

Toda la tramoya de su reflexión se construye sobre la base de elementos que no pueden ser explicados con los argumentos tradicionales surgidos de la aplicación de la doctrina, según la cual, la infraestructura determina el desarrollo de la superestructura. Esto es, las instituciones políticas y jurídicas y, parejamente, los acontecimientos históricos son determinados por el desarrollo económico. Dicho más claramente: los acontecimientos sólo pueden explicarse a la luz de los datos de la vida material: los medios de producción y las relaciones de dominación empotradas en esa base material. La pregunta que se hace Balaguer nos conduce directamente a lo irracional. Aquella historia que no puede ser desmenuzada con los mecanismos ordinarios, con la fraseología que, muchas veces, se ha hecho pasar como la ciencia de la historia, y que en no pocas ocasiones ha servido para iluminar las explicaciones historiográficas.

“¿Cómo no desapareció definitivamente el país en poder de Haití cuando el territorio nacional, después de la cesión a Francia, quedó prácticamente despoblado?”

¿Cómo se explica que no lo haya absorbido Francia o que no lo haya incorporado Inglaterra a su imperio colonial cuando el gobierno español,

atento sólo en esa época a las combinaciones de la política europea, lo entregó repetidas veces, como carne de botín, a esas naciones colonizadoras?

¿Cómo es posible que el frenesí revolucionario que desquició su economía, que detuvo durante casi un siglo su progreso, que arruinó su vida, que secó sus fuentes de riqueza, que mató su crédito exterior, que malogró sus instituciones, que alentó en los políticos de la época la ideología anexionista: cómo es posible que todo ese vendaval de locura no lo haya entregado para siempre a los Estados Unidos que durante largo tiempo atribuyó a la Bahía de Samaná un gran valor estratégico?”³

Si los cálculos con que suelen analizarse los acontecimientos fueran infalibles, la República Dominicana hubiera desaparecido durante el cautiverio babilónico que trajo consigo la invasión haitiana de 1822. Fundamentalmente por tres razones esenciales:

La superioridad demográfica de Haití, 800.000 habitantes en comparación con una población inferior a los 200.000 habitantes hubiese bastado para eclipsar a la nación dominicana, y reducirla a una minoría étnica.

La supremacía económica, tenía Haití en aquellos momentos, una economía trece veces mayor a la dominicana, y ese predominio se mantuvo vigente durante todo el siglo XIX.

La superioridad militar –Haití tenía, en ese punto y hora, unos cincuenta mil soldados y había heredado los arsenales dejados por las tropas de Victor Emmanuel Leclerc en 1802–. Fueron esas las consecuencias que pusieron en el candelero las soluciones anexionistas. Una porción de nuestros libertadores no tenía la certidumbre de una independencia absoluta y duradera.

La actitud de los historiadores dominicanos es contradictoria. Una parte se ha mantenido leal a la nación dominicana. Y otra porción se ha dedicado a idealizar la dominación haitiana. La adoración supersticiosa de la violencia revolucionaria que ha contribuido a

³ Joaquín Balaguer: “El azar en la historia dominicana” Discurso ante la Academia Dominicana de la Historia, Discursos temas históricos y literarios, Santo Domingo, 1973, Pág. 205.

presentar ante los historiógrafos marxistas nuestra propia independencia como un acto contrarrevolucionario, y el prestigio que tiene ante los ojos de estos historiadores la “Revolución” haitiana ha dejado en penumbras la gesta de la independencia y en muchos casos se ha suprimido la historia militar, con el objetivo de desvanecer la voluntad de diferencia y el sentimiento nacionalista dominicano que ha aureolado la gesta de nuestros libertadores.

De este modo, nuestro desarrollo histórico aparece ensombrecido por las pasiones y los compromisos ideológicos; por las simpatías con Dessalines, Christophe y Boyer, y por las antipatías y en no pocas ocasiones, el desconocimiento de la hazaña de los dominicanos para fundar un Estado soberano, mantener a buen recaudo nuestra población y definir el territorio de nuestra autodeterminación.

Pero, podemos decir, ¿que todo el oropel de acontecimientos imprevistos, y acaso inexplicables, que son el espectáculo de nuestra historia ha sido dirigido por una deidad o una divinidad bienhechora, tal como se deduce del discurso de Balaguer? Si llegáramos a esas conclusiones estaríamos renunciando a la razón y al conocimiento. Debemos, pues, sencillamente establecer las fronteras de nuestras explicaciones. Tomar en cuenta que en el desarrollo de los acontecimientos interviene un principio de azar o de incertidumbre.

La elección de La Española en lugar de Cuba, una isla más grande y menos montañosa, obedeció sin duda a un hecho imprevisto, un ciclón destruyó una de las carabelas y fijó el destino de La Española, como asiento de la colonización de América. Son estas razones las que echan por tierra el determinismo. La historia depende de nosotros; la hacemos entre todos; la vivimos conscientemente como triunfo, o inconscientemente como tragedia, pues nos hallamos en ambos casos, con circunstancias no elegidas por nosotros.

LA IGNORANCIA Y LA ESTUPIDEZ SON FACTORES
IMPORTANTES EN EL DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Una porción importante de los acontecimientos se debe a factores que se hallan encastillados en el principio de irracionalidad.

La ignorancia de Horacio Vásquez acerca de las pasiones que guían a los hombres. Su excesiva ingenuidad que rayaba casi en el enamoramiento de Trujillo, lleva al Presidente a desoír las confesiones de sus colaboradores que le suministraron montañas de informaciones sobre el enriquecimiento ilícito de Trujillo, sobre los manejos que llevaba a cabo en el Ejército, sobre sus no solapadas ambiciones de poder. Sin embargo, Horacio Vásquez parecía encorsetado por no se sabe qué ataduras psicológicas, sin poder zafarse del influjo del brigadier Trujillo.

En *Los responsables*, Medina Benet nos refiere tres ocasiones en las que cada uno de los actores tuvo la oportunidad de deshacerse de Trujillo.

La primera se produjo en la Fortaleza Ozama, ante la concurrencia que asistió para apoyar sin reservas a Horacio Vásquez que, indudablemente, ya se veía como el triunfador de las elecciones del 16 de mayo de 1930, y que tenía una reputación casi mitológica, las masas delirantes coreaban *Horacio o que entre el mar*. Lo motejaron con la churrigueresca designación de la *Virgen de Altagracia con chiva*. Porque se dejaba una perilla en la barbilla.

Si Horacio Vásquez hubiera hecho una destitución teatral de Trujillo el montaje de Estrella Ureña hubiese naufragado, y para ello, contaba con respaldo de la embajada estadounidense, y a su lado, se hallaban los comandantes leales a su mandato y el apoyo de los ciudadanos. Pero, extrañamente, desoyendo todas las recomendaciones de sus amigos, Horacio Vásquez pone en manos del traidor la suerte de su Gobierno. Al día siguiente, aparece en la escena como una especie de Orgon engañado, profusamente, por Tartufo. ¿Cómo se explica que Horacio Vásquez, que mantenía un liderazgo indiscutible en el país, el último

de los grandes caudillos nacionales, desoyera a todos sus consejeros, a los miembros de su familia y obrara, inexplicablemente, en el sentido de la ruina y destrucción de su Gobierno? Para intervenir en el teatro político hay que aprender a utilizar las pasiones irracionales de los hombres. Trujillo sedujo a Horacio; neutralizó su sagacidad y su inteligencia al punto que le impidió ver adonde llevaba su sobrada indulgencia.

La segunda ocasión se produjo en los primeros días de la instalación del Gobierno de Estrella Ureña. Trujillo que sabía al dedillo que ningún Gobierno podía instalarse sin el respaldo de los estadounidenses, no solamente por la influencia política, sino además porque el control económico que ejercían sobre las aduanas le otorgaban un poder preponderante a los Estados Unidos en la elección de los hombres que habrían de gobernar el país. En vista de ello, manejó teatralmente las cosas presentándose como ausente de la revuelta del 23 de febrero, retraído, apático, henchido de incertidumbre. En esos momentos, nos cuenta Medina Benet, el tío de Rafael Estrella Ureña, le plantea asesinar a Trujillo, que no se hallaba totalmente convencido de la continuidad del Golpe de Estado y calzaba unas de sus mascarillas. E, inexplicablemente, Estrella Ureña que tiene entonces la ocasión maravillosa y única de eliminar al rival más peligroso en las elecciones del 16 de mayo, desiste, consternado, ante la propuesta. No tenía madera de asesino. Trujillo aprovechó esa indulgencia para obtener el beneplácito del comandante Cutts, establecido en Haití, e incitar las contradicciones con Curtis, comandante instalado en Santo Domingo, que se oponía tajantemente a la intervención de Trujillo en la política. Dos escuderos, Roberto Despradel y Rafael Vidal Torres, le abrieron las puertas entornadas del delegado estadounidense en Haití.

Poco después el propio Trujillo, utiliza al general José Estrella como autor intelectual del asesinato de los esposos Martínez Reyna en Santiago, creando un compromiso criminal entre ambos.

Aun cuando se hallaba consternado por las repercusiones del crimen de Martínez Reyna en San José de las Matas, el Presidente

Estrella Ureña no pudo llevar a cabo las investigaciones que esclarecieran los hechos. Porque todos los hilos que se hilvanaron conducían indudablemente a su tío José Estrella. En esos momentos, ya era un hombre atrapado por las circunstancias.

La ambigüedad, la falta de decisión, el poder en manos de un hombre irresoluto y embrollado por los acontecimientos desempeñan un papel protagónico en los hechos históricos. De donde resulta que no se puede desdeñar el papel representado por las personalidades en los hechos. Los cálculos sociológicos pueden actuar como argumento explicativo, pero no pueden echar lumbré sobre las debilidades psicológicas y la incapacidad para actuar, incluso a favor de sus propios intereses, de todos los afectados por la irrupción de Trujillo en el escenario de la vida nacional.

La pregunta que todos se hacen a este respecto: ¿Por qué la sociedad toda le franqueó las puertas al hombre fuerte?, ¿Por qué todos los grupos sociales organizados se sometieron voluntariamente ante el advenedizo que se apoderó del poder de toda la sociedad?

La crisis de 1929 echó por tierra las exportaciones dominicanas y trajo el descontento para todos los grupos sociales. El bufete de Jafet Hernández donde laboraba el joven abogado Joaquín Balaguer se había convertido en la urdimbre de la conspiración de Rafael Estrella Ureña.

Dos fuerzas amenazaban la permanencia en el poder de Horacio Vásquez. Las ambiciones sin contornos de Rafael Estrella Ureña que sabía a ciencia cierta que era prácticamente imposible vencer a Horacio Vásquez en las elecciones de 1930, y que actuaba a la par en dos escenarios. El agrupamiento de la oposición a Horacio Vásquez y la representación en la boleta presidencial de esos grupos, y por otra, la conjura para dar un golpe de Estado, en comandita con el general Trujillo.

Los cálculos de Estrella Ureña comenzaron a dar resultados positivos, en vista de la ingenuidad y de las ambigüedades de Horacio Vásquez. Después de aquel remedo de la marcha sobre Roma, Estrella Ureña había logrado neutralizar al General Truji-

llo y a José Dolores Alfonseca para franquearse su instalación en el poder. Pero su poder era puramente verbal. Pensaba que había hechizado a todo el mundo. A los electores y a la oposición a Horacio Vásquez, al poder de los Estados Unidos, representado en el embajador Curtis. Pero perdió de vista, las ambiciones de Trujillo; desestimó la inteligencia del militar. Y a poco de asumir el mando, se hallaba defenestrado. Al meter el escalpelo en las menudencias que llevaron a Trujillo al poder resulta totalmente inexplicable que se quiera implantar la interpretación según la cual los estadounidenses prepararon y entronizaron al general Trujillo en la Presidencia de la República. El encadenamiento borrascoso de los acontecimientos nos conduce a otras conclusiones. En 1924, Trujillo no era el militar de más alto rango entre las tropas organizadas por las fuerzas estadounidenses de ocupación. Los ascensos que lo llevaron a la principalía del poder le fueron otorgados por Horacio Vásquez. Su supervivencia, en medio de las intrigas y celadas, que le fueron tendidas para cortarle las alas, se debieron a la indecisión, a la ingenuidad del propio Presidente Vásquez. Ninguna de estas circunstancias habían sido previstas por los estadounidenses.

Otro de los aspectos que hay que tomar en cuenta es el heroísmo inútil. Al examinar menudamente en su obra *Los carpinteros* las hazañas de las partidas de guerrilleros que trataban de apropiarse del poder a comienzos de siglo, tras el magnicidio del Presidente Heureaux del 26 de julio de 1899, Balaguer desmenuza los acontecimientos generados por aquellas guerrillas de Concho Primo.

Esas circunstancias, desdeñadas por nuestros historiógrafos, nos llevaron a los gobiernos inestables provocados por las luchas entre los jimenistas o bolos, y de los horacistas, o coludos. Las luchas de Demetrio Rodríguez, de Ramón Cáceres y Desiderio Arias, el estado de servidumbre y el caos a que nos llevó la intervención estadounidense de 1916, le dejó a Balaguer unas lecciones sobre la inutilidad de ciertas acciones y sobre las consecuencias que traería consigo el advenimiento de un liderazgo político sin proyecto, sin fe en la nación y seducido exclusivamente por sus apetencias de poder. En su discurso ante la Academia de

la historia, Balaguer analiza en estos términos las características de estas proezas:

*¿Qué nos quedó de todo aquel heroísmo inútilmente derrochado? Nada, excepto el dolor de la juventud que era entonces una rebeldía sacrificada; nada, excepto el escarnio de la patria, que era entonces un ímpetu roto; nada, excepto la gloria pasada de la República que era entonces un nostálgico recuerdo histórico?*⁴

El líder del movimiento 14 de Junio, el abogado Manuel Aurelio Tavárez Justo, se lanzó a la guerrilla, tras el Golpe de Estado que puso punto final al Gobierno de Juan Bosch de 1963.

¿Cuáles eran las experiencias militares de Tavárez Justo y sus seguidores a la hora de internarse en Las Manacles?, ¿Conocían el territorio?, ¿tenían las informaciones cartográficas?, ¿habían previsto el aprovisionamiento del batallón de guerrilleros?, ¿tenían redes urbanas para replicar en las ciudades el foco guerrillero? La aventura de aquellos hombres hambrientos, ultrajados por las escarpadas montañas, desorientados y el fracaso del alzamiento constituye acaso una repetición del heroísmo de las guerrillas decimonónicas. ¿Desconocía Tavárez Justo que sin alimentos, sin armas suficientes, sin apoyos en las ciudades, sin entrenamiento militar, sin conocimiento geográfico de la zona su quijotesca aventura se hallaba condenada al rotundo fracaso?

Las vísperas del alzamiento, Mario Read Vittini, condiscípulo de Manolo en la Universidad, logró entrevistarse con el líder de la Unión Cívica Nacional, en la casa de Wenceslao Álvarez. En aquella ocasión, le recordó lo que ya sabía:

ustedes no tienen entrenamiento físico, ni los equipos, ni las armas. Las que ustedes tienen no sirven. Ustedes se las compraron al alemán, Camilo Todeman. Probé esas armas y no sirven.

Ya no puedo, Mario.

—Esa es una zona muy húmeda a la que ustedes van. Desde que los hostiguen las patrullas, les cogerán ajobachados. Los alimentos se pudrirán.

4 Ibid. 210.

Las ropas se les pegaban al cuerpo mojadas, les provocarán gripes y pulmonías. Se verán obligados a salir en busca de alimentos y medicinas. Los cogerán, y los matarán.

—Pues me matarán⁵.

Sólo la creencia en el pensamiento mágico, la reencarnación del mito de Fidel Castro, pudo incitar a Tavárez Justo a llevar a cabo ese acto de inmolación. El propio referente de su ideología revolucionaria, Enrique Jiménez Moya, encabezó junto al Comandante cubano Delio Gómez Ochoa, después de meses de entrenamiento militar en Cuba, una expedición guerrillera el 14 de junio de 1959 que fue prontamente sofocada por la dictadura.

En varios pasajes de su obra, Balaguer hace hincapié en el carácter extravagante e ilógico, de las actitudes de los personajes históricos. En algún momento, ni la información, ni la perspicacia ni la inteligencia que se les supone a los hombres que están en la liza política actúa en el teatro de los acontecimientos. En *Los carpinteros* se narra los acontecimientos anteriores a la muerte de Ulises Heureaux. Se desembarazó de su escolta personal para dirigirse al lugar donde se suponía que le aguardaban sus asesinos. Hizo caso omiso, a las advertencias que se le hicieron en Sánchez, en la Vega, en Puerto Plata; desoyó las investigaciones de Loló Pichardo, quien le comunicó con pelos y señales los detalles de la conspiración; después de haber interrogado menudamente a uno de los implicados. Devolvió antes de llegar al término de su viaje a un batallón que le había enviado el general Zoilo García. Cuando se leen los pormenores del magnicidio pareciera que la inteligencia del dictador quedase ensombrecida; como si se hubiese puesto, conscientemente, al servicio de sus matadores. De donde resulta que la ignorancia, la imprevisión y la torpeza desempeñen un papel preponderante en la historia.

⁵ Mario Read Vittini “Antecedentes de la caída del Gobierno de Bosch” *La Guerra de abril, Santo Domingo*, Secretaría de las FF AA (2003), Pág. 343.

UNA APORTACIÓN DE BALAGUER:
LA INTERPRETACIÓN PSICOLÓGICA DE LA HISTORIA

1. Las grandes crisis originadas en la versatilidad de la personalidad de Trujillo

Balaguer se convierte en el primer autor dominicano que atribuye un papel esclarecedor de los acontecimientos históricos a la compleja conformación psicológica de Trujillo. Tanto Joaquín Balaguer como Juan Bosch coinciden en la descripción de la sociedad que les tocó vivir, predominantemente rural, señorial, en la que se habían empotrado desde la era colonial una dominación entre la gente de primera y la gente de segunda. Este deslinde no tenía muchas veces fundamentos económicos. El dictador con su voluntad cesárea destruyó estos señoríos, incitado por un abrupto rencor hacia todas las sociedades exclusivas. En vista de ello, se enseñoreó con el mando del Club Unión, a cuyo consistorio había penetrado con la ayuda de Paíno Pichardo y don Virgilio Álvarez, y postreramente lo convirtió en una entelequia.

Muchas de las humillaciones que hizo de los linajudos y de los encopetados obedecían a la necesidad que sentía de someter a todo lo que pudiere representar prestigio social. Ese histrionismo lo llevó a un exuberante narcisismo. Así lo convirtieron sus aduladores en un semidiós. Llegó a ser, el hombre más homenajado, oleado, endiosado de toda la historia dominicano y acaso de América. Esta pasión de megalómano corría pareja con el gusto por los atuendos fastuosos. Balaguer reconstruye como un arqueólogo los rasgos de esa personalidad. El resentimiento que sentía lo hizo demoler brutalmente todas las reputaciones, basadas en el buen nombre, la alcurnia y burlarse, sobradamente, de todo el que fuera respetable. Estas cualidades casi le cuestan la carrera política al joven Balaguer, que era, en 1933, primer secretario de la Embajada dominicana en Madrid. Escribió el libro *Trujillo y su obra*, una que recoge una explicación del ascenso de Trujillo al poder, un florilegio de artícu-

los laudatorios escritos por los más conspicuos intelectuales de la época y una antología de los discursos más conceptuosos pronunciados por Trujillo en ese primer período de Gobierno. Sin embargo, cometió una pifia. Deslizó uno que otro bombo a la oratoria de Estrella Ureña, y eso bastó para que el libro fuera condenado y su autor cayera en desgracia, y tuviera que valerse de todas sus influencias para recuperar la confianza de Trujillo.

Muchos de los acontecimientos se produjeron como fruto de la insensatez, de una tendencia irreflexiva al dislate. Balaguer demuestra que una buena porción de las crisis que removieron los cimientos del régimen de Trujillo fueron originadas por estos naufragios psicológicos, producidos cuando las pasiones obsesivas dominaban al dictador y entenebrecían sus pensamientos.

“Su régimen se salvó muchas veces por obra de un verdadero milagro. Si sobrevivió una y otra vez a sus errores, fue a causa del apoyo que encontró inesperadamente en algún hecho fortuito o gracias al oro de que dispuso para malear muchas veces a sus adversarios mas enconados”⁶.

Son retablos del temperamento extravagante y extraviado de Trujillo los acontecimientos siguientes:

- Ejemplar resulta la crisis provocada por la matanza de haitianos del 2 al 7 de octubre de 1937. Este hecho reprobado abundantemente en todas las cancillerías del mundo, además de ser completamente inútil, hizo tambalearse el régimen al punto que Trujillo tuvo que acudir a un Presidente títere, para apaciguar la indignación internacional, luego hubo de emplear a fondo todos los talentos de la diplomacia para atenuar los efectos de esa medida genocida. Balaguer, que actuó como el más importante diplomático de las negociaciones postreras a la matanza, explica que, en vista de la superioridad militar, Trujillo pudo haber desalojado aquellos inmigrantes instalados en las poblaciones fronterizas dominicanas, sin derramar una gota de sangre. “Pero

⁶ Joaquín Balaguer *La palabra encadenada*, SD, 1988, Pág. 300.

*cometió el error a sabiendas de lo que podía ocurrir y se preparó a afrontar las consecuencias internacionales que debía tener aquel acto de demencia*⁷.

- Otra prueba histórica: la visita que realizaría el Presidente Magloire a Santo Domingo en 1955. Hallándose en Jamaica, el presidente haitiano, el Gobierno del Reino Unido le ofreció un barco de guerra para que lo condujera a República Dominicana. Inexplicablemente, Trujillo rechazó, irritado, la visita de Magloire y estuvo a punto de provocar un incidente internacional con Inglaterra que era, en el aquel punto y hora, el primer comprador del azúcar dominicano. Afortunadamente, los haitianos cancelaron la visita del Presidente Magloire, para escurrir el bulto de una crisis que hubiera tomado derroteros deplorables para las relaciones internacionales del país.
- Una cabal demostración de sus limitaciones como Jefe de Estado se nos echa de ver en la ruptura con los Estados Unidos, producida por la actitud de la Escuela de Lowenworth que calificaron con nota insuficiente los estudios que hizo Ramfis en esa escuela militar. En lugar de censurar la vida disipada de su hijo

*“denunció los acuerdos de Asistencia Militar suscritos por los dos gobiernos, puso condiciones inaceptables para la reanudación del convenio sobre bases de proyectiles dirigidas de Sabana de la Mar, e inició una campaña de prensa y radio contra el Presidente Eisenhower y contra el Secretario Herter y el Departamento de Estado. Su extravío en ese camino llegó hasta el punto de sondear al Kremlin y a Fidel Castro para establecer relaciones con esos gobiernos totalitarios. Rusia dio con las puertas en la nariz a los comisionados de Trujillo. La reacción lógica de la Administración Eisenhower fue la de allanar el camino para la eliminación del régimen dominicano”*⁸.
- Su personalismo enfermizo le hizo naufragar en una peligrosa maniobra, generada por el demencial culto a su personalidad que hacía extensivo a su hijo. Richardson, un oficial de Marina dominicano, que logró obtener muy buenas calificaciones en la

7 Ídem.

8 *Ibíd.*, Pág. 306.

Escuela de Lowerwoth fue súbitamente destituido y asignado a residencia en Samaná. Su megalomanía no conocía de límites ni de conveniencias ideológicas; ponía en apuros la supervivencia de su régimen.

- Otro acontecimiento de igual linaje lo constituye, a no dudarlo, la ruptura con la Iglesia. Se produjo por motivos fútiles. Lino Zanini se negó a escribir un discurso laudatorio, plagado de genuflexiones y reverencias. Trujillo montó en cólera. Y se produjeron la desavenencia con la Iglesia que marcaría el fin de su reinado. Todo el aparato propagandístico se dedicó a desacreditar a los purpurados de la Iglesia, utilizando los métodos más insólitos y extravagantes. Todo el discurso precedente sobre la Iglesia quedó hecho añicos; Trujillo no sólo no tenía ideología, sino que carecía de apego a ningún principio superior.

Esa faceta de su personalidad se convirtió en su Némesis.

Balaguer, que había permanecido por más de trece años en la diplomacia, cuenta que a su regreso al poder, Betancourt trató de entablar relaciones con Trujillo, invitándole a la toma de posesión. Este respondió con un desplante; a la ceremonia de cambio de mandos, sólo asistió el embajador dominicano en Caracas. Era la ocasión para limar las asperezas entre ambos gobernantes. En lugar de aceptar las relaciones de buena vecindad que le proponía Betancourt, Trujillo empleó todos los medios para derrocarlo, urdiendo conjuras con el general Castro León, con el coronel Tama-yo Suárez y con otros militares venezolanos y finalmente preparó el espectacular atentado contra la vida del presidente venezolano. Betancourt salvó la vida milagrosamente. Pero esta acción desquiciada produjo el aislamiento definitivo de la dictadura. Todos los Gobiernos de América rompieron relaciones con la República Dominicana, y obraron como las trompetas del juicio final.

Pero la estocada final la recibiría de resultas del rosario de crímenes que cometería para ocultar el aparatoso secuestro del exiliado español Jesús de Galíndez en las calles de Nueva York, para deshacerse de las implicaciones de la desaparición de Galíndez. Los

primeros sacrificados fueron los autores materiales del secuestro: Gloria Viera y su esposo Martínez Jara, alias el Cojo; luego el piloto que lo trajo al país Gerald Murphy, a seguidas el oficial piloto Octavio de la Maza. Examinando los componentes del acontecimiento, Balaguer llega a la hipótesis de que

“si Trujillo no hubiera optado, en aquel momento por eliminar físicamente a Octavio de la Maza, es posible que no hubiera habido nunca 30 de mayo. El motor principal de ese acto, el que le dio ímpetu y lo calentó con la cólera incontenible y con el fuego de la venganza, fue Antonio de la Maza”⁹.

La vorágine de esa cadena de crímenes, llevó al magnicidio del 30 de mayo. Los conjurados, hombres prolijamente ultrajados por el dictador, fueron incitados entre otras razones por las circunstancias internacionales que el propio Trujillo había provocado, y mantuvieron en letargo la emboscada hasta el espantoso crimen de las hermanas Mirabal. Ese hecho totalmente inútil y desproporcionado, constituyó un aldabonazo que precipitó los acontecimientos del 30 de mayo.

Al examinar las menudencias de estas circunstancias, se nos echa de ver cómo el conocimiento individual esclarece la historiografía. Buena porción de los yerros del régimen no tienen explicación dentro de la tramoya de los intereses que sustentaban al dictador, pero se vuelven transparentes ante las descripciones de su personalidad que nos retrata con multitud de ejemplos Joaquín Balaguer. En ese tesoro de observaciones se pone en el teatro de los acontecimientos las obsesiones, los demonios, los resentimientos, los complejos, los arrebatos de este hombre verdaderamente excepcional. Lucien Febvre (1878-1956), uno de los pioneros en introducir la psicología en las investigaciones historiográficas, proclama que, en muchísimas circunstancias, la exploración psicológica nos permite interpretar, comprender la conducta y la acción de los dirigentes de las sociedades. Particularmente, en Trujillo pesaba más ese laberinto sentimental que las engañosas ideologías de los dis-

⁹ *Ibíd.*, Pág. 347.

cursos de sus colaboradores. El dictador nunca pudo desprenderse completamente del resentimiento de sus días iniciales, cuando el reconocimiento social le fuera negado, ni tampoco de la insaciable voracidad por las pompas y por los honores. Esas deformaciones fueron exaltadas por una tendencia ya muy asentada en la política local de adular a los gobernantes, de endiosarlo atribuyéndole características sobrehumanas. Todos esos anacronismos han teñido las decisiones y los cálculos políticos de Trujillo. Las razones por las cuales ordena secuestrar y luego asesinar a Jesús de Galíndez y prepara toda la urdimbre de un atentado a Rómulo Betancourt no son ni políticas ni ideológicas, sino que se hallan enraizadas en esa compleja psicología individual. El primero puso en entredicho la paternidad de Ramfis Trujillo; y el segundo, cuando Trujillo lo insultaba poniendo en duda su hombría, le hizo ver que había tenido relaciones de alcoba con María Martínez. En multitud de casos, se verifica el papel de las emociones y los sentimientos del dictador, en las decisiones y acontecimientos del régimen.

Las observaciones del comportamiento de Trujillo llevan a Balaguer a formular un perfil psicológico del dictador:

Era un simulador, vanidoso, pendenciero, resentido, desconectado de todos los afectos que pueden generar la amistad y la adhesión sincera, desconfiado de todos y toda su dominación fue fundada en el terror. La delación de los familiares, la abyección, los relatos de torturas; crímenes cometidos en períodos de tranquilidad, eran parte de los mecanismos utilizados por este histrión para mantener viva en el candelero la llama del terror y del miedo. “Trujillo se aterrorizaba ante la idea de que sus compatriotas perdieran el temor. El miedo era la base sobre la cual se apoyaba el régimen”¹⁰. Balaguer hace un parangón con Robespierre, temperamento glacial, de alma monolítica, fanatizado por la salvación de su régimen, que al igual que Trujillo carecía de la compasión y de piedad. En su delirio de grandeza, llegó a considerarse a sí mismo como el Padre de la Patria Nueva, creada por él y reconocida como la

10 *Ibíd.*, Pág. 350.

mayor manifestación de la república por todos sus áulicos. Tenía, pues, una idea mesiánica del poder, y en aras de ese designio era capaz de sacrificar todas las consideraciones humanitarias.

Era, además, generoso, abierto a las innovaciones, trabajador, disciplinado; le obsesionaba la grandeza de la República Dominicana y en su régimen pudo el país alcanzar el mayor grado de independencia de toda su historia; su influencia gravitó sobre todo el área del Caribe y su diplomacia, servida por los más capaces, y sus cabilderos estadounidenses se transformaron en agentes activos de los intereses del país.

Aun cuando contó con camadas de colaboradores, puede decirse que Trujillo gobernó solo. Ni los comisionados provinciales ni los gobernadores ni los Secretarios de Estado ni los Jefes militares que fueron la representación de su poder se sintieron a salvo de las humillaciones y remontranzas del dictador. Las destituciones escandalosas, las renunciadas firmadas por anticipado de los legisladores y funcionarios del poder judicial, mantuvieron en la incertidumbre y en la desazón a todos los servidores públicos.

Como monarca absoluto no dejó que nadie acumulara riquezas superiores a la suya, mantuvo la principalía en los tres grandes renglones de exportación del país: azúcar, cacao y café y el conjunto de todas sus empresas rebasa con creces el resto de la riqueza privada nacional. Cuando sentía que algún empresario privado adquiriría cierta supremacía o preponderancia económica le imponía tributos a su sector para obligarlo a transferirle porciones cuantiosas de sus ganancias.

LAS REVOLUCIONES Y LAS REFORMAS

En la agenda política de los que hicieron una oposición sin tregua a Joaquín Balaguer se hallaba presente la idea de la Revolución como factor que unía a las generaciones a una redención definitiva. La superstición tenía tal carácter mitológico que una buena porción de los creyentes en esa leyenda sagrada pensaban

que todos sus problemas, males y miserias quedarían solventados con la llegada de ese momento histórico que sólo tenía parangón con la idea cristiana del paraíso.

Los poetas, los escritores, los historiógrafos habían lanzado esa profecía y los oradores revolucionarios y los guerrilleros eran sus romeros y cruzados. El poeta Pedro Mir (1913-2000) había resumido en unos versos memorables, el ideal de esa generación:

*Desde la sierra procederá el rumor iluminado
Probablemente ronco y derramado
Probablemente en busca de la tierra
Traspasará los campos y el celeste dominio
Conmoviendo la última raíz, y sacando los héroes de la tumba
Habrá sangre de nuevo en el país
Habrá sangre de nuevo en el país
Y esta es mi última palabra.*

Las revoluciones, inspiradas muchas veces en el resentimiento, en el ansia de hacer justicia o en la idea de realizar la fiesta definitiva, en la que el reino de la necesidad y el reino de la igualdad, como ambicionaba Herbert Marcuse (1898-1979), pudieran coincidir.

La idea de que la violencia traería automáticamente la gloria de un nuevo tiempo histórico le era extraña. Muchos de los que se habían dedicado a destruir los gobiernos que había conocido, en sus años infantiles y en la adolescencia, no tenían ideas claras del régimen que querían imponer. Eran hombres con proyectos confusos y vagos, y con un ansia insaciable de destrucción; querían convertirse en inquilinos de la gloria; pero carecían de lumbres para orientarse.

De donde resulta que Balaguer no fue nunca un revolucionario anticapitalista, porque creía a pie juntillas que las sociedades progresan por reformas y no, necesariamente, por los estallidos de violencia ni por las supersticiones revolucionarias. Después de las orgías de sangre provocadas en 1793 por la introducción del terror revolucionario de Robespierre, Francia entró alternativamente en la República, en el Consulado, en el Imperio, en la Restauración

monárquica; pasaron varias décadas dando bandazos, y sin embargo, a partir de 1789 fecha en que en Estados Unidos se elige a George Washington, comienza, sin las teatralerías de la revolución, a concretarse el sueño de los revolucionarios franceses.

UN ESFUERZO AUTOBIOGRÁFICO

De las *Memorias* se deduce que fue Joaquín Balaguer el intelectual que pasó mayor cantidad de tiempo en la privanza de Trujillo, desempeñándose en las cumbres del mando. Balaguer estuvo desde la conjura del 23 de febrero 1930, y según lo explica participó en la campaña electoral, junto al caudillo de San Cristóbal. De los treinta y un años de la Era de Trujillo; permaneció trece años en la diplomacia (1932-1935) (1940-1940); cinco años como funcionario de segundo nivel (abogado del Tribunal de Tierras (1930-1932), como Subsecretario de Estado (1935-1938) y once años como funcionario del máximo nivel. Como Secretario de Estado (1950-1959) y Vicepresidente, como Presidente de la República 1960-1961. Ninguno de los funcionarios de la Era de Trujillo permaneció en la principalía por un período tan extenso, sin caer en desgracia. En los mandos mayores la permanencia fluctuaba entre tres y cinco años. Sin embargo, Balaguer rebasó todos los pronósticos, y se convirtió, en vista de ello, en el albacea del dictador.

La autobiografía que se esboza en esas prosas puede clasificarse en tres grandes aspectos: meditaciones y confesiones morales, retratos de políticos e intelectuales, esclarecimientos de hechos históricos importantes, mediante relatos, cartas y documentos.

En sus años mozos fue el reyezuelo de la familia; el único varón en una familia de siete hermanas. Su padre era un acaudalado comerciante; vivía una infancia radiante hasta que el barco que transportaba las mercancías que exportaba su padre fue hundido antes del armisticio de la Primera Guerra Mundial en 1918. A partir de entonces comenzó a caer una pátina ruinoso en la familia; se fueron deshaciendo de propiedades. En esos tiempos nació, pa-

reajamente, la vocación literaria de Balaguer. Publicó sus primeros libros de versos a los catorce años, *Psalmos paganos* (1921), al año siguiente dio a la estampa *Claros de luna* (1922).

1. Meditaciones y confesiones morales

La primera meditación se refiere a los primeros momentos del régimen; al asesinato en San José de las Matas del dirigente político Virgilio Martínez Reyna y de su esposa embarazada Altagracia Almánzar. He aquí el pasaje:

¿Por qué, sin embargo, tanto yo como la totalidad de los hombres que el 23 de febrero de 1930 nos dimos cita en la fortaleza San Luis, para protestar contra un estado de cosas que a todos nos parecía abominable, nos inclinamos ante la iniquidad y concluimos por congraciarnos con ella? (...)

Mucho he reflexionado después sobre la extraña psicología de la política y sobre su influencia en la conducta de los hombres y aun en el curso de los acontecimientos humanos. ¿Es que existe una moral valedera para los actos de la vida política y otra muy distinta para los de la vida privada? No lo sé. Pero lo cierto es que la política pone una venda sobre los ojos de los hombres y los convierte muchas veces, inconscientemente, en instrumentos dóciles de causas que en lo íntimo de su ser rechazan como incompatibles con sus sentimientos más elementales. Se diría, en presencia de tales realidades, vigentes no sólo para la República Dominicana sino para todos los países que viven bajo un régimen autocrático, que la conciencia de la responsabilidad individual se atenúa para diluirse finalmente en la responsabilidad colectiva. El individuo, es decir, el llamado animal político, empieza por justificarse a sí mismo con la excusa de que el mal es aceptado por toda la sociedad, congraciada con el despotismo como con un mal necesario. (107)

En estas confesiones se nos revela un sentimiento de culpabilidad y a la par la idea de hallarse atrapado en un régimen que había mostrado, en esas circunstancias primarias, la catadura de su intolerancia. Desde el comienzo tuvo conciencia de que se hallaba en un sistema político abominable, que podía golpear indiscriminadamente a cualquier dominicano, incluso aquellos que le servían

como áulicos, y ese *vademécum* de esas iniciales le sirvieron para orientar su vida y evitarle la zozobra en el porvenir. Pero no se halla conforme consigo al darle la espalda a sus expansiones íntimas. ¿ Cuáles razones lo llevaron al sacrificio de sus ideales para, después de la escandalosa muestra de horror que fue el crimen de Virgilio Martínez Reyna y su esposa, se mantuviera atado al carro del poder? En sus primeras prosas señala que le resultaba muy difícil ejercer de abogado, meterse en la refriega de personas amigas, y que había elegido la política como oficio. Pero, además, subraya que la mitad de su sueldo le era entregada a su familia, que había caído en la pobreza, tras un derrame cerebral padecido por su padre. En realidad, la circunstancia de Balaguer hacía muy difícil que pudiera romper con el amo del país, y tomar el camino de un exilio incierto, como hicieron otros de sus contemporáneos: Juan Isidro Jimenes Grullón (1903-1983) o Juan Bosch (1909-2001). Quizá lo que echa de menos realmente es el coraje que admira en su maestro Américo Lugo que padeció todos los ultrajes y remontranzas, tras su ruptura con Trujillo. Esas mismas notas de admiración las vierte sobre Viriato Fiallo (1895-1983), cuya fama de desafecto lo mantuvieron durante los años de preeminencia de la dictadura como un apestado social. Esas primeras experiencias se manifestaron cuando publicó su libro *Trujillo y yo*, obra laudatoria dada a la estampa en 1934, cuando era Primer Secretario de la Embajada dominicana en Madrid. En la misma introducía algunos pasajes elogiosos al tribuno Rafael Estrella Ureña (1889-1945), y ello bastó para que cayera súbitamente en desgracia. Postteriormente logró rehabilitarse, con la ayuda de Arturo Logroño que actuó como mediador entre Trujillo y el diplomático acreditado entonces en París. No se conocen pifias ulteriores.

En una segunda meditación colocada en las páginas postreras, nos habla de sus creencias religiosas, de la inmortalidad del arte y de las grandes ideas, de la caducidad de la gloria y el poder y se muestra como un destinista. Nos trasunta la angustia de enfrentar la vida como una invención, como un desafío permanente, al cual nos enfrentamos sin la sapiencia de una existencia anterior. Esas

carencias pudieron ser colmadas por su inmensa cultura, su erudición historiográfica de vidas ejemplares y pasajes de otras circunstancias políticas; pero el trasfondo que deja tras de sí su paso por la vida, nos transmite un regusto amargo de la condición humana. He aquí la meditación:

Resultaría ocioso hablar de las imperfecciones de la condición humana. (...) La política es la escuela en que se recogen con más frecuencia estos desencuentros y en que se acuñan más comúnmente estas verdades. Las lacras que le es dable a un Presidente contemplar en el corazón de quienes lo rodean, como presuntos servidores incondicionales son probablemente las más comunes y las más odiosas que es posible hallar en la feria de las vanidades que es el mundo. La traición, del brazo comúnmente de la lisonja, se pasea oronda por los salones de todos los palacios. Muchas veces, quizá valdría mejor decir casi siempre, los errores y las equivocaciones de un jefe de Estado obedecen a un mal informe o a una intriga manipulada por sus colaboradores.

Los jefes de Estado suelen ser hurtados de la atención pública por los áulicos, al no poder sustraerse de los mentideros palaciegos, son manipulados por las intrigas urdidas por los oportunistas y tienen necesariamente una vislumbre muy recortada de las sociedades que dirigen. El poder que suele atraer y seducir a una gran cantidad de personas se convierte en una escuela para conocer a fondo a los cortesanos y examinar las tramoyas profundas que obran como cimientos de la historia de la sociedad. Esa visión degradada, nacida de la observación del comportamiento de la gente palaciega y del examen de las actitudes, posturas y derroteros de tantas vidas dedicadas a la política, tiene, cuando menos la virtud de haberse inspirado en las vidas reales, y no en las supersticiones indulgentes, con las cuales se quiere muchas veces esconder el fondo oscuro de las almas ataviadas con el manto de la nobleza.

La historia de todo hombre es una suma de aciertos y errores. Muchas de las cosas que nos hicieron más infelices en la vida pudieron ser evitadas. Muchas decisiones tomadas en el momento oportuno nos hubieran aborradado grandes sinsabores. Los propios actos de traición y las ingratitudes de que

fuiamos víctimas en el curso de nuestra existencia, son el producto de nuestra imprevisión y de nuestra fe excesiva en la decencia ajena.

Los entresijos de nuestra propia irrupción en el teatro de la vida se hallan completamente colmados de situaciones variopintas: urdimbres de grupos de intereses; emboscadas; intrigas florentinas; tenemos que decidir “con angustia y entusiasmo”. Y, en muchos casos, ignoramos el desenlace de esas decisiones. Y ahí radica la enseñanza expresada en esta meditación.

llegamos inevitablemente al final de nuestra existencia con la insatisfacción de que sólo alcancemos a vivir una vez. ¡Qué hermosa sería la vida si pudiéramos repetirla una segunda vez con la experiencia ganada en la primera!

2. Retratos de intelectuales y políticos

Las memorias son también el encuentro con otras vidas. Las semblanzas de personajes de la vida diplomática como Osvaldo Bazil, que aparece envuelto en los vapores de la bohemia; los escritores y políticos como Guillermo Valencia, Gonzalo Zaldumbide, Rufino Blanco Fombona, Andrés Eloy Blanco, Jaime Torres Bodet; con los presidentes de Colombia: Eduardo Santos, Alfonso López Pumarejo; con los presidentes ecuatorianos Carlos Arroyo del Río, Juan Velasco Ibarra. De cada una de esas descripciones, en algunos casos superfluas e insuficientes, se extraen lecciones importantes: la simulación y las intrigas de López Pumarejo, las maniobras políticas de Niceto Alcalá Zamora, el encantamiento que producía la oratoria de Velasco Ibarra y de Jorge Eliécer Gaitán.

Pero también nos topamos con las estampas de los grandes personajes de la vida nacional en 1930. En ese calidoscopio se nos echa de ver las pátinas de cada uno de los personajes bosquejados. A Jacinto Peynado nos lo presenta abstraído de la vida funambulesca de la dictadura, empotrado en el mentidero de su tertulia de temas anodinos y sumisos a la camisa de fuerza del régimen. A Manuel Troncoso de la Concha, don Pipí, nos lo presenta en

privado como un crítico del régimen y en público como una figura estoica, que cumple cabalmente su papel en el teatro político. A Julio Ortega Frier, como un bibliómano intelectual de ideas superficiales; a Arturo Logroño, como un maestro del cinismo; a Manuel Arturo Peña Batlle como un intelectual inconforme y plagado de complejos por tener que servirle a Trujillo; a Víctor Garrido, como el modelo de trujillista ejemplar, a Manuel de Moya Alonzo como un *dandy*, un hombre de mundo, a Virgilio Álvarez Pina y Paíno Pichardo como el modelo de los cortesanos versallescos del monarca absoluto; de todos nos hace una puntillosa descripción : de don Jacinto Peynado, nos trasunta su bonhomía, su honestidad; del escritor y abogado Manuel Troncoso de la Concha, su carácter recto y justo y su entereza; de Anselmo Paulino, que fue el único de los servidores de Trujillo que llegó a ser un auténtico número dos. Si algo echamos de menos en estas remembranzas es la brevedad de los recuerdos que iluminan un retablo completo de nuestra historia contemporánea. Muchas experiencias y relatos quedaron definitivamente sepultados en el tintero. Lástima. Balaguer ha sido un testigo inteligente de nuestra historiografía. Las páginas que dedicó a describir el régimen y la figura de Rafael Trujillo en *La palabra encadenada* esclarecen esas realidades mucho más rotundamente que todo el discurso embrollado de los sociólogos, orientados generalmente por abstracciones, que omiten el conocimiento de la compleja personalidad del dictador.

3. Esclarecimientos de hechos representativos

El papel desempeñado por Joaquín Balaguer con posterioridad al magnicidio del 30 de mayo de 1961 fue verdaderamente estelar. Llevó a cabo la transición democrática, que, en un primer momento consistió en restablecer legalmente el sistema de partidos, permitiendo que la Unión Cívica, el 14 de Junio y otras agrupaciones pudieran realizar sus actividades proselitistas, sin coacción. En un segundo momento, centró todo el esfuerzo en producir la salida de la familia Trujillo del país. Y, finalmente, logró fijar la fecha de

las elecciones. Después de algunos escarceos entre los diferentes grupos que se hallaban en liza, fue arrojado al exilio por el Consejo de Estado presidido por Rafael Filiberto Bonnelly.

Al volver a la Presidencia en 1966, se inicia una etapa que no aparece, desafortunadamente descrita en sus *Memorias*. Le tocó encabezar el Gobierno en la etapa más volcánica de la Guerra Fría (1945-1989). Una porción de los grupos de izquierdas que asistieron como espectadores al enfrentamiento de dos sectores militares de las Fuerzas Armadas, creía a pie juntillas que las condiciones objetivas y subjetivas de la Revolución anunciada en el catecismo revolucionario había llegado, y que Balaguer representaba ante sus ojos crédulos, la imagen de la contrarrevolución. No había tal. En rigor, la guerra del 24 de abril de 1965, fue en principio, la lucha entre dos grandes sectores militares. Unos que proclamaban el retorno del depuesto Presidente Juan Bosch, sin que mediaran elecciones y otros, que se oponían al restablecimiento de la democracia, conculcada con el Golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963. El acontecimiento tomó dimensiones homéricas, cuando las tropas de los Estados Unidos, temerosas de que el movimiento, que se hallaba penetrado por los comunistas según sus agentes, tomara los derroteros de la Revolución cubana.

Una vez implantado el Gobierno de Balaguer, esos grupos irreudentos, que habían quedado armados tras el conflicto, quisieron reiniciar la guerra concluida tras las elecciones de 1966. Hubo guerrillas como las del héroe de la guerra de abril el coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó, quien desembarcó en la playa Caracoles del sur del país para comenzar un foco guerrillero, procedente de Cuba, que de haber triunfado hubiera implantado en el país una sociedad de partido único y de pensamiento dirigido, en concierto con las sociedades que se habían esbozado en su conciencia política como ideales.

Otro hecho notable fue el asesinato del periodista Gregorio García Castro, acaecido el 28 de marzo 1973. García Castro había sido fundador del Partido Reformista, y según las revelaciones de las *Memorias* mantenía muy buenas relaciones con el Presidente Ba-

laguer. El autor o los autores intelectuales de ese hecho ominoso permanecen en penumbras; otro tanto acaece con la muerte del periodista Orlando Martínez, el atentado a la vida del general Antonio Imbert Barreras, acaecido el 20 de marzo 1967. Al momento de caer abatido por los tiros de Mariano Durán y de mayor Pou Castro, era un cuadro intelectual del Partido Comunista Dominicano, una de las voces más prestigiosas del periodismo nacional, columnista de una influencia sin par, director de la Revista *Ahora*, su respaldo a las leyes agrarias del Presidente Balaguer le acercaron a personajes influyentes en ese momento. En la refriega que libraban el jefe de la Policía Nacional, Neit Rafael Nivar Seijas y el Secretario de las Fuerzas Armadas, Enrique Pérez y Pérez, por tener la primacía política, Martínez tomó partido por Nivar Seijas. Se barrunta que de esas discrepancias, surgió la mostrenca idea de asesinarle. Todas estas menudencias quedaron sepultadas en la página en blanco, cuyas revelaciones, según consta en las *Memorias*, deberían realizarse, algunos años después de transcurrida la muerte de Balaguer.

A pesar de las apostillas y pinceladas sobre sus relaciones con los presidentes Lyndon Johnson, Antonio Guzmán, Jimmy Carter, quedan planteadas muchas lagunas, porque, para una vida tan rica en acontecimientos, estas *Memorias* resultan insuficientes.

Las *Memorias* se hallan centradas en la Era de Trujillo, una época que aún no ha sido desmenuzada en todos los detalles. Trujillo no fue ajusticiado por un levantamiento popular ni por una cuadrilla de guerrilleros, sino por una conjura urdida por aquellos que habían sido sus amigos. El régimen oprimía hacia fuera y hacia dentro. Las víctimas exteriores son de todos conocidas; las interiores fueron parejamente copiosas. Cualquier funcionario se hallaba expuesto a ser defenestrado en cualquier momento, padecer los peores ultrajes, dar con sus huesos en las mazmorras por un bulo o un chisme. O incluso ser ultimado, tal como acaeció con Ramón Marrero Aristey. La vorágine de muertes desatadas tras el magnicidio del dictador, estuvo a punto de incluir al propio Balaguer. En los interrogatorios que se le hicieron, Pedro Livio Cedeño dijo

que los conjurados tenían el propósito de enterar a Balaguer de la operación. Esa versión no fue confirmada por los otros interrogados. El General Ramfis Trujillo quedó naufragado en vacilaciones, aun cuando barajó la posibilidad de pasar por las armas a Joaquín Balaguer. No lo hizo, a pesar de las cartas de su madre y de su hermano Radhamés que tildaban de traidor a Balaguer, y a pesar de las sugerencias que le hicieron varios de sus conmlitones para que Félix W. Bernardino le matara en un sarao, tal como nos revela José León Estévez en *Yo, Ramfis Trujillo*. Después de examinar concienzudamente las borrascosas circunstancias que tuvo que capear este avezado navegante, nada tiene de hiperbólico de que lleguemos a la conclusión, de que al igual que muchos otros, el áulico, el cortesano, fue, además, un superviviente.

18 de julio del 2006.

El legado político de Joaquín Balaguer (1906-2002)

Desde mis años mozos, me encontré con el espectro de Balaguer. Contrariarlo, combatirlo, contradecirlo, padecerlo, maldecirlo, enfrentarlo, era el alfa y omega, el objetivo de supervivencia de mi generación. Se vivía y se tenía una existencia contra Balaguer. De hecho, demostrar que se era furibundo antibalaguerista, era el santo y seña de las personas que se hallaban en la avanzadilla de las preocupaciones sociales. Señal de una superioridad moral. Una porción de la sociedad se hallaba cohesionada por este propósito y había adoptado una identidad propia combatiendo a Balaguer. Bosch, el gran maestro por excelencia de mi mocedad y, desde luego, de los profesores de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, había fabricado la visión que se tenía de Balaguer, columbrado como el gran obstáculo para llevar a cabo los progresos necesarios que había que emprender para transformar el país.

Hasta ahora la interpretación que se ha impuesto en la población, en los medios de comunicación, en los manuales escolares que hemos escudriñado con curiosidad sobre el papel que ha desempeñado Joaquín Balaguer en la historia reciente es la que han sustentado sus enemigos ideológicos. Sus adversarios políticos han desdeñado, en cierto modo, estas imágenes mostrencas. José Francisco Peña Gómez (1937-1998), su contendor, lo llamó “Padre de la democracia”, y Bosch (1909-2001), a despecho de sus documentadas críticas, nunca le negó talento de estadista. Pero, aun cuando el liderazgo político más influyente no se sustentaba en esas interpretaciones, la manipulación de los hechos históricos ha

permanecido y permanece aún entre individuos que exhiben como sus méritos de mayor gloria el haberse declarado enemigos jurados de Joaquín Balaguer. ¿Puede decirse entonces que con semejantes antecedentes nos manejamos con juicios objetivos y desprovistos de las borrascas ardientes de la pasión?

Es claro que los compromisos políticos, ideológicos y emocionales de estos jueces nos trasuntan una imagen absolutamente repulsiva y paradójica. Porque una porción importantísima de los críticos que lo combatían en nombre de la democracia, habían peinado canas tratando de imponer una sociedad de pensamiento dirigido, sin libertad de asociación, sin libertad de expresión y manipulada por un partido único, tal como acaecían en las dictaduras celestiales que pervivían en su imaginación y que trataron de importar para imponerla por piezas o completamente en la República Dominicana.

En esas fantasiosas utopías, después de tomar el control total del Estado mediante el terror revolucionario, se dedicarían a fabricar un hombre nuevo, y emanciparían a la sociedad de la explotación económica. Los apóstoles de esas profecías no podrían llevar a cabo esas bondades, sin antes hacer pasar a toda la sociedad por un baño de sangre.

En otras palabras, no todos los que batallaban contra Balaguer lo hacían para expandir la democracia, para alcanzar un régimen y un Estado de derecho sino para implantar una dictadura totalitaria.

Andando el tiempo, estos mismos elementos que han perdido sus mejores años desacreditando el sistema pluralista y democrático, son los que ahora se presentan ante los demás como profesores de democracia. Proclamándose como cristianos viejos, sin que nadie eche de ver en sus biografías variopintas su pasado de conversos, que no son viejos demócratas.

EL PASADO QUE LO CONDENA.
CORTESANO DE UN RÉGIMEN OPROBIOSO

La mala prensa de Balaguer se halla fundamentada en el pasado de funcionario de la Era de Trujillo (1930-1961). Tras el magnicidio, los opositores a Trujillo, agrupados en La Unión Cívica Nacional, que presidía Viriato Fiallo y el Movimiento 14 de Junio, de tendencia izquierdista, que capitaneaba Manolo Tavárez Justo, trataron de prohibirle toda participación en la vida pública, arguyendo que él era la reencarnación del régimen anterior.

La imagen de Balaguer que se echa de ver en esos mentideros se halla penetrada de abstracciones paradójicas. A veces nos lo presentan como instrumento de las estructuras sociales o grupos de poder económico; otras veces, como mecanismo del poder extranjero para imponerse en la República Dominicana. A saber, el influjo estadounidense. En ambos casos, el objetivo es deslegitimar su ascenso al poder en elecciones, no cabe duda, litigiosas. A buen seguro, que buena parte de los respaldos que obtuvo se debieron: 1ero. a la conformación del liderazgo político bipolar (Bosch-Balaguer) y, desde luego, a la posterior radicalización de Bosch hacia el marxismo; 2do. Balaguer se granjeó casi exclusivamente la confianza de la Iglesia, los militares, los empresarios. Y, a pesar de los remezones que produjeron las leyes agrarias, siguió teniendo primacía en los sectores rurales.

En 1930, Joaquín Balaguer trabajaba como abogado en el bufete de Jafet Hernández, miembro del Partido Nacionalista. El país vivía una crisis sin precedentes. Estalla el *Crack económico* en 1929. Las elecciones, no era un secreto, de celebrarse hubieran sido ganadas por el liderazgo carismático de Horacio Vásquez (1860-1936). Rafael Estrella Ureña (1889-1945), antiguo ministro de Vásquez, candidato del Partido Republicano a las elecciones, comienza a maniobrar en dos escenarios. Por una parte, trabaja en la unidad de la oposición contra Horacio Vásquez para convertirse en candidato de la oposición en compañía de Federico Velásquez (1867-1934); y,

por otra parte, en comandita con el General Trujillo (1891-1961). Prepara la urdimbre del Golpe de Estado del 23 de febrero de 1930. Seducido por la verbosidad de Estrella Ureña, Balaguer se enroló en el Movimiento conspirativo y redactó el manifiesto de la marcha que dio al traste con el Gobierno de Vásquez. Un remedo de la marcha sobre Roma emprendida por Mussolini en 1922. Son muchas las razones que influyeron en Balaguer para respaldar el Movimiento de Estrella Ureña. Pero la más importante fue la crisis de 1929. Los estragos que provocó en la vida económica del país y los trastornos que supusieron la primera gran crisis del sistema capitalista mundial fueron devastadores. Luego de la instauración del Gobierno de Estrella Ureña, Balaguer, que se hallaba ligado a Trujillo por el trato que le dispensaba Bienvenida Ricardo, prima de su madre y pariente de grata recordación, se sumó rápidamente a la campaña electoral de Trujillo en 1930. Junto a los intelectuales de la primera hora: Tulio Cestero, Germán Soriano, Alberto Font Bernard, Rafael Damirón, Manuel María Morillo y los alarifes del Golpe, Rafael Vidal Torres y Roberto Despradel.

El primer cargo público que ocupa Joaquín Balaguer es el de abogado en el Tribunal de Tierras del Estado. Poco después, ingresa en la carrera diplomática. En 1932, figura como Primer Secretario de la Embajada dominicana en Madrid. En 1935, tras una breve estancia en París, fue sacado momentáneamente de la diplomacia.

El trujillismo obraba por camarillas. Hubo varias camarillas que recibieron el favor del Benefactor todopoderoso:

- la camarilla de Virgilio Álvarez Pina y Paíno Pichardo;
- la camarilla del General Ramfis Trujillo Martínez;
- la camarilla de doña María Martínez, la primera dama;
- la camarilla de Anselmo Paulino, que tuvo una influencia de leyenda en la década del cincuenta. Las combinaciones de esas fuerzas llevaron a Balaguer a desempeñar, en 1937, el cargo de subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores y Secretario de Estado interinamente y a participar como actor de primer rango en la primera gran crisis del régimen; la

que sobrevino luego de la matanza de haitianos de 1937. En esas negociaciones, Balaguer, con apenas treinta y un años, demuestra sus grandes dotes políticas, al lograr la firma del Pacto Balaguer-Carrié. Poco después se convierte en Secretario de la Presidencia.

Pero nadie gozaba permanentemente del favor del caudillo. Tras penetrar a tambor batiente en el primer círculo, las intrigas de la entonces primera dama, María Martínez, y de Arturo Despradel, lo defenestraron muy prontamente. Balaguer pasa a desempeñar el cargo de diputado y de profesor de la Universidad. Y en 1940 se le incorpora, nuevamente, en la carrera diplomática donde permanecerá por diez años. En esos diez años, Balaguer hará las veces de Embajador en Colombia, concurrente en Ecuador, tendrá una breve estancia en Honduras. Y, finalmente, será Ministro Plenipotenciario en México en 1950.

El ascenso a la preponderancia política de la camarilla de Anselmo Paulino (1949-1954), convertido en el auténtico número dos del régimen, hizo posible que Balaguer volviera en 1950 con el cargo de secretario de Estado de Educación. En sus horas de gloria, en el 1937, le había rendido servicios a Paulino, y desde entonces mantuvo una estrecha amistad hasta su muerte. Durante los gobiernos de Balaguer, Anselmo Paulino fue embajador en España, y finalmente fue embajador en París (Francia), donde falleció en 1978.

De Secretario de Educación, en 1953 pasa a desempeñar el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores. En ambos cargos, Balaguer ejecuta, sin aspavientos discursivos, el giro político que llevaría a la salvaguarda del régimen durante el período de la Guerra Fría.

De ahí la entrega a la Iglesia de una porción de las tareas educativas, mediante las ordenanzas del Ejecutivo de Educación. Y, finalmente, el acuerdo con el Vaticano, conocido como el Concordato, refrendado por el propio Balaguer y el Generalísimo Trujillo en 1954.

La camarilla de Anselmo Paulino cayó en desgracia poco tiempo después, en 1955. Pero Balaguer no fue arrastrado por la ventolera, a pesar de las intrigas que lo llevaron a dimitir de su cargo, tras habersele maltratado en un Foro Público. En 1956 ocupa el cargo de Secretario de la Presidencia. En 1957, llega accidentalmente a Vicepresidente. Porque Ramfis Trujillo, a quien se hallaba destinada dicha posición, la rechaza. Entonces acaece un conjunto de acontecimientos en cascada:

- El secuestro en Nueva York y posterior asesinato de Jesús de Galíndez en 1956, desencadena un rosario de crímenes, que, a su vez, desacreditan internacionalmente la dictadura;
- La invasión de 1959 pudo generarle algunos apoyos estadounidense, porque la misma procedía de Cuba, pero terminó hundiénolo aún más, porque fue rematada con el fusilamiento de los expedicionarios;
- El atentado al Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, aumentó su aislamiento internacional; la mayoría de los países del Continente retiran a sus embajadores de Santo Domingo; se produce la ruptura de relaciones diplomáticas con Estados Unidos;
- El asesinato de las Hermanas Mirabal el 25 de noviembre de 1960.

En vista de esas circunstancias desfavorables, todos los miembros de la familia Trujillo, su hermano, Héctor Bienvenido Trujillo, entonces Presidente, su sobrino Luis Ruiz Trujillo y el propio dictador dimiten de sus altos cargos. En un intento desesperado de darle visos de verdad a su histriónico ocaso, se hace nombrar gobernador de Santiago.

En ese momento, Balaguer llega, finalmente, a la Presidencia de la República. Han pasado treinta años de la instauración de la Era, Balaguer ha pasado poco más de trece años en el servicio diplomático. Ha visto desfilar a una buena cantidad de colaboradores del régimen defenestrados o en desgracia, como Ramón Marrero

Aristy, Manuel A. Peña Batlle, Sánchez Lustrino; otros han quedado opacados por los acontecimientos; otros han muerto, como Emilio Morel, Rafael Damirón, Julio Ortega Frier, Tulio Cestero, Abelardo Nanita. Sólo él ha logrado mantenerse en el candelero. Sin hundirse y sin caer en desgracia. Cuando el régimen comenzaba su caída definitiva, se hallaba paradójicamente en la cumbre. Carecía de abolengo oligárquico como los presidentes títeres que gobernaron antes: Jacinto Peynado, Manuel Troncoso de la Concha. Tampoco tenía parentesco con el dictador, como el válido Héctor Bienvenido. Su ascenso es una combinación de la virtud, es decir, del talento y de la fortuna, como diría Maquiavelo.

¿Cómo pudo lograr mantenerse en la palestra sin naufragar?
Podemos atribuirlo a varias causas.

- En primer lugar, al conocimiento que tenía de los hombres. Conocía del papel fundamental que desempeñaban las camarillas. En sus *Memorias*, confiesa que, por intrigas de Arturo Despradel, fue conducido a ese exilio diplomático de casi diez años en 1940, al cual pone punto final el advenimiento del Anselmato.
- En segundo lugar, el conocimiento que tenía de la historia. Sabía que la dictadura tenía sus días contados. Lo proclamó, incluso, en un discurso en el Estadio Quisqueya en 1961, el Trujillismo duraría treinta y tres años. En 1952, pronuncia su discurso sobre el principio de la alternabilidad. Poco tiempo después subrayó que estábamos en una dictadura. Que vivíamos en un régimen autoritario. Eran ésas, sin duda, señales para muchos de un líder político en agraz, que esperaba el surgimiento del escenario para manifestarse con voluntad propia.

Sin embargo, puede decirse que su aprendizaje de la democracia le viene por la cultura y por la vida vivida en el extranjero, nos referimos a sus años en el servicio diplomático en Colombia, Ecuador, Honduras y México (1939-1950). La dictadura de Trujillo (1930-1961) es la culminación de una larga saga de dictaduras y de gobiernos de fuerzas, vividos desde la fundación de la República

en 1844. Esas circunstancias hacían muy difícil que un hombre, fraguado como funcionario, en los moldes de un régimen totalitario, basado en el partido único—el Partido Dominicano—; cimentado en la idea de fundar una sociedad de pensamiento dirigido, pudiera obrar como una personalidad plenamente democrática. Cimentado en la idea de fundar una sociedad de pensamiento dirigido, donde se mantenía el control de todas las instituciones de enseñanzas (escuelas, universidad, institutos), de las organizaciones sociales, de los medios de comunicación, para ponerlo todo al servicio del poder establecido. Una sociedad donde se practicaba el culto de la personalidad del dictador; se ejercía el control de los medios de producción, de los empleos y de los modos de supervivencia del país; donde se ejercía el control total del territorio, de los permisos de salida y de todas las fronteras. De modo tal, que para muchos, el país se había convertido en una gigantesca cárcel. El régimen husmeaba las vidas privadas, violando los espacios privados, la correspondencia, sometiendo de tiempo en tiempo a los ciudadanos a interrogatorios, a denuncias y exámenes periódicos, en granjas o en campos de trabajos forzados como Nigua, el afamado Sisal. El Estado dominaba a los individuos y a la sociedad; la ideología de la dominación era reproducida por los intelectuales, por los periódicos y por los maestros y por los sacerdotes y todo ese cuadro trágico era completado por el terror, los asesinatos, la intimidación. Era muy difícil que, en un régimen con semejante característica, sugiera un líder democrático.

LA ETAPA DEMOCRÁTICA

Sin embargo, al día siguiente de la muerte del dictador, Balaguer se propone desarticular esa inmensa maquinaria de poder:

- a. destrucción del Partido Dominicano;
- b. destrucción de todos los símbolos del culto a la personalidad del dictador; estatuas, plazas, nombres de provincias, calles, mausoleos, monumentos;

- c. repartición de todas las riquezas del Partido Dominicano;
- d. devuelve el nombre de Santo Domingo a la ciudad , aboliendo el de Ciudad Trujillo;
- e. le otorga la autonomía a la Universidad de Santo Domingo, de la cual, paradójica, será expulsado con cajas destempladas poco tiempo después;
- f. provoca el abandono de la familia Trujillo del país y trata, convertido en la clave de la transición, de participar en las elecciones de 1962. Pero los acontecimientos como un torrente lo sacan del país, y le muestran la cara triste del exilio.

Con esas operaciones quedó rematado el proceso de destrujillización.

De esos años, se echa de ver uno de los rasgos principales de la personalidad de Balaguer. No era un doctrinario, ni inflexible, ni intransigente; reconoce los factores de poder: la Iglesia, la oposición, el Ejército, los Estados Unidos, los grupos económicos. Pero la adversidad del exilio real sólo le ha servido para preparar sus fuerzas. En 1964, funda, en Puerto Rico, el Partido Reformista.

Poco después se produce el acontecimiento ejemplar de los últimos cuarenta años, la guerra del 24 de abril de 1965. Se trataba de un movimiento para restaurar el Gobierno constitucional del profesor Juan Bosch, derrocado por una conspiración militar el 25 de septiembre de 1963. Se produjo, entonces, una escisión del estamento militar. El grupo militar constitucionalista pudo ser, desde el punto de vista bélico, contenido si se hubieran producido las coordinaciones.

Pero los insurrectos no sabían bien claro adónde iban, metidos en el teatro de la refriega.

Los constitucionalistas, que lograron el respaldo de los partidos de oposición y de grandes franjas de la población, tenían un rumbo: implantar el Gobierno de Bosch sin elecciones. El desembarco de las tropas estadounidenses, el 28 de abril, redujo muy prontamente a los constitucionalistas a la zona intramuros, la Ciudad Colonial, y a una porción del barrio de Gascue. El conflicto

bélico duró del 24 de abril al 9 de septiembre, es decir, 129 días; se circunscribió, casi esencialmente, a la zona intramuros y la Ciudad Colonial, con el Edificio Copello como Palacio de Gobierno, y sus fronteras eran al este la Calle Las Damas, al norte, la avenida César Nicolás Pensón, al oeste la avenida Pasteur. Tras concluir el cerco numantino las tropas constitucionalistas quedaron encerradas en la zona intramuros.

Pero, ¿cómo se veía el conflicto entre los distintos grupos?

- En el partido organizador, el PRD, y acaso dínamo de la guerra, el conflicto debía ser solventado con el retorno de Bosch, que había sido el gran inspirador del movimiento y era la reivindicación principal de los militares que se habían sublevado contra el orden establecido por el Triunvirato.
- En los grupos extremistas de izquierdas se trataba de la Revolución anunciada en sus catecismos políticos. Sin embargo, los actores políticos de izquierdas no tenían ningún control de los acontecimientos: ni en el frente político, ni en el frente diplomático, ni en el frente militar. Las negociaciones se llevaron a cabo sin tomar en cuenta ninguna de las reivindicaciones de estos grupos.
- Para los norteamericanos, la intervención obedecía a un principio de geopolítica. Evitar que los acontecimientos fuesen controlados por los comunistas, so pretexto de una acefalía política. O que en la ausencia de un polo de autoridad se instalase un gobierno de izquierdas, de ahí la famosa lista empleada como subterfugio para la invasión estadounidense del 28 de abril. Era, luego se comprobó, un cálculo exagerado, que distaba de la realidad. Pero durante mucho tiempo fue la coartada para justificar una intervención militar totalmente desproporcionada e injustificada.
- Para Joaquín Balaguer se trataba de organizar sus fuerzas políticas y de presentarse como el candidato de la paz, el candidato de la Revolución sin sangre. Y aquí se echa de ver otro de los rasgos del gran político: la visión política, el tener una clara conciencia de las fuerzas que intervenían en el escenario. Balaguer sabía

que los Estados Unidos, la Iglesia, una porción de militares y los grupos de poder económico respaldarían una opción de poder que no se hallare comprometida con la guerra ni que constituyera una amenaza al lenguaje anticomunista, maccartysta que aún predominaba en Washington. De resultas de la proclamación a unas cuantas millas de la República Dominicana de la primera república socialista de América, Cuba. El antinorteamericanismo y las ambigüedades ideológicas de Bosch darían un espaldarazo a esa política del ajedrez, en la que Balaguer, sin haberse formado como Bosch con la amistad y aprecio de los grandes demócratas del continente, se convertiría en el eje del equilibrio para los responsables de democracia en el mundo. Balaguer fue, qué duda cabe, el primer beneficiario de las tiranteces entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Una de las habilidades demostradas por Balaguer durante toda su actuación política ha sido el tener perfecta conciencia de las fuerzas que obraban a su favor y convertirse claramente en su punta de lanza. De las elecciones transcurridas en 1966, Balaguer extrajo la información de los expertos electorales de que la población que votaría por él en esas elecciones se hallaba, fundamentalmente, en la población rural, que, en aquel punto y hora, representaba el 70% de la población. Que, además, era el favorito para las mujeres, que, horrorizadas por el espectáculo de la guerra, habían valorado positivamente la presentación de Balaguer como el candidato de la paz y de la concordia.

El hombre al que todos daban por liquidado en 1961, vituperado con toda clase de insultos zafios, se hallaba, cumplidos los sesenta años, en el poder. Sus primeras medidas se hallan conectadas con la identificación con los sectores sociales que constituyeron las pilastras de su régimen:

- Nombró a veinticinco Gobernadoras en las veinticinco provincias del país;
- Estableció el salario de dos pesos mínimo para los jornaleros del campo:

- Hizo aprobar las Leyes Agrarias para producir la mayor cantidad de asentamientos campesinos durante toda la historia;
- Prohibió la importación de automóviles de lujo; inició el plan de austeridad y ahorro público y puso un tope de 750 como sueldo máximo a devengarse en la administración pública;
- A sabiendas de que se presentaría una franca división entre la Universidad del Estado y los sectores de la burguesía del Cibao, ya que la Universidad se divorció de la industria, del comercio y de la vida estatal, concibiéndola muchos como el centro de formación de los individuos que derribarían el sistema político, dio su respaldo al plan de IAD de financiar la construcción del principal edificio de la Universidad Católica Madre y Maestra;
- Logra una cuota azucarera de 135 mil toneladas de azúcar y de 498 mil sacos de café y toda la vida del país girará en torno a la industria azucarera;
- Pero las circunstancias de una nación completamente arruinada por el caos, por la contienda y por el desempleo que, según un informe de la Secretaría de Estado de Trabajo, alcanza la cifra de 300.000 desempleados, para contrarrestar rápidamente el peso muerto de los problemas producidos por el desempleo y la desesperanza, Balaguer inicia un vasto programa de construcciones de infraestructura.

La sociedad dominicana se hallaba profundamente dividida en la cultura, en las ideologías y en los modos de concebir la política. Ese hecho produjo la expulsión de un conjunto de profesores de la Universidad del Estado, entre los que se incluía al propio presidente Balaguer y junto a él un conjunto de intelectuales y de profesores que no tenían indulgencia con las ideas políticas en boga en la Universidad. Esa expulsión dio origen a la fundación de la Universidad Pedro Henríquez Ureña, en 1967.

El otro aspecto de su Gobierno y el que resulta casi simbólico de la época lo constituyó el enfrentamiento con las fuerzas que habían visto en la guerra de abril la expresión de las condiciones subjetivas y objetivas para la implantación de un régimen revolucionario, que

aparecía representado en el catecismo revolucionario y en sus abstracciones ideológicas.

Una porción importante de los grupos minoritarios que participaron en la guerra quedaron armados, y muy prontamente dieron señales de una acción continua y de hondo contenido político:

- En el mes de noviembre se produce el asalto a un camión blindado que transportaba 83.000 pesos de los premios de la Lotería nacional;
- Se recomponen, con arreglo a las normas del pasado, algunos de los peores precedentes de la dictadura: en 1967, se produce la desaparición del dirigente de izquierdas Guido Gil; poco después muere asesinado el dirigente Orlando Mazara; en contrapartida, apenas dos meses después caen asesinados un profesor norteamericano del Carol Morgan, un celador de aduanas y dos policías.

Puede decirse, para rematar este aspecto, que durante los doce años, Balaguer enfrentó varios focos guerrilleros que intentaron encender la mecha revolucionaria que llevara al traste con su régimen y que condujera al régimen con que habían soñado sus propiciadores. Pero en 1967, las ambigüedades ideológicas manifestadas por Juan Bosch, en Suecia, en las que anunciaba la implantación de la dictadura con respaldo popular, hicieron declarar en octubre de ese año que “*si el PRD hace suya la tesis expuesta por el profesor Bosch en Suecia, quedaría eliminado de las agrupaciones democráticas*”. Los acontecimientos de 1968 alejaban aun más al mayor partido de la oposición que era el PRD de los círculos de poder. Porque en unas declaraciones dadas a la Prensa, según consta en la cronología, Bosch dijo “*el sistema democrático representativo es inadecuado para “mi país*”. En el mes de agosto de ese año, el profesor Bosch anuncia una gira por los países socialistas. En el periódico *El Nacional* del mes de noviembre, Bosch declara: “*no creo en la democracia representativa y por tanto no soy ni seré parte en ningún esfuerzo de grupo o partido que*

aspira a establecer en mi país o mantener allí por la vía electoral o lo que fuere eso que se llama democracia representativa”.

Todas estas vacilaciones serían aprovechadas por Balaguer. La política de rechazo de las elecciones aplicadas por Bosch, tras su llegada al país. Y, posteriormente, la estrategia de rechazar la lucha armada, prácticamente, dejaban de manos atadas al principal partido de la oposición. Ese momento fue aprovechado, maravillosamente, para impulsar el Movimiento Nacional de la Juventud. Y, de este modo, penetrar en sectores a los que no había llegado. Y, de paso, romper lanzas contra la oposición interna en el Partido Reformista, en cuya avanzadilla se hallaba el vicepresidente, Francisco Augusto Lora, su principal contendor.

En todo el Continente ardía la subversión.

La batalla campal que llevaban los grupos izquierdistas se hallaba alimentada por la existencia de focos guerrilleros en Venezuela, con Douglas Bravo; en Colombia con Camilo Torres; en Brasil, con Mariguela; en Uruguay con los Tupamaros; en Perú, con Tupac Amaru, Sendero Luminoso; en toda Centroamérica; en Francia, surgen las pobladas del movimiento del mayo 68; en Italia, se implanta el terrorismo con las Brigadas Rojas.

Los acontecimientos se encadenan: el 25 de marzo de 1970 fue secuestrado el Agregado aéreo de la Embajada de Estados Unidos, Donald J. Crowley. Los secuestradores canjearon el rehén por un grupo de prisioneros pertenecientes al Movimiento Popular Dominicano (MPD) que se hallaban detenidos en las cárceles. Al cerrarle las puertas a la alternancia del principal Partido de la oposición, Bosch dejaba a Balaguer sin interlocutores. Y, en cierto modo, estimulaba la lucha armada de los partidos extremistas.

Tras la reelección de 1970, se produjo la incursión de un grupo opositor en la Embajada de México, unas 15 personas. El terror se apodera de las calles. La prohibición de actividades marxistas ha provocado allanamiento de moradas, apresamientos arbitrarios, encarcelamientos injustos y ha precipitado al país en una guerra de baja intensidad, rematada con asesinatos de policías, secuestros, como el de Horacio Álvarez, libertado luego del pago de un rescate

de 100 mil pesos. La respuesta al terror fue , parejamente, el terror. En 1971, aparece en el escenario político La Banda, un grupo paramilitar. Pero eso no detuvo las hostilidades con el Gobierno. El 9 de noviembre un grupo armado asaltó el *Royal Bank Of Canada* ; la Banda fue disuelta oficialmente con la salida de Ramón Pérez Martínez (Macorís) en 1972, y la posterior destitución del Mayor Oscar Núñez. Durante poco tiempo se mantuvieron vivos sus rescoldos.

El 7 de febrero 1973, Balaguer enfrentó la primera guerrilla, dirigida por el coronel Francisco Alberto Caamaño. Derrotado el grupo guerrillero, se produce una escisión dentro del Partido Revolucionario Dominicano, Bosch renuncia al PRD, y el 17 de diciembre funda el Partido de Liberación Dominicana (PLD).

LA GRAN APORTACIÓN DE PEÑA GÓMEZ

La circunstancia de la salida de Bosch del PRD y las alianzas que había establecido Peña Gómez con la Socialdemocracia Europea, hacían entrever la probabilidad de la alternancia política, y aquí radica la gran aportación de Peña Gómez, el mantener vivas las probabilidades de la sustitución de Balaguer. Junto a Balaguer se habían desarrollado fuerzas políticas que el llamó “incontrolables”, que produjeron crímenes atroces, y en vista de ello, pese de haber llevado a cabo una obra de Gobierno en la que había crecido la economía; había aumentado la cantidad de propietarios de viviendas; se había iniciado el enorme sistema de presas, carreteras; había comenzado grandes asentamientos de tierras; se le había puesto coto, en gran medida, al latifundio; el régimen llegaba al 1974 plenamente desacreditado. Tenía muy pocas probabilidades de reelegirse. Inexplicablemente, la salida de Bosch del PRD dejaba abierta la brecha para que el principal partido de oposición llevase la delantera; pero quedaban, en cambio, los vestigios de los fantasmas del pasado. Una excesiva politización de las FF. AA.; las escisiones provocadas al Acuerdo de Santiago ideado por Peña Gómez para enfrentar a Balaguer, producidas, en parte, por la retirada de Juan

Bosch. Y, finalmente, las amenazas claras a las vidas de los opositores hicieron posible el mantenimiento Balaguer en el poder. Uno de los peligros de continuismo generado por la reelección radica en la posibilidad de secuestrar la democracia. Balaguer se benefició de los zarpazos producidos por la Guerra Fría, y tras la mascarilla de los peligros del comunismo, se transformó en algún momento de los doce años en un dictador constitucional.

Hasta ese momento, era el Gobierno de Balaguer el que había construido el mayor número de viviendas; había repartido las mayores cantidades de parcelas entre los campesinos; había creado el sistema de parques; había detenido con drásticas medidas la deforestación; había iniciado todas las infraestructuras del turismo y transformado totalmente la ciudad de Santo Domingo. Pero no había ganado la batalla de información. La salida de Bosch relanzó la vocación electoral del PRD; los apoyos obtenidos por Peña Gómez de los senadores demócratas de Washington, le arrancó el sambenito a ese Partido de ser enemigo de los EE. UU. y de propender a una transformación que pusiera en riesgo el equilibrio de las fuerzas políticas en el Caribe. De repente, el adversario había cambiado. El Gobierno había cambiado varias veces la fórmula de Gobierno; ninguno de los funcionarios se hallaba seguro de su cargo; Balaguer se volvía mago y anunciaba de la noche a la mañana un nuevo Gobierno; tenía una inmensa capacidad de renovación política; pero ya no valían las promesas de último minuto, y después de tres períodos, recibe una aplastante derrota electoral.

Ningún hombre había acumulado tanto poder en la etapa democrática. El ejercicio de Juan Bosch lo había catapultado como un pedagogo de la política; a Peña Gómez, como un líder de barricadas. Pero dejaba simbólicamente en Balaguer la imagen del presidente jubilado, de la estabilidad, el orden. El liderazgo político ya no era bipolar, sino tripolar: Bosch, Balaguer, Peña Gómez. Esa nueva realidad la había aprendido Balaguer en la oposición. Todos los cálculos que se habían hecho sobre su figura lo consideraban un hombre definitivamente derrotado. A los setenta y un años, completamente ciego y con una porción del liderazgo de su par-

tido en ascuas por su herencia política, Balaguer emprende la reconstrucción de su figura y realiza una amplísima labor intelectual: discursos, ensayos, conferencias, poesías, testimonios se vierten en libros y parecen devolverle a la palestra.

Bosch se concebía a sí mismo como un gran testigo, experto en hablar; Balaguer, en cambio, se definía como un polo de poder, experto en hacer. A Balaguer hay que juzgarlo por lo que hizo; no por lo que dijo. Antes de abandonar el poder, legalizó mediante una ley las actividades del Partido Comunista; promulgó las leyes agrarias; llevó a cabo un programa populista; prácticamente, les arrancó todas las banderas a sus adversarios. No era Joaquín Balaguer un ideólogo, aun cuando entendió que la forma de reconducir su partido, fundado en su persona, era la doctrina socialcristiana y que era necesario afiliarse a los poderes internacionales que influían en los destinos de la democracia, para evitar el conciliábulo de fuerzas que lo empujó fuera del poder en 1978, amparado en la Internacional Socialista.

EL PRESIDENTE QUE CONOCÍ

Recientemente se ha dado a la estampa un libro del economista Bernardo Vega: *Cómo los americanos ayudaron a colocar a Balaguer en 1966* (2005), sobre la influencia que ejercieron los Estados Unidos en el ascenso de Balaguer al poder en 1966. El objetivo del libro es intrascendente. Pero tiene mucho interés la cantidad de documentos vertidos en la obra. El mismo cálculo ha podido hacerse con el ascenso de Antonio Guzmán al poder; el papel desempeñado por Carter, por el Embajador Graham, por la Socialdemocracia Europea puede calificarse de intervencionista. Otro tanto cabe decirse de la intervención estadounidense del 1994 que le recortó el período presidencial por dos años a Balaguer. Y que, además, le impidió participar en las elecciones de 1996.

Pero la aportación de Balaguer no empalma con las ideologías políticas ni con las abstracciones ni con las ficciones que sedujeron

durante años a los políticos dominicanos. A mi modo de ver, se hallan en el conocimiento de la tradición y el manejo de los hombres que hizo que el caudillo nos presente la actuación política como una actividad de doble cara.

- Por un lado, la política ideal, en la que descuella Bosch, fundada en principios abstractos, en ideologías redentoras en algunos casos. Un mundo separado de los individuos concretos, y obediente a un catecismo mesiánico de salvación al través del Estado.
- Balaguer, en contraste con esta visión, conocía el Estado mejor que todos los teorizantes. Centra su ejercicio de la política como arte de gobernar y dominar a los hombres. Puede parecer, en este caso, un discípulo de Maquiavelo. Pero el ejercicio de la política como dominación de hombres, salvo en el anarquismo, es, en rigor, maquiavélico. Las preguntas que se hacía Balaguer no consistían en averiguar cómo se gobernaba al suizo, cómo se practicaba la democracia en Suecia, en Noruega; cómo se podían importar modelos de gobiernos de otros países, sino cómo debía mantenerse en el poder un gobernante dominicano.

Como en *El Príncipe* de Maquiavelo, Balaguer sabía que los hombres obedecen más al interés y a la fortuna que a los propios ideales. De este modo, una buena porción de sus colaboradores habían sido detractores y enemigos, y terminaron rindiéndole una devota admiración .

De su práctica política puede extraerse el vademécum que han seguido todos los adversarios.

- El clientelismo,
- el sacrificio de los aliados incómodos,
- la puñalada traperera,
- la lealtad sostenida con prebendas,
- las intrigas florentinas,

- la concentración de la autoridad,
- la aplicación de un cesarismo sin ideales.

El juego en un doble escenario y, muy especialmente, el manejo del silencio.

Muchos aspectos de la vida de Balaguer se mantendrán en penumbras. El hombre más insultado de toda la historia republicana, se mantuvo casi siempre en silencio. Instaurado en un Olimpo, sin prodigarse. Cuando las salvas de insultos tocaban el ámbito familiar, había que atenerse a las consecuencias, y prepararse para las represalias. Nunca reveló su pensamiento. Probablemente no tenía certidumbres muy firmes. Una cosa era lo que decía. Otra, lo que pensaba y otra, muy distinta, la que ejecutaba casi siempre guiado por la ley de la necesidad o la circunstancia. La palabra en Balaguer era como un abanico chino. Para él, lo que realmente valía era la acción, los actos.

Los que tuvieron la oportunidad de alternar en público o en privado con el ex Presidente saben que se interesaba más en escuchar que en revelar su pensamiento. Que era capaz de guardar secretos largo tiempo. Y que, además, sabía desentenderse de la cosa pública. Estudiar ese período es hallarse con un lector de Napoleón, Gracián, Azorín y de todos los grandes tratadistas de la política. Balaguer, al igual que Talleyrand, Mirabeau, Velasco Ibarra, Betancourt, enseña y condensa el fabuloso secreto de su práctica con su propia biografía. La política es una contraargumentación de la ideología.

Nunca empleó el insulto. Pocas veces se le vio en público fuera de sus casillas. Manejaba la compostura como un auténtico actor, como si estuviese hecho para permanecer inmutable en las largas ceremonias oficiales. Sin embargo, sus cancerberos le defendían de los adversarios y enemigos; hacían de grumetes del barco. Las pasiones del capitán nunca aparecían en público. Todo gobernante debe ser capaz de transferir las culpas a los colaboradores, y poner el mando a salvo de las controversias. Es una lección política necesaria para la gobernabilidad, y que ha preservado al poder ejecutivo del descrédito que, en muchas épocas, ha arrojado al poder judicial y al poder legislativo.

Nunca daba muestras de ira. Nunca dio muestras de impaciencia, ni siquiera al momento de morir. Era un político de sangre fría. Muchas de las injurias recibidas por adversarios y enemigos fueron dejadas al tiempo, y premiadas con un cargo y cobradas luego con una destitución deshonrosa. En 1977, legalizó el Partido Comunista; le dio empleo a sus cuadros más prominentes en ONAPLAN; financió con cuantiosos fondos públicos la campaña de los candidatos del PCD a las elecciones congresuales y municipales en 1978. Halagó a una buena porción de sus detractores profesionales con contratas, exoneraciones de equipos, licitaciones y poltronas para sus hijos y allegados. En su fuero interno, Balaguer pensaba que no existía ningún político decente. Los ideales y las creencias eran para él cosas de circunstancias. Muchos de sus adversarios procedían de los antiguos partidos de izquierdas. Otros, batieron palmas para sacarlo con cajas destempladas de la Universidad. En los últimos tiempos, un movimiento encabezado por el ex rector de la Universidad, Roberto Santana, se propuso desagrararlo por haber sido incluido en una lista negra por el Movimiento Renovador de la UASD. Ese propósito, así como los elogios recibidos hiperbólicamente de sus antiguos detractores, los recibía al mismo tiempo con cortesía y desdén. Porque, en el fondo, estaba completamente convencido de que muchas de las gloriosas nombradías y buena reputación de esos intelectuales y comentaristas carecían de fundamento.

Nunca se interesó por las batallas dialécticas. Sus adversarios podían vencerle en el análisis, con una batería implacable de argumentos bien elaborados. Recuerdo las jornadas del diálogo Tripartito en el Gobierno de los diez años (1986-1996). En una de esas reuniones maratónicas, el Presidente de los Empresarios de Herrera, Antonio Isa Conde elaboró un documento demoledor que hacía pasar por las horcas caudinas toda la política económica del Presidente. Todos pensábamos que Balaguer caería rendido ante la dialéctica prodigiosa del orador grandilocuente. Sin embargo, el Presidente se mantuvo impasible; prometió estudiar la pieza y santas pascuas. No le dio excesivo valor a las palabras de Isa Conde, pues no representaba a ninguno de los poderes del Estado ni podía evitar lo que él entendía que debía hacer.

En el fondo, Balaguer sólo respetaba la fuerza. Esa majestad aprendida en el largo ejercicio del poder. Se basaba en el hecho en que el buen gobernante es también un psicólogo, que conoce al dedillo las maniobras de la polilla palaciega, los grupos de interés y las necesidades del pueblo. Lo que carecía de ese atributo era perfectamente desdeñable. Por tal razón, cuando era derrotado se comportaba como un opositor conciliador; evitaba los conflictos y se convertía en consejero del Presidente de turno; fingía conformidad, hasta convertirse en árbitro.

Balaguer fue un político poliédrico.

- Hay un Balaguer impasible ante los ataques de sus enemigos. Los profesionales del antibalaguerismo le atribuían todas las maldades del universo. Balaguer tenía sus Bonillitas. Algunos, le atribuían poderes sobrenaturales para justificar su odio sin contornos; al faller la espoleta que ponía en marcha todo el exhibicionismo en los medios de comunicación, el objeto de su guerra santa, se han quedado como unos boxeadores atacando en el vacío. Borrachos de resentimiento y de sarcasmo.
- Hay un Balaguer tolerante con la carcoma que se apodera del Estado. Que admite sin ambages que está rodeado de ladrones. Pero para quien la necesidad de mantenerse en el poder no ha de parar mientes en consideraciones morales.
- Hay un Balaguer anti elitista, que sentía desprecio por la oligarquía, por las ceremonias de alto copete, que podía nombrar a una celestina como diputada al Congreso; a un taxista embajador en Japón; que podía designar a un médico en finanzas, a un agricultor en el Banco Central. Con Balaguer los cargos carecían de aspavientos y las dignidades se deshacían como agua de borrajas. El único cargo importante era el de Presidente; los demás cargos tenían un brillo de falsos zafiros.
- Hay un Balaguer dadivoso, paternalista, que se forjó a sí mismo la imagen de un proveedor de bienes, criticado acerbamente por sus adversarios, que, al final, terminaron haciendo lo mismo. Hasta convertir “el plan social de la Presidencia” en el principal instrumento para conjurar la pobreza.

En los últimos años, todos los ex Presidentes han desfilado por la Máximo Gómez 25. Martí decía que el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país. El buen gobernante no es el que trae importados gobiernos de otras realidades ni el que se aferra a sociedades imaginarias, sino el que puede cumplir con altos propósitos sin desentenderse de las aspiraciones de las masas incultas que tienen primacía en el voto. Para el apóstol de Cuba, los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Y he aquí uno de los rasgos de Balaguer: era profundamente dominicano. Conocía al dedillo las debilidades de nuestra sociedad, y logró enseñorearse sobre sus miserias para mantenerse en el poder. No se propuso cambiar la sociedad, sino descubrir qué fuerzas se movían en el teatro político, y emplearlas, cabalmente, en su provecho.

Durante el Gobierno de los doce años (1966-1978), Balaguer aprovechó para presentarse ante los Estados Unidos como la única cabeza capaz de contener la insurgencia comunista en el Continente. En esos momentos en que la Unión Soviética y los Estados Unidos se disputaban la hegemonía del mundo como dos luchadores de sumo, Balaguer se convirtió en un dictador constitucional, proclamándose partidario de una vocación de poder sin límites.

Aun cuando contaba con una indudable fuerza electoral, Balaguer nunca superó las que representaban todos sus adversarios. Sin embargo, sus fuerzas menguadas en cantidad, se compensaban con la debilidad de su enemigo. Muchos de sus enemigos terminaron sirviéndole. El General Imbert Barreras, que se opuso a su regreso al país en 1965, llegó a convertirse en Secretario de Estado de las Fuerzas Armadas. Pareja suerte corrió el General Wessin y Wessin, que había padecido exilio de resultas de un abortado Golpe de Estado contra Balaguer en 1974. Su más enconado adversario político, el Dr. Peña Gómez, artífice político de sus dos derrotas electorales y del recorte del mandato presidencial en 1994, le llamó “Padre de la democracia”. Pasados los noventa años, ciego y convertido en un carcamal, ha sido designado por todos como el fiel de la balanza.

Sus enemigos, que sólo ven sus sombras, que soñaron con políticos de papel y que lucharon por implantar sociedades imaginarias, no le han ahorrado ataques ni aun en la hora de su muerte. Y, sin embargo, se quedan entre nosotros sus prácticas políticas, basadas en la conducta de los hombres reales y no en seres ideales. Vivos quedan entre nosotros sus defectos que son los de la sociedad en la que le tocó gobernar, y sobre la que ha esculpido su gloria.

Dentro de cincuenta años, cuando los resentimientos y el polvo de la muerte hayan velado las vidas de sus detractores, la nación dominicana pondrá en el celemín de la historia al trabajador infatigable, al forjador de la clase media en los doce años, al constructor de todas las grandes obras de la Capital y de los pueblos, de los aeropuertos, de los acueductos, de los parques nacionales, de las grandes presas, de la plaza de la cultura, de la plaza de la salud, de la zona industrial Herrera y de los cimientos de los progresos materiales de la República Dominicana.

Probablemente él prefiera ser recordado por ese concierto de piedra y contornos que han transformado nuestro modo de vida, y no por la pleitesía de intelectuales inútiles para las tareas de Gobierno. Fraseólogos, gente verbosa que finge no darse cuenta de que la política no está dominada por santos, sino por oportunistas, por hombres sin virtud alguna. Sabe que será evaluado por sus resultados. O como dijera el propio caudillo colorado en una de sus campañas: “el *único dominicano del cual habrá que decir por sus frutos lo conoceréis*”. La posteridad proclamará que acaso la nación fue zarrandeada. Pero el país progresó.

A sus noventa y cinco años, Balaguer recibía y alternaba con decenas de personas todos los días: funcionarios, dirigentes de su partido, empresarios, extranjeros, Presidentes y ex Presidentes, y al momento en que un infarto fulminante puso punto final a su procelosa existencia, el país se hallaba en vilo esperando la decisión final del caudillo sobre la reforma constitucional, murió con el pie en el estribo, sin haber abandonado nunca las tablas del escenario en el que se esculpó su gloria y su obra. A los carroñeros que han querido escarnecerse con el paso de este hombre excepcional por

este mundo, sólo habría que preguntarle: ¿es que sus adversarios, puestos en el celemín uno a uno, la psicología volátil y repentista de uno, y las ambigüedades y el temperamento ciclotímico del otro, lo hubieran hecho mejor? En la respuesta a esta pregunta se halla quizá la razón de ser del legado de Balaguer.

Manuel A. Peña Batlle (1902-1954), historia e ideología: un combate encarnizado

Entre los ritos de paso establecidos para ingresar a esta gloriosa institución que es la Academia de Ciencias, se halla la disertación sobre una investigación realizada. En vista de ello, el tema que he escogido, como buque insignia de mi exposición en esta jornada, es explicar cómo he llegado a terminar una investigación ya concluida, y que se dará a la estampa en el curso de estos meses.

El ovillo de las ideas nace de una reflexión leída en Jean Jacques Rousseau. Dos de sus obras mayores presentan al filósofo, deponiendo ante un tribunal imaginario. La primera de éstas es *Les reveries du promeneur solitaire* (*Las ensoñaciones del paseante solitario*), un conjunto de meditaciones peripatéticas, hechas mientras hacía sus paseos por el bosque. En el *primer paseo*, Rousseau confiesa que ha sido proscrito, que se siente un extranjero en su sociedad, y concluye al final del mismo con la pregunta siguiente: separado ya de los hombres, ¿quién soy yo? En sus *Confesiones*, Rousseau vuelve a las andadas. Se propone la empresa de explicar quién es, e imagina las trompetas del juicio final, y analiza los episodios de su existencia, como si estos fuesen porción esencial de una deposición ante un juez supremo.

Ante Rousseau, el conocimiento de la historia se había transformado en un tribunal. Esa misma idea se había convertido en misión ideológica en la historiografía dominicana. Esa visión manipula los hechos, los valores, el conocimiento para rendirlos a la servidumbre de una causa determinista y que supone tener el monopolio de la verdad. A los ideólogos no les interesa conocer,

descubrir, explicar, argumentar sino salvar la doctrina. Examinan el mundo con mentalidad de clérigos; repiten doctrinales abstractos; suplantando las realidades con utopías y sociedades imaginarias; sus ideas no pueden rebatirse. No tienen que demostrar con datos lo que proclaman ni someter a examen lo que dicen. Como solía decir Jean Francois Revel, “su función es permitir a sus adeptos condenar lo que existe en nombre de lo que no existe”. La historia es una construcción del pasado, a la que no podemos adjuntarle nuestro presente, nuestras ambiciones y nuestros proyectos. Voy a dar un ejemplo de este procedimiento expeditivo.

De este modo, se hace depender la historiografía de un porvenir al cual se halla encadenada. Se proyecta en el pasado el futuro deseado. Se despoja al hombre de su esencial libertad. Buena parte del legado intelectual de Jimenes Grullón es un combate encarnizado de las ideas de sus adversarios. Se le conocía más por las ideas que detestaba, que por las escasísimas proposiciones que hacía. En 1959, había escrito dos volúmenes objetando toda la filosofía de Ortega y Gasset, el más grande pensador del mundo hispánico (*Al margen de Ortega y Gasset*. Al momento de vapulearlo, omitió el conocimiento de grandes porciones del pensamiento de Ortega; desconocía sus obras fundamentales. En 1968, escribió el *AntiSábado*, obra que no deja títere con cabeza; se propone demostrar lo infundado de la celebridad del escritor argentino, y echar por los suelos su valer intelectual. En 1969, dio a las prensas *Pedro Henríquez Ureña: realidad y mito*. Durante años se mantuvo vigente en la entonces principal Universidad del país un menosprecio por la obra del gran humanista dominicano, despachado con los criterios fulminantes expresados en esta obra. Poner a los intelectuales en la picota; someterlos a un paredón moral y sepultar sus reputaciones, no era una maniobra nueva en la obra de Jimenes Grullón. En 1970, escribe contra la trilogía patricia, sometiendo a Francisco del Rosario Sánchez y a Ramón Matías Mella al fuego de su verbo zahiriente; propone la eliminación de la trilogía en *El mito de los padres de la patria*. Su obra cumbre, *Sociología política dominicana*, constituye entre otras cosas una vasta refutación de los argumentos histo-

riográficos de Juan Bosch. Buena parte de su esfuerzo intelectual estuvo dedicado al linchamiento moral.

Era un trabajador infatigable, orador ampuloso y digresivo, escritor farragoso, odiaba y amaba con excesivo entusiasmo, a veces plagado de ceguera. No conocía las penumbras, ni los claroscuros ni los matices. Se transformó en un cruzado, henchido de intolerancia. Descalificó todo el pensamiento dominicano encerrado en la cartuja de su catecismo estrecho y nebuloso, trazado de antemano por otro. Asumió el marxismo como un dogma, como una religión, y andando el tiempo se fue fraguando un estilo de sectario.

Algunos incluso asumieron vicariamente sus mismos odios y enemistades.

Según esta tradición, al plantearnos estudiar al historiador Manuel A. Peña Batlle, bastaba con someterlo a las horcas caudinas de un credo pre establecido, y llevarlo sin testigos, con juicios sumarios e inquisitoriales al paredón moral. La ideología ejercía un peso muerto en el conocimiento. Su propio lenguaje, que llamaba gente “progresista”, “avanzados” a personas que habían echado canas apoyando dictaduras celestiales y utopías sedientas de sangre, me llevaban a la conclusión de que mucha de esa gente creía que el porvenir de la humanidad se hallaba en sus utopías delirantes. Ahora, tras la caída del muro de Berlín, sabemos que el porvenir de las dictaduras que aún prevalecen es la democracia, y el advenimiento de sociedades abiertas, allí donde ahora reinan el partido único, sociedades de pensamiento dirigido y un régimen de racionamiento alimentario. He aquí la pregunta que dispara mi investigación.

¿QUÉ SABEMOS DE ESTE HOMBRE?

Al cabo de medio siglo de su fallecimiento, nos quedan los recuerdos que nos dejaron los que fueron sus amigos. Un torbellino de impresiones recogidas en las tertulias a las que asistían Víctor Garrido Ramírez, D. Tulio Cestero, D. Freddy Prestol Castillo, Puro Benítez, Santiago Peguero Moscoso y Héctor Incháustegui.

Todos nos dejaron un perfil, en correspondencias y artículos, del hombre y de su época. He aquí el vasto campo de la historiografía oral, reconstruida con entrevistas y testimonios.

Y luego nos tropezamos con las memorias publicadas de los hombres que vivieron ese período. Las de Hans Wiese Delgado, las de Joaquín Balaguer, las de Fernando Amiama Tió, las de Carlos Cornielle, las de Virgilio Díaz Grullón, las de Mario Read Vittini, he leído en galeras, las de Vicente Llorens, exiliado español, con el que mantuvo una intensa amistad, a quien encargó dos antologías para el Centenario de la República de 1944.

Completan esta perspectiva, las monografías de Jesús de Galíndez Suárez y de José Almoína Mateos, indispensables para comprender la era oprobiosa. Así como la obra verdaderamente ejemplar sobre la *Era de Trujillo* del historiador hispanofrancés Lauro Capdevila, que trae de paso notables apostillas de los embajadores franceses, radicados en el país en el período histórico tratado.

En los últimos treinta años se ha dado a la estampa la inmensa documentación de los archivos estadounidenses sobre esa época, así como porciones del archivo particular del Generalísimo Trujillo. Y toda la valiosa documentación del Archivo del Palacio Nacional a la que tuve acceso. Se han publicado los artículos y estudios de Peña Batlle, dispersos en revistas y periódicos. Esas pesquisas anteriores fueron de una enorme utilidad para la elaboración de la investigación.

Posteriormente, hemos penetrado en el laberinto de su correspondencia. Las cartas y boletines del Presidente de la Cámara de Diputados en 1942; la correspondencia de su período como Secretario de Interior y Policía; enjundiosos expedientes consultados en el Archivo General de la Nación. Hallazgo primoroso. Hemos penetrado igualmente en el santasanctorum de la prolija correspondencia de sus etapas de Canciller (1943-1946), (1949), (1950) y de su breve paso por la Embajada dominicana en Haití (1947), contenida en los Archivos de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores. Una cantera extraordinaria, en la que se echa de ver su pensamiento geopolítico. Con pareja curiosidad, hemos escrutado

toda la correspondencia sostenida con el Generalísimo Trujillo, depositada en los Archivos del Palacio Nacional, memoranda, oficios y notas. Y finalmente hemos examinado con interés los retratos que han fraguado sus amigos íntimos, los artículos y testimonios escritos por el poeta Héctor Incháustegui Cabral, en sus memorias, *El pozo muerto*, quien fuera designado por la familia como su albacea intelectual. Le tocó prologar los dos capítulos de un libro inconcluso, *Orígenes del Estado haitiano*, publicados póstumamente. Obra de un hombre estragado por la enfermedad. A todo ello se agregan los magníficos perfiles que nos hace su asistente Héctor Pérez Reyes, en sus memorias, intitulada *Mis dominicanos* y en la panoplia de artículo que dio a la prensa sobre su amado maestro.

Tras haber escudriñado esa vida breve y sustanciosa, sólo vivió cincuenta y dos años, llegamos a la conclusión de que no merecía el juicio lapidario con que una porción de los intelectuales le ha juzgado. No merecía las deformaciones de su pensamiento. En vista de ello, la biografía intelectual del historiador trae ser vida la controversia de un hombre enfrentado ante el tribunal de la historia. Pero tiene además la ambición de constituirse en una historia de los intelectuales durante la Era de Trujillo. No era posible comprender la vida de Peña Batlle sin al mismo tiempo describir el régimen en el que permaneció enclaustrado desde los veintiocho años hasta su muerte. Esto nos llevó a escribir, conjuntamente con su biografía intelectual, una historia de la vida intelectual durante la Era de Trujillo. Sin la introducción de esta perspectiva esa vida quedaría en penumbras. De este modo, se echan de ver las lumbres sobre los papeles que desempeñaron los intelectuales, dentro de una estructura trifuncional. En ese tenor, hubo los propagandistas: periodistas, oradores y biógrafos, cuya función substancial era el culto a la personalidad y la defensa política del régimen; los expertos y administradores, que mantuvieron funcionando perfectamente la maquinaria económica, cultural de aquel imperio personal: economistas, empresarios, rectores de la Universidad, directores generales y Secretarios de Estado. Y, finalmente, nos hallamos con los salomones,

el Consejo de Sabios, entre los cuales, desde su entrada al régimen, siempre estuvo Peña Batlle. Tenían la experiencia histórica, la visión de las relaciones internacionales y la prudencia política, para ocuparse de los grandes temas.

He aquí algunas conclusiones:

1. Los juicios que se han vertido sobre el historiador se hallan ligados a la agenda política de los hombres que tomaron el mando generacional, tras la decapitación del régimen totalitario en 1961. Probablemente toda su práctica historiográfica pueda explicarse con la famosa tesis sobre Fuerbach, echada al ruedo por Marx, inmenso historiador: *los filósofos sólo han interpretado el mundo, de lo que se trata es de transformarlo*, que sirvió de santo y seña a los historiadores. Los partidarios de esta tesis negaban la existencia de una realidad objetiva, independiente de las ambiciones políticas de los observadores.
2. Los datos demográficos, las estadísticas económicas, la geografía humana y las estratificaciones sociales, nos han servido para explicarnos el comportamiento de los principales grupos burgueses, en cuya avanzadilla se hallaba la Casa Vicini ante el gobierno de Trujillo. Llegaron a convertirse en el refugio de todos los desafectos. De Peña Batlle, Viriato Fiallo, Ángel María Liz, Ángel Severo Cabral y otros.
3. Otro de los aspectos que se revelan en esta investigación empalma con las ideas de Lucien Febvre, según la cual los sentimientos, las pasiones, las ideas, los compromisos psicológicos desempeñan un papel en el desarrollo de los acontecimientos históricos. ¿No habría que atribuirle a la indecisión, a la ceguera psicológica de Horacio Vásquez un papel tan preponderante en los acontecimientos que llevaron en andas a Trujillo al poder, así como a la sagacidad y al histrionismo de Trujillo para enmascarar sus sinuosas ambiciones de mando? La historia es lo que no se puede predecir ni calcular ni predetermined. La historia no nos conduce, forzosamente, al triunfo de catecismos ideales. La idea de una estructura lógica, independiente de la acción humana, que determine el curso de los acontecimientos

históricos, sólo representa el mito de la historia como profecía del futuro. La historia depende, rigurosamente, de la acción de los hombres que se hallan en el teatro de los acontecimientos: sus pasiones, sus obsesiones, sus errores, sus indecisiones y sus momentos de clarividencia, el fanatismo, la ceguera, el odio pueden movilizar ocurrencias y generar hechos que no habían sido vislumbrados por nadie. Este desconocimiento de nosotros mismos, ha sido bautizado como el azar, la ausencia de una fuerza organizadora y el hallazgo de lo desconocido, lo inesperado. En realidad, es un principio de incertidumbre.

4. Raymond Aron ha reunido una buena proporción de pruebas que demuestran que muchos hechos y circunstancias sólo pueden explicarse por la ignorancia o por la estupidez. La ignorancia de Horacio Vásquez acerca de las pasiones que conducen a los hombres, la excesiva ingenuidad que oscurecía su entendimiento de los tejemanejes de Trujillo, lo mantuvo encorsetado sin comprender el desarrollo de lo que ocurría. No sabía dónde estaba ni adónde iba. Al día siguiente, aparecía como Orgon, el personaje tonto de Moliere, engañado por Tartufo. ¿Cómo se explica que Horacio Vásquez, que mantenía un liderazgo indiscutible en el país, desoyera a todos sus consejeros y parientes y obrara, inexplicamente, en el sentido de la ruina y la destrucción de su Gobierno?
5. Menester es que penetremos en el meollo de las grandes argumentaciones, base de las objeciones que se le hacen. Peña Batlle fue un pensador fundamentalmente católico. Creía en que había un porvenir tras la muerte. Su pensamiento doctrinal queda expuesto en su libro *Transformaciones del pensamiento político*, y en numerosos pasajes de su obra. Era, pues, natural que sus ideales no compaginaran con el positivismo de Hostos. Y sean referidas estas circunstancias sin simplificaciones odiosas: nunca puso en duda el magisterio fundamental de Hostos; lo reconoce como el maestro por excelencia de los dominicanos. Pero se opone resueltamente a todos aquellos que tras el caballo de Troya de la gloria de Hostos, lo han

querido utilizar para borrar de un plumazo el papel que desempeñó la Iglesia en la independencia, en la conformación de la identidad nacional. Que han querido convertir en una birria despreciable el papel que ejerció en la educación. No había en Peña Batlle intolerancia religiosa. Sin embargo, ha sido víctima de una sañuda campaña antirreligiosa. La defensa de la libertad del creyente es la mejor defensa del no creyente. Algunos prejuicios son verdaderamente mostrencos. Intelectuales fantasiosos se inventaron la ficción que Peña Batlle destruyó la escuela hostosiana. Una mentira que mucha gente propala sin sonrojo. La escuela hostosiana entró en capilla ardiente por el abandono de los discípulos de Hostos. Representa esta circunstancia, según esas mismas opiniones, el retraso mayor nuestra en la educación. Y aquí vale un paréntesis: la Iglesia no fue enemiga de Hostos. El arzobispo Meriño lo nombró profesor de Derecho del Instituto Profesional, y el padre Billini adoptó muchas de sus recomendaciones pedagógicas. El desastre se explica, según los actuales partidarios de Hostos, por el influjo de la Iglesia en la educación dominicana. Pero, ¿quién puede demostrar que los colegios católicos sean las rémoras de la educación dominicana? Pongamos en la báscula la labor educativa del Colegio San Luis Gonzaga, Loyola, Calasanz, La Salle, Sagrado Corazón, Santo Domingo, la Milagrosa, Santa Teresita, San Judas Tadeo; la de las universidades Pontificia Católica Madre y Maestra y Católica de Santo Domingo y comparémosla con los resultados de aquella educación que se precia de hallarse lejos de toda influencia espiritual de la Iglesia, y entonces veremos los hechos concretos, despojados de las ficciones, y apegados strictu sensu a la verdad. Los hostosianos de hoy aparecen casi siempre combatiendo el influjo de la Iglesia y de las ideas tradicionales. Cosa, por lo demás, a la que tienen derecho. Lo que resulta completamente inaceptable, es que quieran hacer responsables de su fracaso y de su impotencia a los que no lo son. Que para imponerse necesiten y recla-

men la colaboración del adversario que han querido triturar. Para derrotar el pensamiento que desprecian los partidarios reclaman la rendición sin condiciones del vencido.

Por no haberse dejado arrastrar por la irresistible influencia de Hostos, por haber discrepado de muchas de sus opiniones convertidas en catecismos por sus discípulos, se le ha bombardeado con una salva de ultrajes personales.

El segundo gran problema que le ha generado enconos era su posición en torno a Haití. Nunca se concibió como enemigo de Haití. Sus opiniones sobre ese país, vertidas en algunos discursos, las extrajo de las investigaciones de los propios historiógrafos y antropólogos haitianos. Tenía, sin embargo, una gran intuición geopolítica. Por hallarnos encerrados geográficamente con Haití en un mismo espacio insular, somos los dominicanos el único país del continente que corre el riesgo de volver a un estadio anterior al de su independencia. Peña Batlle creía a pie juntillas que la conciencia de la dualidad social y política que separa a los dos Estados enseñoreados en La Española no debía perderse. El día que se pierda esa dualidad, ya por un desplazamiento demográfico como llegó a temer; ya por un colapso del Estado dominicano, el esfuerzo de todas las generaciones anteriores se transformará en agua de borrajas. En vista de ello, deploraba cualquier iniciativa, por más dialéctica que emplee para ocultar sus solapados propósitos, que tienda a echar por tierra el legado de Juan Pablo Duarte. Esa intransigencia en esos aspectos capitales, ha sido mal entendida por todos los intelectuales que practican la ambigüedad, y por algunos cabalmente comprometidos con el antinacionalismo, desprecian rotundamente los resultados históricos de la gloriosa gesta del 1844, que nos independizó de Haití. Se han dedicado a envolver sus pensamientos con brumas terminológicas, con un vocabulario de palabras cohetes que para algunos representa el rostro mismo de la ciencia. Todos los que se oponen a los ideales nacionalistas en que se asienta la continuidad histórica de la República Dominicana lo hacen de manera negativa. No afirman sus teorías; no explican sus pareceres y convicciones; se dedican a mancillar las

reputaciones de los demás. De ahí que al enfocar el problema que nos plantea Haití, como no tienen las ideas suficientemente claras no se atreven a confesar su antinacionalismo. Ni les preocupa dar fundamento teórico a su derrotero. Se mantienen naufragados en la vaguedad y en ideas confusas. Resulta sintomático que la mayoría de los estudios que hoy se publican sobre las relaciones dominico haitianas se refieran casi exclusivamente a prejuicios, a racismo, y olviden que se trata de dos naciones independientes, que nos hallamos ante un problema geopolítico. El único antídoto contra el predominio de la ideología en el examen de esta realidad, es la exposición de las informaciones concretas. Pregúntesele a todos aquellos que no le han ahorrado insultos y ultrajes, por haber columbrado una amenaza para el país ¿dónde están las estadísticas que demuestren que Haití no es una amenaza para la República Dominicana?, ¿dónde están los datos que contradigan el informe dantesco de la ONU en 1945, utilizado por Peña Batlle en su discurso de Elías Piña?, ¿dónde están los datos que se contrapongan al informe elaborado por Dana Munhro, Ministro estadounidense? Disponemos hoy de una montaña de informes elaborados por el Banco Mundial, por la Organización Mundial de la Salud, por la Organización Panamericana de la Salud, por las propias encuestas nacionales sobre desnacionalización del empleo, el influjo sanitario de este desplazamiento demográfico, y los riesgos que nos plantea esta circunstancia. Todas esas informaciones, todas esas monografías empíricas no han logrado conmover las abstracciones de mitómanos y las declamaciones de personas que hablan sin fundamento.

Vivió Peña Batlle durante los primeros once años de la Era de Trujillo en un exilio interior. Era parte de la generación atrapada. Trujillo era un estadista extraordinario y a la par la avanzadilla de una dictadura degradante. En su régimen se establecieron los límites reales del Estado dominicano con el tratado fronterizo de 1936, la recuperación de las aduanas en 1941; se instituyó la moneda nacional, el Banco Central, el Banco de Reservas, el Banco del Crédito Agrícola, se creó un polo de autoridad que puso punto final a las guerrillas de Concho Primo, se implantaron las

principales infraestructuras de comunicación, escuelas, hospitales, industrias; se multiplicó la producción agrícola; se conjuraron muchos de los males sanitarios endémicos; se implantaron como parte esencial de las ceremonias del Estado el himno nacional, la bandera, los padres de la Patria y se alcanzaron los mayores grados de independencia del Estado dominicano en toda su historia. A esta visión que fue el sueño de todas las generaciones anteriores, le hizo contrapeso, su cara diabólica. Imperó en ese régimen la falta de libertad de reunión y de asociación, implantación de un partido único, de un régimen policial, de la censura, el culto demencial de su personalidad y el aplastante terror de una violencia criminal. En ese sentido, la República Dominicana llegó a ser una finca personal de Trujillo; y fue este hombre diabólico y fascinante, el inventor en América del primer Estado totalitario. Su régimen compartía semejanzas con los grandes totalitarismos que asolaron a Europa: nacionalsocialismo, fascismo, socialismo real. El partido único, el adoctrinamiento y la propaganda permanente, el control total de la economía y los empleos, el culto a la personalidad, la implantación de campo de trabajos forzados para los prisioneros y disidentes, el control policial de la población que convierte el país en una cárcel, del cual sólo es posible escapar con un permiso de salida u ocupando una embajada extranjera o huyendo en una embarcación. Peña Batlle no conoció la decadencia de la Era de Trujillo. Porque falleció el 16 de abril de 1954. En aquellos momentos, Trujillo se hallaba en el esplendor de una Edad de Oro que había comenzado en 1948 y que concluye con la esplendorosa fiesta de la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo libre en 1955. Poco después comenzaría su etapa trágica.

En la última etapa de la investigación centramos el interés en la historia concebida como tribunal. Inspirado en el Voltaire que escribió el caso Callas y en el Zola que defendió al capitán Alfred Dreyfus agrupamos los errores judiciales cometidos en el juicio a Peña Batlle. Hay una rama del derecho que se ocupa de los delitos de difamación y atentado a la memoria de los muertos. Esta jurisprudencia ha hecho que en Francia los jueces

se hagan acompañar de historiadores, debidamente documentados para deliberar las querellas incoadas a los tribunales. En actualidad, se mantiene en el candelero la querella planteada por una asociación martiniqueña al filósofo Alan Finkielkraut por unas declaraciones vertidas a propósito de la etapa de la esclavitud.

El tribunal que juzgó al historiador Peña Batlle, compuesto principalmente por aquellos intelectuales que echaron canas apoyando el totalitarismo soviético y sus variantes en el resto del mundo, no tiene ninguna superioridad moral sobre la generación atrapada en el régimen de Trujillo. Ni por su práctica política henchida de caudillismo y autoritarismo y personalismos perniciosos, ni por las convicciones que defendieron en libros, manifiestos y octavillas, ni por los sistemas políticos que trataron de importar al país por piezas o completamente. La democracia y la libertad, dos monumentos a los que rendimos culto, no pueden ser defendidas cabalmente por hombres que han pasado la mayor parte de su vida tratando de destruirla, sustituirla por un utopismo revolucionario o por gobiernos imaginarios que sólo funcionan en sus cabezas. En esos retablos de contrastes, se echan de ver los grandes problemas que he intentado revelar.

Notas:

¹ Me voici donc seul sur la terre, n'ayant plus de frère, de prochain, d'ami, de société que moi-même Le plus sociable et le plus aimant des humains en a été proscrit. Par un accord unanime ils ont cherché dans les raffinements de leur haine quel tourment pouvait être le plus cruel à mon âme sensible, et ils ont brisé violemment tous les liens qui m'attachaient à eux. J'aurais aimé les hommes en dépit d'eux-mêmes. Ils n'ont pu qu'en cessant de l'être se dérober à mon affection. Les voilà donc étrangers, inconnus, nuls enfin pour moi puisqu'ils l'ont voulu. Mais moi, détaché d'eux et de tout, que suis-je moi-même ? Voilà ce qui me reste à chercher.

² Je forme une entreprise qui n'eut jamais d'exemple, et dont l'exécution n'aura point d'imitateur. Je veux montrer à mes semblables un homme dans toute la vérité de la nature; et cet homme, ce sera moi. Que la trompette du jugement dernier sonne quand elle voudra, je viendrai, ce livre à la main, me présenter devant le souverain juge. Je dirai hautement: Voilà ce que j'ai fait, ce que j'ai pensé, ce que je fus. J'ai dit le bien et le mal avec la même franchise. Je n'ai

rien tu de mauvais, rien ajouté de bon; et s'il m'est arrivé d'employer quelque ornement indifférent, ce n'a jamais été que pour remplir un vide occasionné par mon défaut de mémoire. J'ai pu supposer vrai ce que je savais avoir pu l'être, jamais ce que je savais être faux. Je me suis montré tel que je fus: méprisable et vil quand je l'ai été; bon, généreux, sublime, quand je l'ai été: j'ai dévoilé mon intérieur tel que tu l'as vu toi-même. Être éternel, rassemble autour de moi l'innombrable foule de mes semblables; qu'ils écoutent mes confessions, qu'ils gémissent de mes indignités, qu'ils rougissent de mes misères. Que chacun d'eux découvre à son tour son coeur au pied de ton trône avec la même sincérité, et puis qu'un seul te dise, s'il l'ose: je fus meilleur que cet homme-là.

Jean Price Mars (1876-1969)

No hay en la historia reciente de la República de Haití ningún hombre público que haya servido a tantos gobiernos como Jean Price Mars. Nació en 1876 y murió en 1969. Durante su larga existencia sirvió lealmente a varias dictaduras y gobiernos de fuerza. En 1903 fue Secretario de la Embajada haitiana en Berlín, designado por el Gobierno de Nord Alexis. El Presidente fue derrocado el 1908, pero Price Mars tuvo la habilidad de cambiar de sombrero y chaqueta y aparece designado en 1909 como Primer Secretario de la Embajada haitiana en Washington: se mantiene en la palestra de los cargos públicos a pesar de los asesinatos y derrocamientos de Antoine Simon, Cincinnatus Leconte, Tancrede Auguste, Michel Oreste, Oreste Zamor, Davilmar Théodore; el magnicidio del Presidente Vilbrum Guillaume Sam le depara la Embajada de Francia, en París, coincide con la intervención de Haití por parte de las tropas estadounidenses que comienza en 1915 y concluye en 1934. Son tantos los altibajos de su biografía que, a la luz de los acontecimientos, se nos presenta como una reencarnación de Tayllerand.

Durante el período de la Intervención, llevó una vida sosegada, en el oropel de gobiernos de la élite haitiana que comienzan con Sudre Dartiguenave, Luis Borno, Louis Eugene Roy y, en 1930, llegó a forjarse ilusiones con la Presidencia y obtuvo una senaduría. Su contendor Stenio Vincent lo expulsó de la senaduría en 1932

y salió por vez primera del ruedo político. Pero no por mucho tiempo. En 1941, a la salida de Stenio Vincent del poder, vuelve a la arena como senador. En 1946, durante el período de Gobierno de Elie Lescot llega a ser Canciller de la República de Haití. Sobrevive al cuartelazo contra Lescot y se pasa a tiempo a las huestes del nuevo amo: Dumarsais Estimé, quien lo nombra Embajador de Haití en República Dominicana. Permanece en nuestro país de 1947 a 1949.

En 1950 comienza la época del dictador Paul Magloire; y aunque durante este período fue colmado de homenajes y distinciones por el gobernante, tal circunstancia no le impide llegar a ser el Canciller en 1957 con la llegada al poder del dictador más sanguinario de la historia haitiana, su compañero y émulo de la escuela de etnología de Haití, Francois Duvalier. ¿Qué nos dice la biografía política de Jean Price Mars? Todo depende del cristal con que se mire. Para los intelectuales que se han dejado seducir por el sionismo negro propalado en *Así hablo el tío*, se trata de un hombre que es capaz de mantenerse en el candelero, contra viento y marea. Los altibajos y traiciones políticas que le han permitido encumbrarse son interpretados como una demostración de su inteligencia sin par. Para los que no aplicamos esas indulgencias al padre de la negritud, se trata de un hombre que demuestra, acaso con demasiada frecuencia, su absoluta falta de escrúpulos. Esta exposición sobre el uso que se le ha dado a las ideas de Price Mars no ensombrece el conocimiento de su obra, sino que pone en claro el papel que han desempeñado sus discípulos, y papel que desempeñan todos aquellos que se creen dotados de un destino profético por pertenecer a la raza negra y cómo obró ese credo excluyente en las divisiones que han desgarrado a la nación haitiana.

Mucho se ha escrito sobre estos aspectos que permanecen en penumbras, para todos aquellos que se han dejado hechizar por el profeta que vengaría con creces sus resentimientos y frustraciones. Con paparruchas como esas, Francois Duvalier, el Lenin de esa revolución de negros indómitos, se enseñoreó en el poder y se hizo adorar como un semidiós. Comenzó, entonces, una dictadura que sus sobrevivientes han llamado un “fascismo neorracista”.

La evaluación del influjo de la obra de Price Mars en la dictadura duvalierista, realizada por René Depestre, no tiene desperdicios.

Los hombres de la siniestra escuela, François Duvalier y los otros tontons macoutes del espíritu que congestionan la facultad de Etnología de Haití, siempre han saludado en Price Mars a su maestro en el pensar, su guía espiritual, su mentor intelectual, y siempre han considerado Así habló el Tío como el primer manifiesto de su negritud, el punto de partida de su concepción del poder, de su ideología política y de sus métodos terroristas de acción.

Quisiera, pues, a la luz de esas observaciones, exponer las grandes tesis sobre las que se organiza el pensamiento de Price Mars y acaso tratar de mostrar los resultados que ha tenido la aplicación de ese credo, pues sus promotores políticos las han abrazado con el mismo fervor que los adoradores de *Mein Kampf* de Hitler lo hicieron. Primero se proclamaron como los portadores de una esencia negra, para legitimar su ejercicio de poder. Y, posteriormente, suprimieron a todos los opositores, a todos los que no comulgaban con su credo excluyente.

Las observaciones que he de hacerle a la obra de Price Mars pueden centrarse en unas cinco convicciones.

En libro de Price Mars obra el supuesto, la convicción de que todo el Caribe e incluso los haitianos están emparentados por una cultura negra común. En los voluminosos resúmenes elaborados por Gabriel Debien sobre la situación de la colonia francesa de Saint Domingue se han inventariado las procedencias de todas las poblaciones que conformaron la colonia y se ha advertido que al momento de la Independencia había 250.000 que habían llegado quince años antes. Que no hablaban la lengua criolla, sino que se expresaban en los diferentes idiomas de las naciones de las que eran oriundos. Depestre señala, en respuesta a esta creencia mitológica, inspirada por el interés político de presentar una unidad fantasmagórica, desconociendo la especificidad de los pueblos y las culturas del Caribe:

A pesar de su cuna común Africa-Europa, las culturas de Haití, de Cuba, del Brasil, de la Guadalupe y de otros pueblos del Caribe, presentan

características nacionales propias, en razón de su constitución histórica sobre territorios diferentes, en el seno de una vida económica y social que responde a factores no menos específicos. Para ser efectiva la comunidad de cultura supone comunidad de territorio, de idioma, de vida económica y de formación psíquica.

La cultura africana tuvo un desarrollo singular en cada una de las naciones del Caribe. Si la pureza de rasgos étnicos, si la pigmentación racial fueran un factor de unidad como supone Price Mars, entonces en África no habría naciones, lenguas y culturas diferenciadas entre los cientos de pueblos que comparten unos mismos rasgos fenotípicos.

La segunda convicción es que Price Mars representa la más acabada realización de las ideas negristas, nacidas en los días de la Independencia de Haití. Boisrond Tonnerre, el autor de la proclama de Independencia haitiana, escribió lo siguiente:

Para enarbolar el acto de nuestra Independencia hace falta la piel de un blanco que sirva de pergamino, el cráneo como escritorio y su sangre como tinta y una bayoneta como pluma.

El artículo XII de la Constitución prohibía el acceso a la propiedad a toda persona blanca y establecía serias cortapisas para reconocer el derecho a la nacionalidad. La idea que subyacía en la preceptiva constitucional era que ningún blanco podía ser un buen patriota. Esta ideología se expresaba en la gran matanza de blancos de 1804 de Jean Jacques Dessalines y las posteriores matanzas de mulatos ejecutadas por Henri Christophe y por Soulouque. Estas prohibiciones que excluían a todo el hombre o mujer de raza caucásica de acceder a la propiedad por el solo hecho de su raza, se extendieron hasta 1918, fecha en que la intervención norteamericana hace derogar la Constitución formulada por los padres fundadores de Haití. Mediante se le concede el derecho a los blancos a convertirse en propietarios de tierras. Los criterios que se emplean para atacar las medidas racistas suelen ser selectivos. Si hubiese un país del mundo en que a una persona, por el solo hecho de ser negra,

se le prohibiera el acceso a comprar una propiedad en el país de su domicilio, lloverían las condenaciones de todas las asociaciones antirracistas del mundo. Sin embargo, en el Haití anterior a la intervención estadounidense, que se había beneficiado copiosamente de la inmigración a otros países, permanecía esa prohibición de carácter paladinamente racista. Porque la misma no se aplicaba a extranjeros de raza negra.

Ahora se sabe que la aplicación de esas políticas de aislamiento cultural, sólo han servido para reforzar el analfabetismo y el oscurantismo en que ha naufragado el pueblo haitiano. Jean Casimir, que ha analizado los efectos de esta visión endogrupal de la cultura haitiana, desmenuza el ideario que obra tras bambalinas del modo siguiente:

En estas condiciones es que encontramos África en Haití, una versión haitiana de África, enroscada en sí misma, incapaz de expresarse para exigir su puesto bajo el sol, no obstante su vitalidad y su universalidad indiscutibles. Cultura nacional que no es oficial; del mismo modo que la lengua nacional tampoco es oficial, ni 'la religión de Haití es la religión oficial.

Esto nos conduce a la tercera convicción: la idea de que la raza constituye el factor fundamental del carácter de la nación y no las condiciones culturales, psíquicas y sociales. Es casi uno de los preceptos de la Constitución haitiana: “*de ahora en lo adelante, los haitianos serán conocidos exclusivamente como negros*”. El efecto inmediato de esta creencia que penetra en cada uno de los capítulos de *Así habló el Tío* es que el autor tratará de encadenar los rasgos fenotípicos al comportamiento cultural. La igualdad del color de la piel, según esta descabellada idea, debería conducirnos a la igualdad del comportamiento cultural. El 4 de mayo de 1934, uno de los turiferarios del ideario de Price Mars, René Victor escribía la apología del racismo, en *Le Matín*. He aquí la muestra:

El racismo como fuerza espiritual es la única tabla de salvación. Sin el sentido de la solidaridad racial y étnica, el haitiano no tendría conciencia nacional. Hay que desarrollar el orgullo racial en el corazón de los jóvenes negros.

Este postulado de Price Mars tendría consecuencias políticas nefastas. Según Rene Depestre

el concepto de negritud fue utilizado como un mito para disimular presencia en la escena de la historia de burgueses negros, que se han constituido en clase dominante, y que, como toda clase, oprimen al otro, y tiene necesidad de una mistificación ideológica para camuflar la naturaleza real de las relaciones establecidas en la sociedad.

Voy a ahorrarle por innecesarios los pormenores de la dictadura de Duvalier, que son las consecuencias políticas del triunfo demagógico del partido de la negritud. Sobre esa dictadura se han vertido ríos de tinta. Se trataba de un régimen oscurantista, oprobioso, del cual nos traza un magnífico retrato el novelista británico Graham Greene en su obra *Los comediantes* (1965).

La cuarta convicción: es que las ideas de *Así habló el tío*, libro canónico de la negritud, han contribuido a dividir a la sociedad haitiana. Han introducido las dos vertientes de cultura, la europea y la africana, en una larvada guerra civil.

Se trata de fracturar a las poblaciones, tomando como rasero la coloración de la piel. Este esfuerzo implica, en primer lugar, la creencia en una supuesta unificación de las culturas de las poblaciones negras. Hipótesis que resulta imposible de demostrar. Y, en segundo lugar, poner esas creencias en una especie de sionismo negro al servicio de un liderazgo mesiánico y redentorista. Fue esa la estrategia adoptada por el dictador Francois Duvalier, en 1957.¹ Con ese credo el dictador construyó su dominación sobre las masas haitianas; explotó hasta la saciedad el resentimiento y la frustración de los negros en contra de los mulatos, y capitaneó campañas violentísimas, fundadas en el odio racial.

¹ Laenec Hurbon, *Comprendre Haïti*, Port au Prince, Editions Deschamps, 1986. El autor subraya el hecho que en el siglo XIX los partidos que ocuparon la escena política eran el Partido Nacional (que se identificaba con los negros) y el Partido Liberal (que era el partido de los mulatos), p. 92. Como se ve, la ideología del color, el racismo.

Pero esta guerra de pareceres, de formas de ver el mundo, se produce en el mismo seno de la cultura haitiana: entre la francofilia (Leon Audain, Carl Brouard) y la negritud (Jean Price Mars, Jacques Roumain). Se nos representa, de este modo, un país de grupos enfrentados:

*Como si una parte a la vez negra y mulata de la población haitiana se tomara por extranjeros, perdidos en el país y que buscan continuamente enarbolar barricadas en derredor de sus casas, de su vida, en contra de toda connivencia con las masas de iletrados, criollohablantes, monolingües y vuduistas, que forman parte de un paisaje o de una naturaleza que hay que explotar.*²

Entre los intelectuales tienen primacía dos grandes matrices:

- En primer lugar, los que simpatizan con las ideologías *negristas*, cuyas prosas se consagran a defenderse de los prejuicios, del sentimiento de inferioridad y exaltar sus vínculos con África, proclamando clamorosamente la expresión de una cultura, en la que el vodú, el creole tienen primacía. Price Mars reconoce el rechazo de África entre los propios haitianos: “*en rigor al hombre más distinguido de este país le gustaría encontrar parentesco con un esquimal, con un samoyeda, o tongozo en lugar de que se le recuerde su ascendencia guineana o sudanesa*”,³ nos dice en la introducción de *Así hablo el Tío*. Todo el esfuerzo de los intelectuales *negristas* consiste en combatir los prejuicios sobre la africanidad de Haití, con otros juicios de valor que forman parte de los sermones del antirracismo. Que, a su vez, constituye el fundamento del exclusivismo negro, pregonado por Price Mars.
- En segundo lugar, tenemos el punto de vista de aquellos que sin ser excluyentes con relación al papel predominante de la herencia africana, se representan la transformación de Haití, a partir de una *deculturación* que *desafricanice* la cultura haitiana de

² Laenec Hurbon, op. cit., p.105.

³ Jean Price Mars, *Ainsi parla l'oncle*, Port au Prince, 1928, p.45.

atavismos, que la vincule a la herencia intelectual y científica de Francia, y de todas las derivaciones de la francofonía. Así una porción muy importante de los intelectuales considera que Haití es una recreación de la cultura francesa en América.⁴ Que se han de realizar esfuerzos de *deculturación* mediante el sistema de instrucción que dé primacía a la enseñanza de la lengua francesa, en franca regresión en estos momentos, y las congregaciones religiosas que empalmen la cultura haitiana con las demás culturas de América latina.

En algún momento, Dantes Bellegarde combate ardorosamente a los partidarios de la negritud. He aquí sus argumentos:

*Algunos haitianos, partidarios de una comunidad “cerrada” o “autárquica”, encuentran poco glorioso que Haití sea considerada como una provincia intelectual de Francia (...) No desean ya más oír hablar de cultura francesa, ni tampoco de cultura latina. (...) ¿Por qué? Porque el pueblo haitiano es de origen africano. Por consiguiente, debe proponerse como ideal formar, en el centro de las Américas, un reino dabomeyano, con cultura bantú y una religión congoleña o arada —para diversión de los turistas yanquis y la gran alegría de los Seabrook y de los Loederer en busca de temas sensacionales.*⁵

En ambas perspectivas, campa por sus fueros el sentimiento de inferioridad. Astrel Roland señala que “*al haitiano que se va de viajes, le ruboriza su nacionalidad: el mulato se hace pasar por francés o*

⁴ “Nuestra joven nación fundará un día en las Américas una nueva civilización francesa (Demessar Delorme, pp.192-193, *Les théoriciens au pouvoir*, Port au Prince, 1870. Jean Fouchard subraya que los haitianos son “los guardianes no sólo de una raza, sino de una cultura sin defensa en nuestro hemisferio (...) aunque una y otra fuesen de origen y orientación diferentes” (*Trois discours*, Port au Prince, 1962, p.55).

Dantes Bellegarde llega aun más lejos: “el uso de una lengua común no podía dejar de crear entre el pueblo haitiano y el pueblo francés profundas afinidades mentales. Por su constante comercio con los libros en los cuales los franceses han depositado los tesoros de su inteligencia y de sensibilidad, los haitianos viven y respiran dentro de la atmósfera creada por las ideas, las tradiciones, las creencias francesas. (*La nación haitiana*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, p.401).

⁵ Dantes Bellegarde, op. cit., p. 402.

sudamericano; el negro se identifica como martiniqueño o guadalupeño".⁶ Esas actitudes son reforzadas por el hecho de que la mayoría de los haitianos carece de documentos de identidad. Circunstancias que atestiguan que no se ha producido el proceso de "ciudadanización" común a las demás naciones de América.

Leslie Manigat nos define el complejo racial en Haití en estos términos:

"la huida del color negro, consciente o inconsciente, se acrecienta la atracción hacia lo más claro posible y multiplica los matrimonios destinados a mejorar la raza, según una expresión tristemente corriente en Haití. En definitiva, el ideal es el matrimonio interracial".⁷

Hoffmann explica las prácticas conyugales del modo siguiente: *"mediante los matrimonios endogámicos y escogiendo cónyuges extranjeros la pequeña minoría mulata ha logrado desde 1804 evitar fundirse con la gran mayoría negra"*.⁸

En resumidas cuentas, al examinar puntillosamente la multitud de documentos y testimonios relacionados con el sentimiento de inferioridad y el prejuicio racial reseñados en la obra de Hoffmann, de Manigat y en la quintaesencia del pensamiento de Price Mars,

⁶ Astrel Roland: *Le naufrage d'une nation*, Québec, Imprimerie La Prairie, 1986, p. 341.

⁷ Leslie Manigat: *Ethnicité, nationalisme et politique*, Nueva York, Connaissance d'Haiti, 1975, p. 23.

⁸ Leon Francois Hoffmann: *Haiti: couleur, croyances, créole*, Port au Prince, 1990. El autor reúne numerosas apostillas que muestran la impregnación del prejuicio racial en la sociedad haitiana. Se infiere de la lectura de los copiosos testimonios los rasgos de este prejuicio: 1. La infravaloración del haitiano se establece por los matices del color de su piel; 2) Es frecuente en Haití el uso de una gama cosmética para transformar la apariencia física y abolir la raza original: ungüentos y polvos para blanquear la piel, tenazas ardientes para tornar lacios los cabellos (Stephen Alexis: *Examen de conscience*, Port au Prince, 1937); 3) El ascenso económico, el prestigio social se asocian con el mulato claro: 4) El prejuicio racial se ha convertido en una fuerza histórica: "Cada coyuntura de crisis grave en una competencia abierta ha visto brotar la cuestión del color: 1800, 1806, 1821, 1843, 1679, 1946, 1957. No es un azar. (*Ethnicité, nationalisme e politique*, Port au Prince, , p. 29). Digamos de paso, que la mayoría de propagandistas de la negritud: Jean Price Mars, Jean Claude Duvalier y otros se casaron con mujeres blancas o mulatas de piel clara, en un país 95% de negros, en donde las posibilidades de acceder a lo interracial están severamente limitadas.

llegamos a la conclusión de que se ha incrustado en la mentalidad haitiana un sentimiento negrofóbico, caracterizado por el comportamiento que muestran el vacío de la conciencia de sí, de vivir una irrealidad, de enajenarse ante su propio ser, paladina en los grupos acaudalados: comerciantes, industriales, altos funcionarios, militares de alto rango y sus asociados; y en los grupos que emergen del mar social de la pobreza, ya sea por sus capacidades de acumulación o por sus “proezas” políticas o militares o por haber amasado fortuna en la emigración.

En contraste con este hecho, se echa de ver parejamente una mezcla de rencor, resentimiento y frustración, fomentada por la ideología de la negritud. Se trata de un sentimiento ambiguo. Porque los políticos e intelectuales, muchos de los cuales han sido aupados por la exaltación de la negritud, la rechazan en su propia vida. Una muestra de ello es el propio Price Mars, quien después haber escrito montañas de páginas sobre la defensa de la pureza de la herencia africana; y de haber exaltado hasta el delirio la estética de la raza negra, se casó con una mujer blanca y, para colmo de males, extranjera. No viven como piensan. Todo lo cual pone en entredicho la sinceridad de muchos de sus planteamientos. Serge Corvington subraya, en 1946, que:

*“Los cinco principales candidatos negros actuales a la Presidencia de la República se han casado todos felizmente con mujeres “claras” y entre estas se distingue una cuyo color de ojos recuerda de cerca el azul de nuestro cielo”.*⁹

LA QUINTA CONVICCIÓN ES QUE PRICE MARS HA REALIZADO UNA IDEALIZACIÓN DEL VUDÚ.

El antropólogo haitiano tuvo el mérito de mostrar que el vudú no es un amasijo de supersticiones como se creía antes de la publicación de su obra en Haití. Según esto, el vudú es una religión. Porque es una creencia en seres invisibles, que dirigen el destino

⁹ Serge Covington: *A l’auteur de la lettre aux hommes claires*, La Forge, 9 de febrero 1946.

de los humanos. Porque su culto exige un cuerpo sacerdotal jerarquizado, una sociedad de fieles, templos, altares y ceremonias, y porque constituye una explicación coherente del mundo. Al defenderse del carácter abiertamente inmoral o amoral, visión extraída de las prohibiciones prototípicas de las religiones occidentales, Price Mars subraya, en el capítulo de *Así habló el Tío* en defensa del vudú, lo siguiente:

“Pues, en fin de cuentas, nos dice Price Mars, se sabe que todas las religiones tienen su moral y que esta está en relación estrecha con la evolución mental del grupo donde dicha religión nació y se enraizó”.

Las secuelas de embellecimiento del vudú como religión popular, fue su expansión entre las élites haitianas. A partir de esta se hicieron extrapolaciones fantasiosas. Se planteó que los elementos de la cultura heredados de la colonización francesa en Haití, lo que ataba a ciertas capas de la población a la religión católica, a la práctica de la lengua francesa, debía desaparecer y se habría de colocar en su lugar, al iletrado, vuduista, como el ciudadano ideal. Andando el tiempo, un misionero belga, que se oponía a la expansión del vudú en Haití, acusó a Price Mars, con estas palabras: *“El Dr. Price Mars admire el vudú y tiene mucha simpatía por ese culto”*. Price Mars expresa su respuesta en su libro *Sociología religiosa*:

Los bárbaros quieren mostrar que yo simpatizo con el vudú y que tengo admiración por esas frustratorias manifestaciones de animismo mezclada de magia y brujería. En ninguno de mis libros se puede hallar esa filiación, ni siquiera una porción de admiración por esas creencias en tanto que creencias. No es el vudú lo que yo amo, sino la ciencia que se ocupa”.

Sin embargo, las fronteras de etnología son frágiles. Lorimer Denis y Francois Duvalier, los continuadores del Instituto de Etnología fundado por Price Mars, se convirtieron en sacerdotes de vudú y lo utilizaron como una fuerza devastadora para dominar a las masas haitianas, confundieron color y clase social, e implantaron un régimen que mantuvo controlada la imaginación de los haitianos. El régimen convirtió a los *houngan* y a las *mambos* al ma-

coutismo, y se convirtió en una fuerza poderosísima que podía otear hasta en el sueños, de los haitianos. Un culto opresivo. Esta es, sin duda, otra de las derivaciones del pensamiento de Price Mars. No es la primera vez, por otra parte, que los antropólogos terminan seducidos por el objeto que estudian, al punto de renunciar a su estudio racional.

A pesar de todos esos reparos, nadie puede acusar a Price Mars de haber participado en las barbaridades políticas y en los horrores generados por la ideología del color y por el uso y el abuso de su pensamiento. Sin embargo, en los entresijos ideológicos del régimen duvalierista están encriptadas muchos de los supuestos y las tesis del padre de la negritud. So pretexto de que una porción de los historiadores estaban poseídos de un *bovarysimo colectivo*. Es decir, que querían ser lo que realmente no eran, que se creían franceses con piel negra (cosa que, además, no era verdad). Con esa visión afrocentrista introdujo a la vida intelectual haitiana en una sécula oscura, que hundió el sistema económico, educativo y destruyó la vida política y envenenó la convivencia entre negros y mulatos, convirtiéndose en ideal místico religioso, basado en una historia y en una documentación falseada, según la cual los negros debían cobrar, mediante su imperio, una supuesta deuda histórica.

La historia de los países del Caribe es la representación de un teatro de esfuerzos por superar el lastre de la colonización, sin sucumbir al aislamiento y a la involución. Cada uno de los países buscó otros modelos para desembarcarse de la aldea y las rutinas que trababan su desarrollo; se importaron saberes, técnicas y poblaciones; se importaron hábitos y modos de hacer y de construir; se colocó en el centro de cada historia nacional aquel momento del pasado que significó el esplendor, los años de gloria. En todos los países ocurrió el mismo fenómeno de imitación; en Haití, en cambio, se volvió a los orígenes. Su historia ha sido la expresión de una larga y prolongada decadencia.

Jean Price Mars escribió desde una perspectiva racista. El racista se presenta, esencialmente, como una víctima. De ahí que presenta su violencia como algo legítimo. Su visión de con-

junto es que los dominicanos no somos una nación, sino un conglomerado constituido por negros, blancos y mulatos. La simplificación lo lleva a considerar que todos los negros tienen una misma identidad común, fundada en el color de la piel. La simplificación lo llevó a considerar que todos los negros tienen una misma identidad común, deducida del color de su piel. Entiende Price Mars que dadas esas premisas en las que creía a pie juntillas, los negros dominicanos no pueden haber colaborado en la independencia dominicana del Imperio de Haití. El dominicano no tiene un sentimiento emocional de trabazón con África ni asocia su identidad cultural con la raza.

Price Mars se propone importar entre nosotros los conflictos raciales que desgarran a la nación haitiana. Se propone importar entre nosotros los conflictos raciales que desgarran a la nación haitiana. En vista de que la hipótesis de la cultura común impuesta por la raza no llega a concretarse, califica a los dominicanos de *bovarystas*, de enajenados, de creerse blancos sin serlo y de otras lindezas. Como no puede demostrar sus tesis estrambóticas, se inventa una teoría. Los dominicanos se hallan poseídos del prejuicio racial; fabrica con esa montaña de falacias un sentimiento de culpabilidad, que algunos de sus admiradores, tal el caso de Emilio Cordero Michel (*La revolución haitiana*, 1967) adoptarán como programa de pensamiento. En todo caso, la identidad dominicana no se construye sobre razas hipotéticas, sino sobre la historia, la tradición, la lengua y la cultura.

En toda la obra de Price Mars se expresa un sentimiento de rechazo de la actitud de independencia de los dominicanos. La hazaña de la Independencia dominicana no se expresa en contra de Haití, sino que es la afirmación de nuestro ser. Nosotros no necesitamos demostrar que nuestra trayectoria vital es distinta. Porque somos diferentes por la historia, por la lengua, por la configuración nacional. Y la lealtad a esa visión nos resulta muy superior a las identidades literarias e imaginarias fabricadas por intelectuales sandios. Cuando Juan Pablo Duarte plantea que “entre haitianos y dominicanos no es posible la fusión”, parte de tres fundamentos:

1. la experiencia histórica en la que se funda la Independencia, tras la ocupación haitiana;
2. la convicción de que tenemos una configuración nacional propia, y por lo mismo, tenemos derecho a nuestra subsistencia cultural; y
3. la actitud dominicana a la autodeterminación como nación independiente del influjo haitiano. Estas ideas me parecen positivas. Haití no forma parte ni de nuestra proyección como nación, ni es porción de nuestras ambiciones ni constituye una necesidad para los dominicanos. En tal sentido, no puede entenderse que Price Mars, que derrama ríos de tinta elogiando la lucha de los haitianos por la libertad y por su independencia, desconozca esos mismos sentimientos en los dominicanos. Peor aún: que considere que los únicos que tienen derecho a la autodeterminación son los haitianos.

La convicción dominicanista separa, radicalmente, a su contemporáneo Manuel A. Peña Batlle de toda la obra de Price Mars. El antropólogo haitiano se propuso enmendarle la plana a los historiógrafos dominicanos, con argumentos personales, psicológicos, propios del cotilleo. Fue por lana y salió trasquilado. En *La isla de la Tortuga*, Peña Batlle desmonta la montaña de mentiras que había servido de escabel a Price Mars, comenzando por la explicación de los orígenes del pueblo haitiano, que, no tiene, en absoluto, ni pasado indigenista ni historia colombina, en contraste con lo planteado por Price Mars. Los comentarios menudamente documentados de Sócrates Nolasco (*Viejas Memorias*) y de D. Emilio Rodríguez Demorizi (véase la edición dominicana de *La República de Haití y la República Dominicana*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos) deshacen muchas de las invenciones de Price Mars.

Luis Julián Pérez (1909-1999)

En nuestro país se ha sustituido sistemáticamente el auténtico pensamiento por etiquetas y sambenitos. De este modo, la obra de un hombre queda descalificada con un simple insulto, que se aprende a viva voz y que suele emplearse como la única cosa que se sabe del hombre de marras. Antes de conocer personalmente a D. Luis Julián Pérez, sólo sabía lo que se decía en los corrillos universitarios, la imagen que habían proyectado las conversaciones de los periodistas y lo que los intelectuales de izquierdas o filosocialistas difundían en los mentideros de la ciudad. En esas designaciones alegres y superficiales, don Luis era tachado de ser un hombre conservador. La primera condición para llevar la esclavina de hombre conservador era ser inteligente. A otros que se imponían por las armas o que combatían sin las luces de su pensamiento coherente y sistemático el orden establecido, jamás se les ha descalificado con juicios tan sumarios. En realidad, se trata de imágenes que se crearon en una época, por fortuna hace tiempo desvanecida, en que la mayoría de los intelectuales se dejaron seducir por el pensamiento de izquierdas y por el culto a la personalidad de sus dictadores barbudos y de sus dioses sedientos de sangre.

Andando el tiempo, y una vez echados por tierra los enfrentamientos de la Guerra Fría (1945-1989) el viejo lenguaje había perdido su razón de ser. Quedaba en pie la caricatura y el maniqueísmo. Una parte del mundillo que hace opinión creía tener el monopolio de la honestidad, de la sensibilidad social y del patriotismo. Esa parte que

por razones circunstanciales aún no había pasado por la experiencia del poder, descalificaba en libros y en periódicos a la otra parte del país, que había entrado a tambor batiente en la palestra pública en los gobiernos de Joaquín Balaguer. La alternabilidad de los grandes partidos ha desdibujado esas diferencias tajantes.

Ahora sabemos que nadie tiene el monopolio de la honestidad, ni del patriotismo, ni de la sensibilidad social. También sabemos que en todos los partidos campa por sus fueros la corrupción, la demagogia y que todos conducen, con sus políticas sin ideales, al desencanto social. En ese momento histórico, conocí a don Luis. Exhibía una vitalidad intelectual extraordinaria, acababa de publicar *Santo Domingo frente al destino* (1989). Llevaba cuenta con toda menudencia de los problemas de la nación. Puedo atestiguar del conservadurismo que se le atribuía. Era, en efecto, conservador. Quería conservar la República heredada de 150 años de Independencia, desasida de todas las mancuernas que constreñían su Independencia. Quería libertar la economía de ataduras extranjeras, ahora que se ha puesto de moda el antinacionalismo. Ahora cuando muchos consideran que la República que nos legara el esfuerzo de Juan Pablo Duarte es una antigualla, podemos comprender las dimensiones del conservadurismo. D. Luis quería conservar la República que otros han querido desguazar. Pertenecía a una rarísima especie de hombres públicos preocupados por la continuidad histórica de la nación.

Dos veces fue don Luis gobernador del Banco Central. Dos veces fue Presidente de la Asamblea Nacional. Fue fundador del Banco Central, del Banco de Reservas; participó como constituyente de la Carta Magna vigente y en la Comisión que elaboró las enmiendas postreras. Fue, en el gobierno de doce años, Presidente de la Comisión Nacional de Desarrollo. En aquel momento, pudo clamar a voz en cuello que sólo cobraría un peso de sueldo por sus servicios a la República. Porque no fue a la política ni a hacerse a rico, ni a traficar con influencias ni a prestarse al interesado juego de las componendas de los que buscan ventajas personales. Cuando entró por las luces de su talento en la palestra

pública, ya había sido uno de los principales abogados del país, asociado al Bufete de D. Julio Ortega Frier. Había acumulado los caudales suficientes en el ejercicio de su profesión. Podía decir que fue a la política a servirle al país, no a servirse de ella. Pudo ser, si se hubiese dedicado a halagar a los hombres políticos, Secretario de Estado en cada uno de los gobiernos que se han sucedido en los últimos 30 años. Su enorme experiencia de la vida pública lo había convertido en un verdadero hombre de Estado. *Rara avis* en un país en que la política puede caer en manos de políticos incompetentes, naufragados en las luchas intestinas, sin amplitud de miras. Su inteligencia siempre estuvo por encima de los intereses estrechos del partidismo, de las luchas de tendencias y facciones, de los personalismos, tratando de distinguir, en toda esa maraña de intereses, el interés nacional.

En algún momento se pusieron en el tapete las leyes de la Reforma Agraria de Joaquín Balaguer. Era parte de las políticas demagógicas de aquel punto y hora. Se pensaba que con ese asistencialismo paternalista quedarían resueltos los problemas sociales y que con ello se aumentaría de manera mágica la capacidad de producción de alimentos y se eliminaría por arte de birlibirloque la miseria en el campo. Eran ideas altruistas que habían seducido a las mayorías. Inmediatamente, los promotores de aquellas leyes acusaron a don Luis de representar un obstáculo para las reformas sociales. Tenía don Luis un conocimiento profundo de los hombres y las clases del país. Sabía que en el campo había peones o echadías, pequeños productores y que las promesas del Jauja había atraído hacia aquellos escenarios a una multitud de demagogos que explotaban como verdaderos embaucadores el sentimiento de Justicia, en el que se había inspirado la repartición de las tierras. Sus temores se confirmaron. Grandes plantaciones de tierras, fincas productoras fueron deshechas y convertidas en conucos y entregadas sin tasa a los peones, que, como carecían de cultura de ahorro y de producción, las traspasaron a otras manos; sólo sobrevivieron los pequeños productores. El tiempo le dio la razón. Enfrentó los debates sobre este punto crucial de nuestra historia democrática, con serena lucidez, sin grandilocuentes

discursos y con una argumentación fundada en la experiencia y en el conocimiento de la nación.

Como todos los hombres públicos, hubo un momento en la vida de este ejemplar dominicano en que la aclamación de los amigos y la aureola dejada tras de sí por su desempeño eficaz en las funciones de Estado, le granjearon el respaldo de muchos ciudadanos que creyeron que era menester que él ocupase la Presidencia. Vivíamos una crisis política. Porque los proyectos reeleccionistas ponían en entredicho la alternabilidad, cimiento del sistema democrático, y amenazaban por convertir al Presidente Balaguer en un dictador constitucional. Había que evitar que la democracia quedase secuestrada por la pasión de mandar de un hombre. Don Luis fundó entonces el Movimiento de Salvación Nacional. En una ocasión me dijo que le pareció una experiencia frustratoria. La política partidaria exigía una carencia de escrúpulos; una palmaria falta de principios y una maquinaria de personajes que condenaban al fracaso la quijotesca empresa en la que estuvo envuelto. Pero a pesar de este paréntesis político, no era Luis Julián Pérez un hombre de partido. Los partidos eran para él, instituciones creadas para el manejo de la representación del pueblo y para dirimir los conflictos de la vida pública; y nada más. El hombre de partido tiende a apandillarse, a sentir hastío por el libre examen de las situaciones, a pensar preferentemente en las ventajas y los beneficios de su camarilla o facción; el hombre de Estado piensa, fundamentalmente, en las cosas que afectan a la Nación, en los grandes problemas y sabe que para resolverlos tiene que llamar a su lado a los mejores dominicanos, a los más capaces para el desempeño de la vida pública, sin quedarse encastillado en el redil del partido.

D. Luis sabía que la mayoría de las personas decentes y honradas estaba fuera de los partidos. Que una enorme capa de oportunistas, adulones, personas de mala laya se había enquistado en los partidos, como los pasajeros de un autobús, y ya no importa la finalidad para la que fue creado el Partido, que es servirle al país, sino que por una extraña perversidad, lo único que interesa es el

partido mismo, y la lucha por el poder. La preservación de su mecanismo de supervivencia social y económica. La política entonces cae en manos de políticos sin grandeza, sin ideales, sin escrúpulos, sin programa.

La vida de D. Luis Julián Pérez se hallaba empotrada de temor. Los desafíos geopolíticos que enfrentan los dominicanos, que podrían echar por tierra los resultados históricos del Estado nación de 1844, le hicieron fundar con una pequeña camarilla de dominicanos la Unión Nacionalista, inspirándose en el esfuerzo que emprendiera D. Américo Lugo, en 1920, cuando en nuestro país ondeaba la bandera de las barras y las estrellas. El temor se fundaba en su amor a la nación, al país, a su cultura, a sus gentes. En la idea de que todo lo que nos resulta hermoso pueda volverse agua de borrajas, y en la posibilidad de que, ante la ceguera de los hombres que tienen el mando de la nación, pueda perderse el sentido inicial de nuestra vida. Los políticos, según se deduce de las cosas que nos contaba D. Luis, fingen aceptar el compromiso de preservar los atributos de la nación; desdeñan el esfuerzo de las generaciones pasadas; carecen de convicciones firmes; no suelen distinguir las rupturas con la nación, fundadas en la ideología, la incompetencia y la falta de probidad.

Santo Domingo, 1999.

Henri Meschonnic (1932-2009)

Henri Meschonnic nació en París el 17 de septiembre de 1932, durante el período de entreguerras. Sus padres, oriundos de Besarabia (la antigua Rusia zarista) llegaron emigrados a Francia en 1924, tras la Revolución de Octubre de 1917. Esta circunstancia, desde luego, tendrá hondas repercusiones en su obra: la influencia del pensamiento del formalismo lingüístico ruso será determinante en sus ensayos. La obra de Lotman (de quien fue, por lo demás, traductor al francés), Mijail Bajtin, de Román Jakobson, de Propp y de tantos otros, sirvió de pesebre de sus reflexiones sobre la poética.

En 1933, Adolfo Hitler llegará al poder en Alemania. En 1939, comienza la expansión del Reich primero a los territorios germánicos fronterizos con Alemania, y postteriormente más allá de las fronteras lingüísticas, llegando a ocupar Francia en 1942, cuando Meschonnic tenía 10 años. Pertenecer a una familia judía durante la ocupación constituía un riesgo gigantesco. Pero los Meschonnic lograron camuflar sus orígenes, y sobrevivieron a la cacería, organizada por los grupos que colaboraron con los nazis en Francia. En vista de ello, se fragua en él la identidad judaizante que se echa de ver copiosamente en sus ensayos, en su obra poética y en los estudios bíblicos.

En 1960, otro acontecimiento sacude a Francia: la guerra de Independencia de Argelia. A Meschonnic le toca realizar su servicio militar obligatorio en Argelia. Allí comienza a escribir poesía y el estudio del árabe, hebreo. Son esos los cimientos de una curiosi-

dad que le llevaría al estudio y al conocimiento de varias lenguas: el griego, el latín, el italiano, el español, el inglés. Ya en sus primeros ensayos nos hallamos con un pensador políglota. Concluidos sus estudios de Letras, comienza a enseñar en la Universidad de Lille (1963-1968). Luego se incorpora como profesor a la Universidad de París VIII de 1969 a 1997. Se destaca como poeta, traductor de la Biblia, ensayista y lingüista. Murió el 8 de abril del 2009, en las afueras de París, en Villejuif, vencido rotundamente por la leucemia, con la que había convivido en los últimos diez años.

1. LA APORTACIÓN DEL POETA

Aunque resulta poco conocida, la obra poética de Meschonnic tiene desde los comienzos un papel relevante en su vida. Obra eclipsada por el renombre del ensayista, ampliamente laureado en Francia. Prueba al canto: Su primer poemario *Dedicace proverbes* obtiene el Premio Max Jacob en 1972. Sus libros ulteriores, *Dans nos recommencements* (1976) y *Legendarie chaque jour* (1979) fueron copiosamente reseñados por la crítica e incluidos en las antologías de la poesía francesa contemporánea. En 1986, conquista el memorable premio Mallarmé con su libro *Voyageur de la voix*. Son los años de sus libros mayores en el ensayo literario y lingüístico; pero su obra poética no desfallece: en 1990, dio a la estampa *Nous le passage*; en 1999, *Combien de noms*; en el 2000, se publica *Maintenant* (2000) y *Tout entendu*; en el 2001, aparece *Puisque je suis buisson*, inspirado en su extraordinario conocimiento del Antiguo Testamento, del cual ya era un avezado traductor. En 2004, publica *Infiniment a venir* y al año siguiente da a conocer *Tout entier visage*. En el 2006, obtiene el célebre premio Jean Arp por su poemario *Et la terre conle*. Ya era considerado por muchos una lumbrera, atendía multitud de compromisos académicos, era catedrático y director de investigaciones en la Universidad de París VIII; su obra se traducía a otras lenguas; era invitado por las grandes universidades del mundo; se mantenía en el candelero como uno de los principales poetas de Francia.

En aquellos años postreros, publica *Je marche mon infini* (2007). *La vie je cours* (2008) *Parole rencontre* (2008). En resumidas cuentas, la creación poética siempre estuvo presente en la obra de Meschonnic, como la pilastra central de todos los desarrollos de su obra. En enero del 2009, cuando ya padecía las remontranzas de un cáncer implacable, publicó su poemario *De monde en monde* (Arfuyen) y el ensayo *Pour sortir du postmoderne*. En todo ese tiempo, se destaca como el gran renovador de la traducción de la Biblia, a partir del texto hebreo. Lejos de constituir una porción marginal de su obra, la traducción y la creación poética son el contrapunto de su teorización como ensayista. Toda la arquitectura teórica se halla fundada en la práctica, en el conocimiento empírico, extraído por el poeta y por el traductor, sin el cual la reflexión se hubiese transformado en una abstracción desconectada de la realidad.

A esas conclusiones llegó Meschonnic, al momento de recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Lausanne (Suiza). *Es a partir del poema (...) que penetro, a mi manera, en las disciplinas, para transformar toda la teoría del lenguaje, con el placer y lo cómico del pensamiento, que me vuelve insoportable para algunos. Pero todo se paga, y hoy recibo el premio por todo.*

Todos los elementos de su obra se mantienen solidarios entre sí: lo irracional y lo racional, la forma y el sentido, la teoría y la práctica, lo continuo y lo discontinuo. Meschonnic comenzó a pensar conjuntamente lo que había sido pensado aisladamente, y ése será uno de los rasgos relevantes de su pensamiento.

2. DE LA PRÁCTICA A LA FORMULACIÓN DE UNA TEORÍA

Toda la estructuración teórica se fundamenta en grandes principios lingüísticos, derivados de los descubrimientos de Ferdinand de Saussure, de los desarrollos notables llevados a cabo en la lingüística del discurso por Emile Benveniste. Y, a la par, por una lectura depurada de la aplicación de la lingüística estructural al examen del texto literario, que ya tenía una multitud de cultores en la tradición francesa.

Por lo que toca a la lingüística, Meschonnic deslinda cuál será el campo de operación.

- Se opone paladinamente a los desarrollos llevados a cabo por la semiología, y a la perspectiva abierta por las aplicaciones de la Escuela fundada por Argildas Julien Greimas, Roland Barthes, entre otros.
- Propone partir de una lingüística fundada en el discurso, una teorización de la poética, desembarazada de las camisas de fuerzas impuestas por el estructuralismo y por las yuxtaposiciones metodológicas, aplicadas por la Escuela Tel Quel, que unía el formalismo ruso con la sociología de Golmann, con las formalizaciones de los hallazgos de Freud y con la tradición de análisis semiológico de Pierce, en cuya avanzadilla se hallaba el pensamiento de Julia Kristeva y Tvestan Todorov.

La nueva visión, extraída de los materiales que sirvieron para la elaboración del *Curso de Lingüística General* (1913) se echa de ver con la publicación de la totalidad de los cuadernos de los discípulos que asistieron a las clases del maestro ginebrino, compendiada por Rudolf Engler, y en la que ya aparecen cabos sueltos, atisbos de reflexiones inconclusas, de las que extrajo Meschonnic una visión anti-estructuralista. Que implica la imposibilidad de separar el sujeto y la lengua, el discurso y la vida. La noción se fundamenta en lo que para él era una realidad irrefutable, que no se puede pensar la lengua desgajándola de las prácticas en las que se funda su propia existencia. E imaginándola como pura abstracción, desconectada de su ejercicio material. El hilo de Ariadna de esta reflexión es que no desmembramos los elementos que constituyen el signo lingüístico. A saber, el significado, porción semántica y el significante, porción material. Dicho más claramente: que cesemos de pensar como realidades aisladas, estáticas, lo que, en puridad, se relaciona como un sistema. Esta visión que algunos tildan de monismo. Porque une lo que aparecía fragmentado. De este modo, Meschonnic extendió las consecuencias de su propo-

sición a otras vertientes de su reflexión. Plantea que no puede pensarse como realidad dividida el sentido y la forma, las palabras y las cosas, el individuo y la sociedad, la mayoría y la minoría, el Antiguo y el Nuevo Testamento. La destrucción de todos esos dualismos, que hemos admitido como una certidumbre, nos lleva directamente a un pensamiento de lo continuo. Y de este modo, columbramos los cimientos de su teorización. Una teoría del lenguaje tiene necesariamente que implicar una teoría del sujeto, y, desde luego, no podríamos concebir una teoría del sujeto, sin que tengamos que valernos de una teoría de la sociedad. Emile Benveniste figura como un precursor del pensamiento de Meschonnic. Siguiendo el esquema de Ferdinand de Saussure, Benveniste plantea *que el sujeto nace en y por la lengua. Pensar es manejar los signos del lenguaje. La lengua es la condición del pensamiento. La lengua delimita y organiza el pensamiento y la subjetividad.*

Todas estas teorizaciones se mantienen mutuamente vinculadas. De este modo, lenguaje, sujeto, historia, sociedad, poder, poética son piezas de un conjunto mayor, que ya se vislumbra en sus primeros ensayos *Pour la poétique I, II, y III*, en los que había anclado los esquejes de su pensamiento.

Hay dos vertientes de su visión:

- La teórica, que abre las puertas a una visión pluridisciplinar, tejida con los elementos de la teoría del discurso, las teorías literarias, la tradición de la poética desde Aristóteles a nuestros días, la teoría de la traducción, el análisis del discurso... En suma, hay una convergencia de saberes. Todos vinculados con el sujeto, la historia, la sociedad y el poder. Esas ramificaciones pro hijadas por su concepción general del lenguaje, el sujeto y la historia seguirían desarrollándose antes y después de su célebre libro *Le signe et le poeme*, obra fundacional, en la que ya aparece en crisálida la enmarañada arquitectura de su pensamiento.
- La otra porción corresponde a sus análisis del discurso. Es decir, a la aplicación de su pensamiento al desmenuzamiento de cómo funciona la obra literaria. Cuando se penetra

en las menudencias de sus análisis literarios, desmenuzamos el modo de operar del poema en Saint John Perse, en Paul Celan, en Paul Eluard; pero también del relato en Hugo, y tropezamos con muchas revelaciones. Por otra parte, los análisis de la obra literaria se relacionaban con el hallazgo de un componente que incluía a todos los elementos del sistema de la literatura. Tal fue el caso de la teoría del ritmo, expuesta en *Anthropologie du rythme*. El ritmo: organización de los movimientos del habla en el lenguaje. Une la voz, el significado, el significante y el cuerpo. El ritmo debería ser pensado como una unidad.

La traducción es la presencia de un texto en movimiento, con todas sus transformaciones. Las manifestaciones relacionadas con el funcionamiento del lenguaje y el modo de operar de lo poético, le revelaron a Meschonnic los yerros de la teoría tradicional. Que, al separar el significante y el significado, enmascaraba la materialidad rítmica, lo que constituye la especificidad del texto literario. Los hallazgos extraídos de su análisis del ritmo empalman con la teoría mayor.

¿Cuáles son las condiciones de esa teoría que opera como fuente y organizadora de la aplicación práctica?

La expresión *teoría del lenguaje* procede de Saussure y se refiere al papel del lenguaje en la fundación de la subjetividad, y la *teoría del sujeto* nace en el lenguaje. La teoría del lenguaje expone los vínculos entre el lenguaje y el cuerpo, entre lengua y pensamiento, entre lengua y discurso, entre lengua y cultura, entre las culturas y las ideas religiosas y políticas.

1. La primera remoción provocada por la concepción que ya asoma desde su primera obra *Pour la poétique, I, II y III*, se propone superar los principios de la estilística, fundada en los tres criterios, en los que aún permanece naufragada:

- Análisis retórico
- Análisis simbólico
- Análisis semántico

En resumidas cuentas, el esfuerzo se centraba en examinar la composición retórica, figuras del pensamiento, figuras de lenguaje, como formas independientes, tal como aparecen en el Diccionario de Henri Morier; de penetrar luego en el sanctasanctorum de las componentes simbólicas, extraídas de la cultura, y en tal sentido, los autores echaban mano de los inventarios elaborados al efecto, diccionarios de mitos, de simbologías y estudios de literaturas comparadas servían de fundamento a esta componente, y finalmente se emprendía el análisis de contenido, que constituía un comentario de texto.

En lugar de estas concepciones que constituían el modo de pensar y desmenuzar la obra literaria en los fundamentos estilísticos heredados de la tradición, aparece una visión caracterizada por tres grandes perspectivas.

1. Rechazo de la concepción de inmanencia. Es decir, la creencia que la obra literaria puede ser desmenuzada sin tomar en cuenta al sujeto que la produce, echando por tierra las ideologías, la sociedad y el entorno en el que se ha fraguado. La primera batalla se libra contra el estructuralismo, encarnado primero por Greimas, Bremond y postteriormente por Gerard Genette. Los elementos del análisis incluido en esta perspectiva son: intertexto, todos las unidades que concurren en la formación de un texto; por el architexto, las formas heredadas de cada género; y paratexto, los temas que obsesionan a los autores. Y, desde luego, por las distintas maneras y motivaciones que han dado pie a que surjan los temas, el genotexto. Si bien limitados en su visión, este enfoque dejó abundantes cosechas. Muchos de los resultados de estos análisis aparecen empleados por el propio Meschonnic, quien no desdeña las posibilidades explicativas contenidas en los análisis estructuralistas; pero las considera insuficientes y parciales.
2. Objeta el análisis semiológico y estructuralista que se había empleado a fondo, en menudas descripciones lingüísticas,

retóricas y en combinaciones filológicas, que van desde los esfuerzos iniciales hasta las elaboradas teorizaciones de Julia Kristeva y de la escuela forjada por el Grupo Tel Quel, que hemos subrayado más arriba.

3. Por igual rechaza las manipulaciones de la deconstrucción introducida por Jacques Derrida, que empalma el análisis del discurso con el objetivo de la hermenéutica. En suma, ni las descripciones filológicas y lingüísticas, ni las formalizaciones semiológicas ni los procedimientos inspirados en la obra de Nietzsche, la deconstrucción, que incluye dentro su haz las perspectivas anteriores, se vinculan con el enfoque que propone Meschonnic.

La poética que se columbra en la obra de Meschonnic, el sujeto tomando en cuenta que se halla en relación con una lengua como sistema, con un inconsciente como sistema y con una ideología como sistema. Por lo que, la poética se revela como transdisciplinaria. O sea, que el análisis literario se revela como una pluralidad de saberes, no limitada enteramente a las descripciones lingüísticas. Desde este enfoque convergerían varias disciplinas: la lingüística, la sociología, el análisis de las ideologías, la filosofía, la psicología... De este modo, llegamos a los grandes principios que orientarían la teorización de Meschonnic:

1. El enfoque pluridisciplinar, según el cual el objeto de estudio no puede deslindarse ni siquiera examinarse dentro de los linderos reducidos de una disciplina;
2. El enfoque relacional u holístico, según el cual la relación entre los componentes no tiene una existencia separada, ni puede desprenderse de su entorno de relaciones. El autor particularmente pone en solfa el eclecticismo, que no toma en cuenta los empalmes que constituyen sistema, y suele naufragar en las menudencias de la moda y en las ideas tópicas;
3. El enfoque sistémico, el objeto no es el pensamiento constituido en disciplinas separadas, fundado en la heterogeneidad

de las categorías, sino que debe centrarse directamente en la interacción, y pensar lo continuo;

4. Un enfoque intersubjetivo, en el cual los valores, los intereses, los puntos de vistas, la ideología y la estrategia en la que está inmerso el sujeto que conoce se ponen de relieve en la propia indagación emprendida por él. Todo lo cual nos plantea una ética del sujeto.

Esta nueva perspectiva vincula la poética con lo que Edgar Morin ha llamado, posteriormente, el desarrollo de un pensamiento complejo, del cual Henri Meschonnic puede considerarse como un precursor.

EL ARTE DE PENSAR

El autor nos invita a examinar los intrínquilis del pensamiento. ¿Qué es el pensamiento? Comencemos por enumerar qué no es el pensamiento:

- no es un comentario ni la enumeración de lo que ya se sabe o se ha aprendido;
- no debe confundirse con las operaciones hermenéuticas, filológicas ni con los métodos derivados que hemos llamado deconstrucción;
- no es la expresión de yuxtaposiciones eclécticas ni lo constituyen las exposiciones eruditas.

Pensar es el esfuerzo empleado para descubrir la coherencia de una manera de ver las cosas. Es inventar un nuevo pensamiento. No debe confundirse con lo que ya fue pensado. Pensamos contra tal o cual idea establecida. El pensamiento tiene un carácter dialógico, y se construye como un entramado de continuidades y, concretamente, en Meschonnic se enfrenta a los paradigmas con que se habían manejado las ciencias sociales. De este modo se echan por tierra todos los paradigmas que habían organizado el saber:

- *Paradigma lingüístico*: separación entre el significado y el significante.
- *Paradigma antropológico*: opone el lenguaje y la vida, lo muerto y lo vivo, ciencias naturales a ciencias históricas, lo racional y lo irracional.
- *Paradigma teológico*: opone el Nuevo Testamento al Antiguo, el nuevo ocupa el lugar del Antiguo.
- *Paradigma social*: opone el individuo a la sociedad.
- *Paradigma político*, que opone la mayoría considerada como la totalidad a la minoría.

Todos estos paradigmas son rebasados por la teoría del ritmo. El ritmo, en tanto que organización del movimiento de la palabra, es una actividad del sujeto. Hay ritmos sociales y ritmos culturales.

En todo ello se manifiesta un principio hologramático.

La parte está en el todo y el todo está en las partes. De la misma manera el individuo es una parte de la sociedad, pero la sociedad se halla presente en cada individuo como un todo, al través de su lenguaje, su cultura y sus normas. El arte de pensar no separa lo racional y lo irracional, lo objetivo y lo subjetivo, lo uno y lo múltiple.

LOS GRANDES PILARES

1. El sujeto

El sujeto ha sido el gran ausente de la reflexión sobre la lengua, la literatura, el poder. En las perspectivas estructuralistas, deconstructivistas y semiológicas se le presupone. Y, en algunos casos, aparece como un agregado, y se piensa la sociedad y el poema, sin tomar en cuenta el sujeto. En todos los enfoques se observa una realidad sin incluir al observador. Meschonnic propone sin ambages que se incluya al sujeto con la multiplicidad y la alteridad que supone.

Se define por la función, y no hay que confundirlo con el individuo. Y nos remite a una pluralidad. He aquí las manifestaciones de esta forma sustancial de su teorización:

1. Sujeto filosófico, *consciente-unitario-voluntario, que inventa la distinción entre el sujeto y el objeto.*
2. Sujeto psicológico, *el de las emociones, el yo, el inconsciente, el deseo y la conciencia de sí.*
3. Sujeto del conocimiento de los otros, *que inventa la mirada etnográfica.*
4. Sujeto de la dominación de los otros, *que inventa el colonialismo, las conquistas, la explotación de otros.*
5. Sujeto del conocimiento de las cosas, *del saber, de la ciencia.*
6. Sujeto de la dominación de las cosas, *inventor de las técnicas.*
7. Sujeto de la felicidad, *del que habla Diderot en el prefacio de la Enciclopedia.*
8. Sujeto del derecho, *que ya aparece en el artículo 1 de la Declaración de los derechos del ciudadano de 1789.*
9. Sujeto de la historia *que no siempre somos.*
10. Sujeto de la lengua, *el locutor, el hablante.*
11. Sujeto del discurso, *en el que él se inscribe.*
12. Sujeto freudiano, *relativo a los descubrimientos de Freud.*
13. Sujeto del poema y del arte, postula una interacción entre lenguaje, ética, política. Porque en él se da el continuo cuerpo lenguaje sociedad identidad alteridad. Incluye los demás sujetos. A esa mirada, que compendia las posibilidades de la subjetividad, habría que añadir, sin atisbo de duda, el sujeto cibernético, que vive las realidades de la virtualidad, de la técnica y comparte los protocolos que la constituyen como una porción esencialísima de su propia existencia. Meschonnic desdeñaba el uso de la computadora; escribió todos sus libros a mano; sentía un cierto repelús por la tecnología. La abundantísima correspondencia que llegaba a su correo electrónico era respondida por su compañera Regine Blaug. Esta circunstancia le eclipsó la manifestación del sujeto cibernéti-

co, nacido en un mundo sin contornos, sin límites precisos, inmatrimales, globales y simultáneos de todos los tiempos.

EL LENGUAJE

Por lo que toca a la teoría del lenguaje, se halla en concierto con la teoría del sujeto. Es una utopía que empalma las relaciones entre identidad y alteridad, entre el cuerpo y el lenguaje, entre la modernidad y la historicidad de los valores. *La modernidad es una actividad continuada indefinidamente en el presente. Una teoría del lenguaje se define dentro de los parámetros de Horkeimer como teoría de conjunto.*

Tendrá como misión primaria revelar el funcionamiento de la obra literaria; pero sus alcances serán mayores. Porque tocan con sus reflexiones todas las ciencias históricas. Los literatos, sin embargo, se quedan en el siglismo, especialistas en tal o cual sigla y en el monografismo. Se pasan toda su vida productiva comentando a un autor. Todos los cajones separados de la actividad universitaria están unidos por su carencia de teoría del lenguaje.

Sin esta reflexión resultaría imposible concebir una teoría del valor.

Una crítica de la estética, de su autonomía histórica y de su desarrollo actual inspirado en el calco de lo aceptado. Lo que importa no es la belleza, sino la historicidad radical, que viene a ser el abandono de la repetición. Lo que renueva la manera de hacer arte. No confundamos pensamiento y mantenimiento del orden. El saber produce poderes. Hay una administración institucional de ese poder: los catedráticos, los presidentes de las Academias y de las instituciones y espacios ritualizados de ese poder. Hay, pues, una diferencia entre el catedrático y el intelectual. El pensamiento no posee nada. Sólo tiene su propio impulso.

Su capacidad de invención y riesgo. Por eso se opone radicalmente al eclecticismo. Hay una relación entre el pensamiento y el modo de operar del poema, y esto es un hallazgo al cual nos lleva el propio pensamiento de Meschonnic, ambos se conciben como un

esfuerzo conectado a la circunstancia; ambos rompen las fronteras del orden, que le ha servido de pesebre, para penetrar en lo desconocido; ambos se niegan como repetición y se afirman como innovación; ambos son la expresión del sujeto en lo que tiene único, múltiple y particular. Del poema ha dicho Meschonnic lo siguiente:

Sólo hay poema, si una forma de lenguaje transforma una forma de vida. Los trece sujetos que somos se mantienen unidos en concepto y en afecto por el poema que transforma el ver, el oír, el sentir, el entender, el leer y el decir. El ritmo es una forma sujeto.

El poema no celebra, transforma; no nombra ni describe, sugiere; no designa, sitúa. Pone en juego el sujeto de cada uno de nosotros. La escucha de todo lo que no se sabe que se escucha, de todo lo que no sabe que se dice y de todo lo que se sabe decir, porque cree que el lenguaje está hecho de palabras. La vida hecha lenguaje. El poema no está en las cosas, está en el sujeto. Manifiesta su rechazo de la oposición entre el lenguaje y la vida. No dice, hace; manifiesta; interviene en lo desconocido.

La propuesta de Meschonnic nos lleva a ciertas conclusiones, cargadas de sentido y dichas de manera aforística, rasgo esencial de pensamiento:

1. Que todo pensamiento es su propia invención, o mantenimiento del orden;
2. Que todo pensamiento depende de su representación del lenguaje;
3. Que todo pensamiento de la sociedad depende de una teoría del lenguaje.

Para pensar hay que disociarse de las ideas recibidas.

En vista de ello, la sociología, la filosofía, la historia; todas las ciencias del discurso aparecen tocadas por el peso de esta reflexión que invoca a los dioses de lo desconocido. De ahí que el pensamiento se concibe como una poética, como un arte, como una intervención en el pensamiento, en la sociedad; como un pensamiento complejo, sincrético, interdisciplinario.

CONCLUSIÓN INTERMINABLE

El esfuerzo intelectual de Henri Meschonnic apenas ha sido explorado en algunas de sus vertientes. Su obra constituye una poderosísima crítica al pensamiento de la modernidad, nacido de la Ilustración, encarnado en cuatro grandes pensadores: la teoría social y de la historia de Karl Marx, las investigaciones psicoanalíticas de Sigmund Freud, la teoría de los valores emprendida por Friedrich Nietzsche y el pensamiento de la ciencia y de lo moderno emprendido por las indagaciones filosóficas de Martín Heidegger. La vasta ambición de Meschonnic lo lleva a desmenuzar las implicaciones del instrumentalismo marxista que concibe la sociedad, el sujeto y la cultura como instrumento de los medios de producción y que se rige por un determinismo historicista que coloca el destino antes que se produzca el acontecimiento.

Pareja concepción aparece igualmente en la teleología que introduce una orientación fija y permanente en todas las actividades. El mito de la Revolución le daría una orientación única que empalma con el mito de las vanguardias literarias, que apelaban a hacer tabla rasa de todo el pasado, e instaurar el ideal de progreso dentro de la literatura. El mismo Marx hacía un parangón entre las ciencias sociales y las ciencias naturales, e introducía la lógica de estas últimas en las primeras. Al través de este desconocimiento de la especificidad de esos saberes, se llega a una cosificación de la sociedad, de la historia, de la literatura, visualizada con la mascarilla de los ideales del progreso y con los determinismos historicistas ya inscritos en la ideología política.

El autor desmonta los mecanismos de lo sagrado que han renacido en el seno mismo de la razón. A saber: la trascendencia, que es la aparición de un sentido exterior al mundo que hemos creado; la teleología, que es la orientación de lo que es múltiple hacia el sentido único; lo sagrado, que consiste en despojar al pensamiento de su condición histórica. Conjuntamente con esta perspecti-

va, aparece la crítica a la idea de progreso, a la idea de un sujeto universal, encarnado en la historia, concebida como una entidad mitológica externa al obrar de los individuos.

Hay, pues, en su enfoque un rechazo de las ideas exteriores al mundo. Vale decir, a la pervivencia de la metafísica como forma de pensamiento. Meschonnic puede considerarse como un filósofo de la inmanencia. Y sin embargo examina minuciosamente toda la herencia bíblica, el papel que han desempeñado los valores y una ética que no deriva de la religión. De ahí nacen sus estudios sobre Spinoza y la visión ética del saber y del conocer. El desencanto del mundo encarnado en la mirada nietzscheana, el abandono de los grandes relatos que glorifica el ideal de la postmodernidad no le seduce. A este punto de vista dedicó Meschonnic tres libros: *Modernité, modernité, Pour sortir du postmoderne*. La tarea de desmenuzar la tradición deconstructivista heredada de Nietzsche y asumida por influyentes pensadores como Michel Foucault, Jean Francois Lyotard, Jacques Derrida fue realmente hercúlea. Se sigue el examen puntilloso de la obra de Martín Heidegger, uno de los más penetrantes filósofos del siglo XX, quien en sus textos predice la globalización y se opone a la modernidad, de ahí nace su naufragio en el nazismo. Al pensamiento de Heidegger, destinó dos obras: *Le langage Heidegger* y *Heidegger et le national essentialisme*.

La obra de Meschonnic constituye de suyo una cantera que aún permanece encriptada. Muchas de sus proposiciones, tejidas copiosamente en un pensamiento de múltiples intereses, apenas han desarrollado su contenido profundo. Estas notillas, escritas desde el *amor intellectualis*, como solía decir Spinoza, no tienen otra pretensión que presentar sucintamente el inmenso retablo de los derroteros, de los desarrollos inacabados o insinuados, de los desafíos y de los alcances de su pensamiento.

REFERENCIAS

Obras de Henri Meschonnic

- Dictionnaire du français contemporain, (collaboration), Larousse, 1967.
- Pour la poétique, Gallimard, 1970.
- Pour la poétique II, Épistémologie de l'écriture, Poétique de la traduction, Gallimard, 1973.
- Pour la poétique III, Une parole écriture, Gallimard, 1973.
- Le signe et le poème, Gallimard, 1975.
- Écrire Hugo, Pour la poétique IV (2 vol.), Gallimard, 1977.
- Poésie sans réponse, Pour la poétique V, Gallimard, 1978.
- Critique du rythme, anthropologie historique du langage, Verdier, 1982.
- « La nature dans la voix », introduction au Dictionnaire des Onomatopées de Charles Nodier, Trans-Europ-Repress, 1985.
- Critique de la théorie critique, Langage et Histoire, séminaire, direction et participation, Presses universitaires de Vincennes, 1985.
- Les états de la poétique, P.U.F, 1985.
- Écrits sur le livre « Mallarmé au-delà du silence », introduction à Mallarmé, choix de textes, Éditions de l'Éclat, 1986.
- Modernité modernité, Verdier, 1988 ; folio-essais, Gallimard, 1994.
- Le langage Heidegger, P.U.F, 1990.
- La rime et la vie, Verdier, 1990, Édition revue et augmentée, Gallimard, folio-essais, 2006.
- Des mots et des mondes, Hatier, 1991.
- Le langage comme défi, séminaire, direction et participation, Presses Universitaires de Vincennes, 1995.
- Politique du rythme, politique du sujet, Verdier, 1995.
- Histoire et grammaire du sens, co-direction avec Sylvain Auroux et Simone Delesalle, et participation Armand Colin, 1996.

- De la langue française, essai sur une clarté obscure, Hachette-Littérature, 1997, Pluriel, 2001.
- Traité du rythme, des vers et des proses (avec Gérard Dessons), Dunod, 1998.
- Poétique du traduire, Verdier, 1999.
- Et le génie des langues? séminaire, direction et participation, Presses Universitaires de Vincennes, 2000.
- Crisis del Signo / Crise du signe, Édition bilingue, Comisión Permanente de la Feria del Libro, 2000.
- Le rythme et la lumière avec Pierre Soulages, Odile Jacob, 2000.
- L'utopie du Juif, Desclée de Brouwer, 2001.
- Célébration de la poésie, Verdier, 2001.
- Hugo, la poésie contre le maintien de l'ordre, Maisonneuve et Larose, 2002.
- Spinoza, poème de la pensée, Maisonneuve et Larose, 2002.
- Un coup de Bible dans la philosophie, Bayard, 2004.
- Vivre poème, Dumerchez, 2006.
- Le nom de notre ignorance, La Dame d'Auxerre, Laurence Teper, 2006.
- Heidegger ou le national-essentialisme, Laurence Teper, 2007.

Obras de Edgar Morín

- 1980, *La Vie de la vie* (t. 2), Le Seuil, Nouvelle édition, coll. Points, 1985.
- 1986, *La Connaissance de la connaissance* (t. 3), Le Seuil, Nouvelle édition, coll. Points, 1992.
- 1991, *Les Idées* (t. 4), Le Seuil, Nouvelle édition, coll. Points, 1995.
- 2001, *L'Humanité de l'humanité - L'identité humaine* (t. 5), Le Seuil, Nouvelle édition, coll. Points, 2003.
- 1990, *Introduction à la pensée complexe*, Le Seuil.
- 1993, *Terre-patrie* (avec la collaboration d'A.B. Kern), Le Seuil, Nouvelle édition coll. Points, 1996.

- 1994, *Mes démons*, Stock, coll. Au vif.
- 1994, *La Complexité humaine*, Textes choisis, Champs Flammarion, coll. l'Essentiel.
- 1997, *Pour une politique de civilisation*, Paris, Arléa, 250 p.
- 1997, *Amour Poésie Sagesse* Seuil, 81 p.
- 1999, *L'Intelligence de la complexité*, (avec Jean-Louis Le Moigne), Éd. l'Harmattan.
- 1999, *Relier les connaissances*, Le Seuil.
- 1999, *La Tête bien faite*, Le Seuil.
- 2000, *Les Sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur*, Le Seuil.
- 2000, *Dialogue sur la nature humaine*, Edition France Culture/l'Aube intervention, avec Boris Cyrulnik. 70 p.
- 2001, *Journal de Plozévet, Bretagne, 1965* (Préparé et préfacé par Bernard Paillard), La Tour d'Aigues, L'Aube.
- 2002, *Dialogue sur la connaissance. Entretiens avec des lycéens* (entretiens conçus et animés par Alfredo Pena-Vega et Bernard Paillard), La Tour d'Aigues, L'Aube, 70 p.
- 2003, *La Violence du monde* (avec Jean Baudrillard), Édition du Félin, 92 p.
- 2003, *Éduquer pour l'ère planétaire, la pensée complexe comme méthode d'apprentissage dans l'erreur et l'incertitude humaine* (avec Raul Motta, Emilio-Roger Ciurana), Balland, 158 p.

Un día en la vida de Freddy Gatón Arce (1920-1994)

UN RECUERDO

Hace unos meses, el poeta Freddy Gatón Arce pasó por uno de los trances más difíciles de su vida. La mala hora comenzó cuando unas oleadas de calor arrojaron completamente su cuerpo en uno de los tantos semáforos estropeados de la ciudad. En el atasco ya legendario, el poeta sintió los vapores infernales; su cuerpo quedó estragado por las remontranzas de la abrasante reverberación: bañada de sudor su cabeza cana, empapado su pecho, totalmente enrojecida su cara en el sopor del mediodía, mojada por las inclemencias de ese cráter de fuego. Gente sulfurosa atacándose con salvas de insultos y mentadas de madre. Don Freddy logró escabullirse de esa caldera; su pequeño Fiat salió ileso de aquel hormiguero; pero del techo humeante de ese escarabajo de metal salían bocanadas de vapor como brasas ardientes. El poeta huyó a su casa en Arroyo Hondo. Llegó sobresaltado, con el corazón comprimido de dolor. Sabía que tenía que ir sin más demoras a su cardiólogo; lo sabía desde que logró zafarse de aquel jolgorio.

Pero como era un caballero chapado a la antigua, no podía presentarse así: después de haberse escaldado en el tapón, estaba como salido de un baño María. Definitivamente, no podía presentarse con esas pintas adonde el médico, de modo que decidió acicalarse: tomar una ducha, afeitarse. Calculó que acaso debía endomingarse.

Cuando se padece una cardiopatía, el médico es como el alcaide de nuestra prisión; una especie de juez del que no queremos escuchar el lúgubre veredicto.

Todo eso lo imaginó mientras entraba en la marquesina de su casa, a salvo ya de las llamas del mediodía. Cuando al fin salió del automóvil que la temperatura había transformado en una barbacoa para asar carne, experimentó un palpito de felicidad. Se sintió como un astronauta dando sus primeros pasos en la superficie lunar; había perdido la gravedad; se había reducido la presión sanguínea en todo su cuerpo; su piel roja se volvió pálida. En sus entrañas, las ramas que irrigaban todas las válvulas y las entradas del corazón parecían obstruidas; le faltaba aire, le dolía el pecho; toda su corpulencia cayó desvanecida; no podía detener ese inmenso peso, cuyas medidas nunca había hecho, y siempre le parecieron ligeras. Ahora su cuerpo le parecía un fardo descomunal, un peso de toneladas. El ataque masivo lo derrumbó en los peldaños de la escalera. Probablemente oyó el chasquido del peso de su cuerpo; rompióse el cráneo con la escalerilla de ladrillos. Mientras sangraba, luego de la conmoción, cuando era conducido al Hospital Central del Este, sólo una cosa lamentaba: presentarse con semejante facha ante la doctora que lo recibió. Ya he subrayado que era un verdadero caballero.

Durante dos semanas permaneció en la unidad de cuidados intensivos, sin perder el humor y la templanza. Hubo que hacerle una trepanación para desalojarle un coágulo de la cabeza. Sus amigos nos mantuvimos con los dedos cruzados para que esa delicada faena resultara exitosa. El riesgo era una embolia. El coágulo podía obstruir las venas que irrigan el cerebro, provocar la muerte o hacerlo naufragar en una amnesia total. Luego de una convalecencia angustiosa, pudo escaparse por un talud de las mancuernas de la muerte.

Cuando al fin pudimos recuperarlo de aquellos encierros, y volvió al mundo de los vivos, ya sin las preocupaciones del que tiene un automóvil, se le oyó decir: “Definitivamente, voy a dejar de conducir”, le confesaba a doña Luz, su dulce compañera: «habrá

que vender el carro». Había borrado de repente grandes momentos de su vida. Algunas situaciones parecían nebulosas. Algunas fechas eran imprecisas; se mezclaban los años y los tiempos se volvían un batiburrillo. Cualquier día podía ser una tarde de 1947; Trujillo podía volver a nacer y montar en su caballo percherón, y Baeza Flores podía exhibir la corpulencia de sus veinte años. El día desgarrador de su desgracia fue enteramente borrado de la memoria. Estaba como un soldado desmovilizado que no sabe por qué le han sacado del frente. Había sorteado una de las trampas más complejas de su majestad la Parca. Ahora estaba obligado a auxiliarse de su hija Ivelisse, de dona Luz o de su yerno Julio o de algún amigo. Caminaba sin someterse a los ultrajes del Sol, bajo la sombra de los ficus. Al cabo de tres meses, había recuperado el tiempo perdido; había reconstruido día a día como en una filigrana el ovillo de su vida: años, horas, décadas, volvieron a su orden natural y don Freddy volvió a nacer.

Para los que Le conocíamos, para los que estábamos acostumbrado a su presencia señor de las letras, fue una súbita felicidad. El largo día que duró meses había concluido. Entonces nuestro amigo podía mostrar su limpia sonrisa, leernos sus versos escondidos, tomar un sorbito de chocolate en El Asturias, y ocuparse del último libro de poemas «La Moneda del Príncipe», jugar con su nieto, regocijarse de la temperatura de un día sin apagones, momento providencial en que era posible conjurar la sed con un buchito de agua fría; matar el tedio oyendo música, leyendo un buen poema o viendo las noticias, protegido de humedades y del bochorno por auxilio de un ventilador. Cosas sencillas que muchas veces hemos vivido como verdaderos milagros. Freddy registraba en su memoria y en sus poemas el valor de estas sencilleces; nos revelaba cómo en la crisálida de este duro vivir de 1994 hallamos esos momentos de agrado y satisfacción. Como si la persona luego de someterse a los draconianos atropellos y combates por la supervivencia, encontrara, como recompensa a esos agobios, esos instantes de luz.

Según el santo, el incienso; según el viento, la vela. A Freddy le gustaba esta filosofía proverbial: “el burro se arregla la carga en el

camino», solía decir. Había superado las pasiones en las que zozobraban los hombres. Había alcanzado la pasividad y la dignidad de un sabio oriental; sabía que los altercados y las peleas y las guerras en las se envuelven los hombres corresponden a un gran teatro de máscaras. La honestidad no era para don Freddy una consagración ni un honor conferido por las dignidades del cargo, del poder o por los conciliábulos. La honestidad que él conoció y practicó a fondo era una cuestión de linaje, una actitud probada; no había que perifonearla en la televisión. Porque estaba contenida en el ser. Por eso era un hombre escéptico. Muchos prohombres no han sido más que sepulcros blanqueados. Obra como juicio supremo la máxima de san Agustín «consuetudo est secunda natura», el hábito es una segunda naturaleza. No hay nada nuevo bajo el Sol, porque la liebre siempre retorna a su madriguera. Al juzgar a los hombres, Freddy siempre consultaba el pedigrí. En sus poemas campa por sus fueros esta idea de cómo algunas estupideces, algunas infamias, algunas bienandanzas pasan de padres a hijos, porque el hombre termina siempre rindiéndose a sus viejas querencias.

La flor de los que son hombres hay que buscarla en los caracteres, en las pequeñas historias, en las fuerzas interiores, para decirlo literalmente: en el pedigrí. Le escuché esas reflexiones a Freddy Gatón en un memorable viaje a Moca; las volví a escuchar cuando caminábamos por la ciudad: eran pensamientos peripatéticos. Cosas de caminantes.

Esta idea del pedigrí llega al verdadero clímax cuando el poeta nos dice, en más de un poema, que el hombre se halla terriblemente solo. Que Dios, idea de perfección y de pureza, no interfiere en las acciones humanas. La soledad radical es el encuentro con el “libre albedrío”. La conciencia de que las maldades humanas pueden multiplicarse sin cesar, y convertirse en un yunque sobre los débiles, sin que el poder divino intervenga. Porque el hombre no puede tener la templanza de Dios ni puede, por más santurrón que parezca, igualarse a él:

“Nosotros no tenemos vecindad en que volcar nuestro desconsuelo y no tenemos a la vista ni siquiera una balanza en que po-

ner un atisbo de fervor o querella nosotros estamos solos y vacíos, sin proyectos, problemas ni báculos” (Letanía).

Su poesía y sus creencias se habían fraguado con estos pálpitos. Me contó que cuando escribió «Son Guerras y Amores» y “Con Auer Tanto Tiempo” pasó varias semanas sintiendo las vibraciones de los campanarios de San Pedro Macorís; exploró las casas solariegas del tiempo de las vacas gordas convertidas en tugurios de mala muerte y escombreras; y los archivos de la ciudad, la memoria de los buenos tiempos, convertidos en una birria. Quiso recuperar el sabor de ese tiempo que fallece en nosotros, como en aquella ocasión en que estando en Moca hizo retrasar nuestro viaje a la Capital para esperar saliesen del horno con su olor a hogaza recién cocida, las famosas, las inmortales galletas mocanas.

El hombre que en la madrugada del viernes 22 nos dejó para siempre sólo quiso ser poeta. Quiso reconstruir nuestro idioma desde sus cimientos; recuperar el tiempo original en que nuestra lengua, poseída del ímpetu de lo comienzos, se implantó por primera vez en América. Precisamente en el país que lo vio nacer una mañana de 1920.

Su labor como periodista fue verdaderamente ejemplar. Le tocó ejercer el periodismo en una época en que la sangre mancillaba las redacciones y el botín político servía para arrodillar las conciencias. Jamás cedió ante las presiones del dinero ni ante el terror que ejercen los poderosos.

Veía a los hombres enfrentarse en el ruedo político como monstruos prehistóricos; pero los hombres: pasan como pasaron los mamuts sobre el polvo de la historia quedaron las genealogías y las cataduras de los bien nacidos. Cuando observaba su pasado como un haz de imágenes fotográficas, se sentía regocijado: no se había arrodillado para conseguir la gloria ni sentía pasión por el poder ni adoración por el dinero. Su pasión era la del verdadero artista el placer que produce la belleza, placer de encontrar un sentido más allá de las fatuas vanidades “*Vanitas vanitatum omnia vanitas*”.

Así escribió san Jerónimo en el *Eclesiastés*. Todo es vanidad vaho de viento. La grandeza humana consiste precisamente en poder prescindir de estos fuegos de artificio por los que hombres matan, mienten y mueren. Freddy Gatón Arce nunca exigió nada. Ni premios ni honores ni medallas. La ciudad de Santo Domingo, a la que dedicó libro y desvelos, deberla consagrarle el nombre de unas de sus calles. Hizo tanto por nosotros, por engrandecer a este país, que honrarle, más que hace unos meses, el poeta Freddy Gatón Arce pasó por unos de los trences más difíciles de su vida. La mala hora comenzó cuando unas oleadas de calor arrojaron completamente su cuerpo en uno de los tantos semáforos estropeados de la ciudad.

Ahora estaba obligado a auxiliarse de su hija Ivelisse, de doña Luz o de su yerno Julio o de algún amigo. Caminaba sin someterse a los ultrajes del Sol, bajo la sombra de los ficus. Al cabo de tres meses, había recuperado el tiempo perdido; había reconstruido día a día como en una filigrana el ovillo de su vida: años, horas, décadas, volvieron a su orden natural y don Freddy volvió a nacer.

Antonio Fernández Spencer (1922-1995)

Conocí a Antonio Fernández Spencer en la Logia Cuna de América. En aquellas edificaciones del Convento de las Mercedes donde alguna vez estuvo la célebre cartuja de don Tirso de Molina. Paradójicamente, aquel falansterio de monjes católicos se había convertido, andando el tiempo, en un templo del culto masónico, y su patio interior se había transformado en un mentidero literario, donde vertía sus luces una pequeña cuadrilla de escritores y poetas, bajo el magisterio de un octogenario don Enrique Apolinar Henríquez, *alias* don Quiquí. Todas las tardes el poeta llevaba su exultante humanidad a la Logia.

En esos años postreros del decenio de los setenta, el poeta Fernández Spencer era casi un desconocido para las nuevas generaciones. Acababa de regresar de su último destino diplomático. Había sido embajador en Uruguay. Y, por circunstancias que no me fueron esclarecidas en su día, ambos países, Uruguay y el nuestro, habían retirado a sus embajadores. Todos los miembros de su generación, los pertenecientes a la Poesía Sorprendida, lo consideraban como el maestro. Era un hombre de gran erudición, y estaba siempre en trance de enseñar. Poco después se fueron echando lumbres sobre el personaje que acababa de conocer. Había ganado el Premio Leopoldo Panero (1969), con su libro *Diario del mundo* (1970) dado a conocer en Madrid y había obtenido el Premio Adonais, con su poemario *Bajo la luz del día* (1952). Su obra poética,

como la de todos los hombres de su generación, nació encorsetada por la dictadura de Trujillo.

Era hijo único de una madre soltera, y sin embargo logró concluir sus estudios de bachillerato; matricularse en la Universidad de Santo Domingo; recibirse de doctor en filosofía e inscribirse, tiempo después, en la facultad de filología de la Universidad de Salamanca. En España asistió a los cursos magistrales de don José Ortega y Gasset, y entró en contacto con los que habrían de ser los maestros de su generación: Antonio Tovar, Rafael Lapesa Melgar, Dámaso Alonso. Era, en vista de esas credenciales, considerado por todos los “sorprendidos” el mejor dotado para constituirse en la lumbrera de su generación.

Sin embargo, las circunstancias de su propia biografía le fueron tejiendo un porvenir muy diferente. Tras la caída de la dictadura, en 1961, además de ser ya un poeta no desdeñable, era el crítico literario más importante. Había dado a conocer la poesía dominicana en el exterior con su antología *Nueva poesía dominicana* dada a las prensas en Madrid, en 1953, con un excelente estudio valorativo, omitiendo las deformaciones que había introducido la dictadura en las valoraciones literarias. Posteriormente publicó una selección de sus *Ensayos literarios* y después su obra *A orillas del filosofar*, 1962. Todo ello hizo que muchos columbraran en él a un maestro indiscutible. Por aquellos años se le nombró Subsecretario de Educación.

Había adoptado la creencia orteguiana del papel que desempeñan las generaciones. En eso creía a pie juntillas. La tesis de Ortega, que le escuché al poeta en una conferencia magistral dictada en la Universidad Pedro Henríquez Ureña, es que entre los 30 y los 60 años hay dos generaciones activas. Una, que está entre los 30 y 45 años, que se halla en la gestación de los grandes ideales, donde se muestra viva la capacidad de invención; y, otra, que va de los 45 a los 60 años, en la que se vive de los hallazgos que hemos hecho en otras etapas de nuestra vida. En su caso, esa clasificación le venía de perlas. A los treinta y cinco años, cuando regresa de España, se siente poseído del entusiasmo de un auténtico maestro. Ese fervor

lo convierte en el mentor del novelista Marcio Veloz Maggiolo; le prologa un libro de poemas; presenta su obra *Judas, el buen ladrón*, y con pareja actitud obra en el caso del escritor Carlos Esteban Deive, autor de *Magdalena* y de Ramón Emilio Reyes, autor de la novela *Testimonio*. Son los tiempos de la llamada novela bíblica, de la cual Fernández Spencer se consideraba inspirador. Eran esos tres autores, los que él denominaba los gallos de su traba, en su particular lenguaje belicoso.

Esa singular conexión con la vida literaria nacional, de la que se sentía mentor y orientador, cuando menos, con mucho más autoridad que el crítico oficial de entonces don Pedro Contín Aybar, la perderá para siempre, tras los acontecimientos de la guerra de abril de 1965.

Walter Benjamin hace una ecuación entre el destino y el carácter. Según esto, el carácter de que hacemos gala determina el destino. Y esto viene a cuento, porque en los meses postreros de la dictadura de Trujillo, Fernández Spencer había sido un funcionario gris. Pero su vinculación al periodista Francisco Prats Ramírez, Director de *El Caribe* y uno de los editorialistas de Radio Caribe, órgano de propaganda del régimen, lo hizo naufragar en las defensas numantinas de un régimen moribundo. De modo que tras el magnicidio del 30 de mayo de 1961 que pone punto final a la dictadura de Trujillo, el poeta abordó un barco que se hundía. Aparecía, de este modo, aliado a los recalcitrantes. Quedó sumido en la perplejidad; no sabía dónde estaba ni adónde iba; quedó como un barco al garete. Esto demuestra cabalmente que se puede ser un hombre instruido, un intelectual de fuste en algún dominio de la cultura, y ser, a la par, en lo que respecta a la política un gafe. O, más aún: un idiota moral. Fernández Spencer era ambas cosas a la vez.

Pero cuando se desataron las persecuciones a los antiguos trujillistas, Fernández Spencer se había asociado a Unión Cívica Nacional, merced a la influencia de sus amigos Rafael Bonilla Aybar y Ramón Lorenzo Perelló. Se convirtió en uno de los editorialistas del periódico de Unión Cívica, empleando la misma vehemencia, los mismos insultos zafios y la misma guasa con que antes había va-

puleado a los opositores al régimen trujillista. Así Balaguer aparecía desconsiderado con los más estrambóticos desprecios; muchos de ellos fraguados por el genio chispeante, pleno de guasa, de Fernández Spencer:

Balaguer, muñequito de papel
Cinturita de mujer

Tras la derrota electoral del candidato Viriato Fiallo, que era tildado de apóstol del antitrujillismo, Fernández Spencer volcó toda su energía en desacreditar el Gobierno presidido por Juan Bosch. Solapado en el seudónimo de Hipólito Verdugo, alcoholizado por el odio, llegó a dar a la prensa los más sórdidos ultrajes al Gobierno democrático de Bosch, en el periódico *Prensa Libre* de su par en el escarnio Rafael Bonilla, Bonillita. Esos batacazos verbales fueron el preámbulo del Golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963. Los intelectuales que vilipendiaron a Juan Bosch, en cuya avanzadilla se hallaba Juan Isidro Jimenes Grullón, al apoyar a los golpistas, refrendaron con su acción el torbellino de dicerios con que habían bombardeado la reputación del Presidente. Ni siquiera su derrocamiento ni su exilio forzoso pusieron sordina a las explosivas acometidas verbales con que habían amenizado el Golpe de Estado. Cuando estalla el conflicto, el 24 de abril de 1965, Fernández Spencer se traslada a San Isidro, y se torna en escribiente y valedor del coronel Elías Wessin y Wessin, jefe del SEFA y representante militar del gobierno depuesto. Sus fulminantes alocuciones en Radio San Isidro incitaban a la violencia y mostraban su temperamento apasionado y brutal. Fue de tal magnitud el ensañamiento que había asumido en sus días de la radio, que, una vez concluida la refriega, hubo gente enardecida, que quiso incendiarle la casa y la biblioteca.

Al llegar al país, en 1976, tenía cincuenta y cuatro años. Y, al parecer, carecía de horizontes. Había formado parte de aquellos profesores de la Universidad de Santo Domingo que tras la guerra de abril habían sido expulsados con cajas destempladas, tildados de reaccionarios por el movimiento renovador, y habían fundado la

Universidad Pedro Henríquez Ureña. Inició, entonces, una carrera diplomática a la sombra de los gobiernos de Balaguer (1966-1978), con el cual se había reconciliado, carrera que halló un paréntesis en aquel año de 1976, cuando lo conocí en la Logia Cuna de América. El poeta no volvió a Uruguay y fue nombrado director del Museo de Arte Moderno, en 1977. Desde el punto de vista profesional, no tenía voluntad ni ardores para iniciar nuevamente una carrera docente. Se quejaba continuamente de sus clases en la UNPHU. Al igual que una porción importante de los intelectuales de la Era de Trujillo, el Estado era para éstos el gran proveedor de empleo. Y un cambio de mandos tenía una significación fatal para el propio destino del poeta, cuyo porvenir se hallaba colgado de un sueldo público. Durante los gobiernos de Balaguer su vida transcurrió sin sobresaltos ni martirios económicos. En contacto con el poeta comencé a leer su obra abundantísima. En la poesía de Fernández Spencer se advierte la *Enfrosina* griega. La visión epicúrea aparece como evocación histórica de la vida romana. Coincide esta visión con la propia vida del poeta, a quien las escenas sensuales del mundo griego y de la bacanal romana le seducen sobradamente. El vino, los goces, los placeres abundantes, el desbordamiento de la vida sexual son elementos de las pasiones; son las figuras del mito, que le producen ansiedad, y le permiten explayarse en un sentido ontológico. Es como si estuviese ahondando en su propia existencia. Así en su poema “Vida romana” se nos muestra su carácter libidinoso y *voyeurista*:

Cicerón tenía una esclava

De dieciséis años a quien acariciaba los senos

Este anciano era el romano más moral de su tiempo

Fernández Spencer nunca pudo desprenderse de esta visión del mundo. Era de un temperamento apasionado, expansivo, dionisiaco, enérgico. Al mismo tiempo sensual, entusiasta. Su presencia era abrumadora; era poseedor de una dialéctica incansable. Sus patillas blancas y abundantes, su mirada brillante y su carácter histriónico, le infundían una autoridad a su persona, pero al mismo

tiempo mostraban la carilla voluptuosa de la vida, que lo llevó a dar por terminado su matrimonio con una española, con la que había procreado tres hijos; amancebarse con una mujer conocida en sus noches de parranda, a la que dedicó libros enteros, los llamados “poemas a Nurys”. Había, sin embargo, en él un aspecto turbulento. Pilar, su primera esposa, se había fugado del país con un policía, y eso debía obrar como un peso muerto en su conciencia. Nunca hablaba de sus hijas, y el único sobreviviente de ese pasado que había sepultado indefectiblemente era su hijo Rafael, un joven ingeniero, que vivía en su apartamento de la calle México. Había otra vertiente borrascosa en su vida, de la cual, al parecer, era culpable. Una prostituta apareció muerta en su casa. Ese episodio de triste recordación, que conocí de viva voz, pleno de pesadumbre, no le curó de su talante truculento y tornadizo. Solía pasearse con una ametralladora en el baúl del automóvil y en varias ocasiones cuando discutía con un chofer imprudente o cuando no le abrían un bar de prostitutas, echaba mano del artefacto, y aun cuando me consta que no volvió a dispararle a nadie, esos aspavientos llegaron a asustar a mucha gente. Estas escenas que le oí contar a muchos, podrían ser tildadas de bromas teatrales. ¡Pero qué bromas!

En muchas ocasiones lo acompañé en sus meditaciones peripatéticas por la calle El Conde, se detenía muchas veces para elogiar la belleza de una mozueta o de una colegiala, como lo hubiera hecho cualquier viejo verde. Su mirada se llenaba de luz; sonreía incansablemente; exhibía su temperamento jovial y extremadamente cortés; podía ser, incluso, encantador.

Al momento de su llegada al país, tenían primacía en el gusto poético los poemas oratorios del *Canto General* de Pablo Neruda. La mayoría de los intelectuales se habían fraguado en el falansterio de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, dominada en aquellos años por los partidos universitarios, que tenían como modelos a los grandes líderes revolucionarios Ki mil Sung, Mao Tse Tung, Everz Hoxha y, desde luego, la triada constituida por Marx, Engels y Lenín. Que era, en aquel punto y hora, la trinidad sagrada. Era casi totalmente imposible que alguien que no hablara el len-

guaje impuesto por estas circunstancias pudiese tener ágora. O que algún poeta que no escribiese directamente poesía con intenciones políticas pudiese ser tomado en cuenta por los incipientes cultivadores del género. De modo que, a su llegada, Fernández Spencer se encontró sin público, sin nadie a quien hablarle. El cenáculo de la Logia Cuna de América se hallaba compuesto por el infaltable Franklin Mieses Burgos, Renato de Soto, los hermanos Marcelo y Rafael Albuquerque Zayas-Bazán, Federico Henríquez Grateaux, el poeta Manuel del Cabral, Frank Logroño, nieto de Fernando Arturo de Meriño, y maestro venerable de la Logia, Gustavo Tavárez, quien solía llevar a su anciano padre, Juan Tomás Tavárez, el dramaturgo Miguel Billini, una figura que parecía haber salido de una novela de Unamuno y, desde luego, algunos jóvenes como yo. Desde su llegada al país Fernández Spencer convirtió la tertulia de la Logia en su ágora. Sólo una vez, le vi ceder la antorcha a Fernando Vargas, un escritor que acababa de llegar de París, y que había hecho una formidable exposición sobre la obra de Ezra Pound. A pesar de su vasta experiencia dialéctica, estaba deslumbrado.

Sin embargo, pudimos escucharle varias conferencias sobre su amado maestro José Ortega y Gasset, del que hizo glosas enjundiosas.

Era un hombre que había llegado de otro tiempo. De sus años vividos en España durante la dictadura de Franco, y de la frecuentación de aquellos maestros, muchos de ellos ligados a la Falange Española, como Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, había adoptado una vertiente extrema, y tenía una cierta intolerancia en las discusiones que envolvían la política. Era rotundamente anti-comunista. Eso ya le impedía ser escuchado con seriedad por las generaciones de jóvenes que dominaban la Universidad.

Ese carácter lo vinculó a personajes que corrieron pareja suerte, pues era un credo general en los hombres de aquella generación que la historia era gobernada por un fin previo, por un *telos* griego que era la llegada de un régimen socialista, inevitable. La idea de esa generación era que había que trabajar por la realización histórica de esa meta. Un distinguido historiador de esa generación

califica el gobierno de Balaguer de encarnar la contrarrevolución, y veía ese gobierno como un período excepcionalmente malo, de un derrotero determinado por un movimiento que nos conduciría a un mundo que ya habían visto en sus teorías los clarividentes intelectuales marxistas. Esas eran las ideas predominantes en esa época. La democracia era un paréntesis de un teatro mayor.

En 1978, Joaquín Balaguer fue derrotado en las elecciones. Llegó al poder Antonio Guzmán, y el poeta fue cabalmente expulsado de la administración pública. Hay que imaginarse al hombre que se hallaba, a los cincuenta y seis años, sin trabajo, desconectado del mundo profesoral, a pesar de su enorme prestigio, y además enfermo. El hombre del cual me despedí para viajar a Francia, era estable, radicado en su magnífico apartamento de la calle México, y publicaba sus meditaciones en el periódico *Última Hora*, sus espléndidos fragmentos de un Diario Nonato. Pero todo ese mundo pareció derrumbarse súbitamente por el cambio político. Al regresar al país, tras seis años de ausencia, volví a verlo. Y lo que hallé fue un hombre envejecido y vencido. Había fracasado en el intento de llevar al poder al general de la policía, Neit Rafael Nivar Seijas. Se convirtió en su amanuense y en su valedor intelectual, hizo programas con alma de fanático. “Plumas al viento” en donde, al igual que Ezra Pound, hizo declaraciones reñidas con el ideal democrático. E, inesperadamente, el general Nivar Seijas falleció de resultas de un infarto masivo. Y entonces volvió a quedar a la deriva. En aquel momento, era una personalidad política devaluada. En el espíritu de Fernández Spencer, eran éstas actitudes reiteradas, las que le habían granjeado, una reputación de reaccionario, de hombre de derechas, intolerante, que atrajeron hacia él las malquerencias de los grupos de izquierda, predominantes en la cultura dominicana.

Esa particular característica de su vida política le enajenó la plataforma de supervivencia. Y el hombre que encontré seis años después, como compañero de parrandas del bibliotecario Cheri Jiménez, estaba completamente solo. Había entrado en la ruina material: vendió su apartamento de la calle México; vendió su vehículo; se deshizo de su magnífica colección de pinturas y antigüe-

dades y de los ajuares que con tanto orgullo me dio a conocer en las varias ocasiones en que estuve en su monumental apartamento. Tenía 62 años; pero, aparentaba 80 años o más. Por aquellos años, vivía del mecenazgo que practicaba con él y con otro escritor, Ramón Lacay Polanco, el poeta Víctor Villegas. Se mudó en una pieza de una cuartería de la calle Américo Lugo, en Villa Juana. En otra amontonó su magnífica biblioteca, o lo quedó de ella, que no era poca cosa. Esta circunstancia de pobreza súbita, y esa incapacidad para remontar, le hizo naufragar en el alcoholismo.

El descenso a los infiernos fue completo. Tenía una hernia enorme en los testículos que le impedía andar normalmente, y para mayor INRI, un bocio gigantesco se había enseñoreado de su cuello, sin contar su glaucoma mal tratado en aquellas circunstancias, y desde luego la hipertensión, que no le ahorra molestias. De manera que el hombre que se hallaba ante mí no era ni sombra del filósofo orteguiano que había conocido. Como había perdido el contacto con la vida libresca que había sido su mundo vital, se aferró a las ideas claves como un psicorrígido. Dejó de deliberar. De discutir. Hablaba *ex cátedra*, dogmáticamente por aforismo, al estilo de Nietzsche. Comenzó, parejamente, a descuidar su vestimenta, andaba mal vestido, a veces no se bañaba ni se afeitaba, y ni siquiera se cambiaba la ropa; padecía el llamado síndrome de Diógenes. Tenía la ansiedad de las profundidades existenciales. Era una forma de protestar contra el mundo. En vista de ello, a pesar de que el poeta Cándido Gerón consiguió el dinero para pagar las intervenciones quirúrgicas necesarias, y evitar que esa hernia que habíamos visualizado como una fatalidad, como una bomba de tiempo, estallase. Pero, una vez que tenía el dinero en la mano, evitaba la cuchilla del cirujano. Se recluía en una tertulia etílica que lo reunía con alcohólicos perdidos como el periodista Oscar Gil Díaz, Ramón Lacay y otros beodos consumados y sin importancia.

Pareciera que la vida de Fernández Spencer hubiese cambiado radicalmente. Sin embargo, de ese mundo borrascoso volvió a remontar cual ave fénix. La vuelta de Joaquín Balaguer en 1986 tuvo el peso de una resurrección. Entonces fue nombrado Director de

la Biblioteca Nacional, reunió sus obras completas, hizo dos publicaciones de su vastísima colección de poemas; obtuvo el Premio Anual de Poesía, y volvió a reinar. En el aspecto político, su caída fue esperpéntica.

Después de haber atravesado el desierto, perdió su rigor intelectual. Escribió notillas elogiosas de libros infames, prólogos por encargos que, en cierta manera, echan por el suelo esa porción de su obra crítica. Perdió incluso la confianza en sus propias ideas. Se sumó a los festejos de los ochenta años de Juan Bosch, y de este hecho pasó como invitado por la Revolución Sandinista, y en aquel viaje se proclamó revolucionario, vertió una salva de ditirambos a Fidel Castro y a Daniel Ortega, los propios poetas que le festejaron esa conversión apresurada, teatral, no salían de su asombro al verlo convertido en una figura grotesca, un hazmerreír, salido de un cuadro de Valle-Inclán. Esa quizá sea la porción más triste de su biografía; verlo reverenciar lo que había combatido, y sobre todo, verlo como un parche mal pegado, entre las cuadrillas de los nuevos escritores políticos que lo empleaban como dispensador de elogios. En ese tramo final de su vida, careció de la dignidad de épocas pasadas. Cualquier poeta de medio pelo, cualquier pintor mediocre obtenían de él montañas de elogios; no era ésa la mejor manera de reconciliarse con su pasado turbulento.

Pienso que Fernández Spencer, que había evitado tratarse y cuidarse, llevaba en su fuero interno una depresión que lo conducía al abandono. Era la tristeza de alguien que se sentía completamente incomprendido. La última vez que lo vi, antes de ingresar en el Hospital para someterse de urgencia a una intervención quirúrgica, era ya un hombre ausente. Hablaba continuamente de la segunda edición de sus poesías completas. Me indicaba pistas para penetrar con nuevas lumbres en sus *Obras poéticas* (1937-1993). Se expresaba con energía, a pesar de que su cuerpo lo sometía a la agonía y a la tragedia. Aquella pose era parte de su histrionismo. Ya sabía que había ganado el Premio Nacional de Literatura, y eso le había revuelto la vida. Quería estar presentable para la ceremonia y estar en posesión de todo su talento para escribir más libros, librar mayores batallas para la cultura domi-

nicana. El Premio le había devuelto las ganas de vivir. Era una forma de reconciliarse con la sociedad, y de recibir el reconocimiento que le haría remontar. Hizo algunas bromas sobre la muerte, a la que miraba con aire de superioridad. Como si pudiera imponerse a ella. Creo que, de alguna manera, había cruzado una frontera. Se hallaba metido en las honduras unamunianas que presentaban el espectáculo de la muerte como algo trágico. En el fondo sabía que podía perder la batalla, y vivía a fondo el dilema unamuniano: mi razón me dice que debo de morir; mi corazón me dice que quiere ser eterno. Tenía setenta y dos años cuando fue vencido por su majestad la muerte. De la muerte nos ha trazado magníficos retratos. No era Spencer, sin embargo, un católico pío ni tenía vocación frailuna o clerical. La religión se hallaba completamente ausente de su obra dionisiaca. La muerte suele ser vista como el naufragio en el misterio.

Volví a verlo, nuevamente. El poeta tenía, pues, el rigor mortis y lo hallé levemente sonreído, apacible, como si hubiese recuperado la vida que le escaseaba. Su viuda Nurys mantenía su tristeza contenida, y su hijo Marco Antonio jugaba en la cercanía del féretro, ajeno a la experiencia de la muerte. Quizá le agradaba saber que tanta gente viniese a ver a su padre. De los tantos poemas que escribió a la muerte, tengo que parar mientes en el pasaje que remeda el ideal expresado en el “yo me iré y se quedarán los pájaros cantando” de Juan Ramón Jiménez. Se trata de su poema “La muerte en el mar”, en el que se echa de ver el sensualismo, el gusto por las mujeres y la soledad ante la muerte, los tres grandes temas de sus últimos libros, y acaso los que mejor definen su controvertida personalidad:

*Y el mar morirá un poco con él, pero estará allí para siempre,
y los árboles también morirán con él, pero aún conservarán su fuerza
En el mundo.*

*Ah, las mujeres vendrán a lavar al río sus blancos senos de nieve,
Y siempre habrá en el mundo mujeres
Y él estará siempre muerto sin remedio.
Se le iba muriendo la casa, la habitación,
Los libros, los versos de un poeta.
Sólo le quedaba la voz entre las olas viejas del mar.*

Ramón A. Font Bernard (1920-2006)

Era el último testigo de una época que con su desaparición física queda definitivamente sepultada. Leer sus artículos de los sábados en el *Hoy* era un ejercicio al que me libraba con sumo placer. Llegué a convertirme en adicto a esas entregas. Muchas veces, después de leerlos, lo llamaba y le preguntaba por alguna menudencia. Su experiencia de cortesano lo había vuelto profundamente incrédulo. No era fanático de nada. Había probado en carne viva la soberbia y el engreimiento de los que llegan; el ansia de venganza de los doctrinarios. Tras la muerte de Trujillo, padeció por breve tiempo el acíbar del exilio en Nueva York. Y, en los gobiernos de los años de democracia, soportó los altibajos y las turbulencias generadas por las intrigas palaciegas, y esto le dio un conocimiento inmenso de la miserable condición humana. Los hombres adoran el poder. Ninguno de los áulicos y abusadores piensa que algún día tendrá que dejarlo. Ya en su casa de nubes, los encumbrados, aplastan al adversario; lo matan de hambre; lo llenan de rencores y resentimientos; se creen todas las leyendas fabricadas por periodistas prostituidos; mancillan la dignidad de los empleados y de los gobernados hasta volverlos sombras. Para sobrevivir en esas rebatiñas, hay que dar prueba de una gran dosis de templanza. Por haber pasado una y otra vez por ese trago amargo, Font sentía una enorme admiración por el Juan Bosch de 1963. Aquel que proclamó en Nueva York que no podíamos vivir como la hiena dándole vueltas al odio. Aquel que dijo en su juramentación como Presidente de la República: no deseamos el poder para

gobernar con amigos contra enemigos, sino para gobernar con dominicanos para el bien de los dominicanos; no espere nadie el uso del odio mientras estemos gobernando; estamos aquí con la decisión de trabajar, no de odiar. Esa dimensión de Bosch era continuamente venerada en sus artículos y en su tertulia. Y de ella nos dejó extraordinarias estampas.

Podía entenderse sin asperezas con todos los inquilinos del Palacio de la calle Uruguay. Obraba sin prejuicios ni escrúpulos ideológicos. Era un auténtico cortesano; pertenecía a la especie de los salomones, y en ese ejercicio ya nadie le disputaba el cetro. Tenía la cultura política, la pericia de la historia y de los hombres y una inteligencia esclarecedora para desempeñar ese papel, que le llevó a convertirse en el mediador entre el Gobierno y la oposición, en los tiempos de los 12 años de Balaguer.

En esa misión que cumplió brillantemente se lleva a la tumba, sin embargo, una porción muy importante de la historia: el ocultamiento del profesor Juan Bosch tras el desembarco del coronel Caamaño en la Playa de Caracoles en 1973; su voz era, en aquel punto y hora, un llamado a la prudencia, para que Peña Gómez y Balaguer pudieran entenderse. Una de las lecciones mayores que nos deja de ese período era que la sociedad dominicana no podía vivir en una guerra civil permanente. No podemos vivir en esa guerra a muerte entre “trujillistas” y cívicos, entre demócratas e izquierdistas, entre capitalistas y anticapitalistas. La idea clave de toda su acción pública era que la República Dominicana tenía que reconciliarse; abandonar definitivamente las trincheras del odio. En vista de ello, aun cuando no compartía en absoluto el modelo de sociedad que quería implantar en el país el Partido Comunista Dominicana se ocupó, desde 1974, junto a Polibio Díaz y al Presidente Balaguer para llegar a un entendimiento con los comunistas. Eran muchachos idealistas –decía optimista– que no ponían bombas ni mataban policías ni asaltaban bancos y, por ello, había que abrirles las puertas de la legalidad. Consideraba la promulgación de la ley, refrendada en 1977, como una obra suya.

Muy orteguiano, creía que el hombre no obedecía a ideales abstractos ni a ideologías concluyentes, sino a circunstancias vitales. Los delirios y las ilusiones políticas debían ser suplantados por los tumbos y los remezones que penetran la existencia.

El Joaquín Balaguer de 1961, contradujo toda su historia pasada. Desmanteló el Partido Dominicano; asoló sus edificios y sus haberes; maniobró para echar a la familia Trujillo del país; permitió el regreso de todos los exiliados; legalizó los partidos de oposición y obró como un descendiente de Robespierre, con los arrestos de un revolucionario. El eminente Víctor Garrido marcó distancias. Porque creía que Balaguer iba muy deprisa; que se había vuelto loco. Que el país no podía deshacerse de sus mordazas, sin naufragar en la anarquía. La oleada de sangre que se levantó en aquellos días turbulentos pudo arrasarse con Balaguer. Traidor, le espetó doña María Martínez. Esos días fueron vividos intensamente por don Ramón; los refería con fruición. Ese tiempo le hizo columbrar el talante del hombre que gobernaría el país por veintidós años.

El amigo tenía una conversación socarrona, muy lejos de su prosa pulquérrima y de las demostraciones de sapiencia que nos daba cada sábado en su columna del *Hoy*. Entre el hombre que hablaba en el mentidero y el que escribía se había establecido un abismo. Sentía una sincera admiración por lo que había sido un pasado ejemplar. Pudo conocer y tratar a Monseñor Nouel, Rafael Damirón, Américo Lugo, Manuel A. Peña Batlle, a Ramón Marre-ro Aristy, a Jesús de Galíndez y a la generación de nuestros mejores poetas y escritores.

Su abuela, partidaria, al parecer, de Ulises Heureaux, le transmitía informaciones de las épocas pretéritas, y luego vivió en el ámbito familiar las revoluciones de Concho Primo, la ocupación estadounidense y finalmente la presencia de Trujillo. Al morir su padre, D. Alberto Font Bernard, desempeñó funciones de poca monta en las décadas de la dictadura. Pero aprendió todo lo que se puede aprender en los hombros de los gigantes. De todos los recuerdos que atesoraba, hay uno que había pervivido por más de setenta años en su prodigiosa memoria. Una noche, de principio

de los años treinta, llovía a cántaros, por la calle El Conde venía un hombre acompañado de otros hombres con capas esplendorosas. El hombre del centro tenía porte prusiano y repartía a troche y moche dinero a las personas que se acercaban. El niño Ramón Alberto lo vio. Quedó deslumbrado por la figura fantástica, casi mitológica. Nunca pudo desprenderse completamente de esa imagen. Ese recuerdo permanecía vivo, aunque el hombre de la capa y todos sus acompañantes habían muerto. Era Trujillo.

De unas memorias que se hilvanaban cada sábado como cuentas de un abalorio secreto nos quedan retratos de personajes desaparecidos; representaciones de épocas sepultadas; ensayos literarios sobre autores que nunca lo abandonaron: Cervantes, Lorca, Rubén Darío, Hostos, Gómez Carrillo, Salvador Díaz Mirón, Henríquez Ureña... Todos estos artículos, una porción de los cuales fue compendiada por Orlando Inoa en *Crónicas elementales* (2000), nos retratan a Font Bernard, al hombre que analiza y estudia; pero también al que recuerda y nos trasunta como testigo excepcional un fragmento de nuestro más inmediato pasado.

Después de haber sido director del Archivo General de la Nación por muchísimos años, había adquirido la facultad de la clarividencia. Su amigo, el Presidente Fernández, le colocó un despacho de consejero en el Palacio Nacional. Pero intuía que, salvo el propio Presidente, se hallaba junto a hombres de otros tiempos, de otros temperamentos, de otros intereses y que, acaso, ya era un cuerpo extraño. En esa ocasión me describió su circunstancia: le dije al Presidente que sólo cuento con él; que yo era, y eso creo cabalmente, un parche mal pegado.

¿Por qué aceptó, entonces, el cargo en tales condiciones? Al parecer, después de haberle servido al Estado durante tanto tiempo, se creyó con méritos suficientes, para merecer una jubilación. Ni el Gobierno anterior que barajó esa posibilidad ni el actual le concedieron la pensión laboral. A sus ochenta y seis años cumplidos, murió con la carga y los sobresaltos del empleado público.

Don Américo fue su último artículo. Volver a Lugo era quizá una autocrítica. Un retorno al puerto original. A Hostos, a Rodó.

Presentarlo como una montaña inalcanzable para las generaciones presentes, y saber que la política se alimenta de realidades relativas, fue una de sus mayores convicciones.

En él se actualiza la frase de Barres: “la nación es la posesión de un antiguo cementerio”. Son las memorias venerandas de Salomé Ureña, de Pedro Henríquez Ureña y de don Américo Lugo, la trilogía de su panteón mental. Se sentía responsable de haber proclamado que se llevase a don Américo al Panteón Nacional. Aquel hombre incorruptible, indoblegable, inhiesto ante las exigencias del poder; aquel franciscano sin lados flacos, representaba el ideal que hubiera querido alcanzar Font Bernard. En vista de ello, había proclamado en varios artículos el mismo credo pesimista, profundamente desengañado “*ahora que el país semeja una alcantarilla de inmundicias, y las nuevas generaciones necesitan volver sus caras al pasado, en la búsqueda de fuentes de inspiración y de conducta*” deberían inspirarse en el estoicismo de don Américo.

La otra carilla de su pensamiento era el abandono de las antiguas trincheras.

En el Gobierno de los doce años, cuando se hallaba en el círculo del poder, pudo suscribir el testamento de la última elección de Mitterrand: “nosotros no somos los buenos ni ellos son los malos, incluso si ellos consideran que nosotros somos los malos y ellos los buenos.” El país tiene que unirse para enfrentar males que pueden sepultarlo y para sobrevivir a los grandes desafíos. Adiós, don Ramón, echaremos de menos su buen talante, su ramo de olivo y sus hallazgos.

Federico Henríquez Grateaux (1937)

Conocí a Federico, en la Logia Cuna de América, en aquel salón literario ya desaparecido. Por allí pasó un tropel de escritores, poetas, alevines de escritores, y gente que amaba alternar en ese mentidero, en cuyo cetro se hallaba la presencia infaltable y señera del poeta Franklin Mieses Burgos, a quien Federico saludaba con su santo y seña, que era, nada más pero tampoco nada menos, que el responso a Verlaine:

“Liróforo celeste, que al instrumento olímpico y a la siringa agreste diste tu acento encantador, Pan Panida, qué coros condujiste hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste al son del sistro y del tambor. Que tu sepulcro cubra de flores primavera de amor si pasa por allí, que el fúnebre recinto visite Pan bicorne, que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne y de claveles de rubí, que púberes canéforas... etc.”.

Hecha esta ceremonia de grata recordación, comenzaba la tertulia. Yo era un gnomo que asistía a este encuentro de gigantes. En ese patio interior, vivió el grande del Siglo de Oro español, Tirso de Molina, y allí asistimos deslumbrados ante las explosiones dialécticas de Fernández Spencer; ante los hallazgos de un Fernando Vargas, que, recién llegado de París, parecía el Melquíades de los *Cien Años de Soledad*, y desde luego ante la facundia torrencial y enriquecida por una desleída cultura de Federico Henríquez, que muchas veces llegó con su padre, don Herminio, a quien acomodaba presuroso en la mecedora, y por quien expresaba una auténtica veneración.

Y aun cuando éramos gente de logia, rodeados de masones y venerables, en lo que toca a la actividad intelectual, podía decirse que Federico no pertenecía a ninguna de las capillas intelectuales conocidas. En sus años mozos, había dado claras muestras de antitrujillismo, y no había ni en su prosa ni en sus preferencias políticas ninguna de las señas de identidad de ese pasado que tuvo una influencia ejemplar, y que servía para establecer la nueva tabla de valores sociales. Había, como ocurre casi siempre en nuestro país, dos tipos de antitrujillistas. Aquellos que mantuvieron viva la llama votiva de la resistencia y que acaso pagaron con sus vidas la defensa de la libertad, y la de aquellos que una vez consumado el magnicidio se han dedicado a reescribir la historia, para ponerse los estoperoles de la gloria, e incluso muchos de los que en aquel punto y hora, habían guardado en un baúl secreto sus arrestos, sus escrúpulos y la grandilocuencia que ahora exhiben, se han convertido en inquisidores, han constituido un Santo Oficio, y han convertido el antitrujillismo en mercancía política, para hacerse adorar como semidioses, persiguiendo a imaginarias reencarnaciones del dictador personalista.

Entre los contemporáneos de Federico, y acaso entre los intelectuales jóvenes, reinaba el credo marxista en las universidades, en las creencias transformadas en dogmas. Había algo en común, entre un mundo y otro. Ambas habían creído en el partido único. Ambos habían soñado con sociedades de pensamiento dirigido, en ambas circunstancias se habían propuesto alimentar el mito del hombre nuevo; en ambas situaciones se había instalado un sistema represivo que había transformado las sociedades en cárceles. En la dictadura de Trujillo, sin embargo, se había montado el teatro democrático: se celebraban elecciones cada cuatro años; a veces se producía la alternancia con presidentes peleles; se impartía justicia solemne con hombres de paja y, en los discursos de sus trovadores, se hablaba del dictador como campeón de la democracia; pero, por debajo de esa caricatura, en la que transcurrió toda la infancia y los años mozos de Federico, se hallaba el culto a la personalidad. Las palabras del dictador se convirtieron en catecismo; la

oposición verdadera paraba con sus huesos en las ergástulas; no había libertad de asociación; no había libertad de pensamiento ni de expresión; la población civil se había incorporado al espionaje del Estado, bajo el sistema del *caliesaje*. Sin duda, el haber vivido con inteligencia y con las luces de Federico esta circunstancia, fue, acaso, el antídoto ideal, para resistir a la tentación de respaldar las dictaduras celestes, que nos proponían las utopías de los años setenta. Las semejanzas aumentaban el horror. Sólo que ahora se le pedía al intelectual que renunciara a la sociedad abierta, al pluralismo político, a la libertad de expresión y de asociación, en nombre del progreso, del sentido de la historia. Y, además, se disfrazaba toda esa tramoya, con el peplo sagrado de la ciencia. Nueva vez, Federico resistió esa tentación, y entonces aquellos que pregonaban la llegada de la Revolución no le ahorraron adjetivos ni ultrajes. Los que defendían la democracia; los que respaldaban la libertad de asociación y de expresión; aquellos que se mantenían en la creencia de que el poder del Estado era propiedad privativa de la sociedad, que se delegaba transitoriamente a unos gobernantes mediante el sufragio, eran acusados sumariamente de ser unos reaccionarios, de ser atrasados, de rémoras del sentido de la historia. Porque, al parecer, se llamaba personas avanzadas, progresistas, aquellos que mantenían una indulgencia con esas dictaduras, y que respaldaban una sociedad totalitaria. Toda esta estafa ideológica, Federico la describe magistralmente en su ensayo “El terrorismo moral”. De allí extraigo este pasaje, verdaderamente memorable:

“La confrontación ideológica que se vive hoy en todo el mundo está exigiendo a muchos ciudadanos pacíficos, y no primariamente políticos, pensar en estos cruciales problemas y enfrentar el terrorismo moral que deforma la verdad y retuerce el pensamiento. (...) Muchos de los intelectuales marxistas ya no son contestatarios; ellos repiten consignas, son, a lo sumo, afirmatarios; ellos repiten consignas al unísono, como canciones del Coro de los Mormones. Y es que los intelectuales marxistas son el establecimiento —the establishment— lo consabido, lo escolástico, lo que se dice de memoria. Revistas y universidades cuentan los pelotones uniformados de intelectuales marxistas, que gozan de variados privilegios sociales por ser propietarios de algo así como el monopolio de la redención de las masas”.

Y es que Federico era, para los sumos sacerdotes de la nueva profecía, una especie en extinción; un defensor del pluralismo y de la democracia. Lo curioso es que andando el tiempo, los rúbulas de todas estas mixtificaciones se han erigido en profesores de democracia, del régimen que despreciaban y que pretendían sepultar definitivamente.

Los ensayos de Federico Henríquez Grateriaux no están contaminados de monsergas. Son, por el contrario, una reacción fulminante contra el lenguaje embrollado que habían puesto de moda algunos teorizantes, para, con ese vocabulario prestado, con esas frases cohetes, con esa verborrea vacía de ideas y con escasísimo dones para interpretar y comunicar las realidades, hacerse adorar como mandarines. Definitivamente, Federico es partidario de la cortesía orteguiana que es la claridad. Mientras otros cubren la incompetencia para pensar con un vocabulario oscuro, grandilocuente; y nos hacen naufragar en abismos y penumbras; Federico se enfrenta a los problemas dando la cara; no ha cometido el pecado de hablar docutamente de lo que no sabe; ni de contarle las cerdas al rabo sin desollarlo, como hacen muchos intelectuales catalógicos; ni ha dejado su cerebro empotrado en dogmas, como acaece con los intelectuales jesuíticos; ni se ha dedicado a refutar elucubraciones, fantasmas, nacidas de lo que él ha llamado con toda justicia “la momificación ideológica”. Todas estas reflexiones empalman con otros aspectos tratados previamente por el ensayista. En la *Feria de las ideas*, Henríquez Grateriaux nos hacía ver la persistencia de los “intelectuales brutos”. Vale decir, de individuos mediocres que se enamoran de temas mediocres y a su vez los desarrollan con un estilo parejamente mediocre. Emplean un lenguaje falsamente técnico.

Las librerías se hallan plagadas de libros inútiles, escritos por intelectuales sin talento. Libros en los que autores naufragan en bajezas, en cotilleos sin trascendencia y se entregan, sin sonrojarse, a un lenguaje embrollado. Pero el valor del pensamiento se impondrá por el interés, por la riqueza de la información, por el esfuerzo emprendido en el análisis y por el peso de sus síntesis. Al hablar sobre el estilo de la exposición en Schumpeter, en Ricardo, en Ke-

ynes, el ensayista nos muestra cómo se echa de ver en la prosa de estos intelectuales la claridad de pensamiento; la capacidad de análisis va pareja con la tradición literaria.

En *La Feria de las Ideas*, Henríquez Grateraux se enfrenta entre otras cosas al culto a las abstracciones; echa de menos la responsabilidad de los intelectuales y trata multitud de temas con pericia, con profundidad, con ideas y con un ansia de desmenuzar puntillosamente cada tema. Nos expone de hito en hito toda la información pertinente; mete el escalpelo de sus razonamientos en el meollo de cada circunstancia y extrae argumentos depurados de objeciones. Y, finalmente, remata con definiciones, con interpretaciones sintéticas y muy bien hilvanadas.

Un ciclón en una botella, título surrealista de uno sus ensayos de carácter sociológico. El autor hace diana en el fenómeno del caudillismo. Muchas de las preguntas lanzadas a la conciencia nacional todavía claman por respuestas. Se preguntaba Federico:

¿Por qué hombres tan bien dotados intelectualmente y animados por un generoso propósito, fracasan tan ruidosamente al llegar al poder? ¿Por qué, en cambio, otros hombres menos cultivados, o atroces, pero con una energía primitiva, logran empujar la sociedad por el carril que más les place?

Al tomar estos derroteros, el ensayista ausculta la mentalidad del dominicano, y trata de indagar por qué hemos padecido un oropel de dictaduras, y por qué el gobierno de los maestros de Ulises Francisco Espaillat o el de Billini se volvieron aguas de borrajas, y llega a varias síntesis, algunas de prosapia martiana, como ésta: “*los líderes políticos no son intercambiables, trasladables de una sociedad a otra, como los funcionarios de una compañía multinacional*”. En palabras del apóstol, el buen gobernante no es el político exótico que sabe cómo se gobierna al sueco y desconoce los elementos de su país; los políticos foráneos, enamorados de fantasías extraídas de libros que no explicaban nuestra realidad, fueron vencidos por los macheteros criollos. En las espesuras de la historiografía mete la sonda para iluminar los rasgos del liderazgo. Según esto, el líder tiene capacidad para organizar y para seducir, para generar la

esperanza y la confianza; se espera, en una sociedad moderna, que el líder domine las doctrinas sociales y las teorías políticas, y que tenga valor personal, y desde luego que supere la pura contemplación de los problemas. Pero muy rápidamente, Federico anticipa que junto a la idea de los hombres excepcionales, encarnados en caudillos que hicieron delirar a las masas, y que poseían a su vez una gran capacidad de convocatoria nacional, pululan los líderes de cartón piedra, estafas políticas vendidos como redentores por la propaganda y la publicidad. En muchos casos, ya no se exige ni siquiera que sean diestros en el manejo de la palabra. Se ha producido, según se deduce de la observación, una caída en la calidad del liderazgo, para luego preguntarse, de modo clarividente: “¿*Cuáles son las consecuencias de que hombres vulgares y sin inteligencia dirijan un Estado?*” Y a seguidas se responde, en cuentas muy resumidas, con una imagen deslumbrante: “*En algunos países los dirigentes políticos parecen niños jugando con explosivos*”. En estos ensayos salpicados de hallazgos, y escritos con una inteligencia penetrante, puede el lector hallar respuesta a muchas de las encrucijadas que luego hemos visto explicadas con tramoyas verbales, con enmarañadas arquitecturas sociológicas: estadísticas, esquemas, jerga doctoral, que ocultan su impotencia para analizar, su escasa inteligencia y su cultura mediocre, tras las bambalinas de una supuesta disciplina científica. Federico nos aclara que la sociología es una disciplina, no la ciencia experimental. Que, aun cuando se valga de las encuestas, sondeos, resúmenes, para afirmar sus declaraciones; deja grandes porciones de la realidad en penumbras. Las universidades no venden inteligencia; los títulos no dispensan talento ni salvan al mediocre, y el lenguaje que emplean nos les hace participar de una realidad superior. En realidad, desde hace años Federico libra una sorda discusión con interlocutores sandios. Porque mientras él se vale de su poderosa y decantada cultura, de su capacidad explicativa y de una curiosidad insaciable; otros, en cambio, se refugian en los supuestos derechos de la disciplina, y en unas técnicas o en un lenguaje cifrado y todo ese teatro para llegar a conclusiones triviales y para hacernos naufragar en el espectáculo de su impo-

tencia explicativa. De Ortega y Gasset aplica, ten con ten, algunos de sus deslumbrantes hallazgos. En *La rebelión de las masas*, Ortega nos habla de la barbarie del espacialismo. El peligro radica en que hombres que pueden ser muy doctos en la física cuántica, en la medicina o la gimnasia matemática o en el tratamiento de la esquizofrenia, quieren extender sus grandilocuentes conocimientos a otros dominios, en los que son, francamente, incompetentes.

Pero el ojo escrutador no se dirige únicamente a los otros. En muchísimos pasajes examina la faena del que escribe en los periódicos, y en ese intrínquilis se transforma en pedagogo. Su arte poética se basa, primero: en tener algo que decir; segundo, tener siempre presente a su interlocutor; el autor dialoga con un lector imaginario, que le obliga a esclarecer cuanto dice; tercero, no improvisar absolutamente nada; cuarto, trasuntarnos su pensamiento, desembarazado de los estoperoles de la jerigonza.

La prosa de Federico se vuelve cristalina. Se mueve rítmicamente al son de las ideas que argumenta, desarrolla, explica, penetra en las menudencias y en los ejemplos. Como periodista, como editorialista, Federico ha sentado cátedra. En esas cuartillas nunca pierde la compostura. Jamás lo hemos visto entregado al sarcasmo ni a la delectación que produce en muchos una prosa de guirero, de sonajeros sin ideas, que se han hecho reverenciar por sus frases cohetes, por sus chistes crueles, por el estupor que producen sus provocaciones y el vitriolo de sus lenguas viperinas. Toda esa borrasca, hija del resentimiento y la impotencia, ha sido copiosamente desechada. Si otros, y no pocos, han usado la lengua para destruir personas, para denostar, para mentir, descargar una salva de insultos zafios; Federico sólo la ha empleado para enseñar, para producir placer estético y para defender a su país.

Pero su ejercicio no ha escapado a los sambenitos que le han colocado otros. Se le tacha de hispanófilo, de nacionalista y no se salva de algún que otro denuesto esgrimido con el ánimo de sulfurarlo. En la universidad del Estado, y en las cuadrillas de clérigos fraguados por los maestros intelectuales de los años de la Guerra Fría (1945-1990) se había implantado la interpretación historiográfica,

sustentada por intelectuales brutos y miméticos, de que nosotros fuimos colonizados por España, y que los europeos, al igual que en África o en Indochina, obraron sobre estructuras bien deslindadas, imponiendo su lengua extraña y sepultando la nuestra, e implantando su religión. Según esta leyenda, difundida por un conocido historiador y dirigente político, para hallar la verdadera cultura dominicana, había que *deshispanizar* la cultura, inventarnos predecesores imaginarios. En realidad, España es uno de los componentes, no el único desde luego, de lo que ha sido el pueblo dominicano. La hispanización del negro se produjo tempranamente. En los primeros cincuenta años, desaparecieron las lenguas africanas y de las tres lenguas indígenas quedó empotrado en la lengua española un copioso vocabulario de designaciones de plantas, utensilios, animales y lugares que la han enriquecido; son una huella indeleble de la experiencia americana en la lengua de Cervantes. No es concebible que hablemos de dominicanidad haciendo tabla rasa del hecho incontrovertible que desde hace poco más de cuatro siglos, desde que tuvimos conciencia del territorio, desde los días de las cincuentenas, enfrentados a la reina de los mares, a la pérfida Albión, representadas por los William Penn y Robert Vengables, los dominicanos nos hemos expresado en español. Hemos soñado, escrito, pensado en esta lengua, nacimos entroncados a la división política del Imperio español en América, y nacimos como un pueblo nuevo, resultado del Descubrimiento de América. Todo ello bastaría para despejar, y dejar sin efecto algunas de las trivialidades que se sirven hoy con aire doctoral. Primero, la hispanidad no tiene coloración étnica; no está condicionada por la biología, no se halla encastillada en la raza. A menudo se olvida que hace más de cinco siglos que la lengua española dejó de ser propiedad exclusiva de España. Se olvida, acaso con supina ignorancia, que en esta isla surgieron los primeros hombres de letras, el primer dramaturgo y se implantaron las primeras órdenes religiosas y se comenzó a enseñar, por vez primera, la lengua de Cervantes. La lengua española pertenece por igual a negros, blancos y mulatos, y otro tanto habría que decir del sistema de creencias religiosas, de las prácticas

folklóricas: del carnaval, de las canciones del romancero. Segundo, que no podemos renunciar a esa herencia, como desean los nuevos utopistas, sin amputar nuestra historia, sin renunciar a nuestra literatura, a nuestros pensadores, a nuestros poetas, a nuestras canciones, a nuestro folklore. En resumidas cuentas: sin desgarrarnos, y sin provocar lo que Federico ha llamado, con mucho acierto, la guerra civil en el corazón.

Una buena porción de sus ensayos se ha consagrado a esclarecer las sombras que han implantado sobre nuestros orígenes los intelectuales hispanóforos. Pareciera que muchos de ellos estuvieran bajo el imperio de las palabras de Jean Price Mars, que preconizaba que los dominicanos éramos bovarystas, que nos creíamos hispánicos sin serlo, y que para curarnos de esa enfermedad deberíamos haitianizarnos. Las necedades y trivialidades de Price Mars son escuchadas con unción religiosa. Federico se ha enfrentado al toro con cautela, sin evitar los envites, sin tenerle miedo a las ideas en *Negros de mentira y blancos de verdad*, y ha demostrado que pertenecemos por la cultura, por la tradición a la América hispana. Ortega y Gasset, uno de los maestros reverenciados, había escrito que *el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia*. El ser dominicano no se halla encastillado en la herencia biológica, sino en la cultura predominante, en su lengua, en sus tradiciones, en sus pensadores, en su literatura, en sus valores y en su folclore, y en los saberes en los que se ha moldeado la biografía social.

Todo el debate intelectual que se libra en estos momentos en el país tiene sus raíces en las ideas.

Ahora ha surgido una camarilla de sionistas negros, que quiere, con chantajes intolerables, traspasarnos el drama haitiano y crearnos obligaciones extranacionales con los haitianos que no tenemos. Porque Haití no es un problema interno de República Dominicana. Practican un terrorismo verbal; descalifican a todo el que se niegue a proclamarse partidario de la haitianización del país. Inmediatamente se disiente distribuyen etiquetas: *trujillistas, alienados*, etcétera.

El objetivo de todos esos grupos confabulados es echar por tierra el Estado nación surgido de la gesta de 1844. Unos lo hacen por ceguera moral. Porque se hallan comprometidos con el relajamiento, con la sorna, con el sarcasmo y con la irresponsabilidad. Y, otros, porque quieren importar a tierra dominicana los conflictos raciales que han desgarrado a los haitianos. Convertirnos en teatro de rebatiñas de razas, tal como acontece en los Estados Unidos; importar los horrores de otras tierras y situaciones.

Estoy absolutamente convencido que ante el drama de la desnacionalización que vive el país, muchos dominicanos, callados, negros, blancos y mulatos no se dejarán seducir por el discurso embrollado de esos intelectuales, ni por las ideas brumosas con las que se quiere llevar a capilla ardiente al Estado fundado bajo la inspiración de Juan Pablo Duarte.

Porque, en definitiva, dominicano es más que negro, más que mulato y más que blanco. No voy a entrar en la esclavitud del color en la que quieren meternos a patadas los continuadores criollos de los resabios de Price Mars.

Primero, porque la cultura negra no existe. Segundo, porque la cultura africana tampoco existe. En la llamada África negra hay montones de naciones y de culturas diferentes, y además celosas de sus fronteras y diferencias. Por lo pronto, hay cientos de lenguas vivas, y ya nadie habla de una cultura negra o africana, sino de la cultura ruandesa, camerunesa, senegalesa... y un largo etcétera. Como tampoco nadie habla de una cultura blanca. Porque las culturas no tienen color.

Hace poco, leí una declaración extravagante, lanzada como un petardo por un provocador para ponerle punto final a la contienda: "los intelectuales no existen". Nadie le hizo caso a esa proclamación. Porque era una de esas frases de sonajero, que miran los toros desde la barrera. Y porque más nunca vivimos con intensidad el combate de las ideas. El ejercicio ejemplar de Federico Henríquez Grateraux es una prueba contundente y definitiva. Es el más rotundo mentís a esas paparruchas.

Diógenes Céspedes (1941). Memorias contra el olvido

No tuvo la vida que merecía. Con esta máxima ilustra Jean Paul Sartre el análisis de la obra de Baudelaire. Me parece que es un buen comienzo para analizar las menudencias de esta vida. La premisa nos lleva a considerar de qué medios se dispone para cumplir con los fines que nos hemos propuestos y cómo influye el ámbito social en nuestra propia vida. Con este santo y seña, comenzamos a desmenuzar los pormenores de la vida contada por Diógenes Céspedes, en *Memorias contra el olvido* (2001).

Al salir del país, después de haberse diplomado de periodista, Céspedes, que entonces era un alevín de escritor, tenía un estipendio de 250 pesos mensuales. Había ejercido oficios mal remunerados y llevaba una existencia monótona y desprovista de interés histórico.

Al regresar de Francia, después de haber terminado la licenciatura en lingüística y la maestría en literatura en la Universidad de Besanzón, tuvo que utilizar toda clase de arrumacos para hacerse agradable y penetrar en *Última Hora* con un salario de 250 pesos. ¡Vaya progreso!

Sus posibilidades permanecían encerradas en las corazas de un sistema social que lo condenaba a unas estrecheces permanentes, dejándole un escasísimo espacio para soñar. Los años anteriores habían transcurrido en pensiones, trabajos precarios y sueldos de subsistencia. En el mismo año de su llegada, había sido despedido

con cajas destempladas de Radio Televisión Dominicana por don Ramón A. Font Bernard, que era, en aquel punta y hora, el director de la emisora oficial.

Compararlo con ese otro intelectual resultaría un buen ejercicio para definir los antípodas. Font-Bernard se ha mantenido en la cresta de la ola, montado en la vela y con viento en popa. En sus años mozos, en su juventud, durante los doce años de Balaguer (1966-1978) y desde hace unos años su buena estrella lo mantiene como director general del Archivo General de la Nación. Circunstancia que nos indica que después de todo no es tan malo sacrificarse por la patria. Por arte de birlibirloque, el primero se ha ingeniado una forma de flotar, que lo ha puesto a salvo de privaciones molestas.

Céspedes, en contraste, nunca ha experimentado el estado de serenidad y estabilidad que da la vida prolongada en la poltrona del poder. Ha padecido los remezones de haber sido crítico en su carrera de profesor de la Universidad, al punto de recibir amenazas de muerte y promesas macabras y pasquines zafios de partidos universitarios. El reino del miedo y del terror impuesto por estos comisarios no le hizo perder la capacidad crítica ni le llevó a venderse como hicieron tantos otros al que había sido la fiera corrupta de toda una generación de dominicanos comprometidos con la defensa de las libertades, que era don Joaquín Balaguer. Pero el precio que pagaron fue extremadamente alto. Sin el Estado como empleador, con un sector privado exiguo, su vida quedaría circunscrita a los acontecimientos que se produjesen en los 70 metros cuadrados del Departamento de Letras de la Universidad. De ese mundillo dependía todo lo que puede soñar un hombre: pagar sus cuentas; mantener a una familia; llevar una existencia medianamente decorosa. Esas esperanzas quedaban canceladas si no se parlamentaba con los jefecillos de esos grupúsculos. Todas las ilusiones y cálculos de ese hombre podían volverse cenizas si no eran aprobados en esos mentideros. En ese territorio dominaban el FEFLAS, la UNER, la UPA, el PTD, Línea Roja, el PACOREDO y el BRUC. El bienestar en ese “mini Estado”, que era la Universidad

Autónoma de Santo Domingo (UASD), dependía de los conciliábulos y negociaciones de esos comisarios. Los candidatos a rector, a decano, o a cualquier puesto académico eran postulados por los jefes de esos partidillos que obraban como jefes de pandillas. Todo acontecía en ceremonias extra académicas conocidas como “amarres”, que demuestran que la “democracia universitaria” se hallaba secuestrada por verdaderas mafias.

En ese “mini Estado” con su presupuesto propio, con sus fronteras, con su autonomía, con sus leyes, sus policías, sus consejos, sus sindicatos existía la censura al pensamiento nuevo, la amonestación de los disidentes, las puñaladas traperas, las zancadillas grupales, asentadas en el reparto de las asignaturas; la asignación de cargos y el manejo de estos pequeños reinos de taifas que eran los decanatos. Una acusación de revisionismo, de agente de la CIA, de academicista, podría estropearle la vida a cualquiera. Diógenes nos describe, con toda menudencia, cómo uno de los autócratas de panóptico, Abel Fernández Mejía, manejaba a sus áulicos. Cómo la mediocridad estudiantil se apandillaba para asestarle mandobles, para hostilizarlo y para doblegarlo. Los juicios, los expedientes, los Consejos de Departamento pululaban como auras tiñosas. Céspedes tuvo que capear una balumba de artimañas del terrorismo verbal, y a veces no tan verbal, procedente de la dirección del Departamento.

Para protegerse creó un grupo llamado Reflexión. Trató de luchar por el control de poder, haciendo fintas de proselitismo para ganar voces y vencer ese tropel de conmlitones unidos umbilicalmente por el catecismo político y el fanatismo pseudointelectual. El esfuerzo fue inútil. Pero, al menos, una vez que Abel, que en este caso era el verdadero asesino de Caín, abandonó el cargo después de veinte años, el control del Departamento lo dejó por otros diez años en manos de su mujer, dejándole el encargo expreso de que mantuviera lejos de los mandos a don Diógenes. Cosa que, por lo demás, no era nada difícil de cumplir. De tal modo que, si bien el grupo de Abel se fragmentó en 1987, las circunstancias no eran para batir palmas.

Cada hombre decide lo quiere ser y corre los riesgos de esa decisión. Diógenes decidió ser profesor de la universidad, en el Departamento de Letras, sin entregar la cabeza a los jefecillos de partidos, sin los avales de convertirse en adorador de Mao, Kim Il Sung, El tío Ho, Fidel, Camilo Torres, Lenin, Marx; sin tararear a cada momento toda la fraseología abstracta de los sacerdotes del bajo clero marxista y sin reproducir en literatura las teorías del realismo socialista. El autor apostilla que, con la entrada en liza del grupo Reflexión, se produjeron desprendimientos en los mentideros de la Joven Poesía. Centro de las catapultas en contra de su reputación y su persona. Estaban en la palestra. Tenían el poder ceremonial. Eran los trovadores de esos partidos universitarios. Tenían carta blanca en los círculos de poder del «mini Estado». El autor nos refiere que en los años duros del reformismo, todos los figurones de aquel período y compañeros de ideología filosocialista, se dispersaron en los negocios, la publicidad; abandonaron la literatura; y algunos casos tal Héctor Amarante se pasaron al reformismo. Sin haber vivido en un país del socialismo real puede decirse que Diógenes Céspedes padeció, dentro de las lindes vaticanas del mini Estado de la UASD, las mancuernas de una sociedad totalitaria. Una sociedad de comediantes que cultivaba el odio a la tolerancia, que excluía olímpicamente a los que traían ideas nuevas o habían estudiado en países capitalistas, que practicaba el desprecio menudo contra aquellos que se negaban a balbucear una fraseología abstracta, hecha de conocimientos mezquinos: los eslóganes de *Materialismo Histórico*, de Constantinov, *La filosofía*, de Afanasiev, los *Elementos de filosofía*, de George Politzer, el discurso embrollado y la erudición inútil de Marta Harnecker, *La economía política* de Nikitín, cuyos resultados y aplicación han sido una lección pavorosa para sus ejecutores. En esas cabezas vacías había poca literatura. *La Madre*, de Máximo Gorki, *Así se templó el acero*, de Nikolai Ostroski, *Ante el patíbulo*, de Julius Fucik.

Hay, pues, que imaginarse que, en semejantes circunstancias, los pregones de Diógenes Céspedes, que no había sido admitido por el Santo Oficio de Bandera Roja o de la UPA, serían bombar-

deados rotundamente. En semejantes circunstancias, la persona que osara poner en entredicho estos emplastos ideológicos se expone a la incomprensión, al aniquilamiento y al olvido. Todas las maldades se hallaban santificadas en nombre de esas ilusiones. Una porción muy importante de la vida de Diógenes Céspedes ha transcurrido en ese campo de batalla, librando guerritas no menos devastadoras que la Guerra del Golfo, en las que los enconos, los enfrentamientos, las negociaciones y las conspiraciones eran permanentes. Durante mucho tiempo su carga académica se mantuvo en niveles raquíuticos. Si logró agenciarse algún contrato de investigación, fue renunciando *ex profeso* a mayores remuneraciones y porque ese mecanismo había sido desacreditado por grandes cantidades de profesores y paniaguados que cobraron durante años investigaciones que nunca entregaron.

En el recorrido sobre los tropiezos de Diógenes Céspedes volvamos al principio.

Si al cabo de 22 años, cuando Céspedes ha reducido sus faenas docentes, se desmenuza el ejercicio de lo que ha realizado, a la luz de los pormenores contados en esas memorias, entonces se llega a la conclusión que, si tomamos el punto de partida, las condiciones materiales del país, no merecía el trato que le dieron. No se merecía ni esos comisarios implacables, ni esos juicios sumarios, ni esa vida deapestoso, de mal menor, que llevó calladamente. El profesor de literatura no merecía ser juzgado por jueces para quienes la biografía de Nguyen Van Thieu era más importante que el Siglo de Oro.

De haber aceptado la tentación de hacer carrera en una universidad norteamericana, hubiera realizado el sueño de fundar un seminario de Poética y dedicarse durante años, sin temor al futuro, a ese destino, que, en nuestras discusiones de estudiantes, se colubraba como una estrella luminosa. Pero, al parecer, esa quimera debía ser aprobada por los potentados de los partidillos universitarios. Tampoco podía esperar compasión de los santones de la cultura oficial del Estado.

Dos hechos le habían vedado la entrada a ese sanctasanctorum. La crítica demoledora de la novela de Freddy Prestol Castillo, *El*

masacre se pasa a pie. Llamada por Céspedes: la masa acre. Esa crítica le granjeó un editorial jupiterino de don Rafael Herrera. Los editoriales de don Rafael iban a misa, y cuando éste le colocaba las banderillas a un toro generaba en los mentideros sociales un desahucio general. *Magíster dixit*. El otro acontecimiento fue la publicación de un ensayo crítico sobre *La apertura a la estética* del poeta Pedro Mir. Todas las capillas que adoraban a Mir tronaron al unísono contra Céspedes, y dispararon los francotiradores desde los lugares más inesperados. Diógenes se movía como un pez en un agua fangosa.

Sin embargo, desde los días del Café la Carreta, a donde había sido invitado para que santiguara a los poetas establecidos, hasta los años de la remoción de su pensamiento, no se registra ningún reconcomio ni heridas incurables. Señal que estos acontecimientos no le mellaron el sentido de misión ni le avinagraron la existencia. El debate se había agotado. Las pocas ideas que circulaban y reinaban en las cabezas eran las remociones que el propio Céspedes había realizado: Tel Quel, Philippe Sollers, Julia Kristeva, Marcelyn Pleynet, Pierre Boulez, la lingüística estructural, el descubrimiento de un continente y las traducciones de esos escritores habían sembrado tantas dudas en el sistema de certidumbres desmoronadas, que, en algún momento, le parecía hablar con sus propias sombras y encontrarse con remedos y piltrafas de cosas que había dicho. Varias revistas nacieron. *Bloque* comenzó a divulgar las ideas de Céspedes. También su pensamiento se estaba transformando. El estructuralismo había muerto en su discurso. Pero permanecían otras voces, y estudiaba el conocimiento de la poética de Meschonnic. Ante el agotamiento, el cansancio psicológico de las postrimerías del decenio de 1970, vuelve a Francia nuevamente en 1977, para presentar el doctorado y encontrar otros cielos. Se produce, entonces, la mayor remoción en su pensamiento. Fueron años alcionios en los que no hizo otra cosa que leer y escribir.

Hay muchos recuerdos importantes. La evocación de Argildas Julien Greimas, un maestro chapado a la antigua, sentado en su trono de la rue Tournon, en la segunda planta de la escuela de Altos Estudios. Greimas tenía en aquel punto y hora un presti-

gio inmarcesible. Era traducido a todas las lenguas cultas. Recibía alumnos de todas partes del mundo. En su seminario había iraníes, japoneses, norteamericanos, brasileños e indonesios, y de todas las nacionalidades europeas, escuchando con unción religiosa a aquel «Santo Varón». Una especie de Dalai Lama que se hacía rodear por una batería de áulicos, expertos en literatura y que, a su vez, tenía el control de una línea editorial, famosa en todo el mundo, en la que se divulgaban los trabajos que contaban con su visto bueno. A pesar del aura de oráculo de la lingüística, adorado por Jakobson, Mircea Eliade, Levi Strauss, Kristeva, Céspedes deslinda sus intereses por la teoría de Meschonnic, que no llevaba, cuando menos en aquel momento, las credenciales y la fama áurea del gran Greimas, ni tenía la intención de convertirse en el apóstol de una escuela. De esa colaboración y conocimiento ha nacido la mayor producción de la obra de Céspedes. Excepción hecha de *Escritos críticos*, todo cuanto ha publicado Céspedes se halla indefectiblemente marcado por el peso de la poética. Campo de aplicación en el que ha realizado sus propios hallazgos. Ideas que ha defendido con lealtad y en las que ha fraguado una obra copiosísima, cuya historia no aparece evocada en esta autobiografía. Se ha quedado en penumbras. ¡Qué pena que no se haya instalado como un batiscafo en las profundidades de esos pormenores!

Hay una parte de la memoria que obra tras bastidores. Es la transformación de lector en intelectual. En muchos casos, aquellos intelectuales que tienen la virtud de haber estudiado en otra lengua y en otra cultura tienen tendencia a naufragar en un autismo terminológico. No pueden explicar lo que han aprendido. Las palabras y términos le enroscan la reflexión. Algo parecido le ocurrió a una buena porción de los marxistas dominicanos. Importaron los conceptos de otras realidades y de otras frondas del saber y los encapsularon en un comportamiento reverencial, totémico, produciendo unos personajes jesuíticos, que no podían hablar de nada. Se quedaban entrapados en enunciaciones monosilábicas.

Son muchos los personajes de ese talante que pululan en las páginas de este libro. Se retrata de este modo una época de las

presentes generaciones literarias, que podría obrar como comienzo de una historia intelectual de nuestro país. Lección que ha de quedar en aquel primer Diógenes Céspedes y en los que vendrán después a trillar los caminos de la pasión por la literatura. Céspedes, por fortuna, pudo escapar de esos simulacros de pensamiento, en los que zozobraron varias vidas.

La historia derribó los ídolos, los íconos, que ocupaban los grandes murales de la Universidad. Las ciudades ideales, inventadas por la ideología y el fanatismo, parecían ruinas románticas. Pero en medio del polvo y la destrucción, perviven en muchas cabezas las antiguallas de ese pasado que ya no podrán superar. Porque son parte de él. Es así que después de haber ajustado las cuentas en un magnífico ensayo en el I Congreso de Literatura en 1994, un personaje procedente del fondo de esos años turbios agredió con poca lucidez al autor de estas *Memorias*. Fue una embestida heroica. Como el asesino de Lincoln, estaba imbuido de las santas iras; como Ramón Mercader, creía cumplir un deber histórico de cortar la cabeza del hereje. Pero no tenía la piqueta con la que quedó cercenada la inteligencia de Trotsky, sino un vulgar periódico enrollado como una tizona. El heroísmo del pasado se convirtió en la payasada del presente. Por eso, en esta rendición de cuentas de una vida, se echan de ver dos actitudes. Lo que le pasa al primer Diógenes es que no sabe qué pasa; el segundo Diógenes examina, estudia, calcula, y logra establecer alianzas que le harán la vida más llevadera, incluso con el entorno con el que nada comparte. Para eso han de servirnos estas memorias. Para aprender a vivir.

4 de marzo del 2001

Publicado en El Suplemento de *El Siglo*

Diógenes Céspedes obtuvo el Premio Nacional de Literatura en el año 2008.

Manuel Matos Moquete (1944)

Don Bruno Rosario Candelier,
Director de la Academia Dominicana de la Lengua
Señores académicos
Señoras y señores

La vida de Manuel Matos Moquete (Tamayo, 1944) es como una novela fascinante. En los años difíciles, cuando los vientos de la Guerra Fría (1945-1990) rugían a tambor batiente, luego de la caída de la dictadura de Rafael Trujillo (1930-1961), la Revolución se convirtió en el sueño de una generación. Y en la poesía, en el folclore, en todas las manifestaciones, los santos óleos de la fiesta revolucionaria, de un confín a otro del continente, fueron el alto sueño de una cruzada de hombres y mujeres que pensaron que tomarían el cielo por asalto y alcanzarían la gloria de los guerreros y libertadores decimonónicos.

Esas proezas inspiradas en el prestigio de los patriotas del pasado, en el sacrificio, en la inmolación y en la entrega a los mandatos de la fe revolucionaria, sólo eran comparables con la adoración de semidioses que le tributaba el ágora de los partidos universitarios y del sanedrín de notables, nacidos al socaire de la declamación revolucionaria. En ese entonces, José Antonio, tal era su nombre de guerra, ingresó en el Movimiento Popular Dominicano. Leyó montañas de libros, todos los libros de cabecera de esa generación: *Así se templó el acero*, de Nicolai Ostroski; *Ante*

el patíbulo, de Julio Fucik; *La madre*, de Máximo Gorki; *Los diez días que conmovieron el mundo*, de John Reed; *El libro rojo* de Mao; *El diario del Che*; *Las contradicciones, los cuatro principios* del Gran Timonel; *El qué hacer* de Lenin. Se aprendía de este modo un lenguaje codificado: no había que hacer causa común con el renegado Kart Kaustky ni con el desertor del Ejército rojo, Trotsky, ni con los academicistas en la universidad ni con los críticos o revisionistas. El dogma férreo los convirtió en inquisidores. *Los principios* de Constantinov, los *Fundamentos del materialismo* de Marta Hacneker, las *Lecciones de filosofía* de Georges Politzer, la *Economía política* de Nikitín y la *Filosofía* de Afanasiev completaban, con la trinidad de políticos sagrados: Marx, Engles, Mao la explicación total del mundo.

En las capillas literarias ocurría otro tanto. Todas las valoraciones se hacían basándose en la moral política. La obra debía propagar el catecismo político en boga. El que no llevase la esclavina de los crédulos o de los romeros del ideal totalitario, el que no considerase a los dioses redivivos como el *súmmum* de todo lo que debía saberse, no formaba parte de la lista de los iluminados. No había sido bendecido por estas lumbreras que representaban los saberes de la única, la total y definitiva ciencia de la humanidad. Era un mundo de verdades incommovibles, sostenidas por el fanatismo de los rábulas.

Todavía nos parece increíble que en aquel mundillo del cual aún quedan rescoldos y ruinas, se exigiese como prueba de virtud política a los jóvenes honestos y voluntariosos, el renunciar a sus gustos, a sus inclinaciones y pareceres, porque, según sus preceptores, estaban maculados de la mentalidad pequeño burguesa. Los militantes como José Antonio debían hacer un acto de contrición. Debían, según se decía, desclasarse. Es decir, renunciar a consumir, vestirse de sayal, hacer votos de total pobreza y convertirse en hombres-masa. Esa era, entonces, la aspiración suprema y la forma de entrar en la historia. Se creía en esas consejas que el mundo estaba regido por una idea determinista, descubierta por el barbudo de Tréveris. Una idea que como el Armagedón

o el Apocalipsis arrasaría y convertiría a la sociedad actual en ruinas románticas. En aquel tiempo, cuando se defendían arduamente las dictaduras de izquierdas, hablar de democracia era una herejía, hija del liberalismo burgués. La función del poeta, del escritor o del militante, era ser trovador de la destrucción de todo cuanto existía. Ni la universidad ni la escuela ni la cultura debían servir a la sociedad sino suplantarla, hacerla añicos, negarla.

José Antonio no quería convertirse en un guerrillero de cafetería. De esos que convirtieron la declamación revolucionaria en la fuente de su prestigio intelectual. Se preparó junto al glorioso coronel Caamaño en las montañas cubanas. A comienzos del decenio de los setenta, regresó al país como parte de una avanzadilla guerrillera. Se había esfumado en los aeropuertos de Europa. Se había convertido en un acaudalado comerciante de apellido Izquierdo, según consta en sus relatos. Había regresado al país, para poner una pica en Flandes y entrar definitivamente en la historia.

Pero toda esa tramoya se deshizo en los interrogatorios. De este modo, se encaminó a La Victoria. No la del renombre y la gloria, sino un presidio famoso, que, por ironía macabra, les recordaba a los revolucionarios que ya eran victoriosos. En La Victoria, supo el valor de las horas y reflexionó sobre el tiempo. Escribió un libro de poemas: *Abismos* (1982). Escribió cuadernos sobre la guerrilla. Pasó por el trago amargo de ver morir a sus compañeros. Primero, el frente interno, en una escaramuza muy cerca del aeropuerto, y luego, el batallón al cual pertenecía disminuido porque una porción muy importante puso los pies en polvorosa; otros se habían vendido al enemigo y sólo un puñado se mantuvo hasta el final. Fusilado el coronel Caamaño, pulverizada la hazaña guerrillera, José Antonio fue sometido a los ultrajes de un interrogatorio en el que se mantuvo con entereza, sin claudicar.

De toda esa experiencia nacieron dos libros memorables: su novela *En el atascadero* (1985) y el libro *Caamaño, la última esperanza armada* (2000). En la novela, José Antonio rememora la historia de una guerrilla que no llega a ninguna parte, regida por las cabañuelas, por los rumores y carcomida por la incertidumbre. Toda la

novela está escrita en tiempo potencial. Penetra en lo fantástico, utiliza copiosamente las consejas y leyendas de los campesinos del Sur, y reconstruye como un arqueólogo un vasto fresco ideológico del fanatismo, mostrándonos, de este modo, las luces o las simientes de un pensamiento libertario. En algún pasaje de la novela, José Antonio nos muestra a unos guerrilleros que se arrastran como serpientes, que se hunden en el suelo como gusanos, que entregan su voluntad a unos mandatos supuestamente divinos y llega hasta a caricaturizar la ideología que convierte a los individuos en instrumentos, sin decisión, sin voluntad y sin vida propia.

En *Caamaño, la última esperanza armada* se echan de ver las tramas de una guerrilla: los entrenamientos, la doctrina de guerra, la preparación para el sacrificio, las deserciones, las intrigas de poder, las desavenencias e incluso la presencia de procedimientos totalitarios. Como aquella historia de un guerrillero cuyo descuido en los entrenamientos y sus distracciones mundanas condujeron a una corte militar en el campamento y que, según dictamen, sería fusilado inmediatamente se llegara a tierra dominicana. En todos esos relatos se pone de manifiesto una independencia de criterio y un ejercicio de libertad que nos muestra los verdaderos derroteros de su pensamiento.

En la mitad del decenio de los setenta, el presidio y las torturas no fueron el peor de los suplicios. Había que descender a los infiernos. Y el infierno era el exilio. De repente, el territorio por el cual había luchado y amado de manera inusitada le fue negado, y fue arrancado de su tierra, de sus sueños, de sus luchas, de sus amores, y colocado en tierra extraña, mediante un decreto de expulsión firmado y rubricado por Joaquín Balaguer, que ocupaba el sillón P, en esta docta casa y que ahora ocupa, valga la paradoja, José Antonio. Vivir sin la República Dominicana es, para un descastado o ciudadano del mundo, quizá una bendición. Pero para quien la ha convertido en el objeto de su acción, en el barro escultórico de lo que habría de hacer, es una experiencia devastadora. Era como volver a nacer.

De este modo, después de haberse preparado durante largas peregrinaciones de entrenamiento militar para llevar a cabo la re-

dención de las masas, el asalto al cielo y la gloria, ahora se hallaba en París. El eje de su existencia comenzó a girar exclusivamente en torno de sí mismo. Trabajó como obrero. Se casó. Tuvo familia. Hizo su licenciatura, su maestría y su doctorado. Y se puede decir que en este nuevo nacimiento de Manuel Matos Moquete, tal era su nombre verdadero, se produce una transformación en su pensamiento, en su estilo de vida y en su obra de escritor. El hombre que se había preparado para implantar una sociedad de partido único, sin pluralismo político; de pensamiento dirigido y de libretas de racionamiento había sido suplantado por un intelectual sólidamente formado. Un hombre libertario, como los personajes de Jules Vallès, cuyo ideal de justicia había nacido en sus tiempos de adolescente. Su lucha contra la dictadura de Rafael Trujillo le llevará a renegar incluso de su propio padre, un acaudalado terrateniente del Sur profundo que, en sus representaciones revolucionarias, se convertía en parte del mundo que había que destruir.

Todas esas mudanzas y transformaciones aparecen sucintamente explicadas en su libro de ensayos *La espiral de los tiempos* (1998). Nos queda clamorosamente demostrado que Manuel Matos Moquete es, antes que otra cosa, un hombre de letras. Su vida, hecha de ideas y episodios grandilocuentes, es desde hace más de treinta años la vida de un escritor y de un hombre apasionado por la idea de libertad. El hombre que se echa de ver en esos ensayos es un hombre anclado en la idea básica de libertad, que considera que la soberanía, el mando social, debe nacer de la voluntad de las mayorías, expresada en elecciones, en referendo o plebiscito. Pero que, en ningún caso, era deseable que una camarilla de iluminados o de ideólogos suprimiera la libertad para imponerse o para importar por piezas, o completamente, sociedades que hoy llamamos totalitarias.

En los gobiernos de los doce años de Joaquín Balaguer (1966-1978) quedaban aún llameantes muchos de los rescoldos de la antigua dictadura de Trujillo. Buena porción de los alabarderos y turiferarios de ese viejo orden se mantuvo vigente, y aunque no vivíamos en una dictadura formal, el fraude, las trampas y el golpe

de Estado al primer gobierno democrático encabezado por Juan Bosch, y tras el golpe, las frustraciones puestas al desnudo por la guerra civil de 1965, convirtieron a Balaguer, a los ojos de esa juventud libertaria, en un dictador constitucional.

Nuestro personaje que aún se llamaba José Antonio pertenecía a esos tiempos de guerra fría, de revolución y de represión que sacudieron todo el continente. Y hubo guerrillas en Uruguay, con los Tupamaros; en Brasil, con Marighela; en Venezuela, con Douglas Bravo; en Argentina, en Bolivia, en Chile, en Guatemala, en El Salvador, con el Farabundo Martí; en Nicaragua, con el Frente Sandinista; en Perú, con el grupo Tupac Amaru y luego con Sendero Luminoso; en la Colombia de ayer, con Camilo Torres y en la de hoy, con Manuel Marulanda. Y en nuestro país se alzaron Manolo Tavárez, el coronel Caamaño, los Palmeros, Rubirosa Fermín, Plinio Matos Moquete. Éramos un territorio de ensayo de una guerra entre las dos superpotencias que dominaban el mundo. Por un lado, los servicios de seguridad estaban dirigidos y controlados por los Estados Unidos. Por otro lado, los grupos revolucionarios eran financiados, entrenados y mantenidos por la Unión Soviética, por China o por Cuba. En ese encuentro asimétrico de fuerzas ideológicamente antagónicas, José Antonio vio morir a muchos compañeros con la mirada fija en el día radiante de la redención, prometido en las cabañuelas y en el mito revolucionario. Pero también cayeron muchos policías y guardias, víctimas de una emboscada, de la primera acción heroica o del rito de iniciación de un militante. El terror venía de todas partes: de los paramilitares, expresión del lumpen armado, de un Estado corrompido y sin legitimidad y de los propios grupos izquierdistas que asaltaron el Banco de Reservas, el Royal Bank; que enviaban bombas por correo, que se organizaban como guerrillas, que secuestraron a un coronel norteamericano, Crowley, a la agregada cultural norteamericana, Bárbara Hutchison. En esa atmósfera de violencia y sueños truncos se desarrolla su última novela *Dile adiós a la época* (2002). De los intrínquilos de ese mundo, poco conocen los hombres que ahora tienen menos de treinta años. Manuel Matos Moquete, en

una prosa tersa y desprovista de arabescos, nos trasunta la conciencia de la época. En uno de los pasajes de la novela el narrador nos dice: “Todos nos conocemos y todos somos responsables de las culpas o de las razones, según sea, de aquella época. El tiempo nos ha igualado, ha nivelado y compuesto, en paz y en orden, el caos de entonces”.

En la novela queda vigente el esqueje de una contradicción entre la vida quijotesca prometida por el ideal revolucionario, que suprimía la vida real llena de sensualidades, de incertidumbres y de ambiciones terrenales encarnadas por el ideal de Sancho Panza. La novela y acaso la vida del propio Manuel Matos Moquete nos pone delante de esos arquetipos, de los que nos habla C. G. Jung. ¿Cuál es la vida que hay que vivir: la que nos inventaron los razonamientos delirantes, basados en la dominación del hombre por la ideología, o la que nos exige nuestra propia necesidad material? Esa paradoja aparece magníficamente retratada en un pasaje de su novela que se refiere a la figura legendaria de Pichirilo. Pocas veces se ha puesto de realce la encarnación de la aspiración del ser de esos años que la literatura, concretamente, en Matos Moquete ha convertido en monumento, lejos de la nostalgia declamatoria de los sesenta.

Pichirilo se apareció a la tertulia empuñando una botella de tequila que había dejado envejecer desde los tiempos del Granma. Esa noche se proponía abrirla para dejar escapar, sorbo tras sorbo, los fantasmas encabritados, aún aprisionados, de aquella rebelde bohemia revolucionaria.

Aventurerismo. Idealismo. Guapería ornamental con imágenes y consignas de reivindicación social. Y, entretanto, el comercio con la vida, la posesión violenta del placer a precio de celebración. Dinero, poder, mujeres. ¡Cuántas amantes en el camino! Había dejado atrás esos amores que entraron a la revolución por la bragueta, engalanando los peligros con esa altiva metáfora ceñuda de “Patria o Muerte, venceremos”.

Pichirilo no pedía más trajín, que lo dejaran morir, que se respetara su ganada muerte en el olvido. Total, al final, sólo le quedó en las manos el fiero alcohol que degustaba en la mecedora María Teresa que Tania del Pilar había reservado para el invitado especial de la tertulia.

Era su reconocimiento, su gloria. Ser a quien se le sirviera el potaje o el vino a la mesa, al que se le sacara el plato y el honor aparte, porque todos querían conservarlo estático en su rebeldía sin causas, como el gran mito que necesitaban acariciar para aliviar su mala conciencia. Las vidas perdidas, enfermas de una enfermedad tonta, la resaca del pasado que nunca fue mejor que cuando siendo presente se dejó colgado en el Altar de la Patria.

Pichirilo era apenas un emblema, un cuadro en la tinta del pintor El Condecito, quien en sus murales y en el periódico Libertad del MPD proclamaba la decadencia de la sociedad y el arte burgués. El enorme retrato adornaba el salón, el capitán vino tocado con la boina verde olivo que le obsequió Fidel en aquella histórica expedición de México a Cuba.

Todo ese pasado en el que se echa de ver una ética del coraje individual y de las aventuras temerarias, con sus miserias y su esplendor, aparece copiosamente expuesto en toda la obra de Manuel Matos Moquete. La vida y la obra nos resultan inseparables. La vida se ha transformado en obra de arte. En todas esas páginas de poesía, ensayo y novela, Matos Moquete es un testigo de todo lo que cuenta, que ha hecho un alto para reflexionar y ejercer el criterio con total libertad, que no ha querido vivir como la hiena evocada por José Martí, que pasa sus días dándole la vuelta al odio, ni, como esos carcamales, corroídos por la nostalgia de los viejos trovadores de un mundo perdido para siempre, que hilvanan sus frustraciones de tiempos sepultados.

Desde hace un poco más de veinte años, Manuel Matos Moquete se ha dedicado, sin desmayos, a la enseñanza y al estudio de la lengua. Es mucho lo que puede escribirse de su obra de lingüista. En 1986, se publica un libro fundamental, *La cultura de la lengua* y en 1992, obtiene el Premio de ensayo “Pedro Henríquez Ureña”, con la publicación *El discurso teórico en la literatura de la América hispánica*. Todas esas tareas son acompañadas con una enorme e ininterrumpida labor docente; funda y coordina la Maestría de Lingüística aplicada a la enseñanza del idioma español del INTEC. Se dedica con arrestos dignos de encomio a la transformación curricular de la enseñanza, desbaratando entuertos que habían paralizado el apren-

dizaje de la lengua, pues suponían que la enseñanza-aprendizaje había de estar condicionada por las rencillas pedagógicas, al punto de que la pedagogía y todas esas superfluas declamaciones habían reemplazado el contenido de la propia enseñanza de la lengua.

Otra idea echada al ruedo por la intermisión de Matos Moquete en el cuerpo mismo de las prácticas de la enseñanza nos refiere a la introducción de un saber que se construye con la participación del educando, mediante la deliberación, el análisis, la imaginación. Esas prácticas que los griegos llamaron mayéutica; un saber que se expresa por el descubrir de reglas, de leyes, de procedimientos y que en cierto modo se opone a la clásica transmisión de información con carácter de dogma. Introducen sus programas y los proyectos que ha emprendido lo que se ha llamado el constructivismo en la enseñanza de la lengua.

No voy a hablar, porque sería muy prolijo, del mar de intervenciones en coloquios y congresos de lingüística aquí y fuera del país, y del haz de ensayos dispersos en revistas y en publicaciones que lo proclaman como un especialista de la enseñanza de la lengua en nuestro país.

Como analista del discurso, se nos presenta en dos vertientes. Por un lado, se incluye en la tradición de los pensadores que reúnen una copiosa cantidad de información y se emplea a fondo, casi siempre, en ir deshojando la margarita, sin revelarnos hasta el final, el contenido profundo de su pensamiento. Lejos de ser un doctrinario, a Matos Moquete no le gusta plantearse nada *a priori*, sino construir, como un escultor, el edificio de sus creencias.

Para penetrar en el meollo de la disertación del académico que hoy pone una pica en Flandes, al ocupar el sillón P de esta Corporación, hay que encontrar la llave de la bóveda de todo su pensamiento.

Hace años, el autor de esta pieza escribió que la lengua debía ser considerada como una ciencia piloto de las demás disciplinas, llamadas indistintamente humanas o sociales. Que para ser historiador, sociólogo, economista, antropólogo, hay que tener una visión de la lengua que organiza el pensamiento, que ayuda a

comprender los sentimientos, las creencias y que atesora, como un fresco romano, las interpretaciones que hemos ido acumulando de todo lo que nos sucede. El pasaje dramático en donde nos expone el hilo de Ariadna de todo su pensamiento, se halla impregnado de una controversia entre los partidarios de las ciencias experimentales y lógico matemáticas y los partidarios de las llamadas ciencias sociales o humanas. Después de desbrozar la pertinencia de cada una de estas disciplinas, pone las luces en el camino que ha guiado todo su pensamiento:

“Entre los profesionales de las demás carreras consideradas como humanísticas, seguramente no faltarán quienes al oír esta proposición, cediendo a la opinión corriente antes evocada, la acogerán con recelo y contra el imperialismo de lo lingüístico y literario. Esas voces ya se escuchan entre filósofos, sociólogos e historiadores cuando al hablar de “ideas” o de “hechos” como entidades autónomas, independientes del lenguaje, se les señala el carácter puramente discursivo de esas realidades que para ellos constituyen el objeto de estudio y el fundamento de sus ciencias. Sin embargo, en ese rechazo de lo lingüístico y literario se esconde una doble ignorancia; por una parte, el papel que ha desempeñado el auge de los estudios de la lengua y la literatura en el desarrollo cultural y científico de las sociedades humanas; por otra, el carácter de disciplina piloto entre las humanidades que siempre le ha correspondido al estudio del lenguaje y de la literatura desde los tiempos de la filología. Todas las revoluciones científicas y culturales que conoce la humanidad han prosperado sólo en un ambiente de renovación de los estudios lingüísticos y literarios”. (La cultura de lengua, p. 222, S. D., INTEC, 1999).

No hay en estas palabras un ápice de desperdicio. Todo cuanto dice el académico es fundamental para todos los que hemos luchado por el engrandecimiento moral e intelectual del pueblo dominicano. Sin el desarrollo del conocimiento de la lengua no puede, a su vez, desarrollarse la capacidad de pensar y de comprender y de crear. Si el idioma que vive en las cabezas de los hablantes es una lengua trunca, empobrecida por el sistema de enseñanza, sin posibilidad de renovarse, de innovar y desarrollar sus potenciales para narrar, argumentar, exponer y para comprender lo que se lee,

resulta axiomático que, con semejantes credenciales, no tengamos ni escritores ni científicos ni pensadores.

En la disertación leída por don Manuel Matos Moquete, *El habla popular en el discurso político*, nos presenta un empalme entre la lengua y la sociedad. Cada época lleva el sello de una competencia lingüística y de una competencia ideológica. Cada época se define, pues, por el dominio de un vocabulario y unas palabras claves; pero también por la permanencia de unos argumentos, de unos conceptos y acaso de unos valores. Los cambios en las mentalidades, en la historia y en las creencias producen, implacablemente, remociones en las designaciones y en el vocabulario.

El autor ha trazado una raya de Pizarro entre dos momentos históricos, el lenguaje de la dictadura de Trujillo y la etapa democrática que comienza en 1961. Pero, a poco nos advierte que esas fronteras son porosas. Que una buena porción de hábitos y creencias fueron fraguados durante el régimen de fuerza de la dictadura, y que esos hábitos han pervivido en la etapa democrática.

Observa el académico que ha habido cambios en el lenguaje político: “*las palabras libertad, democracia, derecho, pueblo, liberación, revolución, justicia social, socialismo etc.*” proclaman la presencia de nuevos actores que han irrumpido en la escena histórica, incluyendo el habla de la masa. Una parte de los nuevos actores que ambicionaban ser adorados por ese pueblo que hasta ese momento era una abstracción, elaboraron un discurso que incluye el lenguaje popular. Porque las condiciones de producción del discurso, los paradigmas representados por el antitrujillismo en primer lugar y por los líderes políticos que habrían de ocupar la palestra postreramente significaron un cambio radical en las imágenes, en los referentes ideológicos y en los propósitos del discurso político. Mientras en la dictadura se trataba de justificar el régimen, o bien, de una retórica ornamental que ocultaba el pensamiento, en la democracia el propósito era, por un lado, seducir, convencer, con la venta de ilusiones y promesas; y por otro, desacreditar al adversario.

La llegada de Juan Bosch y del PRD en 1961 impuso la primera gran transformación del discurso político. Bosch estableció diferen-

cias sociales entre los *tutumpotes* y los *hijos de Machepa*. Algunos políticos conservadores le han acusado, injustamente, de haber introducido la lucha de clases. En realidad, Juan Bosch concibió la actividad política como una prolongación de la enseñanza. Era necesario para organizar al pueblo dominicano en partidos políticos que tuviera conciencia del papel que habrían de desempeñar al convertirse en una fuerza histórica. Gobernar para los *tutumpotes* no era lo mismo que hacerlo para los *hijos de Machepa*. Pero, al mismo tiempo, Bosch demostraba que en la democracia, la guerra política habría que librarla en la mente de cada elector o sufragante, y que, por lo mismo, todo el discurso se orientaría, a partir de entonces, a buscar esas mayorías soberanas que decidían el destino político. Que esa búsqueda no podía emprenderse ocultando el conflicto social.

Bosch actuaba como un pedagogo de la política; Joaquín Balaguer, en cambio, utilizaba imágenes mitológicas y bíblicas, citas literarias y razonamientos complejos para tratar de convencer a sus partidarios. Pero al igual que Bosch, Balaguer recurrió a la denominación del pueblo para conquistar votos. En Peña Gómez, se produce una síntesis de ambos. El líder del PRD empleaba una prosa impecable y culta, pero se concebía como instrumento de las masas del pueblo dominicano.

Los tres grandes líderes del pueblo dominicano en el siglo XX, José Francisco Peña Gómez, Juan Bosch y Joaquín Balaguer han desaparecido. El discurso de relevo se ha ejercido desde la primera magistratura del Estado.

En primer lugar, por Leonel Fernández que emplea “un lenguaje culto, abstracto, académico, lleno de tecnicismos extraídos de la economía, la informática, etc.”. Pero que a la par tiene facundia y palique para comunicar con eficacia. Utiliza imágenes del boxeo y del béisbol. Emplea la narración conversada. Su estilo comienza a imponerse en una sociedad nueva en la que los discursos grandilocuentes y las promesas hiperbólicas no cuentan con los auditorios crédulos y míticos de otra época.

El lingüista observa que en todos: Bosch, Balaguer, Peña Gómez y Leonel Fernández “lo culto está por encima de lo popular,

salvo en Hipólito Mejía quien representa un desplazamiento de las élites intelectuales en el discurso político dominante”.

Aun cuando no se explaya en los pormenores del habla de Hipólito Mejía, tema que desmenuza en un estudio más amplio, el académico advierte que el Presidente emplea un estilo propio de una conversación relajada, con un léxico que raya en lo regional, lo popular, pletórico de imágenes campesinas, poblado de experiencias personales. Un lenguaje afectivo, penetrado de estereotipos y lugares comunes, sin sujeción a las normas y a todo lo que se ha llamado el habla culta.

En otros pasajes, se pregunta sin certezas ni luces claras, si ese desenfado es parte de una *plebeyización* del lenguaje, manifiesta en el empleo de la lengua en los medios de prensa y en los medios electrónicos; pero no puede naufragar en una digresión, rica de sugerencias y que podría consumir demasiado tinta.

En busca de conclusiones firmes, el autor emprende una indagación lexicográfica de las diferentes significaciones que ha ido tomando la palabra pueblo, en cada uno de los discursos. Primero como una abstracción, despojada de contenido concreto; luego, con el significado de gente pobre, nación, país, sociedad. A veces con sentidos contradictorios. O bien como un compendio de grupos distintos integrados. Pero a la par, el académico se emplea a fondo, tratando de hallar las formas lingüísticas correspondientes a uno y otro estrato social. Basándose en el resultado de otras investigaciones de Orlando Alba y Max Jimenes Sabater sobre el papel del vocabulario disponible, según los estratos sociales, llega a conclusiones en lo que toca la a primacía de un vocabulario concreto, poco abstracto, en los campesinos, obreros y grupos socialmente desfavorecidos y sobre el predominio en esos sociolectos de las palabras relacionadas con la alimentación, y nos muestra que el discurso político dominicano ha realizado la misma decantación para imponerse y conquistar las mentes de los electores.

En resumidas cuentas, el discurso político emplea un vocabulario codificado en el cual la palabra pueblo prefigura un interlocutor ideal, virtual, al cual se seduce, exaltándolo, para fundar sobre esta

apología el fundamento de la legitimidad. El razonamiento nos ha impuesto los papeles que han de desempeñar los oradores políticos. De Bosch a Leonel Fernández se echa de ver la figura del pedagogo. En ambos casos, se trata de oradores que explican, instruyen, definen y naufragan en referencias a valores, a ideas y a doctrinas establecidas de antemano. En el caso de Peña Gómez, el propio orador se definía como un instrumento o redentor de las masas. Por lo mismo, empleaba un discurso hiperbólico y mesiánico; Joaquín Balaguer se definió como un reformador, como la antítesis de los revolucionarios imaginarios representados por Bosch y Peña Gómez. En sus primeras campañas políticas se definió como el autor de una revolución sin sangre; luego como un proveedor de bienes, se convirtió en el primer gobernante populista de la República Dominicana, sus grandes discursos eran acompañados de grandes repartos de máquinas de coser, piedras de amolar, juguetes, apartamentos, casas, fundas de comida, para oponerlos a los discursos de los ilusionistas; siempre calificó a los adversarios como un peligro, como un salto al vacío, como el caos y a su vez echó a rodar la idea de que él representaba el orden, la paz y la seguridad.

El habla de los políticos nos revela no solamente el lenguaje del poder, sino además el poder del lenguaje, que es poder de imponerse, de reinar y convertirse en creencia o ideología profunda. En sus imágenes, metáforas, argumentos, paradojas, se forja el pensamiento de todo el pueblo. La lengua del político sirve para educar, para instruir, para informar, para seducir y arrobar. Pero también para confundir, para desinformar, para ocultar la verdad y para mentir y para insultar. Los propósitos, la recepción del auditorio, los contenidos, los estilos habrán de revelarnos las características del pensamiento y de la lengua empleada por los que mandan e influyen de manera ejemplar en toda la sociedad dominicana.

Ese es el esfuerzo que nos ha revelado, en su disertación en esta docta casa, don Manuel Matos Moquete.

Señor Recipiendario:

Habéis realizado una labor intelectual sobre la cual las generaciones venideras tendrán que detenerse. Al invitaros a su seno la

Academia os honra y se honra. Desde hace tiempo todo cuanto hacéis, compagina con los propósitos de esta Corporación.

Quiero, con la venia de este noble consistorio, hacer una apostilla de carácter personal. Es para mí una circunstancia de grata recordación el ingreso de don Manuel Matos Moquete a esta casa. Muchos de los pareceres que he expuesto en esta ocasión los he compartido *in nuce, in statu nascendi*, con don Manuel. He leído toda su obra. He compartido muchas cosas y hallazgos que aún no ha dado a la estampa. Lo conocí en los años postreros de la década del setenta, en la Biblioteca de Censier-Daubenton, en París. Desde entonces hemos entablado un diálogo sin pausa, profundo, que, en muchísimas ocasiones, me ha resultado tan gratificante como los días alcionios, esas profundas horas de reflexión intelectual de las que nos habla Pedro Henríquez Ureña, el maestro de maestros. No me he referido en esta semblanza a estos aspectos, pero quizá sea lo mejor de su personalidad intelectual.

José Enrique García (1948)

D. José Enrique García Rodríguez, el nuevo Académico que entra como titular de esta Corporación, nació un 26 de noviembre de 1948. Celebremos, pues, por partida doble. El aniversario, que lo colocará, dentro de cinco días, en las postrimerías de la cincuenta, y la incorporación como miembro de número a esta institución. En lo personal, para mí es una alegría y honor recibirlo en esta casa. Creo, además que, es un acto de justicia. Al hacer el balance de su vida, podemos decir, que desde la publicación de su primer libro de poemas *Meditaciones alrededor de una sospecha*, hace ya treinta años, nos tropezamos con una de las voces más notables de la poesía dominicana de todos los tiempos.

Transcurridos los años, al leer el poema *El otro*, porción principalísima del poemario susodicho, se observa la inteligencia y los hallazgos del poeta.

*No lejos de mí, en mi persona,
Sin escándalos, está naciendo un hombre.
Aquí mismo, en mis testarudos huesos
Echa raíces este hombre
Y con la sangre de mi propio barro
Se levanta
Después, lejos de mí
Toma el cuerpo que alimenté temprano;
Se pone mi camisa*

Sin permiso toma mis pantalones
Y sin permiso también
Abre aquella ventana para verse vestido
Acaba por ponerse mis compañeros zapatos
Y echa a andar conmigo y mis vestidos
Ya muy lejos de mí, oigo cuando se aleja
Alegre, muy alegre de saberse nacido...
Espero que se quede con todos mis cansancios

Es este poema un gran momento de la poesía dominicana. Sobre todo, en una época en que había perdido el rumbo, había naufragado en el lenguaje embrollado de la política, de la filosofía, y había perdido los vínculos con sus mejores tradiciones representadas por Franklin Mieses Burgos, Manuel Rueda, Freddy Gatón Arce, Manuel del Cabral. En aquellos momentos, en que la poesía aparecía manipulada por otros intereses, por el gusto, por la propaganda, y por el estilo oratorio de los poemas del *Canto General* de Pablo Neruda, parecía una voz lejana, que había tomado el hilo de Ariadna, para conducirla nuevamente a las glorias, a los hallazgos de la tradición perdida y olvidada, en los años postreros de la década del 70.

No era una casualidad. Poco después, dio a estampa un gran poema narrativo, pieza fundamental de la literatura dominicana, *El fabulador*. Leí este poemario, en París, y desde entonces no he podido sustraerme al placer inmenso que me depara la obra de José Enrique García. Tenía ya el palpito certero de que me hallaba ante uno de los poetas fundamentales de la República Dominicana, ante lo que queda después de una borrasca.

Todos sus libros posteriores confirmaron al gran poeta: *Ritual del tiempo y los espacios* (1982), *En el camino y en la casa* (1985), *Cuando la miraba pasar* (1987), *Huellas de la memoria* (1993), *Recodo* (2001). Pero D. José Enrique García no sólo es poeta. Es, además, un prolífico y laureado escritor. Ha escrito varios volúmenes de cuentos, algunos laureados, como *Un pueblo llamado Pan*; dos novelas, la primera, *Una vez un hombre* (2000), premio anual de novela del año 2001, dada a la

estampa en Alfaguara; y la segunda, que, en realidad, fue la primera salida de su caletre, *Taberna de naufragos*, permanece aún inédita. Ha escrito numerosos ensayos filológicos, entre los que cabe destacar su singular libro sobre la poesía dominicana, *La palabra en su asiento*, publicado en la colección del Banco Central en el año 2004.

Ha sido por muchos años profesor de lengua española, y en tales faenas, ha publicado un manual de redacción, *Escribir* (1994) y otro de lengua española para estudiantes de bachillerato. Y, en vista de ello, comenzó a fraguarse, por aquellos años, una carrera de profesor. Obtuvo el doctorado de literatura en la Universidad Complutense de Madrid. Todo lo cual nos dice que lo que distingue al nuevo Académico es la solvencia en todos los sentidos; en todos los dominios en los que ha puesto una pica en Flandes. Su última obra, *El futuro nos espera sonriendo*, es una antología depurada, exigente, confiable, saneada de todos los desperdicios y fruslerías, de lo mejor de la poesía dominicana desde el bardo Juan Antonio Alix hasta René del Risco Bermúdez. Cada poema tiene una apostilla crítica, y las piezas están fuera de toda controversia. Una joya. Las antologías las forja el tiempo. Los lectores del porvenir no tienen que detenerse en las pequeñeces de famas falaces y poltronas postizas...

Pero volvamos a su poesía, ¿qué podemos saber sobre la obra del poeta? Intentaré responder a esta pregunta. Porque he vuelto en estos días a leer toda su poesía. Y digo que pervive en toda la poesía de D. José Enrique García un drama ontológico. Una desesperada búsqueda de identidad psíquica que recuerda el deslinde filosófico que realizara Ortega y Gasset al indagar y plantearse la pregunta qué es lo propio del ser:

Yo no soy mi cuerpo –nos dice Ortega– yo me encuentro con mi cuerpo ni más ni menos que me encuentro con la Sierra de Guadarrama y con esta mesa. Mi cuerpo es un conjunto de facilidades y dificultades que hallo, como el resto del mundo. Mi cuerpo es un instrumento como otro cualquiera, si bien es de todos el más importante por serme el más próximo y permanente, por ser el que se interpone entre mí y el resto de los instrumentos.

Ortega se propone hacer una separación entre el cuerpo biológico y el ser. Idea que vemos, teatralmente, representada en el poema *El otro* de D. José Enrique García. El ser del hombre no ha de definirse por los atributos biológicos sino por la cultura. Sin este presupuesto fundacional nos resulta incomprensible la noción del ser que campa por sus respetos en la poesía de D. José Enrique García. No está encadenado el ser a tornarse en existencia fija, cosificada, pura materia. El hombre es una realidad que trasciende las fronteras de su cuerpo. Es un apetito incesante de cambio y de transformación, una búsqueda perpetua de máscaras y de ideales, de exotismo y una fuga de sí mismo. Todos estos entuertos nos lanzan siempre a la búsqueda del otro. *Yo soy otro*, escribió Rimbaud, y con ello definió la alienación fundamental de nuestra vida; la lucha perpetua entre el yo y el ideal del yo, eso que en Sigmund Freud se convertirá, luego, en un estrambótico descubrimiento.

Su poesía no se halla en concierto con ningún catecismo ideológico, con ninguna aspiración, instinto, estandarte, causa, sueño, obsesión, sino que nos revela un puente entre lo masculino y lo femenino. Un vínculo en el que la mujer, como decía el gran Louis Aragon, es el porvenir del hombre. Es con ella que se construye el símbolo de la casa, presente en toda su obra. Somos en la casa de su cuerpo, y nuestro cuerpo vaga incompletud, sin el cuerpo de ella. Todo esto está maravillosamente expresado en estos versos:

*Una casa se construye palmo a palmo
Espacio a espacio
Para que dos personas la habiten en silencio
Si la casa envejece, si se llena de musgos
Polvo,
Si crecen en sus paredes las malas enredaderas
Si se llenan de ruidos, de palabras
De lágrimas y silencios
No hay que buscar las enterradas piedras
Id en busca del hombre
Habitante intranquilo, perpetuo hacedor
De lo que envejece, y transcurriendo se derrumba*

La historia depende de nosotros, no de catecismos proféticos ni de enmarañadas lucubraciones. Somos nosotros, con nuestra propia libertad, los amos de nuestras propias creaciones. Todos estos temas toman en *El fabulador* el torso de una epopeya íntima, una torrentera de acaeceres mentales en la cual se viaja de la nada al ser, de lo increado a la materia. Es un poema narrativo construido en dos tiempos, el del poeta y el de los otros. Se reúne el espectador y el actor. La historia se niega a ser contada y el poeta se dispone a soñarla:

*Soñar fue mi trabajo desde niño
Y vime de pronto poseyendo oficio
Soñar por mí y por los otros
Construir sueños en la noche*

El mito y el sueño son, en la poesía de D. José Enrique, una misma cosa. Jano bifronte. Por vía del sueño se explora en la *saecula oscura* del tiempo, y se define la función y la identidad. Soñar es traducir las grandes utopías y ambiciones de la tribu, fuente de un placer intenso, el placer de inventar mundos, al cual el hombre nunca renunciará. Porque el sueño es también el nacimiento de la libertad. Porque no obedece a los constreñimientos que nos impone la realidad, sino a la ley del deseo. El poeta descubre, en esta obra, un placer que desde los tiempos antiguos obsesiona a la humanidad, tan apremiante como los placeres de la carne. Se trata de la posibilidad de inventarnos nuestro propio pasado. Y es que tras el instante eterno y fugaz del orgasmo, eso que los franceses han llamado *la petite mort*, la pequeña muerte, sólo queda el vacío.

*Y el hombre aprendió que después del instante
Solo queda el vacío*

El sueño se erige en Dios salvador de lo que cae irremediamente.

Esta relación extraordinaria que nos lleva a soñar, y a desear queda referida en estos versos extraordinarios.

*Todo lo que en principio por encanto fue gracia
Por encanto también se transformó en silencio*

*Y así de todos aquellos actos que dieron vigencia
De morada a la casa
Solo el sueño quedó puro solo el sueño
Porque se siguió viviendo muy lejos de la casa*

La idea general que tiene primacía en el poema es la de un círculo que se cierra. El tema del eterno retorno, ya palmario en la obra de Nietzsche, pero también en Paul Valéry, en Mallarmé, en Borges, en todos los gigantes, sobre los que se halla encaramado D. José Enrique García, se hace patente en la visión de la historia, que se deduce de estos versos:

*Del primer Caín la historia aun padece
Por el primer Adán aún se está llorando*

O, en estos versos, de indudable influjo bíblico:

*Una desgracia nació con el primer beso
Que sólo borra el último beso
Que un día habrán de darse dos amantes
En un lugar impreciso del mundo*

Señores Académicos.

Ante la magnífica poesía de D. José Enrique García hay que destocarse. He evocado con entusiasmo sus alturas, que nos dicen que la tragedia es un componente del tiempo que nos ha tocado vivir. No son, pues, ni el humanismo ni las preocupaciones morales los valores que se estampan en esta obra, que estoy seguro que habrá de ser estudiada, por hombres sin prejuicios, dentro de otros cincuenta años, cuando todos los presentes pasemos al otro barrio. El valor se halla en la capacidad para simbolizar la utopía, para traernos o acaso para inventarnos, un mundo deseado y saciar nuestras almas indómitas.

Debo volver a su discurso de incorporación, y siento una profunda pena, por no referirme a su extraordinaria obra de novelista, sobre la que di a la estampa un ensayo en su día. *Una vez un hombre* es una de las mejores novelas que se han publicado en el país. En

ella, empalma con lo fantástico. Porque de ella emerge un mundo de antiguos y permanentes ideales; con las innovaciones, la novela aparece narrada a varias voces, y con ello enriquece las posibilidades expresivas del género y se incrusta en la mejor tradición cervantina, en donde el machetero y el escritor representan una reencarnación extraordinaria, novedosa, de don Sancho Panza y el caballero de la triste figura.

Con vuestra venia, paso a referirme a la disertación de incorporación que acaba de leeros D. José Enrique García.

La magistral disertación con la que acabáis de deleitarnos es una muestra de vuestro conocimiento del género al que habéis consagrado los días alcionios de vuestra existencia. No se trata de conocimientos pedantes, fraguados por un pensamiento caótico, con los que los fraseólogos suelen sugestionar las mentes crédulas; frases cohetes con las que los intelectuales inútiles, y son muchos los intelectuales inútiles, suelen impresionar e incluso paralizar a un auditorio. Llegamos a la conclusión al escuchar este magnífico discurso de que el conocimiento no se halla enclaustrado, encapsulado, como desafortunadamente creen muchos, en un discurso que piensa en monosílabos; en un discurso que premia, castiga; exalta, condena; dictamina con palabras o frases embrolladas. El nuevo titular de esta Corporación, nos demuestra sobradamente, que el conocimiento es una práctica, que hay que hacer el esfuerzo hercúleo de argumentar lo que se proclama. Que hay que franquear las trampas de las especulaciones especiosas, y blindar lo que se plantea con una buena porción de demostraciones solventes, y así lo ha hecho de forma rotundamente convincente D. José Enrique García.

La tesis central es una paradoja. Según esto, con la precisión se alcanza la ambigüedad. La naturaleza del ejercicio del poema que empalma con lo dialógico, con el desdoblamiento y con la pluralidad, que entronca con el orden, el equilibrio, se manifiesta, ante los ojos escudriñadores del poeta, como conocimiento, revelación, hallazgo, ritmo lingüístico, estructuración simbólica y organización retórica. Todo ello constituye el poema.

A seguidas nuestro académico subraya las posibilidades del poeta. Nos lleva como un *cicerone* por la selva oscura de Dante. En los círculos del poema, en que se echa de ver su erudición, se detiene en el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz . Y desmenuza , entonces, la primera muestra constituida por el poema dramático. Predominan en el poema de San Juan varias voces; hay preguntas y respuestas; el poeta presupone un diálogo entre Dios y sus criaturas. Nos trasunta, como una de sus señales, la presencia de un ritmo, hecho de aliteraciones internas, expresado en el verso siguiente: *paso por estos sotos con presura*. Es el ritmo fraguado por las eses seguidas, vale decir: por las consonantes fricativas, las eses, y por las bilabiales p, por las labiodentales, t. La circunstancia de estos ritmos lingüísticos se halla menudamente expuesta, en toda su procelosa complejidad, en este pasaje del poema *Pasado en claro* del gran Octavio Paz, en el que tiene primacía un ritmo de vibrantes dobles, de erres, que se combinan continuamente y se enlazan, y de anáforas o repeticiones de palabras que alternan con paradojas y paralelismos:

Allá dentro son verdes las mareas
El aire es verde
El fuego es verde
En el fondo del barranco arden estrellas verdes
Es la música de los elitros
En la prístina noche de la biguera
No hay escuela allá dentro
Siempre es el mismo día
La misma noche siempre
No han inventado el tiempo todavía
No ha envejecido el Sol

La poesía es visión, hallazgo de un sueño diurno como creyó Sigmund Freud. Es una comunión de las ideas, una manifestación del psiquismo. De los sueños, las censuras, las proyecciones del yo y de la capacidad expresiva. El empalme de todos estos factores nos lleva al placer estético.

La segunda estación de este viaje la constituye el poema *Lo fatal* del gran Rubén Darío. Es una profunda meditación, realizada como un monólogo, plenitud de hallazgos simbólicos, rítmicos. Desmenuza, don José Enrique, todas las claves del ritmo fonológico del poema. Tiene el poema de Darío los entronques del ritmo de la Biblia. El empleo de la y, de adición, de contraste y de modo, empleadas en paralelismos.

*Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto
Y el temor de haber sido, y un futuro terror
Y el espanto seguro de estar mañana muerto
Y la carne que tienta con sus frescos racimos
Y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos
Y no saber adónde vamos ni de dónde venimos*

Es el ritmo de los poemas narrativos de la Biblia, hechos de versos encadenados con y, de adición, y con modal, y con y de contraste, que captamos reproducidos, en aquellos versos que Dalila, la prostituta filisteas, le espeta a Sansón:

Y luego dices que me quieres, y no me revelas el secreto de tu fuerza.

O, en estos magníficos versos del Eclesiastés, cuando el Quohélet, que muchos relacionan con el Rey Salomón, dice:

*Y pensé para mí: aquí estoy yo,
Que he acumulado tanta sabiduría, más que mis predecesores
en Jerusalén
Y a fuerza de trabajo comprendí que la sabiduría y el saber
son locura y necesidad*

El hallazgo de los ritmos acumulativos, de prosapia bíblica, es una de las grandes aportaciones, entre otras muchas del gran Rubén Darío. La elección de Darío no resulta caprichosa. Al referirse al modernismo en la poesía hispánica, el gran Antonio Machado ilustra con estos versos sus preferencias por Darío.

*Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna*

*a distinguir me paro las voces de los ecos
y escucho solamente entre las voces una:*

Machado apostrofa contra los modernistas, llamándolos *tenores huecos, coros de grillos*. Y entre la multitud de voces, solo distingue la de Darío.

La tercera etapa de este periplo la encarna la poesía narrativa. Resulta casi imposible para el gran poeta narrativo omitir las herencias grandilocuentes dejadas por Homero. Don José Enrique escogió al poeta Manuel Rueda, y centra su atención en el poema *A la luz de las crónicas*. Inmediatamente desgaja las paradojas enclavadas en el propósito del poeta. La luz que esclarece, revela, muestra, desnuda; y las crónicas, imprecisas, borrosas, encriptadas. El poema se abre a una pluralidad de voces, testimonios; la historia es lo que pudo ser, y el poema revela el drama de las visiones opuestas. Y ello nos introduce en una dimensión poco estudiada del poema que la constituye el poema a varias voces. En su libro *Ritual del tiempo y los espacios* (1982), el poeta José Enrique García nos da una muestra aun mayor de la pluralidad de voces del poema. De una estrofa a otra, cambian los personajes. Así en la tercera estrofa del poema “Esencia del jardín”, de pronto la voz se vuelve femenina, y representa a la mujer:

*Y envejezco también y caigo hecha polvo
Y me olvido de mí, de la existencia
Hasta que el retoñar vuelve a tomar vigencia
Cuando las primaveras, cuando las lluvias,
Cuando el amor regresa y anida en el centro del cuerpo*

En la cuarta estrofa irrumpe un tropel de mujeres y de voces:

*El jardín está siempre en nosotras
Permanece en sus esencias primeras
Y crece en las manos que lo riegan
En las íntimas lágrimas de la mañana
En la imaginación y el sueño*

La voz que habla, en el magnífico poema “Fuego en el vientre”, es una mujer, y traduce la experiencia extraordinaria de la maternidad. El poeta reverencia la victoria de la mujer sobre la muerte. Y cuando en un pasaje se refiere a “este ser entre rezos, silencios y asentimientos”, a esa extraordinaria visión de la casa, que son las cuatro paredes, los centros íntimos, el hontanar donde habitó su inocencia; las claves secretas del origen se revelan; proclama un retorno al vientre materno. Son esas las imágenes que lleva dentro de él. Y este retorno no resulta raro en él, ni en la literatura. En el poema narrativo *Yelidá*, Tomás Hernández Franco nos refiere la muerte de Erick, de resultas de unas fiebres palúdicas, del modo siguiente:

*Su alma sin brújula voló para Noruega
Donde todavía le quedaba el recuerdo de un pie de mujer blanca que hacía
frágiles huellas sobre la arena mojada*

En un relato memorable, Jorge Luis Borges se refiere a ese retorno. El narrador del *Aleph* cuenta las reminiscencias de un amor inalcanzable con una mujer llamada Beatriz Elena Viterbo, tras muchas reuniones y recuerdos con Carlos Argentino Daneri, primo de Beatriz. Tras los sufrimientos y las mortificaciones, el narrador es invitado a un descenso a los sótanos de una casa en decadencia, a punto de ser derribada. Es como en D. José Enrique García, un retorno al vientre materno, donde experimentarían todas las visiones del pasado, todos los remezones, todas las tragedias. Es como una caja de Pandora, de donde brotan todos los secretos, cosas siniestras. En los sótanos de la casa Lafinur, el narrador llegará a descubrir, incluso, la escena traumática, en que su padre y su madre lo concibieron en una noche de espasmos amorosos.

La cuarta estación de este peregrinaje poético la representa el poema reflexivo “El ángel destruido”, del inolvidable Franklin Mieses Burgos. Ejercicio de introspección, monólogo interior. Descubre el poeta el lenguaje interior, forjado por un campo semántico de palabras avecindadas por la significación, de un ritmo mental y sintáctico. El poema se transforma en un drama del conocimiento.

La organización de los versos, la disposición de los períodos fonológicos, lo aproximan a las ambiciones del abate Bremond, de Paul Valéry, del costarricense Brenes Messen, todos visionarios de lo que habían llamado la poesía pura. Un poema desgajado de las noticias y sobresaltos del ambiente, naufragado en los estados mentales, en los sentimientos y en los hallazgos, que unen las formas y el sentido.

La última estación de su disertación corresponde al inmenso poeta portugués Fernando Pessoa. El poema es un diálogo con la amada, llamada Lidia. El poema navega en la atmósfera del *Eclesiastés*. Pessoa nos dice en uno de los pasajes de florilegio de D. José Enrique:

*La vida pasa, y no se queda
nada deja, y nunca regresa
va hacia el mar muy lejano*

Y el Qohelet del *Eclesiastés* nos dice en uno de sus pasajes iniciales:

*(...) Todos los ríos caminan al mar, y el mar no se llena;
llegados al sitio adonde caminan, desde allí vuelven a caminar
Todas las cosas cansan y nadie es capaz de explicarlas.
No se sacian los ojos de ver ni se hartan los oídos de oír
Lo que pasó, eso pasará
Lo que sucedió, eso sucederá
Nada hay nuevo bajo el sol*

Hay más de una coincidencia. La gran pregunta que se hace Salomón, en el *Eclesiastés* es cómo el hombre podrá disfrutar bajo el cielo los días contados de su vida. En el poema de Pessoa los amantes contemplan el río, que es la vida. El mismo río en que se bañó Heráclito. Que es siempre otro y está siempre ahí como estamos nosotros. La mujer de ayer no es la misma hoy. O, como dijo Neruda, nosotros los entonces ya no somos los mismos. Somos como el río del poema. Lo que es, lo que seremos y lo que hemos sido. En las últimas estrofas, el poeta evoca la muerte de ambos amantes. Uno de los dos, morirá primero. En esos ámbitos bucólicos, propios de

la pintura flamenca, los dos amantes despegados de las cosas terrenales tienen aire de santidad. Es un poema lleno de incertidumbres, desapego, que encarna el amor platónico. En contraste con otras evocaciones de Lidia en la tradición latina. Horacio, seducido por los amores carnales detesta la decadencia de la mujer, y huye de esta conciliación, apegado fieramente a lo precedero.

*Ya no llaman con golpes tan frecuentes a tus cerradas ventanas
Los jóvenes atrevidos
Amas permanecer quieta en los umbrales
Y oyes menos veces del día este estribillo:
Duermes, Lidia, dejando solo a tu amante
Muy pronto serás vieja, sin atractivos*

El bagaje intelectual de D. José Enrique García nos introduce de lleno en lo universal. Porque universales y fundamentales han sido todos sus maestros.

Horacio escribió estos versos en el siglo VIII a. C., y todavía nos resultan tan frescos como el poema de Pessoa. La poesía es revelación, concierto interior, placer, hallazgo; su exploración transforma nuestra propia existencia en una obra de arte. Quiero concluir mis palabras con una certera reflexión de D. José Enrique García, extraída de la presentación de su antología, confiable, incontrovertible:

Leer un poema cada día es beneficioso para la vida. La mayoría de las personas en el mundo lo hacen al leer un salmo, al decir el Padrenuestro, la oración mayor, al oír una buena canción. La poesía está en nosotros a cada instante, consciente o no, acudimos a las palabras y, con éstas, a la poesía. El beneficio de esta lectura se encuentra en que esas palabras puestas una después de otras, encadenándose, construyendo un ritmo, una realidad fónica y de sentidos, nos proporcionan conocimientos, despiertan nuestra imaginaria, nos conducen por sentidos dormidos de las mismas palabras, nos ayudan a comprendernos, a entender al otro, a uno mismo.

Gracias, al nuevo Académico, D. José Enrique García Rodríguez.

21 de noviembre, 2008.

Perfiles de Rafael Leónidas Trujillo (1891-1961)

TRUJILLO: APROXIMACIÓN AL HOMBRE Y SU TIEMPO,
DE FERNANDO INFANTE

Abundan las publicaciones de documentos y testimonios sobre el período comprendido entre 1930-1961, conocido como la dictadura de Rafael Trujillo. En los últimos veinte años se han revelado los pormenores de los gobiernos del dictador, gracias a la apertura de los archivos de la Presidencia, los archivos del departamento de Estado norteamericano, la correspondencia privada del dictador y de sus familiares, informes de los servicios secretos norteamericanos, testimonios de espías, paniaguados y académicos radicados en los Estados Unidos. Toda esa documentación, aun cuando para muchos resulta incompleta, servirá, sin duda, de ayuda a las tareas bibliográficas. En todo ello, ha sido esencial el esfuerzo llevado a cabo por la Fundación Cultural Dominicana y por el historiador Bernardo Vega.

El Trujillo que conocemos tiene unos cimientos documentales, sin los cuales se tornaría en ficción o fábula. Hay que añadir las monografías de extranjeros que han descrito con excepcional lucidez la dictadura, como *La dictadura de Trujillo* de Lauro Cadepvila, las tesis de doctorado como la escrita por Jesús de Galíndez y añadir, por lo mismo, los testimonios de los hombres que estu-

vieron al lado del dictador y que nos revelan aspectos que de otro modo quedarían en penumbras, por ejemplo, el Trujillo que nos describe Hans Wiese Delgado.

En todos los tratadistas permanece viva la indignación, la prosa vitriólica contra el dictador y la salva de denuestos con lo cual resulta necesario sepultarlo.

Fernando Infante nos retrata un Trujillo totalmente distinto. Sin caer en la alabanza o en las nostalgias de un tiempo sepultado para siempre, tampoco aparece cegado e irracional por la ira o por la indignación. Se trata de un testigo sereno. Tiene Infante más ansiedad de conocer a fondo interpretar algunos momentos históricos que de construirse una proceridad a partir de un antitrujillismo póstumo, y ganarse el aplauso en las voces llenas de ira de las víctimas o de los hijos de las víctimas y de otros, que, sin ser víctimas, reclaman el buen nombre de adversarios de la dictadura. Pero los vivos no podemos sustituir a los muertos. Todas esas perspectivas imponen, según los criterios del propio escritor, espejos deformantes. El testimonio sin insulto; la reflexión sin dicerio; el juicio sin pasión; la idea, en fin, sin los latiguillos y los mandobles que no le puede reconocer ninguna virtud al dictador. Pero que conste: no se trata ni remotamente de una absolución. Nadie pone en duda la naturaleza criminal de muchas de las acciones de Trujillo.

Aquellos que, en su día, pagaron con sus vidas nos imponen un deber de gratitud por la libertad obtenida. Aquellos que cayeron para ponerle punto final a una dictadura de partido único, una sociedad de pensamiento dirigido, en donde la escuela, los medios de comunicación, el Ejército y todas las asociaciones permanecen encastilladas en los linderos de la dictadura, merecen el más alto honor.

Hay una lección que se extrae de todo el examen del período histórico. La dictadura no fue derribada por una insurrección popular, ni por los desafectos que permanecían en el exilio y los muy contados adversarios reconocidos en el país, sino que como ocurre casi siempre las manos que ponen punto final proceden de personas de confianza, de estrechos colaboradores. César cae abatido a manos de Bruto. Trujillo cayó en una emboscada urdida por

sus áulicos, redimidos de sus complicidades por su grandilocuente proeza.

- Los años de formación (1891-1930)
- El inicio de la dictadura (1930-1940)
- Los años de esplendor (1941-1951)
- Éxtasis y agonía (1950-1955)
- La caída (1955-1961)

En una etapa tan prolongada como la que se echa de ver en puntillosas pinceladas en la obra de Fernando Infante resulta imposible hallar el hilo de Ariadna que nos oriente en el vasto laberinto. Por mor de claridad, el autor nos explica con grandes capítulos esclarecedores, que introducen un principio de clasificación y que bien podrían constituir la lumbre de esa etapa de nuestra historia contemporánea.

Importa extraer de cada etapa histórica las enseñanzas que nos deja. El primer gran aspecto que se deduce es la presentación de Trujillo como caudillo, que extermina el caudillismo regional y a las guerrillas montoneras que mantuvieron el país en la inestabilidad y casi siempre al borde de la guerra civil. Con Trujillo comienza el monopolio de la violencia por parte del Gobierno y como expresión de un Estado. La muerte de Desiderio Arias el 20 de junio de 1931 y el asesinato ulterior de Cipriano Bencosme, de Leoncio Blanco, pulverizaron todos los atisbos de las guerras intestinas en que había naufragado la nación.

Pero además el sistema de propaganda que inauguraba el régimen que principia en 1930, presenta a los opositores como subversivos revoltosos, enemigos de la paz pública, el propio dictador reparte la Cartilla Cívica que constituía el nuevo credo de este período en que todo los ideólogos del régimen exaltan la figura del campesino, del trabajador y desdeñan a todos los que pudieran transformarse en conciencia crítica. “Mis mejores amigos son los hombres de trabajo”, había proclamado el dictador.

El otro aspecto que nos traza el autor es el nacimiento del Partido Dominicano. Se trataba de la única institución política autori-

zada para intervenir en la vida pública. Con ello quedaba sepultado definitivamente el pluralismo político. Trujillo utilizó los métodos de otras dictaduras. Mussolini, en Italia, Hitler, en Alemania y Stalin, en la Unión Soviética instauraron dictaduras de partido único y destruyeron los vestigios de oposición a sus regímenes. Compartía además otros rasgos con esas dictaduras: el culto a la personalidad, la adulonería de todo el país, la erección de estatuas ecuestres, la reescritura de la historia, el cambio de nombre de las ciudades y las calles, el catecismo permanente en torno a la continuidad del régimen y la servidumbre de los intelectuales.

Aquellos seguidores de Horacio Vázquez que habían proclamado el afamado “No puede ser” para declarar su indignación ante las aprensiones de aquel militar ambicioso y sin escrúpulos que obraba tras las bambalinas del viejo y enfermo caudillo, fueron los precursores, ¡ay!, de la política de la consigna de “reelección sin elección”.

Trujillo era un histrión. Narcisista, megalómano; las fotografías nos ponen delante las circunstancias de sus muchas imágenes. Trujillo posando para sus estatuas y para un mármol precedero; Trujillo en los grandes desfiles y vestido de prócer, Trujillo con el bicornio de plumas y con el traje de generalísimo; Trujillo vestido de oficial de la SS nazi; Trujillo en chaqué y acompañando en el hidropuerto a Eleanor Roosevelt; Trujillo con el traje de luces de generalísimo portando todas las condecoraciones en la pechera, la banda presidencial y el bicornio de plumas. Trujillo vestido de caporal, con fusta y enfundado en el uniforme de la Guardia Nacional; Trujillo el día de su boda con Bienvenida Ricardo en 1925, Trujillo con las galas de almirante de la Marina de Guerra; Trujillo vestido de gran señor flanqueado por sus flamantes secretarios en Washington; Trujillo en las medallas, en los periódicos, en los anuncios de radio y de televisión y en los desfiles a que se obligaba asistir a todo el pueblo. Toda esa iconografía obra como telón de fondo a esta breve y concisa obra, primorosamente editada por la editorial que dirige Orlando Inoa.

En el esplendor de su poder, muchos gobiernos democráticos lo condecoraron. En resumidas cuentas, unas ciento cincuenta

distinciones honoríficas, utilizadas como instrumento de propaganda y exaltación de esa etapa de la vida dominicana. Todos esos hechos dan cuenta que la dictadura contaba con cierta impunidad internacional. Más que los esfuerzos del exilio, son los propios crímenes de la dictadura más allá de sus fronteras que resquebrajan definitivamente ante los ojos de la comunidad internacional, y los que concitan el respaldo de las democracias del Hemisferio en un conciliábulo de fuerza que debió desaparecer luego de la Gran Guerra. Cabe preguntarse entonces, ¿dónde estaba la conciencia democrática cuando estos crímenes se cometían? ¿Qué hacían los defensores de los derechos y la libertad cuando en Santo Domingo se torturaba, se asesinaba, se espiaba a las personas y todo el territorio nacional se había convertido en una formidable cárcel?

Las dictaduras suelen tener la complicidad de aquellos que son invitados al banquete de los tiranos o son asalariados internacionales del dictador. O de aquellos que en nombre de una supuesta eficacia que ponga fin a los sufrimientos del pueblo luchaban para suplantarse la dictadura de Trujillo por otra dictadura. Con o sin respaldo del pueblo. En fin, del paraíso que llevan en sus cabezas fantasiosas. De esos hay muchos que ahora hacen las veces de profesores de democracia. Como siempre, la Iglesia en manos de Lutero.

El otro aspecto que trata sosegadamente Infante fue la obra de Gobierno de Trujillo, la idea transmitida por los historiadores que además son sus jueces marciales parte de la tesis de que la dictadura empobrecía año tras año al pueblo dominicano. Cuando se comparan los presupuestos de 1930 y el final en 1961, se nota en primer lugar un incremento de la riqueza nacional sin parangón con etapas pretéritas. En esas tres décadas se fundaron los principales ministerios, se implantó un vasto emporio de empresas del Estado y otras del dictador; crecieron las exportaciones de azúcar, se creó el Banco de Reservas, el Banco Central, la moneda nacional, los principales cuerpos del ejército, las obras básicas de comunicación, surgió el alumbrado eléctrico nacional, el teléfono internacional y la televisión. Todos esos logros que sus enjuiciadores le regatean,

no justifican, sin embargo, la supresión de la libertad de asociación, del pluralismo político y la implantación de una sociedad oprimida.

Muchos han creído que la sociedad ideal consiste en implantar un régimen que establezca el pleno empleo, un sistema de salud aceptable, el acceso a la alimentación, la educación gratuita y obligatoria para toda la población y que a cambio de esos beneficios de una supuesta igualdad se supriman todas las libertades, se cree un sistema de defensa de la dictadura manzana por manzana y que la población aplauda y refrende un sistema carcelario y una sociedad de pensamiento dirigido.

Todas esas tentaciones que aparecen copiosamente evocadas en la Granja de animales de George Orwell nos muestran con creces que el único antídoto contra la seducción que ejercen en la mentalidad las dictaduras es una actitud vigilante, democrática. El pueblo dominicano, que había padecido una de las dictaduras más complejas que se conocen, supo en carne propia que el origen de las dictaduras suele ser la desmoralización de la sociedad, la pérdida y el desprecio de todas las reglas institucionales, con ello se abre paso a la llegada del partido único. De ahí se instaura un grupo que se beneficia y se apoya en la crisis social para perpetuarse en el poder como una cáfila de iluminados y redentores. Y, posteriormente, se llega a la justificación de la supresión de las reglas democráticas.

El partido gobierna en nombre del pueblo. El comité central o presidium gobierna al partido. La corte del caudillo o buró político gobierna al presidium. Y, finalmente, todos se pliegan ante la voluntad del Caudillo, Jefe, Guía o timonel que actúa con la fuerza de un semidiós. Los resultados de esas expresiones suelen ser siempre catastróficos. Es una lección que aprendemos leyendo esa obra de Fernando Infante. Que no debemos echarla en saco roto ni olvidarla. Porque, como decía el gran Goya, “el sueño de la razón, engendra monstruos”.

Revista *Isla Abierta, Hoy*,
10 de noviembre de 2002.

TRUJILLO DE CERCA, DE MARIO READ VITTINI

Ningún período histórico ha marcado tan hondamente a los dominicanos como la Era de Trujillo. Aun cuando el esfuerzo que se ha emprendido es verdaderamente monumental. Se han dado a la estampa prolifas monografías sobre la etapa histórica; montañas de documentos de archivos extranjeros y nacionales; testimonios sobre expediciones guerrilleras y sobre el padecimiento de los mártires. La insaciable curiosidad sobre ese pasado ejemplar alcanza incluso a los escritores. Se han dado a conocer novelas, biografías, y todavía nos parece que una gran porción del conocimiento y del desmenuzamiento de esa etapa importantísima de la vida nacional ha quedado en penumbras.

En definitiva, a pesar de la montaña de libros y documentos que se han publicado sobre la Era, todavía el enigma de Trujillo no ha sido despejado; permanece naufragado en un laberinto de noticias. Sus pormenores han sido explicados, en muchos casos, con ideas abstractas y fórmulas vacías.

Trujillo de cerca, de D. Mario Read Vittini, despeja muchas de las incógnitas que se han barajado sobre la personalidad del Generalísimo Rafael Trujillo, el hombre que, junto a Joaquín Balaguer, ha implantado completamente su predominio en todo el siglo XX dominicano.

¿Quién era este hombre?

Trujillo encabezó un régimen totalitario, controló como un monarca absoluto la economía del país. Se entronizó como Jefe total del Ejército. Implantó su predominio en todos los medios de comunicación: periódicos, radios, publicaciones. Logró atraer a su redil a todos los intelectuales, y acabó sometiendo a todas las instituciones: Universidad, gremios, sindicatos, asociaciones, a su dominio dogmático, sin desfallecimientos ni fisuras. Logró, pues, plantar las tramoyas de una dominación económica, ideológica y militar.

Para penetrar en ese antro de Trofonio, que era la compleja personalidad de Trujillo, el autor nos relata la vorágine de hechos que compendia sus memorias de ese período histórico. Reflexiona; describe las actitudes; escudriña los acontecimientos de *visu et auditas*; y halla, justo es reconocerlo, la clave de la bóveda.

Deliberadamente el autor ha dejado en suspenso sus opiniones y las remontranzas que puedan hacerse al régimen encabezado por Trujillo. No se ha dejado distraer por episodios deslumbrantes ni por el espectáculo desolador de escenas que dejaron eclipsadas, en vista de su gran dramatismo, grandes porciones de esa etapa histórica. Estamos ante un testigo ejemplar. D. Mario Read Vittini fue llamado por Trujillo para ser Agente Cultural Fronterizo, fue Primer Vicepresidente y Secretario General de la Junta Directiva del Partido Dominicano y Presidente interino en dos ocasiones, Cónsul y Primer Secretario de la Embajada dominicana en España, Procurador Fiscal de San Cristóbal y diputado. El testigo pertenecía a una de las familias linajudas de San Cristóbal, villa natal del dictador, donde su abuelo llegó a ser gerente del Royal Bank, como luego lo sería su padre, D. Francisco Read Franco. Ambos habían trabado amistad con el dictador, mucho antes de que se hubiese enseñoreado en la vida nacional, y esas relaciones heredadas de su familia le franquearon rápidamente las puertas del régimen, cuando se recibió de abogado en 1948. Y lo hicieron entrar directamente en el propileo sacro de su privanza.

El autor no sólo nos hace el perfil de Trujillo, sino además el retrato de hombres influyentes en la historia reciente como D. Modesto Díaz Quezada. En 1924, Modesto Díaz organizaba en San Cristóbal el primer grupo partidario del Mayor Trujillo, el conato de lo que luego sería el Partido Dominicano. Era carismático, conciliador, discreto, decente, leal en la amistad. Y como todos los hombres de su generación, había zozobrado en el pesimismo, generado por una sociedad empobrecida y desgarrada por los caciques provinciales, que nos hizo vivir indefinidamente en una etapa de incertidumbre y anarquía. Ante los ojos deslumbrados de sus amigos, Trujillo aparecía como un caudillo redentor, que arrastraría

a las masas delirantes a las transformaciones sociales soñadas. Así lo creyeron Díaz Quezada, D. José Pimentel Boves, Rafael Vidal Torres, Miguel Berroa, Julio Ibarra y el padre del autor Paco Read. Sin saberlo, ellos habían ayudado a construir un régimen totalitario. Una sociedad de partido único, de pensamiento dirigido, sin libertad de expresión, sin libertad de asociación y transformada por la omnipotencia del aparato policial en una inmensa cárcel.

En más de una ocasión, Trujillo había proclamado *¡Qué tomen nota los que hayan de escribir la historia!* Y esas declaraciones hechas en fiestas y en reuniones hicieron que Read Vittini contrajese el compromiso de escribir esta obra. Pero debía dejar que los recuerdos no se contaminaran con las amarguras padecidas, y que se hallasen emancipados del odio germinado en la opresión y en la riesgosa operación de asilarse en la Embajada de Brasil, circunstancia que estuvo a punto de costarle la vida.

El Trujillo anterior al advenimiento al poder en 1930 era parrandero, buen nadador, jinete experto, mujeriego cabal, amante de las fiestas, con una portentosa capacidad para la intriga; atildado como un dandy; llegó a perfeccionar sus artes de hombre de mundo, ayudado por Porfirio Dominici, José Antonio Bonilla, Leonte Vásquez Gautier. Era, además, un hombre disciplinado, con un imponente don de mando, con una descomunal capacidad de trabajo. Sus aduladores le crearon un pasado oficial, desconectado de la realidad. Así, su bisabuela, Diyeta Chevalier, hija de un prominente oficial del Ejército haitiano, llegado en la invasión de Jean Pierre Boyer en 1822, aparecía blasonada por la prosapia de los Borbones, la Casa Real Francesa, y su abuelo español José Trujillo Monagas, Jefe de la Policía de La Habana, aparecía hermanado con la rancia nobleza española.

Trujillo no daba crédito a estas mitologías y a estos honores postizos.

El hombre que vemos llegar al poder no es el déspota irracional, iletrado y brutal que nos pintan sus más encarnizados enemigos históricos, sino un hombre con una extraordinaria disposición para desentrañar las circunstancias que vivía. Toda su vida fue, desde el

comienzo hasta el final, una magistral actuación teatral, calculada en toda su menudencia. Tenía una asombrosa maestría para la simulación. Sus magníficos trajes militares su atuendo elegante, su bicornio de plumas, su corte de áulicos, sus apariciones en medio de desfiles, revistas, paseos tenían un aura legendaria. Sus entradas en escena eran precedidas de la irrupción de las impresionantes caballerías y del redoble de tambores de las bandas de música; su afición por las medallas, por las condecoraciones, por los títulos, por los discursos ditirámicos, convirtieron su ejercicio de poder en un perpetuo ensalzamiento adulatorio. Se hizo adorar como un semidiós. Como los monarcas absolutos. Designó con su nombre y el de sus familiares las ciudades, calles y avenidas; llenó los pueblos de sus estatuas gigantescas y de sus bustos y retratos imponentes; convirtió el merengue, la música nacional, en un retablo de sus proezas. Llegó incluso a encajarse en los escondrijos de la mentalidad popular, representada hasta en las menudencias del folclore. Cuenta Balaguer, que cuando era Secretario de Educación, visitó hogares en los más alejados rincones del país, en donde llegó a ver, junto a una foto infaltable de Trujillo, un cirio encendido. Se le veneraba como a un santo. Circunstancia que atestigua de la profunda penetración de la propaganda trujillista.

Desde que penetró en el falansterio de Trujillo, cuando fue nombrado Agente Cultural Fronterizo, D. Mario Read, pudo percatarse de la circunstancia vivida por una buena porción de los hombres de su generación. En vista de que los empleos públicos eran la única fuente de autoridad, prestigio y el único modo de supervivencia económica, se propagaba en aquellos medios cerrados una lucha sorda, primitiva, como si fuesen fieras, por el nombramiento en los cargos públicos. El ejercicio de la política aparecía completamente despojado de teorías ficticias y consideraciones morales. Eran verdaderas contiendas de gladiadores, que trataban de asestarse la estocada final. El autor cuenta que durante las noches sólo se oía el teclear de las maquinillas en las que se elaboraban las mostrencas conjuras para hacer destituir a alguien, para hundir a zutano o a mengano o perencejo, mediante el chisme zafio, la nota anónima y los pasquines. De ese mundo funambulesco, cuajado de emboscadas, extrajo D. Mario Read Vittini

grandes experiencias que desmenuza copiosamente en sus reflexiones. En la Era se caía en desgracia, y se pasaba del primer círculo al olvido, y se podía remontar lenta y pacientemente, tal como lo hicieron en varias circunstancias los validos D. Virgilio Álvarez Pina y D. Paíno Pichardo.

Trujillo llegó a ser un caso impresionante. Era un hombre, a la vez, diabólico y fascinante.

El ensayista proclama *urbi et orbi* que Trujillo es el verdadero creador del Estado dominicano. Durante el tiempo de su predominio, la vida dominicana cambió radicalmente. Se construyeron grandes infraestructuras, puentes, carreteras, comunicaciones, casas, canales de riego, hospitales, dispensarios médicos; se desecaron las ciénagas; se sanearon las campos; fueron conjuradas las principales enfermedades que diezaban a la población; se impusieron los hábitos de trabajo, que se habían perdido de resultas de las enfermedades, del hambre y de los largos períodos de inactividad laboral; se intensificaron las exportaciones de café, cacao y azúcar; se multiplicó la producción de alimentos; todo el país se transformó en una vasta plantación agrícola, que incluía, desde luego, el hato inmenso que fue la hacienda Fundación; se rompieron los círculos cerrados de la llamada gente de primera y gente de segunda; se desarrolló el acceso gratuito a la educación elemental y universitaria, construyendo escuelas en todas las provincias del país. De este modo, se produjo una integración de las provincias del país, que el aislamiento había hecho naufragar en tiranteces regionales; surgió una nueva clase de profesionales y de personas que mediante el esfuerzo, el trabajo y el mérito lograron franquear las limitaciones sociales que les imponía el medio social cerrado como las castas hindúes. Se transformó la fisonomía social del país; las leyes laborales del Código Trujillo; la ley del voto y la igualdad jurídica de la mujer, la creación de la moneda nacional, la liberación de las aduanas del control estadounidense, y el desarrollo de la cultura y la instrucción escolar, de las bellas artes y de la literatura y de las competencias deportivas, superando todas las etapas anteriores, generaron una actitud optimista que

había penetrado por los canales del Estado a toda la población. Trujillo impuso la obligación de honrar la bandera, el himno, los padres de la Patria, las fiestas nacionales, y así logró echar raíces un sentimiento de pertenencia a la nación que, *velis nolis*, le ha dado configuración al verdadero patriotismo.

El régimen tenía en contraste una cara sombría. Trujillo implantó un sistema represivo y una maquinaria criminal que franqueaba incluso las fronteras del país; estableció campos de trabajos forzados, que, en principio, se fraguaron para la aplicación de la Ley contra la Vagancia, pero luego se convirtieron en campos de esclavos, donde no se pagaba salario y se obligaba a tareas extenuantes a las personas apesadas. El conocimiento de los entresijos del régimen convirtió paulatinamente a D. Mario Read Vittini en un opositor sordo y enconado. Los acontecimientos de los que era testigo ocular le fueron revelando una cara criminal del régimen. Trujillo gobernaba mediante el terror psicológico, y tras la muerte de un descendiente de Martínez Reyna, de cuyo final trágico pudo ser testigo ocular, se enroló en el servicio diplomático para mantenerse alejado de esas circunstancias asfixiantes. Después del fracaso de las expediciones guerrilleras de 1947, abortada en el Cayo Confites, y tras la inmola-ción de los expedicionarios de Luperón en 1949, se fue creando un sentimiento de oposición al régimen, manifiesto en diversas actitudes contrarias, hasta que finalmente se organiza como uno de los cabecillas del Movimiento 14 de Junio, convirtiéndose en uno de los valedores de Manolo Tavárez Justo, su condiscípulo de la facultad de derecho, y de Luis Rafael Gómez. Desilusionados y frustrados, por el fracaso de la expedición de 1959, los jóvenes complotados idearon algunas operaciones descabelladas, que de haberse realizado hubiesen conducido a una hecatombe de todo el grupo. Tras una reunión de la mayoría de los miembros del 14 de Junio en la finca de Charles Bogaert, todos fueron a dar con sus huesos en la cárcel, salvo aquellos que no asistieron a ese cónclave. Poco después su compañero de bufete, el Dr. Andrés Blanco Fernández, fue detenido. Y, llegado a este punto, Mario Read se daba perfecta cuenta que los esbirros ya le estaban pisando los talones. Prepararon, entonces, un espectacular

asilo en la Embajada de Brasil, con los miembros del grupo que no habían sido capturados.

El relato de esa operación tiene el sabor de un *thriller*. Cada una de las escenas es descrita, sin ahorrarle los horrores que producía el oprobioso régimen, que, en aquellas fechas, hacia 1960, había entrado en una fase terminal. Hubo episodios de verdadero heroísmo. Ni Manolo Tavárez ni Luis Rafael Gómez sucumbieron a las torturas y a las amenazas de fusilamiento. El autor confiesa su deuda de gratitud con esos hombres. A ellos, a esos hombres de valor espartano y de enorme entereza, les debe la vida. Si Manolo no hubiese aguantado como un auténtico héroe, todos los miembros del grupo hubieran sido arrasados. De allí nació la determinación de asilarse en la Embajada de Brasil. No era una faena fácil. Los últimos asilados en la Embajada de Venezuela permanecieron por dos años en el país. Trujillo era un negociador marrullero y astuto. Se desligó del Tratado de asilo diplomático; y negó, amparado en esa providencia legal, la expedición de salvoconducto para los 17 asilados en la Embajada. Para salir del país los asilados debían salir de la Embajada, sin ninguna garantía, a procurar un pasaporte ordinario en la Cancillería. Si la toma de la Embajada fue una auténtica proeza; salir de ella a buscar los pasaportes fue una odisea, que no naufragó en un baño de sangre, porque el mundo estaba pendiente de lo que acontecía con los asilados, que habían penetrado en la Embajada el mismo día en que Dwig Eisenhower llegaba al Brasil en visita oficial. Otros intentaron repetir la hazaña y pagaron con sus vidas.

La Era de Trujillo puede considerarse dividida en tres períodos. En el primero impera cabalmente su voluntad emprendedora. Nos hallamos ante el empresario que implantó los cimientos de la prosperidad nacional. En el segundo se echa de ver el temperamento completamente bipolar del gobernante, nos topamos con un Trujillo regañón, irascible, desconectado de la realidad, completamente entregado a las fantasiosas conjuras criminales de Johnny Abbas, superviviente de su propia decadencia, la edad de oro del régimen había concluido tras el fin de fiesta de la Feria

de la Paz, en 1956. Y así llegamos al último tramo. Son los años duros. Años de conspiración y de conjura, cuando la maquinaria de muerte montada en el Servicio de Inteligencia Militar, en las casas de tortura del 9 y la 40, alcanzaron los máximos horrores. El régimen, acorralado, cometió un oropel de crímenes escandalosos; se atentó contra la vida del Presidente venezolano Rómulo Betancourt, contra la vida del Presidente de Costa Rica, José Figueres; el régimen entró en capilla ardiente; fueron inmoladas las hermanas Mirabal y el chofer Rufino de la Cruz. A Trujillo se le agotó la parábola; perdió el rumbo político; ya no sabía adónde iba, y, desde luego, no llegaría a ninguna parte. D. Mario describe las palabras admonitorias de Modesto Díaz, uno de los artífices de la Era, y uno de sus sepultureros. *Yo contribuí a crear este monstruo, y ahora debo contribuir a destruirlo.* Era, ésa, la opinión que orientaba a los hombres del 30 de mayo, que se desligaron completamente del hombre al que habían servido, para ponerle punto final a una de las dictaduras más crueles que se hayan padecido en América.

Trujillo de cerca es una obra extraordinaria. Se lee desde la primera hasta la última página con la respiración contenida. El estilo ilumina los retablos con una prosa vaporosa y amena. En esos cuadros que nos trazan un perfil biográfico de Trujillo se nos muestran, como un símbolo imponente, los fragmentos dispersos de la gran novela sobre la Era, la que ningún escritor ha escrito todavía. De este modo, se nos echa de ver la entrada de Trujillo en la Catedral de San Cristóbal, tras una noche de juergas. Llevaba el esmoquin de la noche anterior, y entró, tambaleante, acompañado por doña María, y trató de recibir la santa hostia, que le fue negada por el valiente padre Marcos. Tras el aparente desaire, Trujillo comenzó a predicar desde el púlpito, hasta que finalmente cedió a los tirones que desde hacía mucho tiempo le hacía doña María al faldón de la levita, y salió, con la misma solemnidad con la que entró, a las calles soleadas de San Cristóbal. Si estos retablos nos seducen por el carácter surrealista, en otros, se impone la prosa picaresca como acaece con el descubrimiento de los hurtos de Pipí Pérez, un sainete jocoso, si no tuviese un trasfondo de tragedia. O las muestras

preponderantes del esperpento valleinclanesco, como en el relato que se le atribuye al propio Trujillo, de su primera visita a Haití, tras la matanza del 1937. O la celebración del 28 cumpleaños de Ramfis, en la casa de las caobas, un cuadro de tragedia griega, en la que Trujillo juzga que su régimen no podrá sobrevivirle por la incapacidad de Ramfis. Es, en esos pasajes, en los que se visualiza, como en un friso antiguo, el verdadero rostro de la Era de Trujillo.

20 de julio, 2007

Prólogo a la obra *Trujillo de cerca*.

MALFINÍ, EXAMEN DEL MAGNICIDIO DE TRUJILLO,
DE JOSÉ MIGUEL SOTO JIMÉNEZ

Cada vez que se examina un aspecto de la Era de Trujillo, ya sea sus orígenes, algún retablo de su largo ejercicio del poder o las menudencias de su trágico final, naufragamos en polémicas y en querellas entre los diferentes grupos que obran en la palestra pública. En esa montaña de discrepancias y pareceres, habría que hacer un deslinde.

Por un lado, tenemos la historia que sobrevive a duras penas, y que en una gran proporción permanece en penumbras. Porque el esfuerzo mayor se emplea en idealizar personajes, fabricar reputaciones y heroísmos e imponer un pasado oficial.

Y, por otro, se halla la memoria. Es decir, lo que fulano o Zutano recuerda. El testimonio de perencejo, las obsesiones de Zutanejo. Relato de memoria. Es decir, lo que nos han contado. La memoria no se interesa por la verdad histórica. Su objetivo son las conmemoraciones, las celebraciones, la exaltación y quizá hacer coincidir sus recuerdos con el ideal que se quiere exaltar. La memoria glorifica. Las fundaciones relacionadas con la memoria, y vaya si hay fundaciones, centra su interés en los rituales, más que en el conocimiento de la historiografía.

El 50% de la historiografía lo constituyen los documentos y los hechos. Y el otro 50% queda compendiado por la interpretación de esos hechos. El historiador es un servidor de los hechos; el memorialista, sirve los ideales que ha adoptado. La verdad, en ambos casos, está sujeta a controversias. La búsqueda de los hechos se convierte en un relato y ese relato es una construcción subjetiva de los hechos. Influida por los hechos que selecciona, con la trabazón de lo que va presentando y afecta, desde luego, la interpretación.

Ese pasado se convierte en un conflicto cuando se confrontan las memorias de uno y otro bando, como acaece con las publicaciones

de algunas versiones que no han sido legitimadas por lo que sería *políticamente correcto*. Por ejemplo, el libro de Hans Wiese Delgado, *Trujillo odiado por muchos, amado por pocos y temido por todos*. O por el libro publicado por Ramón Saviñón. Y, desde luego, por el libro estampados con la firma de Aida Trujillo, *A la sombra de mi abuelo*, premio nacional de novela 2009 y por el relato dado a conocer por Ángela Trujillo, *Trujillo, mi padre* (2010) que ha suscitado una avalancha de querellas y controversias, y que ha convocado incluso a la Justicia. Porque ya hay incoada en los tribunales dominicanos una querrela contra Ángela Trujillo por difamación e injuria en contra de personas fallecidas. La Justicia persigue una culpa, un delito. Esa es la mirada que proyecta la memoria. Convierte la historia en un tribunal. *Malfini*, la última obra dada a la estampa penetra desde la primera hasta la última página en el santasancórum de lo que constituye la historia del magnicidio del 30 de mayo de 1961.

¿Cuál es la perspectiva que añade José Miguel Soto en esta obra ejemplar?

1. La investigación pericial de las armas empleadas en la organización del homicidio, la trayectoria de los tiros, es decir, el examen de balística, el emplazamiento territorial en donde se produjo el hecho, el examen de los automóviles de los conjurados y de la víctima, las apostillas de los médicos que aplicaron los procedimientos de preservación del cadáver (los doctores Abel González, Juan Francisco Ricardo, José Sobá y Ramón Bergés), las distancias recorridas por cada uno de los vehículos que participaron en la noche de autos, las generales de cada uno de los conjurados y la descripción del acontecimiento, que hemos llamado magnicidio, aun cuando muchos suelen emplear el nombre de ajusticiamiento. Lo extraño es que esas personas que emplean el término ajusticiamiento no se han declarado partidarios de la pena de muerte. En cualquier caso, el acontecimiento que pone punto final a la dictadura no fue el producto de una pena dictada por una deliberación judicial, sino un asesinato, de una persona consideraba nociva a la so-

ciudad. El autor nos lleva a la consideración de una robinsonada. Es decir, una réplica narrativa de los acontecimientos en toda su magnitud, que podría resumirse como sigue:

A eso de las 7 y 50, Antonio de la Maza se entera de que Trujillo irá a su casa de La Caoba en San Cristóbal por una llamada del teniente Amado García Guerrero. Inmediatamente convoca a cada uno de los conjurados. Tres vehículos, llevando los nueve conjurados. Tras una breve visita a casa de Ángela Trujillo, el generalísimo sale de la Estancia Radhamés a las 9:50. A las 10 y 5, tras el paso del automóvil del Generalísimo, el primer vehículo en el que iban Antonio Imbert Barreras, Salvador Estrella Sadbalá, Antonio de la Maza y Amado García Guerrero, comienza la persecución. En comandita con el segundo vehículo se proponen hacerle una pinza al automóvil conducido por Zacarías de la Cruz. Antonio de la Maza dispara con una escopeta de cañón recortado, y la ráfaga impacta en el asiento trasero en las espaldas del Generalísimo. Zacarías de la Cruz trata de devolverse, pero no lo logra. Al acoso se une el automóvil conducido por Huáscar Tejeda. Lo que siguió después fue una refriega. Zacarías, el chofer, blindado por las puertas fornidas del Chevrolet, tomó su ametralladora, y resistió el cerco, durante unos pocos minutos. Trujillo hizo algunos disparos, y tras la llegada de Pedro Livio Cedeño, pensó, erróneamente que habían llegado refuerzos y salió a disparar. Antonio de la Maza y Amado García Guerrero dispararon varias veces al cuerpo de Trujillo. Zacarías vio caer de bruces a su Jefe, y continuó disparando, logró agotar las municiones de dos ametralladoras. Cuando se vio sin municiones echó mano de la ametralladora Thompson que llevaba en el asiento trasero, y sin lograr disparar más fue alcanzado por los tiros de Amado García Guerrero y Antonio de la Maza, quienes lo dieron por muerto.

El acontecimiento duró unos 15 minutos. En esos quince minutos cambió radicalmente la historia de la República Dominicana. Trujillo no era un sistema, ni era una ideología, su régimen era personal, y nadie podía ambicionar sustituirlo. Los conjurados del 30 de mayo no mataron a un viejito, como po-

dría deducirse de una observación descontextualizada de los hechos; mataron a una dictadura. Era una inmensa proeza, que logró en sólo 15 minutos de gloria, la hazaña que no pudieron acometer la guerrilla de Luperón de 1949, la expedición de Constanza, Maimón y Estero de 1959 ni la conspiración de los sargentos. Muchos de los proyectos de magnicidio que quedaron en sordina, solapados por el terror. Con esta indagación meticulosa de José Miguel Soto Jiménez, aderezada de abundantes notas explicativas, llegamos al terrero estricto de la historiografía. Las memorias engañosas, selectivas y a veces traicioneras han echado al ruedo especulaciones que han sido despejadas por la investigación que ahora se da a la estampa. Y este es uno de los grandes méritos de este libro. El haberse valido de técnicas de investigación que sepultasen las enmarañadas lucubraciones, fundadas en la memoria.

2. El análisis de los interrogatorios de los implicados, de las coincidencias y la confrontación con el teatro de los hechos, lleva al autor a una conclusión extraordinaria, y que quizá sorprenda a muchos. La verdad siempre estuvo al alcance de nuestros ojos, como la rosa roja del cuento de Oscar Wilde. O como aquella carta robada, que, tras haber hurgado hasta en los intersticios de baldosas, Dupin, el investigador elogiado por Edgar Allan Poe, descubre sostenida por una chincheta, al alcance de todos. Los testimonios de los conjurados encajan perfectamente; todos conocían al dedillo el precio de la proeza, y sabían que le hablaban al porvenir.
3. En torno a esta historia descrita en toda su menudencia, hay otros hechos que conectan directamente con el magnicidio. El 6 de abril de 1.961, el Mayor General Héctor B. Trujillo festejaba su cumpleaños en su finca de Engombe, y allá le llevó Johnny Abbes una lista con los nombres de los conjurados, en la que Pupo Román era cabecilla. La lista fue desestimada. Cuando se examina la urdimbre de la conspiración quedan interconectadas diversas y variopintas fuentes que demuestran que los conjurados pudieron obrar,

protegidos por el burladero, de sus profundas conexiones con el régimen.

4. El magnicidio del 30 de mayo mantiene extrañas coincidencias con el magnicidio del 26 de julio de 1899; el Presidente Heu-reaux llegaba en el vapor Restauración a Sánchez y allí recibió notillas de la conspiración, y nada hizo para detenerla. Es probable que esas certidumbres ilustren la psicología de ambos hombres. Ambos ejercieron la dictadura de un modo brutal. Trujillo sentía una enorme admiración por el dictador Ulises Heureaux, de quien heredó el bicornio emplumado de los embajadores decimonónicos, el traje de las academias reales, la pasión por el boato y la glorificación y el estilo teatral de convertir sus desplazamientos en un espectáculo, y quizá la misma indiferencia ante la muerte.

Han pasado cuarenta y nueve años de este acontecimiento. Se han escrito montañas de páginas, testimonios, documentos, libros, cartas. Y Trujillo sigue siendo una referencia bibliográfica que supera a los patricios e incluso se impone a los más diversos intereses. Qué extraña fascinación ejerce este hombre en generaciones de los padres de los hijos y de los nietos de lo que vivieron esa dictadura.

Esos 15 minutos que cambiaron la faz del país, al parecer, ocurrieron ayer. No podemos desprendernos de este acontecimiento y la curiosidad permanece insaciable. Esta obra completamente necesaria de José Miguel Soto Jiménez nos ayudará, con sus lumbres definitivas, a exorcizar el fantasma que permanece entre nosotros, irremediablemente.

14 de agosto, 2010.

Una biografía de Juan Pablo Duarte (1813-1876)

LA BIOGRAFÍA

He tenido el inmenso privilegio de leer *avant la lettre* la biografía de Juan Pablo Duarte escrita por el historiador Orlando Inoa. Por primera vez, nos tropezamos con una auténtica investigación. Duarte se había convertido en otros ensayos biográficos en una creación novelesca. El autor espulgó en una documentación abrumadora: cartas, testimonios de testigos, diarios, comentarios de historiadores, manuales y, desde luego, examinó escrupulosamente todos los ensayos biográficos anteriores: el de Pedro Troncoso Sánchez, el de Joaquín Balaguer; las apostillas de D. Américo Lugo, Rufino Martínez, Carlos Sánchez y Sánchez, Fernando Arturo de Meriño, y nos ha dado a la estampa una obra ejemplar; la biografía que permiten elaborar los documentos, alejada de las especulaciones infundadas y de la imaginación hiperbólica de los mitómanos.

Juan Pablo Duarte (1813-1876) es el más importante de los dominicanos. Su vida henchida de sacrificio, proezas y sufrimientos indecibles sólo pueda explicarse a la luz de su inmenso amor a la patria. Tras examinar todas las menudencias de su existencia, nos damos cuenta de que la comparación con el Cristo, el santo y seña de la pureza, encaja perfectamente en su existencia. Como Cristo, Duarte fue traicionado profusamente por todos sus compañeros, especialmente por Los Trinitarios; como Cristo, se invoca hoy su nombre para traicionar sus propósitos de emancipar al pueblo

dominicano de la influencia haitiana, predominante en su niñez y baluarte de lucha de toda su generación.

Sobre su formación intelectual se ha derramado mucha tinta. Que había hecho estudios en Europa. Que era abogado, etcétera. Todas esas leyendas se desvanecen ante el examen de la documentación. Duarte vivió el naufragio de la cultura dominicana, de resultas de la dominación haitiana (1822-1844). La dictadura de Boyer cerró la Universidad de Santo Tomás de Aquino y todos los centros de enseñanza; prohibió la enseñanza de la lengua española y su empleo en todos los actos públicos (Véanse las circulares del 14/11/1824, y 27/8/1838, Col. Pradine). Su política oscurantista de cerrar los institutos de enseñanza también la aplicó en Haití, como lo explica cabalmente el investigador haitiano Edner Brutus en *L'instruction publique en Haiti*. Su formación fue llevada a cabo por los mentores de sus años mozos: el insigne cura Gaspar Hernández, el doctor Manuel Aybar, el médico Manuel María Valverde y el notable Juan Vicente Moscoso, llamado, por más señas, el Sócrates dominicano. Se sabe que llegó a ser venerable de la logia masónica; que su instrucción militar le llevó al grado de capitán en 1843, y que entre sus papeles se descubre que era un poeta en agraz. Su obra poética es una extensión de sus ideales.

Desde antes de la proclamación de la independencia, el 27 de febrero de 1844, Duarte se había convertido en dinamo de las Junta Populares, avanzadilla dominicana del Golpe de Estado contra Boyer, había demostrado sagacidad política para obrar en comandita con los conjurados de Praslin, y echar por tierra la dictadura. La entereza patriótica para hacer el distinguo de los verdaderos intereses del pueblo dominicano que era, en rigor, libertarse de la dominación haitiana, de tan nefasta recordación. En esos años de preparación de la Independencia está el meollo de toda su obra patriótica. Inoa nos muestra la gran aportación de Duarte, la indispensable organización de todo el proceso de Independencia.

La guerra dominico-haitiana (1844-1856) se libraría en todos los frentes:

- En el político, porque los haitianos nos hacían la guerra psicológica, tratando de incrustar entre los dominicanos los odios raciales que habían despedazado la vida haitiana. ¡No lo lograron! Como bien subraya el insigne D. Vetilio Alfau, Duarte concibió la teoría de la unidad de las razas y pudo proclamar que dominicano es más que negro, más que mulato y más que blanco, que nuestra independencia se fundamenta en raíces culturales. La lengua, la religión, las costumbres, las tradiciones, la historia... Todo eso nos une al resto de la América hispana de la que somos una porción importantísima. Y todo eso queda notoriamente plasmado en el manojito de pensamientos que nos dejó como legado.
- En el aspecto militar, una parte de nuestros prohombres no creía en la supervivencia de un proyecto de Independencia con relación a Haití. En vista de ello, habían ideado tres fórmulas: el protectorado de una gran potencia que pusiera a raya a los haitianos; la cesión de una porción del territorio nacional a trueque de una salvaguarda militar que evitase volver a tiempos anteriores a 1844, y la anexión que nos convirtiese en provincia de Ultramar de un Estado más poderoso. Todas esas fórmulas se habían barajado menudamente por causa de la superioridad militar, la superioridad demográfica y la superioridad económica de los haitianos. A todas esas fórmulas respondió Duarte con ideales de Independencia que no flaquearon en ningún momento. Tanto, que a veces nos parece un Quijote solitario. Porque de alguna manera sus discípulos traicionaron sus ideales.
- En frente interno, en las luchas intranacionales, generadas por los partidos constituidos, tras la Independencia, Duarte padeció las consecuencias del temperamento tornadizo de Sánchez, que introdujo a D. Tomás Bobadilla en la Presidencia de la Junta de Gobierno, que llegó a refrendar con su firma el Plan Levasseur en esos días de incertidumbre, y tras estos puntos de sombra, encabeza el golpe de Estado del 9 de junio de 1844, que concede por vez primera el control de la guerra a Los Trinitarios, y se eleva a la Presidencia del Gobierno. Pero

Sánchez no sabe qué hacer con el poder. Perplejo, se muestra incapaz de arrestar a Santana, que ya negocia con Saint Denys un protectorado a Francia; desdeña la posibilidad de que Duarte pueda ser Presidente, como ya lo ha proclamado Mella en Santiago. Su voluntad parece un barco al garete. El contragolpe de Santana del 12 de julio fue catastrófico. Allí empezó el vía crucis de Duarte. Fue perseguido con saña implacable por los santanistas, capturado en una finca de Jamao, encarcelado en Puerto Plata, despachado en un buque a Santo Domingo y, finalmente, encerrado en la Torre del Homenaje. Se le elaboró un expediente infame, que lo hubiese llevado al pelotón de fusilamiento, de no haber mediado en su favor el comerciante judío Abraham Cohen, quien logró que la pena capital le fuera conmutada por la deportación.

De este modo, salió un 10 septiembre de 1844, para Hamburgo. No volvería jamás a la ciudad de Santo Domingo. En la víspera de esa Navidad ya se hallaba en Saint Thomas. Al cumplirse un año de la Independencia, en febrero de 1845, Santana dispone el fusilamiento de María Trinidad Sánchez y de Andrés Sánchez, ambos tíos de Francisco del Rosario Sánchez. Pocos días después, decreta la expulsión de la madre de Juan Pablo Duarte, Manuela Díez, y de los hijos que aún permanecen en el país; vendieron los bienes que pudieron y el 25 de marzo ya se hallaban en el Puerto de la Guaira (Venezuela). Hasta allí llegó Juan Pablo para reunirse con toda su familia en tierra extraña. El menor de los hermanos, Manuel, enloqueció; Rosa quedó sumida en el dolor tras el fusilamiento de su prometido Tomás de la Concha, y Juan Pablo no pudo casarse con ninguna de sus prometidas: ni con María Antonia Bobadilla ni con Prudencia Lluberes, que quedó solterona definitivamente. Después de haber trabajado como comerciante en el Puerto de Carabobo, se instala en la selva venezolana, en San Carlos de Río Negro, hacia 1850 y allí permanecerá por unos 12 años. Atraído por el exotismo, viviendo entre los indios Yanomami y enterrado en otras épocas, probablemente no llegó a enterarse de la amnis-

tía de 1848, refrendada por el Gobierno de Manuel Jimenes, que permitió el regreso de todos los febreristas, tras cuatro años de ostracismo. En aquellos años oscuros, Duarte no tuvo contacto con su familia; se llegó a pensar que había fallecido en el Amazonas; no se enteró ni siquiera de la muerte de su madre acaecida en Caracas en 1858. Volvió a Caracas en 1862 al enterarse de la Anexión de la República Dominicana a España. Quería sumarse al Ejército restaurador, y entonces decidió vender la casa familiar de Caracas en 1100 pesos para pagarse el viaje con sus compañeros a la costa norte del país, dejando a sus hermanos en una pobreza de solemnidad. Las peripecias fueron copiosas. Perseguidos tenazmente por una embarcación española tuvieron que recalar en las Islas Turcas, y desde allí tomar otra embarcación a Cabo Haitiano y de allí otra hasta Monte Cristi. En una comunicación que tramita al Ministro de Relaciones Exteriores, el 7 de marzo de 1865, refiere la desazón que experimentó en aquellos años:

Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido por vender al extranjero la Patria, cuya independencia jurara defender a todo trance, he arrastrado durante veinte años la vida nómada del proscripto (...)

El hombre que había vuelto tras veinte años de exilio, al que todos llamaban el anciano, tenía apenas cincuenta y dos años. En su comitiva se hallaba el poeta Manuel Rodríguez Objío quien hacía las veces de Secretario, el general venezolano Candelario Oquendo y otros. Duarte le escribe cartas a Espaíllat, a Luperón y al presidente del Gobierno Restaurador, Pepillo Salcedo, deseoso de entrar en combate, y asiste en sus días postreros a su entrañable Ramón Matías Mella. Lo condujo a caballo por las serranías de San José de las Matas hasta Santiago, donde fallecería a los cuarenta y siete años de edad, el 25 de abril de 1864.

El Gobierno Restaurador, contrariando los deseos del prócer, decidió sacarlo del país, asignándole una misión diplomática en América del Sur. Todos los compañeros de viaje pasaron al campo de batalla, su hermano Vicente Celestino Duarte fue a combatir en

el este, bajo las órdenes del General Luperón y lo propio ocurrió con Rodríguez Objío, quien le dio la espalda al prócer y se convirtió en secretario personal del General Luperón y Candelario Oquendo fue nombrado General de Brigada por Gaspar Polanco. Duarte regresó solo a Venezuela, y allí compareció ante un Tribunal de Primera Instancia para responder a un interrogatorio relacionado con Amable Damirón, cuñado de Rodríguez Objío, pedido por las autoridades españolas de Santo Domingo. Empeñado en llevar a cabo su misión, logró reunir unos 800 pesos por suscripción a la causa dominicana, que entregó a Melitón Valverde, que se hallaba investido de la representación oficial dominicana en Venezuela. Su misión ante el Gobierno de Venezuela, presidido por Guzmán Blanco fue precaria. El Presidente no lo recibió, y tras hacerse rogar hizo una mediocre contribución de 300 pesos. Las últimas noticias del país, las obtuvo Duarte de correspondencia que le remitiera el secretario de Relaciones Exteriores, Rodríguez Objío, quien le comunicaba que el Presidente Pepillo Salcedo había sido fusilado. Tras la restauración de la Independencia en 1865, ni el Gobierno Restaurador le comunicó oficialmente las nuevas circunstancias ni, al parecer, el patricio tuvo contacto con las autoridades. Se instaló en Caracas en la 54, entre las esquinas de Pájaro y Zamuro, en una casa que había comprado Rosa Duarte, y que por hallarse todos en la miseria, tuvo que hipotecar pasando a convertirse en inquilina. En esa casa en la que vivían sus hermanos, instaló Duarte un taller para la fabricación de velas y escapularios. Por aquellos tiempos, se recrudecieron sus tendencias misticistas, religiosas y delirantes. Hizo nombramientos totalmente infundados a Francisco Saviñón como coronel, a Mariano Cestero y Juan Esteban Aybar como segundos comandantes del Ejército... El nombre de Duarte se mantuvo en el olvido durante la segunda república. José Gabriel García, padre de la historiografía dominicana, quien mantuvo una menuda correspondencia con Duarte, le remitió su *Compendio de la Historia de Santo Domingo* y el Padre Fernando Arturo de Meriño, quien lo frecuentaba en su casa de Caracas, dio a la estampa su *Elementos de geografía física, política e histórica de la República Dominicana*.

En ambas obras, se reconoce el papel desempeñado por los ideales que el insigne patricio encarnó de manera casi exclusiva.

En 1875, un año antes de su muerte, el Presidente de la República, Ignacio María González, lo invita oficialmente a visitar el país y pone a disposición del cónsul en Curazao los recursos para el viaje. Duarte conservó preciosamente la carta sin leerla, según confiesa Crispín Ayala Duarte, biznieto de Vicente Celestino Duarte. El general Luperón proclamó en una reunión en Puerto Plata que había que traer a Duarte, que *“vivía miserablemente en Caracas, y que dos hermanas suyas por no ver a su anciano hermano salir a mendigar un pan, son las que lo mantienen con el trabajo de sus costuras”*. Al año siguiente, en 1876, Duarte falleció a consecuencia de una tuberculosis. Al momento de su muerte, se había levantado en armas contra el Gobierno del Presidente Ulises Francisco Espaillat, Gabino Crespo, y todos los esfuerzos se dedicaron a sofocar el pronunciamiento, por lo que concluye el historiador José Gabriel García, entonces Ministro de Guerra y Marina, la patria que con tanto desveló ayudó a construir no pudo dedicarle ni siquiera una lágrima a la hora de su muerte.

La biografía de Orlando Inoa se lee con entusiasmo desde la primera hasta la última página. No ha sido necesario fabricarle un pasado imaginario al Padre de la Patria. La superioridad indiscutible de sus ideales lo coloca muy por encima del heroísmo sin brújula, de las intriguillas que empañan a los hombres públicos de entonces, y de las glorias pasajeras, creadas por los descendientes de otros prohombres. Para Duarte, la patria siempre fue concebida como agonía y sufrimiento. Así queda dicho en una carta que le envía a Félix María Del Monte:

Félix, no hay reposo ya para nosotros sino en la tumba. Ya que el amor a la patria nos hizo contraer compromisos sagrados para con la generación venidera, necesario es cumplirlos o renunciar a la idea de aparecer ante el tribunal de la historia con el honor de hombres libres, fieles y perseverantes.

22 de febrero, 2009.

IDEAS PEDAGÓGICAS

Las ideas pedagógicas de José Ortega y Gasset

José Ortega y Gasset (1883-1955) fue un gran pedagogo. De ello atestigua su prosa. Explicativa, unas veces. Salpicada de imágenes, otras. No suele ser Ortega conceptual. Su prosa es fundamentalmente un proceso. Un drama de ideas en el que el pensamiento se teje merced al argumento, la anécdota, la descripción y la narración. Es todo lo contrario de una prosa canónica o doctrinaria como acaece con los seguidores de ideologías. Prosas en las que, por lo común, los términos aparecen como una naturaleza muerta; los conceptos y las nociones se nos presentan petrificados por el servilismo y la idolatría de pensadores que hacen las veces de lacayos. Se trata de un pensamiento desembarazado de la librea de un saber logocéntrico. Ni la autoridad, ni el prestigio, ni la tradición le hacen encorsetarse a una doctrina. Ortega abominaba de los sistemas filosóficos cerrados y definidos per secula seculorum. Si algo caracteriza a este filósofo ibérico es la exigua, casi nula, utilización de una jerga para nombrar las cosas. En lugar de utilizar una monserga científica o seudocientífica, Ortega argumenta. No es, pues, en un glosario de palabras sagradas en donde hay que buscar su filosofía, sino en los razonamientos llenos de matices y de explicaciones anejas. Las nociones y términos con los que pretendemos nombrar las cosas son pasados por una dramatización que los devuelve purificados, modificados o radicalmente objetados. En vista de ello, se le ha acusado de verboso, de utilizar una excesiva cantidad de páginas para blandir una tesis;

pero, en rigor, lo que hay en él es un uso del diálogo socrático en el que los términos se nos presentan con el ropaje de una discusión. Se toca el tema desde diversas perspectivas, y luego se llega a una síntesis.

Es, en resumidas cuentas, la dialéctica *strictu sensu* que tiene en Ortega un nimbo cartesiano. La duda funda el *logos*. Desde luego que todo esto exige una técnica de la persuasión, una demostración y, en filosófica puridad, un cuestionamiento de nuestras propias convicciones y creencias para llegar, salvando escollos, al punto de vista del pensamiento naciente. En el tránsito que va de la tesis a la demostración se construye toda la pedagogía orteguiana. Estos rasgos de su pensamiento no les son regateados ni siquiera por aquellos analistas que se propusieron, mucho antes de que fueran conocidos todos los haces de su pensamiento, demostrar que toda su obra era un yerro mayúsculo, haciéndola desfilar bajo las horcas caudinas del materialismo dialéctico de Marx y Engels. Tal es el caso de Juan I. Jimenes Grullón (*Al Margen de Ortega y Gasset*. I, II, III) quien reconoce sin penumbras ni remilgos que el pensamiento de Ortega es, rigurosamente, didáctico.

Pero, ¿cuál era la idea que tenía el filósofo ibérico de *enseñar a enseñar*? Para hacer tal indagación empecemos por el comienzo de sus *Lecciones de Metafísica*, texto en el que Ortega bucea en torno al concepto de «estudiar» y «estudiante» y que no está incluido en los escritos pedagógicos recopilados por Garragorri (Paulino Garragorri. *Misión de la Universidad*, Alianza Editorial, 1982) . O mejor dicho: no está catalogado como tal. Con todo, en este texto se plantea un primer esbozo de su teoría del *conocer* y del *enseñar* —corresponden las mismas a los años 1932 y 1933— y la intención de Ortega, a no dudarlo, fue que se tomara como tal. Toda vez que dicha disertación fue publicada separadamente bajo el rótulo «Del estudiar y del estudiante» (Cf. t IV, O C, 1947) Se trata, pues, si se le compara con los textos específicamente pedagógicos recogidos en *Misión de la Universidad*, de un texto bastardo, pero no por ello menos importante que otros escritos de pareja estirpe.

La argumentación principal de dicha lección puede ser resumida de este modo:

Para crear una disciplina hay que necesitarla. Para saber hay que tener necesidad radical de ello. De donde se deduce que hay que necesitar el saber. El estudiante cumple una necesidad que no es suya, que le es impuesta, ajena, que no nació en él. De ahí que su ocupación: “estudiar” y el mismo “el estudiante” sean, ambas cosas, una falsedad. (Resumen).

He aquí sucintamente expuesta la tesis de la primera lección de metafísica. Necesidad y conocimiento son conceptos que están trabados en el pensamiento de Ortega. Con todo y eso, en otros pasajes de sus obras, el filósofo reconoce que el hombre no puede eximirse de estudiar; perecería, ya que para vivir tiene —por fuerza— que multiplicar los recursos vitales. Y esto sólo es posible y hacedero, merced a la técnica. Y esta última no puede existir sin un saber, sin la ciencia que sin cesar la crea y la modifica. Y todo esto trae consigo una paradoja. Si bien es verdad que no hay necesidad inmediata de estudiar en el estudiante, sí la hay mediata, a la larga, ya que en ello está implicada, nada más y nada menos, su propia supervivencia. Esta concepción del conocer está en todo el hontanar de su filosofía. Con ella, Ortega introduce un principio de clasificación. Separa el grano de la paja. El *conocer* del estudiante, Ortega lo identifica con una información que bien puede interesarle a éste muy vagamente; pero el conocer del sabio toma muy otro jaez en su discurso. Estamos en presencia de un deslinde. Podría argüirse que al evocar la necesidad como fuente del conocer la está contaminando con el sentimiento utilitarista, con el sentido instrumental, vale decir, que está reduciendo el conocimiento a lo que hay que saber para vivir y a nada más, advertimos a quienquiera que albergue tal creencia, que en más de un pasaje de su obra, cuando Ortega roza este aspecto, sin desdeñar el influjo de la motivación utilitaria, se expresa taxativamente contra la reducción del saber a lo utilitario (Cf. *Reforma de la Inteligencia*).

Para Ortega el conocer es un hacer. Es la superación de la duda. Cuando estamos en una certidumbre oriunda de la ciencia seguimos dudando. De ahí que para él *enseñar* sea, en rigor, no enseñar la ciencia, ni el saber, sino la necesidad de tal o cual ciencia,

vale decir, enseñar a necesitarla. Pienso que es en esta premisa en donde empiezan a esbozarse con nitidez las ideas orteguianas. El saber se halla concebido, implícitamente. Como un hacer del hombre, en el que éste, trashumante ideológico, pasará de unas creencias a otras, no por convencimiento o por abulia, sino por su propia actividad de pensamiento. Pero el estudiante no recorre ese camino, no pasa por esas fases de azoramiento y necesidad radical de fundamentar su saber, no se siente acosado por las dudas y las insatisfacciones del debate científico. Sino que se encuentra con la ciencia ya hecha y, a veces, ni siquiera se interesa en el razonamiento que de tal conclusión cabe inferirse –tarea de filósofo– sino que la acepta pasivamente, crédulo y sin rechistar. De donde resulta que enseñar para Ortega no se reduce a algunos cuantos estímulos unos de carácter lúdico, otros, de impronta moral.

Desde luego que la noción de ‘motivación’ tiene un sesgo distinto vista desde el orbe orteguiano: ¿Cual es y en qué consiste la necesidad de marras? ¿Qué es, en rigor, necesitar una ciencia? Pues bien: necesitarla es incorporárnosla. Es tener que hacer uso de ella para resolver los problemas que la vida en sociedad continuamente nos plantea. Se trata, en definitiva, de un saber ligado a la circunstancia, consustanciado con ella, que la interpreta. Que la usa, que la analiza. Dicho sin más: se trata de un saber convertido en quehacer. Pero un quehacer consubstanciado con la realidad que nos rodea. En vista de ello, Ortega nos espeta el carácter radicalmente histórico de la acción del conocer. Cuando abre su ventana se encuentra con la Sierra de Guadarrama, y está obligado a pensar su realidad.

TEORÍA DEL SUJETO

La concepción que tiene Ortega del sujeto es dual. Por un lado está el pensador. Por otro, el *hombre-masa*. El deslinde es platónico. Esta concepción aparece en sus escritos pedagógicos en el distingo entre el estudiante y el científico, el sabio y el tecnócrata. Ortega la

extiende a lo biológico y clasifica a los hombres en dos categorías: los de tonalidad ascendente y emprendedora, ansiosos por mostrar su don ejecutivo y los de tonalidad descendente, pesimistas y contemplativos, que adolecen de una insuficiencia de sí. Desde luego que estas clasificaciones no deben tomarse a rajatabla. Más que hombres, definen actitudes y posturas que el hombre adopta. Punto espinoso en toda la reflexión orteguiana: del principio de la igualdad jurídica, reivindicado por el Siglo de las Luces, se ha querido pasar al principio de la igualdad biológica, superstición populista de la cual no hay pruebas concretas. Ortega se insurrecciona contra esta pretensión. Una gran porción de las ideas pedagógicas de Ortega tienen el sello biológico. Sus ideas son, en primer lugar, una crítica a la biología del comportamiento que planteaba la educación como una preparación para que el hombre se adaptara al medio. Ortega considera que ello constituye un escollo para el desarrollo intelectual del niño, toda vez que poda la fronda de deseos; aniquila el apetito de conocer, dejando en el tapete lo que el maestro juzga conveniente y apropiado. La adaptación es la muerte de la vitalidad: es educar para el pasado, y la vida, en cambio, es futuro. En lugar de adaptación, Ortega propone una sistematización de la vitalidad; merced a artificios pueden desarrollarse y conducirse los deseos del niño hasta tornarlos en voluntad creadora. Sobre este punto el filósofo subraya lo siguiente:

La educación sobre todo, en su primera etapa, en vez de adaptar el hombre al medio tiene que adaptar el medio al hombre: en lugar de apresurarse a convertirnos en instrumentos eficaces para tales o cuales formas transitorias de civilización, debe fomentar con desinterés y prejuicio el tono vital de nuestra personalidad (Misión de la universidad, p. 21, Editorial Alianza).

Se trata de una teoría anti-instrumentalista, dado que se propone no una educación adaptada al medio, esto es, una educación de hombres conformistas y resignados, sino una educación que vaya en pos de su transformación, en pro de la superación de las lindes de la circunstancia, y que muestre su capacidad de obrar sobre lo dado. ¿Cuáles son los medios por los cuales se llega a esta concepción? ¿Cuál es el método?

Hay en Ortega una concepción taxonómica de la psicología. Para él los sentimientos son tan diversos como la flora y la fauna. Se propone clasificarlos, decantarlos, llegar a discernir su origen y estimular en el niño aquello que, en efecto, coadyuve al desarrollo sentimental de su voluntad. Tales como la ambición, el gusto por el heroísmo y otros. Esto desde luego está en relación con la educación literaria del niño (García Morente: 1975, pp. 75-94). Según Ortega, un niño que ve la imagen de Hércules o de Ulises triunfantes, sin miedo, acometiendo grandes hazañas, templará su voluntad en esas lecturas. En cambio, otro al que se le proporcionen lecturas pesimistas que lo sumerjan en cavilaciones melancólicas, que les muestren los linderos que limitan, indefectiblemente, al hombre, crecerá encorsetado por un exceso de lógica; su imaginación y su psique, presas del temor, se mostrarán incapaces de concebir las grandes acciones que encarnan los héroes mitológicos de la literatura, y más aún: su voluntad se desarrollará paralizada. Y aquí llegamos a un punto importante de su reflexión: se trata de la pedagogía del mito.

Sabido es que un mito es una historia en la cual no existen las fronteras del tiempo y del espacio real. Según el antropólogo Mircea Eliade:

El mito cuenta una historia sagrada; relata acontecimientos que han tenido lugar en el tiempo primordial; el tiempo de los "comienzos". Dicho en otras palabras: el mito cuenta cómo, merced a las hazañas sobrenaturales, una realidad vino a la existencia (Aspects du mythe, Idées Gallimard).

Dicho esquemáticamente: el mito narra una creación, y plantea, además, un modelo de humanidad. Ortega creyó que con este tipo de relato que aparece *so color* de fábula, leyenda, cuento, novela... podría desarrollarse el pulso vital, las potencialidades que definen la personalidad, tales como el entusiasmo. Llega incluso a decir cosas como éstas: "el mito es la hormona psíquica". Y con ello nos da el fundamento de una pedagogía del sentimiento. Si bien el mito no nos comunica lo real, provoca en nosotros, en compensación, el sentimiento de la confianza, de la audacia y

de la magnanimidad que desempeñan un papel muy importante en la formación de la identidad. Ortega sugiere “primero mitos, después los hechos”. Las pedagogías al uso propenden a una desaparición del niño, a impregnarlo y dotarlo del mundo adulto. Ortega propone cultivar las tendencias infantiles en el niño, sin encastillarse en ellas y desarrollar una pedagogía basada en él mismo, no en lo que él debe ser...

El mito muestra, palmariamente, lo deseable; no lo posible. Y por tanto actúa como una energía contraria al anquilosamiento de la voluntad y del deseo. “La cultura –dice Ortega– no es hija del trabajo, sino del deporte”. De este modo, se propone un modelo en contra de la adaptación. Se trata del practicismo, de la creación de esfuerzos, del juego como generadores de la cultura. Cegar esta capacidad de ejercitar la voluntad y la imaginación equivale a un estancamiento y a la decadencia.

¿CÓMO ENSEÑAR?

La enseñanza trae consigo una contradicción que Ortega pone de relieve en más de un ensayo. Véase por más señas: “Pedagogía de la contaminación” y “Ciencia y cultura” (*Misión de la Universidad*). Por lo general, se enseña un doctrinal de métodos de investigación, de ideas en las que hay que creer, una ciencia congelada, que lleva en su seno el germen del dogmatismo. La enseñanza pretende fijar, darle contornos definitivos a algo que surge de la contradicción y de la discusión permanente, la ciencia. Lo que la enseñanza transmite no es la ciencia, sino su petrificada, anquilosada utilidad. El gusto por la técnica, por las recetas ha suplantado la auténtica sabiduría. Desde luego no puede ser de otro modo, puesto que la ciencia es constante problema que sin parar se va modificando, transformando y, a veces, cancelando los principios de la investigación. En la enseñanza estos principios se convierten muchas veces en un evangelio. El científico, por el contrario, es aquel que no recibe nada por herencia, ni por autoridad, ni por

tradicción sin antes pasarlo por la criba de las objeciones. De ahí que –según Ortega– no haya ciencia aprendida. La ciencia no se enseña. Lo que se enseña son las maneras lógicas, los estilos, el hontanar en donde se ha fraguado el saber científico. Pero, claro, la escuela en tanto que institución no puede vivir sin saber a qué atenerse, en la inseguridad y en la indecisión del científico, tampoco puede enfrascarse en las laberínticas discusiones de la ciencia porque paralizaría su propio quehacer. La cultura no puede esperar que la ciencia nos devuelva interpretaciones inobjektibles; tiene el hombre --por necesidad-- que vivir en un sistema de ideas y, por tanto, no puede esperar que la ciencia le fabrique un mundo transparente y racional.

Nada más desolador en el mundo actual que aquellos fingidos pensadores que se afilian con fe de beatos a tal o cual escuela de pensamiento, y se proponen a sí mismos tareas que rayan en la servidumbre mental, dando muestras de pertenecer a una gleba intelectual que, cuando hace economía, cuando hace política, cuando hace “ciencia” no hace otra cosa que religión; sólo transmite un catecismo. Porque la ciencia nace sin apellidos, sin tendencias y sin trayectorias pre-establecidas. Más aún: la ciencia se hace contra los apellidos o argumentos de autoridad, contra el prestigio, contra las creencias heredadas, como un impulso vital hacia lo desconocido. Para Ortega la figura del científico no es la del gurú, ni la del chamán que dictaminan con aforismos inapelables, que monologan, sino la del cazador que no se pliega ni al dogmatismo ni a la salmodia ni a la repetición ni al servilismo.

Para el verdadero científico no hay principios inmutables. La quietud doctrinaria es un anquilosamiento. Ortega precisa:

*«No es ciencia aprender una ciencia ni enseñarla, como no es usarla ni aplicarla»
(Misión p.55) Ciencia «no es encontrarse sabiendo, sino buscar un saber»
(Ídem)*

Todo lo cual quiere decir que para él la ciencia es un hacer, es investigación, plantearse problemas y resolverlos. Ni la manía de los laboratorios ni la tecnología han de confundirse con el estricto sentido que tiene la palabra ciencia. Tampoco el lenguaje

de los pedantes que ávidos de jergas incomprensibles no hacen más que balbucear un lenguaje esotérico como los monjes de la reforma; principios y técnicas que, en puridad, son incapaces de enseñar. Pero, si no se enseña lo que Ortega entiende como ciencia, ¿qué se enseña y cómo ha de enseñarse?

¿QUÉ ES LO QUE HAY QUE ENSEÑAR?

Subraya Ortega el hecho de que no existe una pedagogía de la Educación Superior. Suele confundirse ésta con las pedagogías de la educación primaria y media. La primera tarea de tal pedagogía sería identificar qué es lo que hay enseñar. Para responder a esta pregunta hay que tomar todos los haces del problema e irlos desmenuzando en detalle.

- Lo primero: se ha de preparar el estudiante para el quehacer en que se ha de desenvolver su vida. Parte esta premisa del principio de que el hombre no es sino lo que hace.
- Lo segundo: hacer claramente un deslinde entre lo que es enseñanza y lo que es investigación. Confusión que lleva al estudiante a la frustración, cuando no a una reducción ineficaz de su currículo escolar. La enseñanza es una tarea practicista. Hay que replantear los principios para imponerse tareas que sean realmente hacederas:
- Tercero: hay que enseñar lo que se puede enseñar, es decir, lo que se puede aprender (p.43). A menudo los profesores olvidan que la capacidad de aprendizaje es limitada. Y se lanzan en pos de objetivos a todas luces utópicos.
- Cuarto: la pedagogía ha de buscar talento que sinteticen el saber, ya que en el joven se produce una desorientación, habida cuenta de sus limitaciones. En torno a estos principios de economía de la enseñanza, Ortega señala lo siguiente:

El principio de la economía no sugiere sólo que es menester economizar. Aboerrar en las materias enseñadas, sino que implica también esto: en la organización de la enseñanza superior. En la construcción de la universidad hay que

partir del estudiante. No del saber ni del profesor. La Universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante, cuyas dos dimensiones esenciales son: una, lo que él es: escasez de su facultad adquisitiva de saber; otra, lo que él necesita saber para vivir. (Misión, p. 49).

De modo, pues, que ni el maestro ni el saber constituye lo que se ha de llamar pedagogía universitaria. La Universidad debe suscitar la autonomía, y romper la relación de dependencia en el educando. Ha de seleccionar un saber, encadenado a la realidad. Querer hacer de todo estudiante un investigador es una veleidad utópica, ya porque constituye una falsificación, toda vez que no todos los espíritus están dotados para ello; ya porque, además, el hombre no puede quedarse naufragado en la incertidumbre científica. Tiene necesidad de afrontar la vida con las interpretaciones y los medios que para ello posee. La ciencia, el saber, tendrán, pues, para él, un carácter instrumental.

Las funciones de la Universidad según Ortega son las siguientes:

1. Docencia o enseñanzas de las profesiones.
 2. La investigación o la actividad científica y de formación de hombres de ciencia.
 3. Extensión o transmisión de la cultura.
1. En el primer punto se insiste en el hecho de que la Universidad reconozca cuáles son las necesidades de sus estudiantes y haga una selección y síntesis del saber que va a ser suministrado. Lo esencial es que la Universidad se fije metas y los objetivos de un saber institucional. La profesión al igual que la cultura tiene que alimentarse de la ciencia, pero no han de confundirse con la misma.
 2. El segundo punto: investigación o actividad científica, resume la tarea de renovación, necesaria a todo cuerpo docente. No tolera un encerramiento institucional; pero son el foro de donde han de provenir los hallazgos y descubrimientos nuevos que hacen avanzar la ciencia y la cultura. Una de las metas

—no manifiestas de la Universidad— es formar no sólo médicos, abogados, farmacéuticos, sino también dirigentes, para ejercer la difícil tarea de mandar.

Ortega recomienda la enseñanza del sistema de ideas de su tiempo. O bien la enseñanza de la cultura. Leyes, ética, política, filosofía que imperan en nuestro entorno y que obran como creencias sociales.

3. Por lo que toca al último punto, la última función, la cultura, Ortega propone que la universidad ocupe la tribuna pública. Y que se constituya en un poder espiritual, tratando los grandes temas desde su punto de vista propio: cultural, profesional, científico, influyendo en las mentalidades de las masas, y asumiendo de tal suerte su papel de rectora de la vida social. Con ello, se despojaría de esta última función a quienes actualmente se encargan de modelar las mentalidades, a los que impropriamente constituyen la fuerza ideológica de los tiempos modernos: al periodismo. Es la Universidad la que debe reinar sobre los espíritus, no el periodismo. Tal función le corresponde como centro de acopio de la cultura y de la ciencia.

EL ESPECIALISMO

El hombre de ciencia se ha visto obligado a especializarse para que la ciencia progrese. Y esto le ha obligado a sacrificar cuanto había en él de interés general: filosofía, cultura, interpretación integral del mundo, contexto de la ciencia... Todo lo que hacía de los científicos anteriores verdaderos sabios, autoridades bien fundadas, falta —irremisiblemente— en el hombre de ciencia actual. De ahí que éste se haya convertido en el nuevo bárbaro, en un hombre indefectiblemente inculto, en el prototipo de lo que Ortega llamó el *hombre-masa*. Y ustedes se preguntarán: ¿Qué es el hombre-masa? Ortega designa con esta noción al hombre sin proyecto, entregado a un destino sin certidumbre, al hombre cuyo único interés es su bienestar y satisfacer sus

necesidades con las que tiene que enfrentarse: .comer, vestir, aumentar sus caudales económicos... en fin, se trata del hombre medio, si se le definiera, por contraste, comparándolo con el hombre selecto, la diferencia que salta a la vista es el esfuerzo. El hombre selecto vive entregado a la servidumbre de un ideal trascendente. Se entrena para cumplir esta tarea que él mismo se ha impuesto, exigiéndose cada vez mayores esfuerzos y colocándose como el artífice de su propia vida, en pro del modelo del hombre que quiere ser.

Pero dejemos de lado esta digresión y vayamos directo al meollo de nuestro tema: *el espacialismo termina desplazando en cada hombre la cultura integral, la ciencia*. No existe ya el saber enciclopédico en las postrimerías del siglo diecinueve. Y la mecanización ha terminado por apoderarse de los hombres de ciencia que sólo conocerán porciones de su propia ciencia, y desconocerán, en cambio, el resto de ella. Esta es, sin más ni menos, una de las tesis que ha penetrado todos los escritos de Ortega desde *La rebelión de las masas* (Espasa-Calpe, p. 138) hasta sus escritos pedagógicos. Se trata del surgimiento de la barbarie en el mismo seno de la ciencia. El especialista —que conoce muy bien su especialidad— cuando entra en otros ámbitos: política, arte, usos sociales, pretenderá extender las leyes de su propio dominio a los demás, y asumirá un “orgullo intelectual” que lejos de constituir una demostración de su autoridad, es una manifestación de la violencia bárbara.

Los hombres de ciencia, víctimas del espacialismo, no han renunciado a pontificar. En torno a éstos, Ortega subraya lo siguiente:

El resultado más inmediato de este especialismo no compensado ha sido que hoy, cuando hay mayor número de hombres de ciencia que nunca, hay mucho menos hombres “cultos” que por ejemplo hacia 1750. Y lo peor es que con esos pachones de asador, ni siquiera está asegurado el progreso íntimo de la ciencia (...) porque ésta necesita de tiempo en tiempo una unificación (La rebelión de las masas, ed. Espasa Calpe, p. 143.).

Las humanidades habían puesto de relieve lo interdisciplinario contra el logocentrismo del especialismo. De ahí que Ortega con-

ciba un proyecto para la creación del Instituto de Humanidades, donde, amén de la enseñanza de la lingüística, se proponía la creación de nuevas disciplinas que habrían de llamarse Teoría del Lenguaje y Teoría del Decir, cuyas metas eran estudiar las modalidades de construcción del pensamiento, base de la creación cultural y de la ciencia.

En el aspecto político, uno de los más importantes, pese a que casi siempre, cuando de educación se trata, se le quiere escamotear, hay que resaltar su rechazo de los extremismos políticos. Efecto—los más— de la voluntad de revolucionar, reformar, uno de los principios con el que hay que vivir en la época actual; pero también resultado del rechazo a las ideas que rinden culto al Estado y que suponen, muy erróneamente, que el Estado representa la voluntad de los ciudadanos. Voluntad que es, en muchos casos, envilecida por los políticos que gobiernan para su propio beneficio, sin horizontes de bien común ni de grandeza. La concepción política de la educación en Ortega se opone al proyecto de una educación que pueda ser instrumento de la política, de la iglesia, de la institución o del Estado; su ideal de la educación es un ideal libertario. Libertad para que el hombre pueda superar la tentación de no pensar, tan en boga en esta época; pero también para que pueda concebir la tolerancia, la democracia y para que la enseñanza libre no perezca a manos del doctrinarismo y de la trivialidad. En *El libro de las Misiones*, Ortega señala “que no hay hombre sin misión”. El hombre tiene que justificarse a sí mismo. Tiene que justificar el porqué de sus actos, tiene que ser él mismo. Y, para poder llegar a ello, tiene que pensar—no adoptar el pensamiento de los otros—, y reconocer que la primera misión del hombre es la de ser libre.

REFERENCIAS

- José ORTEGA y GASSET: *El libro de misiones* (1976), Madrid, Austral.
- _____: *La rebelión de las masas* (1980): Madrid, Alianza.
- _____: *El espectador* (1983), tomos I, II, III, IV, VII, VIII, Austral. Espasa-Calpe.
- _____: *Meditaciones del Quijote* (1988), Madrid, Cátedra.
- _____: *¿Qué es el conocimiento?* (1989), Madrid, Alianza.
- _____: *Lecciones de metafísica* (1988), Madrid, Alianza.
- Paulino GARAGORRI (1970): *Introducción a Ortega y Gasset*. Madrid. Alianza.
- Julián MARIAS (1980): *Ortega y Gasset*, Madrid, Austral.
- Juan I. JIMENES GRULLÓN (1950): *Al margen de Ortega y Gasset*, I, II y II, Mérida, Venezuela.

Manifiestos literarios de la República Dominicana, de Andrés L. Mateo

Durante mucho tiempo reinó la superstición de que las vanguardias transformarían el mundo al cambiar las palabras. Las controversias brutales que opusieron, como dos fuerzas antagónicas, progreso y atraso, barbarie y civilización, razón contra irracionalismo penetraron el modo de concebir la literatura y encontraron allí almas descarriadas, que se entregaron voluntariamente a esos catecismos, espoleadas por una promesa de redención social, postulada como realidad, antes de concretarse en los hechos.

En la religión, estas ideas se expresaron en la proliferación de sectas celestiales y fanáticas, que raptan las conciencias y nos devuelven a un mundo teocéntrico, en donde nada tiene significación si no está previamente santificado y orientado por esas claridades y por la cáfila de iluminados que la propagan.

En política, la vanguardia se convirtió en un estado estático. Anunció un mundo que nunca llegó. Y en nombre del mito encerró a los intelectuales y artistas en una prisión ideológica en la que tanto el cancerbero como el supuesto rehén habían abdicado voluntariamente de su libertad para inventar. Es más: estaban orgullosos de su sometimiento. Raymond Aron decía que “el marxismo fue el opio de los intelectuales”. En literatura, la ideología de las vanguardias fue el opio de los poetas y escritores. Se expresó de dos formas: Una, la de sacarnos de las mancuernas de la imitación y, otra, la de naufragar en gimnasias retóricas, desprovistas de sentido. Pero en política, religión o literatura la vanguardia o avanzadilla

se transformó en un credo prefijado, concebido como la encarnación de la posteridad; en las tres vertientes las vanguardias obraron como grupo de presión.

Recorrer los círculos en los que ha naufragado la mentalidad dominicana en lo que se refiere a la literatura, me parece una experiencia enriquecedora. El propósito de Andrés L. Mateo es mostrarnos el camino que hemos seguido, a través de los manifiestos y proclamas que han dominado los últimos ochenta años de este siglo. Se trata de un acercamiento a las reflexiones de nuestros poetas y escritores, que nos muestra, sin sulfurarse, cuáles ideas tenían primacía en el modo de escribir y cómo éstas estuvieron condicionadas por su concepción del mundo. Quizá debamos comenzar agradeciendo a Andrés L. Mateo este modo de acercarse a concepciones que no, necesariamente, forman parte de nuestras creencias contemporáneas. Esta forma de presentar, exponer y desmenuzar este período histórico, sin naufragar en prejuicios y camorras grupales, tratando de comprender, de explorar las limitaciones y hallazgos de nuestros poetas y escritores; este modo de comprensión, basado en la tolerancia, en la reconstrucción de las circunstancias y los efectos, que Spinoza llamó alguna vez *amor intellectualis*, me parece el mayor aporte de esta obrilla. En lugar de cubrir ese pasado con la mascarilla de nuestras propias controversias, como suele ser costumbre, trata de revelarnos sus entresijos y nos invita a descubrirlos por cuenta propia.

El lector de *Manifiestos literarios de la República Dominicana* habrá ganado mucho al estudiar a los autores por lo que han escrito, y no por los prejuicios con que han sido recibidas sus obras. Habrá dado muestras de tolerancia, al acercarse a ese pasado cultural sin el orgullo cronológico con que habitualmente lo hacen los ignorantes. Unos y otros, los que han distorsionado esas realidades para ponerlas al servicio de sus propias concepciones y aquellos que las despreciaban por haber sido, supuestamente, sepultadas por los años, merecen nuestra compasión.

Nuestros jóvenes poetas y escritores creen que la época anterior, nuestro pasado literario, forma parte de una prehistoria, caracteriza-

da por el infantilismo y la inmadurez. Creen pertenecer a una época superior en refinamiento, en ideas y en creatividad. Creen que sus prejuicios críticos, sus enmarañadas categorías y valores están, por fuerza del Dios Cronos, imbuidos de una lógica superior en perspectiva a lo que ha acontecido en los últimos ochenta años. Por fortuna, ese orgullo sin parangón, esa rebeldía sin destinatario y sin brújula, queda echa pedazos cuando se conocen los alcances y profundidad de miras con que obraron los escritores y poetas del pasado reciente. Para restablecer las cosas y colocarlas en su justa dimensión, baste examinar este caudal de informaciones compendiadas y comentadas por Andrés L. Mateo. Al leerlo, nos quedará la grata impresión de los esfuerzos realizados por estos escritores para rebasar las hormas estrechas de los escritores del siglo pasado.

La idea de convertir la literatura en instrumento al servicio de un catecismo político, un mecanismo didáctico para esclarecer entuertos históricos y fomentar el engrandecimiento moral de los dominicanos, no es nueva. Es la tramoya que le sirve de escabel a las ideas de Salomé Ureña de Henríquez y al romanticismo de Félix María Del Monte. Para ellos, la razón de ser de la literatura era convertirla en instrumento o utillaje de una ideología, de un partido o de un grupo de iluminados. En la poesía coexiste lo ancilar y el placer, el conocimiento y la historia. La poesía es el drama de la conciencia. Se construye y participa del jubileo de todas las ideas; pero no puede confundirse con ellas, *so pena* de anularse.

El Vedrinismo, la primera de nuestras vanguardias fue anunciada a tambor batiente en 1912 por Vigil Díaz. No tuvo séquito ni prosélitos. Sólo tuvo un secuaz: Zacarías Espinal. Andrés L. Mateo no lo condena ni oculta su pensamiento. Publica *in extenso* lo que escribió. Trata de hallar las ideas que secretamente lo espolearon. Algunas observaciones esclarecen el punto de vista. Primero, el fundador del movimiento no tenía una fuerte convicción en lo que hacía. Segundo, redujo su empresa a los linderos del medio dominicano. Y tercero, a las escasas influencias de sus ideas y de su manifiesto, hay que agregar su falta de originalidad. Diógenes Céspedes demostró en *Lenguaje y poesía en Santo Domingo* (1986) que

algunos de los párrafos que constituyen el manifiesto del Vedrinismo, corresponden, en puridad, a la prosa de Baudelaire.

Al desmenuzar punto por punto las ideas, insinuaciones, que emergen de los poemas y escritos sueltos de Vigil Díaz queda palmariamente conectado con las ideas que, en Francia, sostuvieron los románticos cincuenta años antes. Libertarse del encorsetamiento de las formas métricas, desembarazarse de la sujeción a ideas estéticas y basarse en la primacía del individuo son posturas que casan perfectamente con el ideal romántico. A estas ideas, hay que añadir un gusto por el simbolismo, una concepción parnasiana de la belleza y junto con esas antiguallas, aparece lo esencial: Vigil Díaz es el introductor en la poesía dominicana del verso libre. El verso sin medida, sin rima y sin acentos fijos constituye la principal transformación de la poesía dominicana.

La poesía, libertada de las prisiones de la métrica, desasida de los encabalgamientos, encontraba el modo de vertirse en los moldes de la modernidad. Pero esta obra de renovación no es faena en solitario. Vicente Sánchez Lustrino, el introductor del poema en prosa, liberta su poesía de la camisa de fuerza que le imponían la métrica y las ideas epocales que se transmitían por tradición y credo, en la literatura de comienzos de siglo.

La adopción de Nietzsche como mentor ideológico constituye una exaltación del progreso de la decadencia. Díaz ensalza el vacío, la crisis de los valores, y en vista de ello, al leer sus poemas sentimos que, entre las cuentas de abalorios de cosas polvorientas, brillan algunas inquietudes que son parte de nuestro presente.

El segundo círculo de nuestro periplo está constituido por el Postumismo. Domingo Moreno Jimenes, su poeta y mentor principal, adoptó las innovaciones que le había legado el Vedrinismo, y lo proclama 15 años después de la publicación de *Galeras de Pafos*, en su poema “Aspiración”

*Quiero escribir un canto
Sin rima ni metro;
Sin armonía, sin ilación, sin nada
De lo que pide a gritos la retórica.*

El Postumismo rechazó el eurocentrismo. Las aportaciones de las vanguardias europeas: dadaísmo, surrealismo, expresionismo y los grandes maestros clásicos fueron considerados como “soles apagados». Es decir, que toda la transformación del lenguaje poético que se había operado en el período de entreguerras de 1914 a 1945, fue copiosamente rechazada, y en su lugar se invocó a una autotocnía, erigida en monumento americanista. Paradoja: al mismo tiempo que se presentaba como innovación, el instinto de conservación nos llevó a una parálisis de las posibilidades de renovación. Como todas las revoluciones, el Postumismo, al instaurarse como credo, al entronizarse en la cultura, se convirtió en una fuerza conservadora y en una antivanguardia. Así lo juzga Andrés L. Mateo:

el manifiesto postumista es una antivanguardia, cuya cólera y antimimesis absoluta equivalen a un americanismo pánfilo, declamatorio y subjetivista.

Pero el Postumismo, como ha demostrado con multitud de ejemplos José Rafael Lantigua, tuvo una recepción sin par en las letras nacionales. Nuestras embajadas difundían las obras del Maestro, nuestros intelectuales le tributaban admiración y estas adhesiones coincidían con una época de nacionalismo, con un país ocupado por las tropas estadounidenses. En ese momento, nos dice Mateo, el Postumismo se convierte en «una mirada escrutadora hacia el pozo sin fin de nosotros mismos». El Postumismo se definió como una instrospección, valladar en contra de todos los vanguardismos. Aislacionismo. Etnocentrismo. Se parte de lo particular, para desde esta perspectiva, encontrar lo universal. Desde el punto de vista de las obras, estas naufragaron en un pacifismo, misticismo, que se tornaron en cárceles temáticas y en la búsqueda de una posteridad, de un trasmundo que hiciera pervivir más allá de la muerte física, la palabra del poeta. El mito de Moreno era que no escribía para su tiempo histórico sino para durar, para vivir póstumamente. Pero toda la literatura está condenada al polvo.

Muchas obras han enmudecido. No sabemos quién quedará. Ni quién se transformará en antigualla. Esta es la angustia que erosiona

la conciencia de los postumistas, Moreno nos lo cuenta, en un poema memorable:

*Mi vida torpe y desgarrada como una pitahaya;
 Mi vida, sin razón de ser y sin sentido,
 Como la misma muerte que circunda la Vida.
 Mi vida- ¡Ob, sopor de abismo; ob faro apagado por el pensamiento;
 ob destino que devuelve destino.*

El tercer círculo de este viaje al meollo de lo que ha sido el obrar de nuestros poetas y escritores, lo representa la Poesía Sorprendida. Mateo deslinda la confrontación entre ambas corrientes, sin tomar partido, exponiendo la tramoya de sus controversias y pareceres. La Poesía Sorprendida compendia en sus proceder los hallazgos del surrealismo, simbolismo, dadaísmo. La apertura, en suma, las transformaciones del lenguaje en las que se ha fundamentado la modernidad. Pero ¿qué entendían los *sorprendidos* por modernidad?

¿Se trataba del *Modern style* encarnado en el verso libre en poesía, del *collage* en las artes plásticas, la atonalidad en la música o bien la modernidad mesiánica, encarnada por ideologías totalitarias, que anunciaron la satisfacción de la necesidad en el reino de la igualdad? En realidad, la modernidad representada por los sorprendidos es la obra de poetas aislados, no del grupo. En muchos aspectos, los *sorprendidos* reprodujeron los valores que habían emergido de los *postumistas*. Fue la integración dentro de la continuidad, del estilo y la sensibilidad de los poetas contemporáneos. Tiene la Poesía Sorprendida un mérito indiscutible: dentro de este movimiento florecen varias sensibilidades poéticas singulares y que representan, hoy, la más alta expresión de nuestra literatura: Franklin Mieses Burgos, Freddy Gatón Arce, Manuel Rueda, Antonio Fernández Spencer. A ella estuvo asociado el pintor surrealista e intelectual de grandes luces, Eugenio Fernández Granell.

El cuarto círculo lo representa el manifiesto de Los Nuevos. Está redactado escuetamente como los proverbios chinos. Lo que sabemos de este supuesto movimiento es lo que puede deducirse

de los poemas de su mentor, Rubén Suro. Poesía de tema negro en Rubén Suro y pintura de igual jaez en su hermano Darío, quien también se había sumado al movimiento. Se trata, pues, de una búsqueda de la identidad, al través de la raza y de una modernidad mesiánica, simbolizada por adscripción temprana al discurso de izquierdas, considerado en ese punto y hora como el porvenir de la humanidad. He aquí una muestra fehaciente:

*¡Aguardas el Mesías, que aunque lo crean utópico,
Saldrá un Karl Marx de América o algún Lenin del Trópico!
Acércate y escucha, que es bueno que lo sepas:
Londres será un desierto y Wall Street una estepa!
Ah; entonces tus dolores se irán al precipicio,
Y los que te engañaron verán su día del juicio.*

El poeta se adelanta a los años sesenta, en donde estos versos serán un poderoso catecismo. Populismo, antinorteamericanismo, invocación del Apocalipsis final en contra del capitalismo y de las sociedades abiertas, son el santo y seña de este vanguardismo político y estético, que se define como una ideología que extrae sus valores de un futuro hipotético. De un futuro que ya no es depositario de la perfección sino del horror. Suro puede considerarse el precursor de la poesía del sesenta. Todos los efectos de su poesía: el portavoz de las masas, la visión de la poesía como instrumento político y de propaganda, la exaltación de la ideología de izquierdas constituyen el fundamento de la poesía de los poetas pertenecientes a la generación de 1960.

El quinto círculo, la Generación del 48, nos introduce en una continuidad del nacionalismo de los postumistas. Es decir, es un retorno al aislamiento dentro de los esquejes estilísticos de la Poesía Sorprendida. No hay unidad en los temas e intereses de los poetas, coexisten poetas de hondura metafísica y trascendente a lo Franklin Mieses, como el Lupo Hernández Rueda de *Círculo* o el Luis Alfredo Torres de *Los bellos rostros*.

El sexto círculo corresponde al discurso de izquierdas que reinó en los años sesenta. Varios manifiestos constituyen su base

ideológica: el del Frente Cultural de 1965, el del Grupo La Isla, el del grupo El Puño, el del grupo La carreta y el de los animadores del Movimiento Cultural Universitario. En todos estos grupos obraba una misma teoría de la literatura, que puede resumirse así:

El arte debe convertirse en instrumento de los postulados de la ideología revolucionaria, representada por la vanguardia revolucionaria, que a su vez delega su representación en el Comité Central y éste, finalmente, obedece a las directrices del buró político y este, en resumidas cuentas, se rinde ante los mandatos del líder máximo. Según esto, el arte debe obedecer a las ideas del realismo socialista.

Esto redujo la literatura a la triste condición de propaganda. Los poetas se convirtieron en publicistas. Pregoneros de la sociedad totalitaria.

El séptimo círculo corresponde al nacimiento del Pluralismo, movimiento capitaneado por el poeta Manuel Rueda. Constituye la más enjundiosa de nuestras vanguardias. Rueda presentó en un haz las posibilidades visuales y sonoras y contextuales del texto poético: el simultaneísmo de Apollinaire, la exploración de los recursos pictóricos. Se trata de una poesía que, al mismo tiempo que invocaba la oralidad, pues muchos de sus presupuestos se enraizaban en el pentagrama musical, con su continuidad, discontinuidad y serialidad, quedaba varada en lo visual. Sus procedimientos van desde la escritura automática, basada en las sugerencias que traen consigo las palabras y sus diferentes asociaciones, hasta las improvisaciones de Cumming. El poema que lo ilustra es un poema a varias voces, contiene desdoblamiento temáticos y sonoros, que libertan la percepción. El riesgo era tornarse en una gimnasia de sus mismos recursos, tal como acaeció con otras vanguardias. El Pluralismo nos indujo a una responsabilidad de la forma, como diría Barthes. ¿Con él terminan las aventuras vanguardistas de nuestra evolución poética? No. Hace unos años el poeta Cayo Claudio Espinal publicó el manifiesto contextualista, acompañado de una obra poética llamada *Comedio*. Se trata de introducir junto con el poema los intertextos de donde es oriundo. El contextualismo nos invita a centrarnos en las diversas etapas fenomenológicas del acto literario.

Las vanguardias no han sido las responsables de las transformaciones de nuestra literatura, pero, como dice Andrés L. Mateo, han servido de «incitación». En realidad, el *marketing*, los grupos, el espectáculo, la experimentación sin experiencia, las jefaturas de reformadores... sólo han hecho eso: incitar, enseñarnos de una vez por todas que el arte no es repetición, que hay que abolir la oposición entre lo antiguo y lo moderno. «La tradición de la ruptura –decía Octavio Paz– no implica únicamente la negación de la tradición, implica la negación de la ruptura misma». Y esta es una obra de solitarios. Las obras de Joyce, de Baudelaire, de Eliot, de Picasso han superado la acumulación de modas, ingenuidades, los miedos, los tropiezos y las trivialidades de la cultura basura, producciones que han enmudecido y yacen en el cementerio apacible de las utopías muertas. De esas obras que todavía nos hablan, que aun nos seducen, nos cuestionan y estimulan nuestra capacidad para interpretar, brota lo moderno, la conjunción entre la obra y el público.

Quince estudios de la novelística dominicana, de Giovanni Di Pietro

La mayoría de los escritores compendiados en estos ensayos de Giovanni Di Pietro, *Quince estudios de la novelística dominicana* (S. D. Banco Central, 2006) quedaron atrapados en las mancuernas de la dictadura de Trujillo. Hay, pues, un condicionamiento que arroja a todos los escritores e intelectuales que tuvieron que obrar en ese período aciago de la vida nacional. Se trata, en primer lugar, de la implantación de un régimen que asumió muy rápidamente el control total de todas las posibilidades de supervivencia de los escritores e intelectuales.

1. En 1932, se funda el Partido Dominicano; a seguidas quedan formalmente clausuradas todas las demás instituciones políticas. A todos los empleados del Estado, se les exige su pertenencia al partido, *so pena* de quedar excluidos de la Administración pública. En aquellos años todavía permanecían vigentes las sociedades culturales: *Acción Cultural* y *Paladión*. Poco después desaparecieron completamente, pues se impuso la afiliación al Ateneo y a los postreros *Cuadernos dominicanos de Cultura* y con esos esfuerzos se redujeron enormemente las posibilidades de trabajo para el intelectual fuera del dominio de la dictadura. Los tres ciclos de la supervivencia pasaron a ser controlados totalmente por la dictadura.
 - *La burocracia del Estado*
 - *Los periodistas* (*La Nación*, *El Caribe*, eran propiedad de Trujillo) y *La opinión* y *El listín Diario* servían cabalmente los propósitos de la dictadura.

- La radio y posteriormente la televisión y los demás medios de comunicación se hallaban controlados por la familia Trujillo. Se implantó la censura de la más mínima crítica al régimen.
- En el caso de *Los intelectuales y escritores académicos*, para formar parte del profesorado de la universidad había que afiliarse, parejamente, al Partido dominicano, e igualmente para obtener un diploma de alguna carrera, era costumbre dedicarle la tesis al dictador y enviarle un telegrama de agradecimiento.
- *Los empleos del sector privado* eran suministrados en su mayoría por las empresas de Trujillo, que representaban el 70% de la producción azucarera, y cuyas empresas abarcaban el 45% de la mano de obra del país; si calculamos que el otro 45% era representado por el Estado, podemos decir que Trujillo tenía el control del 80% de los empleos del país.

Estas limitaciones son las que explican que todos los intelectuales analizados por Di Pietro en el período que va de 1930 a 1960 pertenecieron de algún modo a la burocracia del régimen que prevalece en esa etapa. Los tres sectores que suelen amadrigar a los intelectuales y escritores fueron totalmente controlados por la dictadura: el sector editorial (periódicos, academias, ateneos, revistas); el sector académico (universidad, liceos de enseñanza), el sector burocrático (partido, Secretarías de Estado, diplomacia).

Esta obra se refiere, fundamentalmente, a la novela escrita durante la Era de Trujillo. Al leer los comentarios de las obras deberíamos introducir un principio de clasificación: un ciclo laudatorio, en el cual entrarían las novelas de Rafael Damirón; el nacimiento de la novela tesis, representado por las novelas de J. M. Sanz Lajara, Juan Bosch; la representación de las luchas sociales, simbolizada por *Over* de Marrero Aristy, en *La Sangre* de Tulio Manuel Cestero, en la *Trilogía patriótica* de Federico García Godoy, y las novelas de introspección psicológicas representadas por Haim López Penhna y Ramón Lacay Polanco. Me parece que esos grandes principios

constituyen el molde en que fraguan sus prosas estos escritores. Para esclarecer el grado de dependencia política, económica y social en que escribieron sus obras menester es que hagamos un alto para describir esta dependencia que encorsetó las obras de estos intelectuales, y de la cual el único que logró emanciparse plenamente fue Juan Bosch, quien al salir, mediante un ardid, del país, se convirtió, una vez instalado en el exilio, en el líder de la oposición antitrujillista. Episodio que ya resulta palmario a partir de 1940, cuando empiezan las actividades del Partido Revolucionario Dominicano y posteriormente, cuando Bosch se convierte en el delegado de toda la oposición dominicana en el exilio ante los gobiernos democráticos en la zona del Caribe.

Todas estas descripciones corresponden al telón de fondo del análisis que emprende Giovanni Di Pietro. El autor desdeña las informaciones estilísticas y lingüísticas, y centra su investigación en el examen de la ideología, cuyas tramoyas se le revelan al penetrar en el drama que enfrenta a los personajes, en los propósitos de los protagonistas, en los valores que obran como móvil y en las hazañas y proezas que constituyen el contenido profundo de toda la trama novelesca. Es claro que esa perspectiva exige, para poder evaluarla en toda su proporción, que desmenuemos cuáles son las camisas de fuerza que encorsetan al intelectual y cómo se revelan en la obra estas rémoras. El otro aspecto de su análisis es el examen ético de cada una de las obras que analiza; tienen sus escritos la pasión del moralista, que extrae sus normas de los valores aceptados como trascendentales y permanentes. A saber: la democracia, la noción racionalista del bien como expresión de la libertad, la revolución en el sentido ideal etc.

Examinemos de hito en hito, la circunstancia que obrará como tramoya social y política en cada uno de los protagonistas de esta obra.

- **José Manuel Sanz Lajara** (1917-1963). Al comenzar el régimen de 1930 y cerrarse a cal y canto todas las posibilidades de una vida independiente, entró en el servicio diplomático de

Trujillo. Llegó a ser consultor jurídico del consulado dominicano en Nueva York (1941), primer secretario de la embajada en Haití, en momentos en que el embajador era Manuel A. Peña Batlle 1947, primer secretario de la embajada dominicana en Brasil (1949), Subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores (1953), Embajador ante las Naciones Unidas (1956), Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Brasil (1956-1958), Ministro diplomático en Cuba, Ecuador y Uruguay (1957), Embajador en Argentina (1958).

- **Rafael Damirón (1882-1956).** Al momento del golpe de Estado del 23 de febrero de 1930 formaba parte de los intelectuales vinculados a Horacio Vásquez. Era cónsul en Puerto Rico; pero rápidamente se integró al nuevo régimen, y aparece como diputado en la primera administración de Trujillo. Llegó a ser encargado de cultura del Partido Dominicano, cónsul en Barcelona, México y en Madrid. Escribió dos libros de ensayos doctrinales en los que justifica su elección de la dictadura de Trujillo, y defiende la continuidad histórica del régimen.
- **Ramón Lacay Polanco (1924-1985).** Ocupó cargos de poca monta durante el régimen de Trujillo. Como todos se inscribió en el Partido Dominicano; hizo periodismo en el periódico *La Nación*. Sus tareas estuvieron relaciones con la propaganda de la dictadura y en su defensa periodística, faenas relacionadas con su cargo.
- **Tulio Manuel Cestero (1877-1955).** Entró a la primera administración de Trujillo como funcionario de Hacienda, y luego pasó al Servicio Diplomático, destacándose como embajador en Chile, en Argentina y en Bolivia.
- **Haim López Pehna (1878-1968).** Todas sus novelas fueron escritas durante la Era de Trujillo. Era un maestro de la masonería; tienen sus obras carácter teosófico. Como todos los intelectuales durante esta época estuvo conminado a aceptar, de manera indulgente, los moldes ideológicos del régimen. No tiene fama de rebelde, ni su obra ni sus artículos permiten hacer esas deducciones.

- **Julio González Herrera (1903-1961).** Era miembro de la sociedad *Paladión* al comienzo de la Era y pasó posteriormente a servir como consultor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y durante los dos primeros períodos de la administración de Trujillo fue Juez del Tribunal de Tierras. Hizo tareas de periodista dictando conferencias por varios países de América, en sus tareas de propaganda como periodista de *El Caribe*. En 1956, dio a la estampa la obra *Trujillo, genio político*. El alcoholismo lo llevó a un delirium tremens, al parecer pasó algunas temporadas en el manicomio de Nigua, que fue antes un presidio de luchadores antitrujillistas. Esto ha llevado al investigador F. Gutiérrez a afirmar dos falsedades. La primera, que fue encerrado por antitrujillista; y la segunda, aun más pintoresca, que la novela en la que esencialmente se establecen las diferencias entre haitianos y dominicanos, y la pérdida de la razón empalma con el ideal antitrujillista sustentado por el autor del comentario.
- **Amelia Francasci (1850-1941).** Seudónimo de Amelia Francisca Marchena de Leyba. Se propuso escribir novelas ambientadas en un mundo que no conocía, el Madrid finisecular y de los albores del siglo XX. La obra comentada por Di Pietro es una introspección psicológica, superficial y amena. Sus mejores páginas se hallan dedicadas a la biografía de *Meriño íntimo*. Los últimos 11 años de su vida fueron vividos en la tiranía de Trujillo, no puede decirse que se atisben en ella las imposiciones ideológicas que padecieron aquellos que iniciaban su vida literaria en 1930.
- **Juan Bosch (1909-2001).** Miembro del grupo literario La Cueva, se mantuvo reticente a partir en el primer Gobierno y era observado con ojeriza por las autoridades. A poco de comenzar el complot de 1935, fue acusado de participar en esa conjura y metido en la cárcel de Santo Domingo y luego fue llevado al presidio de Nigua, a la salida del presidio se inscribió rápidamente en el Partido Dominicano, se le asignó un trabajo en la Dirección de Estadística, y al momento de su salida del

país, en 1938, Trujillo tenía cálculos para hacerlo diputado, posición que había evadido. Durante ese breve período trujillista se vio en la obligación de pronunciar discursos, escribir artículos y correspondencia a favor del dictador. Perteneció al ateneo y a la Dirección de Cultura del Partido Dominicano, y su novela *La mañosa* en cierto modo fue empleada como argumento de nuestras desgracias, debidas, según se decía, a la vigencia de un caudillismo político paralizante. Son esas las fórmulas empleadas por Max Henríquez Ureña y que serán empleadas posteriormente como la presencia del conchoprimismo, de esas revoluciones devastadoras, que impedían organizar la vida nacional.

- **Gustavo Adolfo Mejía Ricart (1893-1962).** En 1930 era parte del séquito de Rafael Estrella Ureña, jefe político de la Revolución del 23 de febrero de 1930. Fue diputado al Congreso, catedrático de la Universidad de Santo Domingo. Fue miembro del aparato cultural de la Era. La novela analizada refiere una etapa anterior, ya que fue escrita durante el período de Horacio Vásquez. *La caída de las alas* fue publicada en Cuba en 1925. Publicó ulteriormente *Viejos romances, cuentos y novelas cortas*, en 1952. Época de esplendor del régimen totalitario.
- **Ramón Marrero Aristy (1913-1959).** Se mantuvo fuera de la influencia del régimen, sin formar parte de la oposición, durante la primera década. Ingresó como periodista en *El Caribe*, y comenzó a participar en las instituciones culturales creadas para el encuadramiento político y cultural: el ateneo, el Partido Dominicano. Su ascenso fue meteórico: Comisionado para la región Este del país, diputado al Congreso (1948-1950), Subsecretario de Estado de Trabajo y finalmente Secretario de Estado de Trabajo (1957-1959); tuvo parejamente responsabilidades diplomáticas, llevó a cabo la defensa de la política laboral y sindical del régimen en el campo internacional. Escribió una historia dominicana en tres volúmenes, que originalmente había sido un encargo hecho a Américo Lugo. Escribió dos ensayos laudatorios sobre la Era de Trujillo: *En la ruta de los*

libertadores (1944), *Trujillo, síntesis de su vida y su obra* (1949). Sólo publicó una novela, *Over* (1939), y un libro de cuentos costumbristas, *Balsié* (1938).

- **Federico García Godoy (1857-1924).** Sus novelas refieren pues los acontecimientos patrióticos relacionados con la fundación del Estado dominicano. La Anexión a España, producida en 1861, patrocinada por el General Pedro Santana, las luchas caudillistas, la dictadura de Ulises Heureaux (1873-1899) y finalmente la ocupación estadounidense de 1916-1924. En *El derrumbe* se exponen los grandes males que inficionan la vida nacional y que aparecen dramatizados en sus novelas.

Entre la vida y la obra se establecerá, necesariamente, una relación de vasos comunicantes. Y es, por ello, que hemos querido ilustrar la relación de dependencia que sostenía la práctica de estos escritores. Esa relación nos llevará al meollo de la obra, a la explicación de las novelas escritas en el período histórico de 1930 a 1961, conocido como la Era de Trujillo: una sociedad de partido único, de pensamiento dirigido, sin libertad de expresión ni de asociación ni de movimientos hacia el mundo exterior, regida por el colectivo de la personalidad y donde el intelectual se hallaba conminado a la propaganda.

Di Pietro define la novela trujillista, a todas las escritas durante la Era de Trujillo. Luego hace un deslinde, entre éstas: 1) las que atacan o ponen en entredicho la dictadura, tal *Cementerios sin cruces* de Requena, en buena medida *Over* de Marrero Aristy, inspirado, en ese punto y hora, por las ideas socialistas de Adalberto Chapuseaux, Francisco Prats Ramírez y de los miembros más conspicuos de la sociedad *Paladión* a la cual se había afiliado; y 2) las novelas que se propusieron hacer propaganda histórica del régimen implantado en el país. En esta última clasificación hace el distingo de dos derroteros: por un lado, aquellas novelas que carecen absolutamente de méritos literarios, y que pueden ser tildadas de panfletos de divulgación de las proezas del régimen; y por otro, las novelas que tienen, por el modo que han sido con-

cebidas, categoría de obras artísticas, aun cuando, desde el punto de vista moral, fueran vapuleadas por el severo juicio moral en crisálida en la picota del crítico. Dentro las primeras novelas, se hallan obras como *No hay peligro en seguirlo* (1937) de Colón Echavarría, *El mensaje de las abejas* (1943), de González Herrera, *La octava maravilla* (1943), de Henríquez Castillo, *Rosa Elena* (1935), de Tomás Morel, *El hombre de los pies de agua* (1959), de Armando Oscar Pacheco, *Gente del portal* (1954), de Miguel Alberto Román, *Anacaona* (1947), *Santuario en Ruinas* (1957) de Pedro Vergés Vidal. Ésas entre otras, son novelas inspiradas en las ideologías de la época, desgajadas de aquellas que el autor tomará en consideración para elaborar su canon. Los criterios que le permiten a Di Pietro hacer el deslinde son los siguientes:

- a. desarrollo del personaje;
- b. capacidad de innovación y de superación de los lugares comunes;
- c. encabalgamiento de las secuencias y carácter verosímil de la historia;
- d. placer estético que le produce al lector;
- e. capacidad de convicción de la trama o tramoya sobre la que se construye la narración.

En cuanto a las novelas seleccionadas como representativas de este período el autor reconoce las siguientes: *El viaje* (1940), de Manuel Amiama; *Revolución* (1942), *La cacica* (1944), *Hello, Jimmy* (1945) de Rafael Damirón, *Trementina, clerén y bongó* de González Herrera, y *Caonex* de J. M. Sanz Lajara. Este primer gran esfuerzo por establecer una tabla de valores será considerado logro inestimable, el día en que los intelectuales y los escritores se dispongan a examinar el pasado literario, el día en que las universidades dominicanas comiencen a enseñar literatura dominicana, y renuncien definitivamente al catecismo ideológico implantado como un andador de ideas desde los años sesenta, y que se mantienen aún, tras el derrumbe ideológico de 1990, como una especie de ruina men-

tal, ante la cual todavía se prosternan nuestros estudiantes. El día en que sepultemos esos anacronismos, en que todos los prejuicios que han sustituido la lectura de las novelas y textos comprendidos en esa importante etapa de nuestra vida nacional pasen a capilla ardiente, entonces descubriremos el magnífico esfuerzo de comprensión ejemplar de ese pasado que ha emprendido el profesor Giovanni Di Pietro. Esa es una aportación que la literatura, la que hacen los textos y no los discursos grandilocuentes, sabrá reconocer en su día. No solamente por el carácter de orientación, por la introducción de un principio de clasificación en esas montañas de novelas, más de doscientas, que han servido de criba original, y que le llevaron a un primer canon, *Novela, sólo novela*, sino, además, porque al través de estudios nos revela, como en un retablo arqueológico, los aspectos de la mentalidad en una sociedad totalitaria: el culto al jefe, el fetichismo de una oratoria, trufada de ditirambos y la creencia de que la llegada de un hombre providencial y el control total del Estado por una élite de iluminados intelectuales transformaría a la sociedad. Aquí llegamos a un punto extremadamente importantes. Porque muestra hasta qué punto todas esas novelas revelan que la modalidad de cambio a la que se había afiliado una buena porción de los intelectuales dominicanos, para oponerse a la inestabilidad y la incertidumbre, pasaba por la idea de crear una sociedad y un hombre nuevo a partir del Estado.

Y aun cuando Giovanni Di Pietro nos dice que esas ideas, hallazgos de las novelas de Amiama, de Sanz Lajara, de Damirón, de la creencia de fabricación de una nueva realidad y de nuevo hombre a partir del Estado habían envejecido tras la decapitación del régimen de Trujillo, lo cierto es que solamente cambiaron de mascarilla; se nos presentaron como las ideas fundamentales que inspiraron todo el mesianismo intelectual de los años sesenta.

Al leer todas las menudencias simbolizadas en las obras analizadas, descubrimos cuáles han sido los valores permanentes representados en la novela y en la sociedad, se nos esclarecen los escollos que han trabado la percepción de nuestra propia historia y el modo de imaginar el pasado, pero, además, descubrimos muchas

tradiciones que habían permanecido enterradas por el olvido, el desconocimiento y las nieblas: la lectura de Tulio Manuel Cestero, de Haim López, de Sanz Lajara, de Amelia Francasci; sepulta prejuicios; nos descubre una ciudad enterrada y enriquece nuestra visión del mundo. Es, pues, este libro una obra de amor a las cosas dominicanas, olvidadas, abandonadas por los tratadistas, es un encuentro con la tradición perdida, de la que habrán de nacer los árboles y el lenguaje de la auténtica novela dominicana.

27 de abril, 2006

La elaboración de manuales para la enseñanza de la lengua española (el caso de los manuales de Editorial Santillana)

NOTILLA PRELIMINAR

Desde 1983 a 1990 me dediqué con ardor de cruzado a la enseñanza del francés como lengua extranjera. Constituimos un equipo en la Secretaría de Educación con Obdulia García, e hicimos los cursos del doctorado relacionado con estas actividades, y así penetramos en todas las menudencias del Français Langue Etrangere (FLE). Las experiencias fueron enriquecedoras. Postteriormente, nos incorporamos como lingüistas en la Editorial Susaeta y allí elaboramos dos manuales para la enseñanza del bachillerato que nunca vieron la luz. Entretanto, escribía introducciones de obras, libros de lectura, antologías de cuento. En 1994, se inicia el proyecto Santillana. Y allí, Obdulia como directora editorial de toda las series, y yo como director de Lengua Española, tuve, finalmente, la ocasión de escribir la serie completa, acompañado de dos magníficas profesoras: María Isabel Incháustegui y Jenny Montero. Los manuales comprendían Guía del Profesor, Libro del Estudiante y Cuaderno de Ejercicios y, adicionalmente, Lecturas y Ortografías. El esfuerzo nos permitió poner en práctica la inmensa experiencia que habíamos extraído de la enseñanza de las lenguas extranjeras. En 1998, viajé a La Habana como parte del Grupo Atlantea, y pude presentar los manuales y las menudencias de las propuestas lingüísticas que habíamos concebido para la enseñanza básica y media. La experiencia incluía la lengua española desde el pre escolar, elaborada casi exclusivamente por Jenny Montero hasta el octavo grado. Aun cuando dirigí todo el proyecto, corregí todas las unidades, centré mi esfuerzo en la elaboración de los manuales de séptimo al cuarto del bachillerato. Los cuadernos de ejercicios, las guías del profesor, las ortografías, una montaña de

textos, verdaderamente extraordinaria, fueron asumidas por las profesoras Montero e Incháustegui que desarrollaron una labor ciclópea. Logramos en 1997 implantarnos como la serie de Lengua Española más importante del país. En 1998, salieron los dos últimos volúmenes del Bachillerato, Lengua y Literatura III y IV. En las notas que siguen, hacemos recensión de aquella experiencia verdaderamente memorable.

ANTECEDENTES Y PROBLEMAS DE LA ENSEÑANZA

Durante mucho tiempo, la enseñanza de la lengua española en la República Dominicana ha conservado el aspecto de una legislación. En los años cincuenta, se enseñaban las normas ortográficas, las reglas gramaticales, basándose en la gramática de Andrés Bello. A pesar de que Bello, al igual que su predecesor don Vicente Salvá, es uno de los primeros que concibe la gramática como uso, los juicios gramaticales que se hacían en lengua española no se extraían del propio funcionamiento de la lengua sino de las normas latinas, concebidas al efecto como una norma superior.

En 1938, llega a Santo Domingo D. Pedro Henríquez Ureña y es nombrado Superintendente de Educación. En el poquísimos tiempo que ocupa el cargo, se establecen unos programas de enseñanza, basados en el uso: lectura, vocabulario, estudio descriptivo de la lengua y redacción. Por desgracia la influencia de Henríquez Ureña duró poco; al cabo de dos años ya estaba en Argentina nuevamente; no soportó los horrores de la dictadura de Trujillo. Posteriormente, de los años cincuenta al decenio de los setenta, se enseña con la gramática escrita por Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso. Libro ejemplar que, sin embargo, no era aprovechado, dada la escasa formación del profesorado.

En este punto y hora, comienza la enseñanza de la lengua basada en la lingüística estructural; se impusieron las monsergas de cada una de las escuelas lingüísticas; pululaban las descripciones arborescentes y se fomentó la superstición entre alumnos y profesores de que la lingüística vendría a salvar, con sus remedios de taumaturgo, las insuficiencias de la enseñanza de la lengua. Salvo

raras excepciones, los manuales de lengua ponían el acento en la enseñanza de contenidos metalingüísticos: la verificación que se hacía de la enseñanza consistía en memorizar definiciones, procedimientos descriptivos de la oración o bien en cotejar los términos utilizados por las diferentes escuelas lingüísticas.

El resultado de la implantación de la lingüística, planteada como un sustituto de la gramática tradicional, fue desastroso. Se abandonaron en la enseñanza aprendizaje las tareas de conocimiento y práctica del uso de la lengua: comprensión de la lengua escrita o lectura, producción escrita (redacción, puntuación y ortografía), la expresión oral (dicción, ortoepía etc.). Estos desdenes son la consecuencia de anteriores denuestos. Don Ángel Rosenblat refiriéndose a la enseñanza de la gramática escribía lo siguiente: “Los maestros y profesores han sustituido el aprendizaje y perfeccionamiento de la lengua por el aprendizaje de la gramática. Digámoslo más crudamente: en lugar de la lengua, imponen a los alumnos un manualito de gramática lleno de definiciones y clasificaciones absurdas, o por lo menos muy discutibles.” (Rosenblat: 1975). En esa misma tesitura, escribía Rodolfo Lenz: “Querer aprender una lengua por estudio de la gramática es como aprender a tocar el violín leyendo tratados de música y métodos de violín sin tomar el instrumento, sin ejercitar los dedos”. (Lenz: 1987). Por su parte, Américo Castro llegó a decir que se trataba de un “fósil de nuestra cultura” (Castro: 1987) Los ejemplos abundan: el rechazo de la gramática y de las prescripciones normativas fue, en primer lugar, una consecuencia de ideologías prohijadas por la lingüística; pero posteriormente la búsqueda de una enseñanza capaz de acrecentar las destrezas de lenguaje, nos llevó a abandonar la lingüística como tema central de la enseñanza. El proceso ha sido lento. Porque el debate no se centraba entre la gramática tradicional y la lingüística, sino entre la enseñanza metalingüística (que es común a ambas) y la enseñanza del saber hacer. Este camino aún no parece claramente deslindado en muchos autores de manuales de lengua española. El aprendizaje de la lengua consiste en dominar un saber hacer.

Sin embargo, dentro de ese aprendizaje hay un aspecto informativo —las normas de gramática— cuyo objetivo es crear una conciencia del uso; hacer que el hablante no naufrague en vacilaciones o inseguridades.

Sabemos del desprestigio que tiene la noción de normas gramaticales entre los lingüistas. La lingüística como ciencia tiene como función describir el funcionamiento del sistema de signos de la lengua, explicar sus cambios y prever su evolución, desentendida de las peculiaridades del uso y de la enseñanza de la lengua. Hay en muchos lingüistas un cierto fetichismo de la lengua oral, que oponen, paladinamente, al cultivo de lo que se ha llamado el buen uso. Esta noción que goza de muy mala prensa entre los lingüistas nos refiere el uso de los poetas y los grandes escritores de nuestra lengua. Esta oposición entre normas de lengua oral y buen uso, introducidas por los lingüistas, basadas en el fervor por la lengua oral, y cuya meta no es que el sujeto que ingrese en la escuela adquiera nuevas competencias de comunicación: intelectuales, funcionales... que les permitan acceder a la creación artística, científica y literaria, sino que reafirme las suyas, nos ha llevado a concebir como modelo de enseñanza la lengua de los grupos de menor escolaridad, que, según estos novedosos razonamientos, debía constituir el paradigma de dicción, el canon morfosintáctico y el modelo de designación de la realidad. A los que hemos abogado por una enseñanza en la que se prepare al estudiante para comprender la lengua de la ciencia y de las artes, los autores que representan el buen uso, se nos ha tildado de puristas. Mote que dentro de las convenciones que se manejan en estos mentideros tiene carácter de solapado reproche o descalificación. En realidad, no hay tal oposición entre norma culta y norma popular. En un mismo individuo coexisten, enraizados, varios usos de la lengua. Así, un joven bancario, por ejemplo, puede expresarse perfectamente en las formas dialectales de su mocedad con sus antiguos compañeros de barrio y de generación; puede, asimismo, hablar en la jerga de los contables, administradores y gestionarios. Y domina, por igual, la lengua estándar y los diversos

idiolectos de los bajos fondos, captados de su propia experiencia de vida. Esta diversidad de registros y de normas atestigua de la trivialidad de ciertas oposiciones, que si bien son desmentidas constantemente por la realidad, se convierten en ideas totémicas a las cuales se les rinde culto con voluntaria ceguera, sin que parezcan importar mucho las consecuencias de su aplicación.

Hasta ahora hemos descrito la situación lingüística que tenía primacía en los manuales de enseñanza de la lengua materna y en la programación de la Secretaría de Estado de Educación antes de la adopción de los programas de la reforma educativa, conocida como Currículo del Plan Decenal, aprobado a comienzos de 1995.

LA NUEVA PROGRAMACIÓN

La nueva programación ha naufragado en la confusión. Los profesores han comprendido poco y mal un programa que padece los problemas siguientes (el lector puede consultar el Programa de la Secretaría de Educación):

El tema central de la programación son los actos de lengua. Dicho más explícitamente: se trata de repartir los componentes de la enseñanza según las funciones lingüísticas analizadas en J. L. Austin (Austin: 1962), y que han servido para la elaboración de las series lingüísticas de lengua fundamental del Consejo de Europa, el vademécum Nivel Umbral, editado en casi todas las lenguas de la Unión Europea. Desde el punto de vista de la enseñanza resulta innovador. Sin embargo, cuando se analiza la puesta en práctica de dicha propuesta, nos percatamos de sus fallas: el programa repite en cada uno de los niveles las mismas funciones, sin especificar el carácter que han de tomar para cada curso. Estamos ante una progresión en espiral, según la cual los puntos escogidos para la enseñanza aprendizaje deben volverse más complejos a medida que se enseña en niveles más altos. La eliminación de esos detalles impide observar y conocer qué hay que enseñar en cada nivel y hasta dónde deben dosificarse los contenidos.

Las omisiones de las menudencias relativas a una enseñanza programada, la marginación de la enseñanza de la gramática, convertida en la bestia parda de las teorías de los que han concebido el programa; la práctica ausencia de la literatura en toda la programación de la enseñanza básica, son factores que dejan mucha libertad a los que deben aplicar dicho programa: profesores y lingüistas. Ante esas lagunas, era menester tomar medidas de programación conjunta de toda la serie y además colmar las ausencias en cada uno de los puntos tratados en la enseñanza a la hora de concebir los manuales. He aquí la estrategia:

- Primero, compensar los contenidos de la enseñanza en lo relativo a la gramática, a la ortografía, a la lectura y a la redacción;
- Segundo, dosificar esos contenidos para ordenarlos en una serie que comprende 8 libros; y
- Por último, establecer cuáles contenidos metalingüísticos se enseñarían, cuáles serían los enfoques pedagógicos y a cuáles necesidades se respondería en cada caso.

La elaboración del programa de cada uno de los manuales comprendería, entonces, una progresión relativa al uso (expresión oral y escrita) y a la apropiación de las reglas gramaticales (sintaxis, ortografía). Se trata de una programación centrada en la comunicación, en las interpretaciones de las diversas situaciones de uso de la lengua y en el desarrollo de las capacidades cognitivas del educando.

Otra exigencia del programa es la inclusión de los **ejes temáticos transversales**, que son contenidos ideológicos que afectan todos los programas de enseñanza. Sus contenidos son los siguientes: identidad, trabajo, medio ambiente, creatividad, participación y democracia, ciencia y tecnología y, finalmente, educación para la salud. Es decir, que en cada una de las unidades pedagógicas elaboradas para la enseñanza han de aparecer estos contenidos ideológicos y en la práctica docente se han de inculcar actitudes y valores relacionados con este doctrinal.

Sobre la idea de la enseñanza de la memorización de nociones gramaticales, sobre la descripción del sistema lingüístico, prevalece la del conocimiento del manejo de la lengua, la enseñanza de un saber hacer, es decir, el examen y ejercicio de un conocimiento práctico. En tal sentido, la programación de los manuales obedece al diseño siguiente:

Contenido del manual de lengua española

- Tema de la unidad, eje transversal
- Expresión oral
- Lectura
- Progresión léxica
- Conocimiento gramatical
- Ortografía
- Expresión escrita
- Taller de creatividad

¿Qué es un libro de texto o manual?

El libro de texto o manual está concebido con la finalidad de transmitir informaciones, practicar las experiencias adquiridas o aprendidas, inculcar valores y actitudes y verificar estos contenidos con mecanismos de evaluación.

El libro se expresa en tres modalidades.

- En primer lugar, como **representación gráfica**: contiene elementos icónicos, dibujos, fotografías y gráficos; nos proporciona un acceso a la lectura desde el pensamiento concreto; explora las experiencias previas del educando.
- En segundo lugar, se nos presenta como **estrategia pedagógica**; compendia las técnicas de enseñanzas del profesor: explicación, memorización, verificación o evaluación de los contenidos impartidos; el conjunto de mandatos y ejercicios y las tareas de la enseñanza aprendizaje destinadas

al alumno; la organización de la enseñanza: nivel de comprensión por parte del público, dosificación y objetivos de los contenidos y tiempo que ha de consumir la enseñanza... El libro didáctico es un mediador del currículo; concreta las aspiraciones del currículo. Pero no es el currículo una camisa de fuerza para la expresión de los contenidos del libro; hay una gran cantidad de contenidos que se conciben para fomentar la creatividad y para acompañar al educando aun más allá de los momentos de la clase. El libro interpreta, organiza las actividades de la enseñanza; enseña a aprender por uno mismo: ha de fomentar la autonomía.

- Por último, el libro se concibe como **contenido informativo**: una gran cantidad de textos poéticos, narrativos, expositivos, descriptivos, argumentativos son objeto de lectura, interpretación y análisis; reúne además un buen número de reglas, prescripciones e informaciones metalingüísticas.

Sin embargo, el libro tiene una vida efímera. En la mayoría de nuestros países los libros de textos han de durar vigentes unos 4 ó 5 años, según las leyes de cada país. Razones: la formación educativa es un proceso que no termina y que no puede congelarse en un libro: cambian las perspectivas pedagógicas, cambian los gustos plásticos y los diseños y además se transforman los contenidos; nuevas investigaciones; nuevos enfoques lingüísticos, deben ayudarnos en la segunda etapa a transformar lo que hemos elaborado un lustro antes. En este proceso de re-escritura interviene el examen de los niveles de comprensión de los alumnos o lectores del libro y las apreciaciones de los profesores que lo utilizan como un instrumento de enseñanza...

El concepto unidad modelo sirve de orientación de la serie de libros de Lengua Española de Editorial Santillana. En efecto, en cada uno de los libros de la serie que presentamos los contenidos están organizados en unidades pedagógicas, que compendian las exigencias del programa y unidades especiales, cuyo objeto es el reforzamiento de los contenidos y el fomento de la creatividad y la autonomía.

Del primero al sexto, el tema de presentación de cada una de las unidades se compone de imágenes y textos que se refieren a los valores y actitudes de los contenidos de un eje transversal. Merced a las ilustraciones, esquemas y cuadros sinópticos en algunos casos se trata de explorar las experiencias previas de los educandos y llevarlos a una discusión sobre el tema de la unidad. Así si examinamos el índice de cada uno de los textos podemos descubrir cuáles son los ejes que representan.

Los **actos de habla** son las expresiones de las operaciones del pensamiento. Clasificar, comparar, expresar sus opiniones, explicar etc., son actividades que organizan la expresión oral y la expresión escrita. La lengua se realiza en actos. El pensamiento se construye en y por la lengua. El hombre aprende a pensar en el marco de su lengua. Benveniste nos dice que:

La forma del pensamiento es estructurada por la forma de la lengua (...) El pensamiento no es otra cosa que este poder de construir representaciones de las cosas y de operar sobre dichas representaciones. (...) La forma lingüística no es solamente la condición de transmisibilidad sino ante todo la condición de realización del pensamiento. No captamos el pensamiento sino ya apropiados a los marcos de lengua. (...) La posibilidad del pensamiento está vinculada a la facultad de lenguaje, pues la lengua es una estructura informada de significación, y pensar es manejar los signos de la lengua.

Los actos lingüísticos nos plantean una doble experiencia: la del funcionamiento de la comunicación concebida como apropiación de la situación y del contexto y la del desarrollo de las capacidades intelectuales de los educandos. La lengua condiciona el desarrollo del pensamiento. El gran humanista venezolano Andrés Bello decía que las “*cabezas se forman por la lengua*”. La lengua es el fundamento de todo cuanto se comunica y de todo lo que se comprende y de todo cuanto se interpreta. Esta visión constituye un cambio importante en la concepción de la lengua como instrumento de comunicación, a la que habría que añadirle su condición de fundamento del pensamiento y de la personalidad. Los actos de

lengua se presentan en el uso de la lengua: en la expresión oral y en la expresión escrita.

LA EXPRESIÓN ORAL

La expresión oral obedece a una planificación que abarca ocho niveles. En los primeros grados hemos utilizado lecturas de imágenes, hemos explorado los conocimientos que el alumno trae al aula, historietas narrativas, fotografías, de tal modo que el educando pueda adquirir el hábito del acto de habla estudiado en la unidad pedagógica. A partir del cuarto grado, se emplean macrooperadores que organizan la expresión y determinan los pasos que hay que dar para dominar las operaciones intelectuales más comunes: comparación, descripción, narración, argumentación, explicación etc. En el séptimo grado, se introduce la ortología cuyo propósito es tomar conciencia de las dificultades de dicción.

La expresión aparece presentada por las ilustraciones, que constituyen una herramienta indispensable de contextualización. Porque la experiencia del niño está construida en un mundo de imágenes. El niño convierte los conocimientos que trae a la escuela en una construcción plástica. En ese mismo sentido, el texto escrito que ha de obrar como punto de referencia debe presentarse como una imagen, en la que se muestren paladinamente los elementos que lo organizan.

Veamos a guisa de ejemplo la presentación de los contenidos correspondientes a la descripción en expresión oral:

LA EXPRESIÓN ESCRITA

Partimos de una fase constructivista, cuyo modelo pedagógico es la lectoescritura. Se trata de reconocer los actos de habla utilizados en la lectura. Nos planteamos, en primer lugar, una

fase de análisis de texto en la que los alumnos reconocerán los elementos que organizan la expresión.

Mediante un procedimiento de descomposición del texto se muestran sus macrooperadores, los señalizadores de coherencia interna (nexos, anafóricos, diafóricos etc.) y se produce una visualización de los componentes del texto.

Concluida la fase de la lectura, entramos entonces en la organización de la producción escrita, que se deduce de los esquemas extraídos de la lectura. Pero la expresión escrita no se limita al manejo de los textos relacionados con el uso cotidiano: cartas, resúmenes, artículos, noticia etc., sino que además se presentan textos para construir historias, relacionar imágenes y desarrollar la imaginación y la adquisición de hábitos de escritura.

Examinemos la descripción en la expresión escrita:

Lectura

La lectura comprende tres etapas distribuidas en todos los grados de la serie. En una primera etapa se plantea una **lectura comprensiva** basada en preguntas, cuadros analíticos, imágenes referenciales y esquemas de comprensión (ver “Nace una cayena”, *Lengua española 2*)... A partir del cuarto grado, se introduce copiosamente la **lectura interpretativa**. Se le pide al educando que compare el texto estudiado con otras lecturas realizadas; se explora sus conocimientos sobre el punto de marras; se le sugiere que responda sin ceñirse a las peculiaridades del texto y, finalmente, se le solicita que opine, que valore, que plantee de manera autónoma su posición. Esta etapa la llamamos **lectura valorativa**. No se trata, en este punto y hora, de hallar los sentidos ocultos del texto o de desmenuzar los secretos laberintos de su origen, sino de producir un sentido.

En el ejemplo que mostramos puede observarse lo siguiente:

- Una primera fase de verificación de la comprensión.
- Luego se pasa a la reformulación o interpretación del contenido, reforzada con el señalizador visual.

- Finalmente, en una etapa postrera, se plantea la valoración o toma de posición con relación al texto.
(*Lengua Española 2*, “Vamos a leer”)

Estudio de la lengua

La reflexión sobre el sistema de la lengua comprende dos grandes aspectos: la gramática y la ortografía. En el programa curricular establecido por el Ministerio de Educación, la gramática, por desgracia, está prácticamente excomulgada. Los programadores echaron campanas al vuelo para sacar la gramática de la enseñanza, tachándola de responsable de la pérdida del poder de expresión en el uso de la lengua en estudiantes y egresados de la escuela. Como toda innovación, el nuevo programa quiso barrer con todas las improntas de lo anterior, y trató con mucho desdén la enseñanza de las reglas gramaticales.

La reflexión sobre la lengua se presenta del modo siguiente:

Primero se presenta el texto. Con ayuda de señalizadores gráficos, se muestran las dificultades que se van a tratar. Se trata de unos ejercicios de mayéutica constructivista. El estudiante percibe la dificultad que se le presenta y al mismo tiempo puede poner a operar sus conocimientos y su capacidad de observación lingüísticas; **luego** se pasa a la formulación de la regla y, **finalmente**, se realizan las verificaciones evaluativas.

El libro ha de ser una posibilidad abierta. Para satisfacer la necesidad de ir más lejos, hemos concebido las unidades especiales y los talleres. La meta es despertar la libre expresión del niño y abrir la posibilidad de la autoformación, con actividades que rebasan, muchas veces, las exigencias del programa; y resultan estimulantes para los educandos.

La planificación general de todos los contenidos sigue una progresión en espiral. Dicho más explícitamente: muchos de los actos de habla y contenidos se repiten de manera continua, llegando cada vez a mayores complejidades. La descripción, por ejemplo, aparece, prácticamente, en todos los niveles. Otro tanto acaece con la argumentación. Sin embargo, en cada uno de los

grados académicos presenta un aire distinto. En el séptimo y octavo, últimos libros de la serie de educación básica, se presenta la lectura con una mayor cobertura, una explicación de vocabulario y aparecen otras innovaciones: la literatura y el análisis textual.

La **literatura**, prácticamente ausente del programa de séptimo y octavo, no resulta sin embargo ociosa.

- Primeramente, se exponen dificultades de carácter estilístico, de las cuales, el texto seleccionado ha de ser una prueba palmaria.
- A continuación, se examina una pequeña biografía del autor y el texto seleccionado, mostrando sus operaciones estilísticas.
- Finalmente, se verifican o se valoran los contenidos estilísticos.

El **análisis textual** presenta un compendio de técnicas de intervención en el texto, de modo que éstas sean incorporadas a las competencias analíticas de la lectura. El análisis constituye un ejercicio de reconstrucción del texto: la capacidad de interpretar va pareja con el desarrollo de las estrategias de lectura que nos muestre la estructuración, el modo de funcionamiento y las posibilidades de intervención del lector. “El educando debe participar en la construcción de su aprendizaje (...) Saber aprender es una condición del éxito de este tipo de aprendizaje” (Henri Holec: 1992). Se trata, en resumidas cuentas, de la predeterminación de todo aprendizaje de la lengua: “Nadie aprende en el lugar de otro. No hay pues aprendizaje que no sea, en el fondo, autoaprendizaje. El aprendizaje es el resultado de la actividad del educando” (Louis Porcher: 1992). En resumidas cuentas, resulta indispensable dotar al alumno de ayudas que contribuyan al ejercicio del autoaprendizaje.

CONCLUSIÓN

Desde el punto de vista del lenguaje icónico, la serie de libros de *Lengua Española* de Santillana de República Dominicana (1994-2000),

utiliza las ilustraciones para obrar como síntesis de contenido, como elementos de contextualización, como organizador temático, como elemento que seduce, sugiere, motiva y contribuye a la comprensión de los grandes temas ideológicos de los ejes transversales.

Si examinamos la exposición del discurso pedagógico, tropezaremos con la presencia de la enseñanza funcional de la lengua, cuyas aportaciones fundamentales se han realizado en la enseñanza de las lenguas extranjeras. Y esto se convierte en un buen argumento a las tesis de Eric Roulet (Roulet: 1980) cuando se propone demostrar cómo los hallazgos lingüístico-pedagógicos en lenguas extranjeras han influido en la enseñanza de la lengua materna. El discurso pedagógico pertenece al dominio de lo metalingüístico: mandatos, indicaciones, respuestas, recomendaciones, descripciones del contenido, organización de los ejercicios etc. constituyen la base del discurso pedagógico, que aparece señalado con negritas y utilizando colores emblemáticos que orientan al profesor o pedagogo en las tareas de la enseñanza.

Los textos del manual de enseñanza se expresan en el dominio de la lengua funcional: cartas, instrucciones, textos informativos, textos descriptivos, argumentativos, explicativos, dialogados etc. Se incluye, asimismo, una antología de textos literarios, cuyo propósito es presentar, en contexto, los diferentes aspectos lingüísticos de un texto: registro de lengua culta, registro dialectal y registro de lengua estándar.

Las técnicas utilizadas en la comprensión y legibilidad de textos han transformado la actividad del educando. Dentro del esquema de la lectura de hace algunas décadas se concebía al educando como un ente pasivo. Los trabajos de Francois Richaudeau (Richaudeau: 1984) sobre la legibilidad han permitido reconocer el funcionamiento de la percepción, de la memorización y de la estructuración de la lectura y esto ha abierto enormemente la posibilidad de elaborar, conscientemente, mecanismos de señalización, de coherencia global y local, macroorganizadores, organizadores previos que ayudan a la anticipación y a la adquisición de estrategias de comprensión por parte del educando.

La lectura y la escritura se valen de muchísimos mecanismos para manifestar la organización de la comprensión: títulos, subtítulos, conectores, cuadros, negritas, cursivas, boliches, organizadores previos etc. Estas herramientas nos ayudan a describir el funcionamiento del uso, y hacen factible la experimentación o ensayo de los actos de lengua y su explicación.

No hay que desdeñar la importancia de todo cuanto hemos dicho. Sin embargo, el mayor desafío radica en el papel que desempeña la enseñanza de la lengua en la construcción y predeterminación del pensamiento. Es claro que las destrezas relacionadas con el pensamiento: deducir, inferir, argumentar, comparar, analizar etc. son el campo de experimentación del uso de la lengua.

La descripción, la explicación y el dominio desde el punto de vista lingüístico y funcional de realizaciones concretas del pensamiento han derribado las fronteras de la enseñanza de la lengua y se han vertido sobre un campo en cual ya ha obrado la simiente de la filosofía y de la pedagogía del conocimiento. N.M. Shardakov (Shardakov: 1979) lo planteó en términos de objetivos de la escuela. En estos manuales aparecen esbozadas algunas operaciones del pensamiento, estructuradas como un saber hacer.

Las metas de la enseñanza de la lengua cobran una importancia renovada, si se concibe desde la perspectiva de estos componentes, que han obrado como fuerzas teóricas de los manuales de esta serie, concebida como una enseñanza orientada al:

- **Desarrollo intelectual:** se trata de un objetivo que dote al educando de autonomía para usar su inteligencia y dominar de manera consciente las actividades del pensamiento. Es tarea de la formación escolar y post escolar darle al educando las posibilidades de enriquecer su formación con el dominio de los métodos de pensamiento. La lingüística no ha estado ajena a estas preocupaciones. Bertil Malmberg (Malmberg: 1980) estableció dos grandes formaciones del pensamiento presentes en el uso cotidiano: el pensamiento algoritmo, ligado al cálculo, a las operaciones lógicas y el pensamiento taxonómico, basado en las clasificaciones, muy

propio de la botánica y de la zoología y las ciencias experimentales. Pero estas menudas incursiones en esa terra incógnita no resulta suficiente. Hemos de tomar en consideración los trabajos realizados por Vigostky, Issac Luria y Shardakov, y emplear sus hallazgos como un poderoso mecanismo para transformar la enseñanza aprendizaje.

- **Desarrollo comunicativo:** nos remite al dominio de la expresión oral y la expresión escrita en situación de comunicación. Se supone que la enseñanza debe preparar al individuo para desempeñar las tareas lingüísticas relacionadas con sus necesidades sociales, culturales, familiares y profesionales. Es decir, que la enseñanza aprendizaje ha de tomar en cuenta qué tipo de necesidades tiene el educando y ha de proponerse como meta conjurar estas necesidades.
- **Desarrollo de la lectura:** Resulta evidente que la formación del individuo y sus posibilidades postreras de autoformación y reciclaje de sus conocimientos no puede emprenderse, si éste no desarrolla habilidades de comprensión, que son fundamentales en el aprendizaje y en la comprensión de la realidad. Y aquí hemos hecho acopio de las experiencias de la escuela Freinet, de Richaudeau, de Gauquelin, de Sophie Moirand y un batallón de lingüísticas que consagraron todos sus esfuerzos a desmenuzar la enseñanza de la lectura.
- **Desarrollo de una conciencia del uso:** La falta de un uso consciente de la lengua, de sus normas de uso, es una fuente de anfibologías y dubitaciones que no contribuyen al uso adecuado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Secretaría de Estado de Educación (SEEBAC) (1995): *Libros de textos del nuevo currículum. Programa de lengua española.*
- MOIRAND, Sophie: (1975) *Situation d'écrit*, Paris, Clé International.
- BENVENISTE, Émile: (1979) *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI.

- ROULET, Eric (1980) *Langue maternelle et langue seconde. Vers une pédagogie intégrée*, Paris, Hatier.
- VIGNER, Gérard: (1980) *Didactique fonctionnelle du français* Paris, Hachette.
- ÁLVAREZ MÉNDEZ, Juan Manuel (1987): *Teoría lingüística y enseñanza de la lengua* (compilación). Madrid , Akal. (Véase LENZ R. CASTRO A.: 1987)
- ROSENBLAT, Ángel: (1981) *La educación en Venezuela*, Caracas, Monte Ávila.
- HAGÈGE, Claude: (1995): *Théorie Linguistique*, Paris. Collège de France.
- AUSTIN, John. (1962) *How to do things words*, London, University Press.
- NÚÑEZ M. GARCÍA, O. INCHÁUSTEGUI M. MONTERO J. (1996) *Lengua Española (8 libros). Cuadernos de lengua española (8 libros) lectura (8 libros)*. Editor de lengua española: (M. Núñez)
- RICHAUDEAU, François: (1984) *La Lisibilité*, Paris, Retz.
- BERTOCETTINI, Paola: (1992) *Autoformation*, Paris “ Le Français dans le monde” Hachette.
- MALMBERG, Bertil: (1979) *Teoría de los signos*, México, Siglo XXI
- HOLEC, Henri: (1992) *Apprendre à apprendre*, Paris, “Le Français dans le monde”.
- SHARDAKOV, N. M. (1979) *El desarrollo del pensamiento escolar*, México, Editorial Grijalvo.

El español en las publicaciones

DEMOGRAFÍA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Al examinar el estado de nuestra lengua, nos percatamos de las invaluable ventajas que significa pertenecer al orbe de la hispanidad. La hispanidad es un acervo común, en el que tiene primacía la cooperación científica, cultural; el intercambio de pareceres y la transferencia de saberes entre las 21 naciones que comparten un legado lingüístico común. No es sólo la lengua oficial de esas naciones, sino que es, además, la lengua en la que se ha fraguado el patrimonio cultural de las naciones de marras. Es, detrás del chino, el indostaní, el inglés, la cuarta lengua del mundo. Y, además, la cuarta en extensión territorial detrás del inglés, del francés y del ruso. La mayor concentración de hispanohablantes se halla en México con 26, 6%. El cetro del dominio de la lengua española se halla en América, donde se hallan el 90% de los hispanohablantes; España tiene apenas el 10% de los hispanohablantes.

La lengua española es, por otra parte, la lengua de una buena parte de las minorías que pueblan los Estados Unidos, las Filipinas y en algunas comunidades sefardíes esparcidas en Turquía, en Grecia y el Norte de África. Asimismo, el español se ha convertido en una importante segunda lengua de enseñanza en una cantidad de países europeos; ha tenido una notable expansión como lengua de ciencia y de tecnología.

Las causas que favorecen la expansión del español fueron descritas en un puntilloso estudio por los lingüistas Francisco Moreno

Fernández y Jaime Otero. Podemos resumirlas en la siguiente enumeración:

- Aun cuando resulta difícil establecer el nivel de homogeneidad de la lengua española, puede decirse que sus hablantes comparten un sistema vocálico de cinco elementos, un sistema consonántico con moderadas fragmentaciones, una sintaxis elemental y un léxico fundamental. Estas realidades pueden alterarse ante realidades geolingüísticas y variantes sociológicas; pero en la lengua escrita, esta unidad se manifiesta de manera palmaria.
- La lengua española posee un legado histórico considerable. Es una de las principales lenguas de cultura del mundo, la calidad y la riqueza de su literatura, ya sea la producida por los españoles, por los hispanoamericanos; las aportaciones de sus científicos, de sus filósofos, de sus intelectuales y de sus hombres de ciencia ha sido ampliamente reconocida en todo el mundo.
- El español es una de las principales lenguas internacionales. Es la lengua oficial de 21 países; comprende una de las áreas geográficas más extensas del mundo. Desde el punto de vista estrictamente demográfico, las poblaciones hispanohablantes crecen, aun en las zonas no hispánicas, como en los Estados Unidos.
- Si bien se estima que la población de hispanohablantes podría estabilizarse hacia el 2010, el crecimiento del uso de esta lengua podría acrecentarse por otras razones:
 1. El prestigio cultural de los países hispanohablantes;
 2. La extensión geográfica que abarca;
 3. El desarrollo de la ciencia y la cultura; la expansión de la televisión por cable, de las editoriales y de la Internet en todo el orbe hispanohablante.

Para calibrar el peso de la lengua española, hay que desmenuzar los datos demolingüísticos. Examinemos, pues, el área geográfica que representa nuestra lengua.

Cuadro 5
Superficie geográfica de las cinco lenguas más extendidas del mundo

| | Superficie ² | Superficie% Mundo ³ |
|--------------------|-------------------------|--------------------------------|
| Inglés | 39 466 937 | 29,4% |
| Francés | 20 618 557 | 15,4% |
| Ruso | 17 282 995 | 12,9% |
| Español | 12 207 187 | 9,1% |
| Chino | 9 610 795 | 7,2% |
| Total Mundo | 134 023 977 | |

FUENTE: Marqués de Tamarón (1995).

Aunque el inglés, el francés y el ruso nos aventajan en la superficie que representan sus lenguas, hay que subrayar el hecho de que la lengua española constituye en la mayoría de los territorios en que se utiliza la lengua patrimonial de todos los grupos culturales de la nación. No ocurre así con el francés que se habla en África, en las Antillas francesas; ni con el inglés, que es lengua oficial en la mayoría de naciones del mundo. El caso de Haití es ejemplar. El francés figura como la lengua oficial de sus habitantes, pero sólo lo habla el 5% de la población. El francés y el inglés son, en puridad, la lengua de las capas que han sido escolarizadas; funcionan como la lengua de un mandarinato. Obrán, las más de las veces, como lenguas impuestas por la necesidad de la enseñanza y la comunicación con el resto del mundo. En sus comunicaciones ordinarias la mayoría de las naciones de África y Asia que tienen el inglés y el francés como lenguas oficiales utilizan lenguas vernáculas.

Bien es verdad que la lengua española compite en España y en América con otras lenguas. El catalán, el vascuence, el gallego en España, y las lenguas amerindias en América hispana. Pero en todos los territorios en donde se ha implantado como lengua oficial es la lengua más valorada por la población. Es la lengua de casi el 95% de todas las poblaciones. Aun en las zonas de menor influjo como Guatemala y el Paraguay el español tiende a convertirse en la lengua de mayor comunicabilidad y es, con todo, la principal lengua de enseñanza.

Cuadro 7
Número y proporción de hablantes de español (2000-2005)

| | Hablantes | Población | Hablantes (% población) |
|----------------------|-------------|-------------|-------------------------|
| Argentina | 36.060.000 | 36.260.130 | 99,40% |
| Bolivia | 7.279.000 | 8.274.325 | 87,90% |
| Chile | 15.015.000 | 15.116.435 | 99,30% |
| Colombia | 41.129.000 | 41.468.384 | 99,20% |
| Costa Rica | 3.779.000 | 3.810.179 | 99,20% |
| Cuba | 11.116.000 | 11.177.743 | 99,40% |
| Ecuador | 11.692.000 | 11.919.399 | 98,10% |
| El Salvador | 6.736.000 | 6.756.786 | 99,70% |
| España | 40.026.000 | 40.499.791 | 98,80% |
| Guatemala | 9.708.000 | 11.237.196 | 86,40% |
| Guinea Ecuatorial | 918.000 | 1.014.999 | 90,50% |
| Honduras | 6.020.000 | 6.076.885 | 99,00% |
| México | 96.097.000 | 97.483.412 | 98,50% |
| Nicaragua | 4.988.000 | 5.142.098 | 97,00% |
| Panamá | 2.644.000 | 2.839.177 | 93,10% |
| Paraguay | 3.589.000 | 5.163.198 | 69,50% |
| Perú | 22.648.000 | 26.152.265 | 86,60% |
| Puerto Rico | 3.762.000 | 3.808.610 | 98,80% |
| República Dominicana | 8.449.000 | 8.562.541 | 98,60% |
| Uruguay | 3.205.000 | 3.241.003 | 98,90% |
| Venezuela | 24.601.000 | 24.920.902 | 98,80% |
| Español | 359.461.000 | 370.925.458 | 96,90% |

Este análisis estuviese incompleto, si no incluyéramos, a la par, el influjo de las poblaciones hispanohablantes en los países de emigración o aquellos en donde las comunidades hispanohablantes constituyen minorías nacionales. Una porción, la que ha emigrado hacia Europa y Canadá, está constituida fundamentalmente de exiliados políticos y la otra, la que ha emigrado hacia Estados Unidos, Australia y las Antillas holandesas se compone de personas que buscan mejores condiciones de vida. En muchos casos, la tendencia es a la retención diglósica, como ocurre en Marruecos, en el Sahara, en Turquía, en Israel, en Suiza; en otros a la asimilación, es decir, a una progresiva desaparición y en otros, tal como acontece en Estados Unidos, al nacimiento de grupos multiculturales, de amplias minorías hispanohablantes, unidas por un entronque histórico y lingüístico común. En las Antillas holandesas y en los Estados Unidos la proporción de hispanohablantes se halla en plena expansión demográfica: mantenimiento de una fuerte corriente migratoria, crecimiento vegetativo de la población de inmigrantes. Estas circunstancias nos llevan a las conclusiones siguientes:

- La enseñanza del español como segunda lengua se expandirá aún más, no solamente espoleada por el Instituto Cervantes, sino por la necesidad de las comunidades hispanohablantes radicadas en territorios en donde el español no es lengua oficial. En los Estados Unidos los departamentos de enseñanza y estudio del español florecen copiosamente y la afluencia de estudiantes norteamericanos y descendientes de hispanohablantes es aún numerosa.
- Pero no todo es color de rosa, en Estados Unidos, los desplazamientos al inglés, de resultas del fracaso de la implantación de los programas de educación bilingüe, ponen en entredicho el mantenimiento del español en los descendientes de los hispanohablantes. En un estudio sobre las *Tendencias de la lengua española en EE.UU.* (Instituto Cervantes: 1998), Amparo Morales subraya lo siguiente:

1990, los padres de las escuelas elementales de Los Ángeles hicieron huelga para que se enseñara a sus hijos en inglés; se les unieron otros padres en Houston, San Antonio, Miami y Nueva York. En 1996, la Bushwick Parents Organization tuvo que acudir a los tribunales para oponerse a la educación bilingüe en las escuelas públicas.

La autora señala, igualmente, que en algunos distritos de la Florida, San Francisco se pusieron en evidencia las ventajas que tenía la enseñanza de la lengua materna y se llevaron a cabo programas ejemplares, partiendo de la enseñanza bilingüe.

A consecuencia de estas controversias, la enseñanza bilingüe ha perdido el respaldo oficial, y en punto a la enseñanza la lengua española se encuentra en estado de regresión.

- Contrasta con la mengua en la enseñanza de nuestro idioma, el crecimiento de su uso en los medios de comunicación: programas radiofónicos y televisivos, periódicos, revistas. Esta difusión es un elemento de cohesión y a la par refleja la vitalidad que tiene en la escuela paralela, que son los medios de comunicación.

LA PRODUCCIÓN Y CONSUMO DE PUBLICACIONES

Si la demografía lingüística determina en gran medida el consumo de las publicaciones y el desarrollo editorial del mundo hispánico, no menos cierto es que hay otros factores económicos y sociales que han dejado su impronta indeleble en el aparente subconsumo que exhiben, en lo que toca a las publicaciones, los países de lengua española. Para analizar estas realidades hemos escogido la relación entre la América hispana y España, principal foco de irradiación cultural del mundo hispánico. En el cuadro de las exportaciones españolas, tomadas del año 1998, informaciones extraídas del Ministerio del Comercio Exterior de España, se consigana las diferencias por países en cuanto al consumo de información generadas por las publicaciones hechas en nuestra lengua. México y Argentina son los mayores consumidores; pero, además, son los mayores exportadores hispanoamericanos de publicaciones hacia España y hacia el resto de la América hispana.

Esta situación que afecta, fundamentalmente, a los países hispanoamericanos de menor desarrollo cultural y económico —como la República Dominicana—, se halla determinada por el obrar de otros factores:

- Desvalorización de las escuelas de humanidades y caída en picada del prestigio del profesor;
- Falta de incentivo a la lectura y carencias de buenos sistemas de bibliotecas;
- Descenso general de los niveles de información, educación, e interés filosófico, cultural y científico en las promociones que salen de las universidades;
- Las barreras políticas y económicas traban la libre circulación del libro en la comunidad hispanohablante;
- El empobrecimiento del uso de la lengua en los medios de comunicación;

Todas estas circunstancias acompañadas de un alto grado de analfabetismo, poco incentivo a la lectura, niveles de semiinstrucción tienden a mantener en niveles de relativo estancamiento el mercado de las publicaciones en nuestros países y, además, constituyen verdaderas murallas chinas para la expansión de las élites intelectuales y del mercado de lectores. Examínese a guisa de ilustración las cifras que se exhiben en este cuadro.

Pero donde verdaderamente se trasunta la gravedad del problema es en el consumo per cápita de libros en cada uno de nuestros países. Es decir, en la cantidad de ejemplares que penetran, cada año, en cada país. Por mor de ejemplificación hemos escogido el año 1998, comparándolo con años anteriores. He aquí los datos:

Cantidad de ejemplares importados
por los países iberoamericanos desde España

| | |
|---------------|-----------|
| México | 2.368.982 |
| Argentina | 3.222,865 |
| Colombia | 850.024 |
| Venezuela | 1.254.048 |
| Chile | 1.467.689 |
| Ecuador | 306.280 |
| EE. UU. | 707.492 |
| Perú | 272.958 |
| Uruguay | 380.744 |
| Bolivia | 193.766 |
| Brasil | 904.838 |
| Costa Rica | 144.659 |
| Salvador | 222.886 |
| Guatemala | 212.566 |
| Puerto Rico | 171.806 |
| Países Bajos | 83.762 |
| Panamá | 56.165 |
| Paraguay | 60.773 |
| R. Dominicana | 59.643 |

Si se compara los datos demográficos con las dimensiones del consumo, llegaremos a la conclusión que la República Dominicana es, en términos absolutos y en términos relativos, el país de menor consumo de información asentada en libros. Sin embargo, al comparar las importaciones realizadas desde 1994 hasta 1998 por toda Hispanoamérica llegamos a la conclusión: mientras los grandes consumidores permanecen como mastodontes, estancados como Argentina y México y con crecimientos negativos, la República Dominicana ha tenido un crecimiento verdaderamente espectacular. En 1994 importaba libros de España por 193 millones de pesetas; en 1995, ascendió a 232 millones; en 1996, a 237; en 1997, 331 millones; 1998, 359 millones. El establecimiento de las grandes editoriales españolas como Santillana, Anaya, Vincens Vives en área escolar, así como de las publicaciones de literatura y ciencias sociales parece ser una demostración de confianza en la permanencia y la estabilidad del consumidor de cultura en la República Dominicana. La industria editorial dominicana ha crecido. A ese auge se han sumado igualmente las editoriales Norma, de origen colombiano y Macgraw Hill, norteamericana. La producción de cultura: novelas, cuentos, poesías, sigue siendo modesta en relación a otras naciones con menor población.

En cuanto a las razones que impiden que nuestra literatura llegue copiosamente al mercado internacional, podemos citar las siguientes:

- Limitada dimensión del mercado de lectores que impide que el autor pueda obtener beneficios apreciables de su esfuerzo intelectual.
- Inexistencia de editores que puedan redimir la obra de los autores de las zarandajas y dificultades de la lectura, sobre todo en autores de operas primas.
- Exigua intensidad del debate intelectual sobre la calidad literaria: escasísima producción crítica y de suplementos literarios y, por supuesto, carencia de información.
- Decadencia de la enseñanza de las Humanidades y de los estudios literarios en las universidades y en las escuelas.

EL PESO DEL ESPAÑOL EN LA CIENCIA Y EN LA INFORMACIÓN

En la Internet la lengua española ocupa el quinto lugar, 1,51% del total de páginas Web, detrás del inglés que representa 70,05%, del japonés que lleva 5,01%, del alemán con 3,34% y el francés que tiene 1,96%. La presencia de nuestro idioma no es dominante en estas redes de información, pero la tendencia es hacia un mayor crecimiento y hacia el establecimiento de redes de cooperación e información entre los grupos escolarizados pertenecientes a la inmensa área geográfica del mundo hispánico.

En un estudio realizado por el Instituto Cervantes y publicado en su anuario de 1998 se establece que en lo que toca a las publicaciones y producciones científicas, el predominio absoluto lo tiene el inglés, de 1992 a 1997 creció de un 83,47% a 87,08%, el francés disminuyó de 1,30% a 0,88%, igual ocurrió con el alemán que pasó de 2% a 1,58%, del español que redujo su producción en ciencia de 0,57% a 0,46%, porcentaje ligeramente superior al italiano: 0,19%. Las razones de esta expansión casi universal del inglés son las que siguen:

- Primacía de la industria de la información y de grandes bases de datos y de la divulgación editorial en los Estados Unidos, Canadá y Reino Unido.
- Inversión de cuantiosos recursos en la investigación y en la difusión de sus resultados.

Para conjurar el peso de estas realidades, nuestros editores, académicos y centros de formación se han convertido, a su vez, en grandes consumidores de traducciones. Prueba de ello es la tabla siguiente, en la que se muestra el desarrollo creciente que tiene la traducción al español. Estas cifras que se refieren a datos de la industria editorial española, se tornan, en realidad, deslumbrantes si se añaden las de la poderosa industria mexicana y argentina, las cuales traducen de todas las lenguas, las producciones literarias y

científicas más importantes. La traducción representa, en España, la cuarta parte de la producción editorial y en la América hispana, el porcentaje es aún mayor. Todo ello nos muestra que, en vista de la interconexión lingüística entre los países del mundo hispánico, se desarrolla en nuestras naciones un amplio conocimiento de la producción intelectual universal, lo que permite un acceso a la formación, reciclaje y producción de países que, hallándose en la periferia como el nuestro, reciben los beneficios de su pertenencia a la hispanidad.

ALGUNAS PRECISIONES SOBRE LOS DATOS DE REPÚBLICA DOMINICANA

No quiero que parezca una digresión ociosa, pero quiero detenerme en una información, que aparece estampada en los datos del Anuario del Instituto Cervantes, referentes a la cantidad de hispanohablantes en República Dominicana. El dato sobra, al parecer. Pero cuando metemos la sonda en sus menudencias, nos damos cuenta de su terrible importancia para el destino para la demografía lingüística de la República Dominicana. En el *Anuario del Instituto Cervantes*,¹ 1998, Francisco Moreno Fernández y Jaime Otero establecen que el 98% de los habitantes de República Dominicana son hispanohablantes y barruntan la idea de que “El grueso del 2% restante estaría constituido por hablantes del créole haitiano”. Los investigadores subrayan que se trata de una apreciación provisional, realizada a partir de los datos de 1950, y sin haber tomado en cuenta la desagregación de población que se ha producido en los últimos decenios:

Perfectamente; en un estudio publicado por Irene Pérez Guerra, «Contextos y situaciones de contacto lingüístico en República Dominicana» (1993)² se llega a las conclusiones siguientes:

¹ *Anuario del Instituto Cervantes* “Demografía de la lengua española”. Francisco Moreno Fernández y Jaime Otero, Madrid, 2000.

² *Anuario de lingüística hispánica*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1993.

—*existe un amplio conocimiento y extenso uso del créole haitiano en zonas fronterizas de las provincias de Pedernales, Elías Piña, San Juan y Dajabón.*

Son factores, entre otros, que promueven el empleo (o al menos, el conocimiento pasivo) del créole en estas zonas la existencia de población, legalmente dominicana, de origen haitiano, la importancia de las redes locales de pequeño comercio, de clientela predominantemente haitiana, el empleo de mano de obra de la misma procedencia en campos y conucos agrícolas y, last but not least, el carácter focal que, en las pautas culturales regionales, ostentan las estructuras y comportamientos religiosos y mágicos que, en su mayoría, son de procedencia haitiana y conllevan, por tanto, la utilización, no sólo ritual sino comunicativa del créole.³

En otro pasaje de su investigación se arrojan luces sobre el grado de retención del créole en el inmigrante haitiano. Un caso ejemplar lo constituye, sin duda, los haitianos asentados en Samaná por el Presidente Boyer en 1844 :

“en Tesón (Sección Acosta) se encuentra un grupo social homogéneo de descendientes de colonos haitianos establecidos allí, al igual que sus vecinos ‘americanos’ por el Presidente Boyer en 1844. Emplean como lengua endogrupal el créole haitiano en un estadio arcaico del mismo, el cual aún no ha sido descrito ni analizado, a pesar de que su estudio podría, sin duda, proporcionar interesantes datos sobre la dimensión diacrónica de esta lengua”⁴

El lingüista John Lipski, *A new perspectiva Afro Dominican Spanish: the Haitian Contribution* (1993), aventura la tesis de una *criollización* del español dominicano, de resultas del influjo de los inmigrantes haitianos. En 1999, Luis Ortiz López en “Contacto lingüístico en la frontera dominico haitiana: hallazgos preliminares de un proyecto en marcha”(1999) estableció el nacimiento de un español haitianizado. Se trata de una variedad lingüística compartida por los haitianos y sus descendientes llamados eufemísticamente

³ Irene Pérez Guerra, Anuario de lingüística hispánica, Valladolid, Universidad de Valladolid, p. 236.

⁴ Irene Pérez Guerra, *op. cit.*, P-238.

“domínico-haitianos”. El estudio de Ortiz López se cimentó en el análisis del empleo del infinitivo, el gerundio y la tercera persona del singular, sus conclusiones despejan nieblas.

- Que en la frontera domínico haitiana conviven dos pueblos cultural y lingüísticamente diversos.
- Que en los intercambios con los dominicanos, los haitianos y sus descendientes que emplean el español como segunda lengua, emplean una variedad que revela diferentes niveles de adquisición de la lengua española, entre los que se destaca la interlengua o sistema aprendido de manera incompleta.

Los estudios lingüísticos se han propuesto desmenuzar el problema en la linde fronteriza, sin meter el escalpelo en las demás provincias del país. Sin embargo, la presencia del créole, en los enclaves haitianos localizados en las diferentes regiones de país, y en los más de 300 bateyes de jornaleros de café, azúcar, arroz y otros cultivos, supone que el área lingüística del créole y las zonas en que se gesta el bilingüismo es aún mayor y echa por tierra, en consecuencia, el modestísimo 2% de criollohablantes en la República Dominicana, con que el Instituto Cervantes examinaba la presencia de la cultura haitiana en el país. Habría que barruntar otras cifras que rondan entre el 10 ó 8% de la población que vive en el país, con tendencias al incremento. Esto plantea cuestiones que tendrán una influencia decisiva en el aprendizaje de la lengua y las características de la nación dominicana. No quiero explayarme en el semillero de ideas que nos sugieren estas informaciones. Retorno, pues, al ovillo de mis reflexiones iniciales.

CONCLUSIONES

Las informaciones estadísticas destacan que la expansión del mercado de publicaciones está conectada directamente con el desarrollo de la educación y al prestigio que adquiera en cada uno

de los países hispanohablantes las tareas intelectuales, artísticas y científicas. Que cada vez será mayor la presencia en la escena internacional de los países hispanohablantes y que el uso de nuestra lengua será cada vez mayor en la diplomacia, en los negocios. De ahí la importancia de la lengua hablada en los modestos bloques de comercio que se han constituido en las Américas: El mercado centroamericano, el Pacto Andino, el MERCOSUR. Todas esas circunstancias exigen políticas lingüísticas que favorezcan el enriquecimiento, aprendizaje y actualización de la lengua española; la defensa de la comunicación en lengua española en todos los países del orbe hispano. La dignificación del uso de la lengua española en los centros de enseñanza, en los medios de comunicación; el desarrollo del buen uso, el crecimiento del poder de expresión de los hispanohablantes constituyen la condición *sine qua non* para la emancipación intelectual de los hispanohablantes y los cimientos para la constitución de una comunidad unida por la fraternidad histórica, por la necesidad de cooperación y engrandecimiento de su cultura.

La enseñanza de la lengua oral

Entre las egregias carencias del currículo de lengua española prevaleciente en República Dominicana figura la enseñanza de la lengua oral. Excomulgada de los métodos de enseñanza vigentes en la actualidad, por manuales que subrayan sobremanera la memorización de nociones gramaticales, en menoscabo de las habilidades tocantes al uso de la lengua. Excluida de toda la planificación pedagógica desde la escuela hasta la Universidad que, en líneas generales, naufraga en rutinas descriptivas, ahora enseñadas con el aire de ciencia sin que jamás aflore la presencia del usuario de la lengua. Exiliada de la enseñanza por los propios lingüistas que, considerándola ajena y desprovista de normas, creyendo que la objetividad es la aceptación ingenua de lo dado, tomándola como documento, se niegan e incluso se oponen, abiertamente algunos, a cualquier perspectiva que tienda a tomar la lengua oral como campo para la enseñanza, esto es, como objeto de formalización y como ejercicio de ciertas preceptivas que traían consigo, desde luego, un modelo del uso oral, basado en las necesidades del educando.

Fue esto un terreno fecundo para que florecieran posiciones políticas de muy diverso jaez.

Merece mencionarse a este respecto la reivindicación de una lengua popular o natural en contraste con la llamada lengua culta, apostrofada por los más radicales como lengua burguesa. Oposición que es aurora de otros contrastes: la introducción del esquema de la luchas de clases en la lengua. Como todo programa redentorista,

los que proclaman y advierten la existencia de niveles lingüísticos diferenciados pretenden a la par ensañarse contra las formas lingüísticas que son fruto del esfuerzo escolar e individual, y fijar la lengua natural en sus actuales grados de pobreza lexical, sintáctica y morfológica. Plantean, tajantemente, el rechazo de la lengua con la cual se ha expresado la filosofía, la medicina y las ciencias y las artes por considerarla identificada a los opresores.

Dicho en otras palabras, a la clase dominante, y sostienen que las únicas normas válidas son las del discurso de los grupos cuyo grado de escolaridad y cuya experiencia lingüística suele ser muy escasa y, por lo demás, deficiente.

Todo este mesianismo sociolingüístico apunta a la llegada del reino de la igualdad lingüística, preludiado en las utopías de redención, y que es parte del mito de la llegada “del día de días” de Juicio Final que coincidiría con el fin de las diferencias discursivas y con la igualdad de los niveles de lengua. Diferencias que nacieron mucho antes del advenimiento de la burguesía a la escena social, y que pueden observarse al igual que las diferencias jerárquicas, en todas las sociedades. La lengua revela estas desigualdades sociales e individuales, no las impone. Las diferencias en el dominio de la lengua constituyen, por otra parte, contrastes en el modo de percibir la realidad, en las competencias intelectuales, lingüísticas y funcionales. Bien es verdad que las desigualdades sociales y, aun más, las individuales están en relación con el uso de la lengua, vale decir, con las capacidades de las que se halle dotado el sujeto, no es ésta una razón suficiente para inferir que la “liberalización de iletrados” estaría fundada en la implantación del modo oral como meta, y en la eliminación de la lengua escrita, por ser ésta como se la supone, la expresión de la desigualdad y el símbolo de la lengua dominante o, por mejor decir, de la lengua burguesa, y la otra, el paradigma de lo contingente, la lengua no opresora, la lengua del pueblo. Esta confusión en la que zozobró toda la lingüística estaliniana, la de Marx y la del propio caudillo soviético, que habla de lengua dominante y lengua dominada dentro de un mismo sistema de signos, se cimenta en la confusión de lengua, discurso e ideología. No es la lengua que

la funda las oposiciones sociales, combatidas con saña ejemplar por los defensores del pueblo, sino la práctica social de los sujetos. La lengua es el sistema de signos que obra en el sujeto como una posibilidad discursiva. La discriminación lingüística hay que atribuírsela a las ideologías y los comportamientos sociales de los grupos que entran en liza en la sociedad, no a la lengua.

Curiosamente allí donde la burguesía ha desaparecido como grupo social, las ciencias, las artes, la literatura, son producidas parejamente por las élites. No han sido ganadas por el fetichismo de lo popular, valor supremo y principio cohesionador de las tendencias políticas con que un grupo no desdeñable de oficiantes de la enseñanza y la sociolingüística ha evaluado las diferencias entre la cultura oral y la escrita.

Cuando examinamos el esquema filosófico en el que sustentan sus tesis, percibimos que éste supone la unidad entre lo justo, encarnado en la igualdad lingüística; lo bueno, representado por la justicia que habría de terminar con la “opresión lingüística” que plantea la desigualdad en el dominio de la lengua; y lo verdadero, simbolizado por el mundo que vendrá, mundo que rescatará estos valores como principio de comportamiento y en el que se presagia que de los pobres será el reino de los cielos. El mito escatológico habla de un tiempo nonato cuyas pruebas de existencia son suministradas por un pretérito: la edad de la inocencia: en ese mundo ideal, nacido del ideal de justicia y del deseo de redimir habrá equidad en las competencias lingüísticas y en las capacidades intelectivas oriundas del dominio de la lengua, y no habrá opresión puesto que todos poseerán una misma lengua desde el punto de vista lexical, morfológico y sintáctico.

Se trata, en resumidas cuantas, de resucitar los orígenes de la cristalización de las diferencias lingüísticas, vale decir, los distinguos que prohicieron las diferentes formaciones discursivas de la ciencia, las artes y la literatura, de hacer tabula rasa de cuanto existe, para que, una vez llegados a la mítica edad de igualdad lingüística, encontrar como lengua única la creada por el pueblo, en la cumbre de las jerarquías sociales.

Pero el individuo lingüístico abre las posibilidades para el surgimiento de las élites, los grupos que tienen mayor dominio del código lingüístico, que no siempre son los de mejor posición económica. El escritor, el filósofo, el científico nace como reacción contra esta homogeneización que, para rechazar la unificación que se propone desde las escuelas, propone a su vez la unificación en torno a sí misma, en torno a la lengua de los no escolarizados.

Estas oposiciones se han hecho suponiendo que ambas formaciones discursivas, la de origen popular y las relacionadas con la lengua escrita fuesen inexpugnables y librarán una guerra a muerte. Cuando examinamos la realidad, y engavetamos momentáneamente los doctrinales, caemos en la cuenta de que el hablante de la lengua no se plantea tales exclusiones, sino que este atesora en su haber varios códigos, varios modos de operar lingüísticamente y hace uso de ellos según la situación de comunicación en la que le toque obrar. La lengua de cada sujeto es un cúmulo de idiolectos heterogéneos relacionados con su experiencia social. Así el joven bancario puede, perfectamente, expresarse en las formas dialectales de su mocedad, con sus antiguos compañeros de barrio y de generación. Puede, asimismo, hablar la jergonza correspondiente a los gestionarios, a los administradores y a los contables, las faenas en que transcurre su vida le exigen este imperativo. Domina, por igual, la lengua estándar, y el idiolecto de los bajos fondos –burdeles y garitos–, a los que acude los fines de semana con sus compañeros de farra.

Toda esta diversidad que tiene como escenario la práctica lingüística de los sujetos atestigua de cuán triviales son las oposiciones lexicales que, sin tomar en cuenta a los hablantes, pretenden encuadrar dentro de los compartimientos estancos de las clases sociales el uso de la lengua.

Los sujetos que se hallan hoy en la burguesía, fruto de la movilidad social, no han olvidado el discurso oral del grupo social en que estuvieron con anterioridad, como tampoco los que han emigrado del campo a la ciudad han olvidado o suprimido de sus usos el lenguaje campesino, sino que han adquirido la conciencia

que el uso de la lengua es contextual, que está relacionado con las actividades y funciones que se realizan.

Los favores suscitados por el populismo lingüístico, y por el mesianismo del que se hallan imbuidos no pocos profesores, son, más que fruto del análisis empírico de la lengua, el efecto de la obediencia a un canon doctrinal.

Todo esto ha provocado una fascinación y una exaltación de la lengua oral de jaez popular, cuya meta no es que el sujeto que ingrese a la escuela adquiera nuevas competencias de comunicación, intelectuales y funcionales que les permitan acceder a la creación científica, literaria, y artística, sino que reafirme las suyas.

Se ha insistido en que la escuela refrende todo tipo de uso oral. En la selección de las lecturas y de los demás materiales de enseñanza se escoge, preferentemente, aquellos que imitan la lengua oral, se rechaza con una violencia aureolada de moralismo redentor todo tipo de interpretación normativa. A resultas de todo esto se mutiló la tradición de corrección en la lengua oral, y se llegó por estos albures a una idolatría de las formas discursivas con que tradicionalmente se han expresado los estratos más desfavorecidos de la sociedad: los de menor escolaridad, menor nivel informativo y científico. La escuela, según este esquema, debe erigir como modelo de lo dominicano “la lengua de los iletrados”, los que deben constituir el paradigma de dicción, el canon morfosintáctico y el modelo lexical de las designaciones de la realidad.

Suponen los sustentadores de las tesis sociolingüísticas de cuño populista que al igual que la escuela y la Universidad, los demás poderes lingüísticos: la publicidad, la radio, la televisión, los diarios imponían un uso normativo de la lengua que se traducía en opresión para las mayorías de los dominicanos. Todo lo contrario. No hay tal opresión, estos medios de difusión acusan, hoy por hoy, una oralización en sus estilos de redacción, lexias del oral, refranes, expresiones, imitaciones, apodos, dichos, son las notas prevaletientes en los diarios. Cuando sondeamos en las columnas dedicadas a la farándula, al chiste, o al deporte, las más copiosas del diario, nos percatamos de que se trata de meras transcripciones de la lengua

y que a los redactores periodísticos les es muy difícil escapar a las reiteraciones, anacolutos, léxico y sintaxis de la lengua oral. Titulares henchidos de apodos, y que representan verdaderas formas dialectales, propias de la lengua oral, “por la goma”, titulares ilegibles en el resto de Hispoamérica. Parejas observaciones pueden hacerse de los programas de radio y televisión, que son realizados, en los más de los casos, por personas de muy escasa formación educativa y concebidos paradójicamente para educar. Otro tanto puede decirse de las letras de los merengues, la música nacional, mucha de esta música está plagada de misoginia y discriminación, de sentimientos mórbidos y vulgares y de una sexualidad enfermiza y falocrática, tanto el arte musical como los poderes lingüísticos tienden a refrendar los usos que los oficiantes de la sociolingüística suponían oprimidos. Su predominio atestigua de que vivimos en una cultura predominantemente oral. La publicidad y los presentadores de los medios de comunicación imitan hasta la dicción de la lengua oral –refranes, dichos, tonos, cantilenas, prosodia– todo, en aras de vender y de llegar a un público más copioso. Semejantes conclusiones pueden aplicarse holgadamente a los políticos.

Contrariamente a lo que podría creerse, el dominio de la lengua popular o natural es uno de los mecanismos con los cuales el poder establece su identificación con la sociedad. Es un modo de representación simbólica al través del cual se recrean los sentimientos de integración, para tornar al hombre de escasas letras en consumidor, en telespectador, en militante político o en lector.

He aquí las fases de esta pedagogía por lo que respecta al discurso:

- Primero, la toma de conciencia, cuya mira es crear en el estudiante los aprestos perceptivos para emprender las jerarquizaciones las clasificaciones y las conceptualizaciones necesarias.
- Segundo, la apropiación merced a la cual el sujeto se crea, conforme a sus necesidades, su propio inventario de usos, sus estrategias de aprendizaje y de comunicación y enriquece, por supuesto, sus competencias de comunicación.

- Tercero, la simulación, toca a esta pedagogía la tarea de dramatizar el aprendizaje de los actos lingüísticos, sólo mediante este recurso es posible enseñar la entrevistas la interpelación, el debate, y otros recursos de la lengua oral. Enseñar una lengua es enseñar una práctica y un modo de obrar. Al éxito de este recurso cuyas raíces pueden atisbarse en la teoría de la enunciación de Benveniste contribuyen los mimodramas, los guiones, escenas en las que los estudiantes conceptualizan sus propias prácticas discursivas.
- Cuarto, la creatividad. Constituye ésta el modo de desarrollar la autonomía en términos de producción lingüística de los estudiantes. J. M. Caré y Francis Debyser, en *Jeu, Langage et créativité*, precisan por lo que toca a la creatividad lo siguiente:

la creatividad no es una propiedad del lenguaje, sino una aptitud del estudiante para imaginar, para inventar, para descubrir, para expresarse, para producir, etc. Esta aptitud puede desarrollarse o mermarse en la institución escolar; es estimulada merced a métodos activos, frenada o abogada por una pedagogía de simple transmisión de conocimientos y por actividades de repetición o de pura imitación; es estimulada por el trabajo individual pequeños grupos, frenada por las tareas colectivas indiferenciadas dadas al conjunto de la clase que no permiten iniciativas; estimulada por el clima permisivo, frenadas cuentas, cuando los estudiantes o son responsables de sus producciones lingüísticas, y frenada cuando el trabajo escolar los reduce a meros ejecutores. (p. 116).

Por último, la evaluación, la cual ha de estar en relación con los objetivos propuestos. Se evalúa lo que los estudiantes saben hacer, las operaciones discursivas, la conceptualización que tengan de las mismas y, desde luego, la capacidad para acceder a una autonomía en el dominio de la lengua oral.

El populismo lingüístico es una de las condiciones del mercado.

Si evoco estas tendencias lingüísticas no es por mor de encarnizamiento con la ideología que domina las mentes de muchos intelectuales, periodistas y profesores dominicanos, ni para exigirles cuentas de su método, ni para discutir sobre el prestigio y la influencia que estos planteos suscitan, sino porque considero que

durante mucho tiempo todos aquellos que creían que debía mejorarse con adecuadas pedagogías el nivel de las conversaciones, de que debían plantearse modelos que enriquecieran el acervo lingüístico sobre todo en lo que respecta al léxico, a la sintaxis y a las destrezas de comunicación oral de los grupos iletrados o de muy mermada escolaridad, fueron tachados como los representantes de lo viejo en la escuela dominicana. Como en los departamentos de español y en las aulas universitarias se planteaba como innovación científica el desprecio por la norma en el uso de la lengua oral, los profesores cuya formación se había fraguado en las teorías de esos augures, no tenían nada que defender, ante los prolijos influjos del inglés, del créole haitiano y ante el empobrecimiento del poder de expresión del cual es causa la naturaleza de la enseñanza actual.

Los que nos planteábamos pragmáticas que franquearan el umbral de las meras descripciones y que apuntaran a la conquista de mayores competencias de comunicación, funcionales e intelectuales, fuimos tildados de ¿puristas?. Y, en algunas ocasiones muy desafortunadas por cierto, luego de ser rebatidos con aluviones ditirámicos, en los momentos en que se consideraba que “lo dominicano” habría de estar compuesto de los elementos más pedestres y menos elaborados del sistema de signos en el que vivimos, los elementos más alejados del influjo académico, en esos momentos, los más caldeados de la sorda polémica todos los que repropusieron mejorar el habla popular tachado de “hispanófilos” que, en el discurso de los oficiantes populistas, equivale a decir, “antidominicano”.

Resultaba penoso ver cómo profesores de lengua española que no sabían siquiera redactar, en muchísimos casos, que desconocían el funcionamiento de la lengua y las destrezas elementales, docentes cuya formación se había fraguado, muy deficientemente, en un vadenécum de normas gramaticales, rechazaban influir sobre la lengua oral como otrora lo habían hecho, proclamando que cualquier uso puede ser objeto de enseñanza, amparados en el principio de la aceptabilidad chomskiana, ponían en el mismo plano todos los usos lingüísticos, guiados únicamente por la gramaticalidad estruc-

tural, no se tomaba en cuenta que la norma era en Chomsky lo que se hace con respecto a un uso estandarizado, que está condicionada por reglas de interpretación que han sido previamente integradas a la competencia lingüística del sujeto. El lenguaje de los niños, si bien puede estar impregnado de las propiedades analógicas de la gramaticalidad, incluido en el uso de los adultos no puede ser interpretado con las mismas reglas semánticas, y toma un sesgo distinto.

La opresión que ejercen los grupos más encumbrados no podría ser inteligible para las propias víctimas de la opresión, si éstos no ensayasen los métodos de pensamiento con los que opera el discurso al analizar la realidad. Si son incapaces de inferir, analizar, clasificar, abstraer, calcular, generalizar... cómo podrían esclarecerse el mundo que les rodea. Pero la lengua, y esto es menester subrayarlo, no es la causa de la opresión social sino el marco en que ésta se realiza. *Ser culto* —decía José Martí— *es el único modo de ser libre*. El dominio de la lengua liberta al hombre de la manipulación que ejercen sobre él el pensamiento de los demás, y hace posible que éste pueda fraguar un pensamiento propio.

El rechazo de toda norma nos condujo al desprecio por el pasado, por la cultura, por la lengua de especialidad, y al desdén por la literatura, todo ello en pro de la adoración del idiolecto de los iletrados. Es éste uno de los prejuicios mayores que pende sobre la enseñanza de la lengua oral. El buen decir, el dominio de las competencias necesarias para acopiar el saber y la ciencia no son patrimonio, como se cree, de la burguesía, como tampoco lo son las escuelas y las universidades. Nada se logrará en provecho de los menos escolarizados mutilándoles las capacidades intelectuales, funcionales y lingüísticas que sólo son posibles con una reforma radical de los hábitos lingüísticos. La opresión que ejercen los grupos más encumbrados no podría ser inteligible para las propias víctimas de la opresión, si éstos no ensayasen los métodos de pensamiento con los que opera el discurso para analizar la realidad, si son incapaces de inferir, analizar, clasificar, abstraer, calcular, generalizar... cómo podrán esclarecerse el mundo que le rodea. Pero la lengua, y esto es menester subrayarlo, no es la causa de

la opresión social sino el marco en que ésta se realiza. “Ser culto -decía José Martí- es el único modo de ser libre”. El dominio de la lengua liberta al hombre de la manipulación que ejerce sobre él el pensamiento de los demás, y hace posible que éste pueda fraguar su propio pensamiento.

Si no se eleva el nivel de enseñanza de la lengua en la República Dominicana es imposible que los futuros profesionales puedan entender la ciencia, las artes, la literatura, si nuestros educandos y docentes no saben leer ni pensar ni comunicar, fruto de las carencias en la formación y de las ausencias lingüísticas del currículo, resultara poco menos que improbable que podamos erradicar la ineficiencia en la enseñanza y las tareas lingüísticas inherentes al ejercicio de las profesiones, y menos aún, que advenga un pensamiento autónomo e independiente y creador, meta imposible de alcanzar en cerebros que no han ejercitado suficientemente en los métodos de pensamientos más rudimentarios.

Llegados a este punto cabe preguntarse: ¿cuáles son, pues, los problemas epistemológicos con los que se enfrenta la enseñanza de la lengua oral en el país?

Puede decirse que los hoy de torso teórico como lo es lo tocante a las limitaciones del programa de enseñanza y de los manuales y el predominio de la perspectiva marrista en la enseñanza de la lengua oral. Y debo hacer aquí una digresión: Nicolai Marr (1865-1934) introdujo el esquema de la luchas de clases en la lengua, y llegó a la idea peregrina de que la llegada del comunismo suprimiría las diferencias lingüísticas, entre otras ocurrencias. Sus puntos de vista han introducido más nieblas en la comprensión de los problemas de la enseñanza. Otro aspecto, y quizá, el más relevante es la exclusión de la perspectiva del uso de las faenas de la enseñanza, centrada casi exclusivamente en tres objetivos:

El objetivo cognoscitivo, basado en definiciones y precisiones metalingüísticas, extraídas de las descripciones de la lengua;

El enfoque memorístico, centrada en el recuerdo de aspectos de la enseñanza sin conexión con la práctica. Constituye éste, desde luego, una traba para la adquisición de normas y usos nuevos;

Y, por último, los obstáculos de carácter ideológico, que ha llevado a muchos a desdeñar el buen uso en la lengua oral, los ha conducido directamente al fetichismo del discurso popular. Un discurso que describe; pero no prescribe; que acepta –pasivamente– los resultados de sus pesquisas, y que idolatra el discurso de las personas de menos escolaridad, obedeciendo a los resentimientos sociales.

Menester es incluir en esta circunstancia, los problemas añadidos que nos plantea la formación de profesores, muchos de los cuales han fraguado su formación en la idea de que no hay que corregir la lengua del pueblo, que enseñar es circunscribirse a las enseñanza de las reglas y normas del sistema y, que para mayor inri, se han encorsetados en rutinas, que hoy constituyen un escollo para el aprendizaje de la lengua oral. Aspecto que ni siquiera se columbra en estos métodos de enseñanza.

La lengua nos plantea las cuestiones del poder del discurso. Poder de introducir nuevos usos, creencias, conceptos, significaciones, términos, nociones. Poder de influir en el habla y refrendar modos de expresión. Cuando examinamos nuestra lengua desde esta perspectiva, caemos en la cuenta de que el poder lingüístico viene de todas partes. Viene, por supuesto, de las instituciones: escuela, universidades, radio, televisión, radio, diarios, publicidad. Y, viene, en menor cuantía, de los grupos que dominan socialmente. Viene, asimismo, y en mayor proporción, de los merengeros, de los presentadores de radio y de televisión y, naturalmente, de los emigrados dominicanos que nos transfieren sus modos de vida y sus formas dialectales. Especie de interlengua con la cual le demuestran al resto de sus coetáneos su pertenencia al rebaño de los más favorecidos. Pero también viene de los inmigrantes que llegan copiosamente a nuestro país que, conjuntamente, con las formas de su religiosidad, traen, además, sus hábitos lingüísticos. Todos estos influjos obran contra la lengua estándar.

Quando se distribuyen los niveles lingüísticos-- lengua de especialidad, lengua familiar, lengua estándar, regional --- según los grupos sociales, se presupone, acaso erróneamente que todos aquellos que están situados en un mismo grupo tienen iguales habilidades

y competencias, por estar sometidos a iguales influjos. Las oposiciones simplistas ocultan estas desigualdades. Suele olvidarse que la lengua es, además, un fenómeno individual, fundada en los atributos de la persona, en donde el esfuerzo, el talento, la tradición, la inteligencia, no pueden quedarse entrampadas en definiciones generales.

El poder de expresión en la lengua oral que tenga un individuo dependerá de la percepción que él tiene de los demás y de sí mismo, de la actitud que él haya asumido frente a la lengua, del obrar de las jerarquías en el medio social en que el individuo se desarrolla. Resulta evidente que individuos que sean el fruto de una familia o una escuela excesivamente autoritaria desarrollarán inseguridad en el habla; que la escasez de información es otro de los escollos que limita, enormemente, la capacidad de expresión oral; que la insuficiencia lexical para nombrar las cosas que no corresponden a sus ámbitos constituye una linde infranqueable en el modo de expresión, tanto que podemos observar que toda una serie de dispositivos técnicos suelen ser nombrados con la palabra “vaina”, el asunto es tanto más revelador cuando nos topamos con la palabreja en cuestión en contextos lexicalizados, y que son una respuesta a las insuficiencias de las designaciones.

Por ejemplo: el esquema de la palabra vaina+la función.

V.G. La vaina para subir el cubo -la polea

La que da vuelta en el proyector -la bobina

Estos usos se imponen cuando los sujetos pierden el dominio lexical y morfológico de ciertos aspectos de su lengua.

Recuerdan estas insuficiencias conceptuales del habla, lo que hace hasta muy pocos años ocurría en el norte de Santo Domingo, en la comunidad de Villa Mella. Una comarca relativamente aislada por costumbres, por usos y por prácticas religiosas, y acaso por vínculos consanguíneos. En ese enclave ni el término *azúcar* ni el vocablo *sal* tenían existencia semántica como en el resto del país, quedaron transformados en *polvo dulce* para el azúcar y *polvo amargo* para la sal. Parejo fenómeno de sustitución se

produce con la palabra *vaina* que reemplaza cualquier palabra, en cualquier contexto.

La lengua oral nos remite a una relación de implicación. Es la relación más inmediata del individuo con su lengua. Y, paralelamente, nos impone una relación referencial, conectada al mundo exterior (al análisis y a la abstracción intelectual). Ambas formas de enunciación fragmentan la oralidad de manera estructural.

Los aspectos que hay que tomar en cuenta son:

Historia , relato y discurso relacionado con el mundo referencial.

Lengua funcional: explicación, intimación de creencias, convicciones, credos, transmisión ideológica de la persuasión, relacionados con el aspecto de la implicación.

La oralidad, antes que oposición a la lengua escrita, es un modo de significar que ha cristalizado en una prolija cantidad de discursos formalizados. En su clásico estudio sobre la enunciación, M. Bajtín discernió y clasificó una gran cantidad de géneros: despedidas, parabienes, saludos, preguntas protocolares, formulas rituales, conversaciones telefónicas son estructuras discursivas que tienen carácter estable, y que guardan una cierta obligatoriedad en el uso, son formas enunciativas que el sujeto ha aceptado al mismo tiempo que adopta las convenciones sociales de cariz simbólico.

DIDÁCTICA DE LA LENGUA ORAL

Cuando examinamos el inventario de necesidades de las que tiene que hacer uso el hablante para llevar a cabo las faenas lingüísticas vinculadas a su medio, entrevemos el torso de una pedagogía de la lengua oral. He aquí los dominios de la lengua oral:

- La memoria
- Las tradiciones
- Los saberes popularizados
- Los hábitos de dicción, anticipación, ritos y usos sociales

En resumidas cuentas, el manantial de faenas con las que los sujetos han de afrontar las imperiosas realidades impuestas por su ámbito –universo de trabajo y mundo profesional–.

Los inventarios de estas realidades fueron planteados, en líneas generales, desde una perspectiva pragmática por el Consejo de Europa para la Educación y la Cultura, en su ya clásico, *Nivel Umbral*. A tenor de esta tradición, ¿cuáles son, pues, las necesidades lingüísticas con las que tendrían que habérselas los estudiantes para llevar a cabo, sin dificultades demasiado apremiantes en el orden lingüístico y en las exigencias que nos plantean las profesiones.

Comencemos por lo que respecta a la comprensión oral. Tienen que ser capaces de comprender la lengua de sus maestros, instructores y sus formadores. Entender las informaciones que les transmiten los hombres de ciencia, fruto de los hallazgos que transforman los modos de vida, bien porque plantean restricciones sociales (los consejos relacionados con la salud y el medio ambiente y la alimentación por ejemplo); bien porque nos plantean nuevos modos de explotar los bienes que tenemos, cítense a título de ejemplo, y para el esclarecimiento del punto, las recomendaciones con vistas a evitar las contaminaciones, los expertos vulgarizan a través de los medios de comunicación el resultado de sus indagaciones, han de traducir el lenguaje heurístico y abstracto de la ciencia en lengua estándar. Tiene el usuario que tener un nivel de lengua suficiente para comprender las películas y los noticiarios, la instrucciones que se le intiman con el objeto de cumplir una tarea o de manejar un aparato, tiene que clasificar, extrapolar y pensar en lo que escucha, tiene que entender el pensamiento de los demás para plantearse cómo ha de actuar, y desgajar, intelectualmente, la naturaleza de lo escuchado para ponerlo en relación con el amasijo de sus saberes, para evaluar, seleccionar, deslindar las informaciones de las opiniones, las demostraciones de las meras impresiones, el relato de la reflexión; para percibir los modos de significar de la lengua -pausas, entonaciones, énfasis melódicos, preguntas, infamaciones vinculadas a la tonalidad, etc.-, para entonces poder sintetizar el sentido de

lo escuchado. La comprensión oral es uno de los ejercicios lingüísticos que exigen mayor esfuerzo de intelección, habilidades socioculturales y conocimientos del uso de la lengua, de los contextos y de los valores expresivos y, sobre todo, de las reglas de interpretación y de las competencias del sistema lingüístico que posea el sujeto. Por desgracia, esta perspectiva ha permanecido en la opacidad. En efecto, para muchos pedagogos, incluso para aquellos que han tomado conciencia del valor de la enseñanza oral, la comprensión oral no constituye un componente de indudable primacía en el uso de la lengua. Hay que reconocer, por otra parte, que las tentativas que en Hispanoamérica y España han propendido a la enseñanza de la lengua oral, que son pocas, han puesto el énfasis en la producción, olvidando que ésta no es posible, si antes no se produce en el sujeto mismo un proceso de evaluación de lo escuchado. El receptor no es pues un ente pasivo, sino que, paralelamente, escucha y se produce en él toda una selección y arreglo e interpretaciones semánticas que constituyen el germen de sus formulaciones posteriores encaminadas a enmendar, a refutar, a ampliar, a modificar el discurso al cual responde.

Una pedagogía de la comprensión oral tendría como meta primera desarrollar las competencias referenciales y socioculturales con vistas a suscitar una impregnación de las informaciones y de la memoria enriquecida que precede las situaciones de comunicación historia, cultura, regla de comportamiento lingüístico, contexto simbólico al cual aluden los discursos, y darle al hablante conciencia en el uso de la plática.

Por lo que toca a las necesidades de producción oral, podemos dejar sentado que el estudiante para poder cumplir con las faenas que la institución le plantea, tiene que transformar los hábitos lingüísticos que recibe como legado del grupo. Estos hábitos adquiridos en la mocedad o en la infancia, pueden prolongarse a la edad adulta -nos dice Lázaro Carreter- si la escuela no los transforma. La función de la escuela no es, como pudiera inferirse de su carácter prescriptivo, oprimir al hablante con una lengua que le resulta ajena, sino la de darle la posibilidad de superar la pobreza.

Es desarrollar nuevos hábitos relacionados con las necesidades que tiene el hablante de entrar en otras realidades.

En tal virtud, tanto el profesional como el estudiante tienen que ensayar:

La argumentación oral

defender una tesis

. la inferencia

explicar un introstivo

. la comparación

resumir un informe

. la disertación

parafrasear

. la reformulación

. la explicación

. el análisis

. narración

. descripción

. evaluación

. ejemplificación

. mecanismos de persuasión

. Improvisación

Etc.

Debe igualmente dominar la lengua oral

formalizada o venencial

expresión de las condolencias

presentarse a alguien

Felicitar de manera formal

Etc.

La escuela ha de traducir estas necesidades en objetivos de enseñanza. Se trata de necesidades que tienen como mira principal el desarrollo de operaciones cognitivas de las que tendrá que valerse el sujeto en sus relaciones con el mundo y en las estrategias individuales de aprendizaje que pueden atisbarse en una mayor riqueza discursiva y lexical, en un mayor arreglo a los

dispositivos de coherencia, en la dicción, en la fluidez expresiva. Me parece que la clase ha de ser tubo de ensayo de esta pedagogía. Hay que romper con la oposición entre teoría y práctica, oposición que convierte la clase de lengua española en la mera transmisión de definiciones metalingüísticas y que veda, por lo mismo, la capacidad de influencia lingüístico-discursiva del principal poder lingüístico con que contamos para afrontar la merma que representa la escasez de conocimientos y destrezas de los docentes y los estudiantes.

La lengua es comunicación, es expresión de pensamiento y expresión de la subjetividad. Merced a ella percibimos la realidad, conocemos a los demás y conocemos el conocer. Una pedagogía de la lengua oral ha de romper con el conformismo de la lengua natural. La lengua estereotipada, en la que el sujeto no puede realizar su creatividad y todas sus dotes inventivas. Ha de mostrar el valor del comportamiento kinésico y proxémico (gestos, respiración, articulación) y el conocimiento prosódico, así como la lectura en voz alta, tan necesaria para entender las dificultades de puntuación, fruto la más de las veces de la incapacidad para distinguir los períodos oracionales. En esa misma tesitura ha de mostrar la importancia de la dicción, dominio en el que convergen foniatras lingüistas y psicólogos, aspecto que ha quedado en la sombras de todas las pedagogías porque el fetichismo de la lengua oral popular lo tornó en un tema tabú.

Pero aparte del aprendizaje de la dicción, de la competencias proxémicas, tiene el sujeto que adquirir competencias de la lengua oral de especialidad. Como ya se ha dicho, la lengua oral es una pluralidad de idiolectos y modos de significar. Algunos oriundos de la expresión escrita, otros vinculados a actividades culturales muy deslindadas, que hacen necesario distinguir formas gramaticales que constituyen el modo de expresión de grupos de la población muy reducidos y en el cual se realizan los intercambios de opiniones y son el modo de transmisión de los saberes. Piénsese a título de ilustración en la oratoria forense, cuyo ejercicio implica, por lo común, el dominio de oraciones

comparativas, subordinadas y coordinadas poco frecuentes en la lengua estándar, estas competencias no se adquieren sino merced al ejercicio permanente. Hay una razón: no son necesarias en la comunicación cotidiana.

El hablante de la lengua tiene que acopiar, parejamente, las reglas del sistema lingüístico, las oraciones nucleares básicas y sus posibles combinaciones, así como los actos de lenguaje que realiza al comunicarse y los métodos de pensamiento que les son anejos –la polémica, la refutación, la improvisación...– Son actividades, olímpicamente, escamoteadas por la enseñanza escolar.¹

REFERENCIAS

- Emile Benveniste: *Problemas de lingüística general*, 2 vol., México, 1982, SigloXXI.
- José Stalin: *El marxismo y los problemas de la lingüística*, Pekin, 1976. Librería N. Bethune.
- MijailBajtin: *Problemas literarios y estéticos*, México, FCE, 1986.
- El problema de los géneros discursivos*, México, Siglo XXI, 1989.
- El método formal en los estudios literarios*, Alianza, Madrid, 1994, con el seudónimo Medvedev.
- Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1995.
- Henri Meschonnic: *Le genie des langues*, París, PUF, 2000. Seminaire de poétique de Saint Denis (1998).

¹ Apuntes de un curso impartido sobre la enseñanza de la lengua oral, dictado en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) en la Maestría de Lingüística Aplicada a la Enseñanza de la Lengua Española, 1999-2000. *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.

Diccionario del Estudiante, de Editorial Santillana

Desde hace ya algún tiempo, se ha ido imponiendo la idea de que las Academias no han de refrendar el purismo, y de que su propósito no se halla condensado en el clásico lema Limpia, fija y da esplendor, que aparecía junto a la imagen del crisol, en el antiguo diccionario de la Real Academia Española, y que representaba, en cierto modo, la catarsis o purificación de una montaña de voces, de cuyas impurezas eran extraídas, como palomas revoloteando, las palabras, dignas de figurar en los mármoles de ese libro extraordinario. El ideal que ahora tiene primacía es totalmente distinto. Las veintiuna academias de la lengua española se han reunido para refrendar un diccionario, basándose; en que hemos de ambicionar la unidad del idioma, y esa unidad se expresa en el buen uso de la lengua de sus hombres de cultura, de sus medios de comunicación, de sus instituciones de enseñanza, de sus artistas y de sus escritores.

Para ponerse a la altura de esas ambiciones, hemos tenido que reconocer las grandes diferencias de las zonas lingüísticas, identificadas por D. Pedro Henríquez Ureña. La primera compendia la llamada zona norte, encabezada por el Sur de Estados Unidos, México, la América Central, sometida al contacto con centenas de lenguas indígenas, aún vigentes, que tienen un entronque semejante; la segunda se refiere a la zona de las Antillas, comprende los territorios del Caribe hispánico, compuesto por Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico, sometidas a variopintos influjos de la vecindad y que comparten muchas semejanzas con las costas de América del Sur, de Colombia y Venezuela; la tercera es la zona andina, representada por

grandes porciones de Colombia y Venezuela, Perú, Ecuador, Bolivia; la cuarta la constituye la zona rioplatense que incluye el Paraguay, Uruguay y Argentina; y la quinta, la zona chilena, que en vista de su aislamiento y singularidad, constituye un mundo aparte. Ante ese cuadro heterogéneo resulta harto difícil elaborar un diccionario que pueda satisfacer las hablas de tan variopintas naciones. Se trata de reunir en una obra la lengua de unos 400 millones de hablantes, el 5, 7% de la población mundial.

El primer desafío que se planteó el equipo redactor, ya aparece en la propia elaboración de las entradas que agrupa unas 30,000 voces. Se trata de responder a ese público inmenso. Así en la entrada correspondiente a las alubias, llamadas parejamente como judías, se incluye: 1) el género; 2) la definición del vocablo; 3) la categoría gramatical y las designaciones sinónimas americanas. Llamadas carotas, en Venezuela; frijoles, en Cuba; porotos, en Chile; fréjol, en algunas porciones de Colombia y habichuelas, en Santo Domingo y en Canarias. Tiene el usuario, so pena de naufragar en confusiones estériles, que hacer búsquedas cruzadas para hallar las definiciones de las palabras consultadas. Muy probablemente las definiciones no se amolden a la variedad presente en su país, y aparezca como sinónimo de otra voz.

Antecede a este diccionario, el llamado *Diccionario Escolar*, que lleva en su haber unas 33.000 voces, derivado del *DRAE*. En vista de ello, echamos de menos en este *Diccionario del estudiante* algunos cuadros explicativos, y definiciones menudamente esclarecidas, siguiendo las pautas de la serie de diccionarios *DUDEN*.

CARACTERÍSTICAS DEL DICCIONARIO

Responde el *Diccionario del Estudiante* a las características siguientes:

- 1 Ha sido elaborado siguiendo las bases de datos de los léxicos de los estudiantes, y adaptado a las exigencias de las asignaturas que estudian;

2. Se han tomado en cuenta los elementos panhispánicos. Es decir, las informaciones de cada una de las Academias;
3. Se ha tomado nota, parejamente, de los niveles de uso. Comprenden las entradas de este mataburros las situaciones de comunicación más diversas. Haciendo el distingo del uso coloquial, de las jerigonzas, empleadas en sociolecto de los estudiantes; del llamado uso culto esencialmente libresco; de los usos vulgares o malsonantes; de los eufemismos, del uso humorístico y de los usos despectivos, o ligados a las emociones del hablante;
4. En las voces latinas, en los extranjerismos y en las siglas aparece, igualmente, la pronunciación. Tal el caso de la voz *sine qua non* (sinequanón). O de los términos: *ipso facto*, *factótum*, *affaire*, *ex cátedra* etc.;
5. No hay que olvidar que no se trata de un diccionario para especialistas. Aquí las definiciones aparecen simplificadas.

Todos estos aspectos han sido llevados con gran solvencia. Sin embargo, quedan en penumbras otras cuestiones, que es menester tomar en cuenta. Porque todo diccionario es susceptible de ser perfeccionado. La lengua la hace el pueblo, y los académicos y lingüistas son sólo los oficiales civiles, que certifican un nacimiento. No somos, pues, nosotros los legisladores del idioma, sino los notarios. En vista de ello, al ojear esta obra hay hallazgos que nos indican los derroteros de esa tarea de rectificación permanente que ha de ser el conocimiento del léxico:

1. Se define el vocablo *acequia* f. canal o zanja por donde se conduce el agua para regar y otros fines. No aparece en ese caso las palabras en uso en América y particularmente en Santo Domingo, *regola* o *rigola*, canal de riego.
2. Agosto, m. octavo mes de año. Aparece sin la expresión lexical, lo cual resulta incompleto: hacer su agosto. Tan vigente en el discurso popular.

3. Brigadier, tiene en el texto una definición que es un galimatías, totalmente borroso. Se dice que es un militar de categoría inferior a la de general. El uso nuestro corresponde a General de Brigada. Es un galicismo. Y no se amolda con la ambigüedad de la definición.
4. En el dominio de la letra B, echamos en falta la palabra *bachata*, que corresponde a una música muy difundida internacionalmente. Otro tanto puede decirse de las soluciones dadas para las designaciones que corresponden a buscapersonas m. aparato electrónico pequeño y portátil que sirve para recibir avisos, en forma de señales acústicas, a distancia. El retraso de la definición del llamado *busca*, no tiene ya la posibilidad de sustituir el anglicismo *beeper*.
5. En otros casos, tal como acaece con la palabra *cachaza* f. definida como lentitud o calma excesiva. Para la concepción dominicana del sentido esta acepción resulta escasa. *La cachaza* o *el tupé*, se refiere a la indolencia, y en muchos casos aparece en forma perifrástica, tener cachaza, tener tupé. Pero, además, se designaba con ese vocablo a una corambre que se formaban en los pies de las personas que andaban descalzas, y que las volvían insensibles a las piedras del suelo. El sinónimo *tupé* también ha sido mal definido en el sentido del cuento de Charles Perrault, como una moña sobre la frente, como acontece en el cuento *Riquet a la houppe*. El Robert francés define este galicismo como astucia de gente sin vergüenza, falta de escrúpulos, atrevimiento. Es lo que se ha conocido como tener flema. De modo tal que nos topamos con una doble laguna, la de *tupé* y la de *cachaza*. Las enmiendas las hace el uso del público, que es el que manda, y a la cual nos debemos los notarios.
6. *Chance*, sólo aparecen en f., aún cuando el empleo americano mayoritario es masculino, con el sentido de oportunidad. *Dar un chance*, *tener un chance* son expresiones perifrásticas ignoradas.
7. *Chucho* m. perro realengo. Sin embargo, el empleo de *chucho* se refiere al azote, al foete, y este empleo no aparece documentado. Igual ocurre con *gagá* que designa a una persona que

ha perdido las facultades, y echa en saco roto el ritual de la Semana Santa de prosapia haitiana, y que ha sido copiosamente estudiado por antropólogos extranjeros y que ya lo incluyen diccionarios de otras lenguas. Estas ausencias las van a echar de menos los dominicanos.

8. En otros casos, la palabra usada como lema, contraviene todo el uso de Hispanoamérica, en la expresión del romance Duérmete niño, duérmete ya, que viene el Cuco y te comerá. En España se emplea *coco*, y la expresión aparece, y se coloca cuco como sinónimo. Y desgraciadamente la entrada la encabeza la voz española, en lugar de hacerlo la expresión de la América hispana, abrumadoramente mayoritaria.

En los usos de la palabra *arrecho*, *arreacha* se refiere a la excitación sexual; en España, popularmente, se emplea en tales circunstancias, la palabra *cachondo*, *cachonda*, para representar a la mujer o al hombre en celo, y junto a estos vulgarismos, tildados de malsonantes, alternan los cultismos *rijoso*, *rijosa*; *libidinoso*, *libidinosa*; designación psicológica. O el que habitualmente se emplea como uno de los pecados capitales, *lujurioso*, *lujuriosa*. Ninguna de estas expresiones hermanadas semánticamente aparecen vinculadas en el diccionario, y ello desde luego no ayuda a despejar las incógnitas y las nieblas. Igual acaece con la designación de *bosta* y *boñiga*, ambas designan excrementos del ganado vacuno, y sin embargo, no se ponen en resalto sus semejanzas semánticas.

9. En otros casos, se llega a un auténtico contrasentido. El diccionario emplea el galicismo *capó* para significar la cubierta del motor de un automóvil, y los dominicanos empleamos la castiza voz de *bonete*, creada por las mismas semejanzas de las *capotas*, y es una pena que *bonete* que amolda con más propiedad que *capó* tenga primacía en el diccionario, olvidándose del *bonete*. La homogeneidad de las designaciones se omite, y esto no contribuye a echar lumbres sobre el conocimiento panhispánico. Así ocurre en el caso de la voz madrileña *callos*. Enriquecedor hubiera sido esclarecer los vínculos de estas

palabras que proclaman lo mismo en distintos países. La obra resulta francamente pobre en las denominaciones del dinero, sólo aparece plata; pero aquellas propias de América, que son muchas, y las compartidas con algunas regiones de España, como cuartos, brillan por su ausencia. Otro tanto ocurre con la voz *tanatorio* de estirpe griega, lugar donde se depositan los cadáveres antes de enterrarse. Entre nosotros como en otras tierras de América, se emplea el galicismo *morgue*. Inexplicablemente no aparece registrado. Quizá ello se deba a las propias Academias nacionales que han informado de modo insuficiente. Porque estos olvidos son compensados a veces con algunas menudencias y curiosidades: la mayoría de los hispanohablantes emplea la voz aguacate, y la obra, descuidada en otras cosas verdaderamente gruesas, incluye el chilenismo *palta*. Imperdonable resulta, a mis ojos, que la obra incluya la voz chapista como persona que repara las abolladuras de la carrocería de los vehículos, y que excluya la voz empleada por nosotros, que se acopla mejor al genio del idioma, desabollador; que incluya *chinchín*, la interjección empleada en el brindis, y que excluya *chin*, procedente del valencianismo *cachín*, y que, según Pedro Henríquez Ureña, entre los dominicanos, significa porción ínfima.

10. Se introducen en esta edición, y ello es un logro digno de encomio, las siglas y los prestamos, los extranjerismos indispensables: *ADN*, *body*, *byte*, *megabyte*, *gigabyte*, *chip*, *CD*, *DVD*, *píxel*, *elepé*, *cederrón*, *big bang*, *escáner*, *affaire*, *disquete*, *flashbacks*, *hándicap*, *top model*, *paparazzi*, etc.
11. Pero unas van de cal y otras van de arena. Y debemos señalar las campanadas de sus logros. Meta alcanzada satisfactoriamente en la obra la representan los niveles de lengua, que empalman con los estudiantes *bacán*, *bocón*, *bochinche*, *chévere*, *pique*; las voces coloquiales hierba para llamar la marihuana, bicoca, para expresar una ganga y las voces cultas, relacionadas con la técnica y con las humanidades. Dan cuenta de los variopintos registros. Esos objetivos han sido alcanzados cabalmente. Constituyen

la auténtica aportación de esta obra. Pero los diccionarios no son un páramo para enterrar palabras, sino el tesoro sustancial y absoluto con que contamos para designar el mundo; no hay que verlos como una legislación ni como un código civil de lo que es legal o ilegal, ni como un libro sagrado, sino como una caja de caudales abierta, en la que siempre faltan muchas monedas, y la que debemos completar con nuestra propia experiencia de la lengua.

UNA MALA CORRECCIÓN

El diccionario corrige a los doctos y a los desorientados. Y aquí vale un paréntesis anecdótico. Hace años escribí un artículo en el que refería aquella escena macabra, cuando Ramón Mercader, fementido asesino, enterró el *piolet* en el cráneo de León Trotsky. El director del Suplemento, un intelectual de luces, corrigió indebidamente la palabra *piolet*, obrando como un purista inquisidor. Esa corrección se hallaba, sin embargo, fundada en la ignorancia. *Piolet* no es una pica ni un instrumento de albañilería como creía el intelectual que me corrigió. Se trata de un préstamo que ha hecho nuestra lengua. El *Diccionario del estudiante* le hubiera puesto punto final a su arrogancia, saturada de pedantería. *Piolet* m. bastón de alpinista, parecido a un pico, con el extremo del mango puntiagudo. El autor de la corrección quería encerrar la designación en los marcos de su propia ignorancia. No sabía ni jota de alpinismo. Pero, pedante al fin, dictaminaba como un general prusiano.

POR AMOR A LA LENGUA

Los que aman su lengua han de convertirse en zahoríes, atentos a los remezones del idioma.

12. El 16 de junio de este año, el periódico *Hoy* daba cuenta de un curioso material, formado por la aleación de dos sustancias, y llamado, por más señas, coltan. La designación es una sigla, col: se refiere a la colombita, y tan: abarca el tantalio. Del coltan se fabrican las plataformas de las computadoras portátiles, las cabezas de los misiles y los celulares. El 89% de las reservas mundiales del coltan se hallan sepultadas en El Congo. Para hallar la sustancia demandada por la industria mundial, se están desmontando los bosques, se le está destruyendo el hábitat a los animales y a las personas; se está removiendo la capa vegetal del país como si se levantase una vasta alfombra, buscando esas dos sustancias mágicas, que se convierten en El Congo en veinte dólares el kilo, y que en Londres alcanza la gloriosa suma de doscientos dólares; miles de buscavidas, los empresarios de ese país se han transformado en sabuesos de los dos minerales, sin parar mientes en los daños al ambiente, haciendo caso omiso de la fabulosa destrucción, producida por la insaciable demanda de coltan. La palabra coltan no ha penetrado al santasanctórum del diccionario.

Pero no hay que olvidar los estragos y las desgracias traídas por el coltan. Los que leyeron el reportaje, tiene en las páginas que obran como introito de esta obra la técnica de la entrada del diccionario: coltan m. mezcla de colombita y tantalio, minerales prolijos en África, sigla de la aleación, material del cual se fabrican los teléfonos móviles y las cabezas de los misiles y algunas plataformas interiores de las computadoras.

Prometo batirme como un espadachín para crear conciencia de una destrucción que aumenta el calentamiento de la tierra, que destruye las vidas y los destinos humanos, y que se halla cifrada en el famoso coltan, que deberá aparecer en una próxima edición de este mataburros.

La Nueva Gramática de la Lengua Española

Cuando salió *La Nueva Gramática de la Lengua Española* en 1931, tenía ya la apariencia de un libro polvoriento y obsoleto. En todo el siglo XX no pudieron completarse los esfuerzos que tomaran en cuenta los remezones que ya había introducido la lingüística en los estudios gramaticales. Las cuestiones de alto bordo que preocupaban entonces a los académicos eran, ¿cómo enfrentar la pluralidad de normas? ¿Cuál es el tipo de uso de la lengua que la Corporación de la RAE ha de refrendar? Los criterios del purismo habían entrado ya en capilla ardiente. Nadie ponía ya como modelo el habla de alguna región en particular de las 21 naciones de mundo hispánico. El criterio, representado en los antiguos diccionario, del crisol purificando en la fragua los metales, seguido del lema *limpia, fija y da esplendor*, ya era, entonces, una verdadera antigualla. El nuevo ideal asumido por todas las academias resaltaba lo que contribuyese a la unidad del idioma, vale decir, el carácter pan hispánico. Así se procedió con el *Diccionario de la RAE*, con *La nueva Ortografía*. Los equipos pluridisciplinarios de esta nueva gramática bajo la batuta de D. Ignacio Bosque tuvieron a su cargo la elaboración del texto final. Cada una de las academias llevó al seno del conciliábulo las informaciones de sintaxis, léxico, morfología, semántica y ortografía. Todas las consultas fueron compendiadas e incorporadas en esta obra monumental, que ha sido escrita tomando en cuenta las variantes geográficas, el contacto con otras lenguas y la diversidad de normas.

En 1922, en su *Programa de Gramática* para profesores de bachillerato de Cuba, D. Max Henríquez Ureña, presentaba la gramática como la adquisición de una conciencia del uso. Y toma como faena ejemplar el empleo de la lengua que hacen las personas de mayor escolaridad y el que echan al ruedo los buenos escritores. Esta perspectiva del buen uso, aparece ya, en los variopintos ejemplos de esta nueva gramática, y ésta es una aportación notable. Es un uso que incorpora, por lo demás, pasajes de nuestros grandes escritores, entre los cuales hay desde luego varios dominicanos; aspecto del lenguaje de la prensa, que no se diga que queremos encorsetarnos en una lengua libresca. Y todo ello, tomando la variedad de usos, que la vuelven, por vez primera, panhispánica. Hay muchas de las luces de don Max que nos esclarecen los problemas que aún se plantea, y que a partir de este primer jalón hay que seguir poniendo en el candelero. 1) la diversidad de denominaciones, correlativa a las diversas escuelas y doctrinas, y que aquí queda evocada por el deseo enciclopédico de compendiarlas, y tratar de desvanecer las confusiones que genera y la disparidad de criterios; 2) el predominio de las definiciones, colocadas muy por encima del buen uso, que, según decía D. Andrés Bello, es el de la gente educada; 3) dos valoraciones se disputan la legitimidad, la lógica, con arreglo a normas ya aceptadas y la histórica, con arreglo a la tradición de usos anteriores. La principal dificultad de la presente obra, radica en su prolijidad, que recoge la ambición de sus autores, pero hace que sea muy difícil, resolver los entuertos con los que habitualmente se enfrenta el usuario.

Son muchas las claridades que nos aporta esta nueva gramática. La primera es dejar zanjadas o resueltas las dudas relacionadas con las disparidades lógicas.

1. En la secuencia de género *el hacha, el ave, el agua* teníamos *aquel hacha, aquel agua, aquel ave* para concertar la concordancia de género. Sin embargo, el uso impone una concordancia *ad sensum*, como la llamaba Samuel Gili Gaya, concordancia por el sentido. *El agua estancada, el ave muerta en la carretera etc.* Se mantienen

como válidas las oscilaciones de género: *La mar bravía, el mar picado*. En expresiones como: *esa chica es un marimacho; ésa es una marimacha*. Se admite la dualidad. En otros casos derivados del llamado lenguaje de género, se manifiesta una tendencia de intensidad distinta, según los países, a emplear series coordinadas de sustantivos que manifiesten los dos géneros: *los trabajadores y las trabajadoras no reciben igual emolumento*. Pero, en abundantísimos casos, resulta absolutamente innecesaria. Porque el plural del sustantivo masculino ha abarcado históricamente los dos géneros: los estudiantes, los vecinos; con los pronombres: *muchos, algunos han venido* y también comprende las designaciones del plural, fundada en un género *los padres, los príncipes, los papás, los reyes, la pareja*.

En el caso particular de nuestros hablantes, se plantea, en muchos casos, variaciones en los heterónimos. Por ejemplo, el término general *ovejas*, refiérese en nuestro caso, *a los carneros, los corderos*, por igual, *los chivos*, comprende *a las cabras, cabritos*. Menudean, en otros casos, variaciones únicamente de artículo. Por ejemplo, en las designaciones de rangos militares: *el cabo, la cabo, el sargento, la sargento etc.* En la lista de profesiones, cargos, títulos, empleos y actividades diversas la diferenciación se mantiene en *o* para el masculino y *a* para femenino. Ya se admite, *abogado, abogada, síndico, síndica, diputado, diputada etc.*

2. Resalta de modo particular, el caso de los plurales de las palabras latinas. Se adopta como regla que los terminados en *r*, no admiten variaciones:

Imprimátur, exequátur, paternóster. Hay casos, en los que se pluraliza: *magíster/magísteres, máster, másteres*.

Los latinismos terminados en *ts* se consideran invariables *acésits, hábitats, déficits, superávits*. Esta misma regla se aplica a los terminados en *m*, y esto sí que plantea una novedad para los que emplean la lengua culta en Santo Domingo. Por circunstancias de nuestra propia tradición, se consideraba como señal de incultura pluralizar en estos casos, y se empleaba como una norma no explícita, como plural de *currículum, currícula, de*

pensum, pensa, desiderátum, desiderata etcétera. Ahora en la misma se emplea como regla única el añadido de la s para *critérium, desiderátum, factótum, quídam, réquiem, vademécum, tándem, sancta-sanctórum*.

Hay casos en que la pluralización se ha convertido en naturaleza *el ítem, los ítems*. En otros casos los latinajos sobreviven, alternando con formas hispanizadas, el *fórum, foro, auditoríum, auditorio, pódiium, podio, memorándum, memorando*. La tendencia a emplear los latinismos plurales terminados en a, tiene prosapia sajona. *Corpora, currícula, data, media, memoranda*.

Permanecen invariables en plural algunos expresiones latinas. Tales *cassus belli, coitus interruptus, currículum vitae, deliriums tremens, deus ex machina, gloria patri, hábeas corpus, horror vacui, lapsus calami, lapsus linguae, mea culpa, modus vivendi, modus operandi, nihil obstat, peccata minuta, totum revolutum etc.* y se pluralizan específicamente la función de número en el artículo.

Por lo que respecta a los demás préstamos extraídos del inglés, y referidos a la informática, se ha procedido a una hispanización generalizada. Tenemos *escáner, escáneres, diskette, diskettes, unidad central de proceso, ucþ, módem, ratón, casetera, disquetera*.

Otros plurales de anglicismos como *panty*, planteaban dudas, pues era hábito incluso en lengua escrita colocar *panties*, en lugar de *pantys*, forma plural calcada, en el caso dominicano del uso de la pieza masculina, los *pantaloncillos, calzoncillos*. Hay una buena proporción de extranjerismos completamente incorporados y castellanizados: *eslóganes, suéteres, chóferes, tráileres, pulóveres, neceseres, gánsteres, esmóquines, estándares, sándwiches, clubes, faxes, flux, fluxes*. Aun cuando los italianismos *espagueti, confeti, raviolis*, constituyen ya de suyo un plural, se pluralizan en español con s.

Siguiendo las andadas por aquellas porciones del texto gramatical que tienen que ver con la formas prevalecientes en el español dominicano, examinando las sufijaciones, los autores ponen de relieve la sufijación en *ada*, tomando las diversas casuística que ya tenía primacía en el español dominicano: *mondongada, espaguetada, caballada*,

para subraya grandes cantidades. Pero también *pescozada*, *bofetada*, *puñalada* para referirse a golpes. Se registra desde luego las formas para expresar un golpe con *azo*, *fuetazo*, *correaazo*, *cabezaazo*, *cantaazo*, *piñaazo*, *coñaazo*, *escobaazo*; pero también formas, que, aunque contienen, la sufijación de marras no expresan golpe: *petacaazo*, trago de ron, hermanada con multitud de expresiones hispanoamericanas relacionadas con lo mismo *telefonazo* hacer una llamada. Y no siempre son golpes, como en el decir nacional *un gustazo*, *un trancaazo*; *un frenazo* tiene más sentido figurado, al igual que la expresión *un espaldarazo*, manifestación de apoyo; *braguetazo*, casarse con alguien rico; *sablaazo*, engañar alguien.

Siguiendo el hilo de estas sufijaciones, hay aportaciones singu- larísimas relacionadas con nuestras propias formas de sufijación, oriundas, en muchos casos, de Canarias. Son las formas derivadas en *dera*: *preguntadera*, *conversadera*, *vomitadera*, *gritadera*, *habladera*, *cocina- dera*, *bebedera*, *comedera*, *llamadera*, *cargadera*, *llovedera*, *corredera*, *bailadera*, *gozadera*. En las gramáticas anteriores, estas formas que gozan de una enorme vigencia, ni siquiera eran consideradas.

Registra como posibilidades arcaizantes en nuestra lengua al- gunas sufijaciones que aun se observan en los terminados en *ción* *aburrición*, *tupición*, *putrición*. Como en otras porciones de las Anti- llas, la sufijación *ura* tiene buena cosecha: *gordura*, *hartura*, *frescura*, *diablura*. En el caso de la palabra *calentura*, tiene significado de *fiebre*, *deseo ardiente*, *deseo sexual*, *irritación*. Todas estas posibilidades se ha- llan compendiadas, y explicadas por vez primera, en nuestra gra- mática actual. Otras de las formas de sufijación, colocadas como rasgo nuestro en *El español de Santo Domingo* de Henríquez Ureña, son las derivadas de *era*, en lugar de flojedad; prevalece entre noso- tros, *flojera*, *chochera*, *borrachera*, *ronquera*.

Sobran los elementos parasintéticos, extraídos de verbos cuya base está formada por sustantivos que designan animales *culebrear*, *bormignear*, *caracolear*, *zanganear*, *abejonear*, *cotorrear* en la misma tesitu- ra *pendejar*, *compadrear*, *brujulear*, *guabinear*, de guabina, pez difícil de agarrar, *guabinoso*, persona desconfiada, *lengüetear* chismear, *orejear* revelar secretos, *cranear* pensar, *hamaquear* llevar de un lado a otro; *bufear* burlarse de alguien.

Son todas formas que nos parecen familiares porque corresponden a nuestra variante lingüística. Los autores en cada momento, emplean todas las fuentes informativas del idioma, las clasifican, y señalan su pertinencia geográfica. Así en España y en Santo Domingo, se dice para nombrar el dinero que nos queda, *dame la vuelta*; en el resto de América Central y porciones de América del Sur, *el vuelto*. Es común en muchos países la expresión *embolsarse un dinero*, aun cuando se prefiere la opción caribeña *embolsillarse un dinero*.

Otro aspecto son las derivaciones apreciativas. Dentro de éstas, el análisis de las variables caribeñas de los terminados en *ítico*, *ítica*: *cerquítica*, *poquita*, *muchachita*, *una vueltita*, *traguito*, *frito*, *hembrita*, *todito*, *lechoncito*, *cafécito*. Esa formas de afecto, también pueden expresarse con la sufijación azo *cuerpazo*, *piernaza*, *un carrazo*, *puestazo*, *cargazo*, *jefazo*, subrayan la desmesura.

Son muchos los hallazgos con los que tropezará el lector. Esta obra enciclopédica y monumental es como un inmenso laberinto que nos muestra todas las formas de la lengua. Es como descender al *Aleph* imaginado por Borges en el que confluyen todos los derroteros y se ensayan todas las posibilidades de ser. Nos hallamos ante el retablo en el que se revelan las menudencias de nuestra lengua, pilar de nuestra cultura y de nuestra identidad como nación, hermanadas con otras naciones, con las que comparte el legado. Esperamos que esta sencilla y escueta invitación a la lectura suscite la curiosidad y amor por esta obra fundamental de un idioma que es ya la cuarta lengua del mundo, sólo superada en hablantes por el chino, el inglés, el indostaní; que es la primera de las lenguas romances, y que por la cantidad de naciones que la hablan como lengua no sólo oficial, sino patrimonial, se lleva las palmas de todas las lenguas de Occidente.

12 octubre, 2010.

Índice onomástico

A

- ABBES GARCÍA Johnny 619,626
ABRÉU MEJÍA Rafael 257
ABRÉU Francisco Xavier 75
ABRIL Juan 89
AFANASIEV 231, 572, 578
AGUILERA 412
AGUSTÍN San 538
ALBA Orlando 589
ALBURQUERQUE ZAYAS BAZÁN
Rafael 547
ALCALÁ ZAMORA Niceto 454
ALCÓCER Jerónimo 150
ALEJANDRO VI 197
ALFAU DURÁN Vetilio 74, 80, 93,
308, 342, 346, 631
ALFAU y BARALT Antonio 155
ALFONSECA José Dolores 432, 433,
439
ALONSO Amado 58, 60, 542, 674
ALONSO SCHOKER Luis 118, 121,
212
ÁLVAREZ Wenceslao 440, 455
ÁLVAREZ Horacio 473
ÁLVAREZ MÉNDEZ Juan Manuel
684
ÁLVAREZ PINA Virgilio 442, 462,
617
ÁLVAREZ Soledad 257
ÁLVAREZ Virtudes 243
AMIAMA TIÓ Fernando 486
AMIAMA Manuel 670
ANGULO GURIDI Alejandro 75,
166, 171, 190, 191
ANGULO GURIDI Javier 166, 171,
190, 191
ANÍBAL 130, 197
ARAGÓN Louis 596
ARBOLEDA Julio 32
ARGENTINO Carlos 603
ARIAS Desiderio 389, 439, 609
ARISTÓTELES 21, 521
ARON Raymond 22, 489, 653
ARP Jean 518
ARROYO Carlos 454
ARTAUD Antonin 54
ASCUASIASTI Carlos 237
AUSTIN John 677
AYALA Crispín 635
AYBAR Juan E. 634
AYBAR Manuel 630

B

- BÁEZ Mauricio 380
BÁEZ Ramón 376

- BÁEZ Buenaventura 66, 75, 77, 80, 83, 91, 95, 98, 100, 101, 102, 107, 108, 109, 110, 119, 120, 135, 136, 137, 138, 147, 149, 172, 264, 376
- BALAGUER Joaquín 10, 17, 19, 63, 87, 71, 102, 124, 182, 193, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 210, 211, 218, 219, 220, 222, 223, 230, 231, 232, 263, 264, 286, 287, 290, 346, 347, 376, 380, 393, 399, 401, 403, 422, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 433, 434, 435, 437, 438, 439, , 440, 441, 442, 443, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 486, 512, 513, 514, 544, 545, 548, 549, 554, 555, 570, 580, 581, 582, 588, 590, 613, 616, 629
- BALCÁ CER Juan Daniel 175, 305
- BALLY Charles 211
- BALMES José 87
- BARALT Miguel 88
- BARALT Rafael María 88
- BARCLAY 380
- BARRIONUEVO José de 167
- BARTHES Roland 520
- BATTISTA 310
- BECK Julien 154
- BELLE GARDE Dante 504
- BELLO Andrés 33, 34, 36, 89, 207, 315, 317, 674, 681, 732,
- BENÍTEZ Puro 485
- BENJAMIN Walter 543
- BENTHAN Jeremy 89
- BERGSON Henri 7
- BERNARD VÁSQUEZ Leonte 7, 167
- BETANCOURT Rómulo 395, 398, 426, 445, 447, 464, 477, 620
- BILLINI Francisco X. 96, 490
- BILLINI Francisco Gregorio 32, 167, 171, 220, 563
- BILLINI Miguel 547
- BINAYÁN Narciso 58
- BLANCO Andrés Eloy 454
- BLANCO DÍAZ Andrés 74, 85,86,248
- BLANCO FERNÁNDEZ Andrés 618
- BLANCO FOMBONA Rufino 454
- BLANCO Leoncio 604
- BLONDA Máximo Avilés 54, 267
- BOBADILLA María A. 632
- BOBADILLA y BRIONES Tomás 75, 108, 131, 147 , 631
- BOLÍVAR Simón 100, 145, 371, 400
- BONNELLY Rafael F. 456
- BONNET Joseph 339
- BORGES Jorge Luis 58, 598 , 603, 736
- BOSCH GARCÍA León 390
- BOSCH Juan 10, 17, 19, 180, 182, 193, 193, 199, 200, 204, 205, 211, 219, 220, 222, 223, 236, 239, 255, 284, 285, 289, 290, 308, 379, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 407, 408, 409, 412, 413, 414, 416, 417, 418, 420, 421, 422, 423, 424, 428, 440, 441, 442, 452, 456, 459, 461, 467, 468, 469, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 485, 544, 550, 553, 554, 582, 587, 588, 590, 664, 665, 667
- BOSCH QUIDIELLO Patricio 408
- BOSQUE Ignacio 731
- BOYER Jean Pierre 13, 101, 109, 148, 149, 306, 333, 335, 336, 337, 339, 341, 345, 435, 615, 630, 701
- BRECHT Bertold 54
- BYRON Lord 35, 87

C

- CAAMAÑO Francisco A. 230, 263, 286, 287, 290, 291, 400, 402, 456, 473, 554, 579, 580, 582
- CABRAL José Ma.101, 114, 116, 138
- CABRAL Ángel Severo 488

- CABRAL Mario Fermín 390
 CABRAL Manuel del 20, 213, 390, 547, 594
 CÁCERES Ramón 82, 376, 389, 439
 CAMACHO Macho 188
 CAMBIASSO Juan B. 165
 CAMUS Albert 386
 CÁNOVAS DEL CASTILLO Antonio 84,85
 CAONABO 366
 CAONEX 196
 CAPDEVILA Lauro 486
 CARÉ Francois 711
 CARLOS V 167
 CARMICHAEL STOCKELY 238
 CARO José Antonio 228, 264
 CARO Néstor 205, 211
 CARO Pedro 257, 272, 287
 CARO y CUERVO Instituto 212
 CASALS Pedro Manuel 234
 CASIMIR Jean 501
 CASO Antonio 30, 32
 CASSÁ Roberto 237, 240, 284, 42
 CASTELLANOS Juan de 94, 96, 155, 154
 CASTILLO Efraím 212
 CASTILLO José del 163
 CASTILLO Manuel de Js. 432
 CASTULO 90, 91
 CEDEÑO Pedro Livio 457, 625
 CERVANTES Ignacio 416
 CÉSPEDES Diógenes 18, 20, 63, 71, 73, 173, 180, 225, 229, 268, 269, 273, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 655
 CESTERO Mariano 634
 CESTERO Tulio Manuel 83,192, 193, 196, 197, 198, 199, 200, 462, 465, 485, 664, 666, 672
 CHANTADA Amparo 237
 CHAPUSEAUX Adalberto 229, 669
 CHASSERIAU Théodore 33
 CHE (GUEVARA Ernesto) 238, 287
 CHEVALIER Diyeta 615
 CHIBAS Eduardo 416
 CHOMSKY Noam 713
 CHRISTOPHE Henri 336, 435
 CICERÓN 545
 CLIME Danilo 178, 180
 COHÉN Abraham 523
 COHEN Luisa 190
 COLÓN Cristóbal 85,189,191,303,319,320,322,324,328,401,409,418
 COLLADO Lipe 215
 CONCHA Vicente 32
 CONSTANTINOV 231, 572, 578
 CONTÍN Néstor 129
 CONTÍN Pedro René 129, 543
 COOPER, Fenimore 93
 COPEAU 56
 COPELLO Edificio 400, 468
 CORDERO MICHEL Emilio 239, 284, 285, 509
 CORNIELLE Carlos 486
 CORRRIPIO Editora 71, 211, 214, 255, 389
 CORTÁZAR Julio 250
 CORVINGTON 506
 COTUBANAMA 167, 366
 COVARRUBIAS Sebastian de 189
 CROWLEY Coronel Donald 263, 472, 582
 CUELLO José Israel 229, 239, 243, 427
 CUERVO Rufino José 207, 212, 310, 317, 340
 CUMMING C. 660
 CYRULNIK Boris 543
- D**
- DAMIRÓN Amable 643
 DAMIRÓN Rafael 193, 196, 201, 204, 212, 432, 462, 465
 DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS Gabriel (Plácido) 411

- DE LA CRUZ Rufino 620
 DE QUINCEY Thomas 34
 DEBIEN Gabriel 499
 DEIVE Carlos E. 196, 212, 264, 543
 DEL MONTE Antonio 168
 DEL MONTE Félix 66, 75, 190, 635, 655
 DEL MONTE Fermín 165
 DEL RISCO René 115, 213, 257, 258, 268, 272, 287, 595
 DELGADO Juan 165
 DELGADO Doctor 79
 DELIGNE Gastón Fernando 167, 190
 DEPESTRE René 479, 502
 DERRIDA Jacques 524, 531
 DESCHAMPS Enrique 155
 DESCHAMPS Eugenio 171
 DESMESNAR Delorme 504
 DESPRADEL Arturo 463, 465
 DESPRADEL Fidelio 236, 239, 243, 284, 286, 287
 DESPRADEL Roberto 432, 437, 462
 DESPRADEL Lil 240
 DESSALINES Jean Jacques 117, 334, 336, 345, 435, 500
 DESSONS Gérard 533
 DI PIETRO Giovanni 18, 663, 664, 665, 667, 669, 670, 671
 DÍAZ Gregoria 65
 DÍAZ GRULLÓN Virgilio 213, 486
 DÍAZ Miguel 303
 DIDEROT Denis 68, 527
 DIEN BIEN PHU 414
 DIEZ Manuela 632
 Doctrina de John JAY 45
 Doctrina de MONROE 45
 DOMÍNGUEZ Asdrúbal 240
 DONOSO CORTÉS 87
 DRAKE Francis 323
 DUARTE Juan Pablo 10, 18, 66, 76, 82, 109, 137, 145, 261, 342, 345, 346, 371, 491, 509, 512, 568, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635,
 DUARTE Vicente Celestino 633, 634
 DUCASSE Isidor Conde de Lautréamont 33
 DURÁN Mariano 457
 DURAND Auguste 339
 DUVALIER Jean Claude (BabyDoc) 505
 DUVALIER Francois(PapáDoc)336, 498, 499, 502, 507
 DUVERGÉ Antonio 110, 116, 192
- E**
- ECHAVARRÍA Colón 670
 ÉLUARD Paul 522
 EMMANUEL (seudónimo de Galván) 87
 ENGELS Federico 102, 103, 242, 280, 546, 640
 ENRIQUILLO Cacique histórico 73, 94, 96, 98, 106, 128, 129, 130, 134, 141, 167, 190, 191, 192, 195, 198, 303, 322, 323, 324,
 ESPAILLAT Francisco Ulises 32, 73, 80, 82,90, 96, 98, 111, 139, 159, 160, 167, 171, 173, 220, 563, 633, 634, 635
 ESPINAL Cayo Claudio 20, 234, 660
 ESPINAL Zacarías 655
 ESTRADA PALMA Tomás 413
 ESTRELLA José 437, 438
 ESTRELLA SADHALÁ Salvador 625
 ESTRELLA UREÑA Rafael 432, 436, 437, 438, 443, 452, 461, 462, 668
 EUSEBIO Enrique 257, 261, 269
- F**
- FARÍAS MONGE Aquiles 264
 FELIVE v 410
 FÉLIZ Quirico 432
 FELTZ Leonor 7, 155

- FERNÁNDEZ Carlos 215
 FERNÁNDEZ DE CASTRO Felipe 83, 335
 FERNÁNDEZ GRANELL Eugenio 658
 FERNÁNDEZ Leonel 219, 424, 588, 590
 FERNÁNDEZ Ludovino 401
 FERNÁNDEZ SPENCER Antonio 18, 20, 541, 543, 544, 545, 547, 548, 549, 550, 559, 658,
 FEBVRE Lucien 446, 488
 FIALLO Viriato 426, 452, 461, 488, 544
 FIALLO Antinoe 237, 240
 FIERRO Martín 204
 FIGUEREDO Perucho 412
 FIGUERES José 395, 396, 397, 620
 FLORES José 32
 FLORS Editor 141, 212
 FONT BERNARD Alberto 462
 FONT BERNARD Ramón A. 18, 553, 555, 556, 557, 580
 FONT GAMUNDI, Casa 389
 FORRESTER Vivianne 181
 FORTOUL GIL 32
 FORTUNATO René 428
 FOUCHARD Jean 504
 FRANCISCO Ramón 258, 279
 FRANCO Francisco 378, 547
 FRANCO Franklin 239, 243
 FRANKLIN Benjamín 89
 FREINET (Escuela) 688
 FREUD Sigmund 520, 527, 530, 596, 600
 FUCIK Julius 572, 578
 FUENMAYOR Alonso de 322
 FUERBACH 488
 FUKUYAMA Francis 180
- G**
- GALÍNDEZ Jesús de 398, 445, 447, 464, 486, 555, 607
 GALVÁN Candelaria 75
 GALVÁN Manuel de Js 7, 9, 67, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 96, 97, 98, 99, 101, 103, 104, 106, 107, 110, 111, 112, 113, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 129, 130, 131, 132, 133, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 146, 159, 167, 171, 172, 190, 191, 192, 193, 197, 198, 204, 322, 740
 GARAGORRI Paulino 57, 640
 GARCÍA GODOY Federico 158, 160, 161, 162, 163, 166, 171, 177, 213, 387, 388, 664, 669
 GARCÍA GUERRERO Amado 625
 GARCÍA HERRERA Rafael 328
 GARCÍA José Enrique 18, 20, 234, 368, 593, 594, 595, 596, 598, 599, 602, 603, 605,
 GARCIA José Gabriel 75, 152, 159, 168, 171, 172, 334, 634, 635
 GARCÍA Obdulia 688
 GARRIDO PUELLO Victor 200, 380, 455
 GARRIDO RAMÍREZ Victor 485
 GATÓN ARCE Freddy 18, 20, 124, 535, 538, 540, 594, 658
 GAUQUELIN 688
 GENETTE Gérard 523
 GERÓN Cándido 549
 GIL ARÁNTEGUI Malaquias 264
 GIL DÍAZ Oscar 549
 GILI GAYA Samuel 732
 GINER DE LOS RÍOS Francisco 154
 GÓMEZ Máximo 412, 427, 479, 480
 GÓMEZ Maximiliano 243, 287
 GÓMEZ Alexis 257, 261, 269, 287
 GÓMEZ Carlos 32
 GÓMEZ CARRILLO 556
 GÓMEZ OCHOA Delio 441
 GÓMEZ Luis 237, 240

- GÓMEZ Luis Rafael 619
 GÓNZÁLEZ Abel 624
 GONZÁLEZ Carlisle 331, 341, 342
 GONZÁLEZ ESPINOSA José 240, 243
 GONZÁLEZ HERRERA Julio 667, 670
 GONZÁLEZ Ignacio María 159, 172, 635
 GONZÁLEZ Jesús 397
 GONZÁLEZ PONS Alejandro 240
 GONZÁLEZ TAMAYO Armando 399
 GONZÁLEZ TIRADO Rafael 363
 GORKI Máximo 388, 572, 578
 GOYA Francisco de 278, 612
 GRAU SAN MARTÍN Carlos 355, 413, 415
 GREIMAS ArgildasJullien 520, 523, 574, 575
 GUILLERMO Cesáreo 82
 GUTIÉRREZ Franklin 667
 GUTIÉRREZ NÁJERA 36
 GUZMÁN Antonio 401, 457, 548
 GUZMÁN BLANCO 634
- H**
- HAGÉGE Claude 689
 HAHN Reynaldo 33
 HEIDEGGER Martín 530, 531, 532, 533
 HENRÍQUEZ Américo 390, 391, 392
 HENRÍQUEZ Enrique A. 152, 171
 HENRÍQUEZ LAURANZÓN Cotubanamá 394
 HENRÍQUEZ UREÑA Camila 69
 HENRÍQUEZ UREÑA Max 63, 69, 71, 156, 172, 180, 185, 191, 264, 274, 308, 314, 315, 322, 331, 668, 732
 HENRÍQUEZ UREÑA Pedro 5, 7, 10, 17, 19, 20, 27, 28, 30, 44, 50, 51, 57, 58, 59, 70, 128, 129, 150, 152, 168, 180, 188, 194, 213, 264, 292, 304, 308, 318, 321, 325, 470, 484, 542, 545, 557, 584, 591, 674, 723, 728
 HENRÍQUEZ y CARVAJAL Federico 83, 171
 HENRÍQUEZ y CARVAJAL Francisco 32, 70,83, 155, 167, 169, 171, 389, 394
 HERÁCLITO 604
 HERNÁNDEZ ACOSTA Ángel 205, 213, 234
 HERNÁNDEZ CATÁ 396, 408
 HERNÁNDEZ FRANCO Tomás 185, 380, 603
 HERNÁNDEZ Gaspar 75, 630
 HERNÁNDEZ Jafet 438, 461
 HERNÁNDEZ José 204
 HERNÁNDEZ Mariano 165
 HERNÁNDEZ RUEDA Lupo 264, 659
 HERNÁNDEZ SOTO Carlos 330
 HERRERA 191
 HERRERA LUQUE 414
 HERRERA MARÍN Enrique 401
 HERRERA Rafael 574
 HERTER 444
 HEUREAUX Ulises 81,85, 150, 155, 160, 166, 168, 169, 192, 197, 376, 389, 439, 441, 555, 627, 669
 HOCHIMIN 280, 366
 HOFFMANN Leon Francois 505
 HOLEC Henri 685
 HOMERO 602
 HORKEIMER Max 528
 HOSTOS Eugenio Ma. De 14, 32, 33, 68, 69, 81,82, 103, 146, 150, 151, 153, 154, 155, 156, 163, 167, 168, 169, 171, 172, 220, 302, 388, 392, 394, 407, 418, 489, 490, 491, 556
 HUGO Victor 35
 HURBON Laenec349, 502, 503

I

IBSEN 51
 IMBERT BARRERAS Antonio 457, 480, 625
 INCHÁUSTEGUI Héctor 20, 213, 234, 485, 487, 673, 674
 INFANTE Fernando 18, 607, 608, 609, 611, 612
 INOA Orlando 556, 610, 629, 630, 635
 IRVING Washington 191
 ISA CONDE Antonio 478
 ISA CONDE Narciso 236, 239, 243,
 ISCARIOTE Judas 180, 397

J

JAKOBSON Roman 517, 575
 JIMENES GRULLÓN Juan Isidro 106, 180, 182, 236, 239, 243, 284, 289, 307, 367, 393, 394, 395, 452, 484, 544, 640
 JIMENES Manuel 394, 633
 JIMENES SABATER Max 589
 JIMÉNEZ Juan Ramón 551
 JONES Paul 84
 JOYCE James 661
 JULIÁN PÉREZ Luis 18, 20, 511, 514, 515

K

KAUSTKY Karl 578
 KIM IL SUNG 420, 572
 KRISTEVA Julia 520, 524, 574, 575
 KRAUSE Karl 154

L

LAFORGUE Jules 33
 LAMA Dalái 575
 LANTIGUA José Rafael 177, 657
 LEBRÓN SAVIÑÓN Mariano 264
 LENÍN Nicolás 280, 498, 546, 572, 578, 659

LENZ Rodolfo 675
 LEVI STRAUSS Claude 164, 575
 LIPSKY John 304, 342
 LÓPEZ José Ramón 160, 167, 171
 LÓPEZ de MEDRANO Andrés 151
 LÓPEZ Narciso 411
 LÓPEZ PENHA Haim 193, 195, 664, 666, 672
 LÓPEZ PUMAREJO Alfonso 454
 LUGO Américo 83,84, 93, 152, 169, 171, 180, 193, 194, 196, 203, 204, 305, 308, 452, 513, 549, 555, 556, 557, 629, 668
 LUPERÓN CASTELLANOS Gregorio 73, 80, 81,82, 102, 111, 139, 146, 150, 154, 159, 163, 169, 285, 618, 626, 633, 634, 635
 LURIA Isaac 688

M

MACHADO Antonio 293, 601, 602
 MACHADO Gerardo 378, 413
 MALLARMÉ Stephane 518, 413, 598
 MALNBERG Bertil 687, 689
 MAQUIAVELO Nicolás 465, 476
 MARTÍ Farabundo 582
 MARTÍ José 33, 34, 41, 48, 73, 81, 102, 105, 106, 107, 111, 138, 152, 156, 158, 159, 167, 171, 175, 204, 353, 404, 412, 414, 426, 427, 437, 451, 452, 480, 582, 584, 618, 713, 714
 MARTÍNEZ ALBA María 447, 462, 463, 555
 MARTÍNEZ DE CALA Y DE JARANA Antonio 310
 MARTÍNEZ ESTRADA Ezequiel 58
 MARTÍNEZ Orlando 457
 MARTÍNEZ REYNA Virgilio 437, 451, 452, 618
 MARTÍNEZ Rufino 629
 MARULANDA Manuel 582

MARX Carlos 23, 178, 242, 280, 288, 424, 488, 546, 572, 578, 640, 659, 706
 MATEO Andrés L. 10, 18, 20, 177, 213, 241, 256, 257, 267, 268, 269, 272, 380, 653, 654, 655, 657, 658, 661
 MATOS MOQUETE Manuel 18, 20, 63, 71, 180, 230, 577, 581, 582, 583, 584, 585, 587, 590, 591
 MATOS MOQUETE Plinio 230, 582
 MELLA Ramón Matias 82
 MEJÍA FELIÚ Juan Tomás 264
 MEJÍA Félix Evaristo 155, 156
 MEJÍA Hipólito 589
 MEJÍA Juan B. 241
 MEJÍA RICART Gustavo A. 668
 MENÉNDEZ PELAYO Marcelino 154
 MENÉNDEZ PIDAL Ramón 211, 309
 MESCHONNIC Henri 18, 20, 212, 245, 247, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 524, 574, 575, 722
 MIESES BURGOS Franklin 20, 390, 547, 559, 594, 603, 658
 MIR Pedro 214, 253, 255, 256, 262, 267, 271, 272, 276, 277, 287, 325, 449, 574
 MOIRAND Sophie 688
 MOLINA Tirso de 325, 541, 559
 MONTERO J. 673, 674
 MORALES Amparo 695
 MORALES Ángel 380, 432
 MORENO FERNÁNDEZ Francisco 353, 700
 MORENO JIMÉNEZ Domingo 656
 MOYA PONS Frank 107, 178, 228, 230, 231, 234,
 MURPHY Gerard 446

N

NEBRIJA Elio Antonio de 304, 309, 310, 311, 313, 316, 317, 318

NERÓN 238
 NERUDA Pablo 195, 249, 251, 260, 288, 546, 594, 604,
 NGUYEN VAN THIEU 573
 NIKITÍN P. 231, 572, 578
 NIVAR DE FERNÁNDEZ Nora 268
 NIVAR SEIJAS Neit R. 457, 548
 NIXON Richard 424
 NOLASCO Sócrates 205, 510
 NOUEL Bienvenido 190
 NOUEL Monseñor Carlos 555
 NÚÑEZ Manuel 9, 10, 14, 24
 NÚÑEZ Rafael 32
 NÚÑEZ Apolinar 279
 NÚÑEZ CEDEÑO Rafael 330
 NÚÑEZ DE CÁCERES José 90, 99, 100
 NÚÑEZ Oscar 473

O

OQUENDO Candelario 633, 634
 ORTEGA y GASSET José 10, 18, 19, 57, 153, 162, 176, 278, 367, 380, 433, 435, 455, 465, 484, 513, 542, 547, 550, 565, 567, 595, 596, 639, 640, 641, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652
 ORTÍZ LÓPEZ Luis 356, 357, 416, 701, 702
 ORWEL George 612
 OSTROSKI Nicolás 572, 577
 OTERO Jaime 353, 692, 700

P

PAGÁN PERDOMO Dato 240
 PAILLARD Bernard 534
 PALMA Ricardo 87
 PANERO Leopoldo 541
 PATÍN MACEO Manuel 211
 PAULINO Anselmo 455, 462, 463, 464

- PAULINO SEGURA Aliro 214
 PAZ Octavio 600
 PEIX Pedro 214, 215
 PELLERANO Arturo 165, 167
 PELLERANO Ozema 155
 PENN William 295, 306, 331, 566
 PENSON César Nicolás 171, 468
 PEÑA BATLLE Manuel A. 14, 18, 20, 148, 152, 172, 173, 176, 177, 308, 334, 380, 455, 465, 483, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 510, 555, 666
 PEÑA GÓMEZ José Francisco 219, 220, 222, 223, 401, 402, 403, 421, 428, 459, 473, 474, 480, 554, 588, 590
 PEÑA y REYNOSO Manuel de Js. 67, 129
 PERDOMO Eugenio 67, 75
 PEREIRA Jacobo 89
 PERELLÓ Lorenzo 543
 PÉREZ CABRAL José A. 205
 PÉREZ CLAVIJO 96
 PÉREZ GUERRA Irene 341, 342, 356, 700, 701
 PÉREZ MARTÍNEZ Ramón 473
 PÉREZ MEMÉN Fernando 137, 234
 PÉREZ MONTÁS Eugenio 264
 PÉREZ REYES Héctor 487
 PÉREZ Santiago 32
 PÉREZ y PÉREZ Carlos 196
 PÉREZ y PÉREZ General Enrique 196
 PERL Mathias 326, 327, 328, 330
 PERRAULT Charles 726
 PERSE Saint John 181, 522
 PESSOA Fernando 604, 605
 PEYNADO Jacinto (don Mozo) 455, 465
 PEYNADO Francisco José 155, 156, 160, 161, 163, 171, 432
 PICHARDO Paíno 442, 455, 462, 617
 PICHARDO José María 155
 PICHARDO Loló 441
 PICHARDO Pedro 234
 PIERRE Solange (Sonia, Solain Pie) 349
 PIÑA coronel ELÍAS 116, 492, 701
 PIÑA CONTRERAS Guillermo 129, 190, 373, 387, 424
 PIZARRO Francisco de 587
 PLEYNET Marcelin 574
 POE Allan 23, 626
 POPPER Karl 23
 PORTUONDO José A. 248, 249
 POU Catalina 155
 POU CASTRO Mayor C.457
 POUND Ezra 547, 548
 PRADINE . (leyes) 337, 630
 PRASLIN 630
 PRICE MARS Jean 18, 20, 110, 177, 497, 498, 498, 500, 501, 502, 503, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 567, 568
 PRÍO SOCARRÁS Carlos 394, 396, 397, 408, 415, 416
 PROPP Vladimir 517
 PROUST Marcel 33
 PUELLO señor 387
 PUELLO Gabino 110
 PUELLO Josefa 155
 PUIG Max 240, 243
- Q**
- QUIDIELLO de BOSCH Carmen 396, 408
 QUIJOTE (Alonso QUIJANO) 117, 134, 174, 362, 631, 652,
 QUILIS Antonio 311
 QUINTANA 35, 67, 191
 QUIQUÍ (Enrique A. Henríquez) 541
- R**
- RANGEL Carlos 228, 229, 265
 RAY GUEVARA Milton 234
 READ CABRAL Donald 400
 READ Paco 615

- READ VITTINI Mario 18, 440, 441, 486, 613, 614, 615, 616, 818
 REED John 578
 REGLA MOTA Manuel de 89
 REINHARDT 55
 REQUENA Andrés 214, 669
 REYES Antonio 167
 REYES Alfonso 57, 58
 REYES Ramón E. 214, 543
 RIVAS Jorge 397
 RICHARD David 89
 RICHARDSON 444
 RICHAUDEAU Francois 686, 688, 689
 RIVERA AYBAR Ricardo 214
 RIVERO Micaela del 78
 ROBESPIERRE Maximilien 225, 447, 449, 555
 RODÓ José Enrique 33, 34, 42, 43, 47, 48, 156, 556
 RODOLSKI Román 102
 RODRIGUEZ Juan 396
 RODRÍGUEZ Arturo 214
 RODRÍGUEZ CHIAPPINI 243
 RODRÍGUEZ DE LÉON Francisco 428
 RODRÍGUEZ Demetrio 439
 RODRÍGUEZ DEMORIZI Emilio 88, 93, 100, 142, 308, 334, 339, 340, 345, 346, 347, 357, 359, 391, 396, 510
 RODRIGUEZ Horacio 398
 RODRÍGUEZ Iván 243
 RODRÍGUEZ OBJÍO Manuel 67, 75, 167, 633, 634
 ROGGIANO Alfredo 44, 45, 57
 ROLAND Astrel 504, 505,
 ROJAS DE TOLEDO María 85
 ROMÁN Miguel Alberto 670
 ROMÁN Pupo 626
 ROOSEVELT Franklin D. 317
 ROSARIO CANDELIER Bruno 180, 234, 577
 ROSENBLAT Ángel 317, 320, 675, 689
 ROULET Éric 686, 689
 ROUMAIN Jacques 503
 ROUSSEAU Jean Jacques 34, 68, 483
 RUEDA Manuel 20, 308, 309, 594, 602, 658, 660
- S**
- SAAVEDRA 32
 SÁBATO Ernesto 58
 SALAS Brindis de 416
 SALAZAR Eugenio de 323
 SALAZAR Manuel 243
 SALAZAR Oliveira 378
 SÁNCHEZ Enriquillo 257, 262
 SÁNCHEZ Francisco del Rosario 76, 78, 100, 109, 138, 484, 632
 SÁNCHEZ SANLLEY Luis 264
 SÁNCHEZ y SÁNCHEZ Carlos 629
 SANDINO Julio César 280
 SANÍN CANO 48
 SANTANA Pedro 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 91, 93, 94, 95, 100, 101, 102, 106, 108, 109, 110, 111, 114, 116, 131, 136, 137, 147, 149, 376, 407, 632, 669
 SANTANA Roberto 241, 478,
 SANTOS de los Danilo 215
 SANTOS Eduardo 454
 SANZ DEL RÍO Julián 153, 154
 SANZ LAJARA J.;M, (Pasito) 193, 194, 195, 196, 214, 664, 665, 670, 671, 672
 SARMIENTO Domingo Faustino 28, 32, 33, 34, 103, 104, 107, 138, 151, 156, 157, 158, 159, 162, 165, 168, 171,
 SARTRE Jean Paul 250, 252, 374, 377, 569
 SAUSSURE Ferdinand 60, 519, 521
 SAVIÑÓN Francisco 634
 SAVIÑÓN Ramón 624
 SCHUMPETER 562

SERRULLE Haffe 241
 SERRULLE José 237, 241
 SHAKESPEARE William 56, 189
 SHARDAKOV , M: 687, 688, 689
 SHAW Bernard 7
 SIHANUK Norodom 420
 SILFA Nicolás 399
 SILIÉ Rubén 237, 239
 SOBÁ José 234
 SOFOCLES 56
 SOLER José Amado 397
 SOLLERS Philippe 574
 SORIANO Germán 462
 SOSA Manuel 432
 SOTO Renato de 547
 SOTO Aurelio 32
 SOTO JIMÉNEZ José Miguel 18, 623, 624, 626, 627
 SOTO Miguel 401
 SOULAGES Pierre 533
 SOULOUQUE Faustin 77, 116, 117, 332, 336, 345, 500
 SPINOZA Baruch 21, 531, 533, 654,
 STALIN José 197, 280, 366, 378, 610, 722
 STRASSOLDO 251
 SUARDÍ Nazario 388
 SUÁREZ Fidel 32
 SUÁREZ Francisco 324
 SUPERVIELLE Jules 33
 SURO Jaime 388
 SURO Darío 388
 SURO Rubén 659

T

TAVÁREZ Gustavo 547
 TAVÁREZ Juan Tomás 547
 TAVAREZ JUSTO Manolo 286, 287, 290, 440, 441, 461, 547, 582, 618, 619,
 TEJADA YANGUELA Argelia 353, 358
 TEJERA Emiliano 152, 171, 191, 212
 TODD Emmanuel 181

TODOROV Tvestant 520
 TOLENTINO César 432
 TORRES Luis Alfredo 24, 659
 TORRES BODET Jaime 454
 TORRES Camilo 230, 291, 472, 572, 583
 TORRES Luis de 303
 TRINIDAD Nicanor 248
 TRISTÁN Flora 33
 TRONCOSO DE LA CONCHA Manuel de Js 454, 455, 465
 TRONCOSO SÁNCHEZ Pedro 629
 TROTSKY León 576, 578, 729,
 TRUJILLO MARTÍNEZ Ramfis 398, 462
 TRUJILLO Rafael Leónidas 10, 14, 18, 19, 58, 141, 153, 162, 173, 174, 175, 177, 183184, 197, 202, 211, 213, 214, 217, 228, 229, 290, 334, 378, 379, 380, 381, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 402, 420, 425, 428, 430, 431, 432, 433, 436, 437, 438, 439, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 450, 452, 455, 457, 448, 450, 452, 453, 457, 458, 461, 462, 463, 464, 465, 467, 486, 487, 488, 489, 492, 493, 494, 537, 542, 543, 545, 553, 555, 556, 560, 577, 581, 587, 607, 608, 609, 610, 611, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 623, 624, 625, 626, 627, 663, 664, 666, 667, 668, 669, 671, 674

U

UREÑA de HENRÍQUEZ Salomé 10, 17, 62, 63, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 155, 167, 557, 655
 UREÑA DE MENDOZA Nicolás 66, 75

V

VALDÉS BERNAL Sergio 320, 327, 356, 364
 VALDEZ Diógenes 215
 VALERA BENÍTEZ Rafael 258, 267, 270

VALERY Paul 598,
 VARGAS Fernando 559
 VARGAS LLOSA Mario 252, 282,
 547
 VASCONCELOS José 32
 VÁSQUEZ Horacio 389, 432, 436,
 438, 439, 461, 462, 488, 489, 615, 666,
 668
 VÁSQUEZ Juan 334
 VÁSQUEZ Máximo 432
 VÁSQUEZ Leonte 264
 VAZ FERREIRA 32
 VEGA BATLLE Julio 215
 VEGA Bernardo 229, 234, 475, 607
 VELASCO IBARRA 32, 454, 477
 VELASQUEZ María 75
 VELASQUEZ Federico 461
 VELÁSQUEZ Francisca 81
 VELOZ MAGGIOLO Marcio 195,
 215, 287, 543
 VENNABLES Robert 331
 VERDUGO Hipólito 544
 VERGÉS Pedro 24, 208, 215, 670
 VERGÉS VIDAL Pedro L. 670
 VERLAINE Paul 559
 VIAU Jacques 257
 VICIOSO Abelardo 241, 258, 267,
 268, 276
 VICTOR René 501
 VIDAL TORRES Rafael 380, 432,
 437, 462, 615
 VIERA Gloria 446

VIGNER Gérard 689
 VILLALOBOS Heitor 32
 VILLAURRUTÍA Jacobo 151
 VILLEGAS Victor 258, 266, 276,
 279, 549
 VINCENT Stenio 497, 498
 VOLTAIRE 324

W

WASHINGTON GEORGE 45, 81,
 90, 191, 219, 450, 469, 474, 497, 610
 WEBER Max 270
 WESSINy WESSIN Elías 263, 480,
 544
 WHISTLER 42
 WIESE DELGADO Hans 486, 608,
 624
 WILDE Oscar 23, 388, 626
 WITMAN Walt 275
 WOSS y GIL Alejandro 81, 82, 111

Y

YUNEN Rafael 234

Z

ZAMOR Orestes 497
 ZAYAS Alfredo 34
 ZOLA Émile 388, 493,
 ZORRILLA Ana 34, 78,
 ZORRILLA de SAN MARTÍN 204
 ZORRILLA Dominga 78

Colofón

Los días alcioneos, de Manuel Núñez, consta de mil ejemplares y se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2011, en los talleres gráficos de Editora Búho, Santo Domingo, República Dominicana.

